

UNA NUEVA oportunidad

TATIANE BIASI

UMA NOVA *chance*

UM ROMANCE ESCRITO POR

TATIANE BIASI

[IL1]

Copyright © 2023 Tatiane Biasi

UNA NUEVA OPORTUNIDADE

1ª Edición

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma, electrónica o mecánica, sin el consentimiento y autorización por escrito del autor/editor.

Capa: Lilly Design
Ilustración: @olhosdtinta
Revisión: Gabrielle Andrade
Disposición: April Kroes

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier similaridad con hechos reales es pura coincidencia. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida en ninguna forma ni por ningún medio, tangible o intangible, sin el permiso previo del autor.

TEXTO REVISADO SEGÚN LA CONCORDANCIA ORTOGRÁFICA DEL IDIOMA.



[IL2][IL3]

Este libro es recomendado para mayores de 18 años, ya que contiene escenas de sexo, uso de sustancias legales o ilegales, violencia y lenguaje soez. También menciona temas sensibles, como el aborto y el parto. Aunque no entro en profundidad en los temas, si no te sientes cómodo, deja de leer. Además, me gustaría dejar claro que siempre es importante buscar información sobre educación sexual y temas sensibles. También destacó que el libro es una **obra de ficción**, por lo que cualquier similitud con la realidad es **pura coincidencia**.

A todas las madres que han tomado decisiones difíciles pensando que era lo mejor para sus hijos. A mi madre, que es el gran amor de mi vida, que vivió y se sacrificó tanto por mí y aun cuando cometió errores trató de hacerlo bien.



NOTA

La gente siempre me decía que era imposible vivir de la escritura. Esto me hizo renunciar a mis sueños, por miedo a no poder mantenerme. Actualmente, soy una autora independiente y escribir es mi única fuente de ingresos. Este es mi trabajo y es gratificante poder hacer lo que amo y pagar mis cuentas.

Si esto es un PDF, espero que seas plenamente consciente de lo mucho que me duele. Los libros son gratuitos para los suscriptores de Kindle Unlimited y a un precio asequible en Amazon. Mucha gente no entiende que esto es un trabajo como el tuyo. Al menos por mi parte, hay mucho estudio, investigación y conversaciones con profesionales de diferentes áreas. Algunas personas carecen de la más mínima empatía y son duras en su forma de hablar del trabajo si no les gusta.

Espero que siempre seáis valorados por vuestro trabajo y que nunca seáis humillados, como me ha sucedido a mí en algunos casos aislados por algunos lectores. No seas ese tipo de persona, siempre hay alguien detrás y nadie sabe de mi dolor. Mis historias son mi trabajo, son mi vida.

Valorar a los autores nacionales.



Nota

Como en todas mis historias, aquí encontrarás personajes reales, que toman decisiones equivocadas, pensando muchas veces que están tomando la mejor decisión. Quizás no entiendas por qué, con base en tus valores y experiencias, no sería lo que elegirías, pero eso no invalida los caminos tomados por los personajes y sus elecciones. Escribo sobre seres humanos y, como todos nosotros, ellos también tienen defectos. A menudo tenemos actitudes infantiles, inmaduras y egoístas y no es porque seamos adultos que esto se vuelve irreal.

Los adultos de 22, 26, 30 o 45 años pueden tener actitudes infantiles. Superar.

Esto tampoco significa que las personas merecen menos por ello, no significa que no sean dignas de alguien que las ame. No tenemos el poder de decir algo así, porque el amor no es más que el sentimiento irracional que tenemos por otro, una incoherencia absurda que nunca podremos medir.

PLAYLIST

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Escucha la lista de reproducción del libro haciendo clic aquí
o escanea el código a continuación.





[IL4]

Dante Perazzo

Fue como si me arrancaran el corazón del cuerpo, dejando un vacío casi insuperable. Ese sería uno de los días que nunca olvidaré. Recordé todos los momentos que pasamos juntos. El día en que nos conocimos o el golpe que hizo que derramara café sobre tu tela. Recordé cómo se acelera mi corazón cada vez que algo parecía ir mal, lo reconfortante que era su aroma, presente en tantos recuerdos que teníamos juntos.

El destino a veces nos ponía en situaciones complicadas, pero estaba orgulloso de cómo lo afrontamos. Suspiré, pensando en cuántos caminos había recorrido por su culpa, siendo llevada a lugares que ni siquiera podía imaginar que fueran reales.

Viajes, cenas, reuniones y encuentros perdidos. Los momentos en que pensé que todo saldría mal, sabía que había algo que siempre estaría conmigo.

Sin embargo, su toxicidad era muy grande. Sabía el daño que se estaba causando, entendí que ahora debíamos seguir caminos separados.

Y ahora, miré al horizonte con un nudo en la garganta, a punto de separarme de lo que creía que era el único amor de mi vida.



Ayer
Todos mis problemas parecían tan lejanos
Ahora parece que vinieron para quedarse.[IL5]
:: Yesterday – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

La vida del trabajador brasileño era realmente una porquería.

Sentí mi cabeza pesada en el momento en que el despertador sonó suavemente, muy cerca de mi oído. Me levanté en dirección al baño, caminando lentamente, y me di un golpe con el pie en uno de los muebles en medio del camino, maldiciendo con todos los nombres posibles e imaginables. Felicitaciones, ese era el premio que el universo me daba por ser una buena empleada y quedarme hasta tarde llenando informes.

Era difícil ser coordinadora de un sector entero, especialmente después de que un miembro de tu equipo renunciara, pero necesitaba demostrar que estaba capacitada para realizar todas las tareas o, de lo contrario, nunca lograría convertirse en gerente.

Por más que Julio Fazano fuera el dueño de uno de los mayores despachos de abogados de Río de Janeiro, el puesto de

gerente se otorgaba a los empleados con un verdadero destaque y estaría vacío pronto porque Fausto se iba a jubilar. Y aunque yo fuera relativamente nueva, era la persona más capacitada para el cargo y necesitaba que mis superiores me consideraran lista para asumir esa posición.

Mi principal responsabilidad actual era que los asuntos llegaran casi resueltos a la gerencia y dirección, para que ellos solo tomaran una decisión final. Además, sabía que podía hacer mucho más que Fausto; el pobre estaba exhausto y había sido asignado a mi área, aunque no fuera su especialidad.

Trabajamos juntos, pero no siempre la palabra definitiva era mía; aún estaba sujeta a la aceptación de ambos. De todos modos, había ganado una posición de destaque, una que sabía que contaría puntos a mi favor.

Había sido invitada a un nuevo proyecto de asesoría para el SOS Eco, la organización donde había comenzado mi carrera jurídica. Ahora iba a ayudar, a través del despacho, en la sugerencia de modificaciones a las leyes ambientales que pudieran endurecer las ya existentes.

Sí, yo era una defensora del medio ambiente, aquella a la que una parte de la sociedad adora ridiculizar. Al fin y al cabo, ¿quién necesita ballenas felices y árboles saludables cuando tenemos a los increíbles seres humanos para mostrarnos el verdadero valor de la vida? Hay tantos otros problemas "más importantes" que atender, ¿no es cierto? El color del nuevo iPhone, hacer listas interminables de propósitos de Año Nuevo que nunca se cumplirán, obsesionarse con el conteo de seguidores en las redes sociales. Todo eso definitivamente es lo que importa. Los pobres delfines pueden joderse.

Antes de aceptar el empleo en Fazano Abogados, había trabajado en una ONG, pero entendí que, al ir a un lugar con mayor visibilidad, alcanzaría a más gente y podría ayudar a diversas otras empresas en el camino. Mi nombre se volvió conocido en el medio por mi trabajo incisivo y desde entonces fui muy odiada por varias empresas multimillonarias, especialmente las petroleras.

Mi jefe me contrató precisamente por eso y ahora, con el proyecto, quería que toda la prensa supiera que era yo quien estaba detrás de eso.

Aún estaba amaneciendo, así que abrí la puerta despacio para no despertar a Giovanna. Me encontré observándola por unos minutos, distraída, con el corazón derretido, mientras mi bebé todavía dormía, respirando lentamente, envuelta en un profundo sueño.

Decidí tomarme una ducha larga, con la intención de relajarme un poco más. Esa última semana había estado más turbulenta de lo normal y no lograba, de ninguna manera, estar menos ansiosa por la cantidad de tareas que tendría que realizar. Intenté pensar en las actividades que necesitaba finalizar en el día, organizándome en mi cabeza para que eso no me tomará tiempo al llegar a el escritorio.

Mi rutina era tan caótica que apenas tenía tiempo para separar la ropa blanca de la negra, hacer mis exámenes atrasados, recordar, cambiar la bombilla de la lámpara que estaba rota desde hacía una semana. Tocarme, entonces... Y como si no fuera suficiente, los momentos en que me excitaba nunca eran propicios.

La semana pasada me puse cachonda al ver a un tipo parado en medio de la Avenida das Américas con un *BMW* blanco destartalado. Era guapo, enojado y sudoroso. Había un volumen maravilloso marcando sus pantalones y cuando se quitó la camisa, el conductor de *Uber* subió el volumen de la radio tocando un himno y comenzó a cantar.

Incluso me atraganté con el agua.

Dejé escapar un suspiro de frustración al recordar ese doloroso día, pero la escena no salió de mi cabeza. Y gracias a Dios, ahora no había música góspel que me hiciera sentir culpable por estar cachonda camino al trabajo.

Decidí olvidarme de mis actividades por un rato y concentrarme en ese precioso hombre de piel negra con manos grandes y fuertes que probablemente marcarán todo mi culo cuando me lo follara. Cerré los ojos, me perdí en mis recuerdos y froté mis dedos sobre mi clítoris, sintiendo el agua tibia correr por mi cuerpo.

Dejaría que ese tío ventorro me comiera encima del coche en medio de la calle y no me importaría ni un carajo si alguien tocaba la bocina. ¿Qué hombre tan jodidamente hermoso, incluso parecía el duque de Hastings de la serie de *Netflix, Los Bridgerton?*

Me vino a la mente la escena del actor lamiendo la cuchara, aumenté el ritmo y...

Abrí los ojos cuando oí los ruidos que venían de la habitación de al lado e incluso gemí por él (momento) *timing*[1] de mierda de mi hija.

¡Estaba segura de que había alguien en el infierno destinado a joder la vida de la mujer heterosexual soltera! ¡SEGURIDAD! Era una gran desgracia para un grupo tan específico.

Suspiré, enrollándose en un albornoz y fui hacia la habitación, porque la calma de esa mañana se había acabado. Junto con mi deseo.

El llanto aumentaba cada vez más a medida que me aproximaba al cuarto. Sus ojitos estaban mojados y Gio gritaba sin cesar, hasta el momento en que me vio. Aún le costaba despertarse lejos de mí y, aunque me dolía no dormir a su lado cada noche, sabía que era algo necesario. Los bebés necesitaban crear independencia desde pequeños y era importante que mi hija lo hiciera.

— Mi amor, ¿tienes hambre, ¿verdad? — dije, levantándome en brazos y caminando hacia la cocina mientras la niña sollozaba, cesando las lágrimas.

Me dirigí a la estufa, preparé un café con tostadas y comí, apoyada en la encimera, mientras la observaba equilibrar el biberón en las manos. Ella balbuceaba ruidos divertidos y sonreía feliz mientras levantaba sus bracitos en el aire.

Sonreí. No había nada más maravilloso que esa escena. Extrañaba pasar más tiempo con mi bebé, pero últimamente, las cosas habían estado bastante agitadas en el trabajo y muchas veces llegaba a casa tarde y tenía que salir por la mañana, casi siempre apurada.

Observé mi reflejo en el espejo, notando las ojeras alrededor de mis ojos. Mi bronceado estaba casi extinto, comprobando que necesitaba un poco más de vitamina D con urgencia.

Estaba hecha un trapo.

Siempre amé mi cabello, especialmente por el color, un marrón chocolate que era solo mío. Solían ser gruesos y fuertes, pero ahora pedían desesperadamente hidratación y unas tijeras para acabar con las puntas abiertas.

Bienvenidos a la vida de una madre soltera, señoras y señores.

— Vamos a arreglarnos, ¿sí? — pregunté y ella respondió animada con algunos sonidos indescifrables más.

La vestí con el overol de lana que mi madre había hecho, lleno de bolitas azules y lilas. Ella parecía una copia de Sully de *Monsters, Inc*. y siempre me reía sola de eso. El clima ya estaba cambiando en Río y era importante que Gio estuviera bien abrigada. No quería que se resfriara o algo parecido.

Intentaba de todas las formas protegerla, a veces siendo incluso exagerada, como siempre decía Adriano, pero ella era mi tesoro más preciado, no podía permitir que nada le sucediera. No sabría vivir sin ella o sabiendo que fui responsable de algo malo que pudiera ocurrir.

Dios mío, tenía tanto miedo. Era un pavor que nunca daba tregua, y lo sentí desde el momento en que descubrí que estaba embarazada.

Nunca pensé que existiera ese tipo de sentimiento. Ser madre era desesperante, y los miedos solo se alteraban o multiplicaban a medida que pasaban los días.

Y sí, era muy protectora y seguiría siendo.

Me puse un vestido gris con un escote cuadrado en el busto y un largo un poco por encima de la rodilla en un intento de que el look mejorará mi estado actual. Me hice un maquillaje básico, me eché un *blazer* negro por encima, colgué mi bolso en el hombro mientras acomodaba a Giovanna en mis brazos y salí de casa.

Mi madre, Mónica, no vivía lejos. Tenía una pensión en la Playa de Macumba, en Recreio, y yo vivía en un apartamento en el Posto 12, a solo unos minutos en *Uber*.

En el momento en que llegué, noté que estaba con mi ahijado en brazos, meciéndose de un lado a otro. Lucca era el hijo de mi mejor amigo de la infancia, Guilherme, que también trabajaba conmigo en el escritorio.

Nosotros dos crecimos juntos porque nuestras madres eran mejores amigas antes de que la madre de él falleciera. Éramos prácticamente hermanos y, por un breve momento, pensamos que seríamos de la misma familia.

Él estaba casado con Julia, la hermana de mi ex, y los dos tenían una casa en un condominio cercano. Y todos los días, doña Mónica cuidaba de los niños, después de todo, había sido niñera durante buena parte de su vida, trabajando para la familia de Adriano.

Mi madre era el tipo de persona que se convertía en la mamona del grupo. Le gustaba cuidar y tratar a todos como familia. Por eso mi ex estaba viviendo con ella y también era la razón por la que los miembros de la pensión (y mi primo) nunca tenían ganas de dejar el lugar.

Julia y yo nos embarazamos prácticamente al mismo tiempo, pero ella estaba intentando, yo no. Al principio, fue bastante difícil y no hubiera podido sin el apoyo de mi madre. Por Dios, cuidar de un recién nacido era tenso, apenas daba tiempo para ir al baño.

Al tocar una, entonces...

Cuando mi licencia estaba a punto de expirar, mi madre insistió en quedarse con nuestros hijos hasta que pudieran ir a la guardería y entendimos que era la mejor solución.

— ¡Ma! — gritó Lucca en mi dirección, tan pronto como posó sus ojos en mí, haciendo que enseñara una gran sonrisa.

Lucca era lindo, una mezcla perfecta de mis amigos. Su piel era negra como la de Gui y los ojos marrones oscuros eran exactamente del mismo formato y tonalidad que los de Julia.

Era un niño animado e inteligente, al igual que mi hija, y era indiscutible cuánto se querían desde pequeños. Lucca era hace unos meses mayor, así que ya podía pronunciar algunas palabras.

— ¡Buenos días, mamá! ¿Todo bien? — Sonreí, acercándome a la mujer y apoyándome en su hombro.

— Todo bien, mi amor. ¿Comiste bien ayer?

— Sí, sí — mentí, recordando que lo único que había comido era un miúdo para mí.

Los únicos momentos en los que me aventuraba en la cocina eran para preparar la comida de Gio. Mi madre siempre intentaba obligar a llevar loncheras, pero yo rechazaba todas las veces, ella ya me ayudaba lo suficiente y no aceptaba ayuda de ninguna manera.

Escuché un ruido y me volví hacia mi ahijado que rápidamente enredó sus dedos en mi cabello.

— ¿Cómo estás, Luquinha? ¿Van a jugar mucho?

Él sonrió y yo hice lo mismo, notando que había comenzado a bailar animadamente en el regazo de mi madre y a aplaudir con las manos.

— Hija, hoy estoy en una carrera porque tu tía tuvo unos problemillas — explicó, dirigiéndose al fregadero lleno de platos.

— ¿Estás segura de que puedo dejarla contigo, mamá? Ya te he dicho que no quiero darte trabajo, podría perfectamente contratar a una niñera.

— No seas idiota, Manu. ¿Crees que no soy capaz de cuidar de mis nietos? — Sonrió de una manera cariñosa y puso una de sus manos en mi rostro, sacándola de mi regazo. — Pagar a una niñera... Como si fuera una anciana inválida... — murmuró, como si no pudiera creer lo que estaba diciendo.

— ¿Julia vuelve hoy? — pregunté.

— Sí, ¡por fin! Ya le dije que debería tomarse unos días de descanso y Gui hizo lo mismo, pero no sirve de nada, no puede estar lejos del trabajo — bufó, molesta, colocando a los dos niños en el corralito de la sala, lleno de juguetes.

Los dos gateaban juntos, tratando de alcanzar un osito de peluche que giraba sobre sus cabezas, suspendido por unas cuerdas con estrellitas. Se reían a carcajadas, entretenidos con el juego.

— Sabes que Julia es tercera y no puede estar encerrada en casa — recuerdo. — Bueno, tengo que irme, desde que perdí a mi empleada, apenas tengo tiempo de almorzar.

— No dejes de alimentarte, hija — pidió en un tono preocupado —. La hija de Jurema se desmayó el otro día con presión baja porque se pasa haciendo esas dietas locas...

— Puedes estar tranquila — afirmó, dándole un abrazo y fui hacia el corralito para despedirme de los bebés.

— ¡Buenos días! — Escuché la voz de Adriano seca, justo detrás de mí.

Él estaba vestido con un traje oscuro y una corbata azul marino. Nuestras miradas se cruzaron y nos miramos con la misma expresión de hace una semana: rabia. Habíamos tenido una fuerte discusión. Apenas estábamos hablando y era muy incómodo estar en la casa de mi madre con ese ambiente pesado entre nosotros.

Ya llevaba varios meses viviendo en la pensión y no creía que saliera de allí tan pronto. Adriano veía a Doña Mónica como una madre, ya que ella prácticamente la crió. Bueno, nosotros crecimos juntos y luego terminamos saliendo, aunque su familia estuviera en contra al principio.

Adriano tenía una "cuna de oro", muy diferente de mí. La mía era de MDF a plazos en doce pagos en las *Casas Bahia* [2].

Nuestras vidas siempre han sido muy desiguales y lo sentí mucho más cuando empezamos una relación. Descubrí, aún joven, la existencia de algunas familias en Río de Janeiro que formaban parte de una "sociedad" llamada Círculo de Oro. Eran la *crème de la crème*, las personas más ricas y más insoportables de todas.

Ese tipo de gente que cree que es superior a cualquiera y que las leyes no les afectan. El tipo de gente que he abominado toda mi vida. Era casi como si fueran de la realeza; los idiotas ni siquiera solían relacionarse con personas de afuera. Realmente creían que tenían una maldita sangre azul.

La gran mayoría era frívola y despreciable. Y no lo digo porque mi exnovio me contará, sino porque viví con muchos de ellos en la época de la universidad.

En mi casa siempre hemos estado un poco jodidos de dinero; mi madre ganaba un buen salario porque era niñera y luego se convirtió en ama de llaves en la casa de los Lacerda, pero siempre

ahorró para poder comprar la pensión. Primero, porque era su sueño, segundo, porque temía un día ser despedida con una mano delante y otra detrás.

Bueno, gracias a Dios hizo eso, porque los padres de Adriano lo perdieron todo por un "fraude", fueron expulsados del Círculo de Oro y poco después se mudaron a Estados Unidos. No soportaron la presión, la humillación y se fueron con su hermana menor, Ana Carolina.

Mi madre carraspeó, me miró, luego a él, y suspiró frustrada, volviendo su atención a la estufa. También amaba a Adriano como a un hijo y no aceptaba que hubiéramos terminado.

— Buenos días, Adriano.

— Buenos días — respondió de mala voluntad y un silencio incómodo se instauró en el ambiente.

No había nada que decir. Él, aún menos.

— Bueno — suspiré cansada—, necesito irme. Estoy retrasada.

— Buen trabajo, Manu.

Y para ser honesto, no sabía cómo iba a tener un buen día en el trabajo después de una mañana tan frustrante sin poder correrme.



(Ayuda)
Necesito a alguien
(Ayuda)
No cualquiera
:: Help! – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Tomé un coche de aplicación y fui directo a el escritorio, revisando la avalancha de correos electrónicos mientras caminaba por los pasillos. Mi día siempre comenzaba de esta manera, lleno de información antes de siquiera llegar a mi escritorio.

Cuando llegué a mi piso, el décimo, mi secretaria, Deusa, corrió en mi dirección. Estaba más agitada de lo normal y esa reacción nunca era una buena noticia.

— Señorita Guerra, debo avisarle que el señor Fausto está en su escritorio — dijo, sin aliento.

— No recuerdo que me informaran sobre ninguna reunión con Fausto, Deusa — paré, replicando en un tono irritado.

Era lo que me faltaba, estaba llena de trabajo y no tenía tiempo para una reunión. La última vez, me estuve ocupada durante veinte minutos intentando argumentar sobre mi decisión de abolir la máquina de *Nespresso* en mi departamento.

— Él avisó solo esta mañana — justificó la mujer y yo puse los ojos en blanco.

Sabía que Fausto, de vez en cuando, aparecía en mi escritorio para tratar algún asunto, aunque no hubiera agendado una hora. Odiaba eso; me gustaba la organización y una agenda que pudiera seguir. Sus visitas siempre retrasaban aún más mi rutina y luego me veía obligada a perder más tiempo reorganizando mis compromisos.

— Buenos días, Fausto — saludé, esbozando una sonrisa sin muchas ganas y colocando mi bolso sobre la mesa.

Él estaba sentado en uno de los grandes sofás de cuero en la esquina de la sala y leía el periódico.

— Buenos días, Manuela. Te ves cansada — comentó, estudiando.

Claro, ¿qué esperabas, carajo?

— Sí, lo estoy — confesé, tomando aire. — Desde que Jô se fue, he estado acumulando sus funciones porque el equipo está sobrecargado y tenemos tantas cosas que resolver. Tengo una reunión con los abogados ahora por la mañana y no tengo mucho tiempo — avisé, sentándome en la mesa y moviendo los papeles frente a mí.

— Creo que tu problema ha llegado a su fin, entonces — afirmó, abriendo una amplia sonrisa.

— ¿Cómo así? — pregunté, confundida.

— He contratado a un abogado y él va a compartir la coordinación contigo, y vamos a trabajar juntos en ese proyecto que tenemos con SOS Eco — continuó, animado.

— De acuerdo. Solo no entendí por qué Julio no me avisó. ¿Pasó algo? — indagué, aun sin entender.

Por más que tuviéramos un departamento de recursos humanos, Julio, yo y Fausto hacíamos las entrevistas juntos, después de todo, la persona también trabajaría conmigo. Y el dueño

del Fazano nunca tomaba ese tipo de decisiones sin informarse primero.

— Él pidió que yo fuera el portavoz, esta vez — respondió, moviéndose un poco incómodo en su silla.

— ¿Y por qué motivo sería eso? — indagué, siguiéndolo con la mirada mientras caminaba hacia la puerta.

Y entonces se abrió, junto con mis labios, en el mismo instante. Observé la figura caminando hacia dentro de mi escritorio, después de estrechar la mano de Fausto y esbozar una amplia sonrisa.

No.

No.

No.

¡No podía ser una broma!

Delante de mí estaba Dante Perazzo. El idiota que me quitó la paz durante cinco años consecutivos en la universidad. El heredero de una de las mayores petroleras de Río de Janeiro. El hijo del hijo de perra que hizo que mi ex lo perdiera todo. El imbécil consentido que siempre soltaba bromas sobre que yo era pobre.

Maldita sea, lo odiaba.

Parpadeó, observándose parado frente a mí con toda su prepotencia y arrogancia. Vestía un traje elegante, que probablemente era más caro que mi salario de tres meses. Su cabello rubio estaba un poco más corto de lo que recordaba. Los lados eran más bajos y la parte superior casi formaba un pequeño copete, resaltando un desordenado estilo desenfadado.

Hasta esa maldita cabellera era insoportable.

— Buenos días, María Manuela — dijo, deteniéndose frente a mi mesa.

Me miró con esos ojos marrones-verdosos, tan únicos que conocía demasiado bien.

Sentí cada partícula de mi cuerpo temblar. La desesperación comenzó a enredarse por mi columna, buscando cada espacio vacío, ocupando todo como un maldito huracán. ¿Qué demonios hacía ese imbécil ahí, parado en medio de mi escritorio?

Lo miré, sintiendo una mezcla de confusión y rabia, y luego dirigí la mirada hacia mi gerente, que parecía aún más incómodo ahora.

Me pasé la mano por la frente, sin importar un comino si estaba arruinando el ligero maquillaje que me había puesto en la cara, sin poder creer en la escena frente a mí.

— ¿Qué haces aquí, Dante? — indagué con el resto de la paciencia que aún me quedaba.

— Manuela, Dante, va a trabajar contigo, como mencionaba hace un momento — explicó mi jefe muy pausadamente, aún temeroso de mi reacción.

— No, no lo hará — advertí finalmente, sin darme cuenta de con quién estaba hablando.

¡No fue posible! Todo el mundo sabía de los enfrentamientos constantes que tenía con *Petróleo*. Cualquier ser humano que supiera lo más mínimo sobre el Derecho Ambiental en el país sabía de mi odio hacia esa empresa. No era posible que Fausto actuará como (un loco) *metendo o louco*[3] pensando que esa "propuesta" era aceptable.

Dante contuvo una risa y yo le lancé una mirada amenazadora.

En ese momento, pensé que iba a explotar. ¿Quién se creía él para reírse de mis reacciones? ¿Cómo no veía que todo eso era un absurdo? ¡Nos odiábamos! ¿Qué había pasado por esa cabeza hueca al aceptar un trabajo para trabajar conmigo?

— ¿Perdón? — El hombre al que le debía un mínimo de educación se acercó a mí. — Lo siento, Manuela, pero no eres tú quien decide eso. Entiendo que la relación entre ustedes es problemática, pero sé que eres lo suficientemente profesional para entender mis elecciones.

— ¿Puedo hablar contigo a solas? — pregunté, sin mirar al rubio frente a mí.

Me dolía la cabeza, giraba y no podía creer que estuviera pasando por esto. Mi cuerpo parecía querer entrar en combustión, mis manos sudaban y sentía cada vena de mi cuerpo pulsar de nerviosismo.

No tenía sentido que él estuviera allí, hasta donde sabía, viajaba por el mundo, haciendo sabe Dios qué. Dante Perazzo no necesitaba trabajar, era increíblemente rico y su hermano mayor era el brazo derecho de su padre.

¿Cuál era el sentido de todo eso? Como si no bastara con haber tenido el desagradable placer de encontrarlo en los *Bootcamps* de Derecho y en los Juegos Jurídicos durante cinco años, ¿ahora tendría que coordinar el área de un escritorio con él?

Bootcamp era solo un nombre chic que le daban a un evento inmersivo creado por algunas facultades elitistas que tenían esa manía de americanizar todo.

Fue el lugar donde nos conocimos y comenzaron nuestros enfrentamientos. Los problemas que tenía con su familia, que eran conocidos por cualquier persona de nuestro entorno, eran solo la punta del iceberg. Todo lo demás era nuestro pasado regado de odio durante la universidad.

— Dante, por favor, dame un momento. Ya le avisaré para que regrese — pidió, sacándome de mis pensamientos.

Llegué a la conclusión de que Fausto estaba senil. Por eso iba a jubilarse y Julio Fazano se enfureciera al saberlo.

El idiota asintió, mirándome y rápidamente desvié la mirada, cruzando los brazos y encarando a mi jefe.

— Fausto, no entiendo — empecé, sintiendo ya mi cuerpo agotado.

— Manuela, estuve con Dante hace un tiempo y él se desvinculó totalmente de su padre y de la familia en lo que respecta al área profesional — explicó con calma —. Viajó a muchos lugares durante un buen tiempo, hizo cursos en diversos países, tiene un conocimiento absurdo, contactos y, además, hablamos sobre el proyecto para endurecer las leyes ambientales y está muy empeñado en ayudar.

Solté una risa. Solo podía ser una broma.

El pobre realmente necesitaba internarse.

— Fausto, los Perazzo, en caso de que no lo recuerdes, son dueños de una de las mayores petroleras del país. ¿Olvidaste eso? — expliqué, como si estuviera hablando con alguien que no tuviera la

más mínima idea sobre el mundo, porque eso era lo que parecía en ese momento.

Creo que incluso mi hija podría entender esa absurdidad.

— Sí, Manuela, pero desde que rompió con su familia, las cosas han cambiado. Creo que bien lo sabes, Dante ya ha dado diversas declaraciones en los medios sobre no tener más un vínculo profesional con su padre. Además, trabajó en otro bufete de abogados especializado en Derecho Ambiental durante los últimos cuatro meses.

— No sabía de eso último, pero...

— Además, hablamos y Dante está dispuesto a hacer más por el bufete — hablaba muy tranquilamente, intentando hacerme ver su punto de vista —. Llegué a la conclusión de que tenerlos a ustedes dos como las mentes detrás de esto será un buen *marketing*. Sabes cuánto es eso de importante, Manuela, y debo recordarte que fue una idea tuya.

Me reí de esa broma y luego sentí toda la rabia volviendo a irradiar por mi superficie. Definitivamente, necesitaba ser promovida por tener que lidiar con alguien que estaba fuera de sus facultades mentales.

— ¿Mía? No recuerdo haber dicho que llamaras a Dante Perazzo, de todas las personas, para ayudarnos con esto — respondí, sin paciencia.

— No, pero fuiste tú quien me lanzó la posibilidad de tener un aliado. Comentaste que tal vez sería interesante que supieran que también partió de alguien que era del medio, para demostrar conciencia social — recordó, con una sonrisa victoriosa en el rostro.

Sacudí la cabeza en señal de negativa. Eso solo podía ser algún tipo de pesadilla.

— Pero hay otras personas influyentes que podrían hacer esto, tanta gente famosa por ahí. Marcos Palmeira, Christiane Torloni... — intenté, con la esperanza de que me escuchara.

— Es diferente, lo sabes — decretó al final —. Que la gente vea que el heredero de *Petroleo* está luchando para cambiar las leyes ambientales tiene un gran impacto. En el momento en que la ONG busque firmas, eso hará la diferencia.

Y tenía razón, lo sabía. Por más que me diera rabia pensar en eso, sabía que la figura de Dante Perazzo a favor del medio ambiente era algo muy relevante.

— Manuela, Julio y yo confiamos en ti y en tu profesionalismo — dijo, apoyando una mano en mi hombro—. Son negocios y estamos juntos por un bien mayor.

— Sí, claro. Gracias, Fausto — respondí en voz baja.

Esbocé una sonrisa falsa y traje toda la voluntad de mandarle a ese viejo caduco, que acababa de arruinar mi vida, a la mierda.

— Bien, cuento contigo para explicarte todo y que encuentren la mejor forma de trabajar juntos. Él ocupará el escritorio al lado de la tuya. Marcaré con tu secretaria un horario para que podamos discutir sobre algunas de las leyes que la ONG está pensando en solicitar cambios pronto — avisó, caminando hacia la puerta, como si quisiera salir de mi escritorio lo más rápido posible.

Increíble, toda esta historia era totalmente absurda. Mi cabeza palpitaba fuerte y mi corazón latía a un ritmo rápido. Sentía cada parte de mí pulsar de rabia.

No quería trabajar con él, no quería estar en la presencia de ese estúpido. Me sentía como si estuviera cayendo dentro de un agujero y no tuviera ninguna escalera por la que pudiera subir.

Un abismo. Había encontrado el abismo y había sido tragada por él.



Déjame llevarte conmigo
Porque voy a Strawberry Fields
Nada es real
Y no hay nada de qué preocuparse.
:: Strawberry Fields Forever – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

— Señorita Guerra, ¿puedo mandarlo entrar? — preguntó Deusa, y asentí con la cabeza mientras anotaba algunas informaciones en el informe frente a mí.

Escuché sus pasos resonando sobre la madera, pero no levanté la vista, seguí escribiendo, mientras Dante se sentaba en la silla frente a mí.

— Tú... — comenzó a decir.

— Estoy ocupada — lo interrumpí sin siquiera mirarlo.

Fingí durante unos minutos que no había nadie allí, tratando de concentrarme en lo que estaba haciendo, y cuando miré el reloj, me di cuenta de que tenía que ir a la reunión de la mañana.

Me levanté, aún incapaz de comunicarme con él. Necesitaba digerir todo eso. Quería entender qué había hecho en mi vida pasada para estar pagando ese karma.

— ¿A dónde vamos? — preguntó.

— Yo voy a mi reunión — avisé, sin paciencia —. ¿No tienes nada que hacer?

— Hasta donde tengo entendido, tú eres la encargada de pasármelo todo.

Me detuve y me giré hacia él, intentando controlar la inmensidad de sentimientos que se alternaban dentro de mí. Estaba tan enfadada que ni siquiera podía medirlo.

Contuve la respiración cuando me di cuenta de que nuestros cuerpos casi chocaron con mi parada brusca. Abrí y cerré la boca, un poco aturdida por la proximidad, lo que hizo que Dante esboza una sonrisa, con la ironía presente en cada una de sus expresiones.

Sus ojos bajaron hacia mi boca, humedece los labios y un calor quemó mi epidermis. Dios, lo odiaba. Y ese odio se intensificaba cada vez más por la forma en que el idiota me miraba.

Sabía que a él le afectaba de la misma manera, pero odiaba toda la vulnerabilidad. Levanté el mentón, dando un paso atrás en un intento algo ridículo de mostrar que no me importaba en absoluto, y limpié la garganta.

— ¿Por qué estás haciendo esto? — indagué, sintiendo una línea formarse en mi frente.

— ¿Haciendo qué?

— Pensé que tenías tus "proyectos personales" que no incluían trabajar — comenté, llena de desdén.

— ¿No fuiste tú quien dijo que estar de brazos cruzados era un desperdicio de mi inteligencia? — replicó con ironía.

— ¿Y desde cuándo sigues lo que digo? — Arqueé una de las cejas.

— No te sientas especial, Manuela... Solo estoy siguiendo mis propios proyectos — afirmó de manera convincente.

Resople. Aún no entraba en mi cabeza que él estaba allí. Dante era heredero, ni siquiera necesitaba trabajar.

— ¿Qué pasó? ¡Llegas tarde, nunca te retrasas! — comentó Gui al verme entrar por la puerta.

Entonces su mirada cayó sobre el rubio y él me miró sorprendido, con un leve desespero también.

— Guilherme — Dante lo saludó educadamente.

Gui tampoco lo quería. Pero además de que su familia hizo que los Lacerda lo perdieran todo, mi amigo también había sido una de sus víctimas en la época de la universidad.

— ¿Dante? ¿Qué... ¿Qué haces aquí? Manu, ¿él está... contigo? — Su voz falló un poco y toda la confusión estaba estampada en sus facciones.

— Trabajo aquí ahora — comunicó, ajustándose el traje y pasando la vista por la sala.

Mi mejor amigo me tomó del brazo y me llevó a un rincón de la sala, aun con una mirada extremadamente perdida.

— ¿Qué historia es esa? — indagó en voz baja.

Intenté concentrarme en el camino que el aire hacía para llegar a mis pulmones, porque necesitaba calma para no estallar.

— Gui, esta noche hablamos. Todo lo que necesitas saber es que él ocupó el lugar de Jô. Me avisaron esta mañana, tampoco lo sabía — le conté y él pasó la mano por su cabello negro, aun sin creérselo —. ¿Vamos a la reunión?

Asintió y entramos en una de las salas del departamento, junto con los empleados que participarán en la reunión. Sabía que sería estresante, pero no contaba con ese elemento sorpresa en mi día. Además de ser coordinadora del área de Derecho Ambiental, era responsable de cuidar de la Comisión de Desarrollo de Personas y Sostenibilidad.

Es decir, yo era el dolor de cabeza de casi todas las áreas, implementando diversas políticas que los gestores odiaban seguir.

— Bien, como ya habíamos mencionado, los niveles de capacitación para los futuros abogados se volverán aún más rigurosos — comencé a explicar —. Decidí que vamos a incorporar un programa de capacitación más amplio y también a enfocarnos en la parte de Diversidad e Inclusión, donde será posible explorar temas como prejuicios inconscientes, igualdad de género, inclusión

de personas con discapacidad, respeto a las diferencias culturales y étnicas, entre otros.

La gestora del área de Tributario, Janice, se movió inquieta en su silla. Esa idiota solo estaba preocupada por intentar ganar más dinero, le importaba un comino, lo que yo intentaba hacer para mejorar el estándar de los empleados.

— Manuela, ¿no crees que esto es un poco exagerado? Sabemos lo arduos que son los entrenamientos y eso desanima mucho a nuestros recién graduados.

— Discrepo, Janice. Necesitamos garantizar que dentro de este despacho solo estén capacitados para trabajar los profesionales con nuestro estándar de excelencia. Creo que necesitamos reformas y eso es algo que queremos implementar lo más rápido posible — avisé, tachando uno de los ítems de mi lista.

— Manu, entiendo la necesidad, pero ya tenemos un grupo en marcha, tal vez sería mejor que estas medidas se postergaran... — Guilherme reflexionó, mirándome, serio —. ¿Podemos dejar este módulo como algo extra?

— Gui, creo que sería más prudente que pasaran por todos los nuevos entrenamientos.

— Pero, Manuela, eso perturbaba todo el cronograma que estamos siguiendo, ¡tenemos un evento próximo! — exclamó Reno, del área de Derecho Empresarial, levemente irritado —. ¡Mis empleados no tienen tiempo que perder!

— Lo siento, tendrán que ajustar los cronogramas. Serán solo 2 meses más de curso, no creo que...

— ¿2 meses? — la insoportable del área Penal casi grita y yo le lancé una mirada amenazadora —. Manuela, eso no tiene sentido, ya estamos lidiando con este cronograma loco y ¿además tendremos que ajustar 2 meses más de curso?

— Tal vez pueda reducirlo a un mes y medio — comenté, pensativa, y ellos soltaron el aire, incrédulos —, pero necesito sentarme y reanalizar lo que debe ser incorporado.

Miré a un lado y me di cuenta de que Dante Perazzo observaba todo con una expresión extremadamente entretenida. Parecía disfrutar, verme allí, acorralada, teniendo que hacer que los gestores

de las áreas aceptaran algo que consideraban negativo. Obvio que todos estaban en contra mía, ya lo sabía, pero era mi función.

Pasamos algunas horas más discutiendo qué clases y entrenamientos extras los empleados necesitan cumplir y solicité que preparen una lista de posibles mejoras para mis propuestas.

— Manu... — Gui se pellizcó la sien con los dedos, después de que todos salieron de la sala —. Después vamos a hablar sobre esto, pero aumentar el cronograma nos va a perjudicar.

— No hay nada de qué hablar, Gui. Así es como debe hacerse. Ya hablé con Julio y él está de acuerdo. Es una orden directa — expliqué, preparándome para salir del escritorio.

— Nos vemos más tarde, ¿verdad? — preguntó, desviando la mirada hacia el rubio a mi lado.

— Claro. Y, por favor, no le digas nada a Adriano — le pedí en voz baja, él asintió con la cabeza y salí de la sala.

— ¿Tu función es básicamente ser odiada por todos los departamentos? — preguntó en un tono divertido.

Respiré hondo una vez más y solté el aire lentamente.

— Dante, soy el contacto directo con todos los sectores y no siempre traigo buenas noticias. Acostúmbrate, porque es lo que harás a partir de hoy. Y si no te parece interesante, pide tu renuncia — respondí, áspera.

Volví a mi escritorio y el idiota me siguió. Le expliqué que tendría otra reunión pronto y necesitaba actualizar algunos informes antes. Él solo dijo "está bien" y se sentó en la silla.

— ¿No tienes un escritorio? Deberías ir allí.

— No tengo nada que hacer allí.

— Entonces vete. ¡Tómate el día libre! — respondí con sarcasmo y le sonreí falsamente antes de volver a mis notas.

Dante solo dio una risa ahogada, ignorando mi sugerencia, y continuó allí, como un maldito buitre.

Me observaba en silencio, sentía que sus ojos estaban sobre mí y eso comenzó a irritarme muchísimo.

— La última vez que nos vimos, tu recepción fue un poco más... cálida — comentó, pareciendo entretenido con un pisapapeles.

Lo miré con fuego en los ojos. No quería recordar ese encuentro.

— Culpo al alcohol por la última vez que nos vimos — recordé, levantándome de la silla y caminando hacia una pila de carpetas que estaba a su lado.

Comencé a intentar organizarlas y dejé que algunas cayeran al suelo, odiándome por estar tan afectada en su presencia. El idiota se rio, encontrando gracioso mi comentario, y salió de la silla, agachándose para ayudarme.

— ¿Realmente estás usando la excusa que dijiste que usarías esa noche? — respondió en un tono bajo y ronco, con la mirada fija en mis labios —. Pero recuerdo que estabas bien decidida en lo que querías.

— Soy tonta.

— Sabes que no lo eres. — Se río.

Llegaba a ser ridículo. Nuestra relación siempre había estado regada y nutrida de odio, pero en el momento en que nos acercamos demasiado, todo se desmoronó.

Una noche.

Un único instante en que estaba aburrida y echaba de menos todo nuestro roce, dejar que la ira explotara hasta que mi racionalidad se desvaneciera. Solo Dante Perazzo conseguía hacer eso conmigo y nunca había entendido por qué, hasta el momento en que nos quedamos solos en una sala.

Quizás fuera eso. Quizás no podíamos estar atrapados en un cuarto cerrado sin una distancia considerable entre nosotros.

Recordaba las discusiones que tuvimos durante los *Bootcamps* de Derecho, todas las simulaciones de juicio en las que nos burlábamos el uno del otro.

Las competencias, las peleas, las veces en que gritamos hasta que todo a nuestro alrededor no tenía importancia. Las miradas ardiendo de rabia, la furia irrumpiendo por nuestras venas, desbordándose.

Una noche.

Capaz de transformar toda una relación muy bien establecida. Capaz de cambiar toda mi vida.



Hombre, has sido una traviesa
Dejaste caer tu pantalón interior.
:: I Am The Walrus – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

— ¿Podemos olvidar esa maldita noche de horrores? — pregunté, aclarando la garganta y levantándome de inmediato.

Dante apoyó las caderas en mi mesa y cruzó los brazos. Pasé una pierna sobre la otra, bloqueando un poco el paso, pareciendo muy a gusto dentro de mi escritorio. Era ridículo cuánto se creía dueño de cualquier espacio en el que estuviera.

Infierno. Tendría que frotarme contra él para salir de allí, así que me mantuve inmóvil en el mismo lugar. Era más seguro así.

— ¿Maldita noche de horrores? — Se río, haciendo que un escalofrío recorriera mi columna. — ¿Así es cómo clasificarías ese día?

— ¡Sí! — respondí, levantando el mentón y enderezando mi postura.

— Ah, por favor, María Manuela...

María Manuela...

Su voz áspera resonó en mis huesos, desestabilizando por completo. Solo él me llamaba por mi nombre completo.

Hizo un chasquido con la boca, encontrando gracia, y movió la cabeza en señal de negación.

— Date algún crédito, no fuiste horrible... Tuviste un gran desempeño, de hecho — comentó, burlón, y sentí mi sangre hervir.

— ¡Eres tan idiota! — Mi tono de voz comenzó a elevarse, pero lo bajé, acercándome más a su rostro, junto con mi dedo índice. — ¡No estoy hablando de mí, estoy hablando de ti!

Él se movió, pareciendo entretenido, esperando que continuara, y cuando abrió esa sonrisa insoportable, todo se desmoronó para mí.

— De toda esa tu prepotencia, de esa tu manera insoportable e idiota y... — Me ahogué con una bocanada de aire cuando él se puso recto, su cuerpo casi pegado al mío.

— ¿Y...?

— ¿Y... esa tu sonrisa burlona que odio y... — Las palabras abandonaron mi cuerpo, como soldados huyendo de la guerra.

Retrocedí, dando un paso atrás mientras él hacía lo contrario, prácticamente colocándome contra la pared que estaba frente al costado de la mesa.

Me quedé paralizada. Todas las fibras de mi cuerpo se pusieron rígidas de una sola vez. Mi respiración se volvió un poco más pesada y sentí mi cabeza marearse solo con la proximidad.

Mis venas pulsaban, demasiado rápido, el contacto visual sostenido en una especie de confrontación silenciosa. El aire parecía condensarse a nuestro alrededor, suprimiendo el odio y dando lugar a otros sentimientos perturbadores que teníamos el uno por el otro.

No podía mover mis piernas, estaba inerte.

¿Cómo, después de tanto tiempo, no tenía ningún control? Mi cuerpo parecía no responder a mi cerebro y eso comenzó a preocuparme de verdad. Era como si hubiera una gran batalla dentro de mí, entre mi racionalidad y todo lo demás. Aquellos ojos en esa tonalidad tan única estaban clavados en los míos y era posible sentir su aliento caliente de menta quemando mis labios.

Me estremecí cuando una de sus manos reposó en mi cuello y deslizó el pulgar por la línea de mi garganta. Tragué en seco, sintiendo la presión del dedo en mi piel, haciendo que el nudo bajará más despacio. Mi corazón martillaba frenéticamente dentro de mi pecho, como si quisiera rasgarlo en busca de más espacio.

Dante se acercó un poco más, eliminando el resto del espacio entre nosotros, y yo respiré hondo cuando miré su boca. El rubio seguía mirándome con una expresión pícara en el rostro, esa maldita sonrisa prepotente que odiaba.

Las venas de mi cuello pulsaban contra sus dedos y contuve la respiración por algunos segundos, deseando caer al suelo.

Quizás desmayada no tendría que pasar por ese momento.

Lo más sensato era empujarlo, pero al mismo tiempo, todas las partes de mí gritaban desesperadas por el calor de su cuerpo. ¿Cómo era eso posible?

Humedece los labios con la punta de la lengua y, antes de que cualquier cosa tuviera sentido, fui consumida por el deseo latente que tenía por ese hombre despreciable. Incliné mi cuerpo y rocé mis labios con los suyos, cerrando los ojos, como si aún intentara luchar contra eso.

Y ese momento duró solo un latido de mi corazón, porque cuando sentí su otra mano tirando de mi cintura hacia él, lo besé como si mi vida dependiera de ello. Y la respuesta vino de la misma manera, su lengua entrelazándose con la mía, entre gemidos ahogados y respiraciones entrecortadas.

Dante me sujetó de manera más brusca y mi mano se planchó sobre su pectoral, bajando por sus brazos. Me tiró hacia más cerca, con fuerza, pegando su cuerpo cada vez más al mío, sin despegar su boca de la mía.

Sin darme cuenta, empujé nuestros cuerpos hacia la puerta mientras aflojaba su corbata e intentaba deshacerme de su traje. Ni siquiera entendía lo que estaba pasando. Todo a mi alrededor se redujo a polvo. ¿Quién éramos y nuestro pasado? Olvidé lo que habíamos vivido y las consecuencias.

Era una especie de necesidad. Incontrolable. Desenfrenada, como un tren descarrilado.

Logré llegar a la puerta y giré la llave, perdiendo el resto del aliento que aún tenía cuando él mordió su labio inferior, que se estiraba en una sonrisita en el borde de sus labios. Las pupilas totalmente dilatadas, oscuras, tragándose por completo y dejando claro que me deseaba en la misma medida.

En una conexión única y sofocante, como si estuviéramos condenados.

Su brazo envolvió mi cintura con más fuerza y me besó de nuevo, con una intensidad aún mayor. Mis pies fueron levantados del suelo y él me cargó hasta el sofá que estaba en mi sala.

Nosotros caímos un poco torpemente sobre el mueble, yo encima de él, posicionada con las rodillas a cada lado de sus piernas. Mi vestido ya estaba arrugado en mi barriga y ni siquiera me di cuenta de cuándo había hecho eso.

Separé mis labios de los suyos en busca de aire y noté que ambos estaban hinchados y rojos. Y Dios, ¿cómo podían ser tan suaves y perfectos?

¿Cómo era mi cuerpo capaz de responder al de él de esa manera? Nunca lo entendería. Podría buscar en libros, en artículos y cualquier tipo de documental sobre los absurdos de la humanidad y, aun así, no encontraría una respuesta.

Lo sabía. Eso era algo sobrenatural. ¡Certeza!

Incluso después de tanto tiempo, no podía formar ningún tipo de razonamiento lógico para eso y eso me irritaba a un nivel inexplicable. Mi pensamiento se desintegró de nuevo cuando su boca encontró la mía una vez más.

Estaba sentada en su regazo, sintiendo la presión de su pene, creciendo dentro del pantalón, sobre mi braga. La fricción de los tejidos ya me estaba volviendo loca y comencé a desabotonar los botones de su camisa rápidamente, pero desistí poco después. Parecía demasiado difícil en ese momento y sabía que no había mucho tiempo.

Dante deslizó una de sus manos por mi muslo, resbaló hacia mi trasero y apretó con fuerza con sus manos grandes y gruesas.

— No creo que debemos hacer esto — susurré, jadeando, sin siquiera abrir los ojos y sin ninguna intención de detenerme.

Necesitaba intentar, tal vez él tuviera un poco más de poder de resistencia.

Su mano se cerró en mi cuello y me miró a los ojos, con una expresión que rozaba lo ridículo. Tan prepotente, seguro de que sabía exactamente todo lo que yo quería de él.

— Dijiste lo mismo la última vez, pero es difícil de creer contigo cabalgándome, frotando tu coño contra mi polla. No creo que quieras parar. — Y sonrió con picardía. —¿O no?

Parpadee.

Sería incoherente parar ahora, ¿no? Yo no era una persona incoherente.

Además, ya había tirado mi dignidad a la papelera y no podía resistirme. ¿Qué era un pedo para alguien con cara de mierda?

— No quiero parar.

Me tiró del labio inferior con los dientes y me hizo girar en un movimiento rápido, poniéndome encima de mí. Mientras mis manos abrían la hebilla de mi cinturón, las suyas me quitaban las bragas con extraordinaria rapidez.

La agitación y la prisa de ambos eran evidentes, nuestros cuerpos parecían actuar por su cuenta y con total desesperación. Quizá la palabra correcta fuera necesaria. Era como si nos necesitáramos el uno al otro.

Me besó la boca, recorriendo un camino húmedo hasta mi cuello, haciendo que se me pusiera la piel de gallina. Sus manos intentaron tocar cada centímetro de mí y me di cuenta de que estaba tan irritado como yo por la cantidad de ropa que quedaba entre nosotros.

Estaba tan cachonda, tan fuera de mí...

Ansiaba todas aquellas caricias, explorando cada parte de mi cuerpo de una forma tan adictiva que era imposible parar. Y el muy cabrón conocía los puntos exactos capaces de llevarme a la perdición total.

Frotó sus dedos sobre mi coño, que ya goteaba y palpitaba salvajemente, y eché la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda, embargada por el placer.

— Mierda, Manuela... ¡Cómo echaba de menos ese puto coño caliente! — salió como una bocanada de aire, casi dentro de mi boca.

Decidí decirme que también echaba de menos su polla. Hablar ya era bastante difícil en aquellas condiciones, pues intentaba no gemir en voz alta. No haría nada que me avergonzara.

Me penetró con dos dedos y siguió masajeando mi clítoris, produciendo ese delicioso calor que se extendía por todos los espacios vacíos, apoderándose de todo.

Incliné la cabeza hacia un lado, dejando mi cuello al descubierto para que su lengua se deslizó por él. Todo fluía por mi cuerpo a la vez, con el palpitar de mi coño anulando casi todos mis sentidos.

Sería humillante, me correría más rápido que un vídeo de *TikTok*. Joder, Manuela, ¡reacciona! Ponte un *top recortado* [4]!

La fricción aumentó y nuestro contacto visual se mantuvo estable. Mi reflejo en sus pupilas dilatadas me volvía aún más loca. Y la forma en que analizaba cada detalle de mi cara, hipnotizado, me jodía.

Gemí cuando bajó un poco el ritmo e intenté golpearle el pecho cuando el gilipollas sonrió divertido.

— Quieres correrte, ¿verdad? — preguntó, encontrándote divertido y mi mirada se clavó en la suya.

— Eres un gilipollas — escupí las palabras, pero tuve que apretar los labios cuando Dante me apretó el clítoris entre el pulgar y el índice.

Su nariz se arrastró por mi mandíbula y todos mis nervios se derritieron cuando su aliento me incendió la piel, cerca de la oreja.

— Dilo, Manuela... — me instó. — Dime a quién quieres que te haga correr.

— No.

Su mano libre me agarró la cara de forma agresiva y sonrió, moviendo los dedos tan despacio que me sentí torturada.

— ¿No? Voy a dejar de hacer lo que estoy haciendo y voy a salir por esa puerta — me advirtió y sentí que el pánico empezaba a

apoderarse de mi cuerpo.

No. Otra vez no. ¡No podía pasar por eso por segunda vez en un día! Estaba tan cerca... Tan cerca.

— ¿Es eso lo que quieres? — susurró, arrastrando su boca contra la mía.

Negué con la cabeza, arrancándole una carcajada ronca de la garganta. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal hasta llegar a mi cabeza solo por esa acción.

Dante Perazzo era el hombre más sexy que había visto en mi vida, por mucho que me doliera admitirlo. Estaba a la altura de cualquier estrella de cine, y esa sonrisita vulgar jodía todo lo demás.

No era una sonrisa de chico bueno. Los buenos no sonreían así. Pero los villanos... Los villanos te hacían la vida imposible con sus labios.

— Y sé que no vas a salir por esa puerta. Tampoco es lo que quieres — repliqué, intentando demostrar que no era la única fuera de mí, y él sonrió.

— Dime lo que quieres — me ordenó con seriedad —.

— Quiero que me hagas correr, cabrón — respondí con odio, incapaz de aguantar más.

Entonces volvió a deslizar dos dedos en mi coño, moviéndose rápidamente, dejando que parte de su mano rozaba mi clítoris. Intenté agarrarme a sus brazos, clavando las uñas en la tela de su camisa.

Me retorcí un poco más, intentando cerrar las piernas en un movimiento involuntario. El orgasmo me destrozó, apagando toda chispa de cordura que existía en mi interior. Y en el mismo momento, su mano libre me tapó la boca, como si supiera exactamente cuándo iba a gemir.

— Sí, nena... Hoy me vas a obedecer y te vas a callar — me advirtió y traté de morderle la mano, molesta porque quisiera darme más órdenes.

Una risita desdeñosa salió de su garganta y le di una leve bofetada en la cara. Cerró los ojos y respiró hondo antes de darme una bofetada más fuerte.

Sonreí, satisfecha, y me mordí el labio inferior, provocando que volviera a reírse antes de besarme de nuevo. Esa era nuestra dinámica, dentro y fuera del sexo.

Intenté sin éxito hacerse con el control, pero él me sujetaba fuertemente las muñecas con una mano, el cuello con la otra y me miraba con desprecio.

— Cuando entré hoy en esta habitación y te vi con tus insufribles maneras, creyéndote con cierta autoridad, lo único que quería era ponerte en tu sitio...

— ¿Y a dónde pertenezco yo, asqueroso gilipollas? — Prácticamente escupí las palabras y lo fulminé con la mirada.

Me sostuvo la mirada, con las pupilas casi negras, tragándose toda mi cordura. La forma en que Dante me miraba era como una especie de delicioso descenso a los infiernos. Sabía que me quemaría, pero lo estaba deseando.

Su pulgar rozó mi labio inferior y observó el movimiento durante unos segundos antes de volver a establecer contacto visual y su sonrisa se curvó en algo que rozaba lo indecente.

Aquella cara era lo más peligroso del mundo.

Tenía mi propio Infierno de Dante.

— Tan insolente... — replicó con un gemido irónico, separando aún más mis piernas.

Ni siquiera me di cuenta cuando busqué un condón. Lo siguiente que supe fue que Dante estaba desenvolviendo el condón de su hermosa y gruesa polla. Ahora, mirándolo completamente sobrio, creo que era más grande de lo que recordaba. ¿Tal vez veinte centímetros? Incluso me entraron ganas de llorar viéndole hacer eso.

— Oye — me llamó, haciendo que mis ojos se encontraran con los suyos. — El lugar que te corresponde está debajo de mí, sintiendo toda mi polla enterrada en tu húmedo coño.

No tuve tiempo de replicar, porque en ese mismo instante me tapó la boca y me penetró profundamente, haciendo que todo a mi alrededor se evaporara por completo.

Respiró entrecortadamente y él se movió, su polla entrando y saliendo de mí a un ritmo perfecto, su cuerpo rozando mi clítoris en el ángulo justo para volverme loca.

Dante continuó. Presionando con fuerza mis caderas, moviéndose encima de mí, con su mirada fija en la mía, diseccionando por completo.

La tensión en mi boca aumentaba. Quería gemir en voz alta, gritar, pero la contención era maravillosa y me enfureció aún más con aquel hijo de puta.

Una palabrota salió de sus labios y cerró los ojos con fuerza, intentando controlarse. Sabía que no debía alegrarme tanto de verle perder la resistencia, me daba cuenta de que no debía dejarme impresionar por el hecho de que me hubiera dicho que quería follarme nada más entrar en mi despacho.

Aun así, fue un jodido alivio. Porque odiaba el poder que aquel hombre tenía sobre mi cuerpo y me irritaba casi físicamente querer ser sumisa a él a veces.

Me había encantado la «guerra» que habíamos trasladado de nuestras vidas al sexo y había soñado con esa mierda desde el fatídico día en que firmé mi contrato tácito con el diablo.

Me había rendido a Dante Perazzo y el diablo nunca me dejaría olvidarlo. Él era mi pesadilla y también mi mayor deseo.

Mis pensamientos se desintegraron con una embestida más firme y volví a correrme con fuerza, sintiendo que todo mi cuerpo temblaba uniformemente, trayendo esa sensación de plenitud que solo un buen orgasmo puede proporcionar.

Y Dios me dio lo mejor.

Apretó su boca contra la mía y me besó con urgencia, sin dejar de empujarme dentro de mi coño, aprovechando cada contracción.

— Puta... Pero qué... Joder... — Solté, jadeando, cada palabra que pronunciaba mientras su polla me golpeaba en lo más profundo.

— Joder, estás aún más buena cuando te corres...

Dante me soltó las muñecas y, al mismo tiempo, mis uñas se clavaron en su espalda, agarrandolas sobre su camiseta con total agonía mientras sentía su lengua chupándome el cuello.

Empujó de nuevo. Y otra vez.

— Odio lo caliente que estás — solté, junto con un ruido de frustración, y el idiota se echó a reír.

— ¿Has echado de menos mi polla, Manuela? — me susurró al oído, haciendo que un escalofrío recorriera mis vértebras.

— ¿Crees que "la he echado de menos"? Follamos una vez, Dante — repliqué, llena de burla.

Sí, a esas alturas, cualquiera sabría que me lo perdí, pero lo negaría, aunque se me apareciera Jesús delante suplicándole la verdad.

— ¿Uno? — Arqueó una ceja, con una sonrisa sarcástica en la comisura del labio.

— Solo un día -concluí, poniendo los ojos en blanco —.

— No me basta con echarlo de menos.

Se mordió la comisura del labio, encontrándose divertido. Imbécil, prepotente e insufrible. Cómo odiaba a los hombres heteros y guapos que sabían que lo eran.

Dante era consciente de lo guapo que era, de lo bien que follaba y ya se había dado cuenta de que yo no tenía dignidad a su alrededor. Estaba condenada para siempre.

Por ser una putita sin control sobre su propio coño.

— ¿Has estado muy ocupada? — preguntó, deslizándose tan despacio dentro de mí que resultaba casi tortuoso.

— Sí, muy ocupado.

— Has estado ocupada... No has echado de menos mi polla... Y, sin embargo, abriste las piernas en cuanto te quedaste a solas conmigo en un espacio cerrado... — señaló, llena de sí misma.

Odiaba a ese cabrón. Hasta mis argumentos parecían los de un niño de ocho años. Mi cerebro parecía gelatina y ni siquiera se me ocurría una respuesta con sentido.

Es más, la lentitud me estaba matando.

— Cállate de una puta vez, Dante, y fóllame como es debido.

Volvió a reírse.

— Ya te he dicho que a mí no me das órdenes. Pero te refrescaré la memoria de por qué echabas de menos mi polla. — Hizo una pausa. — Una vez más.

Y eso fue lo que hizo. Aceleró el ritmo hasta que se volvió rápido, constante, abrumador. Los segundos se rompieron como los

hilos de mi autocontrol y todo a mi alrededor se convirtió en besos, susurros, respiraciones recicladas y maldiciones.

Sentí cómo se enterraba profundamente dentro de mí y me pregunté si iba a partirme por la mitad, pero no me importó lo más mínimo si ese era el resultado. El tiempo parecía suspendido y nada tenía sentido aparte de nosotros dos, lavándonos el uno en el otro.

Mi corazón y mis venas latían a una sola frecuencia: la suya.

Dentro y fuera, mientras mi cuerpo ondulaba bajo el suyo, convirtiéndose en nada más que materia vaporosa y deshaciéndose hasta dejar de existir.

La imagen de aquel hombre hermoso y caliente encima de mí, follándome sin pausa, permanece más que vívida en mi cabeza durante años. Quizás sería capaz de recordar en vidas futuras que tendría que volver, ya que me estaba liando con el mismísimo Satanás reencarnado.

Sin duda volvería. Para pagar por mis pecados.

Dios mío, ¿qué estaba haciendo? Todas mis neuronas se habían quemado, eso seguro. Y ni siquiera podía culpar al maldito alcohol esta vez. Estaba demasiado sobrio. Dentro de mi trabajo.

Mierda, estaba dentro de...

En el momento en que empujó con fuerza, todo mi cuerpo retrocedió y alcancé otro orgasmo, mi gemido una vez más contenido, pero esta vez por un beso ahogado.

Era increíble lo que aquel hombre podía hacerme tan rápidamente.

Entonces intensificó el beso, sujetándome la cara con una mano de forma algo más agresiva, haciéndome delirar aún más. Me pasó la lengua por el labio inferior y tiró de él hacia sí, como si no pudiera evitarlo. Y yo hice lo mismo, porque la verdad era que deseaba cada parte de él.

Más y más.

Dos embestidas más y Dante jadeó un poco más alto cuando su cuerpo se relajó sobre el mío. Los dedos se enredaron en mi cabello y me besó de nuevo, esta vez lentamente, como si quisiera disfrutar cada segundo que se desplegaba frente a nosotros.

Yo hice lo mismo, ignorando todo lo demás hasta que la letargia pasará, hasta que el hormigueo se extinguiera. Entonces, respiré hondo, aún sin creer lo que acababa de suceder.



Escuche
¿Quieres saber un secreto?
¿Prometes no contarlo? Whoa, oh, oh
:: Do You Want To Know a Secret? – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Habíamos estado en silencio durante un tiempo.

— Eso... No puede volver a pasar. Y menos aquí. Es un entorno de trabajo — empecé a decir seriamente, mirándole fijamente-.

— No parecía importarte tanto que fuera un entorno de trabajo hace unos minutos. — Aquella sonrisa prepotente apareció en sus labios y me pasó la mano por el muslo.

Cerré los ojos y tomé aire, sintiéndolo quebrarse en el mismo momento. Era realmente difícil tener algún tipo de control cuando sus manos estaban en contacto con mi piel.

El calor. Los escalofríos recorriendo cada célula. Era como si mi cuerpo reaccionara de una forma única ante él.

— No volveré a hacerlo — le advertí, intentando soltarme de sus brazos y mirando el reloj de la mesa. — Demonios, ¡llego tarde!

Me levanté, me alise el vestido y volví a mirar al hombre que tenía delante. Tenía los ojos encendidos, la camisa entreabierta, el pecho semidesnudo subiendo y bajando con su jadeo.

Casi gemí por dos razones: la primera era que quería volver y sentarse en su polla otra vez, y la segunda era que sabía que la había cagado.

Escudriñe la habitación en busca de mis bragas, hundiéndome en toda mi humillación y maldiciendo internamente por no haberme resistido a él. ¿Cuál era mi problema?

Encontré la prenda en un rincón del sofá y me dirigí al espejo del cuarto de baño de mi salón, sin mirar atrás. No había nada que me gustara más en aquel escritorio que tener mi propio cuarto de baño.

Ese es el tipo de cosas que solo un asalariado puede apreciar después de pasarse el día atiborrandose de *McDonald's* porque no puede salir del trabajo para comer decentemente. O una madre que acaba de terminar su baja por maternidad y tiene que sacarse leche durante los primeros meses de vida de su hijo.

Ya hacía unos dos meses que había dejado de producir leche y fue bastante frustrante al principio, especialmente porque quería amamantar. Hoy, sin embargo, no me estaba quejando, toda la función de sacar leche era bastante molesta.

Miré mi reflejo en el espejo.

— Tonta. Estúpida. Idiota — me insulté, sacudiendo la cabeza negativamente mientras arreglaba mi cabello y maquillaje.

Sabía que insultarme no servía de nada, que había cometido otro error sin pensar bien. No lograba entender cómo yo, una mujer tan inteligente, podía perder cualquier línea de razonamiento cerca de ese hombre. Era como si una nueva persona tomara control de mi cuerpo, una bastante tonta que tenía un fetiche por tomar malas decisiones.

Alise la ropa y, en menos de diez minutos, estaba mínimamente presentable. Nadie sospecharía que había tenido un rápido encuentro en mi escritorio.

Cuando entró de nuevo en la habitación, él ya estaba vestido, terminando de anudar su corbata. Lo observé mientras hacía esa

acción con cuidado, frente al espejo redondo que había en la pared, y los segundos parecieron pasar lentamente.

En serio, me parecía increíble cuánto era de guapo Dante Perazzo, que llegaba a doler la vista. Era inexplicable la cantidad de sensaciones que él era capaz de hacerme sentir al mismo tiempo. Suspiré y sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos que ya comenzaban a hacer que mi cuerpo ardiera por dentro. ¿Cómo era posible?

Tomé una de las carpetas de la mesa y salí por la puerta como un huracán, sin avisarle nada al idiota. Sería un martirio estar cerca de ese hombre todos los días, aún más si él pretendía provocarme como lo había hecho hoy. Pero nunca dejaría que eso volviera a pasar. Ni en broma. Quemara mi sofá tan pronto como regresara.

No pasaron ni dos minutos antes de que escuchara sus pasos apresurados detrás de mí.

No me atreví a mirarlo durante la siguiente reunión. Decidí fingir que él era una columna. Pasé buena parte del tiempo pensando en las cosas que delegaba a Dante para que tuviéramos el menor contacto posible.

Y eso fue lo que hice tan pronto como terminó la reunión. Le asigné algunas tareas para que investigara y le pedí que regresara a mi escritorio al final de la tarde, sin paciencia alguna.

Claro que el idiota no pareció estar nada contento al seguir lo que le estaba diciendo. A Dante Perazzo nunca le había gustado seguir órdenes. Se quejó un poco, pero luego salió de la sala.

Necesitaba resolver otras cosas y también recomponerme de toda la montaña rusa de locuras que estaba siendo ese día.

El resto de la jornada pasó muy rápido, como normalmente sucedía. Pude adelantar todo lo que necesitaba hacer y traté de acostumbrarme a la idea de que lo volvería a encontrar. Y tal vez no estuviera haciendo un buen trabajo, porque seguía considerando todo eso un absurdo.

Pasamos unas buenas horas en mi escritorio y ni siquiera me di cuenta de que el tiempo había pasado. No noté que ya estaba oscuro y olvidé que mi celular existía. Había tanto trabajo y tantas

informaciones que necesitaba explicarle que, cuando me adentraba en un tema, rápidamente se desviaba a otro igual de importante.

Estaba exhausta, y por lo visto Dante también. Debía estar preguntándose de vez en cuando qué demonios estaba haciendo allí. Tal vez se desanimaba al ver la cantidad de trabajo que teníamos en nuestras manos.

Yo deseaba que así fuera.

Después de un tiempo, escuché suaves golpes y pedí que entraran. Y entonces, cuando se abrió la puerta, mi cuerpo se heló por completo. Todo el color de mi rostro se esfumó y sentí cada partícula de mí convertirse en piedra. Comencé a sudar frío, tomada por el miedo y la desesperación, claramente estampados en mis ojos.

— Mamá... Mamá... – balbuceé — ¿Qué haces aquí? - pregunté nerviosa, mirándola desesperadamente a los ojos.

Esto no podía ser real.

Dante se giró en su silla para ver quién estaba de pie en la puerta. Miró confuso a la mujer que tenía en su regazo, que sostenía a un niño en brazos. Parpadeó lentamente más de una vez, miró en mi dirección y luego de nuevo a la puerta.

En ese momento, supe que estaba más que jodida.



Silencio. Nadie dijo una palabra.

Ni en un millón de años, imaginé que esto pudiera pasar.

Mi estómago se revolvió, esa sensación nauseabunda se fue subiendo hasta mi garganta hasta que se formara un nudo allí. Todo parecía congelado: pulmones, venas, respiración. Mi cerebro luchaba por encontrar una mentira y el sudor se acumulaba en mis manos como si mi cuerpo también estuviera desesperado por una salida.

Tragué en seco, sin saber muy bien cómo conducir la situación. Deseaba salir de ese cuarto lo más rápido posible. El pánico en la

expresión de mi madre lo decía todo.

— Vine... — Intentó no parecer nerviosa. — A traerte. Tu tía necesitaba mi ayuda y pensé que era mejor dar un salto aquí... — se justificó, caminando en mi dirección y entregándome a Giovanna.

El heredero más joven de los Perazzo estaba estático, con la boca entreabierta, sin poder mover un nervio ni emitir un sonido. Al mismo tiempo, se podía oír el sonido de mi corazón latiendo cada vez más fuerte.

Él no parpadeó, mirando el rostro de la niña en mi regazo, analizando cada mínimo detalle: los cabellos rubios atados en un moño en la parte superior de la cabeza, los grandes ojos de un castaño verdoso que eran solo suyos, las mejillas ligeramente sonrojadas.

Dante sabía.

Además, era imposible no saber.

Y cuando ella levantó uno de sus bracitos, agitada, pensé que ese hombre iba a desmayarse. La mirada se desvió hacia un punto exacto, la manchita marrón que tenía cerca de la muñeca, que se asemejaba a una "M". Era una marca muy pequeña, casi imperceptible, pero imposible de no notar cuando se tenía una igual.

Gio comenzó a hacer burbujitas con la boca y a sonreír feliz, mostrando los dientecitos que comenzaban a surgir. Movió las manos en dirección al rubio, como si pidiera brazos. Respiró hondo, sosteniéndolo los bracitos y los bajé.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó después de un tiempo, con la voz aguda y la expresión comenzando a cambiar de perpleja a irritada.

— Dante... Necesitamos hablar.

Y entonces él volvió a abrir los ojos y me miró completamente trastornado. Mi madre miraba de un lado a otro con la mano en la boca, como si estuviera viendo una película de horror.

Y tal vez así fuera.

— Mamá, gracias por quedarte con Gio. Hablo contigo tan pronto como salga de aquí y dile a Guilherme y Julia que los encuentro en mi apartamento más tarde. — Ella asintió, lanzándome

una mirada como si estuviera pidiendo disculpas y salió apresurada de la sala.

Silencio.

Él aún me miraba trastornado.

— ¿Cuánto tiempo tiene esta niña? — fue lo único que preguntó, sin siquiera intentar esconder el miedo a mi respuesta.

— 10 meses — dije al final, soltando el aire, cansada.

Automáticamente, Dante hundió el rostro en las manos, apoyando los codos en las rodillas, como si se hubiera derrumbado.



Siento que mi columna empieza a resquebrajarse
Estoy mirando al futuro
Sigo mirando hacia atrás
:: Back To Zero – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Mi cabeza parecía girar tan fuerte que llegué a sentirme mareado. Una oscuridad tomó cuenta de mis ojos y un zumbido fuerte llenaba todos los rincones de mi cerebro. Era como si diversas cuchillas estuvieran siendo clavadas en mi cráneo al mismo tiempo. Dolía razonar y tratar de asimilar lo que estaba frente a mí. Eso no podía estar pasando. Debería ser algún tipo de sueño increíblemente realista.

Eso era.

Abriría los ojos y estaría durmiendo en mi cama, cubierto con mis sábanas y rodeado de almohadas. No era más que una pesadilla absurda.

No había otra posibilidad.

Mis párpados se movieron lentamente y cuando finalmente se abrieron, me di cuenta de que seguían ahí. María Manuela Guerra,

sosteniendo a una niña que sin duda era mía.

Era indiscutible. Todos los rasgos eran de un Perazzo, excepto por la forma de la nariz y la boca; esos eran de ella. Incluso la maldita marca de nacimiento que tenía la niña.

Una prueba de ADN en vivo y en directo.

La niña ahora estaba pasando las manos por el cabello de la mujer, jugando con sus mechones mientras reía despreocupadamente. Respiré hondo y eso llamó su atención, porque me miró, abriendo una amplia sonrisa y exhibiendo dos únicos dientes inferiores.

Estiró los pequeños brazos en mi dirección, abriendo y cerrando las manos, como había hecho unos minutos antes. Soltó algunos ruidos, como si se quejara, y yo seguí ahí, mirándola, perplejo, hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a llorar, mirándome frustrada.

Manuela se sintió muy incómoda con la situación y comenzó a mecer a la bebé de un lado a otro, intentando calmarla.

No me atreví a moverme. Sentía un nudo en la garganta junto con una enorme complejidad de sentimientos que parecían alterarse dentro de mi minuto a minuto. No sabía qué hacer, qué decir, qué pensar. Tantas cosas pasaban por mi cabeza que era difícil mover siquiera un solo músculo.

— ¿Cuándo pensabas decírmelo, que tenía una hija, Manuela? — pregunté, irritado.

— No pensaba — afirmó en voz baja.

Mi estómago se hundió y mis músculos se tensaron. El odio robó el control de todo dentro de mí, impidiendo que el aire llegara a mis pulmones.

— ¿Estás loca? — exploté a gritos y la niña abrió los ojos, dejando de llorar y observándome, ligeramente alarmada.

Quería que mis palabras tuvieran fuerza, que demostraran toda mi furia, pero ni siquiera sabía si estaba logrando expresarme, porque seguía incrédulo ante esa situación.

— ¡No grites! — me reprendió, abrazando a la niña contra su pecho.

Sentía cada partícula de mi pulsar de rabia. El tiempo parecía entrelazarse en mis pensamientos, convirtiéndo todo en una confusión tal que no estaba seguro de sí todo a mi alrededor se movía rápido o demasiado lento.

¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo fue capaz de esconderme algo así?

— ¿Por qué hiciste esto? ¿Cuál es tu problema? ¿Estás enferma? — pregunté con la voz débil, sintiéndome completamente desolado, mirando a la niña en su regazo.

— ¿Para qué te lo diría, Dante? ¿Para qué tu maldita familia intentó sacármela? — respondió, seca, y sentí cada parte de mi cuerpo entrar en combustión.

Las olas de decepción golpeaban contra mis propios nervios, impulsando una infinita gama de sentimientos negativos. Rabia, odio y sus variantes. Era todo lo que sentía en ese momento. Mis músculos alrededor de la boca estaban doloridos por la fuerza que hacía para no explotar de nuevo.

¿Cómo podía pensar algo tan inhumano? ¿Cómo podía ser tan cruel?

— No tenías derecho... — comencé a decir, apretando los dientes.

— ¡Giovanna es mi hija! — exclamó.

— ¿Tú? ¿La hiciste sola, porra? — pregunté con desdén, mi tono de voz volvió a elevarse mientras la niña me miraba curiosa.

— No necesitamos nada de ustedes, solo distancia.

Solté una risa incrédula. Definitivamente, estaba loca al pensar que eso iba a pasar. Respira, que se rompió en el mismo instante. Era difícil suprimir la furia que picaba mi piel, rompiendo las barreras de mi propio cuerpo. La niebla de odio se había sobrepasado, rodeándome hasta contaminar todo a mi alrededor.

— Será mejor que te acostumbres a la distancia — repliqué, sintiendo correr por mi sangre cada gota de rabia.

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó, confundida.

— Quiere decir que ella no se quedará contigo — avisé con odio, mirando una vez más hacia ella y saliendo de su escritorio, cerrando la puerta detrás de mí.

No podía pensar. No podía compartir el mismo aire que esa mujer, necesitaba alejarme, entender qué demonios estaba pasando en mi vida.

¿CÓMO QUE TENÍA UNA PUTA HIJA?

Caminé rápidamente hacia el ascensor y me dirigí al garaje. Estuve perdido unos seis minutos, dando vueltas sobre mí mismo, sin poder recordar dónde había aparcado el coche. Era el único McLaren del aparcamiento y ni siquiera pude encontrarlo.

Entré en el coche y me sentí aún más asfixiado. Me abrí los botones de la camisa y me aflojé la corbata, me costaba respirar. Aspiré todo el aire que me rodeaba, pero nada parecía suficiente. Cada parte de mí estaba agotada, aplastada, como si un dragón hubiera pasado por encima de mi cuerpo.

Prácticamente, volé hasta la mansión y estoy seguro de que fui bastante imprudente en el tráfico, pasé algunos semáforos en rojo y me importó un bledo los radares.

No quería ir a mi apartamento, necesitaba hablar con mi hermano, con mi madre o con cualquier persona. En cuanto llegué, fui directo al bar, sirviéndose un poco de whisky sin importar ponerle hielo.

Caminé lentamente hasta el vestíbulo y ni siquiera tuve fuerzas para subir las escaleras, sentándome allí mismo, en los escalones.

No tenía idea de qué hacer, y mi cráneo dolía tanto, como si alguien lo estuviera comprimiendo. Apoyé el vaso en el mármol y pasé las manos por mi rostro, en un intento ridículo de intentar digerir todo eso.

— ¿Qué pasó, Dan? — preguntó mi madre al verme sentado en la base de la escalera.

— ¿Dante? — La voz firme de mi hermano hizo que mirara hacia arriba.

Domenico se parecía mucho a mí. Cabello rubio, ojos marrones verdosos y un porte atlético. La mayor diferencia entre nosotros era que yo normalmente me afeitaba y Dom no. Ah, mi hermano también era unos años mayor, él tenía treinta y dos y yo veintiocho, pero eso nunca fue un problema, siempre fuimos muy unidos.

Lo miré sin saber qué decir. ¿Cómo iba a dar esa noticia? ¿Cómo alguien suelta ese tipo de información?

"Entonces, chicos, tengo una hija de 10 meses y acabo de descubrirlo."

Parecía una broma, pero no lo era.

Permanecí en silencio durante unos minutos, buscando cualquier fuerza dentro de mí, ignorando los llamados de mi hermano, que ya comenzaba a preocuparse.

Dom era el responsable, yo hacía las tonterías en la familia. Ni quería imaginar la bronca que me daría. Dios mío, qué mal estaba.

— ¿Recuerdan a María Manuela Guerra, cierto? — pregunté, tratando de introducir ese tema de alguna manera.

— ¿Cómo no lo recordaremos, Dan? Esa mujer tiene como meta en la vida joder nuestra empresa — murmuró mi hermano, cruzando los brazos.

— ¿No fue ella la que salió con Adriano? — preguntó mi madre, pensativa.

Ella no solía involucrarse demasiado en los asuntos de la empresa, pero sabía todo sobre las relaciones de las personas que pertenecían o habían pertenecido a nuestro círculo.

— Yo... — pausé, las palabras no salían de mi boca.

Me quedé en silencio un tiempo, reuniendo todas las fuerzas que tenía para contar, en vano. Era como si hubiera un bloque de concreto en mi garganta, impidiendo que hablase.

— ¿Tu qué, Dante? Ya estoy comenzando a preocuparme. — El tono de voz de Paola Perazzo cambió y puso la mano en la cadera, levemente irritada.

La forma en que mi hermano me miraba, ya esperando la tontería que saldría de mi boca, hizo que mi espalda se helara. Tantas veces... Me había dicho tantas veces que envolviera la maldita cosa antes de cualquier encuentro. Y yo nunca olvidaba, nunca me había olvidado antes.

— Acabo de descubrir que... — Respire hondo. — Ahn... Ella tiene una hija...

— ¿Qué? — Dom frunció el ceño, confundido.

— Mía.

— ¿Tú qué? — indagó, sin entender, como si no hubiera conseguido unir las dos frases anteriores.

— Ella tiene... — Tomé aire. — Una hija que es mía.

Mi madre se cubrió la cara inmediatamente, abrió los ojos y me miró perpleja. El color de mi hermano se esfumó por completo y su boca se entreabrió en silencio.

Nunca había visto a mi hermano de esa manera, sin idea de cómo manejar una situación. Comenzó a caminar en círculos por la habitación, pasándose la mano por la cabeza, abriendo la boca para decir algo y cerrándola de inmediato.

— ¿Comes mierda, Dante? — gritó, furioso, con las venas saltando en el cuello. — ¿Cómo...?

Domenico cerró los ojos y respiró hondo, cubriéndose la cara con las manos y empujando el cabello hacia atrás.

— Dante, eso no puede ser verdad. — Mi madre me miraba, incrédula. — ¿Ustedes están juntos o algo así? ¿Por qué hiciste esto? Como si no bastara romper con tu padre por la empresa, ¿ahora estás con una cualquiera? — Hizo una pausa y agitó la cabeza en desaprobación. — ¿Es por ella que hiciste todo esto?

— No, mamá — vociferé en su dirección, levantándome. — Me desvinculé de ustedes porque no estoy de acuerdo con varias cosas que hacen en la empresa actualmente y también estoy cansado de toda esta palabrería del Círculo de Oro. ¡No somos mejores que los demás, carajo!

— Dante... — me reprendió mi hermano, apretando la mandíbula, mirándome irritado.

— ¡Basta, Dom! — grité. — Si quieres seguir con esta insensatez, el problema es tuyo, ya te lo he dicho mil veces que no quiero eso para mi vida.

— No sabes lo que estás diciendo — replicó mi madre, mirándome como si fuera un tonto.

— Sabes muy bien de nuestras responsabilidades — me advirtió Dom.

— No, esas fueron las ideas que mi padre les metió en la cabeza, como hizo conmigo desde siempre. No somos mejores que nadie, nuestra sangre no es azul, carajo.

Éramos parte de una sociedad algo compleja. Pasé toda mi vida escuchando que éramos mejores porque pertenecían al Círculo de Oro, y ese tipo de lavado es pesado. Hice muchas tonterías de las que no me sentía orgulloso. Traté mal a las personas, me burlé de quienes eran de clases inferiores y hice muchas otras cosas que me decían que eran normales.

Es difícil crecer en una familia con valores distorsionados y tan incrustados que terminan reproduciendo las tonterías que escuchas, creyendo que es lo correcto.

Nos enseñaban a solo involucrarnos con nuestros semejantes, y dentro del C.O., los matrimonios por conveniencia eran casi una obligación. De hecho, teníamos poder de elección la mayoría de las veces, pero involucrarse con personas de clase baja o media era casi un crimen. Eventualmente, hacían excepciones para familias importantes y muy ricas que eran bien vistas por el Círculo.

Llegaba a ser bizarro, cuando logras romper la burbuja para analizar toda esa podredumbre. A pesar de que aún asistía a eventos, entre otras cosas, estaba intentando al máximo desvincularse de ese mundo.

— ¡Dante, somos los Perazzo! — exclamó mi madre, trastornada. — ¡Nuestra línea es completamente pura!

Línea. Mis padres actuaban como si fuéramos perros de *pedigree*. Resultaba ridículo.

Los miembros del Círculo de Oro de verdad se consideraban parte de la realeza.

— No más — concluí, lleno de desdén, haciendo que ella moviera la cabeza en negativa y me mirara como si hubiera dicho que cometí algún tipo de crimen.

Y quizás preferiría que realmente hubiera cometido uno.

Mi hermano me miraba en silencio, analizando mis movimientos y respuestas. Esa reacción no me causaba bienestar, odiaba cuando Dom permanecía callado, nunca era una buena señal.

— No puedes esperar que aceptemos a una bastardita dentro de esta familia... Esa niña nunca será una Perazzo — respondió mi madre, decidida, señalándome con un dedo, furiosa. — ¿Y cómo

tienes tanta certeza de que es tu hija? Tal vez esa vagabunda solo quiere dinero.

— Apuesto que quiere dinero — afirmó Dom, seco.

— No hables así de ella, ni siquiera la conoces — le repliqué a mi madre, irritado.

Aunque estaba furioso con la chica, no iba a permitir que mi madre la llamara vagabunda cuando el que estaba en el error era yo. Fui yo quien olvidó la maldita protección, para empezar.

Nunca había visto a Paola Perazzo tan incómoda en su propia casa; toda la perfección que siempre insistía en mostrar se había extinguido.

— Manuela no quiere dinero, Domenico. Ni siquiera quería que yo supiera — respondí, mirándolo de arriba a abajo, reprendiéndolo por sus suposiciones. — Y sí, madre, ella es una Perazzo. No hay ninguna duda. Esa niña lleva mi sangre, lo quieras o no. No voy a dar la espalda a mi hija. ¿Estás loca? Es tu nieta.

La mujer me miró un tiempo, un músculo en su boca temblaba junto con sus manos. Sabía que esa palabra la había golpeado. Mi madre siempre quiso que me casara, siempre ansío por nietos.

Confieso que hace algunos años esa idea me parecía ridícula, aunque me habían enseñado que era mi responsabilidad. Aun así, no era un deseo, pero después de viajar y conocer tanta gente, tras todo lo que había pasado, una noche me di cuenta de que tal vez sí quisiera tener una familia. Si encontraba a la persona adecuada con quien compartirlo.

Siempre he sido una persona solitaria, nunca tuve muchos amigos y la mayoría de las personas que se acercaban a mí lo hacían por interés, excepto mi madre y mi hermano. Y entonces, de alguna manera, ese sentimiento de algún día tener un hijo había crecido dentro de mí. No era algo que pretendiera hacer ahora, pero ¿quién sabe en algunos años?

El sentimiento que mi madre tenía por mí era algo más allá de todo lo que podía imaginar y había vivido casi toda su vida bajo el miedo, respetando y haciendo todo lo que mi padre decidía.

Sabía cuánto me amaba, cuánto valoraba a la familia y a las personas de nuestra sangre. Esa maldita sociedad era todo lo que

conocía; así había vivido toda su vida: el nombre de los Perazzo, la gloria de ser una Perazzo. Ciertamente, no aceptaría fácilmente la idea de que la madre de mi hija fuera una persona de afuera.

También sabía que mi madre tenía un gran corazón y que pasaba por alto muchas cosas por mí y por mi hermano.

La atmósfera era increíblemente pesada y ella estaba intentando pensar en qué decir. Mi hermano parecía atrapado en una especie de burbuja aislada. No podía imaginar lo que ambos estaban sintiendo, ni tampoco sabía lo que yo mismo sentía.

— Se parece a mí — conté, rompiendo el silencio, volviendo a sentarme en la escalera y mirando el vaso frente a mí. — Y se llama Giovanna.

Su mirada vaciló por unos minutos y su cuerpo pareció abandonar la típica postura que solía tener. Un destello de ansiedad tomó sus ojos y luego su expresión se volvió triste.

— ¿Cuánto tiempo tiene? — preguntó Dom, tragando en seco, y sentí todo el temor en su voz.

— 10 meses — dije, sintiendo ese apretón llenando mi pecho, el dolor extendiéndose cada vez más.

10 meses. Ella existía desde hacía 10 meses y ni siquiera lo sabía. La pulsación casi salvaje en mi corazón martillaba en mis tímpanos, provocando un dolor físico real. Mis músculos se volvieron tan rígidos que parecía incapaz de moverme. La impresión que tenía era de haber sido destruido de adentro hacia afuera.

Más silencio.

Mi hermano usó el pasamanos de apoyo y se sentó a mi lado en la escalera, vaciando el resto del *whisky* que había en mi vaso. Suspiré, sintiéndome agotado mental y físicamente. No podía pensar en qué hacer, en qué actitud tomar.

Quería abrazarla.

¿Por qué demonios no había pedido abrazarla, carajo? Salí de la sala, trastornado, sin siquiera acercarme a la chica.

¿Qué demonios tenía en la maldita cabeza?



Me siento y miro
Cómo pasan las lágrimas
Mis riquezas no pueden comprarlo todo
:: As Tears Go By – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Burro de mierda.

Me insultó mentalmente y me levanté.

— ¿Dónde vas? — preguntó Domenico, confundido.

— Necesito hablar con ella. Necesito ver a la chica.

— Dante... — mi madre sostuvo mi brazo.

Solté su mano y corrí hacia el jardín, en dirección a mi coche. Sabía dónde vivía. Ya había estado tentado a visitarla desde el día en que volví a pisar Río de Janeiro, hace dos semanas.

De hecho, ya había pensado en ello desde la noche que pasamos juntos. Pero entonces, cuando esas ideas surgían en mi cabeza, me recordaba que ella era María Manuela Guerra, que nos habíamos odiado toda la vida y nada de eso tenía sentido.

"*No eran más que deseos, de tener de nuevo el mejor polvo que había tenido"*, repetía constantemente para mí mismo durante

todos esos meses.

Repetía hasta el día de hoy, en que tuvimos que compartir el mismo aire, solos, en el mismo ambiente dentro de ese escritorio, y entonces, simplemente perdí el control.

No es que no fuera mi intención, desde el día en que supe que el trabajo que había aceptado era con ella. Sabía que en algún momento eso iba a suceder, pero no esperaba que fuera tan rápido y mucho menos que ella cediera en el mismo instante.

Moví la cabeza, frustrado, queriendo que todos esos pensamientos desaparecieran. No quería pensar en ella de esa manera, estaba temblando de rabia.

Ella no vivía lejos, mi nuevo apartamento estaba al final de Barra y el suyo en Recreio, cerca del escritorio. Durante todo el camino, repetí una infinidad de insultos y acusaciones. Quería gritarle, pero ni siquiera sabía exactamente qué decir, porque si llegaba a gritar, Manuela no me dejaría ver a la chica.

Hice un gesto al portero, quien sonrió, pensando que era uno de los residentes, y entró. Que se joda, si intercomunican, ella no me dejaría subir.

Respiré hondo cuando llegué. Aún no podía creer que estaba allí. Dudé un poco, pero después de unos segundos, golpeé con fuerza la puerta.

Manuela abrió rápidamente, tenía los ojos rojos e hinchados y una copa de vino en la mano. Llevaba un pantalón de franela a cuadros suelto y una blusa blanca casi transparente, que marcaba el sujetador negro de encaje que llevaba.

Cuando me vio, al instante su mandíbula se tensó e hizo un gesto de cerrar la puerta, pero la interrumpí, poniendo la mano en frente.

— ¿Qué quieres? — preguntó, impaciente, apretando los dientes.

— Quiero ver a mi hija — respondí, viendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

— ¿Y por qué crees que te dejaría hacer eso, después de lo que me dijiste, Dante? — Su tono de voz emitía tanto odio y, joder,

hacía mucho tiempo que no la recordaba hablando de esa forma conmigo.

— ¿Manu? — Oí la voz de Guilherme justo detrás y vino hacia mí, con los ojos un poco abiertos al verme. — ¿Qué haces aquí, Dante?

— Quiero ver a mi hija — repetí, brusco.

— Manu, déjale entrar — pidió y levanté ambas cejas, completamente sorprendido.

— No, Guilherme, no lo voy a dejar — afirmó, cruzando los brazos y mirándolo con ira, casi como si se sintiera traicionada.

Era bueno, ¿no?

— Manuela, por Dios, él es el padre de Gio. Tiene todo el derecho de verla. Siempre te dije que en algún momento esto iba a suceder, pero no me escuchaste. Vamos... — Él envolvió su brazo alrededor de los hombros de ella y abrió la puerta, dándome paso. — No me hagas arrepentirme de esto, Dante — dijo en voz baja, mientras la apartaba.

— ¿Qué está pasando aquí? — apareció Julia Lacerda, saliendo de un pasillo, sosteniendo a otro bebé que comenzó a gritar "papá" o algo parecido.

Joder, ¿iban a abrir una guardería?

La hija del medio de los Lacerda seguía siendo la misma desde que la recordaba. Era bajita y, al igual que yo, claramente no parecía ser muy fanática del sol. La piel blanca casi pálida contrastaba mucho con los ojos y el cabello castaño oscuro.

— Parece una miniatura tuya — comenté, observando al niño y Guilherme asintió, sonriendo mientras levantaba al pequeño en brazos.

— Julia y Manu, ¿puedo hablar con Dante a solas? — pidió, mirando a las dos mujeres que estaban paradas frente a nosotros y Manuela en el mismo instante salió, pisando fuerte y desapareciendo por el pasillo.

Se sentó en la mesa y me señaló para que hiciera lo mismo. Colocó al niño en una de sus piernas y comenzó a moverla mientras él reía emocionado.

— Mira, sé que nunca nos entendimos cuando estábamos en la facultad, pero ahora somos adultos — comenzó.

— Ya no soy la misma persona que conociste en aquellos eventos de Derecho, Guilherme — afirmó con calma.

— Creo que no lo eres. De hecho, cuento con eso. He estado investigando sobre ti desde que... Bueno, desde que descubrí que eras el padre de Gio — hablaba en voz baja y el niño en su regazo comenzó a restregarse los ojos y a apoyar la cabeza en su barriga.

Respiró hondo y soltó el aire con calma.

— Sé que te has alejado de tu familia y que estás tratando de cambiar tus perspectivas, pero necesito saber... ¿Qué quieres de verdad al venir aquí? — preguntó, acariciando al niño en sus brazos.

— Dije que quiero ver a mi hija y, por lo visto, ella no quiere dejarme — expliqué, impaciente.

— Sabes que ella tuvo un motivo para todo esto, ¿verdad? — indagó en un tono bajo.

Solté una risa sin humor.

— Claro, castigarme por haber sido un idiota con ella. Y no creo que sea justo esconderme esto como forma de venganza.

Él inhaló y negó con la cabeza.

— Cuando Manuela nos contó sobre el embarazo, fui el primero en decir que ella debería buscarte, pero se desesperó, pensó que tu familia podría hacer que ella perdiera al bebé y entró en una gran paranoia por eso. No hizo nada por maldad, como estás pensando. Manuela nunca ha sido una persona vengativa.

Sentí el amargo en mi boca. Nada de eso tenía sentido.

— ¿Cómo te sentirías si estuvieras en mi lugar, Guilherme? Si te privará de saber que tienes una hija. ¿Qué pasaría por tu cabeza? — pregunté, brusco, y él me miró fijamente.

— No estoy en contra de ti. No estoy de acuerdo con la decisión de Manuela, nunca lo estuve. Solo estoy diciendo que ella tuvo sus motivos — dijo, al fin.

— ¡No sé qué hacer! — solté, moviendo las manos, exasperado.

— Ella dijo que tú dijiste que ibas a llevar a Giovanna.

— Estoy enojado — expliqué, como si fuera obvio. — ¿Qué quieres que haga?

— No puedes amenazar con quitarle a su hija — concluyó, frunciendo el ceño. — ¿Cómo quieres empezar las cosas de esta manera?

— Ella me la quitó primero, me privó de conocerla — recuerdo. — No soy el villano aquí, Guilherme.

— ¿Y pretendes comenzar una guerra, entonces? — preguntó, serio, y luego volvió a mirar al niño en su regazo, que comenzaba a quedarse dormido.

— No sé qué pretendo hacer. Sé que, ahora, quiero ver a mi hija.

— Si lo consigo, ¿prometes que no vas a huir con ella ni nada por el estilo? Es un bebé, Dante, tiene su rutina y no te conoce. No hagas que me arrepienta de intentar ayudarte — advirtió, mirándome de forma desconfiada.

¿Huir? Dios mío, ¿qué pensaban que era? ¿La Nazaré Tedesco de la alta sociedad, por favor?

— No voy a huir con el niño, Guilherme. ¿Estás loco? Es cada cosa... — solté el aire, irritado por la falta de sentido común que claramente tenían esas personas.

— Ok, sostiene a Lucca un minuto. — Abrí los ojos, un poco aprensivo, mientras él me entregaba al niño, como si fuera un simple saco de arroz.

Mantuve mis brazos rectos frente a mí. Exactamente en la misma posición en la que los estiré para recibirlo. Mis manos lo sostenían por debajo de los brazos y el cuerpo del niño se balanceaba en el aire, junto con las piernas.

Joder, creo que nunca, en toda mi vida, había sostenido a un bebé. Mis manos sudaban frío y era imposible mover un solo músculo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, todo nervioso, con miedo a que el niño se cayera al suelo, porque él se movía de un lado a otro, riendo, como si eso fuera algún tipo de juego.

— ¿Has estado así desde que salí? — preguntó un tiempo después, trayendo a la niña en brazos.

Asentí con la cabeza y él se río. La niña abrió una sonrisa, estirando los brazos de nuevo en mi dirección, como había hecho más temprano.

Sentí que mi estómago daba una voltereta.

— No va a venir — suspiró, cansado —, está en la habitación con Julia, en este momento, maldiciéndome con todos los nombres que puede recordar.

— Gracias por hacer esto, Guilherme — dijo al fin y él tomó al niño en brazos, equilibrando en el otro brazo.

— Sin problema — dijo, entregándome a la bebé. — Dante, por el amor de Dios, ¿nunca has sostenido a un niño? — indagó, sorprendido, al ver que yo estaba de nuevo con los brazos estirados hacia adelante.

— No. Puede caer, creo que así es más seguro — afirmó, mirando a la niña frente a mí y él puso los ojos en blanco.

Él sentó al niño en el suelo, que en ese momento salió gateando hacia la alfombra, y acomodó a Giovanna en mi regazo, pasando mis brazos alrededor de su pequeño cuerpo. La niñita tenía dos mechones de cabello atados en la parte superior de la cabeza, formando una especie de coletas. Se volvió hacia mí y sostuvo mi rostro con las dos manos, mirándome hipnotizada a los ojos.

No puedo explicar lo que sentí en ese momento, pero algo se encendió dentro de mí, al ver una mini copia de mí, tan perfecta. Mi corazón se acelera mientras diferentes sensaciones se turnaban para llenar cada parte de mí. Era un torbellino de emociones que rompía todas las barreras de mi interior y se extendía por todo mi cuerpo. Ella sonrió, enseñando los dientes, y en ese momento supe que mi corazón se había derretido.

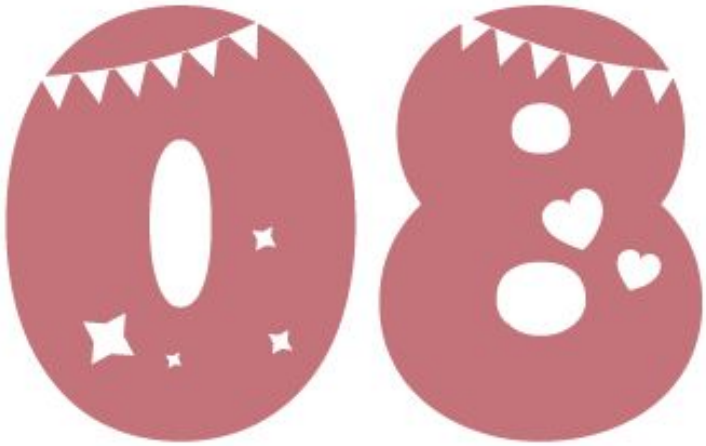
Tenía un nudo apretado en la garganta, con los ojos dolidos por el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas.

— Puedes llorar, Dante. Nadie te va a juzgar... Yo también pasé por esto — dijo de manera solidaria, probablemente dándose cuenta de mi lucha interna, y se dirigió hacia el niño, dándome privacidad.

Abracé a la niña, hundiendo mi rostro y dejé que algunas lágrimas rodaran. Estuve así durante un tiempo, tratando de

recomponerme. Nunca, en toda mi vida, había pasado por nada parecido.

Por primera vez desde que tengo conciencia, me sentía extrañamente completo, desbordante.



Bajo mi control
La chica que una vez me despreció
Bajo mi control
La chica que una vez me desairó
:: Under My Thumb – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Me recosté la cabeza en la almohada, todavía tratando de organizar todos mis pensamientos sobre ese día y noche. Sostuve a una criatura tan pequeña en mis brazos, despertando todo tipo de emociones que ni siquiera había considerado tener algún día en mi vida.

Guilherme la había convencido de que me dejara ver a Giovanna. No le pedí ningún tipo de ayuda, él simplemente decidió que lo haría.

Se puso en mi lugar, enfrentó a su mejor amiga solo para que yo pudiera verla. Sí, tal vez estábamos madurando, al fin y al cabo, dejando el pasado en un segundo plano.

Ella no apareció más esa noche. Después de un tiempo, Guilherme dijo que los niños estaban cansados y con sueño, y sería

mejor acostarlos.

Miré al techo durante un tiempo y cerré los ojos, dejando que finalmente mis hombros se relajaron. Era posible sentir mis músculos relajándose uno a uno mientras era consumido por los recuerdos del pasado.

RETROSPECTIVA - DICIEMBRE 2021

Era extraño volver después de 5 años.

El Bootcamp JurisMaster *era un programa de entrenamiento intensivo que ofrecía una inmersión práctica con el objetivo de mejorar las habilidades y conocimientos de los participantes. Un campamento bastante elitista que duraba tres semanas, lleno de estudiantes de Derecho que entraban a la facultad con sangre en los ojos.*

Aunque algunas cosas pasaron, era un evento muy serio y solo los mejores participaban. Los estudiantes eran invitados en su primer año de facultad y normalmente regresaban en los tres siguientes, ya que en el último año del curso nos dedicamos al OAB[5] y al TCC[6].

Fue allí donde la conocí. María Manuela formaba parte de la cuota de estudiantes de bajos ingresos que fueron invitados al programa. Y nosotros hacíamos de la vida de esas personas un infierno.

Ya nos odiábamos desde antes de la primera interacción; después de todo, ella salía con Adriano Lacerda, el mayor idiota que ha existido. Nuestros padres tenían una enemistad debido a negocios y ellos acusaron a mi familia de robar en sus haciendas de café.

De hecho, el padre de Lacerda intentó joder al mío antes, aplicándole un golpe, pero nadie se metía con Genaro Perazzo y quedaba impune. Ellos perdieron casi todo y fueron expulsados del Círculo de Oro. Su suerte es que sus estudios ya habían sido financiados y su lugar asegurado tanto en la facultad como en el Bootcamp*.*

Estar sentado en el Salón de Eventos, cinco años después de la última vez que estuve en ese lugar, me traía diversos recuerdos extraños. No conocía a buena parte de las personas y tampoco tenía idea de qué estaba haciendo allí, pero era una meta personal más que pretendía cumplir: ser un poco más sociable.

La coordinadora del JurisMaster *había enviado una invitación a todos los antiguos monitores para un encuentro. Me convertí en monitor desde el primer año porque sabía que tendría una habitación solo para mí y quería un lugar más cómodo para ligar con chicas.*

Genial, ¿verdad? Bueno, ese era yo hace unos años.

Normalmente, elegían a cuatro por año, lo que daba un total de 16 monitores y, claro, la insoportable era una de ellas. Éramos responsables de organizar a los estudiantes, hacer rondas, entre otras cosas que decían que eran muy importantes, como hacer el ambiente inclusivo y acogedor, ofrecer apoyo a los demás, etc.

Estaba muy lejos de hacer esas últimas cosas de la lista, por el contrario. Fastidiaba a todos los que se atrevían a mirarse de forma extraña.

El Salón estaba lleno, con personas de diversas edades y en la entrada había una mesa repleta de insignias para que tomáramos una relacionada con nuestro grupo, porque también había una división entre los estudiantes de cada año y yo era de los "Osos". Las "Zorras", por una coincidencia del destino, eran donde siempre caían los becados, lo que creaba una rivalidad aún mayor entre nosotros.

El objetivo de ese evento era agradecer por todo el servicio que habíamos hecho en favor del campamento. Una gran idiotez en mi opinión, sin embargo, decidí ir, ya que no tenía nada mejor que hacer esa noche.

Hablé con algunas personas que eran conocidas y me senté frente al bar, viendo el lugar. María Manuela Guerra estaba en el centro de un círculo, siendo bombardeada con preguntas, sonriendo de vez en cuando, sosteniendo una copa de champán en la mano.

Ella había ganado el Premio de Defensora Ambiental del Año por todo su trabajo excepcional en la defensa del medio ambiente y en la protección de ecosistemas amenazados.

Y de paso, hizo que la empresa de mi padre perdiera una fortuna.

Ya estaba incluso arrepentido de haber decidido venir. Me había olvidado de que la maldita estaría aquí.

Tomé algunas copas más, ansioso para que el alcohol hiciera efecto y me sentí feliz cuando me di cuenta de que ya estaba empezando a subir. Esos eventos siempre eran mejores para disfrutar de manera alcoholizada.

Observé el reloj en mi muñeca y estreché la vista. Solo una hora o dos más para que inventara alguna excusa y desapareciera de allí.

— ¡DANTE PERAZZO! — María Manuela prácticamente gritó, haciendo que levantara las cejas sin entender nada.

Y entonces soltó una risa larga, subiendo al taburete a mi lado. La mujer vestía un vestido negro, ajustado hasta la cintura, con un pequeño escote en V, pero que era suficiente para resaltar sus voluptuosos senos. Su cabello caía sobre los hombros y sus ojos estaban delineados con trazos negros que acentuaban aún más el castaño de su iris. ¿Cómo podía alguien, con la capacidad de ser tan insoportable, ser tan bonita?

— Exactamente, a quién estaba buscando... — dijo, apoyando la mano en la barbilla y cerrando los ojos.

Solté una risa. ¿Ella había sido mínimamente simpática?

Cierto, creo que estaba demasiado borracho.

— ¿Tú? ¿Buscándome? — pregunté, con una risa débil. — ¿Cuántas copitas de esas has bebido?

— Casi ninguna.

— ¿Entonces, por casualidad, te diste un golpe en la cabeza? ¿Será que finalmente algo entró ahí?

Ella se rio.

— Vaya, ¿es extraño decir que te eché de menos? — Su tono era casi incrédulo.

— Sí, lo es. Estoy seguro de que te diste un golpe en la cabeza. — Nos reímos, lo que fue bastante extraño.

— No aguanto más a estas personas hablándome y diciéndome lo increíble que soy. — Respiró hondo, pasando los ojos por el salón.

— Son tan falsas... Necesito un poco de hostilidad.

Sabía lo que ella estaba buscando al venir a hablar conmigo. Nuestro típico juego de gato y ratón. Si había alguien en aquel salón que no la adularía, ese alguien era yo.

Por el contrario.

— ¿Por qué te están halagando? ¿Acaso hiciste algo grandioso? — pregunté en un tono sarcástico. — Es triste, ¿verdad? La gente se sorprende con tan poco.

Una gran sonrisa surgió en su rostro al conseguir lo que quería.

— ¿No es cierto? Y esa idea de hacer una fiesta para monitores y todavía incluirse a ti... Siempre pensé que esa selección de grupos era una tontería — dijo con desdén, claramente divirtiéndose con el rumbo de la conversación.

— Ah, María Manuela, ¿todo esto es envidia porque no pude superar tus puntos en los últimos simulacros de juicio? — respondí, lleno de ironía, llevándome el vaso a los labios y conteniendo la risa.

— Tus puntos no superaron los míos — afirmó, llena de sí misma.

— Estoy seguro de que sí.

— Estoy segura de que no — replicó de forma convencida, levantándose de la silla.

Manuela se río y tomó mi vaso de whisky que estaba frente a mí, alejándose del bar.

— ¿Qué haces parado ahí?

Parpadeó, mirándola completamente confundida.

— Vamos, te voy a demostrar que estás equivocada. ¿O tienes miedo de pasar vergüenza? — indaga, casi desafiandome.

— No hay nada que me dé más placer que verte quebrar la cara, Manuela — le avisé, saliendo del salón justo detrás de ella.

Disputamos mucho durante el Bootcamp*, principalmente en los simulacros donde actuamos en lados opuestos. Ella casi siempre era la defensa y yo, la mayoría de las veces, la acusación.*

Todo el campamento estaba pensado para estimular la competencia, con el objetivo de involucrarse en debates acalorados para poner a prueba nuestras argumentaciones, persuasión, entre otras cosas.

Ella se quitó los zapatos en cuanto llegamos al pasillo, riéndose de lo que hacía y llevando el vaso con la bebida a la boca de vez en cuando. Solté algunas risas, porque la verdad es que nunca la había visto así, tan suelta, divertida, espontánea.

— ¿Qué has hecho de tu vida, Dante? ¿Además de gastar el dinero de tu familia? — Se río. — Nunca he oído ningún rumor sobre que trabajas.

— Tengo mis proyectos personales — dije, sin dejar espacio para muchas preguntas.

— Vaya, proyectos personales — imitó mi voz, soltando otra carcajada. — ¿No crees que estás desperdiciando tu inteligencia?

— ¿Ahora soy inteligente? — arqueé una de mis cejas.

— Siempre lo has sido, pero no más que yo — replicó en un tono soberbio.

¡Qué arrogante!

— Ah, claro... ¿Y tú? ¿Dónde has estado gastando toda tu preciosa inteligencia?

Sabía dónde trabajaba, solo fingí que no. María Manuela y las ONGs eran piedras en el zapato de la empresa de mi padre y, aunque había cortado algunos lazos con ellos, seguía lo que sucedía.

— Trabajo en la... — hizo una pausa, dio un sorbo y volvió a reír. — SOS Eco*. Es una ONG.*

— Vaya, realmente grandioso — comenté en tono sarcástico y me miró con rabia.

— Mi trabajo es muy gratificante, en este momento, estamos luchando por la protección de los mariscos...

— ¿Mariscos? — pregunté, riendo. — No puedes estar hablando en serio.

— ¡No es broma, idiota! Es un trabajo muy serio. Si no lo recuerdas, la empresa de tu familia jode todo el ecosistema — vociferó en mi dirección y levanté las manos al aire para que se calmara, mostrando que no volvería a tocar el tema.

Caminamos un poco más por el campamento hasta llegar al lugar. Ella se dirigió a un banco que estaba en la terraza del chalet de madera y sacó una llave de allí. Su sonrisa de autosuficiencia me hizo reír en respuesta.

— No enciendas la luz — advirtió. — Van a saber que estamos aquí.

Tomó el celular e iluminó el lugar. Poco después, cerró las cortinas y encendió una lámpara que estaba sobre una de las mesas.

Pasé los ojos por todo el cuarto y suspiré, dándome cuenta de que estaba perfectamente igual.

— ¿Qué pasa? — preguntó, mirándome.

— Nada, solo estoy reflexionando sobre cuántas veces he tenido relaciones en esta sala... — comenté, pensativo, conteniendo una risa. — Buenos recuerdos.

— Por Dios, Dante, ¡era la sala donde trabajamos! — reclamó, mirándome con juicio.

Me encogí de hombros, metí las manos en los bolsillos y me dirigí hacia las estanterías, donde ella ya rebuscaba entre los papeles, abriendo los cajones.

— No te hagas la santa, María Manuela. ¿Vas a decir que nunca tuviste algo con el idiota de Adriano en el campamento? — indagué, con una sonrisa en el rostro.

— ¡No aquí! — Su rostro se sonrojó levemente.

— Al parecer no supiste aprovechar los beneficios de ser monitora — comenté, con un falso lamento, riendo, y ella puso los ojos en blanco. — ¿Siguen juntos?

— No — respondió, seca.

— Al menos no tendrás que aguantar a ese pesado. — Me reí a carcajadas y ella me fulminó con la mirada, tomando dos carpetas y colocándolas sobre la mesa.

Se quedó un tiempo comparando los papeles frente a ella. Revisó una vez más, molesta al saber que tenía razón.

— Parece que tenemos una zorra muy equivocada — le dije en voz baja al oído, detrás de ella, haciéndola sobresaltarse un poco. — ¿Cómo te sientes? ¿Sabiendo que disfruté más la vida que tú y que aún te superé en los simulacros?

Ella se giró, increíblemente irritada, con el rostro a centímetros del mío. Abrí una sonrisa arrogante y ella rodó los ojos.

— Ya había olvidado cuánto me irritas — replicó, sin paciencia.

— Pensé que habías dicho que me extrañabas. ¿No crees que eso es un poco sádico, Manuela? — insinué, apoyando una de mis manos sobre la mesa, de modo que mi cuerpo ahora estaba contra él de ella.

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, el alcohol ya me había alterado demasiado. ¿Estaba coqueteando con la mujer que había odiado toda mi vida?

¿Qué cojones?



Así como cada policía es un criminal
Y todo pecador es un santo
Así como la cara es la cruz
Llámame Lucifer
Porque te necesito para contenerme
:: Sympathy For The Devil – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

RETROSPECTIVA - DICIEMBRE 2021

La respiración se volvió pesada y su pecho subía y bajaba rápidamente. Nunca había estado tan cerca así. Sentía mi cuerpo atraído hacia el suyo como si fuera un imán.

Quedamos atrapados en un silencio opresor, mirándonos por algunos segundos como si intentáramos razonar sobre lo que estaba sucediendo entre nosotros. Rompí el contacto visual al fijarme en su boca, pero después volví a mirarla a los ojos, casi hipnotizado.

En ese mismo instante, ella mordió su labio inferior y soltó el aire, el aliento quemando mis labios por la proximidad casi sofocante. Era como si uno estuviera esperando al otro, para dar un paso que queríamos y no queríamos al mismo tiempo.

Aunque nunca antes habíamos estado en esa situación, lo sabía. Por la forma en que su pupila estaba dilatada, por la manera en que esa mujer me miraba. Y la atmósfera a nuestro alrededor también denunciaba lo que deseábamos.

Unos segundos después, acercó su boca a la mía y me pasó una mano por la nuca. Tardé unos milisegundos en darme cuenta de lo que estaba pasando.

En un minuto, estábamos provocándonos y luego, su lengua estaba entrelazada con la mía y me dejé llevar. Me derretí en sus brazos mientras ella hacía lo mismo.

Esa idea nunca había pasado por mi cabeza. Por más que María Manuela fuera bonita, nunca consideré tener algo con ella. No tenía sentido, nos habíamos odiado durante tanto tiempo, que ese tipo de pensamiento sonaba absurdo. Y ahora, estaba siendo consumido.

Ese beso era simplemente increíble, nuestras típicas peleas parecían estar ocurriendo dentro de nuestras bocas, batallando entre sí para abusar de cada espacio. Tenía ganas de apartarla y decirle que no deberíamos estar haciendo eso, pero era imposible. Ella tenía un sabor dulce, los labios suaves y cálidos, y ya estaba curioso, sintiendo mi cuerpo pulsar de deseo por experimentar más de eso.

Entre suspiros, nuestros labios buscaban el uno al otro en completo desespero, como si hubieran estado esperando durante años por ese contacto. Y en medio de todo, dejé de intentar entender, renuncié a buscar alguna lógica para el deseo inminente que surgió de las profundidades abisales de nuestro odio.

Sin despegar la boca de la suya, levanté ligeramente su cuerpo, sentándose en la mesa. Por más que necesitáramos respirar durante ese proceso, ni yo ni ella parecíamos muy interesados en eso y poco tiempo después empecé a sentirme mareado.

A la mierda, no me importaba.

Mis manos se perdieron en su cabello mientras mi boca recorría el camino de la mandíbula hasta su cuello. Su espalda se arqueó levemente y sus ojos permanecieron cerrados, tratando de absorber un poco de oxígeno. Su perfume se impregna en mis fosas nasales,

sus dedos se enterraban en mi cabello y rápidamente entrelazar las piernas en mi cintura, haciendo que el vestido subiera.

Volví a besarla y deslicé la mano debajo de él, sintiendo la piel suave contra las puntas de mis dedos, apretando sus muslos y tirándoles aún más hacia mí.

— No creo que debamos hacer esto, Dante — susurró con la voz temblorosa.

— ¿Quieres que pare? — pregunté, alejándome un poco y ella me miró a los ojos, que brillaban de excitación.

— No.

— ¿Estás segura? — intenté de nuevo y la irritación comenzó a aparecer en sus rasgos. — Porque esto no es normal entre nosotros, tal vez has bebido un poco de más...

Algo dentro de mí deseaba que la insoportable me ordenara parar, mientras que la otra parte estaba rezando para que no lo hiciera. Pero, a la mierda, estaba loco por ella, aunque eso fuera un efecto del whisky de esa noche.

¿Acaso habían embotellado mi bebida con algo? Eso justificaría todo el deseo desesperado que estaba sintiendo por la mujer más molesta del universo.

— Estoy segura — afirmó. — Podría recitarse el artículo quinto de la Constitución entero ahora sin dificultad alguna.

Rolé los ojos.

— ¿Quieres que firme un contrato? — preguntó, burlándose. — El alcohol me deja un poco loca y también será una disculpa para esto mañana, pero quédate tranquilo, estoy lo suficientemente bien y tengo el control total para decidir lo que quiero hacer.

Fue inevitable no sonreír.

— ¿Y qué quieres hacer, María Manuela?

Sus labios estaban rojos e hinchados y pasó la lengua por ellos. Respiró hondo y sonrió llena de malicia mientras se quitaba mi traje. Solté una risita cuando ella tomó la parte superior de mi corbata, tirándome con fuerza hacia ella y volvió a besarme.

— Quiero que me folles... — susurró de forma sensual, pero luego me miró, pareciendo preocupada. — Y por favor, no intentes ser... Hmm... ¿Lindo?

— ¿Crees que voy a ser lindo follando? — Soltó una risa débil.

¿Era en serio eso?

— No. No creo. No estaría considerando eso si pensara, solo... Ahn... Solo me estoy asegurando porque...

— Cállate, Manuela... — le dije, besándola. — Te ves mucho mejor callada.

Apreté su cintura con facilidad con ambas manos y la llevé a la parte frontal del sofá. Ella apoyó los pies en el suelo, aun en mis brazos, y comenzó a quitarme la camisa, lo que pareció una eternidad.

— Por Dios, ¿cuál es el problema con estos botones? — preguntó, agitada, con dificultad para abrirlos.

— ¿Finalmente encontramos algo que no puedes hacer rápidamente? — Ella me fulminó con la mirada, molesta, y rompió la camisa, haciendo que los botones se perdieran en el suelo, y me sonrió con desprecio.

Siempre tan insoportable...

Manuela se quedó unos segundos mirando mi cuerpo y parpadeó lentamente. Solté una risa baja, divertida, y volví a tomar su boca mientras la ropa iba siendo arrancada una a una hasta que casi no quedó nada entre nosotros.

Sólo calor. En su forma más pura.

Y la impresión que tenía era que una combustión ocurriría en cualquier instante.

La levanté del suelo, la senté en el sofá y tomé unos segundos para contemplar todo su cuerpo, disfrutando de aquella escena.

María Manuela Guerra, que siempre había sido una chica sin gracia, mandona y nerd, ahora era una mujer muy seductora, con curvas que jamás imaginé que tendría, usando una lencería negra de encaje con detalles en blanco.

El cabello caía sobre su rostro, ligeramente desordenado, y la desgraciada mordió el labio inferior, que ya estaba bastante voluptuoso, dejándome aún más excitado. Me incliné sobre ella, mis dedos pasando por su cintura, barriga y rozando el tejido de encaje, haciendo que sus pechos se endurecieron.

Era perturbadora la necesidad que tenía de probar cada centímetro de esa piel. Y por primera vez en mi vida, envidié la vida de Adriano, solo por saber que él había tenido a esa mujer en su cama durante tantos años.

Todo en ella era perfecto, como una maldita pintura. La lencería parecía estar hecha a medida y si ella me dijera que era la modelo de la marca, seguramente lo creería. Creo que en ese punto, creería en todo lo que esa maldita dijera.

María Manuela podría afirmar que el carbono no estaba presente en la composición del petróleo y yo mentiría y diría: claro que no.

Me sorprendí intentando categorizar cada detalle en mi memoria porque sabía muy bien que eso era una de esas cosas de la vida que solo hacemos una vez.

Dios, ¿qué demonios estaba pasando?

¡Enfócate, Dante! ¡Supéralo! ¡Es solo una maldita mujer, carajo!

Manuela levantó un poco el torso y rápidamente volví a tener el control. Le quité el sujetador, lamiendo y chupando sus pezones y haciéndola gemir aún más fuerte. Yo ya estaba loco solo por los sonidos que salían de su boca y la forma en que me miraba.

Deslicé la mano hacia dentro de la braga, sintiendo lo empapada que ya estaba, y ella jadeó al sentir mis dedos fríos en contacto con su piel caliente. La maldita sostuvo mi rostro, lamió mi boca y mordió el labio inferior antes de sonreír llena de malicia.

Respiré hondo y masajear lentamente su clítoris mientras volvía a besarla, ahogando los improperios que ahora se decían dentro de mi boca. Ni siquiera sé explicar lo mucho que estaba alucinado por cualquier acción de esa mujer.

— Más rápido... — ordenó, moviendo las caderas y forzándolas contra mi mano.

Qué genial, seguía siendo mandona.

— ¿Crees que puedes darme órdenes? — le pregunté suavemente al oído, con una sonrisa sarcástica en la cara, mientras enterraba dos dedos dentro de ella, haciéndola soltar un "joder" en respuesta. Su cuerpo se arqueó y cerró los ojos, completamente fuera de sí.

—¿Necesito decirte qué hacer? — preguntó levantando un poco la barbilla para demostrar su típica arrogancia.

Envolví mi mano alrededor de su cuello, notando lo frágil que se veía así. La furia se hizo visible y sonreí un poco, amando verla enojada.

Molestarla parecía mucho más placentero ahora...

Apreté mi agarre y tiré de ella hacia adelante unos milímetros antes de forzar su cabeza contra la tapicería del sofá. Quería que no hubiera ninguna duda de que era yo quien tenía el control, no ella.

— No. No me vas a decir lo que tengo que hacer, María Manuela...

Moví mi boca por su hombro, mis dientes raspando cada parte de su piel, pasando sobre su pecho, vientre, muslo, lamiendo cada parte. La mordí y le hice algunos chupetones en el camino porque quería marcarla por completo. Mi mano permaneció firme en su cuello y presioné mi boca contra la suya mientras la miraba a los ojos, dejando que mis palabras murieron en sus labios:

— Siempre te he puesto en tu lugar, pero hoy lo voy a hacer de una manera que no olvidarás. Voy a chupar tu coño y empujar mi polla dentro de ti hasta que quieras gritar para que todo este maldito campamento te escuche. Te voy a follar como nunca te han follado antes y solo te vas a correr cuando yo te diga qué puedes, ¿me oyes?

Ella me miró llena de odio y repetí el movimiento, golpeando ligeramente su cabeza contra el brazo del sofá. Ella apretó los labios y los mordió, tratando de ocultar la pequeña sonrisa de satisfacción.

¡Oh, joder! Eso fue un desastre.

— ¡Respuesta!

— Veamos cuánto hablas y qué haces realmente — replicó con insolencia, destrozando mi cordura.

Me gustaba tener el control durante el sexo y generalmente no me gustaba que las mujeres fueran tercas. El polvo siempre era mejor cuando eran sumisos, pero hoy había algo diferente y no sabía qué era.

Quizás era ella. Todo ese efecto que tuvo en mí esa mujer insoportable. La manera arrogante, la costumbre de no ceder nunca,

nuestro pasado lleno de insultos y discusiones.

Fue una división un tanto incoherente. Una parte de mí quería ver ese lado de ella, la otra parte quería que ella "se doblega", que se rindiera ante mi lado dominante.

Bajé una vez más, lentamente, explorando su delicioso cuerpo, amando la sensación de los escalofríos recorriendo mi lengua. Tiré de sus bragas, quitándolas rápidamente mientras los suspiros se hacían más frecuentes. Fue maravilloso verla así, saber que la estaba haciendo perder el control de esa manera.

Abrí sus piernas y pasé unos segundos con mis labios cerca de su coño, observándola moverse ansiosamente. Un largo gemido se escapó cuando mi boca tocó su clítoris.

Ella estaba tan caliente, tan mojada, y verla así por mi culpa fue una experiencia única. Dejé que mi lengua corriera perezosamente, perdiéndome en los movimientos circulares mientras disfrutaba de su sabor.

Sujeté sus caderas con ambas manos mientras ella intentaba empujarme contra mi cara. Recibí un ruido de frustración como respuesta, que pronto se perdió y fue reemplazado por una maldición.

Podía sentir su clítoris hinchado bajo mi lengua y lo coloqué entre mis labios, chupando con fuerza hasta arrancar otro gemido de su garganta. Sus manos estaban enterradas en mi cabello y se retorcía más y más, levantando sus caderas y moviéndolas contra mi cara con desesperación.

Sus piernas se abrieron más y en algún momento apoyó una de ellas en mi hombro. Y la chupé hasta perder completamente la noción del tiempo, torturándome e ignorando todos los insultos que salían de su boca en el proceso.

— ¿Eres un sádico? — preguntó ella jadeando y luego gimiendo. — ¿Por qué tarda tanto?

— Tal vez... Yo... Soy... Un... Poco... Sádico. — Cada una de las palabras iba acompañada de un lánguido lametón.

— ¡Dios mío, te odio!

— Sí, sí, yo también te odio — respondí con una risa débil, frotando mis dedos sobre su coño. — Y es un poco estúpido de tu

parte recordarme eso, porque solo aumenta mi deseo de torturarte.

Su mirada se incendió y me emocioné aún más. Maldita sea, ahora había desbloqueado un nuevo fetiche.

Enterré mi cara entre sus piernas otra vez y cuando ella intentó cerrarlas, las abrí y le di una fuerte palmada en el costado del muslo, riéndome de la maldición que soltó a continuación.

La chupé hasta que María Manuela ni siquiera pudo terminar una frase. Jugué con su clítoris hasta que perdió el control de su propio cuerpo, viéndolo contraerse con un simple movimiento de la punta de mi lengua.

Cuando me di cuenta de que estaba cerca una vez más, cubrí su cuerpo con el mío y tiré de sus labios con mis dientes.

— ¿Por qué paraste? — Parecía que estaba a punto de llorar.

— ¿Quieres que continúe?

Ella asintió y cerró los ojos mientras volvía a frotar mis dedos sobre su coño mojado. Tomó aire, buscando algo de autocontrol, derritiéndose en mi tacto.

— ¿Te ves perfecta así... Tan obediente... Voy a acabar con tu sufrimiento, hermosa.

— Por favor — dijo, como si fuera una súplica, mientras cerraba los ojos y casi me corro ante su petición.

Agarré su cuello nuevamente, obligándola a mirarme profundamente a los ojos, fascinado por la forma en que ardía de deseo por mí.

— ¿Por favor, qué? ¡Pregúntale, Manuela!

— Déjame correrme, Dante... Por favor... No puedo soportarlo más.

— ¿Tienes idea de lo satisfactorio que es verte así? — pregunté entre besos y ella me mordió el labio cuando aumenté mis movimientos.

No me importaba el sabor de la sangre. Era amargo, igual que el sentimiento que teníamos el uno por el otro, y dulce en la proporción justa.

Enojo.

Resentimiento.

Hostilidad.

Deseo.

Y fácilmente podría ahogarme en esa mezcla adictiva.

Me moví, volviendo a chupar ese maldito y delicioso coño, decidido a llevarla allí. Quería sentir sus contracciones en mi lengua, quería tener mi cara enterrada en ella cuando llegara.

Y no pasó mucho tiempo, su cuerpo tembló en el mismo momento en que sus uñas se clavaron con fuerza en mi cuero cabelludo.

— ¡Gime suavemente, maldita sea! — Ordené, dándole una fuerte palmada en el coño. — Si nos interrumpen antes de comerte, me cabreaba mucho, María Manuela.

— ¡Mierda!

Ella intentó cerrar las piernas, pero yo la empujé hacia atrás, atrayendo nuevamente sus caderas contra mi cara y deslizando la punta de mi lengua sobre su sensible clítoris nuevamente. Las frases entrecortadas comenzaron a llenar la habitación, rebotando y filtrándose en mis venas.

Ignoré todas sus protestas en las que afirmaba que no podía soportarlo más y que no podría correrse ni una vez más. Y unos minutos después, le demostré que estaba equivocada.

Y me encantó esa sensación. Ella fue una de mis favoritas en toda mi vida desde el día que la conocí.

María Manuela vino fuerte y, gracias a Dios, me anticipé, prediciendo el grito que vendría y amortiguando con mi mano. Era casi como si el idiota quisiera que nos atraparan.

Maldita sea, definitivamente no tenía experiencia follando en ese campamento.

¡Qué lástima! Podría haber enseñado tan bien...

Ella jadeaba, su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, sus piernas se sentían débiles, como si no tuvieran vida. Me coloqué entre sus muslos y la besé de nuevo, el sabor de su semen se mezcló con nuestra saliva.

— ¿Estás lista para mí, María Manuela? — Volví a preguntarle suavemente al oído, viendo cómo se le erizaban todos los pelos.

Ella asintió, mirándome con sus ojos marrones, brillantes de deseo. Sus manos bajaron, quitándome los bóxers *y los presionó*

contra mi polla que ya estaba dura como la mierda.

No pude esperar más, así que me deslicé lentamente dentro de ella, casi en sincronía con un gemido estrangulado que escapó de su garganta. Respiré profundamente y sentí que mi polla se acomodaba en su coño caliente y húmedo.

Maldita sea, estaba empapada y llegué a la conclusión de que no había mejor sensación que esa. Ya me había follado decenas de coños, pero nada había sido ni remotamente parecido.

Fue un ajuste perfecto que llamé mi perdición personal.

Y cuando me moví, todo se vuelve incoherente.

— Dante... — susurró, todavía con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior para contener los sonidos que emitía.

Nunca mi nombre había sonado tan maravilloso como así, con su voz ronca, completamente entregada. Mientras me movía, toda mi atención fue capturada. Observé su cuerpo debajo de mí, retorciéndose, sus uñas arañando mi piel, como si quisiera destrozarlo todo.

Me moví lentamente por unos minutos, disfrutando cada espasmo de su cuerpo, concentrado en memorizar sus expresiones, pero no duró mucho, porque la forma en que esa mujer me miraba y gemía jodía todo a mi alrededor.

Volví a besarla, aumentando poco a poco el ritmo hasta que comencé a empujar más fuerte, levantando ligeramente sus caderas.

Nuestros labios se apretaron fuertemente, casi como si estuviéramos tratando de robarnos el uno al otro cualquier signo de debilidad.

La intensidad la hizo gemir aún más, maldecir unas cuantas veces de vez en cuando y clavar las uñas en el sofá, cada vez más profundo, sin control alguno. Me encontré igual, fuera de mí, fuera de órbita.

Cambié de posición, me arrodillé en el sofá y levanté una de sus piernas, apoyando su tobillo cerca de mi hombro para lograr un ángulo diferente.

Empujé unas cuantas veces más, dejándome guiar solo por los sonidos de las caderas, chocando entre sí. Me quedé completamente entumecida, perdida en nuestros cuerpos, fusionándose en uno solo.

— ¡Dios mío! — Ella arqueó la espalda mientras yo profundizaba más.

— ¡Joder, eres perfecta!

Se fue sin que yo me diera cuenta y pude ver su pequeña sonrisa satisfecha en la comisura de sus labios. Le di una palmada en el trasero y sus labios se estiraron aún más.

¡Qué culo tan caliente!

La giré sobre su espalda, apoyándola contra el brazo del sofá, agarrando su cintura con fuerza e ignorando el hecho de que mis músculos ardían sólo para mantenerla exactamente como quería. Entonces me di cuenta de que esa posición me haría correr en muy poco tiempo.

Le di otra palmada en el trasero y repetí la acción unas cuantas veces más, alentado por las palabras positivas que expresó.

— Joder, Manuela... Estás jodidamente buena — confesé, mordiéndole el hombro mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo.

Sus manos intentaron agarrar mis muslos, pero las sostuvieron detrás de mi cuerpo, usándolas como ancla para empujarme hacia adelante con más fuerza. La cantidad de malas palabras que salían de su boca supera cualquier pelea que habíamos tenido en la universidad.

Y para ser honesto, el tono en que se decían ahora era mucho más agradable.

Las frases incompletas, los pensamientos que se desintegran, la racionalidad que se desvanece, todo gira en espiral dentro de mí, monopolizando cada nervio de mi cuerpo. La forma en que se entregó, su piel contra mis labios, los escalofríos incontrolables me hicieron perderme dentro de mí mismo.

— ¡Quiero que corras conmigo!

— Yo... Estoy... Casi... Continúo... Así... — Las palabras se espacian con cada fuerte embestida que le daba. — ¡Dios mío!

Ella bajó la cara para hundirla en el sofá y me folló, levantando un poco más su culo con el movimiento. Un destello de luz blanca brillante parpadeó erráticamente contra mis párpados, cegando absolutamente todo, y me corrí con fuerza dentro de ella mientras temblaba por todas partes.

— Quédate así — le ordené al ver que ella quería moverse.

Me retiré de ella y dejé un rastro de besos desde su hombro hasta su trasero, abriendo un poco más sus piernas para ver mi semen goteando de su coño.

— Joder... — Me pasé las manos por la cara, sin poder contenerme.

Mi respiración era precaria, pero se volvió aún más precaria con esa visión. Le di otra bofetada, mordiendo el lugar justo después, y ella se estremeció un poco, riendo.

Me acosté en el sofá y la puse encima de mí, todavía queriendo sentir su calor mezclados con el mío. Permaneció en silencio durante unos minutos, esperando que nuestros latidos volvieran a una frecuencia aceptable.

Dejé que mis dedos se perdieran en su cabello y su aliento quemaba mi pecho, disfrutando la sensación de calma que me brindaba.

— Oficialmente tu experiencia como monitor está completa, aunque te haya llevado cinco años realizarla. — Hice una pausa y ella se giró para mirarme. — De nada — dije en tono irónico y ella puso los ojos en blanco.

— No me siento orgullosa de ello — respondió ella, poniéndose de pie.

Odiaba cuando su cuerpo se separaba del mío y tenía que contenerme para no dejar que mis manos intentaran agarrar el aire en un impulso, impidiéndole irse.

Ella sacó mi camisa del suelo y se la puso. Miró dónde deberían estar los botones y dejó escapar un suspiro de frustración.

— Arruinaste mi camisa — comenté y ella se encogió de hombros, recogiéndose el cabello en un moño desordenado.

Manuela se acercó a la mesa. La observé mientras tomaba su vaso de whisky y caminaba lentamente, casi seductoramente, deteniéndose frente a mí.

— Me arruinaste las bragas — replicó, haciéndome reír y sentándose de nuevo en el sofá, con la camisa medio abierta, las piernas cruzadas y llevándose el vaso a los labios.

Fue una imagen fantástica, definitivamente.

— Quién iba a pensar, María Manuela, que esta noche insoportable acabaría en sexo — dije divertida.

Ella se acercó.

— ¿Qué te hace pensar que se acabó? — preguntó con una sonrisa pervertida en su rostro, tomando otro sorbo de whisky, dejando el vaso en el suelo y subiéndose encima de mí.

— Realmente te vuelves travieso cuando bebes, ¿no? — le pregunté, sujetándola por la cintura con ambas manos y ella se río, echando la cabeza hacia atrás y asintiendo. Debería haberme tomado una copa durante una de las rondas que estábamos haciendo, quizá hubiésemos aprovechado mejor nuestro tiempo que mal diciéndonos. — Tenía un novio esperándome en mi habitación casi todas las noches que estaba de patrulla, Dante — recordó, divertido, cerca de mi oído.

— Eso no me habría detenido — dije, deslizando mi mano por su muslo y besando su boca.

Ella pasó sus labios por mi cuello y lentamente bajó por mi pecho y abdomen antes de arrodillarse frente a mí, entre mis piernas.

— ¿Qué vas a hacer? — pregunté divertido, apoyando los brazos en el respaldo del sofá.

— No sería una experiencia completa si no disfrutara la única parte... aceptable que tienes.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás y luego ahuecando su barbilla, deslizando mi pulgar por sus labios.

— ¿Es mi pene lo único aceptable en mí?

— Sí — respondió abriendo la boca y chupando mi dedo casi en cámara lenta.

— ¿Aceptable? ¿Es ese el adjetivo que vas a utilizar? ¿Mismo?

Su mirada brilló con anticipación mientras tomaba mi polla y una pequeña sonrisa traviesa se extendía por sus labios.

— Por el momento sí... Creo que necesito un análisis más detallado... — Su lengua se deslizó lentamente por la base, para luego arrastrarse por toda la longitud.

Hundí una mano en su cabello y lo sujeté un poco más fuerte.

— Está bien... Haz un análisis muy detallado — la animé, una locura verla en esa posición. — Usa todo el tiempo que quieras, sé lo dedicado que eres a lo que te propones.

Se mordió el labio inferior, pasando la punta de la lengua sobre mi glande. Murmuré una maldición mientras ella comenzaba a chuparme aún más rápido, sin apartar sus ojos de los míos. Sus manos se movían en sincronía con sus labios y yo ya estaba asombrado.

La boca cálida que rodeaba mi polla... Esa maldita boca irritante que me volvía loco. Me estaba haciendo una mamada, la mujer que odiaba, la chica becada a la que solía intimidar.

¿Qué tan extraño fue eso?

Aun así, se sentía tan bien. Fue como si todo lo que habíamos experimentado, todo el ardor de la ira, fuera solo una preparación para esa inminente explosión entre nosotros dos.

Obviamente, me arrepentí de haber sido un idiota cuando era más joven, pero con el tiempo me di cuenta de que a ella no la afectaban las cosas que decía. Los debates, las simulaciones, todo se hizo más intenso por el enojo que sentíamos unos por otros. El odio nos motivó. Fue una consecuencia casi necesaria para que todo funcionara como debía.

Me tragó por completo, quemando mis pensamientos y convirtiéndolos en cenizas. Solté todo control, desesperada por correrme en esa boca que me había mantenido despierta durante tantas noches.

Todo era tan intenso, un fuego corría por mis venas y prendía fuego a cada partícula de mi cuerpo.

— Joder, tu polla se siente tan jodidamente bien, Dante...

Mierda, estaba a punto de correrme.

Le sujeté el cabello en una cola desordenada y la animé a continuar. Era imposible no forzar mis caderas contra su cara, viendo que ella lo estaba disfrutando.

Su lengua rodeando la cabeza de mi polla, la cara traviesa que ponía la maldita cosa... Me chupaba con tantas ganas y perdí el equilibrio cuando empezó a tocarse, como si no pudiera contenerse.

Yo todavía estaba hipnotizado por esa escena y ella se detuvo, me miró provocativamente y envolvió sus piernas alrededor de mi cintura mientras se acomodaba perfectamente en mi polla, llegando hasta el fondo.

Solté otra maldición y ella sonrió, claramente, sintiéndose complacida de tener el control.

— Joder, más despacio... — pregunté, sintiendo mi polla palpitar.

— ¿Crees que me das órdenes? — preguntó con una sonrisa arrogante en su rostro, frotando encima de mí.

Presionó sus labios contra los míos, dejándome aún más desorientada.

— ¡Te hice una pregunta! — Entonces me dio una bofetada en la cara y cerré los ojos, respirando profundamente.

Agarré su cuello e hice lo mismo con mi mano libre.

— Manuela... — llamé en tono de advertencia, pero ella se sentó más fuerte sobre mi polla, cediendo a mi agarre.

Lo insoportable tomó control, montándose sobre mí hasta el punto de convertir todo a mi alrededor en polvo.

— Ya me había imaginado que me pegaba antes, pero nunca así — confesé.

— Si supieras cuánto he imaginado mi mano tocando esa cara arrogante tuya — susurró contra mis labios y me reí.

— Apuesto a que mi polla no estuvo enterrada en tu coño en ninguna de ellas...

Una sonrisa diferente me hizo entrecerrar los ojos. ¿Qué significa eso? ¿Alguna vez se había imaginado a los dos follando?

Su espalda se arqueó y me perdí de nuevo en sus pechos perfectos, rebotando sin parar cerca de mi cara. La forma en que se movía Manuela, los gemidos que salían de su boca, lo caliente que estaba, lo empapada que estaba, me volvía loco, como nunca antes me había pasado.

Fue una experiencia inusual. No sabía si realmente estaba tan fuera de sí, porque me sorprendía que ella tuviera sexo así, si era porque había sentido algo más que odio durante tantos años, o si

era solo porque nuestros cuerpos tenían tanta química y encajaban tan perfectamente.

Ella se movía hacia arriba y hacia abajo, respirando con dificultad, sosteniendo mi cabello con fuerza mientras nos besábamos violentamente. No pasó mucho tiempo hasta que sentí que todo su cuerpo se estremecía, revelando su orgasmo. Ella disminuyó la velocidad durante unos segundos, recuperando fuerzas, pero poco después, estaba de nuevo encima de mí. Y en un movimiento más profundo llegué a mi límite y volví a correrme dentro de ella.

Su cuerpo cayó sobre el mío y se quedó allí, sentada encima de mí, con su cara enterrada en mi cuello. Ya no podía sentir ninguna parte de mi cuerpo, la única fuerza que tenía estaba concentrada en sostener su cintura para que no se cayera.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Sentí su cuerpo cálido y sudoroso sobre el mío, su respiración calmándose y su boca aún en contacto con mi piel. Y confieso que tuve la impresión de que terminamos quedándonos dormidos en esa posición.

— Realmente encontramos algo que hacemos bien juntos... Tal vez deberíamos hacer esto más a menudo.

Ella se río.

— Eso no volverá a suceder — aseguró. — Mañana, espero estar en mi más perfecto sentido.

— ¿Y desde cuándo tienes uno? — Dije insinuando y ella presionó sus labios.

— Siempre lo he hecho. "Es solo que tu definición de sentido común claramente no es la misma que la mía", respondió ella, llena de sí misma.

Mujer infernal y jodidamente molesta.

— Siempre tienes una respuesta para todo, ¿no? — pregunté en tono divertido.

— Ya lo sabes — dijo riendo.

— Tal vez sea mejor que nos quedemos callados un rato — dije, besándola de nuevo.

Tuvimos sexo una vez más y cuando pensé que íbamos a ir por otra ronda, ella miró su reloj y se fue apurada, pidiéndome que

esperara un rato antes de salir de la habitación.

Ya era de madrugada y casi todos ya se habían ido. Y me quedé allí sentado en el sofá, completamente aturdido por esa noche.

Sabía que eso no volvería a suceder, por mucho que lo deseara. Tuvimos un pasado terrible juntos y yo sabía que la misión de esa mujer en la vida era arruinar la empresa de mi padre tanto como pudiera.

No es que ahora me importara mucho, pero sabía que, para ella, mi apellido tenía mucho peso. A sus ojos, yo siempre sería el heredero imbécil de una compañía petrolera.

Y ese día ciertamente había sido algo totalmente aleatorio y único.



Déjalo ser, déjalo ser
Que así sea, sí, que así sea.
Oh, habrá una respuesta
Déjalo ser
:: Let It Be - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Cuando Guilherme y Julia se fueron, acosté a Giovanna, apoyé mi cabeza en la almohada y miré al techo, sintiendo las lágrimas rodar por mi rostro.

Todo parecía una pesadilla.

Todos los miedos que tuve desde el día en que me enteré de que estaba embarazada se apoderaron de mí y fue imposible parar de llorar. Más aún cuando las palabras que había dicho resonaban en mi cabeza con insistencia. Sabía lo poderosa e influyente que era su familia, cuánto dinero tenían y cómo siempre conseguían lo que querían.

Y también sabía lo que habían hecho en el pasado.

Me di cuenta de que no había dormido en toda la noche cuando mi hija empezó a llorar en la habitación de al lado y vi que

ya era de mañana. Ella comió algo de fruta, recogí nuestras cosas rápidamente y me dirigí a la casa de huéspedes.

Al llegar, noté que el auto de Guilherme y Julia estaba en la entrada y, tan pronto como entré por la puerta, los vi a los dos sentados en la mesa, tomando café. El silencio cayó en el momento en que todos notaron mi presencia y supe que yo era el sujeto.

Ese no era uno de los días en que tomábamos café juntos, normalmente lo hacíamos los viernes y todavía era temprano en la semana.

— Buenos días, Manu. Lo siento mucho por lo de ayer, no tenía idea de que él pudiera estar allí — comenzó a explicar mi madre, mirándome con lágrimas en los ojos y tomando al bebé de mi regazo.

— Está bien, mamá. No tenías forma de saberlo, le aseguré y agarré una taza y me serví un poco de café.

Realmente quería unos veinte tragos de tequila.

— No quería que nada de esto ocurriera.

— ¡Mamá, por favor! No eres responsable de nada, no te culpes así — le pregunté acercándome a ella y secando las lágrimas que ya empezaban a caer nuevamente.

— Está bien, llevaré a Gio adentro.

Mi madre salió apresurada, diciendo que probablemente necesitaba cambiar el pañal de Giovanna, dejándonos solos. Me acerqué a la mesa y serví un poco más de café en la taza.

— ¿Estás mejor? — preguntó Julia, pasando su mano por la mía con cariño.

— No dormí nada. Todavía no he digerido esa historia — comenté distraídamente, recorriendo la porcelana con las yemas de los dedos.

— Estás enojado conmigo, ¿no? — preguntó Guilherme rascándose la cabeza, un poco avergonzado.

— No lo soy — mentí secamente y su esposa lo fulminó con la mirada porque estaba de acuerdo conmigo.

— Manu... — Se acercó, manteniendo el tono suave. — Te lo dije desde el principio. No estaba bien ocultarle esto a Dante, sabías que tarde o temprano esto sucedería.

— Tomaría las medidas adecuadas para evitar que eso ocurriera — respondí con dureza.

— ¿Qué ibas a hacer? ¿Teñir el pelo de castaño, ponerle lentes de contacto y ocultar a la niña de todas las redes sociales? — preguntó en tono burlón. — Se parece mucho a él y tenemos colegas en común.

— ¡No lo sé, Guilherme! — dije de mala gana. — No pensé en esas cosas y ahora él se enteró y solo quiere alejarla de mí. ¿Crees que esto es correcto?

— Manuela, Dante está enojado, ayer me dijo que no sabía qué hacer. Y estaba muy emotivo, incluso...

— ¿Eres su maldito defensor ahora? — Era imposible no ocultar el enojo en mis palabras.

— Puedes descargar tu enojo conmigo, está bien — suspiró cansado, acomodándose las gafas en el puente de la nariz. — Pero eso no lo hace correcto. Si Julia me hubiera ocultado un hijo, seguro que pensarías que es absurdo.

— Es diferente, Guilherme — dijo mi amigo frunciendo el ceño.

— Aunque aquí todos tenemos un pasado terrible, la gente evoluciona. Además, tenía derecho a saberlo, respondió con calma.

Odiaba toda esa tranquilidad suya. A veces ni siquiera sabía cómo podía soportarlo.

— Guilherme, tú sabes de lo que es capaz su familia y sabes mejor que nadie lo que le hicieron a la mía. Son parte del Círculo Dorado. Tienen poder, dinero… — me recordó y pude sentir toda la amargura en sus palabras.

Julia, Adriano y su hermana menor perdieron todo por culpa de los Perazzo. Bueno, mi ex novio estaba mucho más molesto con la vida y lo que había pasado, pero todavía sentía resentimiento por todo lo demás.

Su nivel de vida cambió de un momento a otro, todo lo que soñaba se convirtió en polvo. Sabía cuánto había marcado Guilherme la diferencia en su vida, especialmente al aceptar todo, pero aun así dolía.

— Lo sé, amor, pero, aun así, no es justo. No puedo ni imaginarme perderme el nacimiento de Lucca, sin saber que existe...

— Manu, buenos días... ¿Podemos hablar? — Escuché la voz de Adriano detrás de mí, interrumpiendo a Guilherme.

— Adriano, voy a llegar tarde. ¿Podemos dejar esto para más tarde? — pregunté, dejando escapar un suspiro, cansada.

Tratar con él era lo último que quería.

— Está bien... ¿Estás bien? Tu madre te contó lo de Perazzo. Lo siento, dijo tomándome la mano.

— Gracias. Voy a estar bien, lo prometo. ¿Vamos, Gui? Después conversamos más, ¿ok? Realmente estoy llena de trabajo.

Fui hasta la habitación para despedirme de mi madre y de los niños que jugaban animadamente en el corralito, y luego Guilherme y yo fuimos a el escritorio.

Me senté en mi silla y miré el sofá durante unos minutos, antes de forzarme a empezar a organizar las actividades que necesitaba hacer ese día.

Logré distraerme con el trabajo por un tiempo, hasta que escuché golpes en la puerta y recordé todo. Ahora Dante sabía sobre Giovanna y, para colmo, aún trabajaba conmigo.

Llegué a la conclusión de que mi vida no tendría ni un solo minuto de paz, ya que estaría obligada a mirar su cara todos los días.

— Estás tarde — afirmó, sin mirarlo.

— Estaba resolviendo otros asuntos. — Hizo una pausa. — Sobre Giovanna, creo que...

— Dante, no vamos a hablar de eso aquí — advertí, sería. — Si comenzamos a mezclar nuestra vida personal con este trabajo, tendremos grandes problemas.

— ¿Y cuándo vamos a hablar? — Cruzó los brazos, mostrando toda su impaciencia, pero volví a mirar mis anotaciones e ignoré que se había acercado.

— No sé. En este momento es lo último que quiero hacer.

— Es increíble cómo todavía piensas que puedes decidir las cosas como te plazca después de lo que hiciste — respondió, exasperado, apoyando las dos manos en mi mesa.

— Dante, no voy a hablar contigo. Si no tienes ningún tema sobre el trabajo, te pido que salgas de mi escritorio — respondí en

un tono más grosero. — Estoy ocupada.

Me miró incrédulo y abrió la boca para comenzar a decir algo más, pero lo corté:

— Yo. Estoy. Ocupada — repetí, haciendo que él resopló y dejará el escritorio enfadado.

No estaba en condiciones de tener una discusión con él en ese momento, y mucho menos dentro de mi lugar de trabajo. Me masajeé la sien, intentando aliviar el fuerte dolor de cabeza que estaba sintiendo, y traté de concentrarme en los informes que necesitaba enviar.

Durante la tarde, llamé a Deusa y a él y le pedí que ella explicara algunas otras cosas sobre la reunión de mañana. Dante ni siquiera me miraba ahora. Su mandíbula estaba tensa y sus músculos endurecidos, mostrando cuánto estaba molesto.

Ya al final del día, después de terminar mis pendientes, me detuve frente al ascensor, esperando su llegada, cuando mi celular comenzó a sonar.

— Buenas tardes, señorita Guerra. Soy Renato Tozzi, abogado del señor Dante Perazzo y me gustaría solicitar una reunión urgente mañana en mi escritorio.

Me quedé paralizada, parpadeando lentamente. Los segundos parecían disolverse ante mí, las palabras resonaban en mi cabeza.

— ¿Señorita? — La voz del otro lado me trajo de vuelta a la realidad.

— No... Yo... ¿Qué reunión? ¿Reunión para qué?

— Respecto de la custodia de la menor... Sugerí a Dante que hiciéramos esto como una forma de mediación antes de iniciar todos los trámites judiciales.

Todo a mi alrededor se desmoronó y la impresión era que había un agujero profundo bajo mis pies. Él había involucrado a otro abogado, uno especializado en derecho de familia. Y el mejor de toda la ciudad, porque ya había oído hablar de ese apellido.

— ¿Hola? ¿Podemos programar para mañana por la mañana?

— No quiero una reunión — repliqué, sin pensar con claridad.

— Señorita Guerra, le recomiendo encarecidamente que celebre esta reunión. Soy abogado y amigo de la familia desde hace

mucho tiempo, y las cosas tienden a suceder demasiado rápido cuando están involucrados los Perazzo... — Se aclaró la garganta. — *Legalmente hablando. De hecho, convencí a Dante de tener esta reunión antes de que tomáramos medidas más drásticas en beneficio de la niña.*

Las palabras me golpearon de una sola vez. Eso no podía ser real.

— Mándame la dirección por mensaje, por favor.

Fue lo único que pude responder y el hombre asintió, desconectándose de inmediato. Giré, volviendo por el camino que había tomado, pisando furiosa hacia el escritorio de mi secretaria.

— ¿Dónde está Dante? — pregunté de inmediato, lista para agredir.

— Ya se fue — contestó, levemente preocupada. — ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

— No, Deusa. Gracias.

Suspiré, frustrada, y salí caminando por el escritorio dominada por el odio. Sentía en cada parte de mi cuerpo pulsar de rabia. En menos de veinticuatro horas, él había involucrado a un abogado que ya estaba hablando sobre trámites judiciales y custodia.

Sentí mi estómago revolverse y mis ojos arder. Mi cabeza giraba sin parar y nada más parecía tener sentido.

Intenté mantenerme neutral, pero las lágrimas cayeron en el instante en que entré al *Uber*. Lloré durante todo el camino hasta la pensión y, al llegar, me desplomé en el suelo.



Há lugares de que vou lembrar
Por toda a minha vida, embora alguns tenham mudado
:: In My Life - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Adriano casi se cayó de la silla en la que estaba sentado y corrió hacia mí. Y yo no podía dejar de llorar, sentada en el suelo, cubriendo mi rostro con las manos.

— ¿Qué pasó? — preguntó, rodeándome con sus brazos.

— ¿Qué ocurrió, Manuela? — Ahora la voz preocupada de mi madre resonaba en la habitación.

— Él... Él... — balbuceé y volví a llorar.

Los dos se miraron sin entender.

— ¡Toma un poco de agua, hija! — pidió ella, entregándome un vaso en la mano.

Bebí rápidamente el líquido y busqué calmar mi respiración. Intenté concentrarme, tragar el nudo que parecía no querer bajar por mi garganta. Los dos sostenían mis manos, preocupados, sin saber qué decir.

— Marcó una reunión y sabemos que esto no es más que una mediación extrajudicial — conté al fin, sintiéndome agotada. — El abogado mencionó sobre la custodia de Gio.

— Manu, calma, estas cosas tardan en suceder... Y hasta entonces pueden conversar — intentó ella, con una sonrisa sencilla en el rostro.

— ¡Mamá, la marcó para mañana! — exclamé, sintiendo que algunas lágrimas más caían. — Y el abogado dejó entender que van a agilizar todo el proceso.

— ¿Cómo, Manu? El sistema jurídico de Río de Janeiro es una broma. — Adriano chasqueó la boca, incrédulo.

— ¿Olvidaste quién es, Adriano? ¡Es un Perazzo! ¿Cómo crees que van a agilizar todo? — respondí, secando mis lágrimas y sintiendo la rabia vibrar fuera de mi cuerpo.

— Manu, respira. Es una reunión. Nada se decidirá de inmediato. Te acompañaré y vamos a...

— No quiero que estés ahí.

Me miró con un poco de resentimiento por las palabras duras que usé, pero respiré profundo y traté de explicar:

— Sabes que esto solo inflamaría más las cosas. Ustedes no tienen un buen pasado y no puedo arriesgarme a empeorar la situación — desahogué.

— Mi amor, vamos. Adriano, ayúdame a levantarla. Vamos a ducharnos, no creo que debas quedarte sola en casa hoy — afirmó mi madre, mientras sentía los brazos de mi ex novio levantándome del suelo.

— Mamá, necesito ir a casa. No tengo nada aquí.

— Puedo buscarlo por ti. Quédate aquí y ya vuelvo — aseguró Adriano con un tono solidario y, después de tomar mis llaves, salió por la puerta.

Miré a un lado y vi a mi hija distraída con la televisión.

Tan feliz.

Ella ni siquiera tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Yo estaba aterrorizada, me sentía tan débil, tratando de aferrarme a cualquier parte de mí que tuviera un poco más de fuerza.

¿Cómo se quedaría sin mí si él pedía la custodia? ¿Cómo quedaría yo sin ella? Mi cabeza latía, inundada de pensamientos horribles. Subí las escaleras lentamente y mi madre me entregó una toalla y me dijo que me esperaría en la cocina para cenar.

Estuve un rato sintiendo el agua caliente golpear mi espalda mientras lloraba descontroladamente. Imaginé a Dante quitándome de mis brazos, llevándola dentro de aquella mansión horrible en la que vivía con sus padres.

Sentí mi pecho apretarse.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, coexistiendo con el agua como si nada más existiera más que nosotros. Cuando mis dedos se arrugan por completo, salí de la ducha y noté que mi madre había dejado una bolsa. Entonces me cambié y bajé las escaleras, encontrándome con Adriano, los dos sentados a la mesa, esperándome.

Los otros miembros de la pensión ya debían estar durmiendo, porque eventualmente alguien aparecía en la casa de mi madre para tomar un cafecito o algo así.

— Gracias, Adri — le dije, estirando una camiseta de los *Beatles* que me había dado unos años antes.

— No ha sido nada. ¿Estás mejor?

— No. Estoy tan preocupada por todo esto, con miedo de que él me quite a Giovanna, preocupada por el momento en que toda la prensa se entere...

Ellos eran de la alta sociedad de Río de Janeiro, la gente los conocía. Los miembros del Círculo de Oro y de las familias tradicionales siempre estaban siendo mencionados en algunas columnas.

— Simplemente, no estoy preparada para nada de esto. — Soltó el aire, cansada. — Tuve tanto cuidado en esconder el embarazo para que nadie se enterara.

— Hija, sabes que eventualmente esto tendría alguna consecuencia. No podías esconder a Gio para siempre y tampoco ibas a poder mentirle a tu hija cuando preguntara por su padre — puntualizó mi madre, colocando un plato frente a mí.

— Lo sé, mamá. Pero te dije que cuando ella fuera un poco más grande, podría decir que tomé esa decisión para no querer involucrarme con esa familia, con la prensa. Su vida sería muy diferente.

— Siento mucho que estés pasando por esto — dijo Adriano en un tono comprensivo y yo respondí con una media sonrisa.

— Mi amor, todo va a estar bien. Entiendo que hiciste lo que creías mejor, pero vamos a convenir en que la prensa se entere: es lo de menos.

— No, si me pinta como un monstruo.

— Esa familia no tiene una buena imagen, Manuela. Los Perazzo son odiados por mucha gente — recuerdo él.

Asentí con la cabeza, aunque no estaba segura de que eso tuviera algún sentido. Tal vez la gente pensara que yo era una mujer sin corazón por privar a un padre de conocer a su hijo, tal vez tuvieran un poco de empatía al saber que mi hija no era fruto de uno de esos matrimonios arreglados, algo que la familia Perazzo siempre valoró. De cualquier manera, no quería pensar en eso ahora.

Terminé de cenar mientras le daba de cenar a Gio y pasé un buen rato jugando con ella en el suelo de la habitación hasta que se sintió soñolienta y se durmió.

Bajé a la cocina nuevamente, las luces ya estaban apagadas y probablemente todos ya se habían ido a dormir. Hice un té, fui afuera y me senté en el jardín, mirando las plantas de mi madre.

La pensión daba frente a la playa y era posible sentir el olor al mar y el viento helado que venía del océano.

— Pensé que ya estabas durmiendo... — Escuché la voz de Adriano detrás de mí, sosteniendo una taza de té.

— Quisiera tener sueño para poder dormir.

— Manu... Siento mucho por las cosas que dije la semana pasada — habló, mirándome a los ojos.

— Está bien. No puedo exigir que te guste, mi hija — respondí, seca.

— Sabes que no es eso.

— Adriano, no necesitas fingir, las cosas que dijiste aquel día solo comprueban lo que ya pensaba.

La semana anterior, habíamos discutido porque Gio estaba molestando a Lucca, quitándole todos los juguetes de las manos y entonces Adriano resopló que ella no negaba su sangre. Y eso me golpeó de una manera inexplicable, porque sabía a qué se refería.

Cuando Adriano miraba a Giovanna, todo lo que veía era a otra de las herederas de los Perazzo.

Él nunca se mostró cercano a ella, no jugaba como lo hacía con su sobrino, pero durante los primeros meses de vida de mi hija, pensé que tal vez era cosa de mi cabeza. Nadie espera que alguien a quien quieres tanto no le guste tu hija.

Me había blindado ante todos los pequeños comentarios, ante la forma en que él la veía, porque amaba a Adriano. A pesar de ser exnovios, crecimos juntos y éramos muy amigos.

Entonces, después de que soltó aquella frase, estuve segura. Fue como si todas las piezas encajaran de golpe. Recuerdo haber gritado, decirle que era un pésimo amigo, que estaba enfermo por descargar su ira en una niña, y me fui.

No habíamos hablado desde entonces, pero estaba exhausta. No quería reiniciar una pelea. Ya era suficiente lidiar con todo lo que estaba sucediendo conmigo.

— Manu, es difícil para mí. Desde que terminamos, siempre hubo una parte de mí que pensaba que volveríamos. Pensaba que contigo formaría una familia y entonces quedaste embarazada de una de las personas que más odiaba. Al principio, sabes que tuve rabia, pero desde entonces he intentado ser un buen amigo para ti.

— Adriano, veo cómo la miras — confesé, sintiendo un nudo en la garganta. — Ya te dije, no puedo obligarte a querer a Gio, pero tú tampoco puedes exigir que lo acepte. No puedo fingir que ella no existe para mantener nuestra amistad.

— No quiero perderte — dijo, molesto, mirándome a los ojos mientras acariciaba mi rostro y ponía un mechón de cabello detrás de mi oreja.

— Lo siento, pero no hay vida mía sin Giovanna y no puedo ignorar la forma en que la ves.

— Por favor, Manu... Dame una oportunidad para arreglar las cosas — pidió. — No tengo ningún problema con la chica... Solo es difícil solucionar algunas cosas internas sobre el pasado. Te lo juro.

Respiré hondo y el silencio duró un tiempo.

— Manu... — me llamó con una voz melosa.

— Está bien, Adriano — respondí al fin.

Estaba cansada, no quería tener que lidiar con esto ahora. No tenía la fuerza emocional para apartarlo en ese momento, ya era suficiente con el miedo de perder la custodia total de mi hija.

Está bien que nuestra relación se haya debilitado durante casi todo el tiempo que estuve embarazada, pero tuvimos buenos momentos y, además de todo, sabía que podía contar con él.

Tal vez Adriano solo necesitará un poco más de tiempo.

Me dio un beso en la frente y extendió la mano.

— Vamos, tienes que intentar dormir.

Parecía casi una broma.

Como si dormir fuera posible.



Tú dices sí, yo digo no.
Tú dices basta y yo digo vamos, vamos, vamos
Oh, no
Tú dices adiós y yo digo hola
:: Hello, Goodbye - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Cuando entré en el escritorio de Tozzi, Dante ya estaba sentado, con una postura rígida. El hombre me saludó cordialmente e indicó que me sentara frente a él, acomodándose en una silla entre los dos. El rubio miró rápidamente en mi dirección y luego desvió la mirada, cruzando los brazos.

— Bueno, estamos aquí hoy para discutir la cuestión de la custodia de Giovanna Guerra — explicó, pareciendo un poco incómodo mientras revisaba una documentación —. Veo que en la certificación de la menor no hay nada que remita a los Perazzo.

— Es una gran sorpresa, ¿no es así, Renato? — indaga Dante en un tono sarcástico, fulminando con la mirada.

El hombre aclaró la garganta, un poco avergonzado, y yo rodé los ojos, irritada con su actitud infantil.

— Por lo que Dante me explicó, usted omitió la existencia de la niña. ¿Correcto?

— Correcto.

Respondí sin dejar de hacer contacto visual y forzándola a tragar el nudo que tenía en la garganta.

— Bien, no estoy aquí para discutir leyes, sobre todo porque sabemos que usted es una abogada fantástica — comenzó a decir, de manera amigable —. Y estoy seguro de que sabe lo mucho que se equivoca en esta situación, jurídicamente hablando.

Sabía todas las cosas que él pretendía alegar y, aunque el derecho de familia no fuera mi área, tenía pleno conocimiento de la ley.

— Dante y yo hablamos mucho de ayer a hoy y, por más que mi cliente esté insistiendo en la custodia de la niña, creo...

— ¡De ninguna manera! — lo interrumpí, mirando irritada al idiota que estaba sentado en la silla frente a mí. Comencé a levantarme, completamente trastornada por la frase que había dicho, sintiendo todo el desespero correr por mis extremidades.

— ¿Lo ves? — Dante también se levantó y empezó a mover las manos, escupiendo las frases de manera agresiva. — ¡Es imposible! No quiere que vea a la niña de ninguna manera. Intenté hablar, ¡pero no hay forma! Te dije que no tenía otra alternativa, no sé por qué acepté esta maldita reunión.

El hombre me miró y suspiró, cansado.

— Por favor, ¿podrían los dos sentarse?

— ¡No me voy a sentar! ¿Y crees que no me di cuenta de que quieren emboscarme con esta "reunión amigable"?

— ¿Te das cuenta? Mi intención es una sola, María Manuela — replicó Dante, lleno de odio —. No me contaste sobre la niña, no quisiste hablar conmigo y solo estoy aquí porque Renato me lo pidió. Después de esta tontería tuya, por mí, lo habría resuelto todo por la vía judicial. Ya lo dije y lo repetiré: quiero a mi hija conmigo.

La ira flotó a mi alrededor, golpeándome de nuevo como una especie de mazo, incrustándose en mí y pegándome por completo. Era un absurdo tener que escuchar eso.

— ¡Que se joda, ella no se quedará contigo! ¡Y no tengo que hacer las cosas a tiempo! Sé que has pasado toda tu vida teniendo todo en bandeja, pero el mundo no gira en torno a tu ombligo. ¡Despierta!

— ¿Ves, carajo? ¿De verdad crees que voy a dejar a mi hija con esta inconsciente?

— ¡Inconsciente es la puta que te parió, Dante!

— Dante... — lo llamó en un tono de reprimenda y respiré hondo, irritada conmigo misma por perder la paciencia.

— ¡Eres muy terco, carajo!

— ¡No soy terco, mamón del carajo! — respondí, furiosa, y luego miré al hombre horrorizado frente a nosotros —. Dante acaba de enterarse de la Giovanna, ni siquiera ha pasado más de media hora en su presencia. No hay la menor posibilidad de dejar a mi hija con él.

— Entiendo, señorita Guerra. Y también sé que la niña tiene apenas diez meses de vida, pero estamos aquí tratando de encontrar la mejor solución para el bienestar de la niña.

El hombre guardó silencio y cruzó las manos.

— Después de todo, esto no es una disputa de egos, ¿estoy en lo correcto? — dijo Renato, pinchando y mirando de mí a él.

Nuestras respiraciones estaban entrecortadas y noté su pecho subiendo y bajando rápidamente, su mirada quemando en mí, llena de odio. Estaba muy molesta, porque era una audacia sin límites que él llegaba queriendo imponer sus voluntades sin considerar nada. Ese era Dante Perazzo, sin embargo. El idiota con quien había tenido la mala suerte de acostarme sin preservativo.

Verlo así, pensando solo en sí mismo, solo me hacía reafirmar la decisión que había tomado. Quizás me había martirizado tanto en vano, durante todos esos meses.

— Está bien — respondimos al unísono y revolvimos los ojos casi en sincronía.

— Estoy tratando de traer una mejor solución para esta unidad familiar, por eso propuse este encuentro. Nadie está intentando "emboscar", señorita Guerra.

— ¿No? — Levanté la ceja y alineé mi columna, intentando sonar lo más seria posible —. Él está literalmente diciendo que quiere quitarme a mi hija como si eso fuera algo aceptable. Ningún juez te dará la custodia de ella, Dante.

— Sabes muy bien lo que hiciste, María Manuela — respondió él, interrumpiendo al mediador cuando empezó a intentar hablar —. Me robaste de saber que tenía una hija, sabes muy bien que la custodia puede invertirse en estos casos. Conociéndote, estoy seguro de que investigaste mucho sobre eso.

Era mucha audacia que él hablara así conmigo y que me estuviera amenazando usando la maldita ley, ignorando todo el caso concreto.

— No tienes ninguna relación con ella, dudo que lo consigas, idiota. La posibilidad de que eso suceda debe ser menor que uno por ciento y...

— ¿Dudas? — Se río con desdén, tratando de ocultar toda la rabia que sentía —. ¿Quieres arriesgarte a verlo? ¿De verdad quieres descubrir si vas a formar parte de ese uno por ciento? Porque si piensas que no soy capaz, te lo garantizo, María Manuela... soy capaz. Movería el maldito mundo para lograrlo, así que baja la porra de esa pelota.

— Dante, por el amor de Dios, ya hemos hablado sobre esto y...

Ni siquiera pude prestar atención a lo que Renato estaba diciendo. Todo mi enfoque estaba dirigido hacia él, nuestras miradas ardían en odio. Dante sabía jugar. Por más que no fuese mi área, ya había leído decenas de jurisprudencias y memorizado todos los artículos posibles.

Las posibilidades de que él obtuviera la custodia eran mínimas; ningún juez en su sano juicio permitiría esa inversión. Sin embargo, mi miedo como madre parecía borrar mi racionalidad. A pesar de que casi todo estaba de mi lado, no podía confiar ciegamente en la justicia, especialmente en nuestro país. Era incierto, no sabía a quiénes conocían, pero tenía plena noción del poder de esa familia.

En muchos momentos, el *Petrolio* pasaba por encima de las leyes; no siempre logramos ganar, al contrario. Aunque la ley

estuviera de nuestro lado, muchas veces los idiotas la ignoraban y encontraban la forma de eludir.

Esto es porque estábamos hablando en una escala mucho mayor, empresas que manejan cantidades absurdas. ¿Qué era un simple caso familiar dentro de la esfera civil para ellos?

Aunque entendiera mejor que nadie sobre la probabilidad de que ese absurdo sucediera, la justicia no siempre era justa. Y esa fue una de mis primeras desilusiones dentro del Derecho.

¿A qué precio valdría la pena confiar en el poder judicial? ¿Hasta qué punto podría hacerlo sin comprometer el bienestar de mi hija?

Tenía miedo, esa era la verdad. Aunque todas las probabilidades estuvieran a mi favor, nada era seguro y no me parecía muy inteligente seguir desafiando a ese imbécil. Al mismo tiempo, no podía desmayar y dejar que mis temores se notaran, necesitaba mantenerme firme por ella.

— Por favor, déjame manejar esto. — La voz baja de Renato me sacó de mis pensamientos. — Estás irritado y no estás siendo lógico... Ya hemos hablado sobre estas cuestiones.

El abogado estaba hablando en voz baja con él, tratando de calmarlo, pero luego se volvió hacia mí y sonrió, un poco incómodo. Dante cruzó los brazos, como el maldito niño caprichoso que era.

— Como estaba diciendo, mi intención es llegar a un término medio en esta situación.

Oímos golpes en la puerta y, poco después, el segundo heredero de los Perazzo entró en la habitación, con la barbilla en alto y una postura impecable. Me miró con desprecio, pero no esperaba nada diferente. Ese hombre ya me odiaba por mi trabajo, probablemente me odiaría más por haber manchado la imagen inmaculada de su familia.

— Buenos días — saludó y su hermano frunció el ceño, un poco confundido, pero luego se acomodó, tratando de parecer casual.

— No te quiero aquí — dije, cuando abrió el saco y se sentó.

— Perdiste el derecho a opinar sobre cualquier cosa cuando tomaste la decisión de esconder a la niña de mi hermano —

respondió, áspero, y luego carraspeó. — No es mi intención comenzar un conflicto, Manuela.

— Claro que no, ustedes siempre son tan amables y gentiles — comenté, burlona.

— Renato, pido disculpas por llegar a mitad de la reunión, aún no sé lo que se ha discutido, pero creo que puedo ayudar.

— No se ha resuelto nada — respondió él, soltando aire en señal de rendición. — Estamos teniendo algunos problemas... eh... de comunicación.

— Es difícil cuando una de las partes desconoce el arte de comunicarse — le acote.

— Imagino... Bueno, había hablado con Dante y Renato y ni siquiera tenía la intención de venir aquí hoy, pero creo que he pensado en una solución para el problema inicial de ustedes — comenzó a decir, muy serio, casi en un tono amenazador, ignorando mi comentario. — Te equivocaste al esconder a la niña de él y sabemos bien que eso no te contará puntos a tu favor. En cambio, mi hermano fue la persona más perjudicada en esta situación porque perdió los primeros meses de vida de su heredera.

Heredera. Parecía una broma.

— ¿Heredera? — levanté una ceja, hastiada, y Dante me miró con rabia.

— ¡Sí, ella es mi heredera!

— Nosotras no queremos nada de ustedes. — El sabor amargo en mi boca parecía contaminar absolutamente todo.

— Ya dije que no la hiciste sola, María Manuela. Tú no decides eso.

Las cejas casi juntas y el labio tembloroso mostraban toda su insatisfacción. Cada frase que decía me daba la impresión de que, si Dante pudiera volar sobre mí para estrangularme, lo haría.

— Por favor, ¿podemos escuchar lo que Domenico tiene que decir? — nos interrumpió Renato, impaciente.

El mayor de los Perazzo se movió en la silla, acomodando la postura y manipulando el puño de la camisa.

— Volviendo a lo que estaba diciendo... He estado pensando en muchas cosas. Primero, no creo que debamos llevar esto a los

medios de inmediato y cuando lo hagamos, creo que sería mejor no crear un escándalo. Nadie necesita saber que Dante no sabía sobre la niña, eso solo generará más confusión...

Ok, eso era sensato. No quería que mi hija estuviera expuesta en los titulares de los periódicos como la hija bastarda de uno de los Perazzo.

— Es algo que solo mencionaremos durante el proceso — continuó, haciendo que mi estómago se revolvió. — De cualquier manera, creo que la mejor solución para resolver este impasse sería un matrimonio, pero...

— ¿Estás loco? — grité en respuesta y Dante abrió los ojos, impactado, empujando el brazo de su propio hermano.

— ¡No voy a casarme con ella, Domenico! ¿Qué demonios usaste? ¿Drogas?

Domenico me miró con desdén y apretó la mandíbula, probablemente molesto por haber interrumpido su gran discurso. ¡Dios mío, ese tipo era un fastidio!

— Como estaba diciendo, aún creo que esto sería positivo, a pesar de que nuestros padres piensen lo contrario. Solo que sé cómo te sientes respecto a los matrimonios por conveniencia y no creo que ella... — me miró con desdén —. Puedo entender cómo nos comportamos dentro del C.O. y tampoco creo que lo aceptaría.

— ¡Obvio que no! — Una risa nerviosa e incrédula se escapó de mi garganta.

— Entonces, pensé en algo más simple. Creo que ustedes necesitan pasar un poco más de tiempo juntos y mi hermano necesita ser introducido en la vida de la niña, así que sugiero que vivan juntos.

Él estaba serio cuando dijo la última frase y fue imposible no reírme, y Dante hizo lo mismo. Sin embargo, nos detuvimos de inmediato al ver que nos reprendía con la mirada.

¿Ese hombre era algún tipo de comediante o alguien con graves problemas mentales?

— No puedes estar hablando en serio — dijo Dante, dándose cuenta de que su hermano no estaba bromeando. — ¿Qué parte de la historia perdiste? Esta mujer no me dijo que tenía una hija y

¿quieres que me mude a vivir con ella? Renato, ¿me ayudas, por favor? ¡Mi hermano ha perdido completamente la razón!

La mirada de Domenico hacia nosotros era irritante; nos miraba como si fuéramos dos niños idiotas que no sabían nada de la vida y él fuera un dios soberano capaz de resolver todos los problemas del mundo.

Tan arrogante como Dante.

— No es una mala idea... — comenzó a decir el abogado, un poco dudoso, y vi mi mandíbula caer —. Bueno, no es el procedimiento estándar, definitivamente, pero tuve dos casos similares que optaron por ese camino y fue un éxito.

Parpadeó, incrédula.

— ¡Ustedes están completamente fuera de sí! ¡No voy a vivir con él!

— ¡No voy a vivir con ella! — repitió Dante, seco, mirándonos a los dos con rabia —. ¡Sin condiciones!

— ¿No quieres resolver esta situación, idiota? — preguntó Domenico entre dientes, bajos, volviéndose hacia su hermano —. La niña ni siquiera sabe quién eres. Aunque conseguimos una medida cautelar para una custodia compartida, aun así, ¡la niña tiene diez meses! ¿Cómo va a ser para ella pasar la mitad de la semana con un desconocido, por Dios?

¿De qué demonios estaba hablando? ¿Medida cautelar? ¿Qué carajo? Intenté controlar mi respiración, ignorando el hecho de que habían discutido muchas opciones. Un juez nunca concedería una medida cautelar absurda así, de eso estaba segura.

— ¡Él no pasará la mitad de la semana con ella! — afirmó de inmediato —. Y nadie va a permitir eso. ¿Te escuchas, estúpido?

— ¡No eres tú quien decide eso! — replicó Dante enseguida, volviendo a mirarme.

— Deberías repasar la mierda de carrera que hiciste... — reflexioné —. Tanto dinero, siempre echándonos en cara que éramos menos por ir a una universidad pública.

Recordé los Juegos Jurídicos, las canciones infantiles que los alumnos de su universidad adoraban cantar. En una de las letras, decía algo como "mi padre tiene un despacho y el tuyo trabaja allí

(de limpiador)". ¡Era ridículo y pesado! A cambio, nos burlábamos del hecho de que ellos pagaban matrícula y lo que pudiéramos más.

Las rencillas eran absurdas en esos eventos entre las universidades federales y las privadas. Infantil e idiota, lo sé, pero era así como se daban las cosas.

— ¿Pueden parar con esta tontería? — la voz de Domenico resonó firme en la sala —. ¡Parecen dos adolescentes, por el amor de Dios!

Respiré hondo, odiando estar de acuerdo con el idiota de su hermano. Era muy fácil volverse irracional cerca de Dante, siempre lo había sido. Todo el peso del pasado derribaba mis mejores percepciones y parecía volver en el tiempo, como si tuviera nuevamente dieciocho o diecinueve años.

Además, era aún más complicado cuando reflexionaba sobre toda esa situación. Parecía decidido a sacarla de mi vida. Sus ojos brillaban de odio y sentía toda su rabia emanando de esa silla. Entonces todo me envolvía y lo único que quería era volar sobre la mesa hacia él y golpearlo.

— Dante, acabas de conocer a tu hija y ella es un bebé de diez meses que está comenzando a asociar cosas, aprendiendo y desarrollando una rutina — reflexiona Renato con bastante sensatez. — Además, es necesario que ella cree un vínculo contigo. Giovanna no sabe que tú eres su padre. Creo que sería interesante que tuvieran esa experiencia hasta que la niña entienda el lugar de Dante en su vida y luego, podamos hablar sobre la custodia.

— ¿No puede verla una vez a la semana, de forma supervisada? — inquirí, intentando, de cualquier manera, excluir esa idea absurda.

Ni siquiera estaba pudiendo pensar con claridad y eso no era algo que solía sucederme. Era una persona muy racional, pero todas las alternativas me estaban soterradas como una avalancha. No era capaz de analizar la situación porque mis sentimientos estaban predominando. El miedo cediendo, queriendo consumir cualquier lógica.

— ¡No voy a verla solo una vez a la semana! — explotó, levantándose y apoyando las dos manos en la mesa. — Ya me has

hecho perder 10 meses de su vida y ¿aún crees que voy a aceptar esta estupidez, Manuela?

— ¿Crees que lo que sugerí es una estupidez? ¡Estúpido es lo que tú estás haciendo! ¡Eres un idiota por crear todo este circo aquí!

— ¿Soy idiota por haber recurrido a un abogado? — Se río sin humor. — ¡Supéralo, carajo! Además del hecho de que has sido una completa idiota al haber escondido a mi hija de mí, no quisiste hablar y fuiste extremadamente grosera. ¿Qué querías que hiciera? ¿Esperar hasta que decidieras lo que creías mejor? ¿Quién te crees, maldita sea? — escupió las palabras, mirándome con rabia.

— ¡Fuiste tú quien empezó con esta historia de querer quitársela! ¿Cómo esperabas que reaccionara?

— Fuiste tú quien me privó de conocer a mi hija y me hizo perder 10 meses de la maldita vida de ella — gritó, furioso. — Así que sí, haré lo que sea para quedarme con ella.

— ¡No te quedarás con ella! — avisé a todo pulmón, con los ojos tan fijos en los suyos que ni siquiera podía ver a nadie más alrededor. — ¡No sabes lo que es ser padre, no tienes condiciones para cuidar de un niño!

— ¡No sé! — explotó de nuevo, su tono conteniendo no solo una rabia explícita, sino también rencor. — ¡Y la culpa de eso es enteramente tuya, carajo!

Él estaba lleno de odio. Respiraba con furia mientras me miraba con los ojos brillantes. Y no era el típico odio que había nutrido por mí durante la época de la universidad. Era mucho más.

Dante salió de la sala y, antes de cerrar la puerta, lo escuché decir que ya volvía, que necesitaba tomar aire, porque no podía compartir el mismo espacio que yo en ese momento.

Cerré los párpados cuando sentí que mi visión se nublaba. Un nudo se instaló en mi garganta y me forcé a tragárselo, intentando contener las lágrimas que sabía que querían escapar.

A pesar de que estaba enojada, vi el dolor reflejado en su mirada y las cuerdas de la culpa tiraron de mí, diseccionando hasta quedar en carne viva.

Renato salió del cuarto, siguiéndolo, pero en el momento en que levanté la vista, me di cuenta de que el heredero mayor de los

Perazzo permaneció en silencio, sentado frente a mí, sin apartar los ojos de mí.

— Sabes muy bien que lo que hiciste fue incorrecto — comenzó a decir, serio.

— ¿En serio? ¿Tú, de todas las personas, vas a juzgarme? — pregunté, llena de ironía, arqueando una ceja, y él frunció el ceño, confundido.

Quizá él no tuviera idea de que yo sabía lo que él y su familia habían hecho, pero no deseaba entrar en una discusión.

— Manuela, sabes que en este proceso el juez va a analizar todo: vivienda, salario, disponibilidad de tiempo, y sabemos que nuestra familia puede ofrecer una calidad de vida mucho mejor para la hija de ustedes. Y estoy seguro de que se tomará en cuenta el hecho de que has escondido a la niña de él; no soy abogado, pero creo que eso encaja en la alienación parental.

Tragué en seco y fijé la vista en la mesa mientras escuchaba sus palabras. Mi cabeza parecía un huracán. Me sentía en el fondo del pozo. Jamás imaginé que la situación llegaría a este punto. Cerré los ojos y tomé todo el aire de mis pulmones.

— No sé por qué están insistiendo en esto. Estoy segura de que ningún juez le dará la custodia a él — repliqué, levantando el mentón para mantenerme firme.

— Estoy tratando de tener una conversación franca.

— No, estás haciendo una amenaza velada.

Se río sin humor.

— Como estaba diciendo, por más que esté enojado por lo que hiciste, no deseo que mi sobrina sufra por eso. Mi hermano está furioso, dolido y siendo irracional — dijo, y levanté la vista, un poco esperanzada por sus últimas frases —. Pero no lo juzgo. Estoy pasando por alto los valores de mi familia al involucrarme en este lío que crearon, pero entiendo que ustedes dos necesitan crear una relación menos hostil entre sí.

Respiró hondo, pareciendo exhausto, y alineó la columna.

— Creo que una custodia compartida en el futuro es lo más indicado para ustedes, pero si entran en un proceso ahora, todo se decidirá por la rabia y el resentimiento. Dante ya ha perdido mucho

tiempo con la niña y mi sugerencia de que vivan juntos es una forma de hacer todo menos traumático y confuso. Y siendo sincero, en tu lugar, es la mejor opción. Esta es la primera vez que colocó a dos personas por encima de mi hermano. No necesito hacer amenazas veladas, pero no escatimaré esfuerzos por él. Si esto llega a un extremo y tú pierdes la custodia de tu hija, será una culpa enteramente tuya.

Entendía el peso de esas palabras. Él dejaba claro que movería cielo y tierra para que Dante tuviera la custodia de ella, si eso se desencadenaba en una disputa. Y aunque yo era una buena abogada, no era tonta; sabía bien quiénes eran. Domenico me estaba ofreciendo un camino, una forma diferente de conducir esa situación, aunque pareciera absurda.

Era un poco extraño creer que él estaba pensando en el bienestar de mi hija, especialmente porque ella no era fruto de uno de los matrimonios que su familia tanto valoraba. Sabía del pasado de Domenico Perazzo y el mayor peso de mi decisión fue por lo que le ocurrió en el pasado.

No tenía idea de si ese hombre se había arrepentido de las decisiones que tomó, pero había algo en su forma de hablar que me hacía creer que estaba preocupado por Giovanna.

Además, una custodia compartida en el futuro era mejor que estar limitada a verla algunas veces a la semana, en caso de que el juez se volviera loco y le concediera la custodia a él. Pero la verdad es que sabía que eso era una posibilidad, aunque mínima, sobre todo por lo que había hecho.

Estuve un tiempo en silencio, tratando de organizar mis pensamientos. Estaba estática, con las frases resonando en mi cabeza. Era una locura esa idea. ¡Vivir con él! ¿Cómo podría ser esa la solución efectiva? Era capaz de matarnos conviviendo en el mismo espacio. ¿Cómo ese idiota no veía eso?

— No va a aceptar eso — fue lo único que pude decir.

— Yo me encargo de Dante.

Los dos entraron en la sala segundos después y la expresión del rubio parecía un poco menos irritada. Se sentó al lado de su

hermano, que me miraba casi esperando que yo tomara alguna acción.

— Antes de continuar, quería decir que vamos a resolver esta semana los documentos para el reconocimiento de la paternidad, pero necesito que firmes algunas cosas...

Renato puso una carpeta frente a mí y me quedé mirando los papeles, un poco aturdida. No estaba esperando eso en ese momento. Pensé que todas las etapas serían más lentas, para darme al menos tiempo para digerirlo todo.

Entonces, recordé quién era él. Los procedimientos normales se aplicaban a la gente normal. Los Perazzo no eran ese tipo de personas.

Mi garganta parecía que se iba a cerrar. No había mucho que hacer, además de firmar, por supuesto. Y Dante me miró como si dijera: "¡apresúrate!".

Sentía mis manos sudar solo al pensar en añadir el apellido Perazzo en el acta de Giovanna. Ella sería una de *ellas* y siendo honesta, no era lo que deseaba para mi hija.

Aun así, apoyé la pluma en el papel después de leer las líneas rápidamente. Vacilé unos segundos y firmé, sintiendo un dolor fuerte en el pecho, por toda la presión de esa nueva realidad que me rodeaba.

— Gracias — dijo Renato, tomando la carpeta de nuevo antes de aclararse la garganta para llamar nuestra atención —. Sé que "conflictos" son esperados dentro del Derecho de Familia y creo que ya hemos tenido nuestra dosis por hoy, así que me gustaría que intentarán mantener la calma de aquí en adelante.

Ajusté mi postura en un movimiento involuntario, buscando mostrar un poco de firmeza, ignorando el hecho de que me sentía totalmente atrapada. Para mí, era muy difícil ceder, y había sido así toda mi vida, especialmente cuando ese rubio estúpido estaba involucrado.

En mi época de universidad, perdí noches y más noches dándole vueltas a las veces que sus argumentos sobrepasaron los míos. O hacía los momentos en que él tenía la ventaja o cuando

conseguía lo que quería. Así que, aunque estaba cediendo, intentaría hacer que sonara como una decisión mía.

¡Ah, que se joda! Dante era un imbécil consentido y siempre conseguía lo que quería. No le daría más ese gusto en bandeja.

— Por más que la sugerencia de tu hermano sea absurda, me parece algo... viable — dije, haciendo que él parpadeó, incrédulo.

Dante miró de mí a Domenico con la boca entreabierta, la confusión presente en cada microexpresión de su rostro. El abogado parecía un poco en shock también, pero se aclaró la garganta, asintiendo varias veces para demostrar que estaba de acuerdo.

— ¿Estás diciendo que encuentras mínimamente aceptable esa idea loca de que vivamos juntos? — Soltó una risa incrédula —. Dom, sé que quieres ayudar, pero...

— Dante, si quieres que las cosas sucedan, tienes que hacer sacrificios. Sabes muy bien cómo funciona todo dentro de nuestra familia.

— Dom, no quiero...

— ¡Dante! — lo llamó en reprensión, como si estuviera poniendo un punto final a esa conversación.

Estaba enfadado, eso era evidente.

— No puedes decidir las cosas por mí — murmuró con rabia.

Su hermano mayor sonrió levemente hacia nosotros y lo tomó del saco para sacarlo de la sala entre insultos.

— Estoy seguro de que esto puede funcionar — concluyó Renato, un poco incómodo, cuando el silencio rodeó la habitación.

— Yo no — confesé, tamborileando los dedos en la mesa de manera ansiosa.

Dante volvió unos cinco minutos después y Domenico llamó a Renato para que nos quedáramos a solas. Se sentó en la silla frente a mí y me dio una larga mirada, casi como si estuviera preguntándose por qué los diablos habían aceptado eso.

— Está bien — fue lo único que salió de su boca.

— ¿Está bien?

— Voy a pedir que preparen una habitación para ti y otra para ella en mi apartamento — respondió a regañadientes.

Bueno, al menos ya no vivía con sus padres.

— ¡No, de ninguna manera! ¡No voy a vivir en tu casa! — advertí.

— ¿No esperas que yo viva en ese minúsculo apartamento tuyo, ¿verdad? — replicó con toda su arrogancia.

— Ya estoy cediendo mi privacidad y ¿ahora quieres que me mude de mi apartamento? ¡Giovanna está acostumbrada al lugar y creo que ya habrá suficientes cambios en su rutina! Eso no va a suceder.

Desvió la mirada y se movió en la silla, incómodo.

— Está bien — dijo al final y suspiró.

— ¿Está bien? — indagué un poco confundida por su aceptación tan rápida.

— Está bien, me mudaré a tu apartamento. No quiero que ella tenga problemas de adaptación — murmuró.

Dante miró su propia mano y yo asentí, tratando de ignorar toda la tensión incómoda que llenaba la sala. El silencio sofocante y su mirada penetrante me hicieron desear unas copas de alcohol. Abrí la boca en un intento torpe de conversación, pero solo solté un suspiro.

— ¿Crees que esto va a funcionar? — preguntó algún tiempo después.

— Si no nos matamos antes... — concluí irónicamente, soltando una risa débil y forzada.

Un malestar flotaba en el aire. Pensé que él insistiría más para que yo me mudara a su casa; después de todo, Dante estaba acostumbrado al lujo y mi apartamento probablemente tenía el tamaño de una de sus habitaciones.

No entendía muy bien lo que estaba sucediendo, pero tal vez el idiota había sido tocado por el milagro del sentido común.

Respiré hondo.

Por más insano que pareciera, eso iba a suceder.

Iba a vivir con Dante Perazzo.



Estoy arreglando un agujero donde cae la lluvia.
Y me impide pensar
¿A dónde va ella?
Estoy rellenando las grietas que atraviesan la puerta.
:: Fixing a Hole - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

— ¿Tú qué? — preguntó Adriano, perplejo, cuando terminé de contar sobre la reunión que había tenido esa mañana.

— Manuela, ¿estás segura de que es una buena idea? — indagó Guilherme, también preocupado.

Todos estábamos sentados en la cocina de la pensión mientras yo era bombardeada con miles de preguntas y miradas asustadas, como si fuera una completa loca por haber aceptado que Dante viviera conmigo.

Incluso yo pensaba que estaba loca.

— Chicos, por supuesto que es una pésima idea — dije calmadamente—, pero consideré todos los puntos y en ese momento me pareció viable.

— ¿Viable? — la voz de mi madre salió aguda.

Era imposible suprimir el sentimiento de que toda mi vida se estaba yendo al traste, porque eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Mi mundo se estaba volcando.

— ¿No hay otra forma? ¿Dónde estudió ese idiota de abogado para sugerir eso? — preguntó Julia, colocando la mano en la cadera.

— No fue el abogado quien sugirió, fue Domenico. El abogado solo dijo que ya había tenido dos situaciones parecidas que funcionaron.

— ¿Y en esas dos situaciones los padres de la niña querían matarse? — indagó Antonio, riendo, pero se detuvo en cuanto lo reprendí con la mirada.

Él era mi primo, había estado viviendo en la pensión unos meses y acababa de regresar de viaje. Y claro que mi madre ya lo había puesto al tanto de todo, y por las miradas de los otros residentes, sabía que no era el único que conocía cada paso de mi vida.

— Debe haber otra forma... ¿Y si dejaras a la chica con él algunos días? Sería mucho mejor que tener al idiota de Dante encerrado en tu casa — sugirió Adriano, y yo lo miré con rabia.

— ¿Estás loco? ¡No voy a dejar a Gio con él! Apenas lo conoce, Adriano. ¿Qué demonios tienes en la cabeza? — respondí, brusca, rodando los ojos.

— Sí, tal vez no sea una buena opción — replicó un poco desanimado.

— No me gusta nada de esto — comentó mi madre, meneando la cabeza en señal de desaprobación —. Esa familia no sirve. Sabes lo que le hicieron a los Lacerda...

Se sentó y suspiró. Mi madre no aceptaba el hecho de que me hubiera involucrado con Dante. Primero, por todo el pasado con sus antiguos empleadores, y segundo, porque el sueño de su vida era que yo me casara con Adriano.

— ¿Crees que estoy en un parque de diversiones, madre? Sé muy bien quiénes son y por eso estoy preocupada. No se puede hacer caso omiso sabiendo que las leyes normalmente no se aplican a esa familia.

— No está equivocada — intercedió Julia —. El hijo de puta de Genaro se las ingenió para eliminar cualquier evidencia de nuestras fincas. Compraron a todos los que pudieron.

Mi amiga suspiró, con la mirada un poco perdida. No solía hablar sobre ese tema porque creía que su padre también tenía cierta responsabilidad en todo ese lío entre las familias.

A diferencia de Adriano, ella intentaba no alimentar todo ese odio. Había decidido no tocar más el asunto.

— ¿Y ustedes se quedan en su apartamento? — volvió a preguntar Guilherme, poniendo una mano en su hombro y acariciándola.

— Sí, él quería que me mudara con él, pero dije que no en el acto. Le expliqué que sería mejor que Gio se quedará en el apartamento, ya hay muchas cosas sucediendo para que su cabeza asimile y, por más extraño que parezca, él aceptó sin discutir. — Me encogí de hombros.

— ¿No tuvieron una pelea sobre eso? — preguntó Julia, incrédula, ahogando una risa, y respondí moviendo la cabeza negativamente.

— Ellos también ya quieren iniciar toda la documentación para cambiar su nombre.

— ¿Pero ya? — Julia casi grita.

— Parece que está muy empeñado en intentar integrarse en la vida de Giovanna — comentó Guilherme, distraído.

— También en atormentar mi vida — murmuré.

— Manuela, ¡deja de ser obstinada! Descubrió que tiene una bebé y está tratando de recuperar el tiempo perdido. — Respira hondo, irritado por tener que darme un sermón. — ¿Realmente crees que sería mejor que él fingiera que Giovanna no existiera? ¿Y cuándo ella será mayor? ¿Cómo crees que se sentiría tu hija al saber que su padre no le dio la mínima?

Odiaba cuando Guilherme era tan sensato y decía cosas así, demostrando cuánto estaba siendo irracional. Y sí, sabía que no estaba en mi mejor momento. Tenía plena conciencia de que era mucho mejor que Giovanna creciera con un padre presente que sin ningún contacto con él, pero, aun así, estaba enojada.

— No imaginé que actuara de esa manera. Parece que activó un botón de "voy a ser el padre del año" — comenté con desdén.

Maldita sea, tenía derecho a ser testaruda. Mi vida estaba siendo completamente desordenada sin que pudiera tomar las riendas. Y odiaba no estar en control.

— Nunca le diste la oportunidad de saber cómo serían las cosas. — Ahí venía Guilherme de nuevo, acosándome por mis decisiones.

— Gui, sabes mejor que nadie que no escondí a mi hija por capricho, sino porque tenía miedo de su familia — dije, explicando lo obvio.

— Lo sé, pero...

— Entonces, dejó de actuar como si fuera solo una chica inmadura e inconsciente. Mira lo que está haciendo ahora, está amenazando con quitarme de mí. No entiendo toda esta defensa, deberías estar de mi lado — repliqué, cruzando los brazos.

— No creo que seas inmadura e inconsciente, no pongas palabras en mi boca. Y mucho menos estoy de acuerdo con lo que está haciendo, pero está enojado. No estoy defendiendo a Dante, Manuela, solo puedo ver el panorama completo y me pongo en su lugar también.

— ¡Deberías ponerte en el mío!

— Me he puesto — afirmó, tranquilo —. Varias veces. Sigo sin estar de acuerdo con cómo manejaste toda la historia, pero es tu vida y te apoyé en lo que decidiste.

— ¡No necesitas recordármelo todo el tiempo! — exclamé, furiosa.

Julia, Adriano y mi madre estaban levemente alarmados al ver la discusión, sin soltar un solo sonido. Sus ojos saltaban de mí a Guilherme a medida que íbamos hablando.

— Manu, ¿por qué crees que estoy en tu contra? — Él parecía molesto —. Solo intento hacerte ver las cosas.

— Gracias, pero si necesito tus gafas, las pediré — dije sarcásticamente y él rodó los ojos, mientras Julia soltaba una risa alta, siendo reprendida con la mirada de su marido poco después.

¡Era frustrante! No había nada más molesto que tener a alguien condenando tus decisiones, y mi mejor amigo era un maestro en hacer eso. Guilherme era ese tipo altruista, sensato, que nunca se equivocaba, nunca pisaba en falso. Un maldito juez perfecto que, desafortunadamente, amaba más que a nada.

Sí, era obstinada y odiaba ceder, y él era la persona que más llevaba a la superficie todas mis contradicciones.

Giovanna despertó y comenzó a llorar, y poco después, Lucca hizo lo mismo. Mi madre se levantó, pero señalé que se sentara y llamé a Julia para que fuéramos al cuarto.

— Necesito contarte algo — dije, un poco incómoda, levantando a mi hija en brazos y metiéndola de un lado a otro —. ¡Hola, mi amor!

Julia apareció en el campo de visión de Lucca, haciendo una mueca, y él en ese momento comenzó a reír y gritar "mamá". Gio me miraba con un puchero, sollozando, con los ojos húmedos, claramente irritada porque me había demorado un poco más de lo normal en ir a su rescate.

— ¡Cuéntame todo! — pidió, animada, meciendo a su hijo en brazos.

— No le vas a contar a Guilherme, ya no aguanto más todo su juicio — avisé con un tono un poco amenazante.

— ¡Sabes cómo es él! — Ella rodó los ojos —. Y sé que estás abrumada y que hay momentos en que Gui parece suplicar por ser rechazado con toda esa positividad tóxica... — Julia se río —. Pero creo que estás descontando en tu mejor amigo.

Suspiré, cansada. Sí, tal vez realmente lo estuviera.

— ¡Maldición!

— Sé que se entenderán, al fin y al cabo, los hermanos pelean... — Ella sonrió.

Estaba tan cansada y tan decepcionada conmigo misma. La sensación era que no importaba lo que hiciera, al final, estaba fallando. Mi vida parecía una sucesión de errores.

Y no había nada que odiar más que errar. Luché contra eso toda mi vida, siguiendo todo al pie de la letra, intentando ser una

mujer fuerte, independiente, correcta y honrada. Entonces, él entró en mi vida y descarriló todo mi tren directo hacia el abismo.

— Ahora... ¡Quiero el chisme, Manu!

Solté una risa y acaricié los brazos de Giovanna, apoyando su cabecita en mi hombro.

Necesitaba hablar de eso con alguien, no podría esconder toda la rabia hacia mí misma y toda la angustia extra por estar mudándose con Dante.

— He estado con el idiota — dije de una vez, moviendo apenas los labios, sintiendo mi rostro ponerse rojo.

— ¿Qué? ¡No hables en serio! — casi gritó con indignación, claramente sin creer lo que acababa de decir.

Sentí que mi corazón acelera solo por haber pronunciado esas palabras. Me maldecía mentalmente de todas las maneras que podía encontrar. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

¡Maldito desgraciado descarrilado de trenes!

— Ojalá no hablara en serio. — Solté el aire, sentándome con Gio en el suelo y entregando una bolita que parpadeaba en sus manos.

— ¡Manuela! ¿Cuándo fue eso? Pensé que estaban peleando... Aunque, han estado peleando durante tantos años y la última vez eso no fue un problema... — Ahogó una risa, acomodándose a mi lado mientras ponía un peluche cerca del rostro de Lucca y lo retiraba, haciendo que el niño intentara agarrarlo.

— Julia, fue antes. Antes de que él descubriera.

Dios mío, me sentía tan humillada. Mi dignidad estaba más baja que la de un perro intentando atrapar su propia cola. No, peor... Que la de un malabarista de plátanos en un monociclo borracho.

— Pero, por Dios, ¿no descubrió eso en su primer día de trabajo? — indagó, curiosa, claramente entretenida con toda mi vergüenza.

— Sí, fue...

Respiré hondo, avergonzada de mí misma y un poco en shock, reflexionando sobre cuál era la probabilidad de que todo eso hubiera sucedido en tan poco tiempo. Parecía un guión ridículo de una película. Estaba segura de que había un hijo de puta escribiendo mi

vida y divirtiéndose con mi martirio, creando diversas situaciones absurdas para entretenerse con mi desgracia. Si supiera el nombre del desgraciado o de la desgraciada...

— Estuvimos solos en la sala y él simplemente se lanzó sobre mí y mi cuerpo no respondió a mis comandos. — justifiqué, como la perfecta idiota que era, y ella se río a carcajadas.

Era una estúpida total.

¡SEGURAMENTE ESTABAN JUGANDO A *LOS SIMS*[7] ¡CONMIGO!

Era la única explicación.

— ¡El cuerpo de María Manuela Guerra no resiste al de Dante Perazzo! — insinuó, cesando las risas. — No te juzgues, él siempre fue atractivo y tú misma dijiste que ese día tuviste el mejor polvo de tu vida. Espero que esta vez no te hayas olvidado del preservativo, o tendremos a otro heredero corriendo por la casa.

La miré con odio en los ojos y ella volvió a reír.

— Julia, solo fui tonta una vez en toda mi vida. Me insultas al pensar que haría eso de nuevo. — Cruce los brazos y Gio se agarró a ellos, quedándose de pie. — ¡Oh! — exclamé al verla hacer eso sola. — ¡Mi amor, mamá, ni te ayudó y lograste quedarte de pie sola! — celebré, llenándola de besos y ella sonrió, dando un grito de alegría.

— ¡Muy bien, Gio! — festejó Julia, apretando sus mejillas.

Pasamos un tiempo intentando hacer que se mantuviera de pie sola, pero todo lo que mi hija hizo fue caer de culo al suelo varias veces, riéndose mucho de eso.

— Bueno, volviendo al tema... Entonces, sabemos el motivo por el que aceptaste que él se mudara contigo — insinuó con un tono malicioso.

¡Era muy atrevida!

— ¡Julia! No digas tonterías. Fue un desliz, en ese momento ni siquiera pensé en nada. Eso no volverá a pasar y, además, todo lo que siento por él en este momento es odio — afirmé y ella me miró con desconfianza.

— Siempre se han odiado y eso no hizo diferencia antes — dijo, llena de desdén, y se encogió de hombros.

— Antes él no quería quitarme a mi hija — dije al fin.

— Quizás deberías programar otra cita con Marlon — sugirió, pensativa.

— No tengo tiempo para citas. Sabes eso, Julia — respondí con impaciencia.

— Puedo quedarme con Gio cualquier día, como hicimos la semana pasada, y tal vez esta vez hagas algo más en lugar de solo besarte. — Le di una risita. — Irónico, ¿no? Saliste con un chico guapo, agradable y no encontraste la oportunidad de hacer nada más, pero Dante, en un abrir y cerrar de ojos, hizo que tus piernas se abrieran.

La miré con rabia. Marlon había entrado en el escritorio hace unos meses. Era uno de los amigos de Dante de la época de la universidad y siempre lo vi como un idiota, pero ese hombre era persistente. Y muy atractivo. Como mi amiga había insistido en que necesitaba una distracción y estaba más seca que un cactus muerto, acabé aceptando.

— No creía que fuera una buena idea antes y ahora me parece aún peor, con Dante resurgiendo de las cenizas. — Mi voz salió un poco entrecortada. — ¿Cómo explicaría toda esta historia? ¿Voy a estar con un chico y a esconder que tengo una hija del colega de él?

— Manuela, nadie está pidiendo que te cases con él. — Lucca balbuceó algunas palabras, llamando su atención. ¡Estoy hablando de C-O-G-E-R! Ella deletreó las últimas palabras, como si solo ahora se diera cuenta de que nuestros hijos estaban allí.

— Tenemos que dejar de hablar de esos temas cerca de ellos — reprimí.

— A veces me olvido. Soy una pésima madre — dijo, llevándose la mano a la cabeza y luego volvió a reír. — En serio, deberías salir con el chico guapo otra vez.

Solté un gruñido de frustración. ¿Era realmente una buena idea tener otra cita con Marlon?

Ya habían pasado algunos meses desde que comenzamos a hablar, desde que él asumió un cargo en el área de Tributario. Nuestras reuniones eran siempre agradables y Marlon era un hombre divertido. En el último mes, coquetea conmigo más de lo habitual y luego me invitó a salir.

Mi cita con Marlon había sido genial, y por Dios, besaba tan bien. Pero después de un rato sentada en un bar con él, simplemente recordé toda mi vida y no pude avanzar. Y desde entonces, había estado evitando, echándole la culpa al hecho de estar muy ocupada. Lo cual no dejaba de ser verdad.

Constantemente me invitaban a salir, pero no me sentía cómoda. Tuve dos citas que fueron supertediosas, que no resultaron en nada y la última fue con Marlon, pero por más que fue agradable, no pude pensar en tener sexo con él porque no podía dejar de pensar en el caos que era mi vida.

Es decir, la noche que pasé con Dante en el encuentro de monitores había sido la última vez que estuve con alguien. Entonces, al pensarlo, tenía un poco de sentido que mi cuerpo hubiera reaccionado a él de esa manera hace unos días, hasta el punto de que ni siquiera recordara que estaba ocultando que tenía una hija de él.

De todos modos, no podía seguir viviendo así. Necesitaba de verdad acostarme con otra persona y superar eso.



Ah, una tormenta amenaza
Mi vida hoy
Si no encuentro algún refugio
Sí, desapareceré.
:: Gimme Shelter – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Mi padre me miraba de arriba a abajo, lleno de desdén. Decidió ignorarme el día anterior cuando mi madre le contó sobre el bebé. Y ahora, estaba en casa para la cena semanal que solíamos tener, consumido por la furia al descubrir que había buscado un abogado y asumido la paternidad.

— ¡Eres un inconsciente, Dante! — escupió las palabras en mi dirección. — Registrar a una bastarda con nuestro apellido. ¿Tienes idea de lo que hiciste, idiota? ¡Paola, tu hijo es una vergüenza!

— Lo repito, ella es mi hija, era obvio que la iba a registrar con mi nombre — respondí, levantándome de la mesa.

— Dante, siéntate, por favor... — pidió mi madre, nerviosa.

— ¿Tienes idea de lo que hiciste? ¡Manchando todo el linaje de nuestra familia! — gritó, lleno de odio.

Él levantó el mentón, esa expresión arrogante estampada en su rostro, ostentando todo su desprecio habitual. Era difícil ignorar el giro en mi estómago, que siempre aparecía cuando mi padre levantaba el tono de voz. Desafiarlo y recibir un sermón a cambio era nuestra nueva dinámica ahora y a mi padre no le gustaba nada de eso.

— Solo pensaste en acostarte con cualquier vagabunda y no pensaste en las consecuencias. ¡Es una decepción tenerte como hijo!

— ¡Ya basta! — di un puñetazo en la mesa, haciendo que mi madre soltase un grito. — No soy más un niño y tú no decides nada por mí.

— Claramente, eres un niño. ¡Un mocoso de mierda! — vociferó. — Tiraste todos los valores de la familia a la basura en el momento en que registraste a la bastarda de esa piraña...

Cuando me di cuenta, estaba cruzando la habitación.

— ¡Cierra la maldita boca! — ordené, agarrando el cuello de su camisa y apretando los dientes.

Mi madre abrió los ojos de par en par y se llevó la mano a la boca.

— ¡Deténganse los dos! ¡Por favor! ¡Por favor! — pidió, desesperada, intentando colocarse entre nosotros.

— ¿Qué está pasando aquí? — La voz de Domenico resonó en la sala.

Mi hermano entró en el comedor y carraspeó, mirándome con reproche, como si buscara una explicación.

— ¡Tu hermano es un idiota! Quiere hundir a esta familia de una vez por todas. Como si no fuera suficiente no querer casarse con la hija de los Rangel, se fue a ese escritorio de mierda y ahora está empeñado en hacerse el hijo rebelde con casi treinta años ya...

— No quiero hundir nada. No estoy aquí para ser otro peón en tu juego de ajedrez, ¡padre!

Él soltó una risa tóxica, el asco retorciéndose en sus labios, su mirada recorriéndome de arriba a abajo. Era de lo más frustrante y ya había sobrepasado todos los límites de respeto con mi padre, y eso era desgastante.

— No hay nada que hacer — intercedió mi hermano. — La niña es su hija.

— Que se joda, Domenico. Tenemos un lugar en esta sociedad que no permite ciertos deslices y ustedes dos lo saben muy bien. Tú entiendes el papel que tienes que desempeñar en esta familia, pero tu hermano es un idiota y está perdido. ¿Tienes idea de lo que van a decir de nosotros? ¡Eso sí, si no nos expulsan del C.O.!

— Papá, no creo que eso vaya a pasar y...

— ¡Esa es tu culpa, Paola! — interrumpió a mi hermano, señalando con el dedo a mi madre. — Tu culpa por mimar demasiado a estos chicos, dando más afecto del que era necesario. Siempre fuiste débil y tu hijo es igual que tú.

Mi madre lo miraba con lágrimas en los ojos, moviendo la cabeza de forma negativa, con las manos cerca del pecho.

— ¿Qué van a decir los periódicos? ¡Nuestra reputación está arruinada! ¿Tienes idea de eso, mocoso? — gritó, completamente fuera de sí.

— ¿No sería mejor que Dante se casara con ella? — preguntó con la voz temblorosa.

— ¿Estás loca, madre? ¡No quiero casarme con ella! — afirmó, mirándola sin entender de dónde venían esas ideas absurdas.

— Ya he considerado eso, madre, pero Dante no quiere.

— ¿CASAR? — mi padre ahora estaba a todo pulmón, caminando de un lado a otro. — ¿Además de ser un bastardo, ahora quieres meter a una vagabunda pobre en la familia? ¿Paola, estás completamente loca? ¿Domenico, has perdido el sentido común? ¿Qué está pasando con ustedes dos?

— ¿Qué quieres hacer, Genaro? ¡Dante ya dijo que asumirá la paternidad del niño! — recordó ella, y él se pasó la mano por la cabeza, trastornado.

— No traigas a esa bastarda dentro de esta casa — advirtió, señalándome con el dedo.

— Tranquilo, no pienso pisar aquí.

— ¿Cómo que no? — Mi madre me miró desesperada.

— Lo que escuchaste. Si mi hija no es bienvenida, yo tampoco lo soy.

Ajusté mi traje y lo miré con rabia antes de girar para salir de la habitación.

— ¡No! ¡No, Dante, por favor, ¡vuelve aquí! — Corrió hacia mí, abrazándome y comenzó a llorar.

Mi padre la miró con descontento y salió rápidamente de la sala, sin decir una sola palabra.

— Dante, por favor. Voy a hablar con tu padre. Por favor, esta casa también es tuya — suplicaba, sujetando mis brazos, con lágrimas en los ojos.

— Mamá, ya está decidido — dije al final. — Voy a recoger algunas cosas en mi habitación antes de irme, porque no pienso volver.

No le dije que me mudaría al apartamento de María Manuela. Quizás fuera demasiada información para un solo día y mi cabeza ya latía con tanto griterío.

Hacía poco tiempo que había salido de la mansión. Sabía que sería insoportable vivir con mis padres después del trabajo que había conseguido, uno que complicaría los planes de *Petrolio*. Cuando lo conté, hace unas semanas, fue un caos y, como preveía que eso sucedería, me instalé en el nuevo apartamento que había comprado.

Lo peor de todo era la decepción de mi hermano por mis elecciones. Tratar con mi padre era mejor, porque era un idiota que no podía ver más allá de su propio ombligo. Domenico era diferente, cumplía su papel como el hijo perfecto, pero no entendía por qué no cedía y hacía lo mismo. Y bien o mal, eso se reflejaba en él, aunque no quisiera que se viera afectado en el camino.

Subí a mi antigua habitación, me serví un poco de whisky en un vaso y me senté en el balcón, observando los jardines, distraído.

— ¿Qué hago contigo? — preguntó en cuanto entró, sirviéndose de la bebida y dando un gran trago.

— ¿Conmigo? — Solté una risa incrédula. — ¡Es un idiota!

— Está viejo, Dante.

— ¿En serio vas a usar esa excusa para todo su prejuicio de mierda, Dom?

— No aguanto más estar entre ustedes dos.

— Si eres feliz siendo la maldita marioneta de él, Domenico, perfecto para ti, pero no esperes que yo haga lo mismo.

— Sabes que tenemos responsabilidades — respondió, seco.

— Me importa un carajo esa mierda.

Suspiró, cansado.

— Sería mucho más fácil si te casaras con Marcella, como él quería. ¿Sabes cómo funcionan estas cosas, Dante? Puedes seguir teniendo la vida que quieras fuera del Círculo de Oro, solo necesitas una mujer para exhibir. Nadie te obligará a ser fiel y solo a comer la misma vagina, idiota.

— Cásate tú con ella, Domenico, ¡carajo, qué infierno!

— Ni de broma. — Se río, levantando uno de los brazos en alto. — Ella es tuya. Cada perro que lama tu polla, ¡joder!

Mi hermano aún no había encontrado a alguien "a la altura" para casarse, como solía decir. Sabía que eventualmente tendría que hacerlo y estaba en paz con esa decisión, pero dijo que propondría lo máximo posible. Y como aún no había ocupado el lugar de mi padre en la empresa, no tenía prisa.

— Sé que todavía estás molesto conmigo por hoy, pero...

— No estoy — lo interrumpí. — No quería vivir con ella, pero entendí tu punto. Ni siquiera sé qué estoy haciendo, para ser sincero...

Hice una pausa, sintiendo que mis ojos ardían. Di otro sorbo al whisky y volví a mirar los jardines frente a mí, intentando sacar un poco de aire.

— Solo tengo tanta rabia de todo. De lo que ella hizo, de haber perdido tanto tiempo de vida de Giovanna, de toda esta sociedad de mierda en la que vivimos.

— Sé que lo estás — dijo, apoyando la mano en mi hombro. — Pero ustedes dos están dejando que sus problemas se interpongan en todo. Entiendo que Manuela es una pesadilla y una piedra en nuestro zapato, pero fue tu decisión acostarte con ella sin usar el maldito preservativo...

Lo miré, irritado, y levanté una ceja, como si le preguntara si estaba en serio al lanzar eso en mi cara.

— Solo estoy diciendo que eso generó una consecuencia. El problema es que la consecuencia es un niño que no tiene la culpa de que sus padres sean dos idiotas. Y entiendo que ella no sería la mujer que elegirías para ser la madre de tus hijos, pero es lo que tenemos por ahora.

Algo en esa frase me incomodó y no sabía bien qué era, pero mi hermano no estaba equivocado. De todas las personas del mundo, María Manuela Guerra sería la última en mi lista, si es que tuviera una. Porque solo un loco tendría un hijo con la mujer que odiaba.

— Gracias por estar de mi lado — dije, abrazándolo y recibiendo unas palmaditas en la espalda, seguido de un beso en la mejilla.

— Siempre estoy de tu lado, Dan.

— Ni de broma, Dom.

Él se río a carcajadas.

— Solo cuando haces alguna estupidez que no se puede ignorar... El problema es que normalmente metes la pata — se justificó, riendo.

— ¿Y no consideramos todo esto una estupidez?

— La verdad, toda la situación es un lío por sí sola, pero nunca diría que el hecho de que tengas una hija es una estupidez, Dante — suspiró, mirándome a los ojos con cariño. — Y lo que nuestros padres están haciendo no está bien. Todo tiene un límite y ellos lo están sobrepasando.

Ya llevaban un buen tiempo haciendo eso, el problema es que Domenico no lo veía así. Mi padre le había hecho una buena lavada de cerebro, una que intentó hacerme a mí toda la vida. Por suerte, algunas cosas me abrieron los ojos.

Y María Manuela Guerra era una de ellas, aunque me doliera admitirlo.



No siempre puedes conseguir lo que quieres
Pero si lo intentas unas cuantas veces, es posible que lo descubras.
Puedes averiguarlo
¡Quién consigue lo que necesita!
:: You Can't Always Get What You Want – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

— ¿Cuándo te vas a mudar? — preguntó María Manuela al día siguiente, después de pasarme algunos detalles sobre la próxima reunión que tendríamos.

— Pensé que no íbamos a tocar temas personales dentro del lugar de trabajo — respondí sin muchas ganas.

— Solo necesito saber cuándo te mudarás.

Todo tenía que ser a su hora y eso era algo que me irritaba profundamente. Cuando quise hablar sobre Giovanna, ella me cortó, alegando que estábamos en el escritorio, pero ahora regresaba con temas personales.

— Como dijiste el otro día, estamos en un lugar de trabajo y no creo que debamos mezclar las cosas. Tienes mi número, tu dedo no se va a caer si me llamas — respondí en un tono irónico, haciendo que sus ojos se resolvieran.

Ella recogió algunas carpetas frente a ella y se dirigió hacia la puerta.

— ¿Vienes o no? — preguntó, impaciente.

Me levanté sin ninguna gana y la seguí por los pasillos del escritorio. Ella caminaba apresurada, el sonido de sus tacones resonando en el piso de madera, llamando toda la atención sobre sí misma. Saludaba rápidamente a todos los que pasaban por el camino con gestos y saludos, mientras tiraba hacia abajo la falda del vestido, que se subía de vez en cuando porque iba demasiado rápido.

Por cierto, malditas sean esas piernas.

Llegamos a un pasillo lleno de puertas y ella forzó la manija de una de ellas, revelando una sala grande con una mesa redonda de madera, y sentado en una de las sillas estaba nada menos que Marlon Serra.

Él sonrió ampliamente cuando entramos en la sala y se levantó, ajustándose el traje y acercándose a nosotros.

— ¡Dante, cuánto tiempo! — dijo, estrechando mi mano con fuerza, y yo lo saludé en respuesta. — Manuela... — Y tocó su brazo, deslizándose lentamente el pulgar por él.

— Buenos días, Marlon. ¿Cómo estás? — preguntó con una voz dulce y sonrió ampliamente.

— Mejor ahora — respondió, galante, con una mirada provocadora que la hizo sonrojar.

¿Qué demonios estaba pasando ahí?

¿En serio estaba coqueteando con ella?

— No me dijiste que Dante iba a empezar a trabajar aquí — comentó a Manuela, como si fueran muy íntimos, ignorándome como si fuera una maldita puerta.

Me quedé mirando a los dos. ¿No podía hacerle esa pregunta directamente a mí? ¿Acaso era invisible?

— También me sorprendió — susurró a él y luego saludó a las otras personas presentes. — ¿Podemos empezar?

— Un minuto que Janice ya está subiendo.

Ella se sentó en una silla en la cabecera de la mesa, pareciendo impaciente. En ese momento, me acomodé en uno de los extremos, dándome cuenta de que Marlon ocupaba el otro con algunos miembros que parecían ser de su sector y que antes también estaban de pie.

María Manuela estaba un poco alejada de la mesa, leyendo una carpeta distraída. Cruzó las piernas, haciendo que la falda subiera algunos centímetros, dejando parte de su muslo al descubierto. Marlon la miró de arriba a abajo y mantuvo los ojos en sus piernas durante algunos segundos, hasta que ella comenzó a hablar, aun sin apartar la vista de los papeles, atrayendo su atención. Era ridículo lo mucho que la miraba con deseo, incluso cuando ella estaba completamente ajena, desnudándola con la mirada.

Me moví en la silla, incómodo. ¿Es que nadie más se estaba dando cuenta?

Durante toda la reunión, el idiota ignoró casi a todos, dirigiéndose a ella la mayor parte del tiempo, mirándola con interés, haciendo bromas, sacando algunas risas y todos en la sala parecían encontrar eso normal. Marlon siempre había sido alguien con facilidad de comunicación, extrovertido y vivía de socializaciones. Por lo que parecía, las personas que trabajaban con él lo adoraban y, sin duda, la insoportable también.

Al final, todos salieron de la sala apresurados, mientras Manuela recogía el material que había esparcido por la mesa y yo terminaba de anotar algunas informaciones en una hoja.

Maldita sea, cómo odiaba llenar esos informes. Era un trabajo tan patético y me sentía como un maldito practicante. Seguro que me había dado eso para torturarme. No era posible que un abogado tuviera que hacer esa mierda.

Levanté la vista disimuladamente cuando Marlon se acercó y puso una de sus manos en su cintura. En ese momento, ella se alejó un poco, avergonzada, y él se río, volviéndose hacia mí.

— Fue bueno verte, Dante — dijo, extendiendo la mano. — Podemos tomar algo después del trabajo cualquier día.

— ¿Qué tal hoy? — pregunté y él pareció sorprendido, mirando rápidamente en dirección a Manuela.

— Claro... — Hizo una pausa. — Podemos hacerlo. ¿A las siete en la portería?

— De acuerdo. Te encuentro allí.

— Manuzinha, puedes ir con nosotros si quieres... — la invitó Marlon.

¿Manuzinha?

¿Qué demonios de apodo era ese?

¿Y era normal que él la invitara a salir?

— No puedo, tengo un compromiso — lo interrumpió de inmediato, como si no quisiera darle más pie a eso.

— ¡No sabes la dificultad que es llevar a esta mujer a un bar! ¡Ella prácticamente vive en este edificio! — contó entre risas y esbozó una sonrisa sin muchas ganas.

¿Por qué demonios seguían intentando llevarla a bares?

Manuzinha...

— Alguien tiene que trabajar aquí dentro — bromeó, sacándole una carcajada a él.

Ni siquiera era un chiste gracioso para reírse así.

¡Qué papelón!

Los dos rieron juntos y luego ella cambió de expresión cuando su mirada se posó en mí, dándose cuenta de que estaba juzgando esa interacción ridícula. Después, se despidieron de él y salió de la sala apurada.

Quería entender qué tipo de relación tenían, porque, al parecer, Marlon estaba coqueteando con ella. Y lo que le den, fue exactamente por eso que conocerte y encontrarme con él después del trabajo.

María Manuela seguramente no me diría nada, pero él sí, y quería entender qué estaba pasando entre los dos. Iba a vivir con ella, ¿cierto? Tenía que tener ese tipo de información.



Nos encontramos en la portería y acabamos yendo a un bar que quedaba en la esquina del edificio, sentándose en una de las mesas cerca de la barra.

— Dante, Dante... ¿Dónde has estado? — preguntó Marlon, curioso, levantando el vaso de cerveza hacia la boca.

— He estado ocupado — respondí, sin entrar en detalles. — ¿Y tú? No imaginé que ibas a ejercer, ¿no ibas a estudiar para fiscal?

— Y yo nunca pensé que tú fueras a trabajar y aquí estamos — se burló, riéndose.

— Recibí una invitación directa de Julio — le conté y pareció sorprendido.

— Interesante... No has hablado con Marcella o los chicos, ¿verdad? — preguntó, cambiando de tema.

— No... ¿Y tú?

Había viajado bastante antes de aceptar un empleo en São Paulo, en un bufete de abogados especializado en Derecho Ambiental. Casi nunca permanecía mucho tiempo en el mismo lugar, así que había perdido el contacto con la mayoría de las personas de la época de la universidad. Las ocasiones en que encontraba a Marcella eran raras y no perdíamos mucho tiempo conversando, por más que ella lo intentara.

Era una decisión que había tomado: desconectarme de mi pasado para poder ver la vida de otra manera.

— Hace tiempo que no nos vemos. Ellos no forman parte de mi círculo de amistad, como antes — comentó, distraído.

— ¿María Manuela ahora forma parte de tu círculo de amistades? — pregunté con desdén y él se río.

— Tengo otras intenciones con Manuzinha, además de amistad — dijo con una sonrisa pícara en el rostro.

¡Solo me faltaba eso!

"Manuzinha, Manuzinha, Manuzinha".

¡Argh!

Sentí una oleada de calor recorrer mi cuerpo y sabía que no era el efecto del whisky que estaba tomando. No quería que él tuviera ninguna intención con ella, eso no tenía el menor sentido, después de todo, teníamos una hija y Marlon había sido uno de mis mejores amigos durante la universidad.

— Marlon, ella y yo tenemos una hija — conté, sin pensar mucho, y él abrió los ojos.

— Ay, Dante, extrañaba tu humor — dijo, riendo y dándome una palmadita en el hombro.

— No es una broma — afirmó, serio, y él me miró, guiñando un ojo lentamente.

— ¿Cómo...? ¿La hija...? ¿Eh? — Marlon se atascó con las palabras, las cejas tan juntas que formaban una única línea. — ¿Eres el padre de Giovanna?

— Sí.

— ¿Pero qué demonios? — Su voz sonó estridente. — ¿Cómo es que nadie sabe eso? ¿Cómo demonios tienes una heredera que nadie conoce?

— Ella no quería que nadie supiera — repliqué, seco.

"No quería que nadie supiera, incluido yo mismo", pensé. Pero era obvio que no le iba a dar esa información.

— ¡Hijo de puta! ¿Y ustedes están juntos o algo así? — preguntó, confundido. — Porque no sabía nada de esto y si lo hubiera sabido, ni me habría acercado a ella — comenzó a justificarse de inmediato.

— No, no estamos juntos — traté de aclarar, pero fruncí el ceño tan pronto como la información llegó a mi cerebro. — ¿Espera, te quedaste con ella?

Marlon pareció incómodo, pero luego se rascó la cabeza, respirando aliviado y riendo.

— ¡Ah, qué susto! Bueno, ¡y qué gran noticia!

¿Qué quería decir con eso? ¿Por qué era una gran noticia que no estuviéramos juntos? ¿Significaba que seguiría insistiendo? ¿Y por qué no me había confirmado si había estado o no con ella?

Tomé una respiración, tratando de concentrarme en el aire que recorría mis pulmones, buscando entender la rabia inminente que palpitaba dentro de mí. Ya estaba completamente sin paciencia para esa conversación.

— ¿Gran noticia?

— Sí... Me alegra saber que no están juntos — explicó, riéndose de nuevo. — ¿Sabes, siempre compartimos chicas en la *universidad*, Dante, porque nunca tuvimos nada serio con ninguna de ellas, ¿pero Manu es diferente?

Sí, claro que era diferente, ¡ella tenía una hija conmigo!

— ¿No te parece un poco extraño? ¿Quedarte con la madre de mi hija? — traté, porque tal vez no se había dado cuenta de lo extraño que eso sería.

— No me importa que tenga una hija contigo. Lo que me parece muy extraño es que ustedes hayan tenido sexo, sobre todo porque siempre se han odiado. — Se detuvo por unos segundos, con una mirada perdida. — Pero entiendo... Manuzinha es hermosa y muy sexy — dijo, con una sonrisa en el rostro, y yo me moví incómodo en la silla.

Manuzinha...

¡Qué apodo ridículo y estúpido!

— ¿No te parece raro que no haya contado sobre nuestra relación? — pregunté, cambiando de tema.

Quizás era mejor cambiar de estrategia.

— Dante, probablemente no se sintió cómoda para decírmelo, ya que tú mismo dijiste que nadie sabe. Además, siendo sincero, no hablamos mucho cuando salimos — contó, ahogando una risa. — Todo es muy reciente.

Di un gran trago de whisky. No tenía el menor sentido quedarme allí escuchándolo insinuar cosas sobre lo que habían hecho.

— ¿Y sobre tu trabajo? ¿Te parece interesante? ¿De verdad dejaste de lado el concurso? — desistí, no sabía más qué decir y definitivamente comenzaba a estar irritado con esa conversación.

Los aspirantes a funcionarios casi no tenían tiempo para salir. Tal vez ese fuera un camino más inteligente para que él se

deshiciera de esa ridiculez.

El idiota pasó un tiempo hablando sobre su área, mientras yo fingía tener interés en escuchar, cuando en realidad, en mi cabeza, solo podía pensar en los dos juntos. ¡Qué infierno!

Durante todo nuestro tiempo en la universidad, nunca me importó compartir chicas con Marlon, sobre todo porque él siempre se quedaba con ellas después de mí y yo no solía volver a verlas. Excepto Marcella, con quien, incluso antes de que fuera mi novia, impuse algunos límites. Después de todo, no compartía lo que realmente era mío.

No es que Manuela Guerra tuviera alguna relevancia para mí.

No la tenía.

Claro que no.

Sin embargo, saber que podían tener algún tipo de relación me incomodaba. Y era obvio que era por Giovanna; después de todo, ella era mi hija y no querría que tuviera una relación más profunda con Marlon si llegaba a salir con Manuela. Acababa de conocer a la chica, ni siquiera sabía si le gustaría. No quería tener que competir por la atención de mi propia hija con un supuesto "padrastro".

Ese pensamiento despertó algunas inseguridades. No podía perder más tiempo de ninguna manera y mucho menos quería eso. Necesitaba involucrarse en su vida lo antes posible.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba perdiendo mi tiempo con ese imbécil?

Después de unos minutos, le dije a Marlon que necesitaba irme y fui hacia su apartamento.

Estuve unos segundos parados en el pasillo, tomando valor antes de dar un leve golpe en la puerta. Aún no era tarde, había estado solo una hora y media en el bar, pero no tenía idea de a qué hora se dormía un niño.

No tardó mucho en abrirse. Estaba un poco agitada y vestía una camiseta larga y amplia de los Beatles y unos shorts cortos. Tenía el cabello recogido en un moño desordenado y un poco de suciedad naranja en la cara.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó, un poco impaciente.

— Vine a hablar... Sobre la mudanza.

— ¿Acaso tenía algo programado contigo? — Intentó sonar irritada, pero durante algunos segundos pareció dudar de sí misma.

— Soy una gran persona, decidí ahorrarme el trabajo — dije con ironía. — Tienes algo en la cara.

Ella puso los ojos en blanco y se limpió la mejilla, dándome paso para entrar. La vez anterior no había reparado mucho en el lugar. No era pequeño, pero tampoco grande. Claro que, comparándolo con la mansión o mi apartamento, era minúsculo.

La mesa del comedor estaba justo cerca de la puerta y un poco más adelante había un gran sofá gris, un sillón y una estantería inmensa llena de libros. La decoración era bastante simple, pero había un cuadro horrendo negro de girasoles amarillos en la pared, algunas plantas y unos premios y certificados cerca de la estantería. Los juguetes esparcidos por el suelo, seguramente, no formaban parte de la decoración.

El cuadro era realmente espantoso.

Escuchamos algunos ruidos provenientes de la cocina y ella caminó apurada. Gio estaba sentada en una silla alta, esparciendo comida por todos lados.

— ¡Por Dios! — exclamé al ver a la niña completamente sucia y con un trozo de brócoli en la mano.

Sus ojos se posaron en mí y la niña empezó a balancearse en la silla, dando gritos y sonriendo. Era preciosa, con las mejillas sonrosadas y los dientes inferiores al descubierto.

No tenía idea de cómo actuar allí. ¿Debería hablar con ella? ¿Levantarla en brazos? ¿Ayudarla de alguna manera? Me sentía tan perdido y fuera de lugar.

— Está un poco más inquieta de lo normal hoy — comentó, inclinándose hacia ella y limpiando su rostro con una servilleta. — Vamos, Gio, casi no has comido nada, cariño, por favor.

Manuela mordió un trozo del vegetal que tenía en la mano, dijo que estaba muy bueno, pero la niña no hizo caso. Estiró el brazo con el brócoli hacia mí y balbuceó algunos sonidos aleatorios, lo que hizo que su madre respirara hondo, claramente de mal humor.

— Ella quiere que comas brócoli — explicó, mirándome, y yo me quedé estático sin saber qué hacer. — ¿Vas a quedarte ahí

parado, Dante? — murmuró, poniendo las manos en la cintura.

— No sé qué hacer. ¿Qué tengo que hacer? — pregunté, algo alarmado.

— Solo come un trozo y di que está delicioso — pidió, tomando un poco de aire.

Manuela seguramente estaba agotada y aquella actividad parecía haberle tomado un buen tiempo de su noche. La niña, por su parte, seguía cargada de energía. Y a medida que me acercaba, parecía más inquieta.

Tomé el vegetal de su mano y mordí un pedazo.

— ¡Está delicioso! Deberías probar, Giovanna — dije, entregando el alimento nuevamente, y entonces, ella sonrió.

Llevó el brócoli a la boca y después hizo lo mismo con el resto que tenía en el plato. La niñita me miraba a mí y luego a Manuela, muy curiosa, mientras comía.

— ¿Siempre le cuesta comer? — pregunté, rompiendo el incómodo silencio que pesaba sobre nosotros.

— Solo algunas veces. Le gusta cuando como con ella, pero no siempre puedo cenar a la hora en que Gio tiene que comer. A veces, solo logró comer algo cuando ella se va a dormir — comentó, distraída, suspirando cansada y sacándola de la silla. — Necesito darle un baño — avisó.

— ¿Necesitas ayuda? — indagué, aunque no tenía idea de cómo podría ayudarla.

Ella me miró un poco sorprendida.

— Creo que podemos dejar eso para otro día — dijo con calma. — Estoy un poco cansada y creo que será más rápido si lo hago sola.

Asentí con la cabeza, observando cómo Manuela ponía algunas cosas en la encimera y equilibraba a la bebé en su regazo.

— Pensé que llegarías aquí y encontrarías a Giovanna usando pañales de tela.

— ¿Los vas a lavar? — Ella arqueó una de las cejas, llena de sarcasmo. — Ni yo. Por más que me encante la idea, no es algo que pueda encajar en mi rutina.

Se acercó a la entrada que dividía la cocina de la sala, pero luego se giró, mirándome.

— Bueno, siéntete como en casa, porque aparentemente va a ser así — comentó en un tono irónico. — No tardaré.

Y desapareció por el pasillo.

Me quedé un tiempo observando la cocina, sintiéndome un poco inútil. No me confortaba verla hacer todo sola, aunque estaba en esa situación por su culpa exclusiva, por no haberme contado sobre la chica desde el principio.

Respiré hondo.

No iba a pelear con ella hoy, además, necesitábamos hablar sobre la mudanza. Teníamos que empezar con al menos un poco de paz.

Está bien, podía, por hoy, levantar la bandera blanca.

Miré la encimera desordenada y suspiré. No me costaría nada poner en orden todo ese lío y creo que ella no se molestaría por eso, ¿verdad? Pronto viviría allí y la organización en una cocina era algo de lo que me sentía orgulloso.

Fue lo que hice y poco después abrí algunos armarios y la nevera, buscando algo para cocinar. Vi un paquete de pan y decidí hacer un sándwich. Y aunque quisiera hacer otra cosa, la falta de ingredientes no me lo permitiría.

Vaya, ¿ella no hacía compras? Bueno, eso tendría que servir. Tal vez su mal humor mejorará con la comida.

Aprendí a cocinar en uno de los viajes que hice a Italia. Siempre fui el tipo de chico rodeado de empleados y nunca tuve que esforzarme por preparar nada en la cocina. Ni siquiera sabía encender una estufa.

Y ese había sido uno de mis proyectos cuando decidí salir de mi burbuja. Además, cocinar no era más que seguir las instrucciones de la receta y no quería ser tan dependiente.

Cuando Manuela volvió con Gio en brazos, sus ojos se abrieron como platos y no pudo contener una risa.

— ¿Qué estás haciendo? — cuestionó, aún confundida. — ¿Tú... arreglaste mi cocina?

— Fue lo que pude hacer — le dije, empujando un plato con un queso caliente en su dirección, por la encimera. — ¿No haces compras?

— No tuve tiempo. ¿Desde cuándo sabes encender una estufa? — preguntó despectivamente, sentándose en el taburete alto, frente a mí, y acomodando a Gio nuevamente en la silla alta. — Pensé que los Perazzo tenían mayordomos hasta para abrir la propia puerta, para no correr el riesgo de que se les cayera la mano.

— En la mansión tenemos, pero estuve bastante tiempo alejado de ella. Lo suficiente para aprender que mi mano no se iba a caer — respondí en un tono divertido y ella se río.

— ¡Dios mío! ¿Qué le pusiste aquí? — preguntó después de morder el sándwich por primera vez, y luego lo llevó de nuevo a la boca.

Me reí, mientras ella me miraba sin entender, masticando y soltando algunos sonidos de aprobación.

Definitivamente, su humor parecía mejor ahora, como yo imaginaba.

— No está tan bueno — afirmó después de comer lo que había preparado para mí, y ella me lanzó una mirada perpleja.

Gio comenzó a dar más gritos y estirar la mano en su dirección, mirando la comida. Manuela le quitó un pedacito del pan y se lo dio en la boca y ella lo comió emocionada y luego pidió más.

— Creo que le gustó. — Manuela me miró y sonrió.

— Puedo hacer algunas cosas para que coma, mi brócoli definitivamente queda mejor que ese — comenté, como si me estuviera jactando, y ella levantó una de las cejas.

— ¿Sabes hacer otras cosas además de eso? — La pesada parecía incrédula.

— Muchas otras cosas. — Ella se río, claramente encontrando toda la situación divertida.

— ¿Ves, Gio? — Se giró hacia la niña sonriendo, dándole otro pedazo de pan en la boca. — Tu papá sabe cocinar.

No sé si lo dijo sin pensar, porque pareció un poco fuera de lugar, por la manera en que se movió en el taburete.

Todavía era extraño verla hablando de esa forma tan natural sobre ese tema, considerando que solo habíamos peleado desde entonces y Manuela siempre usaba expresiones como "mi hija".

Aún no le había dicho a Giovanna que yo era su padre, al menos no en mi presencia.

No sabía si ella entendía el significado de esa palabra, pero ciertamente para mí significaba mucho.



Siento como si el hielo se estuviera derritiendo lentamente.
...
Aquí viene el sol
Y yo digo
Todo está bien
:: Here Comes The Sun - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Era extraño estar en medio de mi cocina con Dante y Gio. Eran tan iguales y verlos uno al lado del otro, de cierta manera, parecía increíblemente correcto.

Me sentía una completa idiota.

No tenía sentido seguir privando a mi hija de tener una vida con la presencia de su padre. No era justo para ninguno de los dos. No podía seguir complicando las cosas.

Dante estaba tan perdido, sin tener la mínima idea de qué hacer, y Giovanna parecía fascinada por él, en cada una de sus acciones. De alguna manera, mi hija parecía saber que había una conexión entre ellos, incluso si nunca habían convivido uno con el otro.

Nos sentamos en el sofá y la puse en la alfombra, riendo al verla arrastrarse detrás de los juguetes.

— Necesitamos definir algunas cosas, ¿verdad? — pregunté cuando Gio ya parecía entretenida con un juego de encajar formas.

— Correcto. — Él parecía un poco aprensivo.

— Ok. ¿Cuándo piensas mudarte?

— La casa es tuya, cuando sea mejor para ti — respondió, volviendo la atención a la alfombra y sonriendo levemente cuando Gio le mostró un osito.

— Para mí no importa si es mañana o después... — comenté, notando que sus ojos se abrían un poco.

Su postura de sorpresa no duró mucho, porque se aclaró la garganta y miró sus manos, tratando de sonar serio. Todo parecía "burocrático" en exceso y sabía que sería así. No teníamos una buena relación, no esperaba que las cosas fueran fáciles.

— Puedo venir mañana. Es sábado, creo que sería más fácil...

El silencio incómodo se alargó entre nosotros en el instante en que nos miramos. Dante me observaba con atención, los ojos fijos en mí, como si esperara un indicio.

Quizás él estaba esperando que yo dijera que nos habíamos precipitado, que esa idea era un absurdo descomunal.

— Ok... Bueno, puedes quedarte en la habitación de huéspedes — afirmó, viéndolo tragar en seco. — Te la muestro antes de que te vayas.

— No quiero que alteres nada en su rutina o en la tuya, Manuela. Ah, y transferí una cantidad a tu cuenta...

— ¿Tú qué? — indagué, perpleja.

Mi voz aguda llamó la atención de Giovanna y ella dio un grito, moviendo los brazos en el aire. Le sonreí, y en el momento en que la bebé se distrajo, fruncí el ceño y lo miré, irritada.

— ¿Para qué hiciste eso?

— Me voy a mudar, ¿no? No voy a vivir a tu costa, Manuela... Además, Giovanna tiene gastos y...

— No necesitas haber hecho nada de eso — refunfuñó, cruzando los brazos.

Dante era multimillonario y lo sabía, pero no me sentía cómoda sabiendo que había transferido dinero a mi cuenta sin siquiera hablar de cantidades. Tenía hasta miedo de abrir la aplicación de mi banco para descubrir lo que "una cantidad" significaba.

No vivía en lujo, ganaba lo suficiente para mantenerme y darle una buena vida a mi hija. Tenía plena conciencia de lo que el dinero podía hacer con las personas.

— No es discutible — advirtió y yo rodé los ojos.

— Estoy demasiado cansada para discutir esto ahora... Sobre Gio, intento mantener la mayor rutina posible con ella, el mismo horario para comer, tomar un baño, dormir — expliqué y él asintió con la cabeza, prestando atención. — Mi madre normalmente se queda con ella durante el día mientras trabaja.

— Puedo pagar a una niñera para que esté aquí — sugirió y yo moví la cabeza en señal de negación.

— Mi madre no quiere y para ser sincera, creo que prefiero que se quede en la pensión. Además, Lucca se queda con ella y eso es una buena interacción para los dos — continué hablando y Dante me miró, pareciendo frustrado. — ¿Qué pasa?

— Nada, estoy escuchando — respondió sin muchas ganas, antes de volver a mirar a la bebé, que estaba concentrada en encajar una bolita en el lugar correcto.

— Gio está a punto de cumplir 11 meses y le gusta imitar lo que hacemos y también empezará a hablar, así que necesitamos prestar atención a lo que decimos cerca de ella. Ya he intentado hacer que repita algunas palabras varias veces, pero hasta ahora nada — suspiré, triste. — Y lo principal... Conociendo bien nuestro historial, no podemos pelear frente a ella ni gritar.

— Eso va a ser un poco difícil, dado que me sacas de quicio todos los días, Manuela.

— Tú también me irritas — afirmé con un tono de voz calmado y una sonrisa bastante falsa. — Pero cuando estemos frente a ella, aunque queramos matarnos, seguiremos actuando normalmente, sin levantar nuestras voces.

Giovanna se arrastró rápidamente hacia él y trató de levantarse del suelo, tirando de la parte de su pantalón, lo que hizo que Dante

abriera una sonrisa genuina. Comprimió los labios, procesando aquella escena ante mis ojos.

— Ella hizo eso por primera vez ayer, nunca había estado de pie sola — comenté, orgullosa, apoyando la mano en el mentón. — Porque es muy inteligente, ¿no es así, mi amor?

La impresión que tuve fue que Dante una vez más no sabía cómo actuar, y entonces, Giovanna extendió las manos hacia él, haciendo que una expresión de desesperación cruzara su rostro.

Contuve las ganas de reír, comprimiendo mis labios.

— Ella quiere ir a tu regazo — avisé y él me miró con aún más pánico. — Solo tienes que recoger a la niña. Para ser sincera, no hay gran dificultad en eso.

— Tengo miedo de que se caiga al suelo — confesó, sonrojándose.

— No se va a caer al suelo — afirmó, rodando los ojos.

Dante se quedó inmóvil durante unos segundos, pero luego la cogió con mucho cuidado, colocándola en su regazo. Pasó uno de sus brazos a su alrededor, sujetándola firmemente por el tronco, y llegué a preguntarme si no iba a ahogar a la pobre. Gio se quedó un tiempo mirándolo, se acomodó en sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho, metiéndose el dedo en la boca. No pasó mucho tiempo antes de que sus ojitos se cerraran.

— ¿Qué está haciendo? — preguntó, completamente inmóvil y mirándome, ya que no tenía una vista del rostro de la niña.

— Está casi dormida — susurró, observando ahora que su mano libre sostenía uno de los dedos de él.

Apoyé la cabeza en el sofá y me quedé observándola caer en sueño, mientras Dante miraba hacia abajo, al dedo que ella estaba sosteniendo.

Y así permanecimos, en total silencio, hasta que se durmió. Un sentimiento de alivio parecía irradiarse desde mi pecho hasta mis extremidades. La parte que conocía de Dante Perazzo no era buena. Ese hombre nunca había sido un ser humano ejemplar, todo lo contrario. Así que realmente no imaginaba que tendría esa sensación de paz en su presencia, mucho menos junto a Giovanna.

— Vamos, coloquemos en la cuna — pedí, levantándome y notando que él no estaba nada entusiasmado con eso.

— ¿Quieres que camine con ella hasta la habitación? — preguntó, nervioso.

— Sí. ¿O piensas quedarte toda la noche ahí sentado con ella, babeando sobre ti?

Él parpadeó lentamente y me miró, mientras yo movía las manos para que se levantara del sofá. Quería reírme, pero reprimí la risa. Era muy gracioso verlo, sin la menor coordinación motora, sin tener ni idea de lo que hacía y mirándome desesperado.

Se levantó, apretándole contra su pecho y caminó muy despacio durante el trayecto. Se detuvo una vez más cuando llegamos frente a la cuna y se dio cuenta de que tendría que ponerla allí. Solté una risa y lo ayudé a acomodar a Giovanna, notando que un suspiro de alivio escapó de su boca cuando la cubrí con la manta.

— Esto fue más difícil de lo que pensaba — confesó, pasándose una mano por el cabello.

— Te acostumbrarás — afirmó, sonriendo de lado, dejando que la frase resonara en mi cabeza hasta que se asentara.

Él me siguió cuando salí de la habitación y caminé por el pasillo, abriendo la puerta del cuarto de huéspedes que normalmente usaba como escritorio.

— Bueno, puedes quedarte aquí.

Dante pasó la vista por la habitación con una expresión indescifrable, pero estaba segura de que estaba horrorizado por la falta de espacio.

— Piensa que es temporal, pronto volverás al palacio en el que probablemente vives.

— No vivo en un palacio — replicó, revolviendo los ojos.

— Ahn... Entonces, si quieres cambiar cualquier cosa de lugar, no hay problema — avisé, viéndolo distraído, observando la habitación.

Dante asintió.

— No sé si hay mucho que pueda hacer aquí — suspiró, frustrado, mirando el viejo escritorio de madera. — ¿Por qué tienes un mueble del siglo pasado?

Crucé los brazos, irritada.

— ¡Es *vintage*! Y ha sido restaurado...

— ¡Dios mío, ¿por quién? — Me miró horrorizado. — Deberías pedir tu dinero de vuelta y...

— ¡Por mí, idiota! — vociferé en voz baja y él comprimió los labios, pero no pudo contenerse y estalló en carcajadas. — Qué ridículo eres.

Dejé que se quedara riéndose solo en la puerta de la habitación y fui caminando hacia la sala, pero Dante me siguió, cesando las risas. ¿Quién se creía para burlarse de mi mueble? Había hecho exactamente todo lo que había visto en los videos y, para ser sincera, se parecía mucho a lo que veía en los programas de reforma.

— Espera...

— No hables de mi escritorio — avisé, señalándole con el dedo cerca de su pecho y él abrió los ojos, pareciendo divertido.

— Bien... Me voy y mañana por la mañana traigo mis cosas — dijo, caminando hacia la puerta.

Aún estaba molesta. Tendría que soportar al idiota en mi casa y, como si eso no fuera suficiente, se estaba burlando del escritorio que me había llevado dos meses restaurar. Cuando me di cuenta de que se estaba despidiendo, le pedí que esperara y fui hasta mi bolso.

— Tengo una llave para ti — dije, acercándome a la puerta y entregándome, notando que estaba atada a un llavero en forma de corazón. — Puedes quitar el llavero si quieres.

— Gracias. Buenas noches.

— Buenas noches... — Hice una pausa, sosteniendo la puerta mientras lo observaba caminar por el pasillo de mi piso. — Ah, y gracias por el sándwich.

— No hay problema — respondió, mirándome durante unos segundos y luego entró en el ascensor.

Toda esa situación era frustrante. Estábamos irritados el uno con el otro y además tendríamos que vivir en el mismo espacio. Y como si no fuera suficiente, aún trabajábamos juntos y ni siquiera podíamos ignorarnos, por culpa de Giovanna.

No tenía idea de cómo sería esa convivencia, pero a partir de mañana, eso se convertiría en mi nueva realidad.

Maldita sea, realmente era una desafortunada de mierda.



Así navegamos hacia el sol
Hasta que encontremos el mar verde
Y vivimos bajo las olas
En nuestro submarino amarillo
:: Yellow Submarine - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Él tocó la puerta cuando llegó al día siguiente, por la tarde. Esa imagen de Dante Perazzo con sus maletas frente a mi casa me dio un escalofrío por el cuerpo.

— Te di una llave ayer — recuerdo, mientras le daba espacio para que pasara.

— Aún estoy tratando de acostumbrarme a eso, María Manuela.

— Manuela — le pedí. — Deja de llamarme por mis dos nombres, eso es irritante.

— Es tu nombre.

Rodé los ojos y él sonrió con una sonrisa falsa.

Giovanna lo vio y salió corriendo de la alfombra hacia sus pies. Intentó levantarse, pero cayó de espaldas al suelo y comenzó a

llorar. Dante me miró con los ojos abiertos como platos y, en el mismo instante, se agachó, angustiado.

— ¡Dios mío! ¡Se cayó! ¡Dios mío, Dios mío!

Solté una risa y me senté en el suelo a su lado.

— No fue nada, mi amor, no se hizo daño — le hablé a mi hija en un tono calmado mientras ella gritaba aún más con los ojos húmedos y haciendo pucheros. — Shhh, no fue nada.

— Debe haberse hecho daño, Manuela, ¡por Dios! — Comenzó a examinar las piernas y los brazos, preocupado.

— No se hizo daño — afirmó y Giovanna comenzó a llorar aún más fuerte. — Solo fue un susto, Gio.

— ¿SUSTO? — La voz de Dante salió aguda. — ¡Se cayó!

La tomé en mis brazos y pronto el llanto comenzó a cesar, pero ella seguía sollozando con los ojos húmedos, frotándose mientras daba algunos suspiros dramáticos.

— A veces llora solo porque se asusta, no necesitas hacer un drama — expliqué, riendo, al ver que su expresión se suavizaba. — ¿Necesitas algo?

— No... Voy a organizar las cosas en la habitación — avisó, cargando las maletas por el pasillo. — Avísame si necesitas ayuda con ella.

Afirmé con la cabeza y él se encerró en la habitación. Algunos minutos después, Gio se quedó dormida, lo que fue suficiente para que pudiera relajarme un poco tomando una ducha caliente. Me puse un vestido suelto, me sequé el cabello y cuando fui a la sala, los dos estaban jugando en el suelo.

— Cuando fui al cuarto, ella estaba de pie en la cuna queriendo jugar — se justificó al verme apoyada en la pared, observándose.

Dante estaba sentado con las piernas cruzadas, vestido con una camiseta blanca de manga larga y un pantalón de jeans.

— Huele mal — susurró, señalando a la niña y haciendo una mueca.

— Sería mucho mejor si siempre estuvieran limpios y con pañal limpio, ¿no? — pregunté en un tono sarcástico.

La tomé en brazos, fui hacia el cuarto y Dante vino caminando detrás de mí.

— Mierda, ¿cómo puede algo tan pequeño hacer un desastre tan grande? — indagó al sentir el olor cuando abrí el pañal para cambiar a Gio.

Solté una risa alta mientras recogía los productos para cambiarla. Le expliqué el procedimiento y cómo se cambia un pañal. Dante observaba todo con una mirada confusa y al mismo tiempo curiosa.

— ¡Finalmente, limpia de nuevo! — celebré en un tono animado, soplando su pancita y ella comenzó a reírse.

Escuché golpes en la puerta y le pedí que sostuviera a Giovanna. Dante asintió con la cabeza y la envolvió en sus brazos, pareciendo un poco más cómodo con eso que la noche anterior.

Bueno, ella no estaba siendo aplastada contra su pecho ahora.

— Dios mío, olvidé por completo que venían hoy — dije, sorprendida al ver a Julia, Guilherme, Lucca y Adriano parados afuera.

— No puedo creer que olvidaste nuestra noche de juegos. Solías ser mejor, Manu — sonrió Adriano, dándome un beso en la mejilla y todos hicieron lo mismo.

Dante apareció en el pasillo con la bebé en brazos y la expresión de los tres fue la misma, es decir, estaban perplejos con esa escena.

— No sabía que ya te habías mudado — comentó Julia, acercándose a él y pellizcando la mejilla de mi hija.

— Llegué hoy.

Adriano tenía una expresión seria, los brazos cruzados y no lo saludó. Sabía que eso iba a pasar en el momento en que acepté que Dante entra en mi vida.

— Siempre nos reunimos aquí para jugar — le expliqué.

— Y beber, ¡por supuesto! — recordó mi amiga, riendo y levantando la botella de vino en alto.

— Parece que ahora al menos sabes sostenerla bien, Dante — constató Guilherme, riendo.

Caminó en su dirección con Lucca en brazos y le acarició la cabeza a su ahijada.

— Sí, pero creo que es mejor poner a los dos en el suelo — concluyó al darse cuenta de que Gio prácticamente se estaba lanzando hacia Lucca, queriendo jugar.

— ¿Él va a quedarse aquí? — Adriano me llevó a un rincón.

— ¿Qué quieres que haga, Adriano? Ahora él vive aquí — recuerdo y él bufó, cruzando los brazos.

— Podría al menos no ser incómodo y encerrarse en la habitación — murmuró.

— Por favor, no hagas esto más difícil.

— Traje un regalo para Giovanna — dijo, cambiando de tema.

Abrí una sonrisa feliz en respuesta. Estaba contenta de que él se esforzará por tener una mejor relación con mi hija. Necesitaba eso, necesitaba que mi vida no fuera un completo caos.

— Entrégaselo, sabes que le encanta abrir envolturas — lo animé y él se acercó a la niña.

— Gio, ¿quieres abrirlo? — preguntó, sentándose en su regazo mientras ella rasgaba todo el papel, agitada y dando gritos de emoción.

Lucca también estaba apoyado en Adriano, moviendo su cuerpecito, queriendo ver qué hacían los dos. Por otro lado, Dante estaba de pie, con los brazos cruzados y una expresión seria, observando todo, al lado de Guilherme.

— ¿Cómo van las cosas? ¿Ya se han acostado en alguna parte de la casa? — preguntó Julia en voz baja, ahogando una risa y entregándome una copa de vino.

— ¡Cállate, Julia! Eso no va a pasar, ya te lo dije — repliqué, frunciendo el ceño y ella se encogió de hombros.

— No le doy ni un mes para que eso vuelva a ocurrir — afirmó en un tono divertido y le di un golpe en el brazo.

— ¿Un mes? ¿No tengo ninguna credibilidad para ti? — pregunté, boquiabierta.

— ¿Sinceramente? No. — Y soltó una carcajada.

— Increíble.

— ¡Gio, al menos finge que te gusta ese bicho horrible que te dio tu tío Adriano! — bromeó Julia al ver que la niña miraba el peluche sin mucho entusiasmo.

Dante ahogó una risa disimuladamente.

— ¡Deja de ser molesta, Julia! — le dije, acercándome a los dos. — ¡Qué lindo, amor! ¿Te gustó? — pregunté, sonriendo y ella hizo lo mismo, mostrando sus dientecitos inferiores y babando un poco.

Y en ese momento, me derretí, asombrada de lo linda que era mi hija.



Dante Perazzo

Estuve un tiempo observando mientras Adriano interactuaba con Giovanna, y eso me irritaba bastante. No me gustaba saber que él tenía más intimidad con mi hija que yo mismo. Era difícil contener mis sentimientos de rabia hacia Manuela en esas situaciones. A pesar de que intentaba no entrar en conflictos, ciertas actitudes me recordaban que no estaba presente en la vida de la niña porque ella había elegido así.

Gio tenía una conexión más fuerte con Adriano porque Manuela había ocultado su existencia de mí. Y por eso mismo, ni siquiera sabía cómo actuar cerca de mi hija. Sus hábitos y rutinas no me incluían, porque Manuela quiso que fuera así.

¿Cómo era posible que no sintiera rabia? ¿De qué manera podría superar todo eso? Y al mismo tiempo, entendía que necesitaba de alguna forma lidiar con el sentimiento de odio; de lo contrario, sería imposible que viviéramos bajo el mismo techo.

¿Pero cómo?

— ¿Hablasteis? Manu parece más tranquilo — comentó Guilherme en voz baja a mi lado.

— Sí, hablamos ayer, pero todavía no sé cómo manejar todo esto, mucho menos con ella.

— Manu solo está confundida y preocupada. Intenta no dejar que tu ira y su miedo dominen toda la situación. De lo contrario, acabaréis discutiendo sin parar — advirtió.

— Es difícil.

— Como si tú fueras un unicornio, ¿verdad, Dante? — dijo con sarcasmo, y yo puse los ojos en blanco.

— Dante, ¿vas a jugar con nosotros? — Julia apareció a nuestro lado, animada, y su hermano le lanzó una mirada de odio.

No sabía qué era más absurdo... La pregunta o quién la había hecho. Julia era una Lacerda; no tenía sentido que me tratara con el mínimo de cordialidad. Sin embargo, eso me desestabilizó un poco.

— No, estoy tranquilo — respondí.

— Entonces, puedes cuidar de los niños — afirmó, riendo, y yo levanté las cejas, un poco sorprendido con la sugerencia.

— ¡Julia! No es necesario... Los pondremos en el parque, como siempre. — Manuela se levantó y vino hacia nosotros.

— No hay problema, puedo quedarme leyendo en el sofá mientras ellos juegan y si pasa algo, os llamo.

— No es necesario — murmuró.

— No me importa — dije, al final.

Ella agradeció, montó el parque y puso algunos juguetes para entretener a los dos mientras yo buscaba mi libro y mis gafas de lectura. Manuela se levantó, jadeando, cuando volví y sopló un mechón de cabello que se había escapado hacia sus ojos.

— ¿Usas gafas? — preguntó, pareciendo sorprendida en cuanto me las puse.

— Rara vez. Solo cuando leo por la noche.

Su mirada se mantuvo fija en mí durante unos segundos, y ella entreabrió un poco los labios, pero los cerró de inmediato, sonriendo de manera discreta.

— ¿Algún problema? — arqueé una de las cejas.

— Ninguno — afirmó, moviéndose y tropezando con uno de los juguetes.

Solté una risa cuando perdió el equilibrio, pero comprimió los labios en cuanto recibí una mirada de odio. Caminó hacia la mesa del comedor donde estaban sus amigos, y comenzaron a jugar mientras bebían vino.

Empecé a leer mi libro en el sofá y rechacé las cuatro copas que Julia ofreció durante ese tiempo. Aún me parecía extraño que ella estuviera siendo amable y, para ser sincero, esa madurez me incomodaba un poco. Me hacía sentir como un idiota.

No tenía mucho sentido.

Además de todos los problemas entre nuestras familias, había convertido la vida de Guilherme, Adriano y Manuela en un infierno en aquellos campamentos de Derecho y en los Juegos Jurídicos. No es que estuviera orgulloso de eso; fui un idiota durante la mayor parte de mi vida. Y ella lo sabía, todo el mundo lo sabía. Entonces, ¿por qué Julia Lacerda estaba actuando de esa forma? ¿O acaso lo estaba haciendo de manera irónica, burlándose de mí por dentro?

Por el lugar donde estaba sentado, era posible tener una vista directa de la mesa. Adriano estaba al lado de Manuela y era ridículo cómo, incluso después de tantos años, todavía la miraba de la misma manera que cuando salían. No sabía qué había pasado entre ellos, pero era obvio que el idiota tenía sentimientos por ella.

Después de un tiempo, me di cuenta de que ella estaba más suelta, riendo más alto y más animada, y eso me recordó la noche en que estuvimos juntos en la fiesta de monitores.

— ¡No es justo! ¡Adriano está robando! — gritó Manuela, molesta, y luego se río, hundiendo su rostro en el brazo del idiota.

Él deslizó el dedo por su mano disimuladamente y yo estallé la boca involuntariamente. Dios mío, qué patético.

— Manu, no puedes decir que estoy robando cada vez que comienzas a perder — dijo, mirándola deslumbrada, como si fuera un perro mirando un horno de pollo de la panadería.

— Manu, ¿sabes a quién encontré ayer? — preguntó Guilherme, moviendo el tablero, y ella sacudió la cabeza negativamente. — Fabrizzio Medeiros. Preguntó si estabas soltera.

Fabrizzio Medeiros era el abogado de mi equipo y había sido su compañero en la facultad. ¿Acaso había estado con Manuela? No tenía mucho sentido, dado que ella había estado saliendo durante todo el curso.

— ¡Sí, lo está! — gritó Julia y su hermano frunció el ceño.

— ¡No! Dile que me casé y que me mudé a otro país — pidió, riendo.

— ¿Pero por qué? — Su amiga parecía inconforme. — ¡Es un bombón!

— Él la coqueteaba incluso cuando salíamos — comentó Adriano, enfadado.

— Eso no es razón para que ella quiera que yo diga eso. — Guilherme entrecerró los ojos en su dirección, y Manuela se dejó caer en la silla en señal de rendición. — ¡Vamos, puedes contar!

Adriano se movió, incómodo, arrugando un poco las cartas que tenía en la mano.

— Pocos meses después de que quedé soltera, él me envió un mensaje y yo había bebido unas copas de whisky — comenzó a contar, un poco avergonzada. — En resumen, pedí un... Ahn, un *nude*. ¡Y ni siquiera sé la razón!

— ¿Y qué si ya viste su pene? — preguntó Julia, confundida.

— No, no vi nada. Él me había mandado un mensaje para hablar sobre la reunión que tendría lugar al día siguiente, porque iba a acompañar a un cliente que quería hacer una donación a la ONG. ¡Quería discutir trabajo y yo pedí una foto de su pene!

Contuve las risas, fingiendo no escuchar su conversación, y tuve que esconder mi cara detrás del libro para no delatarme. Por suerte, las carcajadas de sus amigos desviaron la atención de las mías.

— ¡Fue vergonzoso! Después de la reunión, le pedí disculpas y lo bloqueé.

— Ok, muy gracioso, ¿podemos cambiar de tema? — intervino Adriano, molesto.

— ¡Podemos! Entonces, olvida a Fabrizzio. ¡Vamos a celebrar que Manuela va a salir con Marlon de nuevo! ¡Un brindis por eso! —

gritó, animada, levantando la copa sola, mientras su amiga la miraba con rabia.

Levanté los ojos y su rostro estaba sonrojado.

— ¿Estás yendo a citas? — Adriano parecía sorprendido, y ella miró rápidamente en mi dirección y desvió la mirada.

— He tenido algunas...

— ¿Algunas? — Su voz sonó un poco aguda y su hermana se levantó sigilosamente, dirigiéndose a la cocina.

— Sí, Adriano, algunas. ¿Cuál es el problema? — respondió, un poco más brusca, y él murmuró algo que no pude escuchar.

— Voy a buscar la pizza — avisó Guilherme, claramente queriendo salir de allí.

Lucca comenzó a gritar "mamá" y Julia se acercó a él, agachándose para interactuar. En ese momento, Gio se arrastró hacia ella y tomó su mano.

— Hoy están tan tranquilos — comentó, riendo y haciendo algunos ruiditos con la boca para las niñas.

— Aparentemente, sí...

— Normalmente, tenemos que detener el juego varias veces porque se ponen a gritar, queriendo estar con nosotros.

— ¿Julia? — la llamé y ella levantó la vista en mi dirección. — ¿Por qué estás siendo amable conmigo?

Ella suspiró, colocando el cabello detrás de la oreja.

— Creo que tú y Manu no necesitan más personas interfiriendo en su relación — confesó, pareciendo sincera. — Soy más flexible que mi amiga, pero no puedo decir lo mismo de mis hermanos y el resto de mi familia. Guilherme me hace ver las cosas de otra manera, así que decidí dejar el pasado donde debe estar, después de todo, tú eres el padre de mi ahijada. No soy fan de tu familia y sabes bien porqué, pero ¿cuál sería el sentido de entrar en conflictos por eso? ¿Y qué ganaría siendo una idiota contigo? Lo que pasó, ya pasó, nada va a cambiar.

— Sí, en este momento tampoco soy una gran fan de mi familia. De todas maneras, gracias por eso.

Ella sonrió, asintiendo con la cabeza. Era extraño tener ese tipo de apoyo de dos personas que nunca imaginé. Tanto ella como su

esposo estaban abiertos conmigo y, de alguna manera, eso era reconfortante.

— ¿Vamos a comer, Lucca? ¿Vamos, Gio? — Manuela apareció justo detrás.

— Yo te ayudo... — comencé a hablar, pero ella me interrumpió.

— No hace falta, en serio. Puedes seguir leyendo. — Sonrió, cogió a Giovanna y se dirigió a la cocina seguida de su amiga y su hermano.

Después de colocar a Lucca en la silla de Gio, ella fue a calentar algo en la estufa. El idiota de Adriano insistió en que le diera a mi hija y la tomó en brazos.

Respiré hondo, intentando concentrarme en el libro.

Era una escena ridícula de observar.

Después de unos minutos, colocó a Giovanna en la mesa, de espaldas a mí, y le entregó un biberón que ella sostenía firmemente con sus manitas. Adriano me miró desde detrás de la mesa, irritado, y volvió a mirar a Manuela con esa expresión idiota, casi babeando.

No pasó mucho tiempo antes de que Guilherme llegará cargando cajas de pizza y pronto cambiaron de lugar con su esposa para alimentar al niño.

— Come, Manu. Yo me quedo con ella — sugirió el imbécil de Adriano.

— Adriano, lo que más hago es comer con Gio en brazos — recordó, riendo, antes de girarse hacia mí. — Dante, ven a comer también.

— Joder, es tan extraño verlos interactuando "pacíficamente". — Guilherme soltó una risa, haciendo las comillas en el aire.

— Soy muy pacífica — se burló ella, tomando un pedazo de pizza.

— ¿Desde cuándo, María Manuela? — estreché los ojos y ella chasqueó la boca.

— Una duda... — comenzó a decir Julia, divertida. — ¿Cuándo tuvieron relaciones tú la llamabas María Manuela? Pensándolo bien... Dependiendo del tono, me parece algo sexy...

— ¡Julia! — Manuela reprendió a su amiga, completamente avergonzada, y yo me rasqué la cabeza, riéndome.

Adriano estaba más rojo de lo normal, escupiendo fuego por los ojos, y Guilherme claramente estaba avergonzado por lo que dijo su mujer.

— ¿Qué pasó? Es solo curiosidad. — Ella se encogió de hombros. — Vamos a probar esto, Guilherme Henrique — advirtió en un tono provocador, dándole un beso rápido en la boca.

— ¡Julia, por el amor de Dios! — se quejó el idiota, haciendo una mueca, como si estuviera a punto de vomitar.

— ¿Será por eso que pediste que dejara de llamarte así? — insinué, y Manuela puso los ojos en blanco.

— Tiene sentido... — comentó Julia, distraída, riendo aún más.

— ¡Basta! — pidió, dejando la pizza en el plato y cortando el aire. — ¡Y tú dejas de alimentar al idiota de Dante, Julia!

— Pero, gente, somos adultos, todo el mundo sabe lo que ustedes dos hicieron, ¡hay una prueba bien aquí! — Y apuntó hacia Gio.

— Se acabó, no vas a beber más. ¡Estás castigada! — resopló, tomando el vaso de su amiga y vaciando completamente la copa.

Y después de unos segundos, las dos estallaron en carcajadas, casi cayéndose al suelo.

— Voy al baño — avisó Adriano en un tono seco mientras pasaba junto a ellas.

— Ignora a Julia, a veces no tiene ningún filtro, especialmente cuando bebe — pidió Guilherme al acercarse a mí con la caja de pizza.

— No hay problema... Ella es graciosa — respondí.

Durante el resto de la noche, el ambiente se volvió ligeramente incómodo porque Adriano permaneció malhumorado todo el tiempo. Los niños se durmieron poco después de tomar el biberón y se fueron cargando a Lucca en brazos, completamente apagado. Me puse un pantalón más cómodo y pasé un tiempo en la habitación, observando a Giovanna dormir. Noté que las luces de la cocina aún estaban encendidas y cuando fui allí, vi que Manuela estaba sentada sobre la isla.

Sus piernas estaban entreabiertas y el vestido había subido un poco, dejando sus muslos al descubierto. Sostenía un tarro de helado en una mano y llevaba la cuchara a la boca, distraída, moviendo los pies. Claramente, todavía estaba bajo los efectos del alcohol, parecía demasiado dócil.

— Está dormida — comenté, apoyando mi cuerpo en la otra encimera frente a ella.

— Gracias a Dios — dijo, entre risas. — ¿Helado?

— No, gracias.

— Es muy extraño, que vivas aquí — comentó, de forma aleatoria.

— Lo sé.

Llevó la cuchara a la boca, lamiéndole casi en cámara lenta, atrayendo toda mi atención. Luego, pasó la lengua por sus labios despacio, antes de mirar el tarro y sonreír para sí misma, como si hubiera pensado en algo gracioso.

— Y es aún más extraño, verte con pantalones de franela. — Contuvo una risa, sus mejillas adquiriendo un tono rojizo.

— ¿Qué tiene de malo mi pantalón? — levanté una ceja.

Manuela se quedó un tiempo mirando el envase vacío y lo dejó de lado, haciendo un puchero. Luego, su mirada vagó por la cocina hasta que se fijó en mí. Me miró de arriba a abajo, mordiendo el labio inferior. Tragó en seco, pensando en lo increíblemente sexy que se veía cuando mordía su boca de esa forma.

Mi corazón se aceleró un poco en el momento en que ella saltó del mostrador, acercándose a mí. Manuela me miró en silencio, casi como si estuviera analizando, tratando de escabullirse por mi cabeza para leerme.

— Nada, es solo extraño, verte como una persona normal... — Sus ojos estaban fijos en los míos y permanecieron así por unos segundos más.

Manuela caminó hasta el pasillo que dividía la sala de la cocina y yo giré para verla a través de la abertura del mostrador. Entonces, se volvió hacia mí y una sonrisita burlona creció en sus labios.

— ¿Sabes, Dante?... Es realmente una ironía del destino que nos odiemos, ya que follamos tan bien.

Soltó una risita y salió, dejándome parado en la cocina sin ninguna reacción. Sí, María Manuela Guerra era realmente impredecible.



Ella es como un arco iris
Coloreando el aire
Ah, en todas partes
Ella llega coloreando
:: She's A Rainbow – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Me desperté muy temprano a la mañana siguiente porque escuché el sonido de algún metal cayendo al suelo y cuando fui en dirección a la cocina, ella estaba detrás de la barra, con varias ollas en la estufa, completamente enredada y sucia de harina.

Manuela llevaba unos pantalones de chándal y una blusa negra ajustada, pegada al cuerpo, y su cabello estaba recogido en la parte superior de la cabeza en una coleta alta.

— Buenos días — dije, apoyando los codos en la barra y luego revisé mi reloj, dándome cuenta de que todavía eran las seis y media de la mañana. — O buena madrugada.

— Buenos días — murmuró sin siquiera mirarme.

— ¿Qué estás haciendo?

— La comida de Gio para la semana.

Mis ojos vagaron sobre el desorden y pasé la mano por mi rostro, pensando en cómo alguien podía hacer tanto lío cocinando. Entonces vi algo moverse detrás de ella y agarré una de las ollas vacías que estaba frente a su cara.

— No te muevas — pedí, caminando lentamente hacia lo que parecía ser la cola de algún bicho.

¿Cómo había entrado esa cosa en el apartamento? ¿Sería una zarigüeya o algo así?

Manuela me miró y siguió mi mirada hasta la cortina de la ventana, colocándose en frente.

— ¿Estás loco? — preguntó, poniendo la mano adelante cuando hice gesto de avanzar hacia el animal.

Entonces, un gato negro saltó a la barra y luego al suelo. Se acercó lentamente y se frotó contra mi pierna.

— ¿Ibas a matar a mi gato? — Parecía horrorizada.

— ¿Tienes un gato? — pregunté, confundido, alejándome del animal.

En ningún momento ella había mencionado absolutamente nada sobre tener una mascota.

— ¡Sí! La adopté hace unos años. Su nombre es Ringo. — Ella rodó los ojos y volvió a mover las cosas en la estufa.

— ¿Ringo? No puedo creer que le pusiste el nombre de uno de los Beatles a tu gato. — Hice una mueca.

— Sí, lo hice, porque él es simplemente el mejor baterista que existe — respondió, llena de orgullo, y yo solté una risa burlona.

— Sigue pensando eso... Nunca va a llegar a los pies de Charlie Watts. — Ella abrió la boca para contradecirme, pero continué: — No mencionaste un gato cuando hablamos sobre la mudanza.

No era fanático de los gatos, y mucho menos de uno con el nombre de un integrante de una banda sobrevalorada.

— Casi no está aquí, Dante. Ni te vas a dar cuenta de su presencia. El travieso prefiere quedarse en casa de la vecina de al lado, a veces pasa allá una semana — murmuró. — Creo que la mayor parte del tiempo que estuve aquí fue cuando estaba embarazada... — comentó, pensativa. — No se separaba de mí.

— Ese gato es raro — sentencié en el momento en que él subió a la barra y trató de frotarse contra mí, ronroneando.

— Espero que tus vacaciones de una semana hayan sido productivas, ingrato — le dijo a él, tomando un recipiente y colocando un sobre con comida húmeda que olía a pescado.

Lo acarició durante un tiempo, pero el gato estaba más preocupado en comer esa mezcla apestosa.

Manuela volvió a mover la comida rápidamente, que ya estaba quemándose por el olor que comenzaba a llenar la cocina.

— ¿Puedo? — pregunté, acercándome a ella y mirando el desorden que estaba haciendo.

Ella bufó y se apartó, dándome espacio. Cruzó los brazos y empecé a organizar las cosas, mientras ella me observaba, curiosa.

Tomé las especias que encontré en la despensa y las coloqué sobre el fregadero, organizándolas una al lado de la otra.

— No puedo creer que básicamente le haga la comida a ella con agua y sal. Pobre Giovanna — dije, sacudiendo la cabeza.

— Soy pésima cocinando, prefiero no arriesgarme — explicó, pareciendo avergonzada.

— Es tan gratificante escuchar eso — respondí en un tono irónico.

— ¿Qué?

— Tú asumiendo que eres pésima en algo.

Ella se bufó.

— ¡No sé si puede comer esto! — comentó cuando me vio echando un poco de cúrcuma a las verduras.

— Puede. De hecho, puede comer la mayoría de estas especias. — Ella me miró escéptica y chasqueé la boca. — Lo he leído, no estoy inventando, Manuela.

Ella inclinaba la cabeza, analizando todo lo que hacía y de vez en cuando daba alguna opinión, preguntando si no sería mejor hacer las cosas de otra manera, lo que me hacía rodar los ojos cada vez. Era increíble cómo quería entrometerse incluso en asuntos sobre los que claramente no tenía conocimiento.

— Al final, ¿dónde aprendiste a cocinar? Eso no tiene sentido — dije, un tiempo después.

— Hice algunos cursos — respondí, distraído, mientras sazonaba un puré de calabaza.

— ¿Cursos? ¿Dónde? — Se estiró, casi metiendo la cara en la olla para oler la receta.

— Cuando fui a Italia... Creo que hay poca cantidad de comida aquí para una semana — comenté, observando las porciones.

— Ella almuerza en la pensión con mi madre, nunca me deja llevar comida.

— ¿Y eso será por qué? — pregunté con desdén y recibí una mirada de reproche.

— ¿Cilantro en el puré de calabaza? — Hizo una mueca y respiré hondo, tomando una cuchara y ofreciéndose para que probara.

¡Qué pesada!

— ¡Vaya, esto es... muy bueno! — confesó, sorprendida.

Volvió con la cuchara para servir un poco más, así que le di un leve golpe en la mano, haciéndola mirarme perpleja.

— ¡Eh!

— No vas a meter la misma cuchara aquí dentro, María Manuela. Toma una nueva — advertí, haciendo que frunciera el ceño.

— ¡Eres tan molesto!

Gio comenzó a llorar y ella fue hasta la habitación y volvió unos minutos después con ella en brazos, colocándola en su silla alta. Calienta el biberón y no pasó mucho tiempo antes de que ella lo vaciara todo. Luego, Manuela cortó algunos trozos de plátano y los puso en un platito, recibiendo gritos de felicidad a cambio.

Era muy divertido verla comer, porque hacía un gran lío, ensuciando toda su cara y riéndose sola. Manuela estaba apoyada con la mano en la barbilla, mirando a la niña con adoración, disfrutando de los ruiditos que hacía.

El gato observaba desde lejos a las dos, al otro lado de la barra. Giovanna se dio cuenta de que el animal estaba allí cuando maulló y empezó a gritar en su dirección, estirando las manos, queriendo cogerlo.

— ¿Ves quién volvió, Gio? — Sonrió, abriendo y cerrando las manitas.

Manuela puso a ambos en el suelo y ella comenzó a gatear por la cocina detrás del animal, dando algunas vueltas por la barra y eventualmente enredándose en mis pies.

Me puse un poco nervioso, preocupado por pisarla, y me mantuve parado en el suelo, moviéndome sólo cuando ella se alejaba.

Después de terminar de hacer las comidas, Manuela comenzó a colocar las porciones en recipientes, con etiquetas para los días de la semana, con nombres, horarios y colores de tapas diferentes.

Mi alarma sonó, anunciando que ya eran las nueve y noté un montón de mensajes de Dom que no había visto, diciendo que me buscaría en menos de media hora. Le expliqué que necesitaba arreglarme porque tenía una boda en Itaipava y mi hermano ya estaba llegando.

— Está bien. Déjame que yo termine aquí — afirmó, comenzando a arreglar las cosas en la cocina y antes de que saliera, me llamó: — Eh, Dante... gracias por esto.

Y entonces sonrió, haciendo que mi aire se evaporara.



Maria Manuela Guerra

Decidí que iría a la playa con Giovanna y almorzamos en casa de mi madre. Después de que ella durmió, volví al apartamento, hice palomitas y estuve unas horas viendo "*Irmãos a Obra*".

Empecé a trabajar alrededor de las cinco de la tarde mientras Giovanna veía "*Galinha Pintadinha*" porque aparentemente ese dibujo tenía drogas y mi hija se obsesionaba completamente, sin ni siquiera parpadear, mirando la televisión.

Escuché golpes en la puerta y cuando abrí, Dante estaba al otro lado.

— ¡Te di una llave!

— Ya te dije que me va a tomar un tiempo acostumbrarme — murmuró, pasando por mi lado.

Él miró la mesa de la sala, llena de montones de papeles y carpetas, y me miró sin entender.

— ¿Estás trabajando?

— Sí.

— Es domingo — dijo, como si eso tuviera alguna relevancia.

— ¿Y? — Me senté nuevamente en la silla y arreglé algunas cosas. — ¿La boda estuvo tan mala que ya estás de regreso?

— No, estuvo genial, pero Dom necesitaba volver temprano...

— Estás sobrio — constaté. — ¿Estás seguro de que fue bueno?

Él se río.

— Créeme, lo que más había en esa boda era bebida. El mejor amigo del novio es dueño de un bar — contó entre risas. — Bebí poco porque siempre me mareo un montón en esas curvas infernales en camino a Itaipava.

— Sí, ¡yo también! — Mi rostro se retorció y mi estómago se revolvió solo de recordarlo.

Él se río y su mirada volvió al centro de la sala.

— ¿Qué le pasó a ella? — preguntó, viendo a Giovanna sentada en el carrito, mirando hipnotizada la televisión.

— Conoce el poder de A Galinha Pintadinha. Nada le quita la atención cuando esto está pasando.

— Dudo.

— ¿Quieres apostar?

— ¿Eh, Giovanna?

Dante fue ignorado y soltó un ruido de frustración. Caminó hasta donde ella estaba y se colocó enfrente, pero todo lo que mi

hija hizo fue inclinarse de lado, intentando ver por detrás de él. Él me miró y apoyó ambas manos en la cintura, indignado, lo que me hizo reír en respuesta.

— ¿Gio? — intentó de nuevo y yo ahogué las risas, poniendo un papel frente a mí. — ¿Vamos a jugar? ¿Giovanna? ¿Hola?

Él aplaudió, movió las manos e incluso las llaves que tenía en el bolsillo, tratando por todos los medios de llamar su atención. Y la frustración aumentaba con cada frase hasta que volvió a donde yo estaba.

— Dibujo del infierno — murmuró. — ¿Ya comió?

— Creo que tendré que hacer más palomitas... — constaté al jalar el pote de palomitas hacia mí para ver si quedaba algo allí.

— ¿Vas a cenar palomitas?

— ¿Cuál es el problema? Las palomitas son una cena maravillosa.

Él bufó, pasándose la mano por el cabello. Se quitó el traje, lo puso en la silla y comenzó a doblar las mangas de su camisa. Era difícil desviar la mirada de sus brazos, pero limpié mi garganta y me forcé a concentrarme en mis papeles.

— También tengo hambre, voy a preparar algo — avisó, parado frente a mí, como si esperara alguna respuesta.

— Realmente no me voy a oponer a que cocines, no esperes eso — dije, firmando un documento.

— No lo esperaba. Deberías agradecérselo a Dios por no tener que comer tu propia comida — bromeó.

— Baja un poco ese ego... Aún prefiero comer mi comida que tenerte viviendo aquí.

— Sí, pero como no siempre tenemos suerte en la vida... — dijo con desdén y yo suspiré.

Dante fue a la cocina y volvió un tiempo después con un plato de pasta con pollo, y parpadeó porque ni siquiera recordaba tener ingredientes para hacer eso.

Le di un biberón a Giovanna y poco después devoré el plato, intentando ignorar el hecho de que el idiota se estaba riendo de la situación. Ni siquiera valía la pena mentir y decir que cocinaba mal,

porque hasta soltaba unos gemidos involuntarios entre bocado y bocado.

¿Por qué el idiota tenía que cocinar tan bien?

Mi celular sonó y era la directora de SOS Eco avisando que un barco había encallado con tres millones de litros de petróleo en la Bahía de Sepetiba. Al parecer, la prensa ya había sido notificada y el caos ya estaba comenzando, así que me necesitaban allí.

— Mierda, tengo que irme — avisé, apagando el teléfono y empezando a organizar los papeles en la mesa. — La gente de la ONG llamó y hay un problema con un barco.

— ¿Necesitas ayuda?

— No... Creo que es mejor que lo resuelva sola esta vez. — Pasé la mano por mi rostro y solté el aire. — En realidad sí, ¿puedes cuidar de Giovanna?

— ¿Vas a llevar a la niña contigo? — inquirió, perplejo.

— Claro que no, la dejaré con mi madre — expliqué, llevando mi plato a la cocina y colocándolo en el lavaplatos.

La mejor invención creada por el ser humano.

Bendita seas, Josephine Cochrane.

— ¿Con tu madre? ¿Por qué motivo?

Parpadee lentamente al ver la confusión en su rostro, mezclada con irritabilidad. Era casi como si estuviera ofendido. ¿Qué demonios quería decir eso? Estaba confundida. ¿Esperaba Dante que la dejara con él?

— Eh... No sé. ¿No tienes nada que hacer hoy?

— No.

— ¿Crees que será tranquilo quedarte con ella? ¿Solo?

Él abrió y cerró la boca, pareciendo un poco nervioso, pero luego se aclaró la garganta y cruzó los brazos.

— No veo problema en eso.

Continué mirándolo sin saber qué decir. Dante no tenía ninguna experiencia con bebés. Aún la sostenía como si fuera un saco de azúcar en algunos momentos y la apretaba bastante contra su cuerpo.

— Ella necesita cenar...

— Manuela, no puedo creer que sea difícil darle de comer a un niño.

Me dieron ganas de reír.

— Eh... Ok. Pero cualquier cosa, ve a casa de mi madre... Y en *Uber*, tu carro no tiene una silla de bebé — le recordé, comenzando a ponerme nerviosa con la avalancha de información que necesitaba pasar.

— Ya tengo otro carro y ahora tengo una silla de bebé.

Parpadeó, un poco sin reacción. ¿Cuándo había pasado eso?

— Tengo algunos — se justificó y luego pareció triste —. Ese era mi favorito, pero un McLaren, desafortunadamente, no fue diseñado para un adulto con hijos.

— Ok. Bien... Así que ten cuidado. No le quites los ojos de encima ni un segundo, Dante. En un segundo puede meterse algo en la boca, quedarse sin aire y morir. Dios mío, ¿estás seguro de esto?

Estaba sin aliento y con el corazón latiendo frenéticamente.

— Tranquila, no le voy a quitar los ojos de encima. Tuve un animal cuando era más joven y lo cuidaba muy bien y...

Entreabrir la boca, el aire congelándose en mis pulmones.

— ¡ELLA NO ES UN ANIMAL! — grité, chocada. Dante abrió los ojos de par en par y noté que Gio hizo lo mismo.

— Sé que no es, solo estoy diciendo que la cuidaré bien. Era un ejemplo... — intentó explicarse, pero soltó un gruñido.

— ¡Un animal! — empecé a repetir mientras caminaba hacia mi habitación a cambiarme. — ¡Un animal... ¡Increíble!

¿Cómo se atrevía a comparar a mi hija con un animal?

¡Eso era lo que me faltaba!



Pero está bien, soy João Bobo.
¡Y esta es la mejor parte!
:: Jumpin' Jack Flash – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Ahora la niña había dejado de concentrarse en aquella gallina azul estúpida y estaba prestando atención al berrinche que Manuela estaba haciendo, porque mencioné que cuidé muy bien del pajarito que tuve cuando era niño.

Pensé que sería más sensato omitir el hecho de que había olvidado la jaula abierta por tres segundos y él había volado y nunca volvió.

¡Ahora era un adulto responsable!

Estaba un poco ansioso por cuidar de Giovanna solo, pero sería una gran oportunidad para estrechar los lazos con ella. Aún no estaba completamente seguro de cómo cuidar a un bebé, pero necesitaba aprender, ¿verdad?

No debería ser tan difícil, había visto algunos videos en YouTube antes de dormir. Y fue genial aprendiendo las cosas en la práctica.

— Tu mamá es un poco histérica, ¿verdad, Gio? — pregunté y ella se río como si supiera de qué hablaba.

Probablemente, estaba de acuerdo conmigo.

Algunos minutos después, Manuela salió del cuarto arreglada, le dio un beso a la niña y me lanzó una mirada amenazante. Reiteró que debía ir a casa de su madre si necesitaba algo y enumeró una infinidad de instrucciones más, hablando mucho más rápido de lo normal.

— Bueno, parece que somos solo nosotros dos — comenté, dando un giro sobre mí mismo y percibiendo el silencio en el apartamento.

Ella estiró sus bracitos en mi dirección y la tomé en brazos, y fui a la cocina, colocándola en una silla alta. Tomé uno de los recipientes que estaban en el refrigerador, lo calenté como ella me había explicado, probando la temperatura en la palma de mi mano y me senté en el taburete alto frente a ella.

Todo perfecto hasta entonces. ¿Cuál era la dificultad? ¡Era increíble!

Llevé la cuchara a su boca, pero Gio comprimió los labios y movió la cabeza negativamente. Solté el aire, frustrado, y traté de repetir la acción durante unos minutos más. Antes de poder celebrar, cuando finalmente abrió la boca, Giovanna escupió todo el puré en mi cara y comenzó a reír.

Respiré hondo, agarré una servilleta y volví a intentarlo. Puse el recipiente frente a ella y automáticamente metió los dedos dentro, marchándose la cara, creyendo que eso era muy divertido.

Mierda, qué niña traviesa.

— Te gusta hacer desorden, ¿verdad? — ella dio un grito y se lamió los dedos.

Después de mucha insistencia y de ensuciar toda la mesa acoplada a la silla, comió todo el puré de calabaza con carne que estaba allí.

Por Dios, ya estaba exhausto solo con aquella mini guerra para alimentarla.

El vestidito que llevaba puesto ahora había ganado un nuevo tono: naranja, y recordé que me olvidé del maldito babero. Los dos

mechones que normalmente estaban en su cabeza ya habían desaparecido y su cabello era un auténtico lío.

Y sucio de puré.

Qué desastre.

La tomé en brazos y me senté en la alfombra con ella, entreteniéndose con los juguetes esparcidos por el suelo. El gato se acercó a nosotros y estuvo un tiempo frotando su cabeza contra mí. Intenté espantarlo en vano.

— Eres insistente — constaté, acariciándolo rápidamente detrás de la oreja y comenzó a ronronear. — Adiós, ve a jugar con Gio.

Le señalé a ella, pero el animal no me prestó mucha atención. Siguió poniendo la cabeza debajo de mi mano para que le acariciara más. Suspiré hondo, buscando un poco de paciencia mientras observaba a la niña gateando hacia mí, trayendo los peluches y balbuceando algunos sonidos indefinidos.

— Este bicho es realmente horrible — dije cuando trajo el regalo que Adriano le había dado la noche anterior. — Voy a comprar uno mejor para ti.

Ella se río, moviendo la cabecita. Esta niña definitivamente entendía lo que decía.

— Giovanna, soy tu padre, ¿ok? No es ese idiota que te dio este bicho feo — le avisé y ella sonrió nuevamente, mostrando sus dientes inferiores y apoyándose en mi brazo para levantarse. — ¿Puedes decir papá, Gio? ¡Vamos! Papá... — la animé, pero no parecía muy emocionada.

Estuve un rato más repitiendo la palabra "papá", despacio y estoy seguro de que en un momento determinado balbuceó algo como si realmente estuviera intentando decirlo.

Permanecí allí con la niña jugando y tratando de atrapar al gato hasta que un olor horrible inundó toda la sala. Necesitaba cambiarla y me había olvidado por completo de que eso podría pasar.

No podía dejarla así hasta que Manuela regresara, ni siquiera sabía a qué hora estaría en casa.

Me dirigí hacia la habitación y la coloqué sobre la mesa. Quité el pañal y contuve la respiración. Solo me di cuenta después de que

tenía que recoger las cosas para cambiar el pañal y traté de hacer malabares para alcanzarlas.

Talco, crema, toallitas húmedas. Empecé tratando de limpiar aquel desastre, pero ella movía las piernas incansablemente y yo intentaba sostenerla con una mano por miedo a que se cayera mientras con la otra intentaba pasar la toallita.

Dios mío, ¡era imposible! ¡Necesitaba un par de manos extras!

Pensé que sería más fácil meterla en la ducha, así que la sostuve por el tronco y la llevé al baño. Esperé a que el agua no estuviera ni muy fría ni muy caliente, y coloqué su trasero en dirección a los chorros de agua, tratando de darle un baño para quitar la suciedad de la cena.

Mierda, los azulejos ya estaban todos sucios de caca de bebé. Necesitaba contratar a una empleada.

Giovanna parecía estar divirtiéndose en el agua, pero yo no encontraba la menor gracia y además estaba mojando todo el suelo.

Cuando finalmente terminé, el baño estaba casi inundado.

¡Qué caos, por Dios!

Mi teléfono sonó y era Domenico. En la boda, había prometido que haría una videollamada con él para mostrarle a Giovanna. Comentó que sería mejor que hablara con Manuela primero antes de organizar un encuentro entre ellos. Sinceramente, creo que Domenico estaba un poco reacio, pero había hablado tanto de ella en el evento que casi subió al apartamento. Luego, pensó mejor y dijo que esperaría el momento adecuado.

Me llamó en el mejor momento, tal vez mi hermano pudiera ayudarme en esa misión, porque ni siquiera recordaba cuáles eran los pasos.

— ¿Qué estás haciendo?

— Intentando cambiar un pañal — me quejé, haciéndolo reír.

— ¿Dónde está Giovanna?

— Mierda, esto es muy difícil — refunfuñe y él se río. — Deberías venir aquí a ayudar y aprovechar para conocer a tu sobrina.

— Esa pela es tuya... — bromeó. — ¿Dónde está?

Coloqué el teléfono sobre su cabeza y Giovanna estiró los brazos tratando de alcanzar el aparato, riéndose.

— Hola, Giovanna — dijo mi hermano, todo cordial. — ¿Todo bien?

— No te va a responder, idiota — le recordé, girando la cámara hacia mí y frunciendo el ceño.

— ¡Déjame ver a la niña, demonios!

Suspiré y volví a poner la cámara apuntando a ella. Mostré la marca que tenía en el brazo y era igualita a la mía, colocando mi muñeca al lado para que mi hermano compara. Luego, apoyé el celular en la pared para que pudiera verme.

— Es nuestra cara — constató Dom, aun pareciendo un poco impactado.

— La mía — corregí, bromeando con él.

— ¡Somos super parecidos!

— No, soy mucho más guapo que tú.

— Sigue creyendo eso, Dante... — suspiró mi hermano, apoyando una de sus manos en la barbilla. — Es... Ahn... Una niña adorable.

Me reí y saqué una mueca. Mi hermano era bastante cariñoso cuando éramos más jóvenes, pero cuando tenía unos diecinueve años, después de que una de sus relaciones salió mal, comenzó a cerrarse al mundo. Domenico se enfocó completamente en su carrera y suprimió cualquier lado sentimental que tenía hasta extinguir. Solo lo demostraba conmigo o con nuestra madre.

— Puedes decir que es linda — le advertí.

— Ok, lo es. Yo... creo... — Limpió su garganta y pareció incómodo, levantándose del sofá. — Necesito irme.

— Espera, deberías ayudarme aquí...

— No puedo, Dan. Necesito irme. Beso.

Y lo colgó.

— Tu tío es un inútil, Gio — dije, lanzando el celular a un lado.

Ella dio una risita, abriendo y cerrando las manos. Analicé todo a mi alrededor, repasando los pasos que me había enseñado. Ok, primero era la crema, ¿cierto? ¿Y luego el talco? ¿O era al revés?

No, sería una idiotez poner el talco antes de la crema.

Abrí un video en *YouTube* y comencé a hacer exactamente lo que decían, pero me di cuenta de que el frasco del talco era diferente. En el momento en que intenté abrirlo, creo que usé demasiada fuerza, así que una ráfaga de polvo me golpeó la cara y el resto cayó al suelo, ensuciándolo todo.

Gio se río a carcajadas.

— ¿Te parece gracioso? — Ella se río aún más, moviendo las piernitas.

Respiré hondo y antes de que pudiera terminar de soltar el aire, escuché golpes en la puerta. Me limpié la cara con una toalla, agarré a Giovanna en brazos y me dirigí hacia la sala.

— Por Dios, ¿qué te pasó? — preguntó Guilherme, entrando al apartamento y riéndose al ver mi estado.

— Definitivamente, no sé cambiar pañales — afirmó.

— Para empezar, el talco es para ponerle a ella, no para que tú lo comas. — Se río y yo levanté el dedo del medio cerca de su rostro. — Vamos, te ayudaré.

Me explicó más de una vez y me mostró que debía haber girado el recipiente del talco y no intentar tirar de él.

— María Manuela, te mandó a venir aquí, ¿no? — pregunté después de un momento.

— No... — estaba mintiendo. — Solo vine a recoger una blusa para Julia.

— Corta esa, Guilherme, estoy seguro de que ella te mandó aquí. Pero está bien, estaba a punto de volverme loco después de haber olfateado tanto talco — admití, haciéndolo reír.

— Me costó entender cómo eran las cosas y a Manuela también. Julia nos explicó muchas cosas, siempre supo qué hacer — comentó con una mirada un poco distante. — ¿Necesitas algo?

— Creo que no, pero gracias por la ayuda... De verdad — dije un poco avergonzado. — Estoy intentando conectarme con ella.

— No te preocupes, Dante, las cosas saldrán bien — afirmó Guilherme en un tono solidario.

— Realmente estoy intentando... Con Manuela, quiero decir. Pero es difícil, sobre todo hablar, porque aún estoy enojado por lo que hizo — soltó.

Sabía que Guilherme no era mi amigo ni nada por el estilo, pero, aparentemente, era la única persona con la que podía hablar sobre lo que estaba sucediendo. Quiero decir, tenía a mi hermano, pero Dom no conocía bien a Manuela y tampoco era su fan. Y, bien o mal, Guilherme me había ayudado antes y la entendía mejor que nadie.

— Dante, intenta no pensar demasiado en el pasado, si te aferras a eso, será difícil la convivencia entre ustedes. De todas formas, si necesitas ayuda con esto de ser padre... — Se río. — O simplemente hablar, puedes contar conmigo. Gio es mi ahijada y quiero que sea feliz.

— Gracias. Quizás lo necesite — dije, por fin.

Y cuando se fue, tuve la impresión de que tal vez las cosas finalmente empezarán a encajar.



Oye, Jude, no empeores las cosas.
Elige una canción triste y hazla mejor.
Recuerda dejar que se introduzca bajo tu piel.
Entonces empezarás a mejorar.
:: Hey Jude - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

La noche anterior había sido estresante, pero gracias a Dios, nada había sucedido aún. Había riesgo de derrame de petróleo, pero la embarcación fue remolcada y las reparaciones ya se estaban realizando.

Llegué al apartamento casi al amanecer y me di cuenta de que Dante no estaba en la sala y mi hija tampoco estaba en la cuna. Mi corazón dio un leve acelerón, pero cuando abrí la puerta de la habitación de invitados, vi a Giovanna acostada sobre su pecho, subiendo y bajando lentamente, de acuerdo con su respiración. Ambos estaban durmiendo, claramente exhaustos, y Ringo también estaba encima de la cama, con la cabeza apoyada en una de sus piernas. Los cabellitos de ella estaban recogidos en cuatro mechones desordenados y me eché a reír por la escena.

Y a la mañana siguiente, cuando desperté, Dante ya había dejado el café en la cafetera. También había una nota sobre la encimera diciendo que me encontraría en el trabajo, porque necesitaba resolver un problema.

Noté algunas miradas cuando pasé por el salón donde estaban los demás empleados antes de llegar a mi escritorio y me pregunté si llevaba la ropa al revés o si había algo atrapado en mi cabello.

Mi celular sonó en el momento en que cerré la puerta de mi escritorio.

Gui: ¡Abre el sitio web de QueenG!

Gui: ¿Manu?

Gui: ¿Dónde estás?

Mi corazón se aceleró y corrí hacia mi computadora, escribiendo las letras temblando, imaginando ya lo que vendría. Abrí el sitio web y me quedé allí, mirando las letras que formaban el título del más reciente titular de Samuel Medici.[8].

AMOR, ODIO Y PETRÓLEO EL NUEVO SECRETO "ECOLÓGICAMENTE INCORRECTO" HEREDERO DEL PETROLIO.

Por Samuel Medici.
17 de julio de 2023.

"Comenzando el lunes de la mejor manera: con una noticia impactante que parece más un argumento de telenovela mexicana". Aparentemente, *Petrolio* no está dejando rastros solo en la Bahía de

Guanabara. El heredero de la petrolera que fue responsable de casi extinguir a los delfines rosados, hizo otra heredera que seguramente no necesitará trabajar hasta su último día de vida.

Bien sabemos que Dios tiene a sus elegidos. El curioso hecho que nadie imaginaba es que la madre de la niña no es otra que María Manuela Guerra, abogada y activista ambiental que ya ha ganado diversos premios en defensa del medio ambiente y está constantemente en enfrentamientos con la empresa.

El príncipe del petróleo, que siempre ha ostentado su fortuna generada por la explotación desenfrenada de recursos naturales, finalmente se conectó con la conciencia ambiental que siempre buscó exterminar (pero no de la manera que nosotros desearíamos). Y la ferviente abogada, que diariamente combate a los grandes nombres responsables de la destrucción de la naturaleza, literalmente durmió con el enemigo.

¡Ah, el amor es realmente impredecible! Una ironía tan agradable como el derrame de petróleo en alta mar.

¿Cómo será que las largas conversaciones sobre los mariscos en extinción evolucionaron a "Vamos a poblar la tierra un poco más"? ¿O tal vez fue un simple desliz después de una pelea que se salió de control? Yo, mejor que nadie, entendería la segunda opción.

Una de las familias más tradicionales y elitistas de Río de Janeiro, los Perazzo, siempre ha mantenido sus uniones dentro del Círculo de Oro, sin mezclarse con simples mortales como nosotros. Sin embargo, el heredero más joven rompió los paradigmas de la sociedad, eligiendo como madre de su hija a la mayor enemiga de la empresa de su padre.

¿Qué rebeldía es esta, joven?

Después de tantas reflexiones, me pregunto si Dante Perazzo invertirá en crear un parque eólico en la habitación de la niña. Y también dejo otra pregunta en el aire: ¿Acaso crecerá con un corazón dividido entre el activismo y la avaricia? Sea cual sea el desenlace, estaremos siguiendo todas las vueltas de lo que parece ser una comedia romántica bizarra escrita por alguien sin ningún sentido común."

Sentía mi cabeza pesada, pulsando sin parar. Eso solo podía ser una pesadilla. Mi sangre parecía estar hirviendo y estaba lista para explotar.

Abrí el artículo en mi celular y salí de mi escritorio pisando fuerte. Pasé por Deusa, que me miró asustada, y abrí la puerta de la sala de Dante como un huracán.

— Eres un idiota, ¿sabías? — grité, lanzando el celular sobre él. — ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué hiciste esto?

— Acabo de leer el artículo y yo no hice nada, María Manuela. ¿Estás loca?

— ¡Claro que lo hiciste! — afirmó, mirándolo furiosa. — Nadie más sabía sobre Giovanna, nadie sabía que eras su padre y ahora que apareció, ¿la prensa simplemente lo descubre? — pregunté en un tono irónico. — ¿Todo esto es una forma de perjudicarme para quedarte con ella?

— ¡No hablé con ningún periódico! — exclamó, irritado. — Y mucho menos le hablaría al idiota de Medici.

— ¡Ahorra tus palabras, Dante! ¿Quién más podría hablar?

— Le conté sobre Giovanna a Marlon. Puede que él haya dicho algo — respondió de manera sugestiva.

— No tendría motivos para hacer eso. Además, somos amigos — rebatió, sin paciencia.

— No conoces a Marlon. — Se río con desdén.

— Pero yo te conozco muy bien, Dante — afirmó, con fuego en los ojos. — Eres una serpiente astuta, igual que las personas de tu familia. ¿Eso es lo que quieres? ¿Comenzar una pelea con los medios para ver a quién apoyan? Pero tú y tu familia tienen un historial terrible.

— ¿Y tú crees que tienes una gran imagen, verdad, María Manuela? La buena, la defensora perfecta del medio ambiente. Tal vez deberían enterarse de quién eres realmente. ¿Cómo quedaría tu imagen cuando supieran que has escondido a mi hija de mí todo este tiempo? — indagó de forma cruel.

¿Y él realmente pensaba que yo creería que no estaba involucrado? Lo sabía, era una idiotez pensar que Dante Perazzo era diferente del tipo que conocí en el pasado. Tal vez lo había planeado

todo, tal vez incluso estaba trabajando aquí como, no sé, ¡un agente encubierto!

— ¡No digas una palabra sobre eso! — avisé, levantando el dedo en su dirección.

— No estás en posición de exigir nada. ¿Puedes salir de mi escritorio? — replicó y volvió a mirar los papeles frente a él.

Mi mente parecía desbordarse con tantos pensamientos y sentía tanta rabia que era capaz de romper todos los muebles de la habitación sobre su cabeza. Resopló y salí del escritorio cerrando la puerta de golpe, y cuando volví, Guilherme estaba en mi sala, sentado en el sofá.

— Acabo de leer el artículo — dijo, con la plenitud de un Buda.

¿Cómo podía estar tan calmado, demonios?

— ¿Qué hago, Gui? — pregunté, acercándome a él, dejando que las lágrimas rodaran por mis ojos. — En cuanto sepan que he escondido a Giovanna de él, va a ser un desastre federal. Si toma proporciones gigantes, esto puede perjudicarme. ¿Y si todo fue calculado? ¿Era esa la intención de este idiota desde el principio?

— Manu, estás nerviosa, ni siquiera estás pudiendo razonar. — Mi mejor amigo pasó los brazos sobre mis hombros y me abrazó. — ¿Qué sentido tendría que él fuera a vivir a tu casa para intentar quitarte a tu hija?

— No sé, Guilherme. ¡Quizás solo quiera estar cerca de ella... ¡No lo sé! — Sollocé, limpiando mi cara con el dorso de las manos.

— Tienes que dejar de permitir que tus emociones nublen tu sentido común cuando Dante está involucrado. Nunca te había visto así, ¡tú no eres esa persona!

— ¡Él es el culpable! ¡Es él quien me deja así!

— No tomes ninguna decisión precipitada — pidió, sosteniendo mi mano. — Hablaré con él para que tampoco comente nada con la prensa hasta que se les pase la rabia y puedan hablar como dos personas normales. ¡Dios mío, sinceramente no sé qué hacer con ustedes, cómo lidiar con dos adolescentes!

Asentí con la cabeza, tratando de calmarme, y él se quedó allí, abrazado a mí, peinando mis cabellos con las manos y asegurándose

que todo estaría bien. Aun así, parecía imposible organizar mis ideas, ser coherente.

— Señorita Guerra, el doctor Fazano quiere verla — avisó Deusa después de tocar la puerta.

Limpié mi cara y Guilherme se despidió de mí, saludando a Julio mientras pasaba.

— Manuela, vi los artículos que están saliendo. No tenía idea de que Dante era el padre de Giovanna. Dios mío, esto parece una película. — Me miró un poco sin gracia y yo respondí de la misma manera. — Bueno, no sé por qué ocultaron esa información, pero era algo que debería haberse informado a recursos humanos.

— Es complicado, Julio... Entre nosotros, quiero decir — confesé, suspirando, cansada. — Estoy avergonzada, no podía decirlo... No tengo nada con él, no estamos juntos ni nada de eso, solo compartimos el mismo apartamento.

— Manuela, no necesitas explicarme nada más — me interrumpió. — Tu vida personal es solo tuya. Eres una de las mejores empleadas aquí en el escritorio y no voy a hacer de esto un problema... Aun si tuvieran alguna relación, no va en contra de la política de la empresa y sé que eres lo suficientemente profesional como para separar las cosas. Pasé por aquí solo para decirte que puedes contar conmigo para lo que necesites y que ya prohibí que cualquier periodista entre al edificio.

— Gracias por eso, Julio — respondí, completamente agradecida. — Necesito pensar en cómo voy a lidiar con todo. Nunca quise que Giovanna pasara por esta exposición.

— Entiendo y lamento que esto se haya filtrado — dijo con una mirada solidaria. — Si necesitas algunos días libres...

— Gracias, pero no es necesario.

El día parecía no tener fin. Eran mensajes tras mensajes, correos electrónicos, recados. En el camino hacia el almuerzo, varios empleados del escritorio me detuvieron para comentar que no tenían idea de que Dante era el padre de mi hija.

Me sentía ahogada, impotente y no lograba organizar mis pensamientos. Pasé por casa de mi madre al final de mi jornada y hablé con ella, lo cual fue bueno para calmar mi corazón.

Cuando llegué a casa, Dante estaba en la cocina comiendo algo y no intercambiamos una sola palabra de inmediato. Nuestras miradas se cruzaron por unos segundos mientras el silencio reinaba en el lugar.

El ambiente era solo... Demasiado pesado.

— Puedes hacer tus cosas, yo me quedo con ella — dijo en un tono seco, rompiendo el contacto visual y yendo hacia la alfombra a jugar con Giovanna.

Suspiré hondo y reprimí las ganas de llorar. No quería volver a casa, no tenía ganas de estar en el mismo ambiente que él.

Sin embargo, no había mucha elección. Había accedido a esa locura y no solía rendirme en las cosas que me proponía hacer. Además, mi hija estaba conectándose con él y Giovanna era lo más importante de mi vida.

Entonces, tragaría mi orgullo y aceptaría compartir mi espacio con la maldita serpiente.



Muchas veces estuve solo
Y muchas veces lloré
De todos modos, nunca se supo.
Cuánto lo intenté
:: THE LONG AND WINDING ROAD - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Había pasado una semana y media y todos los días que siguieron fueron absurdamente insoportables. Los medios no se apartaban de nosotros y Dante y yo solo conversábamos lo mínimo, porque todavía estábamos enojados el uno con el otro y nuestros diálogos se reducían a la rutina de Giovanna.

El fin de semana había sido pésimo; decidí pasar la tarde del sábado casi toda en la pensión y, al parecer, él fue a hacer algo más, porque llegó al apartamento unas horas después que yo. El domingo, cuando desperté, me avisó que haría la comida para la semana y creo que esa fue nuestra mayor interacción, ya que nunca pasábamos mucho tiempo juntos en la misma habitación.

Está bien que no quería discutir con él en ese momento, todavía estaba enojada y sabía que cuando comenzamos a hablar, sería un desastre. Había muchas cosas acumuladas, muchos

sentimientos siendo reprimidos. Entendí que el silencio era algo más lógico hasta que los ánimos se calmaran.

Incluso en el trabajo, pedía que mi secretaria tuviera la mayor parte de las conversaciones con él. Habíamos tenido pocas reuniones y traté de mantenerlo lo más ocupado posible con informes que no necesitan mucha explicación.

La única cosa que Dante me había comunicado era que iba a cenar con su madre y su hermano hoy, así que llegaría más tarde. No es que tuviera la mínima curiosidad; hasta preferiría que su agenda estuviera llena de diversos compromisos y estuviera aún más tiempo alejado de mí. Estaba estresada, teniendo que escapar de los medios y soportando a compañeros de trabajo que eran bastante indiscretos, haciendo preguntas sobre mi vida personal.

En cambio, Julia pasó horas enumerando razones para que saliera de esa burbuja que había creado. Después de muchos argumentos, me venció por cansancio y me convenció de encontrar a Marlon, avisando que se quedaría con Giovanna hasta que yo regresara.

Juro que intenté luchar contra ello, pero mi semana estaba siendo horrible y me rendí porque necesitaba una distracción. Marlon me había invitado a cenar, así que aquí estaba yo, en un barcito de Coroa do Sul, porque, según él, no había la menor posibilidad de que alguien me encontrara allí.

Justo cuando salió el artículo, él vino a hablar conmigo y dijo que entendía el hecho de que no hubiera mencionado que Dante era el padre de Giovanna y que estaría feliz de conocerla cuando llegara el momento. También me prometió que no hablaría de eso, porque no parecía estar preparada.

¿Cómo podría Dante afirmar que ese hombre había contado a los medios? Estaba siendo increíble. De hecho, era la única persona, además de mi círculo de amigos y familiares, que no estaba desesperada por algún tipo de información, lo que pesó bastante para que aceptara esa cita.

Comimos algunos aperitivos y probamos diferentes tragos del menú; había uno que parecía un unicornio ambulante. Lo que más me llamó la atención en todo el bar, sin embargo, fue el *barman*,

que era simplemente una de las cosas más lindas que Dios había creado. Tenía un tatuaje de *Baby Yoda* detrás del triángulo de *Pink Floyd* y me pregunté si el universo me estaba enviando alguna señal, porque adoraba *Star Wars* y esa banda.

¡Por el amor de Dios, Manuela, ¡estabas en una cita! Necesitas concentrarte en el chico guapo que estaba sonriendo al otro lado de la mesa.

Desistí de mi enamoramiento por el *barman* de cabello largo y me perdí en los ojos marrones del hombre frente a mí. Marlon era bastante atractivo, con su piel bronceada, cabello negro y hombros anchos. Y lo mejor: sabía besar muy bien.

Como aún era temprano, me invitó a tomar un café en su casa. Sabía bien lo que eso significaba y también tenía noción de lo que yo quería y necesitaba. Marlon era divertido, atractivo y quizás fuera una buena opción para una futura relación. De alguna manera, me sentía cómoda con él, las cosas eran fáciles.

Justo cuando entramos por la puerta, Marlon me miró por un tiempo y me besó, pegando su cuerpo al mío. Sus manos se deslizaron por mi cintura y subieron mientras besaba mi cuello. Sus labios paseaban por los míos, volvían a mi hombro y me di cuenta de que eso iba demasiado despacio.

No estaba segura de si él pensaba que solo estaba allí para besarlo, pero traté de dejar claro que no, cuando empecé a deshacer el nudo de su corbata, feliz por las dosis extras de alcohol que siempre acababan con mi inhibición. Y solo entonces él se dio cuenta y empezó a quitarme la ropa.

Marlon estaba emocionado, sin duda, y yo también, después de todo, hacía tiempo que no tenía relaciones con alguien que no fuera Dante, pero mi cuerpo no parecía reaccionar de la misma manera.

Intenté, durante todas las preliminares, desesperadamente apagar la voz que gritaba en mi cabeza de que nuestra química no llegaba a los pies de la que tenía con ese rubio insoportable, pero fue difícil.

¿Acaso el idiota me había lanzado un hechizo? ¿Me había maldecido de alguna manera? ¿Qué demonios estaba pasando, mierda? ¿Por qué no estaba excitada cómo debería?

No, de ninguna manera. Dante no iba a arruinarme el sexo.

Necesitaba tener un buen polvo.

Iba a tener uno, estaba decidida y daría todo de mí.

¡Lo merecía, demonios!



No corrí.

Fue rápido, frustrante y sentí aún más rabia por eso. Quiero decir, al parecer solo había sido malo para mí, porque Marlon parecía haber disfrutado demasiado. Eso no tenía el menor sentido, dado que en la época de los Juegos Jurídicos escuché a algunas chicas comentando que él era bueno en la cama. Él, Dante y algunos chicos que andaban con ellos tenían una fama, pero, aparentemente, solo se aplicaba a uno de ellos.

¡Qué odio!

Quizás era solo por el momento, por toda la carga de estrés que estaba viviendo. El sexo de primera no siempre era increíble, ¿verdad? Dante era una maldita excepción.

Adriano y yo habíamos tardado un tiempo en ajustarnos, en descubrir lo que al otro le gustaba para que fuera placentero. Con algunos otros chicos con los que estuve también no había sido muy bueno al principio...

Con Dante, sin embargo... Las dos veces que tuvimos sexo fueron excelentes.

¡A la mierda! ¡A la mierda, Dante, ¡ese arrogante insoportable!

Era eso, todo lo que necesitaba era dar más oportunidades y seguramente las cosas mejorarían.

Cuando miré el reloj, avisé que necesitaba irme. Confieso que podría haberme quedado para un nuevo intento, pero estaba un poco desanimada. Quizás sería mejor intentar en otro momento en que mi cabeza estuviera menos abarrotada.

— Nos vemos mañana — dijo, dándome un beso rápido en los labios cuando me llevó hasta la puerta.

— ¿Mañana? — pregunté, confundida, porque no recordaba ninguna reunión.

— En el *Happy Hour* de celebración del cumpleaños de Fausto — recordó y yo hice un gesto.

Me había olvidado completamente de que era su cumpleaños y que lo iban a celebrar en un bar. No tenía mucha paciencia para ese tipo de eventos y solía inventar alguna excusa para no ir, pero faltar a ese cumpleaños en sí sería complicado porque todos estarían allí.

— Está bien. Nos vemos allí — afirmó, sonriendo.

— Me gustó mucho hoy, necesitamos repetir — sugirió, pasando la mano por mi rostro y yo asentí con la cabeza, sintiendo que mis mejillas se sonrojaron.

Le di otro beso y pedí un Uber para la casa de Guilherme y Julia. Los niños ya estaban dormidos y Julia me llevó a la cocina, queriendo saber cómo había sido la cita, mientras mi mejor amigo se reía de la situación y volvía a leer su libro.

— Ah, Julia, no fue nada del otro mundo — suspiré, sin intentar esconder cuán frustrada estaba.

— ¡Mierda, ¿no tuviste sexo de nuevo?! — indagó, perpleja.

— Tuve sexo, pero no fue nada del otro mundo.

— ¿El rubio idiota realmente te arruinó el sexo, ¿eh? — concluyó, ahogando las risas y yo la miré con odio.

— No arruinó nada, Julia. Claro que no. Como si estuviera pensando en él. Fue solo una cuestión de ajustes. A veces, estas cosas tardan en suceder — informé y ella fingió estar de acuerdo, mirándome con desdén.

— ¿No lo comparaste ni un poquito, entonces? — insistió, con una sonrisa victoriosa en los labios.

— Vaya, Julia, eres insoportable. No sé qué gracia le ves a mi infelicidad — resopló, y ella soltó un grito, feliz por tener razón.

— ¡Lo sabía! Pero la culpa es solo tuya. No debiste haber tenido sexo con él de nuevo, ahora el recuerdo está mucho más vívido. Es imposible no comparar — dijo en un tono medio, dramático, riendo.

— Lo sé, Julia, no necesitas recordármelo — repliqué, irritada. — Y no tuve sexo con él de nuevo porque yo quise... Quiero decir,

no exactamente.

— ¿Ah, ¿no?

— No, estaba fuera de mí, ¿ok? Es difícil pensar con él tan cerca — traté de justificarme, moviendo las manos. — Fui inundada con todas esas imágenes de la noche en que tuvimos sexo y llevaba meses sin nada. ¡Una madre exhausta no puede cometer errores al punto de olvidar que tiene a la hija del tipo que odia porque él está demasiado cerca!

Genial, ahora estaba excitada recordando su pene contra mi cuerpo dentro de mi escritorio.

Un pensamiento. Un maldito pensamiento me dejó más mojada que un chico chupándola. ¿Cuál era mi problema?

Julia se estaba riendo, divirtiéndose con mi desgracia, esa sádica ridícula.

— Me iré antes de agredirte — avisé, y ella se puso la mano en el pecho, fingiendo estar muy ofendida por mi comentario, y luego estalló en carcajadas.



Dante Perazzo

La cena con mi madre y Dom había sido un poco fría e incómoda. Optamos por ir a un restaurante y ella pasó la mayor parte del tiempo quejándose sobre el artículo del periódico y cómo eso estaba afectando a la familia. Dijo que mi padre la estaba culpando por "mi error" y traté de no exaltarse.

Le pedí que me encontrara en algún lugar para conocer a Gio y, aunque noté un leve momento en el que sus expresiones

parecieron oscilar, rápidamente su rostro se cerró y continuó diciendo que no podía traicionar a mi padre de esa manera.

Conocía a mi madre, sabía que estaba curiosa, que quería conocerla. Lo notaba por la manera en que organizaba las frases de las preguntas, tratando de descubrir un poco más sobre la chica. Además, siempre fue su sueño tener nietos, pero Paola Perazzo no podía contrariar a su marido, no era capaz de enfrentarlo.

De todos modos, conté un poco sobre mis experiencias con ella y mi hermano también mencionó que la había visto por video. Dom pensó que era mejor esperar a que la tormenta pasará antes de que pudiera conocer a Giovanna en persona. En algunos momentos, los labios de mi madre formaban una leve sonrisa, pero luego se comprimen. Sabía que era difícil para ella, una lucha interna entre su corazón y todos los valores que había aprendido durante tantos años en una familia tradicional.

No estuvimos juntos mucho tiempo, así que volví al apartamento y pasé algunas horas sentados en la sala, leyendo un libro. Intenté llamar algunas veces para saber dónde estaban cuando me di cuenta de que ya era tarde.

Un sentimiento de desesperación que nunca había experimentado antes comenzó a arrastrarse por mi columna, enredándose en mis vértebras. La preocupación apareció y una infinidad de pensamientos oscuros inundaron mi mente. No me había avisado que se tardaría tanto. ¿Había pasado algo con ellas?

El sentimiento de no saber era horrible.

Debería haberme dicho que tenía algún compromiso y avisarme que llevaría a mi hija con ella, ¿verdad? Después de todo, le había contado sobre la cena con mi madre y Domenico. Por más que no estuviéramos hablando, era lo mínimo.

¿Cierto?

Tomé el celular y empecé a revisar los sitios de noticias, buscando algo sobre accidentes en Barra o Recreio. ¿Debería tomar el coche e ir a la pensión de su madre? Abrí algunos cajones, buscando esos malditos contactos que había anotado.

¿Por qué demonios no los guardé en la maldita agenda?

Mi corazón se detuvo en mi pecho cuando la puerta se abrió y Manuela frunció el ceño, pareciendo sorprendida al verme agitado cerca de una mesita con algunos papeles en las manos. Miré a la bebé en su regazo, en un sueño profundo.

— ¿Dónde estaban?

— Salí. Pensé que iba a cenar con tu madre — respondió, colgando su bolso cerca de la puerta.

— Sí, y cené hace al menos 3 horas.

— Ah... Yo... Tuve un compromiso... — Su rostro se sonrojó un poco. — Pensé que te tardarías.

— ¿Podrías haberme avisado, ¿no? O al menos contestar al celular.

— Se me acabó la batería.

— ¡Maldita sea, María Manuela! — respondió, irritado, tratando de mantener mi tono de voz bajo. Fui a mi habitación, pisando fuerte, y tomé un cargador portátil, empujándolo en las manos. — Llévalo en tu bolso, por favor. ¡Pensé que les había pasado algo!

— Pensé que llegaría antes que tú — suspiró, sin paciencia.

— No sirve de nada que vivamos en la misma casa, cuando estoy tratando de estar presente en la vida de mi hija, si me dejas completamente fuera de donde estará.

— Está bien, Dante. Ya entendí. La próxima vez te avisaré — respondió de mala gana. — La voy a poner en la cuna. Buenas noches.

Después de unos minutos, fui al cuarto de Giovanna y me quedé apoyada con los brazos cruzados en el umbral de la puerta, observándola mientras dormía. La habitación tenía una vista lateral hacia el cuarto de Manuela y había una pequeña rendija abierta.

Fue imposible no mirar cuando ella cruzó la habitación, apareciendo en mi campo de visión, solo con ropa interior, distraída, recogiendo su cabello en un moño.

Respiré hondo. Me molesto lo hermosa que era.

Sacudí la cabeza y salí de allí. Me acosté en mi cama tratando de quitarme esa imagen de la cabeza. Era difícil no recordar los besos, las caricias, el sabor de esa mujer insoportable.

Había sido difícil durante tantos meses, incluso lejos de ella, olvidar aquella noche en el chalet de la monitoria. Sería aún peor lidiar con esos pensamientos bajo el mismo techo que ella. Y no ayudaba en absoluto el hecho de que lo hubiéramos revivido hace unos días, incluso antes de saber de la existencia de Giovanna.

Y solo de recordarlo, la rabia nuevamente tomaba control de mí. Era una mezcla de sentimientos: odio y deseo, que se alternaban cada vez que alguien decía su nombre o que la miraba.

¿Cómo fue que una persona pudo tener tal efecto en mí?



Dije, ¡oye! (¡Ey!)
¡Tú! (¡Tú!)
Sal de mi nube
:: Get Off Of My Cloud - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

El bar estaba lleno de empleados de Fazano Abogados. Era el cumpleaños de Fausto, con quien apenas tenía alguna relación, pero no había otra alternativa más que asistir al evento. Estaba en ese puesto desde hacía poco tiempo y Manuela era básicamente mi único contacto allí dentro. El hombre había aparecido en solo una de mis reuniones con ella y había intercambiado media docena de palabras conmigo, pero, aun así, era mi superior.

Divisé a Guilherme sentado en la barra del bar charlando con algunos abogados más, y la secretaria Deusa estaba en una mesa conversando con otras mujeres que nunca antes había visto.

Ninguna señal de ella.

Pedí un whisky y unos minutos después, Marlon apareció, acomodándose a mi lado en una de las sillas del bar.

— Dante, Dante... ¿Ya te has hecho amigo? — preguntó, riendo y echando un vistazo por el local.

— No mucho — respondí, sin muchas ganas. — Marlon, le conté a alguien sobre Giovanna, ¿verdad?

Él levantó una de las cejas y en ese instante comenzó a sacudir la cabeza en varias negativas.

— No comenté con nadie — mintió, mirando el vaso.

Yo sabía cuándo Marlon mentía. Hicimos la universidad juntos y fuimos amigos durante años, así que conocía bien sus maneras de encubrir la verdad. El idiota se ponía nervioso y siempre desviaba la mirada de la mía.

— Marcella dijo que te envió un mensaje. ¿Hablaste con ella? — Cambió rápidamente de tema.

No valía la pena insistir. Continuaría mintiendo.

— No tuve tiempo para responder. — Soltó el aire, cansado.

— Creo que ella se molestó un poco con esto de que tengas una hija, pero apuesto que te extraña. Siempre sabes cómo convencerla para que esté bien contigo. — Sonrió de manera pícara, dándome un codazo en el brazo.

Molesta no era exactamente la palabra; Marcella estaba completamente trastornada. A pesar de que estuvimos distantes durante tantos meses, todavía pensaba que, de alguna manera, tendríamos que estar juntos en algún momento. Era extenuante.

Ella había enviado varios mensajes al día siguiente del artículo e incluso un correo exigiendo una explicación por "toda esta tontería" y diciendo que tenía que ir a su apartamento de urgencia. Era lo último que quería hacer, sin embargo. Tratar con Marcella era agotador, porque siempre se enfoca en recordar el pasado, nuestra desastrosa relación, además de tratar de insistir en construir un futuro que siempre dejé claro que nunca existiría.

Confieso que la busqué algunas veces, durante el tiempo que estuve viajando, cuando volvía a Río de Janeiro. Especialmente cuando la tentación de golpear la puerta de María Manuela casi me dominaba.

Por más que ella no fuera lo que yo quería, de alguna manera, era suficiente para que yo permaneciera contenido. Después de que

terminamos, dejé claro que no quería continuar una relación y mucho menos casarme. No me gustaba, así que Marcella siempre supo que la única relación que tendríamos sería sexo. Nunca le oculté eso.

Era lo que podía ofrecer y ella aceptó.

Aun así, en algunos momentos, ella se dejaba llevar por el sentimiento que tenía por mí, aunque yo nunca la hubiera incentivado. Y por toda esa insistencia, fue que dejé de buscarla hace unos meses.

Manuela entró por la puerta del bar unos segundos después. Se había cambiado de ropa, porque ahora llevaba un vestido azul marino ajustado al cuerpo, que realzaba sus curvas, con un escote pequeño en V, pero suficiente para dejar a los hombres del lugar curiosos.

Ella llamaba la atención de todos mientras caminaba por el lugar, sonriendo y saludando a las personas en el camino. Se detuvo y estuvo un rato conversando con algunas abogadas, pero aún estaba en nuestro campo de visión.

— Si hubiera sabido que se pondría tan atractiva, le habría echado el ojo en la universidad — comentó Marlon, riendo, y yo puse los ojos en blanco.

— Ella salía con Adriano, Marlon. Seguramente no querría nada contigo — recuerdo, tomando un trago grande de mi whisky.

— Yo me casaría con ella — suspiró, y respiré hondo para no decirle al idiota que se fuera al diablo. — Solo de pensar en tener sexo con esa mujer todos los días... Es sensacional. — Se río. — Creo que sabes de qué estoy hablando.

¿Cómo sabía de qué hablaba?

¿Él había tenido algo con ella?

¿Cuándo?

Sentí mi estómago revuelto solo de pensar en esa posibilidad.

— ¿Qué estás diciendo? — pregunté, comenzando a irritarme por la respuesta que iba a dar.

— Estoy diciendo que es increíble en la cama y claro que lo sabes, después de todo, para hacer una hija hay que tener sexo. —

Se echó a reír, mostrando todos los dientes, mientras yo me aguantaba para no golpearlo.

— ¿Tuviste sexo con ella? — pregunté, apretando los dientes.

— Ayer — comentó, distraído, y yo prácticamente vacié mi *whisky*.

¡Ayer! ¡Estaba preocupado pensando que podría haber pasado algo con Giovanna mientras estaba teniendo relaciones con mi compañero de universidad!

No sabía de qué tenía más rabia, si por eso o porque el hijo de puta estaba haciendo con ella algo que yo deseaba hacer. ¡Mierda, era un idiota! ¿Cómo podía seguir pensando en eso? Ella me había mentido, carajo.

¡Escondiendo una hija!

Sentía el odio emanando de cada parte de mi cuerpo, burbujeando e incendiando todas mis células. Sabía que necesitaba canalizar toda esa furia y seguir adelante, pero parecía imposible cuando recibía información como esa.

— Ella me destrozó... — contó, riendo.

— Podrías guardar tus comentarios para ti, ¿verdad, Marlon? — retruque de forma áspera.

— ¿Te incomoda, Dante? — preguntó con un tono burlón. — Siempre hablamos de mujeres en la universidad. Recuerdo, incluso, que les ponemos notas. Manuela definitivamente sería un 9.

Aunque ya no era el tipo de imbécil que resumía a las mujeres en números, era incómodo que dijera que María Manuela era un 9. Para mí, ella era un 10, sin lugar a dudas.

— Ya no estamos en la universidad, Marlon. Ya no somos adolescentes y ese tipo de cosas es extremadamente machista — afirmó, bebiendo otra dosis de *whisky*.

— ¿Tienes celos? Pensé que no había nada entre ustedes... — cuestionó en un tono divertido al ver mi expresión claramente incómoda.

— ¡Marlon, no quiero saber! ¿Vas a seguir insistiendo en esta mierda? — respondí, enfurecido.

— ¡Tienes celos! — concluyó al final, riéndose.

— ¡Basta! ¡No tengo interés en escuchar, carajo! Además, si realmente vamos a hablar de ustedes dos, te garantizo que a Manuela no le va a gustar nada saber que fuiste tú quien le contó a la prensa sobre Giovanna — avisé en un tono amenazante y él se puso serio.

— No puedes probar que le dije nada a nadie — respondió, seco.

— ¿Ah, ¿no? — Soltó una risa. — Parece que te olvidas de quién soy. No pongas a prueba mi paciencia, Marlon.

— ¿Qué tipo de relación tienen ustedes, al fin y al cabo, Dante? — preguntó, pareciendo irritado.

— No es tu asunto — retruque, bebiendo otro trago de whisky y sintiendo que mi garganta ardía.

¡Que se joda!

— ¡Hey! — Ella se acercó a nosotros con una sonrisa en el rostro y me miró a los ojos, un poco aprensiva.

Habíamos acordado que no dejaríamos traslucir a la gente que estábamos teniendo conflictos.

Marlon pasó la mano por su cintura de una manera discreta y ella apartó el rostro cuando él fue a saludarla, alejándose de él inmediatamente con el rostro sonrojado.

— Estaba aquí contándole a Dante sobre nuestra cita ayer. — Ella parecía avergonzada, poniendo una de sus manos en la nuca y sonriendo débilmente.

La miraba con odio y Manuela se dio cuenta.

— ¿No tienen nada mejor de qué hablar? — indagó, tratando de cambiar de tema.

— Manuela, ¿a qué hora vamos a buscar a Gio? No quiero abusar de la hospitalidad de tu madre; después de todo, la hija es nuestra — recordé con un ligero tono de ironía.

Estaba enojado y, de alguna manera, quería que Marlon se incomodara con cualquier relación que pensara que teníamos. Estaba seguro de que ella no le había contado nada.

Primero, porque Guilherme me había pedido que no comentará nada a nadie sobre nuestra situación, y segundo, porque él pareció

demasiado curioso y molesto cuando preguntó qué tipo de relación teníamos.

— Dante, mi madre sabe que vamos a tardar un poco más. — Su mirada era un poco confusa.

— Sería bueno llegar a casa antes de que ella se duerma — dije, y Marlon arqueó una de las cejas.

— Espera... ¿Ustedes viven juntos? — preguntó, perplejo, y ella abrió la boca y la cerró, sin reacción.

— Sí. — Sonreí levemente, sintiendo que había tocado un nervio.

Qué satisfacción ver al imbécil de esa manera. Era impagable.

— Pensamos que sería mejor de esta forma para que Gio pudiera convivir con los dos — mintió, lanzándome disimuladamente una mirada amenazante.

— ¿No les parece un poco raro? — indagó, mirándome a mí y luego a ella.

— ¿Qué tiene de raro? ¿El hecho de que ya hayamos estado juntos? — cuestioné respectivamente, haciendo que su rostro se sonrojara. — Somos dos adultos responsables criando una hija juntos — respondí, y ella pareció confundida, pero asintió y sonrió de forma falsa.

— ¿Por qué no me dijiste que vivían juntos, Manu? — me ignoró, pareciendo incómodo, y volvió su atención hacia ella.

— Marlon, de verdad... No tenía la cabeza para hablar de estas cosas. — Suspiró, cansada. — Estamos siendo perseguidos por los periódicos.

— Sí, somos relevantes, Marlon. Yo soy un Perazzo y ella es María Manuela Guerra; todo el mundo quiere saber un poco más sobre nuestra familia — comenté en un tono divertido.

Ya estaba un poco borracho y bastante entretenido en hacerlo sentir incómodo y hacerla sentir avergonzada.

— Dante, creo que tienes razón...

— ¿Dios mío, tengo razón? — Entrecerró los ojos en su dirección y ella río nerviosamente. — ¿Tienes idea de lo difícil que es para esta mujer admitir que tengo razón?

— También creo que es mejor que nos vayamos. Después hablamos, ¿ok? — Manuela le dio un beso en la mejilla a Marlon y salió rápidamente, tirando de mi manga.

Ella salió casi arrastrándome por el bar y yo saludé a Guilherme, que nos miraba levemente confundidos.

— Vamos a buscar a Giovanna y necesitamos hablar — advirtió, sería.

Entramos a un *Uber* y estuvimos en silencio durante todo el camino. El conductor me miró con complicidad al notar que ella estaba enojada. Solo encogí los hombros y él asintió, como si supiera por lo que estaba pasando. Lo cual era un poco absurdo, porque ni yo lo sabía.

Se detuvo y Mónica abrió la puerta, entregando a Giovanna mientras yo sostenía las bolsas. Mi hija comenzó a sonreír, emocionada al verme, estirando los bracitos para que la llevara a mi regazo.

Manuela bufó y me entregó a la niña, que apoyó su cabecita en mi pecho y empezó a chuparse el dedo, queriendo dormir. No tardamos mucho en llegar al apartamento y toda su rabia nos acompañó en el trayecto, pero eso ya era normal.

Colocó a Gio en la cuna, pasó un tiempo en la habitación y cuando volvió a la sala, me miró, respirando hondo.

— ¿Qué fue eso? — preguntó en un tono calmado.

— ¿Qué?

— Pensé que dirías a la gente que escondí a Giovanna de ti. ¿No fue por eso que se lo contaste a los periódicos? — Cruzó los brazos.

— Ya te dije que no fui yo quien habló con ningún periódico, María Manuela. ¿Por qué insistes en esa mierda? — retruque, soltando el aire sin paciencia.

Ella parpadeó, sin parecer me.

— No creo que sea inteligente decirle a la gente que tú no me contaste sobre ella. Primero, porque no quiero que los medios se metan aún más en mi vida. Segundo, porque tenemos un trabajo que hacer con las modificaciones de las leyes y eso seguramente tendría alguna influencia negativa. Somos personas públicas y por

eso acepté este trabajo. — Me miraba en silencio, asintiendo con la cabeza. — Tercero, porque creo que la custodia compartida es la mejor opción para los tres y no creo que pelear en público ayude en eso.

— Entonces, ¿crees que es mejor decirles a los periódicos que vivimos en perfecta armonía? — preguntó con un poco de desdén.

— Sí. Podemos decir que criamos a nuestra hija juntos, que fue una decisión nuestra y optamos por no decir nada a nadie antes, precisamente para no exponer a Giovanna — sugerí.

— Bien. Me parece sensato. — Ella permaneció en silencio un momento, pensativa. — ¿Y por qué le contaste a Marlon que vivimos juntos?

— ¿Era un secreto? — arqueé una de las cejas.

— No, pero me hubiera gustado haberle contado — respondió a regañadientes.

— Tranquila, tu relación con él no se va a acabar por esto — dije en un tono irónico. — Ah, y sé más responsable cuando vayas a tus citas casuales. Creo que eso es lo mínimo.

— ¿Cuál es tu problema, Dante? — preguntó casi gritando, acercándose.

— ¿Cuál es mi problema, María Manuela? Ayer tú te desentendiste y te fuiste a acostar con Marlon mientras yo estaba aquí preocupado, pensando que algo le había pasado a mi hija — exploté, furioso.

— Te dije que tenía un compromiso; lo que haga con mi vida no te concierne — replicó, cruzando los brazos.

— Sí, no te concierne... Solo asegúrate de no olvidarte de usar condón cuando vayas a acostarte con él.

De inmediato, al escuchar mis palabras resonar en la habitación, me di cuenta de que había cruzado la línea, porque sabía que no tenía derecho a opinar sobre su vida. Y la expresión que puso a continuación me hizo sentir que había dicho una barbaridad. Estaba irritado y celoso, pero eso no justificaba que me metiera en su vida.

— ¿Quieres lanzarme a la cara el hecho de que te quedé embarazada? ¡Dios mío! Eres un idiota, Dante. Definitivamente —

dijo, mirándome con desprecio.

— ¿Qué? ¿Qué demonios? ¿De dónde sacó Manuela esa tontería?

Era increíble cómo siempre esperaba lo peor de mí.

— ¡No fue eso lo que dije! — Estaba aún más irritado con esa suposición. — Y jamás te culpará por haberse embarazado, porque YO debería haberme acordado de usarlo. La única cosa de la que te culpo, María Manuela, es por haberte escondido a mi hija de mí.

Las palabras salieron amargas de mi boca, como siempre sucedía cuando mencionaba ese hecho. Era tan difícil ignorar la rabia que estallaba en cada una de mis células cada vez que recordaba lo que había hecho. Y creo que nunca la perdonaría por eso.

Su mirada se mantuvo fija en la mía, con el labio superior temblando como si estuviera tratando de contener algo dentro de sí.

— Ya sé que me culpas por eso — replicó, áspera. — Aun así, no tienes derecho a meterte en mi vida.

— ¡Te lo he dicho y lo repetiré, joder! ¿No conoces a Marlon? Él solía acostarse con mujeres por ahí sin condón.

— Tú me acostaste sin condón — reflexionó, llena de desdén. — Y estoy segura de que ya lo hiciste con otras mujeres, así que deja de ser un hipócrita de mierda, Dante. ¡Deja de intentar descargar, no sé qué frustración tienes en Marlon! No puedes decir lo que quieras y no te doy el derecho a interponerte en mi vida.

Ella estaba jadeante, usando la mano para cortar el aire, mostrando toda su irritación. Con cada frase áspera intercambiada entre nosotros, la tensión en mis músculos ardía y mis manos se cerraban en puños de forma involuntaria.

Esa sensación de impotencia crecía en mí, nublando toda mi mente, como si estuviera rehén de un ciclo interminable de acusaciones.

— Eres la única persona con la que estuve sin condón, idiota. ¿Y qué estás diciendo? Tú tampoco sabes sobre mi vida y vives presumiendo las peores cosas, acusándome de acostarme con otras mujeres sin condón, de tener alguna frustración con el idiota de Marlon, de haberlo contado a los periódicos... Carajo, María Manuela, ¿por qué siempre tienes que ser una insoportable que cree

que sabe más que todos los que te rodean? — pregunté en un tono más agresivo.

Era posible sentir mi corazón latiendo al ritmo de cada una de las palabras que salían de mi boca. Descontroladamente, como si quisiera rasgar mi pecho. Era como si mi cuerpo estuviera luchando contra la intensidad de esa discusión.

— ¿Crees que soy idiota? No asumo nada, simplemente sé quién eres — estalló de nuevo, acercándose aún más. — Además, siempre estás tratando de hacer que me sienta mal de alguna forma... ¡Dios mío, te odio, Dante! — gritó. — Eres el mismo chico asqueroso e insoportable de siempre, con esa necesidad estúpida de ser irónico, con esa actitud de superioridad, con esa manía... — Y cuando me di cuenta, empujé su cuerpo contra la pared y pegó mis labios a los suyos.

En el momento en que chocamos contra la pared, la electricidad entre nosotros era palpable. Todo entre nosotros era así, como si estuviéramos atrapados en un campo magnético, trayéndonos y repeliendo al mismo tiempo. La rigidez de nuestros músculos, reflejo de toda la tensión de la pelea, comenzó a suavizarse, derritiéndose en ese calor que era solo nuestro.

Y allí estaban mis sentimientos de odio y deseo mezclados una vez más. En el minuto en que comenzó a gritar, causando esa típica irritación, una ola de calor recorrió mis nervios y simplemente no pude controlarme. Esa mujer me volvía loco de una manera inexplicable.

Mi cuerpo presionaba el de ella cada vez más fuerte, contrastando con la suavidad de su boca y haciendo que mi deseo comenzara a palpitar. Su pierna se enredó en mi cintura y suspiré, anticipando lo que estaba por venir.

Joder, cómo la deseaba. La quería tanto que llegaba a querer darme un puñetazo por ello, porque era mucha ignorancia desear a la persona que odiaba.

El beso se intensificó, las lenguas entrelazándose en una perfecta sincronicidad, trayendo esa energía volátil, siempre inestable como si estuviera a punto de explotar.

Entendía el poder de la atmósfera que creamos. Era como nuestra relación. Impredecible, caótica, potencialmente destructiva e incendiaria.

Sus manos se perdían en mi cabello y tiraba de mi rostro cada vez más hacia ella. Sin parar de respirar, sus manos alcanzaron mi corbata y aflojó el nudo, arrojándola al suelo.

Una sensación absurda se apoderaba de mí solo por sentir el calor de su cuerpo junto al mío. Su lengua paseó por mis labios y los mordió suavemente, volviendo a invadir mi boca en el momento en que mis manos se deslizaban por sus muslos.

Toda la rabia comenzó a desvanecerse por completo, hasta que no me importó más nada. Estábamos en un lugar completamente distante de todo, incluso del odio que sentíamos el uno por el otro. A esa altura, quiénes éramos, no hacía la menor diferencia. Estaba listo para tenerla una vez más y para sentir todas las sensaciones que solo Manuela me proporcionaba.

Y como si el universo se riera de mí, el momento fue interrumpido por el llanto estridente de Giovanna en la habitación, haciéndonos volver a la realidad.



Ob-la-di, ob-la-da, la vida continúa
La la como sigue la vida
Ob-la-di, Ob-la-da, la vida continúa
La la como sigue la vida
:: Ob-La-Di, Ob-La-Da - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

La mañana siguiente fue un poco incómoda. Ambos fingimos que nada había ocurrido la noche anterior. No hablamos más sobre la pelea y, por supuesto, no mencionamos el beso que fue interrumpido por el llanto de Giovanna.

Solo nos miramos durante unos segundos, como si acabáramos de darnos cuenta de lo que estábamos haciendo, y yo fui a la habitación de Gio y él a la suya.

No podía entender lo que había sucedido. En un segundo, estábamos gritando y en el siguiente, yo le estaba quitando la corbata, lista para tener relaciones con él.

¿Cuál era mi problema, mi Señor Jesucristo? ¿Y cuál era el de él?

¿Por qué Dante me había agarrado? ¿Por qué siempre tenía que tocarme así, con tanta intensidad, con tanto deseo? Era humanamente imposible desvincular mi cuerpo del suyo, nada dentro de mí respondía a mis comandos, como si tuviera algún problema de coordinación motora o algo así.

Odiaba el hecho de que él tuviera ese efecto sobre mí, especialmente cuando estaba concentrada en odiarlo.

Me había sorprendido la noche anterior cuando el insoportable sugirió que sintiéramos a la prensa. No esperaba que Dante quisiera hacer eso, pero cuando presentó sus motivos, me di cuenta de que tenía sentido y que había pensado bastante en las consecuencias.

Un poco después de que terminé de darle el desayuno a Gio, escuché golpes en la puerta y cuando abrí, Guilherme estaba parado, con Lucca sentado en su carrito.

— ¿Pasó algo? — pregunté, confundida.

— Estoy casi listo, Guilherme. — Dante apareció detrás de mí, vistiendo un pantalón jeans negro y una camiseta de manga larga azul marino, y se dirigió hacia la cocina.

— ¿Listo para qué? — pregunté, sin entender.

— Me pidió que fuera con él a comprar algunas cosas para Gio — susurró Guilherme.

— ¿Y cuándo pensabas decírmelo? — Crucé los brazos.

— Ayer, pero... — Se detuvo y me miró con una sonrisita sarcástica. — Estábamos ocupados.

Sentí que mi rostro se sonrojaba y desvíe la mirada hacia Guilherme, ignorando su respuesta. Tomé a Lucca en brazos para hablar con él, porque el niño gritaba "¡Má!" insistentemente, queriendo mi atención.

— Eh... ¿Está llevando todo?

— Sí.

— ¿Pañal? ¿Pomada? ¿Talco?

— Ya metí todo en la bolsa — respondió, y Guilherme nos miró con curiosidad.

— Ella tiene que comer...

— Al mediodía, lo sé — completó, mostrando el tarrito en su mano.

— ¿Tomaste un abrigo?

— Sí, lo tomé. ¿Podemos ir o vamos a quedarnos aquí hasta mañana con tú listando las cosas? — preguntó, poniendo los ojos en blanco y mi mejor amigo traidor ahogó las risas.

— ¿De qué te ríes, Guilherme? — Le di un leve golpe en la cabeza y él se rió aún más. — ¡Cuidado, por el amor de Dios! — dije, depositando un beso en las cabecitas de los dos niños y echando un último vistazo a los dos.

Qué escena: Dante Perazzo y Guilherme Henrique con bolsas de niños colgadas en el pecho, empujando carritos de bebés, listos para una mañana de compras en Río de Janeiro.

Parecía incluso una broma.



Dante Perazzo

Andar con un carrito por las calles era un poco más desafiante de lo que imaginaba. Y meter todo en el auto era otro lío, pero Guilherme ya parecía bastante familiarizado con todo y no tenía tanta dificultad. Yo, en cambio, parecía un elefante tratando de equilibrarse en una cuerda floja.

— Gracias por venir hoy conmigo — dije tan pronto como llegamos al centro comercial.

— No hay problema. Ah, tenemos que pasar por una tienda antes de ir, tengo que comprar un regalo para Julia — dijo, un poco desanimado.

— ¿Es su cumpleaños?

— No, según ella, ayer hice un comentario machista y ahora me está ignorando — respondió sin paciencia y yo solté una risa.

— ¿Qué comentario?

— Estaba irritada y le dije que se calmara, que era solo el efecto del síndrome premenstrual — suspiró, cansado. — Y ella simplemente comenzó a gritarme, diciendo que no porque estuviera enojada iba a menstruar y que yo era un machista por decir eso. Se puso descontrolada.

Aguanté las risas.

— Lo peor es que sé que está con síndrome premenstrual. Voy a comprar una caja de chocolates, abrir la puerta y lanzarla, a ver si calmó a la fiera — contó, riendo, y yo hice lo mismo.

— ¿Eso no la va a enojar más?

— Diré que pasé por la tienda y me acordé de ella, Dante. No voy a decir que es para que se calme del síndrome premenstrual. ¿Estás loco? Valoro mi vida — afirmó, serio, y abrió una de las puertas de la tienda para que entráramos.

Era una tienda inmensa, repleta de artículos para bebés y niños. Eran pasillos y más pasillos con cunas, chupetes, biberones, bolsas, juguetes, artículos de higiene. Y, por supuesto, yo estaba completamente perdido solo con mirar.

— Entonces, ¿qué quieres comprar? Aquí hay casi de todo, pero hay otras tiendas también...

No sabía exactamente qué quería comprar, esa era la verdad. Quería ayudar de alguna forma y dar cosas para ella, ya que no había sido parte de nada hasta los últimos días.

— Pensé en comprar algunas ropas y tal vez algunos artículos diferentes que no tenga — fue más una pregunta que una respuesta.

— Está bien. Vamos a dar una vuelta. También necesito ver algunas cosas para Lucca — dijo, caminando a mi lado por el pasillo.

Salimos caminando por el lugar y a medida que pasaba por los pasillos, me sentía más asustado. Había cosas que ni siquiera imaginaba.

— Por Dios, ¿acaso piensan que los niños son animales? — pregunté, mirando una especie de bebedero para acoplar a la cuna con un tubo, igualito a lo que usábamos en las jaulas de los pajaritos.

Mi pobre pajarito que se escapó.

— Es extraño, pero sería práctico — comentó Guilherme, riendo, y volvió la atención a algún otro artículo frente a él.

Vi una capibara de peluche muy linda y pensé que a Giovanna le gustaría. Solté una risa cuando recordé a mi amigo Marco, que odiaba esos bichos porque tenía un pasado traumático con ellas.

La puse en el carrito. La capibara era mucho más linda que ese bicho horrible que el idiota de Adriano le había dado.

— Mira, estas cucharas cambian de color cuando la comida está demasiado caliente. Interesante — comenté, analizando el producto.

— Dante, eso es gastar dinero innecesariamente, solo tienes que ponerlo en la mano para ver si está caliente o no.

— Lo voy a llevar — dije al fin y él revolvió los ojos. — Guilherme, ¿por qué estamos usando el carrito cuando existe esto? — levanté una especie de bolsa o prenda que encajaba al bebé, sujetándolo al cuerpo.

Al parecer se llamaba "canguro".

— Yo tengo uno, pero no me gustó el que compré. — Se acercó a mí, mirando el artículo.

— Esto parece ser súper genial. — Señale la opción más cara, leyendo el empaque que decía varios beneficios. — Lo llevaré. Uno para mí y uno para ti, por ayudarme hoy.

— No necesitas...

— No fue una pregunta, Guilherme — dije, poniendo dos artículos en la bolsa y él suspiró.

— ¡Qué genial, es un calentador para las toallitas húmedas! — Mostré el artículo.

— ¡Dante, joder! ¿Cuál es la necesidad de que la toalla esté caliente? — preguntó, revolviendo los ojos.

— Debe ser más agradable, ¿no? Y mira, hay un secador de traseros también. ¡Caramba, qué invenciones geniales! — comenté, realmente perplejo con la industria infantil.

— ¡Dante! No vas a usar un calentador de toallitas húmedas, mucho menos un secador de culo — dijo serio, pero luego comenzó a reírse de su propia broma.

— Me parecen útiles. Lo llevaré — avisé.

— ¡No son útiles!

— ¡Sí lo son! Mira este cinturón con varios espacios para colocar cosas. Hay un espacio para el biberón, para las toallitas, creo que hasta hay un agujero aquí para poner el celular. ¡Joder, qué genial! ¡Vamos a llevarlo! — dije, emocionado.

— Dante, no voy a usar eso. No inventes, ¡qué cosa tan extraña! Pareces que te vas a la guerra. — Pasó la mano por su cabeza, moviéndola de un lado a otro.

— No deja de ser una guerra. ¿Viste lo que sufrí con Giovanna tratando de cambiarle el pañal?

— No necesitas eso, y mucho menos yo — advirtió, quitándome el cinturón de las manos. — No, no vas a llevar eso tampoco.

Negó con la cabeza al ver que tenía un casco azul con orejitas en la parte superior. Al parecer, era un casco para niños que gatean, para no correr el riesgo de golpearse la cabeza.

— ¡Guilherme! Sé sensato, esto puede evitar que se golpee la cabeza.

¡Qué absurdo! ¿Acaso no tenía miedo de que su hijo se lastimara? ¡Yo era padre desde hacía dos semanas y era más responsable que él!

— Giovanna no necesita eso, ¡Dante! No va a salir golpeándose la cabeza por ahí.

— Lo llevaré. Tú claramente no tienes noción del peligro, considerando todas las locuras que hacías en los Juegos Jurídicos — recordé.

— ¡Claro que tengo! — Pareció chocado con mi comentario.

— Guilherme, es obvio que no. ¿Quién en su sano juicio sube a la montaña rusa de ese parque horrible que había en una de las ciudades que hospedan los juegos? Supe que vomitaste en una de ellas. Sin contar la vez que fuiste a hacer tirolesa con ese equipo de pobre todo oxidado. ¡Dios mío! — Revolvió los ojos y puse el casco en la bolsa.

Cuanto más recorríamos la tienda, más cosas interesantes y prácticas encontrábamos. Giovanna y Lucca estaban dormidos en el

carrito, a sus anchas, mientras yo andaba de un lado a otro, perdido con tantos artículos.

Mi cabeza parecía que iba a explotar.

Tomé algunos tableros que estimulaban el rendimiento cognitivo de los bebés. Mi hija sin duda sería inteligente, no iba a estar jugando con animalitos por mucho tiempo, además, ya había notado que le encantaban los juguetes de encastre, es decir, le gustaba pensar.

Joder, era mi hija y de Manuela. Y si había algo que teníamos en común era el hecho de ser inteligentes.

— Creo que necesitas un carrito, Dante, tu bolsa está a punto de explotar — comentó Guilherme, notando la bolsa llena que llevaba. — ¿No crees que te estás emocionando demasiado? — Se río.

— Guilherme, nunca he comprado nada para ella — explicó, sintiendo un nudo en la garganta, y él me miró un poco incómodo.

— Está bien.

El vergonzoso momento duró unos segundos, pero luego me llamó la atención una muñeca que parecía la hija perdida de Annabelle con Chucky.

— ¿Qué demonios es eso? — pregunté, en shock.

— La llaman bebés *reborns*. Es una imitación de un bebé humano...

— ¿Humano o de Satanás?

Él se río a carcajadas.

— Solo le pido a Dios que Lucca nunca me pida uno, me muero de miedo de esa cosa — confesó, y yo asentí, muy solidario.

— ¿Cómo no tener miedo de eso, joder? Apuesto a que es el Bebé Lucifer *Reborn*...

— Forjado en las llamas del infierno — bromeó, riendo, empujando la muñeca hacia mí y haciéndome dar un paso atrás.

— Pero, ¿ya viene con el demonio o tenemos que hacer un ritual para invocarlo?

Nos reímos de esa cosa durante unos diez minutos y después de bastante tiempo y de llenar otra gran bolsa, nos dirigimos a la

caja. En algún momento, volví a burlarme de la muñeca y una madre pasó junto a mí, mirándome con desdén.

Aclaré mi garganta, tratando de parecer serio, y Guilherme me avisó que me esperaría afuera. Pagué mis compras y salí de la tienda, muy avergonzado por la manera en que la mujer me miró.

Tan pronto como pisé afuera de la tienda, me di cuenta de que mis manos estaban demasiado libres. Miré a Guilherme sosteniendo el carrito y abrí los ojos, desesperado.

— ¡La puta que te parió, ¿dónde está Giovanna?! — preguntó, asustado al ver mi cara, probablemente sin color alguno.

Dejé las bolsas en el suelo y corrí de vuelta a la tienda, buscando el carrito como un loco. Mi corazón estaba desbocado, mis manos sudaban y ni siquiera podía recordar cómo caminar por ese laberinto infernal.

Me detuve y traté de razonar. ¡Ella estaba conmigo en la caja, joder! ¡Acababa de chequear si todavía estaba durmiendo!

Corrí hacia el lugar y no sé explicar el alivio que sentí al ver el carrito en el mismo lugar donde lo había dejado. Al menos nadie había notado el carrito abandonado con una niña durmiendo en un rincón de la fila, mucho menos la condenada y juzgadora hija de puta. Ella, sin duda, me habría lanzado la mirada más terrible si hubiera presenciado eso.

Respiré hondo, aun jadeando, cuando llegué hasta Giovanna. La abracé instintivamente, sin importarme que estuviera durmiendo.

No podía creer lo irresponsable que había sido, joder.

¡Había perdido a mi hija!

¡Olvidé a mi maldita bebé!

— No puedo creer que olvidé a Gio. Soy un desastre. Soy el peor padre, hizo bien en no decirme nada sobre la bebé. ¡Joder! Dios mío... Por favor, no le cuentes a Manuela, ella me matará, o peor, gritará conmigo y me echará del apartamento — supliqué, aún conmocionado, y Guilherme se río.

¡ÉL SE RÍO DE MI SUFRIMIENTO!

— Dante, cálmate, ¡joder! — Y luego hizo una expresión confusa. — ¿Cómo puede ser peor que te grite y te eche que morir?

— ¿Has visto a esa mujer gritando, llena de odio? — Levanté mi ceja y él se encogió de hombros, asintiendo.

— Sí... Bueno, felicidades, has alcanzado tu estatus de padre. — Se río a carcajadas.

— ¿Perdón? — pregunté, confundido.

— Una vez olvidé a Lucca afuera de la pensión. — Siguió riendo. — Mónica una vez olvidó a Manu en una tienda de santos. Julia ya ha salido de casa unas diez veces sin Lucca, dándose cuenta solo en el pasillo o en el coche. Estas cosas pasan — dijo en un tono calmado. — No eres el peor padre del mundo por eso, pero necesitas prestar atención, amigo... Especialmente porque estamos en la calle.

— Si estuviéramos usando nuestro portabebés, esto no habría sucedido. — concluí, irritado, y él asintió, riéndose. — Odio esos carritos.

Joder, nunca más iba a quitarme esa maldita cosa. Mi niña iba a estar pegada a mí para siempre.



Permítame presentarme.
Soy un hombre rico con buen gusto.
:: Sympathy For The Devil - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Nos sentamos a comer en uno de los restaurantes cercanos a la tienda en la que estábamos y aprovechamos para darle el almuerzo a los dos también. Confieso que era un poco extraño pasar el día en compañía de Guilherme. No sabía con certeza por qué estaba ayudándome desde el inicio, porque María Manuela era su amiga, no yo.

Hemos pasado toda la vida siendo lo opuesto a amigos, yo era insoportable con los dos en la época de la universidad. A pesar de todo, era bueno tener a alguien con quien compartir estas experiencias de ser padre y reconfortante poder hablar con alguien que realmente supiera por lo que estaba pasando.

Quizás el clima entre nosotros mejoró porque hemos madurado o tal vez porque ahora éramos padres. La palabra aún sonaba extraña cuando me la repetía a mí mismo.

¡Joder, yo era padre! Eso era muy loco.

— ¿Tú y Manu lograron llegar a un consenso? — preguntó, llevando una cuchara a la boca de su hijo.

— Sí, fue lo que tú dijiste aquel día y mi hermano lo repite todo el tiempo. No tiene sentido decirles a los medios que ella me ocultó a Giovanna. No veo nada positivo en eso — comenté, limpiando las manos de la niñita que ya había logrado alcanzar el plato delante de mí.

— Sí, pero deberías haber pensado en eso antes de contárselo a los medios.

— Guilherme, ¡no fui yo quien se lo contó a los medios! ¡Ya te dije eso aquel día, infierno! — afirmé, sin paciencia. — Fue Marlon.

— ¿El Marlon del escritorio? — Levantó una de las cejas, un poco incrédulo. — ¿No es tu amigo? ¡Espera! ¿No está saliendo con Manu? ¿Por qué haría eso?

— Marlon básicamente vive para sus contactos. — Solté el aire con frustración mientras Gio reía animadamente, intentando agarrar mi nariz. — Siempre hace algo que pueda beneficiarlo en el futuro y es un lamebotas de Samuel Medici. Ni yo sé con certeza qué estaba pensando cuando se lo conté.

En realidad, lo sabía. Estaba tratando de convencer al estúpido rompehogares de que no era una buena idea que tuviera cualquier tipo de relación con María Manuela.

— ¿Manu sabe eso? — indagó, aún sorprendido.

— No me cree. — Me encogí de hombros. — ¿Crees que ella le va a creer a la persona que más odia o al tipo que la está enamorando? — Solté una risa seca.

— Sí, tiene sentido. — Se río un poco incómodo.

— No es que me importe, pero no creo que sea buena idea que ella se involucre con Marlon — comenté y él me miró con desconfianza. — No se puede confiar en ese imbécil.

— Bueno, tú lo conoces mejor que yo...

— Exactamente, Guilherme. Eres amigo de ella. ¿No deberías hacer algo? No sé, poner un poco de sentido en esa cabezota obstinada. — le aconsejé y él se quedó mirándome.

No costaba nada intentar, ¿verdad? Quizás si Guilherme hablaba con ella sobre Marlon, Manuela lo escucharía.

— Me parece que estás bastante incomodado por el hecho de que ella esté con él — dijo en un tono sugestivo y yo chasqueé la lengua.

— Ya dije, conozco al tipo. Y para ser sincero, no quiero a Marlon cerca de mi hija — respondí finalmente y él pareció aceptar. — Y por favor, dime que conoces alguna tienda con ropa aceptable, porque esos trapos que vimos...

Él se río mientras organizamos las cosas en los carritos. Caminamos por el centro comercial, mirando las vitrinas y después de mucho andar, finalmente encontré una tienda decente.

— Guilherme, mira este conjuntito de Burberry — dije, mostrándole, pero bufé en el segundo en que caminó hacia donde estaba y miró la etiqueta.

— Dante, mira el precio de eso, es muy innecesario...

— ¡Lo voy a comprar! — avisé y él bufó, encogiéndose de hombros y murmurando un "me rindo".

— ¿No son esas ropas muy caras? Ella va a perderlas en poco tiempo.

— Dices eso porque te vistes así — respondí, mirándolo de arriba a abajo.

Guilherme era muy cursi, pobre. Usaba trajes demasiado anchos para su tamaño y hacía horribles combinaciones de colores. El otro día, llevaba una corbata que parecía un estampado de *Agostinho Carrara*[9].[IL6]

— ¡Ey! ¿Cuál es el problema con cómo me visto? — preguntó, cruzando los brazos, un poco irritado.

— Lamento informarte, amigo, pero no tienes ningún sentido de la moda. Pero no te preocupes, puedo ayudarte con eso en el futuro — le avisé y él salió refunfuñando por el pasillo.

La tienda tenía varias ropas que hacían que mi hija pareciera una princesita. La pobrecita siempre usaba unos overoles horribles, pero Manuela era amiga de Guilherme. Probablemente le tomaba consejos de moda a él, porque ella era otro caso perdido.

No se podía. Mi hija necesitaba vestirse bien, especialmente ahora que íbamos a aparecer en público. ¡Era lo mínimo!

— ¿Vamos a cambiarnos, Gio? — pregunté y ella sonrió, emocionada, aplaudiendo.

La vestí con un conjuntito elegante de dos piezas en escocés blanco y negro. Era una falda y una chaqueta, y también le puse unas medias y unos zapatitos negros de charol.

¡Joder, estaba tan bonita, sonriendo y mostrando sus dientecitos! Era increíble cómo Giovanna se parecía a mí cuando era bebé.

Creo que me emocioné un poco demasiado, pero había recorrido todo el maldito centro comercial y solo había visto tiendas horrendas. Compré unas treinta prendas para ella y algunas otras para Lucca, pero solo las entregué cuando salimos de la tienda.

— ¡Joder, Dante! Gracias, pero para de comprar cosas para Lucca — pidió, moviendo la cabeza negativamente.

— Bueno, sé que no sabe vestirse, pero no hagas que tu hijo pase la misma vergüenza — ignoré lo que dijo y él me miró, chocado por que dijera la verdad. — Creo que es mejor que usemos los canguros y pongamos las compras en los carritos.

— ¡Hemos estado cargando esas bolsas por horas! — suspiró, frustrado. — ¿Cómo no pensamos en eso antes?

Perdimos un buen tiempo tratando de ajustar aquella especie de mochila portabebés a nuestros cuerpos y fue un alivio cuando lo logramos. Los niños parecían haber disfrutado de estar allí, porque estaban riendo, animados.

Luego, los dos apoyaron la cabeza en nuestros pechos, cómodamente, y se quedaron quietecitos. Mi carrito estaba lleno de compras y tuve que poner algunas cosas en el de Lucca, porque simplemente no cabía más nada.

Pasamos por una tienda de importados y aproveché para comprar algunas especias para cocinar, escuchando a Guilherme quejándose de lo caro que era todo aquello.

— Llévate ese chocolate — le señalé una marca que había probado en Bélgica.

— ¿Setenta reales por una caja de chocolate? — preguntó con voz aguda, mirando el precio.

— Deja de ser tacaño, Guilherme. — Solté una risa. — No sé para qué tanto pudor en gastar dinero. Ya no eres pobre.

Él me miró con mala cara.

— Bueno, solo estoy siendo realista.

— No. No soy pobre, pero creo que es innecesario...

— El dinero está hecho para gastar, Guilherme. Tu mujer está enojada. Te garantizo que te perdonará después de comer ese chocolate.

— ¿Y desde cuándo cocinas? — indagó, observando mis especias. — ¿No tienes, como, elfos domésticos en tu casa? — se burló.

— ¿Elfos qué?

— Nada, broma de *Harry Potter*[10]. — Él soltó el aire en señal de rendición mientras yo seguía frunciendo el ceño, sin entender.

— En fin, aprendí a cocinar hace un tiempo.

— Dios mío, estoy en shock. Pensé que tenías un chef francés haciendo tu comida. Recuerdo bien cuánto te quejabas de la comida del campamento, gritando a los cuatro vientos en el comedor que deberían despedir a los cocineros por servir "ese desperdicio" — se burló y yo rodé los ojos.

— Ja, ja, ya sabemos que era un idiota.

— Muy idiota. — Río. — En serio... Cocinando... Dante Perazzo diciendo que era un idiota y haciendo su propia comida. ¿En qué realidad paralela estamos?

— Muy gracioso. No eres un peso muerto y me gusta cocinar. Qué bueno que hemos evolucionado, ¿no? Espero que tu sentido de la moda algún día tenga la misma suerte — dije con un tono irónico y él estalló en carcajadas.

— ¿Para qué vas a llevar tantos? — preguntó, viéndome agarrar más cajas de chocolate.

— Sufro de TPPMM.

— ¿Sufres de qué? — Parecía confundido.

— Tensión Pre y Post-María Manuela. Creo que necesito chocolates para reducir mi estrés también — le conté y él ahogó las risas.

— No voy a hacer más compras contigo, estoy gastando más de lo que debería — afirmó Guilherme, respirando hondo.

Salimos de la tienda y decidimos ir a casa. Al llegar al apartamento, Manuela y Julia estaban recostadas en el sofá, bebiendo vino. Las dos simplemente estallaron en risas al vernos, casi escupiendo lo que estaban bebiendo.

— Por... Dios... ¿Dónde está mi celular? Solo quería una... cámara para capturar este momento — gritó Julia, casi cayéndose al suelo.

Suspiramos casi en sincronía, pusimos a los bebés en el suelo y rápidamente los dos gatearon hasta ellas.

— ¿Te dejo unas horas con Giovanna y la transformas en una versión femenina de ti? — preguntó, riendo y mirando la ropa que llevaba puesta.

— Traje algo para ti — le dijo Guilherme a la mujer, entregando la caja de chocolate y ella sonrió, emitiendo un grito emocionado.

— ¿Y para mí? — Manuela hizo un puchero, mirando a su amigo.

— No me llamaste machista — respondió él en un tono divertido.

— Está bien, te lo llamo ahora. ¡Machista, dame chocolates! — exigió y poco después las dos volvieron a reír.

Él sacudió la cabeza en señal de desaprobación y ella lo miró de nuevo, incrédula.

— ¡Qué absurdo, soy prácticamente tu hermana! — se quejó y él se pasó la mano por la cabeza.

— Manuela, deja de quejarte, hay unas 10 cajas aquí — dije, rodando los ojos y mostrando la bolsa.

— ¡Dios mío, eres maravilloso! — exclamó sin pensar y todos la miraron sin entender, pero ella no se dio cuenta y caminó feliz hacia las cajas.

Sí, estaba un poco borracha.

— Este es el mejor chocolate de la vida — afirmó Julia, metiéndose dos de una vez en la boca. — Estás perdonado por haber sido idiota, Gui. — Y le dio un rápido beso en los labios.

— Dante gastó toda la fortuna de su familia en artículos de bebé — contó él y las dos se rieron.

— Solo compré lo necesario.

— ¿Vamos a cenar con tu tía hoy? — le preguntó a su esposa y ella asintió.

— ¿Vas con nosotros, Manu? ¿O vas a salir con Marlon hoy? — Julia volvió la atención hacia ella y yo fingí que no estaba oyendo, sacando las especias que había comprado de la bolsa y llevándolas a la encimera de la cocina.

— No voy, amiga. Quiero quedarme en casa tranquilita hoy con Gio y ver la cantidad de cosas innecesarias que Dante compró. — Ella sostenía las cucharas que cambiaban de color. — ¿Es en serio?

— Lo encontré útil — respondí, encogiendo los hombros y ella se río.

— ¡No, mi hija no va a usar ese casco horroroso! — Manuela casi grita al agarrar el objeto.

— ¡Nunca se sabe cuándo puede golpearse la cabeza! — expliqué, aún pasmado por la inconsecuencia que parecía haber adquirido por ósmosis de Guilherme.

— Por Dios, Dante, qué cosa más horrible. Vamos a quemar eso en el camino a casa — avisó su amiga al acercarse, pero yo le quité la caja de la mano, haciéndola reír.

— ¿Vamos yendo, amor? Estoy exhausto — suspiró Guilherme, acercándose a ella.

— Gracias por hoy, amigo — agradecí, estrechándole la mano y él sonrió de vuelta.

— Gracias por las cosas que compraste para Lucca, aunque no eran necesarias — bromeó de manera relajada.

Y entonces los tres se fueron y Manuela se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Giovanna gateó hacia ella mientras rebuscaba en las bolsas, desesperada por ver qué había allí.

— ¿Vas a quedarte ahí de pie o vas a mostrarle a tu hija las cosas que compraste? — preguntó, abriendo una sonrisa.

— Vamos a probar el casco — bromeé y ella me lanzó una mirada de odio.

— ¿Qué es esto? — preguntó María Manuela, levantando el capibara que había comprado. — Qué tierna.

Giovanna gritó y casi se lanzó sobre el animalito, pareciendo muy feliz.

— ¿Te gustó, mi amor? — le preguntó, riéndose de esa euforia. — Agradece a tu papá...

Su mirada se cruzó con la mía y Manuela sonrió, su rostro adquirió un tono un poco rojo. Limpió su garganta y pidió que Giovanna me enviara besos.

Y eso fue lo que la pequeña hizo, sin dejar de aplastar el capibara en sus brazos. Yo le envié un beso de vuelta, haciéndola sonreír aún más.

¡Por Dios, qué adorable!

— Creo que le gustó.

— Y yo creo que tiene un nuevo amor — afirmó Manuela, riendo.

Nos quedamos allí, los tres sentados en el suelo, abriendo los empaques de los diversos juguetes que había comprado. Gio parecía alucinada con tantas cosas nuevas al mismo tiempo, pero nunca dejaba de lado su nuevo animalito. Hacía varios sonidos con la boca y reía a carcajadas. Intentaba levantarse apoyándose en mí y luego debía ir hasta su madre, cargando lo que tuviera en la mano libre para mostrárselo.

Y Manuela sonreía sin parar, mirándola, completamente enamorada y suspirando de vez en cuando.

Sentí una ola de calor llenar mi cuerpo cuando nuestras miradas se cruzaron y ella sonrió, medio atónita, como si me preguntara: “¿puede uno creer que hemos hecho esto?”.

Y realmente era difícil creer que habíamos sido capaces de crear algo tan perfecto.



Bueno, apuesto a que seré una gran estrella.
Quién sabe, quizá incluso gané un Oscar.
El cine me hará una gran estrella.
Porque interpretó el papel muy bien
:: Act Naturally - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

El domingo, Dante se ofreció para preparar una vez más todas las comidas de la semana para Giovanna, ahora mucho más entusiasmado con los miles de ingredientes que había comprado en su tarde en el centro comercial con Gui.

Además de la comida, cambió varios pañales, le dio un baño y pasó todo el día sentado con ella, jugando con los tableros que había comprado. Okay, aún se veía un poco torpe, no tenía práctica, pero era realmente sorprendente cómo estaba tomando todo eso en serio.

Y siendo honesta, era mucho menos agotador tener a otra persona con quien compartir las tareas.

Gio estaba fascinada con él y eso me apretaba el corazón. Me sentía mal y una verdadera hija de puta por la elección que había

hecho cuando descubrí que estaba embarazada. Pasé tanto tiempo enfocada, con miedo de que su familia hiciera algo con ella, que no pensé en lo que Dante podría aportar en la vida de mi hija.

Sí, había sido demasiado egoísta, aunque pensara que era la mejor decisión para nosotras. ¿Cómo podría saberlo, sin embargo? Jamás imaginaría que el idiota que conocía toda mi vida pudiera actuar de esa forma. Fueron años de malas experiencias con él, oyendo los peores comentarios, viendo lo que hacía con las personas y, lo principal, sabiendo de la historia de su familia con un embarazo no deseado.

Suspiré, limpiando mis pensamientos, tratando de enfocarme en el hecho de que había una periodista en la sala de mi apartamento. Porque era ese tipo de cosas que tenía que soportar por haberme sentado en el pene de uno de los herederos más famosos de Río de Janeiro.

Felicidades, María Manuela. Siempre tomando las mejores decisiones. ¿No podrías haberte embarazado sin querer de un desconocido? Tal vez del buenorro que se parecía al Duque de Hastings, que tenía el coche averiado, o del barman del bar de Coroa do Sul. Estoy segura de que sus familias serían más fáciles de manejar.

Dante y yo llegamos a la conclusión de que necesitábamos hablar de nuestras vidas para que la gente dejara de dar suposiciones. Él era el más inteligente y nos sugirió un periodista súper ético que no inventaría mil absurdos con todo lo que decíamos.

Respiré profundamente, saludando a Nicole Pestana, periodista de "Estilo VIP", ¡una revista de Río de Janeiro que se enfoca mucho en la vida de las celebridades y las familias de élite de la ciudad, pero sin todo el sensacionalismo y sarcasmo de la *QueenG*![11].

Era mejor controlar lo que los medios divulgaron. No queríamos correr el riesgo de que Samuel Medici distorsionara o insinuara cosas sobre nuestras vidas.

Nicole Pestana era una mujer negra de piel oscura, alta y delgada, y su silueta se veía increíble dentro de un traje gris que

parecía carísimo. Ella ostentaba elegancia y era famosa por siempre llevar sus grandes gafas rojas, y hoy no era diferente.

Ella sería quien conduciría la entrevista y sabía que era una profesional con integridad, ya que había hecho un par de entrevistas conmigo cuando algunas cosas sobre *Petrolio*.

— Bien, ¿vamos a comenzar? — preguntó, sonriendo y sentándose frente a nosotros, colocándose la taza de café que Dante le había servido sobre la mesa.

— Vamos, claro — afirmó.

— Cuéntame, Manuela... ¿Qué los llevó a esconder el nacimiento de su hija?

— Bueno, Nicole, tú mejor que nadie sabes sobre los males de la exposición — comencé. — No quería eso para Gio.

— ¿Y tú compartís la misma opinión, Dante?

Él tragó en seco y me miró un poco desanimado. Claramente estaba incómodo hablando sobre un pasado en el que no había sido incluido, y yo me estuve jugando las cutículas, intentando calmar mi ansiedad. Ignoré la sensación de ahogo en la garganta y el sudor en la nuca por los nervios.

— Sí, fue una decisión conjunta — sonrió de manera seca.

— ¿Y están juntos desde entonces? — Su ceja se arqueó y abrió una sonrisita traicionera. — ¿Se casaron en secreto también?

¿Casarse? ¿Con Dante Perazzo? Realmente el mundo estaba completamente loco por siquiera considerar eso.

— No estamos juntos — dejé claro, un poco avergonzada, sintiendo que mi rostro se sonrojaba. — Solo vivimos juntos. Ahn... Como amigos.

Amigos... Tuve que contener la risa y me di cuenta de que él también encontró gracia en ello, solo por la mirada de desdén que me lanzó.

¡Qué tontería tan grande!

— Entiendo... Dos amigos criando a una hija... Interesante.

— Sí, solo buenos amigos — él afirmó en un tono irónico que nadie más que yo notó. — Un momento, voy a revisar a Giovanna en la habitación.

Se levantó rápidamente y desapareció por el pasillo, mientras Nicole terminaba de anotar algunas cosas en su cuaderno y yo miraba mis manos, un poco ansiosa. Dante volvió poco después y dijo que ella seguía durmiendo.

— Has estado fuera del radar de la prensa por mucho tiempo, Dante — continuó ella, con un tono sugestivo. — Pero supe que estabas trabajando en un escritorio en São Paulo hace unos meses. Creo que su hija era muy pequeña... ¿Cómo fue eso?

Él me miró un poco nervioso, porque era un tema que no habíamos recordado que podría surgir. Maldita sea.

— Sí... Entonces, la oportunidad que apareció era algo que realmente quería y Manuela me apoyó mucho — mintió, con todo su desparpajo, actuando como si fuera un maldito actor de *Hollywood*, muy sensato.

¿Qué demonios?

— Sí, no podía perder la oportunidad de finalmente estar del lado correcto, ¿verdad? — Sonreí falsamente. — El escritorio en el que trabajó es una referencia en Derecho Ambiental en el país.

— Claro, claro, pero ¿cómo hacían? São Paulo no está tan cerca.

— Tengo un jet privado, Nicole — respondió, con ese tono algo soberbio de rico y casi revuelvo los ojos.

¡JET PRIVADO! ¿En serio tenía un jet?

Dios mío, no podía creerlo. ¿No sabía nada sobre la huella de carbono?

— ¿Y no era agotador hacer el puente aéreo todo el tiempo?

— En absoluto — respondió el falso, recostándose en el sofá, demostrando estar muy cómodo con toda su actuación. — Llegaba a tiempo para hacer la cena. Manuela ama mi comida.

Qué desfachatez, la serpiente. La cabeza de la mujer giró hacia mí, pareciendo sorprendida, y solté una risa nerviosa.

— ¿De verdad? Qué interesante. ¿Y cómo funciona su rutina? Cuéntame un poco más.

— Ah, aquí en casa dividimos bien las cosas y a Dante le gusta cocinar, gracias a Dios, porque yo soy un desastre en la cocina — dije, riendo, relajada, y él me miró con una expresión curiosa.

— Desastre es poco — bromeó él. — Manuela cocina muy mal, Nicole. Si fuera por ella, nuestra hija comería básicamente verduras hervidas con sal — respondió, riendo, y se quedó un rato mirándome cesar la risa.

— Parecen tener realmente una gran conexión — dijo ella, sonriente, y nos miramos un poco avergonzados. — Gio está cerca de cumplir un año, ¿cierto?

Conexión sólo en la cama, querida. Estaba sorprendida de que ella había caído en esa actuación ridícula. O puede que la pobre estuviera drogada para pensar eso.

— Sí, ella cumple 11 meses esta semana — informé.

— ¿Tienen planes para hacer alguna celebración?

— Aún no hemos decidido eso — respondió Dante.

— Está bien. ¿Cómo reaccionó tu familia al enterarse del embarazo? Sabemos que la relación de Manuela con su familia es algo complicada y también hay un estándar para los miembros del Círculo de Oro. — Quiso saber y pensé que Dante vaciló por unos segundos.

— Es un tema personal, Nicole. Estoy seguro de que podemos evitar ese asunto — respondió de manera tajante.

— Disculpa, es que muchas personas se han cuestionado al respecto — intentó Nicole.

— Aún no estamos listos para hablar sobre eso — hablé de inmediato.

No había conversado con Dante sobre la reacción de sus padres. La verdad es que estaba tan preocupada inicialmente por el hecho de que él quisiera quitarme a Gio que no me interesé por cómo su familia había reaccionado a la noticia. Y por lo que parecía, había algún conflicto, pero eso ya era de esperar.

— Está bien. — Ella sonrió. — Hablemos de cosas más ligeras... ¿Y ustedes creen que Giovanna se parece más a quién?

— Lo verás tan pronto como la tomemos para la foto — respondí en un tono divertido, y Dante hizo lo mismo.

— Una miniatura de Dante, supongo — dijo ella, riendo.

— No totalmente. La nariz y la boca de ella son idénticas a las de Manuela. Ah, y la terquedad también — insinuó él, y yo entré

cerré los ojos, conteniendo la risa.

¡Qué desfachatez!

— ¿Mi terquedad? Nadie es más terco que tú — le recordé, y él sacudió la cabeza negativamente, oprimiendo los labios.

— ¡Ustedes son una figura! — comentó entre risas. — No imaginaba que su relación fuera así, teniendo en cuenta...

Limpiaron su garganta, interrumpiendo.

— Lo siento, no quería volver a sacar el tema de tu familia.

— Está bien, no es ningún secreto que tengo problemas con los Perazzo — afirmó, encogiéndose de hombros.

— Sobre eso, me enteré de que están trabajando juntos. ¿Cómo ha sido? — cambió de tema ella.

— Sí, tenemos algunos proyectos, pero no podemos discutir sobre eso — se adelantó Dante.

— Viven y trabajan juntos... Debe ser un desafío. Qué bueno que se llevan bien, ¿cierto?

— Gracias a Dios, ¿no? — respondí en un tono sarcástico.

— Es realmente genial — contestó Dante en el mismo tono, mirándome.

Después de la entrevista, tomamos a Gio para la foto y ella pidió al fotógrafo que subiera al apartamento. Estaba hermosa, con el vestido azul marino super arreglado que Dante había comprado y el cabello recogido en un solo moño con un lazo del mismo color. Mi hija ya parecía una copia de él, y vestida con esas ropas sofisticadas, lo era aún más.

Dante mostró la marca que tenía y era igual a la suya, y Nicole se quedó impactada. Luego, el hombre pidió que nos posicionamos en el sofá para tomar una foto de los tres, como si fuéramos una especie de familia de comercial de margarina.

Tan falso.

Odiaba todo eso. Odiaba la mentira, la exposición, el hecho de que mi hija ahora fuera vista como una heredera de un imperio responsable de destruir todo el ecosistema.

Aun así, estaba en un callejón sin salida.

Nicole nos agradeció varias veces y avisó que nos enviaría la foto porque necesitábamos tenerla en un marco. Lo que me hizo

darme cuenta de que se había percatado de la falta de fotos en el apartamento.

— ¿En serio tienes un jet privado? — pregunté un tiempo después, y él asintió, sonriendo de oreja a oreja como si estuviera orgulloso. — ¿Tienes idea de la cantidad de CO2 que emite un jet privado? Es una responsabilidad absurda que impulsa el colapso climático, y tú, como abogado en el área ambiental, deberías saberlo.

Él me miró, un poco fastidiado.

— No sirve de nada que me mires así, sabes muy bien que estás siendo irresponsable e incoherente.

— No soy incoherente — replicó, pareciendo ofendido.

— Sí lo eres. Deberías deshacerte de eso.

— No voy a deshacerme de mi jet privado, María Manuela. Y si quieres saber, tengo un contrato para neutralizar las emisiones de carbono plantando árboles.

— Aun así, no hay necesidad de que tengas un jet...

— Ok. ¿Quieres almorzar? — preguntó, dirigiéndose hacia la cocina con Giovanna en brazos.

— ¿Vas a cocinar? — levanté una ceja.

— Tú no vas a hacerlo — afirmó, en un tono divertido.

— Sabemos que no lo haré. — Gio dio un grito y balbuceó algunos sonidos. — ¿Quién va a comer todo hoy? — pregunté, levantándome en brazos para luego ponerla en la silla alta mientras ella movía la cabeza negativamente.

— ¿Ves? Terca como tú — insinuó, riendo y mirando de reojo mientras colocaba la olla en la estufa, y yo puse los ojos en blanco.

Coloqué un juguete frente a la niña y en un instante se desconectó del mundo y comenzó a jugar.

— Dante...

Hice una pausa y respiré hondo. Apreté las manos, tratando de ocultar mi miedo en la pregunta que haría a continuación:

— ¿Qué dijeron tus padres sobre Gio?

— ¿Qué crees que dijeron, Manuela? — Apoyó los brazos en la encimera y se quedó mirando al suelo.

— No lo sé, pero puedo imaginar algunas cosas.

— No aceptan. No aceptan que haya roto la estupidez que ellos llaman "linaje".

Dante chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza negativamente. No me miraba a los ojos, como si estuviera avergonzado, y yo sabía el motivo.

Las familias del Círculo de Oro realmente se veían a sí mismas como personas superiores, como si tuvieran incluso un maldito sangre diferente al nuestro. Era ridículo.

Y el hombre frente a mí pasó años de su vida repitiendo ese sermón. Recordaba que, en el primer año, una de las becadas se interesó por él. Dante se enteró y en algún momento, frente a todos, el idiota la miró con desprecio y dijo que jamás se involucraría con una "muerta de hambre" como ella.

— ¿Ahora lo consideras un idiota?

— Sí. Era un idiota, pero ya no me importa nada de eso.

— Te importó toda tu vida — recordé, y él me miró.

— Crecí escuchando toda esa mierda, de que éramos mejores que los demás, tratando a las personas con menos poder adquisitivo como basura... — suspiró, cansado. — Así me crié, María Manuela, dentro de mi maldita burbuja, rodeado de personas grotescas con comportamientos ridículos. Fue lo que aprendí toda mi vida, hasta que comencé a tener mis propias opiniones — terminó, desviando la mirada.

— ¿Y has cambiado? Tus opiniones, quiero decir.

— ¿Crees que me enfrentaría a mi padre aceptando trabajar en contra de su empresa si mis percepciones del mundo no hubieran cambiado? ¿Qué sentido tendría eso?

— ¿De verdad no tienes las mismas percepciones del mundo? — estreché los ojos, un poco desconfiada.

— No.

— ¿No crees que las personas fuera del Círculo de Oro son solo pilares para sostener su estructura? — indagué, llena de sarcasmo, usando una frase que él había dicho en el pasado. — ¿Ya no piensas que los pobres son el problema del mundo? ¿O que vamos a pasar toda la vida persiguiendo nuestro propio rabo para hacer algún tipo de diferencia en la sociedad?

— No, no lo creo. Y tú, María Manuela, eres la prueba viviente de eso — respondió, seco, volviendo a mirarme a los ojos.

Sentí mi rostro sonrojarse y me sentí un poco incómoda. Era extraño escuchar ese tipo de comentario de su parte. Cuando lo conocí, inmediatamente me molestó la cantidad de tonterías que salían de su boca. Lo odié con cada fibra de mi ser, pero en mi último año, todo lo que sentía era pena por él al ser un tipo de espíritu tan pequeño. Entonces, empecé a tratarlo con más indiferencia y sarcasmo, lo que lo irritó aún más.

La hostilidad entre nosotros me mantenía fuerte, de alguna manera, en aquella época. Las cosas que él decía me daban más ganas de demostrarle lo contrario. Lo que más me importaba era que por más que Dante fuera un imbécil, era muy inteligente. El idiota, aunque involuntariamente, me desafiaba como nadie.

Eso fue nuestro combustible durante todo el tiempo de la universidad. Y realmente imaginaba un futuro en el que tendríamos enfrentamientos reales, y no simulaciones o actividades aleatorias de un *Bootcamp*.

Dante nunca hizo caso, sin embargo. Tan pronto como terminó la universidad, no aceptó un puesto en *Petrolio*, simplemente decidió gastar el dinero de su familia viajando. Y luego, apareció queriendo ser el salvador del medio ambiente, no sé por qué.

— Nuestra relación ya estaba pésima desde que decidí aceptar el puesto en el escritorio — volvió a hablar, llamando mi atención.

— A propósito, ¿por qué hiciste eso?

— Como dije, mis percepciones cambiaron — respondió, como si eso fuera lo máximo que diría sobre el tema. — De cualquier manera, todo estaba mal y luego hablé de ella y la situación empeoró.

Dante suspiró, cortando casi milimétricamente los cubitos de cebolla.

— Pensé que mi madre podría manejarlo mejor, pero al parecer, no.

— ¿Y tu hermano?

— Dom está ansioso por conocer a Gio — contó, y yo abrí los ojos, un poco sorpresa.

— ¿De verdad?

— Sí, estaba esperando para preguntarte cuándo sería un buen momento para que los presentara, pero con todo lo que está pasando... Además, nunca he salido solo con ella. — Su mirada se dirigió a la niñita jugando en la silla y dio una media sonrisa.

— Él es tu hermano, Dante. Como no dijiste nada, solo asumí que Domenico no quería conocer a Gio.

— No, realmente quiere. Hice una videollamada, pero...

— ¡Dios mío! ¿Una videollamada? — pregunté, perpleja.

— No voy a invitarlo a tu casa, María Manuela. Además, apenas estábamos hablando.

— ¿Quieres preguntar si quiere almorzar? — indagué y Dante parpadeó, un poco en shock por mi sugerencia.

Abrió y cerró la boca, me miró entrecerrando los ojos y luego apoyó una mano en la cintura, pareciendo pensativo.

— Nunca he cocinado para Dom — fue lo único que dijo.

— ¿Qué? — me reí, encontrando gracioso su comentario.

— No sé. Mi hermano ni siquiera sabe que cocino...

— Bueno, tal vez sea un buen día para que presentes a tu hija y tu comida — bromeé.

— ¿Estás segura? — Percibí un destello de esperanza en sus ojos, pero luego él hizo un gesto negativo con la cabeza. — No, no sé si es el mejor momento. Ustedes tampoco se llevan muy bien y...

— Llama a él de una vez.

Dante tomó el teléfono y llamó a su hermano, necesitando repetir cuatro veces que sí, era para que viniera a mi apartamento a almorzar con nosotros. Y también aseguró que yo no iba a cocinar.

— ¿Le dijiste que cocino mal?

Qué audacia.

— No, mi hermano estaba preocupado de que esto fuera una emboscada para que tú lo envenenaras.

— No necesito cocinar para eso — bromeé, haciéndolo reír. — ¿Qué estás preparando ahí? — pregunté al ver que abrió un paquete de harina.

— Una carbonara — contó, distraído.

— ¿Qué? — me reí.

— ¿Nunca has comido? — Me miró sin creerlo.

— Claro que he comido, pero... ¿Vas a hacer la pasta?

— Sí — respondió, como si fuera algo obvio.

— ¿Sabes hacer masa de pasta? — Mi tono de voz incluso subió de volumen.

— ¡Es ridículo!

— Dios mío, ¡quién eres tú! — indagué, perpleja, y él se río.

— Pa-papá. — Escuchamos a Gio decir, sonriendo y apuntando al hombre frente a mí.

Tanto mi boca como la suya se abrió de inmediato y nos quedamos sin reacción mirando a la niña frente a nosotros.

¡No! ¡Eso no podía ser real! La primera palabra de ella no podía ser "papá".

Dante se acercó a Giovanna, riendo, claramente sorprendido, y se inclinó hacia ella. Ella sonrió, emocionada, estiró los brazos pidiendo brazos y repitió la palabra de nuevo.

Era como una flecha en mi pecho.

¡Maldita traidora!

— ¡Eso es, Gio! ¡Papá! — gritó, moviéndola en el aire y mi hija comenzó a reír a carcajadas, completamente entretenida.

— ¿Yo cargué a esta niña durante 9 meses, tuve un parto de 12 horas para que su primera palabra fuera "papá"? — exploté, irritada, y los dos se quedaron mirándome, Dante apretando los labios, conteniendo para no reír. — ¡Has estado aquí dos semanas! ¿Cómo hiciste eso?

— Solo le pedí que repitiera algunas veces... — respondió con calma.

— ¿Algunas veces? — pregunté, sin creerlo.

— Ok, muchas veces — admitió y solté un grito de rabia.

Me detuve frente a él y comencé a decir "mamá" sin parar mientras ella me miraba curiosa. De vez en cuando, volvía a mirar a Dante con complicidad y se reía. Lancé una mirada de odio en su dirección y él sofocó la risa. Era demasiada audacia.

Está bien, estaba feliz porque ella había dicho su primera palabra, ¡pero era simplemente demasiado injusto!

¿Acaso Dios me estaba castigando por haberle escondido a Giovanna? Solo podía ser eso.



Estás cegado por los arcoíris.
Prestar atención al viento que sopla
Cegado por los arcoíris
Sueñas por la noche
Duermes por la noche
Dudo
:: BLINDED BY RAINBOWS - THE ROLLING STONES::

Dante Perazzo

Mi hermano estaba bastante nervioso cuando entró en el apartamento. Abrí la puerta y noté que observó todo rápidamente y de manera curiosa. Le dio una sonrisa forzada a María Manuela, seguida de un "buenas tardes" seco.

Ella respondió de la misma manera, y no esperaba que fuera muy diferente. Cómo Dom era muy educado, también agradeció por la invitación y le entregó una botella de vino.

Tan pronto como vio a Giovanna, su respiración pareció quedarse atrapada en la garganta.

— Dios mío, realmente no necesitas ni un ADN — constató, impactado, cubriéndose la boca con una mano.

La bebé escuchó su voz y en ese instante dejó caer el juguete y sonrió, lanzándole un beso antes de comenzar a moverse en la sillita. Los tres reímos al mismo tiempo y miré a mi hermano, boquiabierto, mirando a la niña frente a él.

— Qué falta de educación, no traje nada para ella — comenzó a justificarse, volviéndose hacia mí, preocupado.

— Habla en serio, Dom.

Gio estaba inquieta, casi saltando en su lugar, estirando los bracitos en un intento de alcanzarlo. Mi hermano sacó un frasco de gel antibacterial de su bolsillo y se lo pasó por las manos.

— Encantado, Giovanna — saludó, acercándose a ella y estrechándole la mano cordialmente, como si estuviera tratando con uno de los clientes de *Petrolio*. — ¿Cómo estás?

Me reí cuando ella agarró su pulgar e intentó llevarlo hasta la boca.

— ¿De verdad vas a hablarle como si fuera una adulta de treinta años? — preguntó Manuela, ahogando una risa.

Ella sacó a Giovanna de la sillita y la acomodó en su regazo.

— Mi amor, este es tu tío Domenico — explicó, sosteniendo el tronco de la niña que estaba desesperada por ir a los brazos del tío.

Él parpadeó, aún sin reaccionar.

— Buenas tardes.

— No te va a responder, idiota — le dije. — Ey, Gio... ¿quieres ir en brazos de tu tío, ¿no?

— No, Dan. No tengo el menor talento con... — se interrumpió, lanzándome una mirada de odio cuando le puse a mi hija en sus brazos.

Ver a Dom sosteniendo a Giovanna era gracioso, porque era un poco más alto y fuerte, pero lo suficiente para que ella pareciera un paquetito aún más pequeño en su regazo. La sostuvo con mucha más seguridad de la que yo lo hacía, lo que me sorprendió.

— Tienes talento — le dije y él hizo un chasquido con la boca. — Dijo "papá" — conté, dándome cuenta de que una mueca involuntaria se formaba en el rostro de la insoportable.

— ¿Ya? Qué bien, ¿y qué más dice?

— Solo eso, aparentemente — respondió ella, llena de odio.

— Ah, ¿no ha aprendido a decir "eco chata" todavía? — Dom fingió un mohín.

— No, pero no te preocupes que cuando crezca, le enseñaré bien para que mi hija te dé una conferencia sobre cómo ser ecológicamente consciente.

— Ya basta, ustedes dos.

Mi hermano respiró hondo, sintiendo el olorcito a tocino en la sartén, y volvió a mirar a María Manuela.

— ¿Qué estás cocinando? — preguntó, haciendo que ella se ahogara en una risa.

— Bueno, ¿no es cierto? Con este olor ni sentirás el veneno — burló, y él puso los ojos en blanco.

— Créeme, el veneno sería dulce en comparación con la comida de María Manuela — le dije, y ella miró para ver si Gio estaba atenta y levantó el dedo del medio en mi dirección con una sonrisa sin humor.

— Vaya, entonces... — se interrumpió, haciendo una mueca porque Giovanna estaba babando toda su camisa, mordiendo el tejido.

— Estoy cocinando, Dom — le conté. — Tomé algunas clases, nada del otro mundo.

Sus ojos se entrecierran hacia mí mientras intentaba inútilmente alejar la boca de Gio y sus manitas que golpeaba insistentemente su rostro, porque ella quería llegar hasta su nariz.

— Imposible.

— Es en serio, lo hice cuando estuve de temporada en Italia.

— Y en vez de ir tras las bocas... — se aclaró la garganta, recordando que estaba frente a un bebé. — De los monumentos italianos, ¿decidiste jugar a *Masterchef*[12]? — se burló.

— Tanto clase. — Manuela hizo un chasquido con la boca.

— Mucho más que tú. — Y le sonrió empáticamente.

— Podrías quedarte en la sala con Gio mientras termino, ¿no? — pedí, echándolo de la cocina.

Domenico fue a la sala con Giovanna y le animé a que se sentara en el suelo a jugar con la niña, lo que hizo a regañadientes,

porque mi hermano no era del tipo de persona que se sentaba en el suelo.

María Manuela estaba espiando a los dos desde la cocina, inclinándose de vez en cuando sobre la encimera para ver lo que estaban haciendo. Ella estaba analizando algunos documentos porque esa mujer nunca dejaba de trabajar.

En algún momento, se acercó a mí, como si fuera a contarme un secreto, y sentí que los pelos de mi nuca se erizaban con la maldita proximidad y el olor de su perfume.

— Tu hermano idiota está usando una vocecita linda para hablar con ella — susurró, riendo, y yo hice lo mismo.

— Ey, Manuela... — la llamé, sujetando su muñeca, y ella miró hacia el lugar, lo que me hizo alejarme de inmediato. — Ahn, gracias por recibir a mi hermano aquí.

— No es nada. Solo no esperes que sea muy simpática.

— Dios mío, ¿eso es algo posible? — bromeé y ella entrecerró los ojos.

— Soy simpática cada vez que no intentó tirarse por la ventana — replicó, con una sonrisa de desdén.

Almorzamos casi en silencio, la conversación se redujo básicamente a preguntas de mi hermano sobre Giovanna, sobre la materia o a sus comentarios sobre lo absurdo que era el desorden que ella hacía al comer.

Él estaba horrorizado.

Dom estaba sorprendido con mi comida y después del almuerzo, cuando le pregunté si quería quedarse un poco más para jugar con su sobrina, pareció un poco incómodo y dijo que necesitaba irse. Aun así, fue un día importante para mí y lo principal:

Estaba feliz de que todos estaban vivos.



La materia fue publicada a la mañana siguiente en el sitio de la revista, y tan pronto como llegué a el escritorio, la secretaria me informó que mi madre estaba esperándome.

Pedí que la dejara entrar en el momento en que puse los pies en mi sala, ya presionando el puente de mi nariz, pensando en el estrés que venía. Entonces ella entró, caminando con toda su postura habitual.

— ¿Cómo estás? — pregunté, dándole un beso en la frente.

— Dante... — comenzó ella con la voz temblorosa, mirándome, y luego volvió su atención al celular que tenía en la mano.

Abrió la boca, la cerró de nuevo y volvió a mirar la imagen. Había tanto dolor en su mirada y yo sabía exactamente lo que mi madre estaba sintiendo.

— Pensamos que era mejor decir que yo ya lo sabía — comenté y ella siguió mirándome, un poco sin reacción.

— Es tu reflejo — dijo con la voz quebrada, completamente afectada, y yo sonreí débilmente.

— Te lo dije.

— Dante, ¡no sé qué hacer!

Y entonces ella se derrumbó. Mi madre no era una persona que llorara fácilmente, al menos no frente a mí, y normalmente, cuando esto ocurría, era por culpa de mi padre, por algún comentario absurdo que había hecho o por tratarla mal.

Durante toda mi vida, cada vez que mi madre lloraba, lo escuchaba decir que ella no podía ser débil, que no podía dejarse afectar porque las mujeres de nuestra familia no eran así. Y luego, ella se secaba el rostro, respiraba hondo y volvía a mantener una expresión firme, sin ninguna emoción. Excepto que, por dentro, sabía cómo estaba: hechas trizas, rotas.

— Siempre he valorado a nuestra familia, a nuestro nombre, pero no puedo ser como tu padre. — Soltó el aire, cansada. — No puedo saber que tienes una hija e ignorarla.

— Entonces no la ignores, madre.

— Pero tu padre...

— ¡Que se joda mi padre y toda esta porquería del Círculo de Oro! ¡Madre, Giovanna tiene mi sangre, tu sangre! — recordé y ella me miró, con los ojos aún húmedos. — Ella es mi familia, nuestra familia.

— Lo sé — respondió en voz baja, casi como si estuviera confesando un crimen.

Lo sabía. La familia era todo por lo que mi madre vivía. Yo y mi hermano éramos todo para ella y el amor que tenía por nosotros era mayor que cualquier sociedad elitista asquerosa.

— No tuve una elección, no pude convivir con ella desde el inicio como hubiera querido — comenté, sintiendo un apretón en el pecho y un nudo en la garganta. — Tú tienes esa oportunidad ahora y simplemente la estás dejando pasar. Estoy seguro de que en algún momento te arrepentirás.

— No quiero comenzar una guerra con tu padre, Dante. No tengo fuerzas para eso. — Su tono de voz era casi inaudible. — Los periodistas nos están buscando y él está cada vez más irritado. Desde que salió el primer artículo, apenas está en casa.

— No des entrevistas, por favor — pedí.

— No tengo intención de hacerlo.

— Señor Perazzo, la señorita Rangel está en la recepción esperando para verlo también. — Deusa apareció por la puerta y yo puse los ojos en blanco.

No quería lidiar con Marcella. ¡Maldita sea!

— Madre, no puedo decidir por ti, pero si quieres conocer a Gio, puedes ir al apartamento — avisé al final y ella me abrazó, dándome un beso en la cara.

— Cuídate, mi amor — dijo, saliendo por la puerta.

Unos segundos después, Marcella entró en la sala casi como un huracán. Su expresión no era para nada amigable y era muy evidente que estaba más irritada que en los mensajes y audios que me había enviado.

— No me respondiste — escupió en un tono acusatorio, acercándose a mí y sentándose en la silla frente a mí.

— Estaba ocupado, Marcella — respondí, moviendo unos papeles.

— ¿Cuándo pensabas contarme que tenías una hija de 10 meses? — preguntó, cruzando los brazos.

— Las veces que te encontré no hablamos mucho... En caso de que no lo recuerdes — respondí, secamente.

— Lo recuerdo muy bien, pero, aun así, creo que podrías haber encontrado tiempo entre nuestras noches para decirme que tenías una hija con María Manuela Guerra.

— Acordamos que nadie sabría nada — dije al final.

— No soy nadie — murmuró ella con una mirada triste.

— Marcella, fue una decisión mía y de Manuela...

Intenté explicarme calmadamente y suspiré al darme cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— ¿Estás con ella?

— No estoy con ella.

— ¡El periódico dice que viven juntos! — contestó, molesta.

— Porque vivimos.

— Además de todo, el artículo dice que cocinas, que tienen una relación increíble, ¡qué demonios es eso! — Su voz sonó estridente y sabía que comenzaría un escándalo pronto si no la interrumpió.

— No te debo explicaciones sobre mi vida, Marcella. Mucho menos sobre mi rutina o sobre la relación que tengo con Manuela.

Era evidente su mirada de insatisfacción y decepción. Sabía que estaba herida, pero era ridículo que me reclamara esas cosas. Marcella había estado enamorada de mí toda su vida y estaba segura de que, algún día, terminaría cediendo y casándome con ella. No importaba cuánto tiempo tuviera que esperar, seguiría esperando, a pesar de que yo afirmara que era imposible.

— ¿Cómo pudiste, Dante? ¿Cómo pudiste tener una hija con esa perra muerta de hambre? ¿Cómo aún puedes vivir con esa vagabunda? — preguntó, trastornada.

— No la vas a llamar así — le avisé y ella me miró, sorprendida. — Ten más respeto, ella es la madre de mi hija, Marcella.

Las palabras parecían haberla golpeado como una flecha.

— ¿Querías un hijo? Yo podría haberte dado un hijo, Dante. Cuantos quisieran. Un hijo y no una bastarda que no va a acabar

con la línea de tu familia ni traerles vergüenza a ustedes. ¡Podríamos estar viviendo juntos, casados! — afirmó, elevando el tono de voz nuevamente.

— ¡No llames a mi hija bastarda, joder! — casi grité, cortando el aire con la mano. — ¡Qué infierno, ¡cuántas veces tengo que repetir que se acabó! Nunca quise casarme o tener herederos contigo, ¡lo sabes!

— ¿Pero quisiste con ella? — preguntó con una voz triste. — La odiaste durante tantos años, Dante. ¡Eso no tiene sentido!

— No fue una elección.

Ella se levantó, se acercó a mí y me miró, pasando la mano por mi nuca.

— Te echo de menos — susurró, acercando su cuerpo al mío.

— Marcella, ¡por favor! Estamos en mi lugar de trabajo... — le avisé, alejándose. — Estoy ocupado y con muchas cosas por hacer. Necesito que te vayas y que pares con todo este show.

— Sabes dónde vivo, Dante. No tardes en aparecer. — Me miró, frustrada, y se dirigió hacia la puerta.

Yo lo sabía, pero no tenía ninguna intención de aparecer.



¿Soy lo suficientemente fuerte?
¿Soy lo suficientemente grosero?
¿Soy lo suficientemente rico?
No soy demasiado ciego para ver
:: Beast Of Burden - The Rolling Stones::

Dante Perazzo

Ella volvió un poco más tarde de lo habitual de la pensión. Algunas noches, Manuela se quedaba un rato conversando allí antes de llevarse a Giovanna. Probablemente ese idiota inconveniente de Adriano debería estar acaparando su atención y aprovechando para pasar más tiempo con ellas, porque al parecer no tenía la capacidad de cuidar de su propia hija y quería la mía.

Cuando finalmente llegó a casa, Manuela avisó que iba a darse un baño y preguntó si podía darle la cena a Gio. No sé cuánto tiempo estuvo en el cuarto, pero tardé tanto que llegué a la conclusión de que se había quedado dormida, incluso sin decir nada.

Bajé las luces de la sala y tomé el capibara de peluche que ella no soltaba. La vi con sus bracitos enredados en él. Desde el día en

que se lo di, la niña se pegó al muñeco y ahora solo podía dormir abrazada a él.

Puse a mi hija en las piernas y empecé a mecerla de un lado a otro para que se durmiera. Ya estaba volviéndome realmente bueno en hacerla dormir. Ella se calmaba tanto en mis brazos y era increíble la sintonía que teníamos, incluso con tan poco tiempo.

— Estás cansada, ¿no? — le pregunté en voz baja y ella me miró, con los ojitos pesados.

Me gustaba hablar con ella, aunque no tuviera respuesta. Era como si, de alguna forma, Giovanna entendiera lo que estaba diciendo.

— Hoy salimos en una revista y aparentemente eres la bebé más linda de Río de Janeiro. Y ni siquiera soy yo quien lo dice, vi los comentarios en la publicación — susurré, con un tono de voz tranquilo.

Ella sonrió, mostrando sus dientecitos, y volvió a acomodarse entre mis brazos.

— Tu madre todavía está molesta porque dijiste “papá”.

Sus ojos se abrieron de par en par, levantó un poco la cabeza y repitió la palabra, haciendo que mi corazón latiera más rápido. Aún me sorprendía un poco cómo algo que nunca había planeado podía brindarme tantos sentimientos al mismo tiempo. Era inexplicable.

— Tal vez deberías aprender a decir "mamá" también, Gio. Ella ya me odiaba lo suficiente antes. Ahora... — sugerí, riendo.

La bebita parpadeó lentamente y se frotó los ojos, dando un gran bostezo.

— Hoy encontré a tu abuela... — Ella tomó mi dedo, cerrando sus manitas. — Creo que, pronto, querrá conocerte y creo que se llevarán bien... Pero ahora que estás hablando, necesitas prometerme que no le contarás a nadie que te olvidé en la tienda.

— ¿QUÉ DICES, DANTE? — Escuché su voz estridente detrás de mí.

Me quedé helado por unos segundos.

Mierda.

Mierda.

Joder.

Era un maldito idiota.

— Shhhhhh — susurré, dándome vuelta hacia ella y mostrando que la bebé estaba casi dormida.

María Manuela me miraba furiosa, con fuego en los ojos. ¡Cómo era de tonto! ¿Por qué los diablos habían dicho eso? ¿Y qué tipo de persona se escabulle por la casa en silencio como una maldita serpiente sigilosa?

Pasé junto a ella, llevándola al cuarto, y estuve allí unos minutos hasta que la bebé se durmió, pensando en lo que diría en mi defensa.

A la mierda, no tenía defensa. Decidí que iría directamente a mi cuarto, pasaría por el pasillo lentamente y evitaría la conversación hasta el día siguiente. Tal vez ella estuviera más tranquila para entonces.

Salí de puntillas. La luz de la sala estaba completamente apagada, es decir, ya se había ido a dormir. Respiré aliviado ante la posibilidad de tener más tiempo para improvisar una excusa.

Abrí la puerta del cuarto y me asusté, porque ella estaba apoyada en el espantoso escritorio que necesitaba ver cada mañana al despertar. Una verdadera visión del infierno.

— ¿Perdiste a mi hija? — gritó un poco, sin levantar demasiado la voz.

— No fue exactamente así... — fruncí el ceño.

— ¿Y cómo fue entonces, idiota? — preguntó, escupiendo las palabras.

— *F-foi*... — balbuceé. — Solo fueron unos minutos, Giovanna estaba dormida y fui a pagar las compras y, cuando me di cuenta, salí de la tienda sin ella, pero me di cuenta al instante...

— ¡No puedes estar hablando en serio! — Sacudió las manos a los lados del cuerpo, trastornada, acercándose. — ¡Eres muy inconsciente! ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado? ¡Podrían haber secuestrado a Giovanna! ¡Hay personas que hacen eso, se llevan a los niños y nunca más nadie los encuentra!

— No pasó nada. Guilherme dijo que esto es algo incluso normal, que él mismo ya olvidó a Lucca... — intenté justificarme.

— ¿Normal? ¿Perder a tu hija es normal? — indagó, perpleja. — ¿Qué tiene Guilherme en la cabeza para decirte algo así? ¡Y ustedes dos en confabulación, escondiéndome esto!

— ¡Cálmate, no pasó nada! — exclamé y ella pareció enojarse aún más.

— ¡Pero podría haber pasado! ¡Eres muy irresponsable, Dante! No debí haber confiado en ti ni haberte dejado salir con ella.

— Ella también es mi hija, María Manuela. No tienes que "dejar" nada — repliqué, empezando a perder la paciencia también.

— Ah, pero claro que tengo que dejar, porque claramente no puedes cuidar de un niño solo sin perderlo por ahí — dijo desdeñosa.

— Ya te dije que fue sin querer, ¿de verdad crees que haría eso a propósito?

— ¡No importa si fue sin querer! ¡La olvidaste en una tienda! — volvió a gritar, apuntando con el dedo cerca de mi cara. — ¡En una tienda!

— Por Dios, ¿cómo puedes ser tan molesta e insufrible? — pregunté, elevando mi tono de voz y ella soltó un grito de indignación.

— ¿Cómo puedes ser tan consentido y prepotente que piensas que nada tiene consecuencias? — indaga, aun jadeando.

Quedamos en silencio mirándonos, ambos enfadados el uno con el otro, con la respiración pesada. Estábamos demasiado cerca y eso nunca era bueno. Sus mejillas estaban rojas, se podía ver su pecho subiendo y bajando rápidamente por la blusa rosa que llevaba puesta.

Desvié la mirada para notar que Manuela llevaba la barriga al aire y un short diminuto. Joder, no podía andar así por la casa, por el bien de mi cordura. Necesitaba centrarme en el maldito odio que sentía por ella, no en la atracción. Mi enfoque debería estar en mi cabeza, no en mi...

Y entonces, de nuevo, toda esa mezcla de sentimientos invadió mi cuerpo y cuando parpadeó, ella se lanzó hacia mí, presionando sus labios contra los míos y tirando de mi rostro con urgencia.

¡Que se joda!

Esa sensación surrealista e inexplicable me llenó como siempre. En el momento en que esa atmósfera hostil nos rodeaba, todo dejaba de tener sentido y había sido así desde la noche en que estuvimos juntos por primera vez.

Todo dejaba de existir. Éramos solo nosotros dos. Todo nuestro odio. Todo nuestro deseo desquiciado.

Las emociones desbordan y cada mirada era una chispa que incendia mi cuerpo, mi alma. Era imposible negar o pelear contra la intensa atracción que teníamos el uno por el otro, incluso cuando en todos los otros momentos el odio era el protagonista de nuestra historia.

Cuando nuestras lenguas se tocaban, era como si nada más importara, una energía fuera de lo común. Y esa conexión inexplicable nos mantenía volviendo el uno hacia el otro, como si estuviéramos atrapados en un ciclo inescapable. Cada encuentro era una mezcla de incertidumbre, el fuego del deseo derritiendo todo el hielo de la hostilidad.

La irritación de saber que no había nadie que provocara ese tipo de efecto en mí como lo hacía María Manuela me dejaba aún más enojado con ella, pero el calor de nuestros cuerpos quemaba todo eso, convirtiéndolo en cenizas.

Sujeté su cuello y presioné su cuerpo contra el escritorio del cuarto, haciendo que todas las cosas que estaban allí encima cayeran. Empujé el portarretratos con la foto de ella con su madre, el portalápiz a un lado, atrayéndola sobre la mesa y sintiendo sus piernas enredarse en mi tronco.

Ninguno de los dos se preocupó por el desorden que estábamos causando, seguimos besándonos violentamente hasta que ella cambió de posición, empujándome contra el respaldo de la cama y provocando que la lámpara se rompiera en mil pedazos.

Nuestra discusión parecía estar ocurriendo allí, en ese momento, con nuestros cuerpos, mientras recorremos la habitación, besándonos de una manera un poco más agresiva de lo habitual y chocando con los objetos a nuestro paso.

— Las cosas se están rompiendo... — informé, porque ella parecía ni siquiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo a

nuestro alrededor.

— Que se joda — respondió dentro de mi boca, sin dejar de besarme.

— Entonces podríamos aprovechar y romper esa cosa horrible que restauraste.

— Cállate la boca, Dante, y...

La sostiene con fuerza mientras envolvía mi mano alrededor de su cintura, levantándome en el aire y colocándola nuevamente sobre el escritorio. Separé mi boca de la suya para quitarle el top y mantuve mi mano en su garganta, mirándola seriamente cuando me di cuenta que todo el odio hacia mí se reflejaba en sus pupilas.

Ella levantó mi camisa desde la base, tirando de ella lentamente y arañándome la piel con sus uñas. Y entonces María Manuela me empujó, golpeando mi espalda contra el armario con todas sus fuerzas, esbozando una sonrisa satisfecha.

— Hijo de puta — maldije, apretando más mi agarre en su cuello y ella suspiró ruidosamente, besándome de nuevo en el segundo en que nuestros cálidos cuerpos se tocaron.

La sujeté por las muñecas con una mano y la levanté, caminando con ella hacia la cama, ignorando el hecho de que la mujer estaba tratando de liberarse de mi agarre por pura terquedad. Cubrí mi cuerpo con el de ella mientras la arrojaba sobre el colchón y sus quejas cesaron tan pronto como mi lengua recorrió su barbilla, mandíbula y cuello.

Deslicé mi mano por su muslo y ella rodó sobre mí, sujetando uno de mis brazos con su rodilla. La desgraciada estaba hermosa con su respiración agitada, sus mejillas sonrojadas y esa pequeña sonrisa victoriosa por esa pequeña guerra que estábamos teniendo. Su cabello desordenado caía sobre sus ojos, sus labios hinchados hacían que su boca fuera aún más invitante y sus pechos estaban duros.

Mierda, eso fue realmente una vista fantástica.

Por mucho que me excitara tenerla encima de mí, quería verla enojada, porque de alguna manera eso me ponía aún más cachondo.

Joder, esa maldita cosa había arruinado el sexo para mí. No haría eso con nadie más. Esa mirada única, las expresiones, el torbellino de sentimientos.

Odiar.

— ¿De verdad crees que así vas a ganar una discusión, María Manuela? — La arrojé a un lado nuevamente y me posicioné entre sus piernas, sujetándome las manos sobre la parte superior de su cabeza.

Ella me miró fijamente y le di una sonrisa sarcástica, volviendo a besarla. Así lo quería. Entregado a mí.

Mi mano se deslizó dentro de sus bragas y ella dejó escapar un gemido mientras lamía su vientre y alternaba chupetones entre sus pezones. Cerré los ojos mientras enterraba mis dedos en su coño mojado, completamente alucinado por la sensación.

Su cuerpo se retorció en la cama con la fricción y ella movió sus caderas, tratando de ganar algún tipo de control. Intentó en vano liberar sus muñecas y respiraba cada vez con más dificultad.

— ¿Por qué... ¿es tan lento? — se quejó y luego maldijo.

Nuestras miradas se cruzaron y sonreí.

— Nuestras acciones tienen consecuencias ¿verdad? — pregunté divertido, apretando un poco más su clítoris y ella gimió cerrando los ojos.

— Te odio — susurró débilmente y me reí.

— ¿Y aun así? Tal vez debería dejar de hacer lo que estoy haciendo... — sugerí, pasando mi lengua por sus labios y deteniendo los movimientos.

— No te atrevas a hacer eso — me advirtió mirándome seriamente.

— Ya te lo dije, María Manuela. Tú no me lo das. Pedidos.

Cada palabra fue dicha lentamente mientras mi pulgar se deslizaba lentamente por su garganta, sintiéndola tragar con fuerza. Aceleré nuevamente mis movimientos, buscando su punto G.

La respiración se entrecortaba con cada respuesta inconsistente.

Estaba obsesionada con cada una de sus reacciones. Y no podía apartar mi boca de la suya, tragándome las maldiciones, los

gemidos.

Cada detalle físico tenía un significado. Los suaves labios que se movían en sincronía con los míos, su cabello despeinado indicando la intensidad de lo que estábamos haciendo y la oscuridad de sus ojos que reflejaban deseo y odio. De carrera a carrera.

Mis dedos no le dieron descanso y no tardó mucho en contraerse, arqueando la espalda hacia atrás, como empujada por el largo gemido que escapó de su garganta.

Los espasmos que recorren tu cuerpo, sin ningún control. Y no había nada mejor que saber que le hice esto.

En el momento en que logró soltarse un poco, se quitó las bragas y se rodó encima de mí, haciéndome reír. Mis manos se hundieron en su cabello y la miré durante unos segundos en silencio. Ella era hermosa, definitivamente.

Su boca se acercó a la mía y sentí su aliento caliente y su respiración pesada.

— Yo también puedo jugar a ese juego, Dante — dijo, entrecerrando los ojos y frotando su coño contra mi polla.

La lengua pasó por mis labios e invadió nuevamente mi boca, eliminando todo espacio entre nosotros.

Pasó su mano sobre mi vientre y la deslizó dentro de mi ropa interior, sintiendo toda mi dureza. Ella sostuvo la base con un poco de fuerza, lo que me hizo soltar un gruñido y me miró satisfecha con eso.

Ella bajó hacia mi polla y la cubrió con su boca, deslizando su lengua por todos los extremos, dejándome aún más sin aliento. Giró alrededor de la cabeza tan lentamente que comencé a preguntarme si la maldita cosa me estaba torturando.

Y por la forma en que sonrió María Manuela, estaba seguro.

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras ella chupaba más fuerte. Sostuve su cabello, observando su cabeza subir y bajar mientras mi polla desaparecía en su boca, hasta el fondo de su garganta. Sus movimientos alternaban entre rápidos y lentos, dejando cada parte palpitando dolorosamente.

— ¡Maldición! — Respiré profundamente, intentando atraerla hacia mí, pero rápidamente Manuela se subió encima de mí,

encajando su coño en mi polla y sentándose sin siquiera darme tiempo a pensar.

Solté otra maldición y jadeé. Mi cuerpo ardía al ver su espalda arqueada y sus pechos balanceándose mientras me montaba.

Luego se mordió el labio inferior, dando otra sonrisa traviesa al darse cuenta de que ya estaba loco.

— Podría quedarme toda la puta noche sentado en tu polla… — me susurró al oído, sin dejar de mover las caderas y luego me mordió la oreja.

Alcanzé su cuello con una mano y ella me miró llena de emoción.

— Eso es exactamente lo que vas a hacer.

— Me voy, ¿no? — preguntó con tono empalagoso, pero con una chispa de petulancia.

— Sí.

— Sí quiero...

Y antes de que pudiera responder, ella se levantó un poco y volvió a sentarse encima de mí, con más fuerza, hasta que la llené por completo.

Gemimos casi al unísono y tuve que hacer acopio de todo mi poder para no correrme dentro de ella.

¡Mierda, olvidé el maldito condón otra vez!

— ¡Olvidé el condón, maldita sea! — dije sujetándola por la cintura para que se detuviera. —¿Qué carajo me pasa cuando estás cerca?

— Está bien, Dante. Tomo pastillas anticonceptivas, me aseguró y, en cuanto abrí la boca para preguntar, Manuela pareció leer mis pensamientos. — Y no te preocupes, no he tenido sexo con nadie sin condón desde la noche en que fuimos... imprudentes.

— Excelente.

Mis dedos se clavaban fuertemente en sus muslos, sujeté su cintura y rodé sobre ella. Le abrí las piernas y empujé dentro de ella, más fuerte esta vez.

— ¿Excelente?

— Me gusta saber que sólo estás siendo imprudente conmigo — dije contra sus labios, besando su boca después.

Su expresión se oscureció, como si estuviera irritada por el hecho que acababa de observar.

— No siempre estoy...

— Cállate, María Manuela.

Empujé una y otra vez, tragándome cada uno de sus gemidos, sintiendo el sudor goteando por nuestros cuerpos mientras nos movíamos bruscamente. Esa sensación casi masoquista de burlarnos mutuamente marcó el mejor sexo de mi vida, con la persona más improbable de todas.

Era casi como una mezcla tóxica de odio y deseo.

Irresistible.

Adictivo.

Mis manos se deslizaron por su piel y mi lengua hizo lo mismo, desesperada por recordar el sabor de cada centímetro de aquella mujer que me arrebató la paz.

La razón de mi caída.

Empujé más fuerte, dándole una fuerte palmada en el muslo, lo que provocó que me miraba burlonamente.

— ¿Eso es todo lo que tienes, Dante?

Luego le di una bofetada en la cara y vi como sus ojos se oscurecían aún más. Mi imagen reflejada, en llamas. No pasó mucho tiempo antes de que ella intentara hacerme lo mismo, pero agarré su muñeca y la sujeté cerca de su cabeza.

— ¿Qué dijiste? — pregunté sujetándose la cara.

— Estúpido.

Una bofetada más.

Cerró los ojos y sonrió satisfecha.

Dejé que mis dientes recorrieran su mandíbula y mi aliento quemara justo debajo de su oreja, junto con una risa.

—En el fondo, María Manuela... creo que te encanta cuando te doy órdenes y hago contigo lo que quiero.

No la dejé responder, embestí de nuevo, entrando hasta el fondo y haciéndole quedarse sin aliento. Y continué. A un ritmo vertiginoso y desenfrenado, hasta que mis músculos empezaron a arder.

Su cuerpo temblaba bajo el mío, sus manos tiraban de mi nuca mientras Manuela me besaba violentamente. El orgasmo irradiaba por cada partícula de su cuerpo y los espasmos llegaban en oleadas. Los besos sólo fueron interrumpidos por los gemidos cada vez más fuertes dentro de mi boca.

Intensifiqué mis movimientos, queriendo que ella corriera una vez más. Mis labios recorrieron sus duros pezones y ella parecía desorientarse cada vez que los alcanzaba.

María Manuela estaba tan caliente, tan apretada y tan deliciosa... Me deslicé dentro de su coño con tanta facilidad. Como si estuviera hecha exactamente para mí.

Fue perfecto, ella era toda perfecta.

Y fue mío otra vez.

Sus dientes se hundieron en mi hombro, probablemente dejando marcas, indicando otro orgasmo. Las paredes de sus músculos se contrajeron fuertemente, apretando mi polla aún más fuerte y provocando que me corriera dentro de ella.

Joder, no había mejor sensación en el mundo que esa.

Besé su boca, dejando que mi pulgar recorriera sus labios mientras los miraba casi hipnotizado. Odiaba lo hermosa que era esa maldita mujer que me quitó la paz. No pude soportar el efecto que ella tuvo sobre mí y el hecho de que yo estaba completamente entregada a ella.

No hubo ninguna explicación No tenía ni la menor idea de por qué me sentía así.

Ojalá no lo sintiera, esa era la verdad.

Daría cualquier cosa por no tener esa sensación que en ese momento me acechaba: la de ser su rehén.

Me quedé acostada a su lado en silencio, nuestras respiraciones jadeantes resonando por la habitación mientras mirábamos el techo, aspirando todo el aire que podíamos.

— ¿Tengo que perder a Giovanna otra vez para que esto vuelva a pasar? — pregunté, volviéndome hacia un lado, con la cabeza apoyada en mi mano.

Me reí, pero ella me miró amenazadoramente.

— Estás jugando con el peligro, Dante. No tiene ninguna gracia.

— Manuela...

Dejé escapar el aliento lentamente, todavía intentando concentrarme en lo que quería decir. Fue difícil cuando sentí que me ahogaba en esos hermosos ojos.

— ¿Ey?

— Lo siento por haber olvidado a nuestra hija en la tienda y por no haberte dicho nada — dijo, ahora serio.

Su expresión cambió, como si le hubieran quitado toda la armadura que llevaba. Ella me miró fijamente unos segundos, un poco indiferente, y aproveché para disfrutar aún más de su rostro, tan cerca del mío.

Estaba tan jodido...

— Es raro oírte disculparte por algo.

— Siempre pregunto... — Encerró los ojos con incredulidad. — Cuando me equivoco. Lo cual casi nunca ocurre.

Manuela me dio una palmada en el brazo y me reí, haciéndola poner los ojos en blanco.

— Está bien — respondió en tono tranquilo. — Solo tienes que tener más cuidado, Dante. Gracias a Dios no pasó nada, pero pudo haber pasado y solo pensar en la posibilidad me desespera.

Asentí y nos sentamos en silencio por un rato.

— Para mí todo esto es todavía muy nuevo.

— Lo sé — murmuró ella, sonando un poco molesta. — Y lo siento por gritar también.

— Está bien... En realidad, puedes castigarme así cuando quieras, cuando haga algo mal. No me opondré a eso – comenté en tono irónico.

— Dios mío, eres tan molesto — murmuró, resoplando.

Pasé mi cuerpo sobre el suyo y besé su boca, con toda la irritación, viéndola derretirse en mis brazos.

Manuela sonrió y llegó a la conclusión de que yo estaría dispuesto a ser su rehén si ella quería.



No, no, una segunda vez no
No es una segunda vez
:: Not a Second Time - The Beatles::

Maria Manuela Guerra

Me desperté a la mañana siguiente muy dolorida. Tuvimos tanto sexo que perdí la cuenta de cuántos orgasmos tuve.

Esto no debía pasar, lo sabía, pero simplemente recibí la visita de esas fuerzas sobrenaturales que tomaron posesión de mi cuerpo cuando Dante estaba presente.

Era la única explicación lógica.

Pasé unos segundos observando mientras dormía, respirando profundamente por el cansancio y con el cabello desordenado sobre su rostro. Qué carajo, el idiota parecía un espejismo ahí tendido frente a mí, con ese cuerpo escultural que me picaba la lengua por lamer cada centímetro de su piel.

Ese fuego habitual se encendió en mis terminaciones nerviosas, filtrándose en cada espacio, incendiando todo dentro de mí. Suspiré, irritado conmigo mismo, notando las marcas de mis dientes en su

hombro y algunos otros rasguños también. Que fastidio, el muy cabrón me hizo perder completamente el control.

Odiaba el efecto que tenía sobre mí y sabía lo dañino que era. Los besos, el sexo... Nada con él podía repetirse.

¡Nos odiábamos! Hace unos días estuvimos delante de un abogado y él a todo pulmón me decía que me iba a quitar a mi hija. Y yo sabía que, si el idiota se daba cuenta, había una posibilidad (aunque pequeña) de que me jodieran.

A veces, podía ver, tan cristalino como el agua, todo el dolor, la ira y el resentimiento que Dante tenía hacia mí, por ocultarse el hecho de que era padre, por todo el tiempo que había perdido con Gio.

Salí lentamente de la habitación y me di cuenta de que mi bebé todavía estaba durmiendo. Así que me di una ducha rápida y fui a la cocina a preparar café.

Ella estaba distraída en el mostrador, con la taza en la mano, todavía pérdida de la noche anterior. Dante apareció en la habitación, vistiendo sólo pantalones de franela y sin camisa, echándose el cabello hacia atrás, todavía somnoliento.

— ¿Ahora vas a andar por la casa semidesnuda? — pregunté mirando hacia otro lado y dirigiéndome hacia la tostadora.

Sería demasiado para mi psique.

¿Qué le había hecho al universo, Dios? ¡Yo defendí el medio ambiente, hombre! ¡Qué vida tan jodidamente injusta!

— Podrías hacer lo mismo. "No me importaría", dijo riéndose, haciéndome poner los ojos en blanco.

Caminó hacia la cafetera, pasando a mi lado y haciendo que todos mis pelos se erizaron solo por la brisa que su cuerpo trajo al mío.

— ¿Por qué te despertaste tan temprano? Pensé que estarías exhausto... — dijo en tono divertido, acercándose la taza a la boca y apoyándose en el mostrador frente a mí.

Demasiado cerca. Demasiado cerca, holaaaaaa.

— Estoy agotada, pero espero con ansias la pequeña fiesta que tendremos hoy — dije mientras tomaba un bocado de tostada. —

¿Estás seguro que puedes traerlo todo? Puedo salir temprano y ayudarte.

Giovanna cumplía 11 meses e íbamos a invitar a mis amigos y a su hermano a cantarle feliz cumpleaños y a comer pastel. Le pregunté si Dante quería llamar a sus padres, aunque sabía la respuesta, y él simplemente respondió que sólo Domenico estaría allí.

Antes de tener a Gio, pensaba que era completamente inútil que la gente celebrara los cumpleaños de sus hijos en sus primeros meses de vida. Después me di cuenta de que es ridículo cómo cambiamos nuestras percepciones en un abrir y cerrar de ojos dependiendo de las experiencias que tenemos en la vida.

Mi hija estaba creciendo tan rápido, las etapas por las que pasaba eran tan diferentes... Fue bueno celebrar eso, celebrar cada día de nuestras vidas. Y después de la muerte de mi padre, comencé a valorar muchos más momentos familiares como esos.

Además, una fiesta siempre era una buena excusa para comer pastel y reunirnos con la gente que amábamos...

Y Dante Perazzo.

— Ya te dije que no es necesario que los dos salgamos temprano del trabajo, Manuela. Ya me diste una lista.

Caminó lentamente hacia mí y tragué saliva con fuerza, notando ese extraño susurro dentro de mi estómago seguido por la disritmia de mi corazón. Dante colocó sus brazos entre mi cuerpo sobre el mostrador, bloqueando mi camino y me miró fijamente.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — pregunté con la voz quebrada miserablemente.

Qué débil era.

Él miró mis labios y me dio una sonrisa arrogante, como si pudiera ver a través de mí. El hijo de puta vio todo, toda mi falta de dignidad.

— Tenemos unos minutos — concluyó, apretando sus labios contra los míos, sujetándome por la cintura antes de sentarme en el banco.

— En serio… — advertí, sin mucho entusiasmo, mientras besaba mi cuello y lo sujetaba con fuerza. — *N-no vamos a...* Seguir

haciendo... esto.

Había algo en la forma en que me tocaba, en la forma en que me miraba... Era demasiado intenso y perturbador. Esa atracción casi magnética que unía nuestros cuerpos, aunque sabíamos que nada de eso era saludable para nuestra "relación".

— Está bien. — Soltó una risa débil, ignorando mi comentario y deslizando sus manos por mi muslo.

¡Ah, a la mierda! ¿Qué diferencia haría unas cuantas horas?

Yo ya estaba rendido, aceptando mi destino, cuando fui salvado por el llanto de mi hija. Una vez más.

— Mierda, ¿este niño tiene un radar para llorar cada vez que empezamos a follar? — preguntó, todavía con su boca en mi cuello.

Dante se apartó de mí, claramente frustrado, y puso los ojos en blanco.

— Tal vez ella siente desde lejos lo equivocado que está esto — sugerí en tono divertido y luego apunté mi dedo índice cerca de su rostro. — Ya no haremos esto — dije, ahora con cierta dignidad, bajándome del banco y acomodándose el vestido.

— Si tú lo dices… — se río, luciendo incrédulo.

Y la verdad es que ni siquiera me pareció muy seguro esa frase. Incluso sonaba irónica. ¡Qué pena, Dios mío!

— Lo digo en serio. Lo de anoche no debió haber sucedido, dije finalmente y me dirigí hacia el dormitorio.

Entré con una gran sonrisa y Giovanna dejó de llorar inmediatamente, levantando los brazos en el aire.

— ¡Felicidades, mi amor! ¡Hoy cumples 11 meses! — Lo celebré acercándome a ella y haciéndole cosquillas en la barriga.

El bebé se reía a carcajadas, intentando alejarse de mis dedos y haciendo varios ruidos divertidos. Abracé a mi hija y caminé hacia la cocina, divertido por los pequeños ruidos que hacía.

— ¡Felicidades, Gio! — Su rostro se iluminó aún más cuando Dante apareció en su campo de visión.

No tardó ni un segundo en empezar a gritar "papá" tan fuerte, casi saltando de mi regazo, que comencé a resoplar. Dante sostuvo a la niña en sus brazos y la levantó por encima de su cabeza,

provocando que ella riera aún más fuerte. Y luego la colmó de besos.

Suspiré profundamente y nuevamente sentí una opresión en el pecho.

Y culpa.

Sentí mucho remordimiento cada vez que los veía a ambos en momentos como ese.



El día pasó rápido y cuando llegué a casa y miré a mi alrededor, me quedé con la boca abierta. La habitación estaba completamente decorada con capibaras. Pancartas, globos y varias cosas más que ni siquiera sabía lo que eran.

No era una simple decoración, era excesiva para una pequeña fiesta en casa. Maldita sea, ni siquiera sabía cómo logró conseguir tantas cosas de carpincho. El capibara no era un tema común en las fiestas infantiles.

Y como si toda esa locura no fuera suficiente, había una mujer bajita en medio de mi sala y una caja gigante con un televisor en la esquina de la habitación.

Parpadeó sin entender absolutamente nada.

— Buenas tardes. Tú debes ser la señorita María Manuela, ¿verdad? — La mujer me saludó amablemente y asentí. — Soy Judith.

— Placer. Y es sólo Manuela o Manu, por favor — respondí con una media sonrisa y caminé hacia la cocina, tirando a Dante hacia una parte escondida. — ¿Por qué hay una mujer desconocida en mi apartamento? ¿Qué tal un nuevo televisor?

— Ah... — Estaba sacando unos *cupcakes* de una caja. — Es Judith, ella es la ama de llaves en la casa de mis padres. Yo... Bueno, pensé que ella podría ayudarme... Quería que todo fuera

perfecto y no soy tan bueno en estas cosas. Y... eh... no pensé que habría ningún problema, ella es prácticamente familia.

Levanté una ceja, llena de burla ante la última frase. Como si los Perazzo considerarán a un empleado un miembro de la familia. Dante notó mi mirada y chasqueó la boca, tratando de ocultar una risa.

— Para mí — corrigió. — Y ella quería conocer a Giovanna y ayudar con los preparativos. Pasé por la casa de huéspedes y vinimos aquí. Sobre la televisión, la compré porque la tuya es pequeñita y súper anticuada.

Dejé escapar un ruido de incredulidad.

— Si no quieres que lo ponga en la sala, lo puedo dejar en mi dormitorio, pero allí no había mucho espacio y el idiota que lo iba a instalar me dejó plantado hoy. ¿Hay algún problema? Porque seamos sinceros, te estoy haciendo un favor.

— Yo... Eh... — Fruncí el ceño, todavía intentando razonar, observándose acomodar los *cupcakes* en forma de capibaras. — Ningún problema. ¿Capibaras?

— Ya no suelta esa muñeca y... — Me miró, luciendo un poco ansioso. — Es mi primer evento...

Dante no terminó la frase y tragó saliva con fuerza, como si fuera demasiado doloroso continuar. Simplemente asentí, comprendiendo el significado completo.

Eligió al carpincho porque era algo que conectaba a los dos. Dante había exagerado porque quería que todo fuera perfecto. Porque sería el primer recuerdo de una celebración a la que asistió Giovanna. Sentí que mi corazón se calentaba en el momento en que conecté todos los puntos en mi cabeza.

— Es todo tan lindo — comenté al ver a un brigadier con una especie de palo con un dibujo de un carpincho de papel encima. — ¿Cómo lograste hacer todo en tan poco tiempo?

— Con dinero — dijo con desdén. — ¿Sabes qué es? Un negocio que mueve el mundo y permite a las personas hacer todo cuando quieran.

— Eres ridículo.

— Eso es porque no viste mi DM en *Instagram*. Después del artículo, recibí decenas de mensajes de personas que querían "patrocinar" su fiesta. ¡Como si necesitara eso! — dijo ofendido.

— ¡Dios mío!

— Dante, querido, ya terminé de poner la mesa — dijo la mujer, un poco sin aliento, entrando a la cocina.

— Oye... ¿Quieres un *cupcakes*? — le pregunté entregando una magdalena.

Ella miró a Dante, que estaba distraído.

— Gracias, señorita Manuela, pero no es necesario.

— Tómalo, Judith — la animó, riendo. — No estamos en casa de mis padres.

— Gracias. — Ella sonrió y su mirada lo siguió fuera de la cocina antes de volverse hacia mí. — El niño Dante es fantástico.

— ¿Por qué te dejó comer un *cupcakes*? — Hice una mueca, un poco confundido.

— No es por eso, es que los Perazzo son muy tradicionales — explicó. — Tenemos reglas y pautas de etiqueta para los empleados.

— Dante dijo que prácticamente sois familia.

Ella suspiró, luciendo feliz de escuchar eso.

— No es exactamente así. Veo a esos dos chicos casi como mis hijos, ¿sabes? Los conozco desde que eran bebés, pero siempre he sabido cuál es mi lugar.

— ¿Qué significa eso?

— Los empleados no pueden mezclarse demasiado con sus jefes.

— Mi madre se hizo cargo de los niños Lacerda y eso nunca fue un problema — comenté. — Al contrario, prácticamente crecí con ellos. Cuando mi padre falleció, mi madre no tenía con quién dejarme y a Pamela, mi ex suegra, le gustaba tenerme cerca.

Judith sonrió y puso su mano sobre la mía cariñosamente.

— Tuvieron suerte, querida. Deben gustarles mucho. No es el protocolo. Especialmente con familias del Círculo de Oro.

— Los hermanos de Adri ven a mi madre como una madre también. Incluso vive con ella ahora — recordé, riéndome, aunque la

risa se apagó rápidamente. — Nunca entenderé esta sociedad ridícula. Esta farsa de segregación...

— No estoy de acuerdo con lo que están haciendo con él, con lo que dicen sobre la niña.

Un nudo se formó en mi garganta en ese instante y sentí mi estómago revolverse.

— ¿Qué... ¿Qué dicen sobre Giovanna, Judith? — Ella pareció dudosa, pero esta vez, yo le toqué la mano. — No se lo diré a nadie, lo prometo.

— No debería...

— Soy madre. Me gustaría saber qué dicen de mi hija — afirmó y ella exhaló en resignación.

— Oí al señor Perazzo decirle a su esposa que ella era una bastarda y todos esos términos despectivos que suelen usar para referirse a personas como nosotros... — Hizo una pausa y me miró preocupada. — Perdón, no quise decir que tú eres igual a mí... Dios mío, no fue eso.

— ¡Judith! — la interrumpí, seria. — Soy exactamente como tú.

— Siento mucho la forma en que están manejando la situación.

— Está bien, estoy acostumbrada al desprecio de esta familia. — Sonreí sin humor.

— Tu nombre ya ha sido mencionado varias veces en la mansión, pero si quieres saberlo, creo que eres una mujer maravillosa. — Sonrió, muy dulce. — He visto algunas de tus acciones, tus luchas. Es bueno saber que hay alguien que desafía a mis jefes.

— Tus jefes son un grupo de imbéciles — afirmé y la señora comprimió los labios, tratando de no reír.

— No los chicos. Ellos son maravillosos. Incluso pagaron el tratamiento de cáncer de mi madre sin que sus padres lo supieran, hace unos dos años. — Abrí la boca, pero ella sonrió. — Ella está bien ahora.

Era difícil de creer que Dante hubiera ayudado a una persona humilde, dado que pasó gran parte de su vida siendo adverso a la clase trabajadora.

Cuanto más descubre sobre su versión actual, me daba cuenta de que no era el mismo Dante Perazzo que había conocido en la universidad. Ciertamente, muchos de sus defectos aún estaban allí, pero me sorprendía el hecho de que hubiera aceptado trabajar en un área distinta a la de la empresa de su padre o que sus percepciones del mundo fueran diferentes.

Sus valores siempre fueron muy arraigados y era extraño verlo tener actitudes contrarias a lo que imaginaba. ¿Quién diría que un tipo tan idiota habría evolucionado en algo?

Era un alivio, sin embargo. Me sentía más tranquila al saber que mi hija no recibiría enseñanzas de valores conflictivos en relación a esto.

— Necesito tomar una ducha, Judith. Gracias por toda la ayuda. Fue un placer. Ah, y si quieres quedarte para el cumpleaños... — sugerí.

Ella explicó que no podía y me agradeció la invitación. Le dije que mis puertas estaban abiertas y que podía venir siempre que pudiera, lo que hizo que la mujer sonriera de forma radiante.

Sí, al menos alguien que Dante consideraba de la familia no era una decepción total.



Sí,
Vamos a una fiesta, fiesta.
Sí,
Vamos a una fiesta, fiesta.
:: Birthday - The Beatles::

Maria Manuela Guerra

Tomé una ducha rápida y pasé algunos minutos eligiendo una ropa. Decidí ponerme un vestido azul claro suelto, con una falda levemente acampanada que llegaba hasta las rodillas y mangas largas hechas de tul.

Cuando llegué a la sala, noté a Dante sentado en el sofá leyendo un libro. Tenía curiosidad por ver la portada, pero escuché golpes en la puerta y la abrí para encontrar a Adriano sosteniendo a Giovanna en brazos. Ella llevaba un mameluco rojo que él le había comprado como regalo una semana atrás. Sonreí y él hizo lo mismo, acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla.

— Estás hermosa — dijo mi ex novio, todavía con la mano sosteniendo la mía, y sentí mi rostro sonrojarse por el elogio.

— Gracias, Adri. Pensé que vendrían todos juntos — comenté al ver que estaba solo, dándole paso para que entrara.

Noté que Dante tenía los ojos en nosotros, pero en ese momento volvió su atención al libro.

— Estaban demorando demasiado. Pensé que podría ayudarte en algo.

— Buenas noches, Adriano. — Dante se levantó, caminando hacia donde estábamos. — Puedes darme a Giovanna.

Lo miré con una de las cejas arqueadas, sin entender su tono de voz áspero y por qué quería quitar a nuestra hija tan rápidamente de los brazos de Adriano.

— Buenas noches — respondió desganado y volvió su atención a la decoración, riéndose.

Ignoró su petición, sin entregarle a la bebé, y noté que Dante comenzó a impacientarse.

— ¿Capibaras? — preguntó, riéndose y caminando hacia la cocina. — Estos animales son ridículos.

— *Eres* ridículo — afirmó Dante, enojado.

— Gente, por favor... — intenté, pero Adriano ignoró su comentario y se volvió hacia mí.

— ¿Necesitas ayuda, Manu?

— No, no necesitamos tu ayuda — vociferó prácticamente el padre de mi hija.

Parpadeó, mirando de uno a otro, sin reacción al ver a los dos cruzándose miradas fulminantes.

— Adriano, dame a mi hija — ordenó, con la mandíbula tensa de rabia —. No voy a pedirlo de nuevo.

Lo miré incrédula.

— Adriano, solo un minuto — pedí, tirando de Dante hacia la habitación —. ¿Cuál es tu problema?

— ¿Qué pasó? — cruzó los brazos.

— ¿Por qué actúas así? — indagué, sin entender.

— No estoy actuando de ninguna manera, María Manuela. Solo quiero cambiar la ropa de Giovanna y el idiota de Adriano no suelta a la chica.

— ¿Por qué quieres cambiarle la ropa? Adriano le dio el mameluco de regalo.

— Compré varias ropas para que no tenga que andar con esos trapos. Ah, y mi hija es una Perazzo, no una Lacerda, por si no te acuerdas — avisó, irritado.

— También es mi hija y no está usando trapos — repliqué con rabia, elevando el tono de voz —. Y puede que no sea una Lacerda de sangre, pero ellos son parte de mi familia, Dante.

— Adriano no es su padre, María Manuela. Yo lo soy, por más que hayas intentado actuar de forma contraria todo este tiempo. — Su expresión se endureció y apretó los dientes.

Fruncí el ceño, sin entender.

— No intento actuar como si Adriano fuera su padre — afirmó y él soltó una risa incrédula.

Escuché más golpes en la puerta de entrada y suspiré, cansada.

— Solo detente con eso — pedí —. Y esto no es un desfile de moda, Dante. Por favor, no discutamos hoy. Déjale a Gio el mameluco, está adorable.

Era increíble. ¿Cómo podía decir que yo intentaba actuar como si Adriano fuera el padre de Giovanna? Si supiera que, en realidad, mi ex tenía una dificultad absurda para conectarse con ella, no estaría teniendo esta reacción.

Sin embargo, no iba a decir eso. Adriano estaba intentando, eso era claro, y lo último que quería era un conflicto más entre los dos.

Mi madre, Guilherme, Julia y Lucca llegaron juntos. Adriano había puesto a Gio en el suelo y ella ya estaba jugando con un tablero de encaje. Dante apareció con cara de mal humor en la sala tan pronto como abrí la puerta y la levantó en brazos, pero la soltó enseguida después de que Julia llevó a Lucca a jugar con ella.

Mi primo y Domenico llegaron después.

— ¡Ringo! ¿Dónde estabas? — preguntó Guilherme al ver al gato escurriéndose entre los muebles.

Él miró a Adriano, arqueó la espalda, sus orejas se pusieron hacia atrás y mostró los dientes, soltando un suave siseo. Ringo

odiaba a Adriano.

— Me encanta la cálida recepción que Ringo siempre te da — zumbó Julia de su hermano.

El gato saltó al sofá y se sentó al lado de Dante, frotándose contra su brazo. Él rodó los ojos, se movió hacia un lado, tratando de alejarse, pero mis traidores volvió a acomodarse, apoyándose en él y ronroneando, mientras frotaba su cabeza en su cuerpo.

Desde que Dante se mudó, Ringo no había vuelto a escaparse y estaba constantemente suplicando cariño del rubio, que intentaba retirarse siempre.

El gato era mío, pero solo quería estar detrás del maldito Dante, apenas me miraba.

— Eso era lo que me faltaba, ¡el gato no le gusta a mí, pero le gusta al idiota! — respondió Adriano cuando se acercó a mí y a Antonio.

— Dante no pasó años atormentando la vida del pobre — recordé, porque cuando salíamos, Adriano lo molestaba tratando de enseñarle algunos trucos al animal.

— Dante atormenta a las personas solo con su presencia y el gato ahí frotándose sobre él — dijo, enfadado.

— Hasta el gato sabe que eres insoportable, Adriano — bromeó mi primo.

Todos estaban esparcidos por la sala cuando Lucca se arrastró hacia la televisión que Dante había comprado, intentando apoyarse en ella para ponerse de pie.

— ¡Manu! ¡Qué televisor tan impresionante! — dijo Gui, emocionado, analizando la caja —. ¿Es 4K? ¡Es enorme!

— Dante la compró — conté, prestando poca atención.

— Sí, obvio que serías tú — constató, riendo hacia el rubio que estaba apoyado en la estantería con un vaso de whisky en la mano, conversando con su hermano.

— La compré para ver los partidos del Fluminense.

— No puedo creer que seas tricolor. — Guilherme parecía en las nubes.

— Obviamente soy tricolor — dijo, orgulloso —. El mejor equipo que existe.

— ¿Viste que convocaron a Sávio Fortes? Solo tiene 18 años, no sé si fue una buena elección, acaba de salir del *Sub17*...

— Fue una pésima elección. Hablé con Duda Mazza hace unos días y estábamos discutiendo sobre eso — comenzó a decir Dante.

— ¿Conoces a Duda Mazza? — Los ojos de mi mejor amigo se abrieron como platos —. ¿Quieres decir eso personalmente?

— La conozco bastante... — Su hermano puso los ojos en blanco y el idiota de Dante esbozó una sonrisita convencida.

— Sí... Es muy amiga de un amigo nuestro. Ya hemos salido algunas veces.

— ¡Dios mío! ¿Ya saliste con Duda Mazza?

— Guilherme está obsesionado con Duda — se burló Julia, acercándose cuando se dio cuenta de que su marido estaba emocionado con la conversación—. Si ella apareciera frente a él, sería *el final* para mí.

— No hables así, cariño. ¡Nunca! — Gui la atrajo para un beso rápido en los labios y ella se río, divirtiéndose.

— Entonces, ¿ya estuviste con Duda Mazza? — pregunté, sin poder contener la curiosidad.

Me lanzó una larga mirada penetrante y sentí que todos los vellos de mi nuca se erizaban. ¡Mierda!

— Sí, pero son aguas muy pasadas.

— Solo estoy imaginando lo que debe ser jugar el nuevo *Resident Evil* en esta televisión — suspiró mi amigo, casi para sí mismo.

— Ah, no. ¿Tú juegas? — Dante ahora era quien parecía emocionado.

— ¡Obvio!

Empezaron a hablar de un tema completamente aleatorio, de zombis o algo así. Yo, Julia y Domenico los mirábamos a los dos sin entender nada de lo que hablaban y mi ex definitivamente estaba irritado con la interacción entre ellos.

Decidí ir a la cocina a buscar un poco de vino y Adriano vino detrás de mí. Desde la habitación, aún podía ver y escuchar toda la conversación por la amplia abertura hacia la sala.

— ¿De qué están hablando? — preguntó en voz baja.

— De videojuegos.

— Deprimente. Voy al baño. — Él resopló y salió.

— ¡Julia, amor, tenemos que comprar una televisión de ese tamaño! — lloriqueó mi mejor amigo, mirando hacia su mujer.

— Gui, nuestra tele es más que suficiente... — respondió, viniendo hacia donde estaba.

— Pero imagina ver los partidos en ella.

— No tenemos espacio, Guilherme — dije al fin.

— Puedes venir a ver los partidos aquí, Guilherme. — Hizo una pausa. — Si a Manuela no le importa, claro.

Me miró, casi como si estuviera pidiendo disculpas por haber "invitado" a Guilherme.

— Gui no necesita ser invitado para venir aquí. — Me reí y Julia se acercó a donde estaba, sirviéndose vino y riéndose de la interacción entre los dos.

— No sé si me gusta esa "amistad" — confesé.

— Deja de ser pesada — dijo en un tono divertido —. Guilherme ama el fútbol y casi no tiene amigos del mismo equipo. Además, me parece genial que venga a gritar con la tele en tu casa — bromeó.

— ¿No te parece extraña esa cercanía? ¿Ni un poco? — pregunté, viendo a los dos discutiendo fervorosamente frente a nosotros.

— Ambos encontraron cosas en común, Manu. Principalmente eso de ser padres. Guilherme dijo que Dante necesita ayuda con Gio y ya sabes cómo es tu mejor amigo... Siempre intentando salvar el mundo, como tú.

Ella se río y se quedó pensativa.

— Y seamos sinceras, amiga, tú estuviste con Dante y tuviste una hija con él. Nada después de eso es extraño. — Se echó a reír y yo bufé, frunciendo el ceño.

— El alcohol fue el nombre de eso — recordé.

— Ah, claro, y ¿cuándo trabajas alcoholizada? — se burló, llevándo la copa a la boca.

¡Qué rabia! Odiaba a mi amiga por siempre tener una maldita respuesta para ponerme en la cara lo débil e incoherente que era

frente a ese insoportable.

Quería contar sobre la noche anterior, pero tenía miedo de los juicios. En realidad, sabía que Julia no me juzgaría, sino que se divertiría a mis expensas, exactamente como estaba haciendo ahora.

Decidí no decir nada.

Nada pasó.

No volvería a pasar, así que no tenía motivos para contar.

— Eres ridícula, Julia. — Ella se río aún más.

No diría nada.

Si lo decía, haría que eso fuera real y todo lo que más quería era fingir que solo había sido un sueño.



Nunca intentes domesticar a un gato salvaje
Solo perderás tu tiempo
Déjame cómo me encontraste
No me metas en ninguna jaula
:: Wild Cat - The Beatles::

Maria Manuela Guerra

El tiempo pasó y me sentía un poco aliviada porque la situación estaba bajo control. Domenico y Adriano se fulminaba con la mirada cada minuto, pero Dante estaba demasiado entretenido conversando con Guilherme sobre videojuegos y fútbol.

En algún momento, el heredero mayor de los Perazzo se rindió con los dos, se sentó en el sofá y empezó a hablar en voz baja con Gio, mostrándole algo en su celular.

Mi madre charlaba sin parar con mi primo que, al parecer, le estaba contando sobre alguna aventura romántica en la que se había metido. Y por el tono de Doña Mónica, Antonio estaba recibiendo un buen sermón. Me reí cuando ella le dio un pellizco en la oreja y él gimió de dolor.

Julia estaba en el suelo, jugando con Lucca, y aproveché para ir a la cocina a buscar el pastel.

— ¿Dónde compraste esos *cupcakes*? Creo que ya comí unos siete — confesó Adriano, entre risas, apoyándose en la barra al lado mío.

— Dante los compró.

Él puso los ojos en blanco y resopló.

— No sé de qué tanto hablan Gui y él — masculló, cruzando los brazos y mirando a los dos.

— No tengo idea.

— Manu... — me llamó en voz baja y estuvo unos segundos mirando sus uñas —. ¿Realmente estás saliendo con Marlon?

— Sí — respondí, un poco avergonzada —. ¿Por qué?

— Pensé que me dirías cuando empezarás a tener citas — comentó, mirándome a los ojos, desanimado.

— Ya he tenido algunas. Y no era un secreto, pensé que lo sabías.

Él me estuvo mirando y se acercó, poniendo su mano sobre la mía y estuvo un tiempo jugando con mis dedos.

— Quería haberte llamado para salir, pero nunca supe cuándo sería el momento adecuado — admitió, un poco avergonzado, aun mirando nuestras manos.

— Adri, ya lo intentamos antes, ¿no? No funcionó entre nosotros — recordé, tratando de ser lo más dulce posible.

— Las cosas son diferentes ahora — afirmó, volviendo a mirarme a los ojos.

— ¿Cuál es la dificultad de venir a buscar un pastel? — Dante apareció en la puerta de la cocina con Giovanna en brazos.

Suspiré con la escena frente a mí y me maldije mentalmente. Solo... verlos juntos, uno al lado del otro, hacía que mi corazón se calentara de una forma que jamás pensé que sería posible.

— Estamos conversando, Dante... Por si no te has dado cuenta — disparó Adriano.

— Manuela, ya casi es hora de que ella duerma — dijo sin paciencia, ignorándolo por completo.

Solté el aire y lancé una mirada de disculpas a Adriano, pero, por otro lado, me sentí un poco feliz de poder escapar de esa conversación. No sabría qué decirle. Nuestro pasado era tan distante y no tenía sentido revivir todo eso nuevamente.

Sabía sobre sus sentimientos por mí, pero tenía claridad sobre los míos. Está bien que ambos ya no éramos las mismas personas, pero no podía ver una razón tangible para intentar algo de nuevo.

Y luego estaba Gio y ese abismo entre los dos. Por más que Adriano lo intentara, tal vez tardaría un poco en desasociar que ella y Dante no eran la misma persona.

No quería quedarme pensando en eso. Fui en dirección al pastel, llevándolo hasta la mesa.

Cantamos "feliz cumpleaños" y Gio y Lucca, como siempre, se divirtieron muchísimo. Los dos aplaudían, emocionados, y hacían varios gritos al mismo tiempo. Lucca lograba balbucear algunas palabras cortadas de la canción y mi hija emitía algunos sonidos indescifrables.

Después de un tiempo, estuve apoyada en la barra de la cocina viendo a mi bebé sentada en el regazo de Dante. Él tomó un poco de la cobertura del *cupcake* y se la pasó por la punta de la nariz de Giovanna, y ambos se reían mientras ella intentaba lamer su propia nariz.

Y cuando el rubio se distrajo, Gio metió la mano en el *cupcake* y se lo pasó por la cara, riéndose aún más. Comencé a reír descontroladamente y el idiota me miró como si me estuviera juzgando.

— ¿Te estás riendo? — preguntó, viniendo hacia mí, llevándola en los brazos.

— Eres muy idiota, era obvio que ella iba a repetir lo que estabas haciendo — seguí riendo, apoyada en el mueble.

Y entonces, cuando levanté el cuerpo para tomar aire, él pasó la parte de arriba de un *cupcake* por mi cara. Giovanna gritó y los dos comenzaron a reír, llenos de complicidad.

— No puedo creer que hayas hecho eso. — Abrí la boca, completamente perpleja por su audacia, tratando de limpiar parte de mi rostro que estaba sucio de cobertura.

— Deberías haberle hecho eso a tu madre, Gio — dijo Dante entre risas.

— *Ma-má* — balbuceó ella, sonriendo y extendiendo sus bracitos en mi dirección.

Abrí la boca de nuevo, sin reacción, y Dante se quedó con los ojos abiertos, también sorprendido.

— Tú... — balbuceé —. ¿Oíste, Dante? — pregunté, atónita, sin saber si realmente había oído bien.

Y entonces, Giovanna repitió y yo di un grito de felicidad, levantándome en mis brazos y girándola en celebración. Dante se quedó riendo de la escena, apoyado en la barra.

— ¡Dijo mamita! ¡Dijo mamita! ¡Finalmente! — salí gritando por la sala con la niña en brazos y Dante nos siguió.

Todos rieron.

— Silencio, gente — pedí, deteniéndose en medio de la sala mientras todos me observaban —. ¿Quién soy yo, Gio? — pregunté y ella se quedó mirándome, pensativa.

Era lo único que me faltaba. ¿Había dicho eso dos veces y ahora iba a hacerme pasar por loca frente a todos?

Ella siguió en silencio y la gente me miraba sin creer.

— Es en serio, gente, ¡ella acaba de decirlo, lo juro! ¡Ustedes tienen que escuchar! — sollocé —. ¡Díselo a ellos, Gio! ¡Por favor! — imploré.

Y entonces, la traidora se volvió hacia Dante y gritó papá, haciendo que todos estallaron en carcajadas.

Excepto Adriano, él frunció el ceño de inmediato.

— Me rindo — dije, soltando el aire, irritada, y entregándose a Dante, que estaba ahogando las risas.

— Ey... — me llamó, sujetando mi muñeca cuando me di la vuelta para ir a la cocina—. Yo oí.

Miré en sus ojos y luego hacia la mano que me sostenía y sentí que mi rostro se sonrojaba involuntariamente.

Él me soltó al instante y yo sonreí levemente.

Sin duda, estaba pagando mis pecados.



Dante Perazzo

Algún tiempo después, todos se fueron. Dije que pondría a Giovanna a dormir y Manuela informó que terminaría de arreglar la sala y la cocina. Cuando salí de la habitación, las luces ya estaban apagadas, así que solo tomé un baño caliente y me acosté en la cama.

Tenía la impresión de que éramos un buen equipo en lo que respecta a cuidar de nuestra hija. Cada vez más me daba cuenta de cómo funcionamos en sincronía con toda su rutina.

Ese día fue realmente extraño. No es que los otros hasta ese momento no lo hubieran sido, pero sentía que, de alguna forma, el día de hoy había sido el más peculiar.

Primero, por el hecho de que el idiota de Adriano no me entregara a Gio cuando lo pedí. Odiaba a ese imbécil, especialmente por actuar como si tuviera alguna autoridad.

Giovanna era mi hija, no de él.

Mi hija.

Mía.

¿Quién se creía ese estúpido?

Y para colmo, María Manuela aún pensaba que eso era normal, diciendo que Gio no tenía su sangre, pero que él era parte de la familia. Vistiéndose con ese maldito y espantoso mameluco.

Era patético.

Me invadía un sentimiento horrible al verlos juntos, era un recordatorio constante de que, sin lugar a dudas, él estaba intentando desempeñar un papel que era mío. Y entonces, todo el dolor por haber escondido a Gio de mí volvía a la superficie.

Todo el rencor, todo el odio.

Y como si no fuera suficiente querer competir conmigo por la atención de mi hija, además le hacía caricias en la mano a Manuela y la miraba con esa cara de idiota en medio de la cocina del departamento.

¡No puede ser!

Era increíble, ese imbécil quería todo lo que era mío.

¡Maldito envidioso!

El segundo hecho absurdo de la noche fue la conversación con Guilherme sobre fútbol y videojuegos. De alguna manera, era interesante tener a alguien que también disfrutara de las mismas cosas que yo, ya que mi hermano nunca tuvo los mismos intereses.

Era una buena compañía. No es que tuviera muchas, ya que decidí alejarme de mis amistades idiotas del pasado, pero era inesperado que aparentemente tuviéramos cosas en común. Más absurdo aún que me gustaría charlar o salir con él.

Y, por último, el momento que Manuela y yo tuvimos en la cocina. Toda mi ira se disipó en ese instante, cuando su rostro se iluminó y me miró esperanzada, sin estar segura de que Gio la había llamado "mamá", buscando una confirmación de mi parte.

"Mamá". La mujer que yo deseaba era la madre de mi hija. Madre de Dios, ¿cuándo me volví tan adulto? ¿En qué momento se había ido el "miedo" a embarazar a alguien en la adolescencia?

Como si no fuera suficiente con todo ese huracán, era una eterna agonía estar cerca de ella. En cuestión de minutos, la ira se convertía en deseo, la tranquilidad se volvía un infierno. Era para sacar a cualquier ser humano de sus casillas.



Al día siguiente, tuvimos una reunión y, como siempre, perdimos un buen tiempo discutiendo estrategias. Era siempre así,

casi todas las veces entrábamos en algún conflicto y discrepamos sobre la idea del otro.

Mucho se debía a que ella siempre quería seguir todas las reglas al pie de la letra, mientras que yo podía trazar planes ignorándose sin que eso perjudique absolutamente nada.

Odiaba el hecho de que Manuela tuviera que pasarme la mayoría de las tareas, decirme qué hacer, y contar los días para tener más autonomía en ese cargo.

— ¿Estás segura de que Julio aprobará esto de que las reuniones se programan con tan poco aviso? — pregunté, entrando en su escritorio, distraído observando una carpeta, y cuando levanté la vista, Marlon estaba con las manos en la cintura, alejándose de ella.

Su rostro se puso todo rojo y ella se limpió los labios y comenzó a mover las carpetas, agitada, fingiendo que estaba haciendo cualquier cosa excepto besar al idiota.

Marlon estaba apoyado en su escritorio y tenía una sonrisa divertida en el rostro, claramente sintiéndose victorioso. Porque era obvio que ese hijo de puta traidor sabía que no aprobaba esa relación.

Era imposible de creer. Ella había estado conmigo anteayer y ahora estaba allí con la lengua en su garganta.

¿Cómo era posible que siguieran viéndose? ¿No fue algo casual?

Sentí una corriente de odio recorrer mi cuerpo.

— Buenas tardes, Dante.

— Buenas tardes, Marlon — respondí sin muchas ganas y me volví hacia ella con la mandíbula apretada —. Cuando terminen lo que sea que estén haciendo, María Manuela, te espero en mi escritorio. Por si no lo recuerdas, tenemos mucho trabajo por hacer.

Dejé caer la carpeta en la mesa de mala gana y salí de la sala odiándome por no haber podido demostrar indiferencia por lo que había visto. Estaba enfadado, celoso y ni siquiera podía pensar con claridad.

¿Cuándo empezó esa insoportable a ganar tanto espacio? Nada tenía sentido.

Fue entonces que me di cuenta. Ella seguiría saliendo con Marlon, seguirá acostándose con él.

Sus besos no eran solo míos, sus gemidos no eran solo para mí. No era solo conmigo que Manuela tenía orgasmos, no era solo a mí a quien deseaba.

No era mía y no sabía cómo manejarlo. Y que se joda, nunca supe. Siempre fui una persona posesiva.

Lo que era mío, era mío.

Y en ese momento necesitaba algo que fuera mío.

Marcella era mía.

Siempre lo había sido. Siempre lo sería.



Donde no soplan los vientos
y fluyen ríos dorados.
Este camino es el que seguiré.
:: I'll Be On My Way - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

El mes siguiente pasó extremadamente lento y mi relación con Dante parecía haber vuelto a la estaca cero desde el día en que encontró a su compañero de universidad en mi escritorio. En ese instante, se volvió más seco, limitándose a hablar conmigo solo sobre trabajo, la rutina de Gio o para avisar que llegaría tarde. Nunca me decía dónde estaba y cuando regresaba, yo ya estaba dormida.

También había dejado crecer la barba y se volvió una constante duda en mi cabeza si Dante se veía mejor con o sin ella.

No sabía el verdadero motivo de su cambio, pero imaginé que estaba un poco molesto por mi involucramiento con Marlon. Y eso era bastante irracional porque nunca dije que haría lo contrario. De hecho, dejé bien claro que no continuaremos acostándonos en el apartamento.

Y para ser sincera, ni siquiera tenía certeza de si seguiría saliendo con Marlon, pero él era insistente y yo necesitaba una relación un poco más estable.

En resumen, finalmente Dante había aceptado el hecho de que nada entre nosotros se repetiría. Y estaba bien, tal vez ser más frío conmigo era su manera de lidiar con eso.

Sin bromas. Sin ironías. Sin ninguna pelea que desencadenara un encuentro íntimo.

Incluso me di cuenta de que uno de esos días tenía mi altavoz encendido en la cocina escuchando a los *Beatles* y él salió de la habitación en lugar de hacer algún comentario ácido.

Porque eso era lo que pasaba. Siempre así. Cuando comenzábamos nuestras discusiones, todo a nuestro alrededor se desintegraba, quedando solo esa estúpida química ridícula que teníamos.

Sin embargo, confieso que me molestaba más cuando él era indiferente que cuando me irritaba con sus comentarios tontos.

¡Seguro que estaba perturbada!

Él parecía tener una interacción mucho más amigable con Guilherme que conmigo; después de todo, ahora se reunían en el apartamento todas las semanas, sin falta, para ver los partidos del Fluminense. Hablaban, bebían, reían juntos, gritaban a la televisión y celebraban los goles que hacía el equipo. Y como si no fuera suficiente, también jugaban un poco de videojuegos juntos en línea.

Era bizarro verlos así.

La fiesta del primer año de Gio tendría lugar esa tarde y la última semana había sido bastante turbulenta con todos los preparativos, incluso con Dante insistiendo en contratar a alguien para encargarse de los detalles más importantes. Y, por supuesto, no argumenté; estaba evitando cualquier tipo de discusión con él.

Algunos periodistas nos habían contactado queriendo saber sobre la fiesta, que ni siquiera sería algo grandioso. Decidimos que no tendríamos muchos invitados, pero aun así, querían saber cada detalle, desde la decoración hasta la ropa que Gio usaría.

Era aterrador.

El evento sería en el jardín de la pensión, lo que, en un principio, Dante protestó, pero luego se rindió, porque probablemente no quería seguir teniendo una pelea conmigo.

Cuando llegué, noté que en el jardín había varias mesas redondas de madera reciclada con un arreglo de eucalipto en el centro. La decoración era bastante rústica y todo era en tono lila. Cintas y velas estaban colgadas en el árbol sobre la mesa que sostenía un gran pastel de dos pisos.

Moví la cabeza y respiré hondo sin poder creerlo. Dante era realmente exagerado. El lugar estaba más arreglado que una boda y era una simple fiesta de un año para una niña.

— Él realmente se esforzó. — Escuché la voz de Julia detrás de mí.

— ¿Cómo sabes que fue él? — pregunté, arqueando una de las cejas.

— Ah, Manuela, no me hagas reír. Estoy segura de que nada de esto fue idea tuya — afirmó, riendo.

— Este exagero es tan innecesario.

— Es rico, ¿olvidaste? Esto es como una reunión de fin de semana en el jardín. — Ella se río y yo hice lo mismo.

— Vamos, Julia, necesito ver algunas cosas antes de arreglarme.

Dante me dijo que me encontraría directamente en la pensión, a la hora de la fiesta, y decidí que me arreglaría con Giovanna allí mismo, después de asegurarse de que todo estuviera en orden.

Me puse un vestido crema con detalles de encaje, que llegaba hasta la rodilla y era ajustado hasta la mitad del cuerpo. Pasé unos minutos pensando en cómo peinarme y finalmente decidí dejar mi cabello suelto.

Gio llevaba uno de los vestiditos que Dante había comprado y, por más que me doliera admitirlo, el maldito tenía buen gusto. Mi hija parecía una princesita dentro de esas ropas. Sus dientes de arriba ya estaban empezando a aparecer cuando sonreía y era increíble cómo, con cada día que pasaba, sus ojos se parecían más a los de él.

Estaba distraída conversando con Guilherme y miré el reloj, dándome cuenta de que Dante estaba atrasado. Miré mi celular y me di cuenta de que no había mensajes.

Marlon llegó algunos minutos después, trayendo un gran regalo en las manos. Se acercó sonriendo hacia mí, saludó a Gio, que estaba en mi regazo, y me dio un beso en la mejilla de manera muy educada.

Nuestra relación había evolucionado un poco, pero no tanto en el aspecto sexual. Estaba mejor, pero nada extraordinario.

Sentía que aún no era el momento de presentarlo a mi familia, pero me vi acorralada cuando me invitó al evento, afirmando que me haría compañía. Incluso traté de decirle que no era necesario, que sería algo muy pequeño y argumenté que era demasiado pronto, pero Marlon me detuvo, dejando claro que estaría allí solo como un colega.

Algunos de mis amigos estarían presentes. Había invitado a los más cercanos, el grupito que formé en la época del *Bootcamp*.

Todos los becados normalmente caían en las "Zorras" y con nosotros no fue diferente. Estar en medio de individuos con un estándar muy diferente al tuyo hace que las personas se conecten, y eso fue lo que nos pasó; nuestra relación de amistad se mantuvo fuerte justamente por lo que vivimos en aquellos años.

Además, Julia dijo que esa podría ser una gran oportunidad para ver cómo se desenvuelve y acabé aceptando. Y para ser honesta, me gustaba su compañía. Marlon era una persona agradable y divertida, y pensé que valdría la pena darle una oportunidad.

Sonreí al ver que estaba bromeando con Giovanna y, cuando examiné el jardín, los vi. Mi estómago se revolvió con la imagen del pasado, de la parejita ridícula que constantemente se burlaba de nosotros.

No sabía muy bien cómo describir mis sentimientos; era como una especie de *déjà vu*. A su lado, la impresión que tenía era que el viejo Dante había vuelto.

Solo que ahora había una chispa de emoción irreconocible extendiéndose por todo mi cuerpo, casi como si fuera a entrar en

combustión.

¿Qué demonios estaba haciendo con ella?



— ¡Cella! — exclamó Marlon cuando vio a la mujer acercarse y la envolvió en un abrazo.

Miré a Dante, lanzándole una mirada fulminante, y él desvió la mirada, pasando la mano por su cintura.

— María Manuela — me saludó un tiempo después, mirándome de arriba abajo, y yo hice un gesto sin muchas ganas.

Marcella era el tipo de "Chica Mala" y trató de hacer de mi vida un infierno con todos sus comentarios desagradables a lo largo de los años. Ella formaba parte del Círculo de Oro y era el tipo de persona que creía que los pobres realmente debían joderse. La heredera más joven de los Rangel se había graduado en Derecho con una bonita vacante comprada por su padre, uno de los mayores mafiosos de Río de Janeiro y dueño de una Escuela de Samba.

Ella y Dante fueron pareja durante algún tiempo (ella era más joven y gracias a Dios solo tuve que aguantarla en los dos últimos años de los *Bootcamps*) y Adriano me contó que estaban "prometidos" el uno al otro desde pequeños. Pero poco antes de que Dante se graduara, supe que habían terminado de verdad.

Marcella nunca fue una buena persona. Siempre despreciaba a Adriano en el campamento porque su familia había sido expulsada del C.O., alegando que él ni siquiera debería estar allí. Intentó hacer que Guilherme perdiera su beca, mintiendo que lo vio teniendo relaciones con una de las profesoras, y me lanzó un cubo de agua fría, diciéndome que volviera a la favela donde vivía.

Dante era un niño de pecho al lado de esa pija que parecía nunca haber salido de la secundaria. Marcella atormentó a nuestro grupo decenas de veces. A cada uno de nosotros. Y ahora el imbécil

la había traído a mi casa, a la fiesta de nuestra hija, en medio de mis amigos.

Respiré hondo. Dante no era la misma persona del pasado, ¿verdad? Yo era una persona equilibrada, ¡vaya! Tal vez ella también había evolucionado. Intenté ignorar el hecho de que ni siquiera conocía a mi hija; decidí dejar de lado que Dante no había preguntado mi opinión. Me importó un comino que ella estuviera vestida como si fuera a una premiación del *Oscar*.

¡María Manuela Guerra era sensata! ¡Yo era una mujer evolucionada!

Deberían estar juntos, ¿no? Tal vez los dos estuvieran saliendo. ¿Sería ella a quien él iba a ver cada vez que llegaba tarde a casa?

Por supuesto, Dante se había pasado con el regalo. Llegó con un carrito eléctrico infantil. Y como si eso no fuera suficiente, compró uno para Giovanna y otro para Lucca.

Nuestra hija estaba emocionada con su miniatura de un Porsche rosa bebé con una placa que decía "GIO".

Dios mío, no tenía límites.

Lavanda llegó muy animada, dándome un fuerte abrazo. Ese no era su nombre de pila, pero era como le gustaba ser llamada en la actualidad. Era una de mis amigas que había abandonado la universidad y ahora vivía en una comunidad colectiva en Coroa do Sul llamada Tres Amores.

— Manu, hice un amuleto para Gio. — Sacó un collar de piedras de su bolso y me lo entregó.

— ¿Amuleto? — indaga Marcella, con un tono de burla. — ¿Para qué?

Lavanda siempre fue muy excéntrica y me encantaba eso de ella, pero era un motivo para que los ricachones acosaran a la pobre. Y mi paciencia comenzó a desvanecerse mientras la pija analizaba las coloridas ropas de mi amiga, aguantando las risas.

Tomé una respiración, buscando calma.

— Es un amuleto para la salud y para abrir el *chakra* — comenzó a explicar con calma. — Hice una combinación de cuarzo verde con rosa que corresponde al *chakra Anahata*, que también ayuda a restaurar el equilibrio en el cuerpo y la mente. Cuando lo

tenemos bloqueado, las relaciones se vuelven más desafiadoras y se impide que nos conectemos con los demás. — Sonrió, jugando con Giovanna, que sonrió emocionada. — Pensé que sería bueno para la pequeña.

Todos estaban en silencio, un poco perplejos, y Dante parecía una versión de ese meme de Nazaré confusa tratando de hacer cuentas.

— Gracias, amiga. Me encantó.

— Hiciste un amuleto para que María Manuela deje de ser pobre, pero ¿te olvidaste del pobrecito de Guilherme? — hizo un puchero mirando a mi mejor amigo, que estaba a unos metros conversando animadamente con mi primo.

— ¡Marcella! — la llamó Dante con reproche y yo le lancé una mirada fea.

El idiota río a carcajadas.

— Ay, Dante, solo estoy bromeando, ¡habla en serio!

— En fin, no entendí nada. — Marlon se río, llamando la atención de Lavanda y tratando de cambiar de tema al ver que estaba a punto de perder a mi principal testigo. — ¿Ves, tipo, el aura de las personas?

— Sí. — Lavanda sonrió con sequedad y se volvió hacia mí. — Amiga, mira, los dientes de Gio ya están saliendo. Dicen que a veces es extremadamente doloroso, pero ¿sabes qué es bueno hacer? Mojar un algodón con té de manzanilla fría para masajear sus encías. Ah, y el té de raíz de sapo tiene efecto anestésico y ayuda mucho en el proceso de erupción de los dientes.

— ¿A raíz de qué? — preguntó Dante, perplejo. — No voy a pasarle esas cosas.

— Es solo un té. — Ella encogió los hombros. — Hablando de manzanilla, traje un poco para la tía Mónica — comentó, alejándose.

— Pasaron los años y esa chica sigue loca — dijo Marcella, riéndose.

— Pasaron los años y tú sigues siendo un pozo de inconveniencia — respondí, esbozando una media sonrisa y saliendo del círculo.

¡Ah, que se joda mi sensatez de mierda! ¿Quién se creía que estaba haciendo comentarios maliciosos sobre mi amiga en la fiesta de mi hija? ¡Ni siquiera debería estar allí!

Y no, estaba bastante claro para mí que no había nada de evolución en esa serpiente.



Luego, hace unos años, su padre la sostuvo en sus brazos.
La manta que envuelve tus pies para mantenerlos calientes.
Cuando la besó en las mejillas, oh, cómo brillaban sus ojos.
:: His Daughter Caroline - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Fui a la mesa de dulces y comencé a comer algunos dulces *Fini*[13] compulsivamente. Quizás el azúcar me calmaría.

— Ve con calma, Manu — dijo Antonio, acercándose a mí y riendo. — Deja un poco para los invitados.

— Lo siento. — Le pasé el frasco.

— Marlon Serra... ¿Quién lo diría? — comentó en un tono divertido. — ¿Un playboy rico no fue suficiente para ti? ¿Tienes algún tipo de fetiche o algo así? — Y se río.

— Deja de ser idiota, Antonio. — Revolví los ojos y él me desordenó el pelo.

— Adriano no deja de quejarse sobre eso. Siempre alimentando el delirio de que un día volverá contigo. Esta semana le envié una imagen de un libro que decía: "Cómo manejar la Rechazó:

No, ella no está jugando duro" — contó, riéndose a carcajadas y yo lo miré chocada.

— ¡No hiciste eso!

— Claro que lo hice, parece que no conoces a tu primo.

— Deja de molestarlo.

Antonio suspiró, observando a las personas en el jardín. Cruzó los brazos riendo y miró a Doña Rita, una colega de mi madre, conversando animadamente con el rubio sobre algo.

— Pobre Dante... Doña Rita lo está alquilando.

Aparentemente, Marcella había ido a no sé dónde y él había quedado solo con Giovanna y la anciana.

— Bien hecho. Espero que lo alquile toda la tarde — respondí, áspera, finalmente encontrando a la serpiente que había traído como acompañante hablando con alguien por teléfono.

Mis otros dos amigos, León y Gabriel, llegaron después, ambos cargando un paquete de regalo en las manos.

— Disculpa la demora, Manu. — Biel me dio un abrazo y León hizo lo mismo. — Lê tarda mucho en prepararse — se justificó.

— ¡No empieces con eso, Biel! — Julia apareció detrás de los dos, abrazándose al mismo tiempo. — Apuesto a que estaban teniendo sexo antes de venir.

— ¡Julia! ¡Por el amor de Dios! — regañé, mirando a los lados y ella encogió los hombros como si no le importara.

— No estábamos acostándose antes de venir — afirmó León, un poco avergonzado, y su novio se río.

— ¿Qué demonios hace aquí Marcella Rangel? — indagó Gabriel con voz estridente, tras mirar a su alrededor.

— ¿No lo sabías? Manu está reclutando a todos los herederos de Río de Janeiro para un culto — se burló mi primo.

— Ella está con Dante — respondí, secamente, y Julia me miró desconfiada.

— Pobre Gio por tener a Marcella de madrastra — suspiró León, probablemente recordando cuando ella lo sacó del armario ante todo el campamento.

— No olvidemos a Marlon Serra como padrastro — recordó Antonio, riendo. — Imaginen una cena de domingo: Manuela, Dante,

Marlon y Marcella... Vaya, ¡qué familia tan feliz! — se burló y yo hice un gesto de desdén.

Solo esa idea me daba ganas de vomitar.

— ¿Cómo está siendo vivir con Dante? Casi escupí mi café cuando vi esa entrevista. — Biel se río a carcajadas. — Pensé que la noticia del biberón con forma de pene era más verdadera que ustedes dos mintiendo que viven en un mar de rosas. Gracias a Dios nos preparaste antes.

— En serio, ¡eres ridículo! No es tan malo, para ser sincera... — comenté, riendo, y luego me distraje, observando a Dante, impaciente, conversando con Doña Rita. — Obvio que estábamos intentando no empeorar las cosas. No interactuamos mucho, pero él hace todo por Giovanna.

— Dante y Gui son mejores amigos ahora — contó Julia entre risas, tomando algunos dulces del frasco.

— ¿Cómo es eso? — quiso saber León, abriendo los ojos.

— Toda esta historia de ser padres, creo que unió un poco a los dos, y ahora ven partidos juntos y juegan videojuegos también. Es aterrador — se burló.

— ¿Dónde están Gui y Adri, hablando de eso?

— Estaban jugando con Lucca en la cocina, Manu. Bueno, mi hermano estaba comiendo y viendo a los dos jugar, para ser más exacta.

— ¿Van a venir los padres de Dante? — preguntó León, curioso. — Quiero decir, ¿hubo alguna actualización sobre eso? Estoy super ocupado esta semana, apenas puedo seguir con nuestro grupo.

— No tenemos actualizaciones. Y no, no van a venir. Ni siquiera han querido conocer a Gio hasta ahora. Solo debe venir su hermano.

— Otro guapo... — Biel soltó un suspiro soñador y su novio asintió.

Dante le había avisado a su madre sobre la fiesta, pero ella no mostró ningún interés en participar y él no volvió a tocar el tema conmigo, después de todo, apenas estábamos conversando.

No pasó mucho tiempo para que Adriano y Guilherme aparecieran en nuestro grupo. En ese momento, me sentí tan

completa, como hacía tiempo que no me sentía. Con la prisa del día a día, apenas podíamos reunirnos. Además, León estaba viviendo en Itaipava y casi no bajaba de la sierra.

— Gente, el mejor amigo de Dante Perazzo llegó — bromeó Antonio y Adriano frunció el ceño.

— Soy el mejor amigo de Guilherme, idiota — replicó, aparentando estar ofendido.

— ¿Será que todavía lo eres? — implicó Julia. — Tal vez ahora solo seas un simple cuñado...

Saludaron a nuestra pareja de amigos y los dos jugaron con Lucca, que estaba en el regazo de Gui.

— Dejen de molestarme — pidió Guilherme. — Solo pasamos un tiempo juntos, tenemos intereses en común, Lucca y Gio nunca se separan... — Hizo una pausa por unos segundos y me señaló con un dedo. — Manuela reprodujo un Perazzo, molesten a ella.

Lo miré como si me hubiera apuñalado por la espalda.

— Manuela odió a Dante durante años, pero en la primera oportunidad, encontró la manera de hacer una miniatura de él — río mi primo.

— Ah, claro, totalmente planeado tener una hija del tipo que odio — dije con desdén.

— Puede que no haya sido planeado, pero ustedes saben hacer bebés, lo saben — bromeó León. — Deberían hacer más.

Adriano cruzó los brazos, claramente molesto, y yo miré a mi amigo, en shock. ¿Cuál era el problema de la gente en mi círculo?

— ¿Yo? ¿Tener otro hijo de Dante? — Solté una risa. — Ustedes solo pueden estar locos.

— Realmente saben hacer bebés bonitos — comentó mi amiga, observando a Giovanna en el regazo de su padre.

— Vamos a ser sinceros, ¿no? No había forma de que Gio no fuera perfecta. Siempre has sido hermosa, Manu, y Dante siempre fue una perdición — afirmó Biel.

— ¿Ya olvidaste que él se burlaba de que éramos unos fracasados?

— Claro que no, y creo que el hecho de que sea un idiota lo hacía aún más sexy — comentó León entre risas y sentí mi rostro

sonrojarse.

— Y como si fuera poco, Manu dijo que lo hace muy bien... De hecho, más que muy bien — contó Julia, riendo, y yo la miré horrorizada por exponerme de esa manera.

— ¡Dios mío, Julia, ¡cierra esa maldita boca! — la miré furiosa y ella siguió riendo.

Adriano tenía la cara completamente roja y una expresión de odio. Yo sabía que mi amiga amaba hablar de esos temas frente a su hermano.

— Ya basta con esta tontería, Julia — vociferó.

— Adriano, ¿cómo se siente ahora que todos saben que la hija de Manuela es de Dante y te quitaron la oportunidad de decir que, en realidad, Giovanna era una Lacerda platinada? — bromeó mi primo y todos estallaron en risas.

— Cierra la boca, Antonio. Jesús, qué idiota eres — dije, rodando los ojos.

— Ni siquiera voy a decirte dónde puedes meter ese comentario — respondió, áspero.

— Lacerda platinada — Julia seguía riendo con la mano en el pecho.

— Eres la peor hermana que existe. — Él chasqueó la boca y salió del círculo.

— Ya basta. En serio, no sé cómo Adriano aguanta a ustedes con estas tonterías.

— Es muy divertido, maldita sea. Se lo toma demasiado en serio, Manu — se justificó Antonio y Julia asintió.

— Bien, ahora vamos para que hablen con Giovanna — dije, mirando a los chicos.

Marlon y Marcella conversaban apoyados en una de las mesas altas y él me sonrió cuando pasé junto a ellos. A medida que me acercaba a Dante, noté su mirada llena de esperanza, casi suplicando que lo salvará de esa interacción.

— Mis nietos me dan mucho trabajo, chico. ¡No tienes idea! Aprovecha la edad de Gio, porque después que crecen... ¿Ya te conté que estos días Tello estaba coqueteando con la vecina? — Doña Rita hablaba tan rápido y el rubio solo asentía.

— Sí, lo dijiste. — Se volvió hacia mí de inmediato. — Ah, María Manuela, necesitas ayuda, ¿verdad?

— Ah, en realidad, no — repliqué, mirándolo con desprecio. — Solo vine a recoger a Gio, veo que están en plena charla...

— Le estoy contando sobre mi vecina que no sigue la palabra de Dios. ¿Y ya te conté que hay un reguetonero allí también? — Estalló, indignada, colocando una mano en la cadera.

— Ah, recuerdo que lo dijiste, pero explícale a Dante, porque tiene un gusto musical bastante dudoso — me burlé y él entrecerró los ojos en mi dirección.

Salí conteniendo las risas, escuchando a Doña Rita pedir su *WhatsApp*, avisando que lo pondría en su lista para enviarle algunas buenas alabanzas.

Mientras mis amigos jugaban con mi hija, me estuve divirtiendo unos minutos, observando a Dante, desesperado, intentando escapar de esa situación. No duró mucho porque su hermano llegó poco después y sus hombros se relajaron. Lo abrazó con más fuerza de la que Rose sostuvo aquella puerta en *Titanic*, que todos saben que tenía espacio para Jack.

Domenico me saludó un tiempo después, muy a regañadientes, como siempre, pero esta semana su ira era un poco mayor, porque habíamos conseguido una victoria sobre la solicitud de suspensión del impuesto sobre la exportación de petróleo.

Marlon se acercó a donde estaba y ni sé cómo me terminó dirigiendo a un grupo con Dante, Marcella y Domenico. Giovanna se desesperó hasta que fue al regazo del tío y definitivamente no entendía por qué mi hija estaba obsesionada con los hombres de esa familia.

¡Una traición sin fin!

— ¿Puedo sostenerla, Dante? — preguntó Marcella, señalando a la niña y él asintió, sacándola del regazo de su hermano y entregándose.

— Manu, sé sincera, ¿cómo están lidiando tus amigos con todo el nido de "Osos" aquí? — se río Marlon.

— Mi primo me preguntó si pienso iniciar un culto. Tal vez deba hacerlo. Elegiré a uno de ustedes para un sacrificio — comenté en

un tono sugestivo, lleno de sarcasmo.

Marcella estaba moviendo a Giovanna de un lado a otro.

— Creo que es mejor que no la sacudas tanto... — sugerí en voz baja, pero ella me ignoró.

— Sé que debe ser insoportable vivir con Dante, pero no es para tanto — continuó Marlon, encontrando gracia. — Pronto te librarás de él.

— O de ti — replicó Dante con una mirada irritada.

— Marcella, estás sacudiendo demasiado a la niña — Domenico le llamó la atención en voz baja y ella chasqueó la boca, como si no le importara.

— ¿Quieres dármela aquí, Marcella? — pidió Dante.

— No, está bien — afirmó ella, finalmente deteniéndose, pero lanzándome una mirada de desprecio. — Y sinceramente, Marlon, no creo que Dante sea el problema de esta ecuación.

Y entonces, en el mismo instante, Gio vomitó un poco sobre su hombro y la expresión de Marcella fue impagable.

Ella miró furiosa a Dante, aún boquiabierta, entregando a mi hija en sus brazos inmediatamente mientras todos nosotros contenemos las risas porque había sido una escena magnífica.

— Mi vestido — se quejó ella, viendo el líquido espeso esparcirse por la tira de la ropa.

— Hablas en serio, Marcella, solo es lavarlo — respondió Dante, sin mucha paciencia.

— ¿Ella hace esto todo el tiempo? — preguntó la mujer, haciendo una mueca hacia Giovanna.

— Solo con quien no le gusta — dije con un tono irónico y ella y Dante me lanzaron una mirada de ira.

— Ella está bromeando, Marcella — afirmó él.

— Te dijimos que dejaras de sacudir a la chica — gruñó Domenico. — ¿Eres tonta o lo haces?

— Domenico, siempre eres tan agradable — comentó ella en un tono sarcástico, entrecerrando los ojos. — Iré al baño de este antro a limpiar el desastre que hizo.

Marcella salió indignada, maldiciendo una infinidad de groserías y quejándose sobre algo del tejido de su ropa carísima.

— Dante, ¿puedo hablar contigo un minuto? — pregunté.

— Claro. — Él sonrió débilmente, sin muchas ganas. — Dom, ¿puedes quedarte con Gio? Ah, y Doña Rita... — llamó a la señora que estaba a pocos metros de distancia. — ¡Mi amigo Marlon está supercurioso por esas canciones que usted estaba comentando conmigo! ¡A él le encanta! — dijo, dándole una palmadita en la espalda y alejándose, mientras Marlon lo miraba sin entender.

Nos alejamos del lugar donde estaba la gente y nos dirigimos a otro jardín que quedaba detrás de una de las habitaciones de la pensión.

— ¿Por qué te trajiste a Marcella? ¡Ni siquiera conoce a Giovanna!

— ¿Y qué? — respondió él sin muchas ganas.

— ¿Y qué que eso no tiene sentido? Necesitamos hablar sobre estas cosas, no se puede incluir a cualquier persona en su vida así.

— Ah, ¿de verdad? ¿Y qué hace el idiota de Marlon aquí? ¿Vino a servir a los invitados? ¿A cortar el pastel? — preguntó sarcásticamente.

— Él se invitó y dijo que vendría como amigo... — me defendí y él levantó una de las cejas. — Y a diferencia de ti, no estuve frotándome con él frente a nuestra hija.

— ¿Eres tú quien está molesta con eso o Giovanna? — indagó en un tono irónico.

— ¿Yo? ¿Yo? — Solté un ruido, incrédula. — Dante, Giovanna es una niña, no puedes querer presentar todas tus aventuras casuales ante ella. Eso puede... confundirla — repliqué, comenzando a elevar el tono de voz.

— ¿Y quién dijo que Marcella es una aventura casual? — Frunció el ceño y yo abrí un poco los ojos, sorprendida.

— Pensé que lo era... ¿Volviste con tu ex?

— No te debo explicaciones sobre mis relaciones, así como tú nunca me informaste sobre la tuya, principalmente durante todas las veces que estuvimos juntos. — Su tono era áspero y lleno de resentimiento.

— ¡Sabías que estaba saliendo con Marlon, Dante! ¡Por el amor de Dios, no vengas con eso...!

— No, sabía que te habías acostado con él, no que pretendías tener sexo conmigo y con él al mismo tiempo — escupió las palabras en mi dirección de manera agresiva.

— ¡Eres muy idiota! ¡Hago el amor con quien quiero! No tenía nada serio con él y lo que pasó entre nosotros fue un error. ¡Te lo dije esa maldita mañana siguiente! — grité, completamente tomada por la ira.

— ¡Siempre dices eso, joder! ¡No tengo la maldita bola de cristal! — Me miró fijamente, medio agitado después de gritar de vuelta.

Nos quedamos inmóviles durante unos segundos y su mirada bajó hacia mi boca. Una vez más sentí ese calor habitual recorrer mi cuerpo junto con el súbito deseo de lanzarme sobre el idiota arrogante.

Era como si entráramos en trance, hipnotizados en los ojos del otro. Toda la atmósfera a nuestro alrededor parecía congelarse, la neblina cagándose por completo y eliminando cualquier resentimiento o ira que tuviéramos.

Di un paso hacia él, de manera involuntaria, y mi pie tocó una ramita, rompiéndola y también trayendo de vuelta a la realidad. Desvié la mirada y contuve la respiración, dando un paso atrás.

¿Parecía decepcionado? ¿Un poco confundido? No supe qué decir. Simplemente me di la vuelta y me fui caminando antes de hacer (una vez más) algo de lo que me arrepintiera.



Bueno, en mi corazón hay casi una explosión.
Cuando crucé ese pasillo
Y sostenía su mano en la mía.
:: I Saw Her Standing There - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Estaba pisando fuerte cuando noté a Adriano y Marcella hablando a unos metros de distancia, un poco más apartados de las otras personas. ¿Desde cuándo los dos lograban mantener una relación mínimamente cordial?

Un poco antes de llegar a la mesa de dulces para ahogarme en algunos caramelos *Fini*, una figura en la puerta llamó mi atención. Una mujer elegante y esbelta estaba parada mirando hacia los lados, perdida.

Sus ojos se cruzaron con los míos y ella quedó inmóvil. No pasó ni un minuto antes de que Dante llegara al lugar donde yo estaba, con una expresión irritada por la pequeña discusión que habíamos tenido.

Él miró a ella, la miró derritiéndose en confusión. El color de su rostro comenzaba a desvanecerse y me di cuenta de que el rubio no

tenía idea de cómo proceder.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó sin entender cuando su madre dio algunos pasos en nuestra dirección.

— ¿Podemos hablar? — preguntó, mirándolo a él y luego a mí.

— Les dejaré a solas...

— No, por favor, María Manuela. Me gustaría que estuvieras presente — dijo con voz baja y la miré, confundida, notando que Dante me miraba de la misma manera. — ¿Puedo ver a la niña? ¿Hay algún lugar donde podamos tener un poco más de privacidad?

Respondí que sí y le avisé que buscaría a Giovanna. Corrí hasta el jardín y ni siquiera le conté a su hermano que su madre estaba dentro de la pensión. Solo tomé a mi hija en brazos y luego volví al lugar donde estaban los dos.

Paola Perazzo estaba demasiado ansiosa, pero noté que sus ojos se humedecieron cuando vio a la niña en mis brazos. Giovanna estaba distraída, haciendo ruiditos divertidos con la boca y jugando con mi cabello.

Los dirigí a una de las habitaciones que estaba vacía y la madre de Dante quedó estática durante algunos minutos, mirando en shock a la niña. La impresión que tenía era que esa mujer estaba intentando comprimir todas sus emociones y mantenerse neutra.

Era posible notar por el brillo en sus ojos, por la cantidad de veces que tragaba en seco y también por la forma en que chasqueaba los dedos compulsivamente.

— Dante... — Ella miró a su hijo. — No sé por dónde empezar.

Ella contempló sus manos durante unos segundos y él me miró, pareciendo inquieto. Había una tensión entre los dos que era bien palpable y poco después, Dante ajustó su postura y cruzó los brazos, tratando de demostrar que no estaba muy satisfecho con todo eso.

— Puedes empezar diciendo qué haces aquí. Fuiste muy clara al decir que no vendrías — respondió, seco.

— No puedo soportar más esto. Quiero... estoy dispuesta a hacer algunas concesiones...

— Pensé que no querías iniciar una guerra con mi padre — replicó, decidido.

— Nunca quise eso, pero ya hemos entrado en guerra desde que descubrimos sobre ella — confesó en voz baja, sin mirarme. — Y ha sido demasiado difícil y no aguanto más vivir así, porque tú y tu hermano son todo para mí. Y aunque tu padre no lo acepte, no puedo seguir ignorando el hecho de que esta niña existe.

Ella se giró en mi dirección y comprimió los labios.

— Yo y Dom te pedimos que no la ignores. Siempre fue una elección tuya, madre — respondió él categóricamente.

— Lo sé, pero desearía que la situación fuera diferente. — La mujer volvió a mirarme a los ojos. — He tomado algunas decisiones en mi vida de las que no me enorgullezco, pero siempre hice todo para mantener a mi familia unida. No voy a mentir, el hecho de que ustedes dos se hayan involucrado no me trae gran alegría. Yo tenía otros planes para mi hijo y...

— Madre — la interrumpió Dante, irritado. — No vamos a entrar en ese tema. Tus planes no son los míos.

Paola le lanzó una larga mirada a su hijo y se aclaró la garganta, volviendo su atención hacia mí.

— Solo quería saber si estás de acuerdo en que yo forme parte de la vida de la niña.

— Nunca impediría eso — respondí con calma.

— Imagino que debes odiarme por no querer contacto inicialmente. Soy madre y detestaba a cualquiera que despreciará a uno de mis hijos...

— Somos diferentes, Paola. Cada persona es responsable de sus decisiones y tenemos que cargar con nuestras decisiones. No te odio por eso, tengo plena certeza de que la culpa que sientes es suficiente — dije al final y miré a Dante.

No la detestaba por haberse tardado en darse cuenta de que quería formar parte de la vida de Gio. Si ella hubiera lastimado a mi hija, entonces sí la habría odiado.

Además, sería una hipocresía juzgarla, ya que yo misma había tomado decisiones equivocadas. Y esa culpa sería solo mía, para siempre.

Dante nunca me perdonaría por haberle ocultado a Giovanna. Ni yo me perdonaría.

Él entrecerró los ojos hacia mí y me observó durante algunos segundos con una expresión descifrada.

— Gracias — agradeció ella con lágrimas en los ojos. — ¿Puedo sostenerla? Por favor. — Y volvió la mirada hacia su nieta.

Asentí con la cabeza y se la entregué en brazos y entonces, cuando Giovanna la miró y sonrió, Paola casi se derrumba. Abrazó a la niña con tanta fuerza y comenzó a llorar, murmurando disculpas. Dante me miró un poco incómodo y le sonreí débilmente en solidaridad.

— Voy a dejarlos a solas — dije.

— ¡Espera! — pidió ella, limpiándose las lágrimas con el dorso de las manos. — Quería preguntarte algo.

— Puedes preguntar.

— ¿Por qué le pusiste el nombre de Giovanna? — preguntó en voz baja, mirándome y luego a ella, jugando con sus mechones de cabello.

Sentí un nudo en la garganta cuando Dante me miró, curioso, y desvié la mirada.

— Adriano me dijo que en su familia tienen la tradición de poner nombres de origen italiano — confesé y él me miró un poco perplejo. — Porque creo que su abuelo era italiano o algo así, ¿cierto? Ahn... Sé que mi hija no es... Bueno, solo quería que Gio tuviera algo en común con Dante, a pesar de todo.

Su expresión dura se deshizo y me miró de una manera diferente.

— Gracias. Eso... Eso significa mucho, María Manuela — afirmó, con los ojos húmedos.

Le di una sonrisa torcida y caminé hacia la puerta. Sentí un tirón y me di cuenta de que Dante me había agarrado de la muñeca. Su mirada encontró la mía y una ola de calor recorrió desde el principio hasta el final de mi espalda.

— Gracias por las cosas que dijiste — susurró.

Nos quedamos allí de pie durante unos segundos, el calor traspasando entre nuestras pieles hasta volverse casi insoportable. Entonces, asentí con la cabeza y salí del cuarto.

Dante parecía emocionado al saber sobre el significado de su nombre; había mucho en su mirada, pero por primera vez, noté que había una sensación de pertenencia. Además, era bastante obvio que estaba aliviado porque su madre había decidido formar parte de la vida de Giovanna.

Fue como si unos diez kilos se hubieran quitado de sus hombros cuando ella afirmó que no la ignoraba más.

La culpa volvía a atormentarme cuando presenciaba esos momentos. Solo sentía que mi pecho se apretaba tan fuerte que el aire parecía desvanecerse y me sentía ahogada.



En algún momento de la fiesta, estaba conversando con Guilherme y Julia cuando Dante llegó con Gio en brazos. Me susurró que le pidió a su madre que actuará como si fuera supernormal que estuviera allí, después de todo, casi nadie sabía sobre la confusión que era nuestra vida.

Minutos después, apareció Marlon, trayendo una bebida en una de las manos y entregándomela.

— No había visto a tu madre, Dante. ¿Por qué Genaro no está aquí? — preguntó, observando a la mujer al otro lado de la fiesta conversando con Domenico.

— Tenía un compromiso — respondió, seco, y me miró.

Guilherme frunció el ceño en el minuto en que él apareció.

— Ah, esta semana creo que llevaré a Lucca a jugar con Gio — Gui cambió de tema, hablando con su nuevo amigo.

— Dante, ¿son abuelos muy consentidores? — Marlon ignoró su comentario y continuó: — Los míos siempre lo fueron mucho... Mi casa en Navidad era una alegría y yo era muy mimado por ellos.

— Qué bien, ¿no, Marlon? Que nadie intentó arruinar la alegría de tu familia o algo así — replicó Guilherme en un tono ácido y yo lo

miré, levantando una de las cejas.

Él se río incómodamente, sin entender bien el comentario.

— Lo siento, Guilherme, no era mi intención hablar de tu familia — se disculpó rápidamente, recordando que Gui ya no tenía a sus padres.

Julia me miraba ansiosa y Dante parecía ligeramente entretenido.

¿Qué demonios?

— Oh, pero por supuesto que no. Fue solo un comentario.

Su tono no era nada amigable y no estaba entendiendo toda esa hostilidad. No tenía sentido que Guilherme fuera simpático con el padre de mi hija, que siempre había sido un idiota con nosotros, y no con el tipo con el que me estaba empezando a ver. Porque, aunque Marlon anduviera con Dante y también fuera bastante rico, no era un cretino, solo un playboy.

— Tener una familia sólida, sin que nadie interfiera, es importante... — continuó mi amigo, con ironía. — Quizás solo los periódicos, ¿verdad?

— Sí, definitivamente habría sido más fácil sin que nadie interfiriera — dijo Dante despectivamente, riendo.

— Pasan cosas, amigo... Menos mal que ustedes son una buena dupla, así como yo y Julia — le dijo a Dante, pero su mirada se volvió hacia Marlon. — Entonces las cosas funcionan, a pesar de las adversidades. ¿No es así, Manu?

No entendía cuál era la de esos dos. Julia parecía aún más perdida con la forma en que Guilherme estaba llevando la conversación. Quizás toda interacción con Dante lo estaba transformando en alguien más sarcástico.

— Claro. — Sonreí torcidamente.

— Mi ahijada tiene suerte de tener padres tan comprometidos y tan unidos. Es increíble, ¿no es, Marlon?, la sintonía de los dos? — preguntó en un tono divertido y tuve la certeza de que lo estaba provocando.

Dante parecía en las nubes, observando a Guilherme como si fuera su héroe. ¿Cuál era la de esos dos, carajo?

— Sí, es realmente increíble. — Él sonrió a medias.

— Manu y Gui, creo que Lavanda nos está llamando — comentó Julia, tirándonos del brazo.

— ¿Qué fue eso, Guilherme? — pregunté tan pronto como nos alejamos.

— Nada, simplemente no tengo mucha paciencia en este momento para socializar con ese idiota — respondió, seco.

— ¿Qué te hizo? — indagué, confusa.

— A mí, nada — dijo con calma. — Necesito ir al baño.

Miré a Julia sin entender y ella se encogió de hombros.

Después de unas horas, fuimos a la mesa del pastel, cantamos el cumpleaños y tomamos varias fotos. Giovanna parecía tan feliz, con una luz tan radiante que nunca había visto en ella.

Quizás mi hija se sentía más completa ahora, con tantas personas que la amaban a su alrededor. Y por la forma en que la chica miraba a Dante, yo sabía que él era la pieza que faltaba en su vida y, de alguna forma, era como si Gio también fuera el elemento que lo completaba.



Mirlo cantando en la oscuridad de la noche
Toma esas alas rotas y aprende a volar.
Toda tu vida
Estabas esperando este momento para levantarte.
:: Blackbird - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Al final de la fiesta, casi todas las personas ya se habían ido, incluyendo a Marlon y Dante con su nueva noviecita. Y por lo que parecía, él la llevaría a casa, porque, definitivamente, era muy difícil tomar un Uber sola.

Estaba terminando de organizar las cosas y acomodando los regalos que Giovanna había recibido en la sala de la pensión.

— Necesito hablar contigo — avisó Guilherme, mostrándose un poco temeroso.

— ¿Qué pasó?

— Creo... Ahn... Antes de Ju, ¡sabes que tuve algo con una periodista de *QueenG*!, ¿recuerdas? — Hizo una pausa y me miró con las mejillas rojas, lo cual me hizo reír.

— Sí, lo recuerdo.

— Desde que Dante mencionó que Marlon podría estar involucrado en contarle a la prensa...

— Dante tiene algo en contra de él, Gui — dije, soltando el aire. — Es obvio, me di cuenta desde el primer día que llegué al escritorio.

— Las rencillas tienen un motivo, Manu. Después de mucha insistencia y de usar mi encanto y prometer que no diría nada, ella me contó que sí, fue Marlon quién filtró eso a la prensa. Y sinceramente, no sé cómo Dante lo sabe, pero es verdad. Marlon es uno de los informantes de *QueenG!.*

La última frase me golpeó como un puñetazo en el estómago. Me quedé mirándolo atónita, sin poder creer lo que acababa de escuchar. No era posible. Samuel Medici había hablado varias veces sobre su familia y recuerdo verlo resoplando sobre cómo ese sitio era un perjuicio.

Quizás...

Quizás todo era una forma de disfrazar. Nadie sospecharía de él así. Al mismo tiempo, todas las escenas comenzaron a pasar por mi cabeza. Marlon mostrándose súper comprensivo por no haberle contado, diciendo que no necesitábamos hablar de eso.

¡Mierda, qué cara más dura tenía!

Dante tenía razón, después de todo, y yo había chocado tanto con él, culpándolo por haber filtrado la historia.

Dios mío, qué idiota era.

El hijo de puta había mentido descaradamente, insistió en una relación conmigo después de traicionarme de esa manera.

¿Cómo puede alguien ser tan deshonesto?

— No es posible. — Aún estaba en shock.

— Lo siento, pero fue lo que pasó.

— ¡Qué idiota del carajo! — grité, indignada. — ¡Qué macho falso! Deberías haberme dicho antes, Guilherme, ¡qué infierno!

— No iba a hacer eso en medio de la fiesta.

— ¿Por eso lo tratabas de esa manera, entonces?

— Sí, fue más fuerte que yo. — Mi mejor amigo se río débilmente y pasé las manos por mi rostro, todavía desconcertada.

Odiaba ser tratada como una tonta. No había nada que odiara más en el mundo que alguien jugando con mi inteligencia.

— ¡Vaya, estoy tan enojada, pero tan enojada! — exploté.

— ¿Hablaste de Marlon, ¿no? — preguntó Julia al aparecer en la habitación.

— ¡No puedo creer que me acosté con ese idiota! — resoplé. — ¿Cómo puede ser tan dura la vida de una mujer hetero soltera, por Dios? ¿Por qué diablos los hombres son tan... Argh! — Me levanté, furiosa. — ¡Voy a hablar con él ahora!

— ¿No crees que sería mejor esperar un momento en que estés más calma? — preguntó Guilherme y lo fulminé con la mirada, haciendo que levantara las manos en señal de rendición.

¡No! El idiota me iba a escuchar hoy.

— ¡No! ¿Pueden quedarse con Giovanna unos minutos, por favor? No pienso tardar — pedí y asintieron con la cabeza.

Marlon vivía cerca, a unos quince minutos de la pensión. Pedí un auto de aplicación y llegué a su casa aún más rápido porque el conductor pensaba que era piloto de fórmula 1.

Avise en la portería y tan pronto como salí del ascensor, su puerta se abrió y él me miró sorprendido, pero con una sonrisa en el rostro.

— ¿Me extrañaste y viniste a visitarme? — bromeó, abriendo el paso para que entrara.

Pasé junto a él y me giré, mirándolo con rabia. Marlon dio unos pasos en mi dirección, pero antes de que se acercara demasiado, mi mano estalló con toda la fuerza en su rostro.

— ¡Eres un idiota, Marlon! — grité y él me miró con los ojos muy abiertos. — ¡Sé que fuiste tú quién filtró sobre Giovanna a *QueenG!*. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Qué te hice?

— No sé qué te ha estado diciendo Dante, pero estoy seguro de que lo hace porque no quiere vernos juntos. Ese idiota siempre ha querido lo que es mío... — dijo sin darle mucha importancia, masajeándose el rostro.

— ¡No! No fue Dante quien me lo dijo. Él ya me había advertido, pero no pensé que pudieras ser tan despreciable. — Lo

miré con desdén de arriba a abajo. — ¿Para qué hiciste eso? ¿Tienes idea de cómo me perjudicó? ¡No fue tu decisión! — grité.

— Manu, por favor... — Él sujetó mi brazo.

— ¡No me toques! — vociferé, desvinculandose de él. — ¿Cómo tuviste el valor de acostarte conmigo después de hacer esto? ¿De cuántas maneras querías joderme? ¿Sólo una no era suficiente? — grité, escupiendo las palabras.

Mi cuerpo estaba en llamas, cada parte de mí pulsaba de rabia y me estaba controlando para no ir hacia él. Porque todo lo que deseaba en ese momento era golpearlo con todas mis fuerzas.

El hombre volvió a mirarme un poco avergonzado, se humedece los labios y se acercó a mí nuevamente.

— Nunca fue mi intención perjudicar — fue todo lo que pudo decir.

Suspiré, sabiendo que probablemente diría algo parecido a eso. Nunca entendería qué lo llevó a contarlo a los medios y, sinceramente, ya no quería saber.

No se preocupaba por mí. Vio una oportunidad de beneficiarse y la aprovechó, como prácticamente todos los seres humanos. En algunas situaciones, pensaba: no puede ser que este tipo de gente luche tanto para salvar el planeta.

— Manu... — volvió a llamarme.

— Marlon, olvida que existo.

Lo miré una vez más, con los ojos cargados de decepción, y le di la espalda, saliendo por la puerta detrás de mí.



Cuando llegué a mi apartamento, Gio ya estaba durmiendo. La coloqué en su cuarto y vi, por la rendija del suelo de la puerta, que la luz del cuarto de Dante estaba encendida. Respiré unas cuantas veces y golpeé suavemente.

Él me mandó entrar y tan pronto como lo hice, apoyé la espalda en la puerta.

— Ya llegamos — avisé.

— Me di cuenta — respondió sin muchas ganas, bajando la mirada al libro que estaba leyendo.

Probablemente se preguntaba qué hacía yo en su cuarto, pero Dante solía no prolongar nuestras conversaciones.

— Quería hablar contigo — dije en voz baja y él me miró curioso.

— ¿Sobre?

— Quería... — Hice una pausa, tragando en seco. — Pedirte disculpas por no haber creído cuando me dijiste que Marlon había filtrado la historia de Gio — admití, avergonzada, y él arqueó una ceja.

— Hm... ¿Él te lo dijo?

— No, Gui — respondí sin mirarlo a los ojos. — Solo... Aún no entiendo por qué lo hizo.

— Marlon tiene sus propios intereses — respondió, seco, volviendo su atención a las páginas.

— Sí, por lo visto sí — suspiré, cansada, y abrí la puerta. — En fin, perdona, debería haberte escuchado.

— María Manuela... — me llamó y me di la vuelta. — Lo siento mucho por él, por ser un idiota.

Le dio una media sonrisa y asentí, saliendo del cuarto.

Estuve acostada un rato mirando al techo y sintiéndome una perfecta idiota. Las conversaciones de esa noche están resonando en mi mente, obligándome a reflexionar sobre otra elección equivocada. Era como si ahora las coleccionara.

Fue imposible no llorar. No por ese imbécil, sino por las consecuencias. Tenía la impresión de que la vida me estaba golpeando en la cara diciéndome que era estúpida, incapaz de tomar una sola decisión coherente.

El agotamiento del día me venció y dormí unas horas hasta escuchar el llanto estridente de Giovanna. Me levanté rápido y fui a su cuarto.

— ¿Qué pasó, mi amor? — pregunté, viéndola gritar inconsolable, con las lágrimas corriendo por sus mejillas sonrojadas.

La tomé en brazos y noté que su cuerpecito estaba un poco más caliente de lo normal. La fui meciendo suavemente de un lado a otro, pero no sirvió de nada.

— ¿Qué pasó? — Dante entró en el cuarto, todavía adormilado.

— No sé. No para de llorar.

Él la tomó en brazos y trató de arrullarte, pero sus gritos aumentaron y empezó a golpear su cabecita con las manos.

— ¡Se está pegando, Manuela! ¿Por qué se está pegando? — preguntó, preocupado, tratando de sostener sus manos.

— ¡No sé, Dante! ¡No tengo idea!

— ¿Será que le entró algo en el oído? — indagó en pánico, mirando las orejitas de Gio. — ¡Dios mío! Tu amiga *hippie* dijo hoy algo sobre salud, ¿verdad? ¿Es vidente, ¿no?

Parpadeó, un poco confundida. ¿Vidente? ¿De dónde sacó eso?

— No, y ella le dio un amuleto para...

— ¡Ve a buscarlo! ¿Dónde está? — Se podía ver la angustia en su tono mientras sostenía los bracitos de Giovanna para que no se pegara.

— No puede ser que hables en serio. — Revolví los ojos.

¿Realmente me estaba pidiendo que fuera a buscar un amuleto que había hecho mi amiga?

UN AMULETO DE CUARZO.

PARA CURAR LA FIEBRE.

¡CARAJO!

ESE HOMBRE ESTABA ANGUSTIADO.

— Por favor, ve a buscarlo pronto. No está bien. — Dante me fulminó con la mirada sin dejar de apretar a Giovanna contra su pecho, susurrando algunas cosas para calmarla. — Eiii, mi amor, cálmate. Te vas a sentir mejor pronto.

Fui a mi bolsa y saqué el amuleto que Lavanda me había dado, y él lo tomó de mis manos, poniéndolo alrededor del pescuezo de Gio.

— ¡Dios mío, María Manuela, ¡está ardiendo!

— ¡Dante! — llamé su atención, elevando mi voz. — Deja de ponerte así. La estás desesperando más al actuar así. Respira y controla para intentar transmitir algo de tranquilidad a tu hija. Giovanna tiene fiebre y voy a buscar una toalla para tratar de bajar su temperatura, ¿ok?

Él asintió, por primera vez manteniendo el control.

Fui al baño y cuando regresé, él ya no estaba en el cuarto de Gio. Los dos estaban acostados en su cama y la bebé seguía llorando, pero con menos intensidad.

Me senté a su lado y le puse la toalla en la frente, bajo sus miradas preocupadas.

— ¿No sería mejor darle un medicamento ya?

Había tanto desespero en los ojos de Dante que mi corazón se apretó. Era la primera vez que la veía enferma y estaba desesperada, mirándome a mí y a ella como si no supiera qué hacer.

— Vamos a intentar con la toalla primero, normalmente funciona.

Gio seguía llorando y mirándonos de manera muy triste, haciendo un puchero con el labio inferior.

— Mi amor, cálmate — pedí, acostándome a su lado y sosteniendo su manita.

No sé cuántas horas estuvimos allí, angustiados con el llanto desesperado de Giovanna invadiendo nuestros oídos. Ella agarraba nuestros dedos con fuerza, me miraba a mí y luego a Dante, probablemente preguntándose por qué no estábamos haciendo nada para que su dolor parara.

En algún momento, llevó los dedos a la boca y volvió a gritar, lo que hizo que una luz se encendiera en mi cabeza.

— Dios mío, ¡qué tonta! Creo que le están saliendo los dientes, Dante — concluí, analizando su último movimiento.

— ¡Claro que no, Manuela, ¡tiene fiebre!

— Sí, y en algunos casos puede causar fiebre — comenté, pensativa, y él bufó, sacando un libro enorme de un cajón y comenzando a pasar las páginas.

— ¿Qué haces? — pregunté, confundida, y él me ignoró.

Siguió buscando algo en las páginas por un tiempo.

— Sí, puede causar fiebre — dijo al final, frustrado, y cerró el libro, arrojándolo a un lado sin que pudiera leer la portada.

— ¿Estás... leyendo un libro sobre bebés?

— He leído algunos desde que supe de ella y ya había leído sobre esto, pero no estoy logrando pensar con claridad — confesó.

— ¿Algunos? — levanté una ceja, aún perpleja.

¿Cómo nunca había oído eso antes?

Dante señaló con la cabeza una de las estanterías con unos diez libros diferentes sobre bebés y paternidad. Abrí la boca, un poco en shock, pero él ni siquiera lo notó, volvió a prestar atención a los suspiros dramáticos que Giovanna comenzó a soltar.

¡Bueno, de quién lo había heredado!

— Creo que está disminuyendo — concluí, retirando la toalla y él puso la mano en su frente para verificar.

El llanto de Giovanna fue cesando muy lentamente y me acerqué a su rostro y comencé a cantar "*Black Bird*" para que se calmara mientras acariciaba sus bracitos.

— ¿En serio? — Dante puso los ojos en blanco al escuchar la canción de los *Beatles*.

— ¡A ella le gusta!

Seguí cantando, viendo a mi hija estirar sus manos para acariciar mi cara. Y cuando ella sonrió, finalmente dejó de llorar, mi corazón se tranquilizó.



Abrí los ojos con dificultad la mañana siguiente y forcé la vista para que todo tomara foco. Los tres estábamos acostados en su cama, Giovanna entre nosotros.

Mi mano estaba sobre sus piernitas y las de Dante estaban sobre mis dedos. Tiré mi brazo suavemente y él se despertó alarmado, levantando una parte del torso en mi dirección.

— Shhh... — susurré para que no hiciera ruido y él pasó una de las manos por su cabello. — Creo que la fiebre ha pasado. — Moví los labios para hablar, pero no salió sonido alguno.

Él miró mis labios y clavó los ojos en los míos. Y en ese momento, las únicas cosas que sentí fueron los pelos de mi nuca erizarse.

— Ahn... P-puedes volver a dormir, si quieres — murmuré y Dante apoyó la cabeza en la almohada, cerrando los ojos nuevamente.

Observé a los dos respirar en el mismo ritmo, tan en paz que llegué a la conclusión de que esa escena era una de las cosas que más plenitud me traía en ese momento.



Estás de pie de lado
Estoy de pie en mi
Sólo hace falta un paso
Y podrías estar cruzando la línea
No hay nada entre nosotros
O tal vez hay mucho
Sea lo que sea, es demasiado frágil para tocarlo.
:: Baby Break It Down - The Rolling Stones::

Dante Perazzo

Desperté con Giovanna escalando sobre mí y jugando con mis pestañas. Abrí los ojos y ella comenzó a gritar "papá" de una manera animada. No parecía que había llorado por horas y horas la noche anterior.

En serio, qué noche tan jodida. Una desesperación se apoderó de mí cuando la vi sufriendo así, sin saber realmente qué hacer. Manuela no estaba tan nerviosa, tal vez porque ya había pasado por una situación parecida con ella, pero yo estaba en pánico.

Había experimentado tantas cosas nuevas unas horas atrás. Me di cuenta de que, si pudiera, transferiría todo su dolor a mí y llegué

a la conclusión de que nunca me perdonaría si algo le sucediera a esa niñita. Y, carajo, era horrenda la sensación de impotencia, no poder hacer nada realmente relevante.

Giovanna aplaudió y soltó un grito, balbuceando algunas sílabas aleatorias. Estaba exhausto, ¿cómo es que ella no lo estaba?

— ¿Tienes hambre, Gio? — pregunté y ella abrió una sonrisa enorme.

Fui a la cocina y noté que Manuela no estaba por allí. Hice un café y cuando comencé a preparar los panqueques, ella entró en la habitación.

La insoportable llevaba una camiseta desgastada de los *Beatles* y chasqueé la boca, observándola hacer un moño alto en su cabello y acercarse a Giovanna para darle un beso en la cima de su cabeza.

— ¿Ya comió? — Manuela se inclinó sobre la mesa para mirar lo que estaba haciendo.

— Decidí hacer un panqueque para ella... — Ella me lanzó una mirada de desaprobación, ya que no era lo que normalmente comía por la mañana. — Ella sufrió lo suficiente ayer, María Manuela. Déjala comer algo rico.

— ¿Panqueques? ¿Estamos en Estados Unidos ahora? — se burló.

— Soy un poco adicto a los panqueques. — Encogí los hombros. — Siempre había en mi casa.

— Ricos... Tú y toda tu burguesía van a arruinar a esa niña si continúan mimándola de esa manera. — Ella se río.

— No la mimo — afirmé y Manuela abrió la boca, incrédula.

— Haces todo lo que ella quiere, Dante — bufé, sacudiendo la cabeza negativamente.

— No lo hago, y cuidado que, si me irritas, acabarás comiendo ese pan viejo de ahí.

— ¡El pan dormido a la plancha es lo mejor! — Ella encogió los hombros, riendo, y yo hice una mueca. — ¿Verdad, Gio?

Manuela le hizo cosquillas en la barriguita a la niña y me fue imposible mantenerme serio cuando la bebé se ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, encontrando todo muy gracioso.

Ella me miró y yo puse algunos panqueques en un plato y lo empujé hacia ella de mala gana. Sus ojos brillaron al instante y respiró hondo, casi derritiéndose en la silla con el olor.

Me reí.

Pan dormido, por Dios.

— Estoy haciendo una diferente para ella — avisé.

— ¡Mi mamá me dio un dulce de leche maravilloso! — contó, corriendo hacia la alacena. — Es el Viçosa, ¿ya lo probaste?

Fruncí el ceño, tratando de recordar.

— ¿Es argentino? — pregunté y ella comprimió los labios.

— Dios mío, eres tan insoportablemente rico. No, idiota, es de Minas. Y le gana mil a esos argentinos, si quieres saber. Ah, ¡pero el mejor de todos es el de la lata de leche condensada en la olla a presión! — suspiró, luciendo soñadora.

— ¿Qué?

— Hice un curso de gastronomía en Italia, pero no sabes hacer el mejor dulce que existe. — Ella encogió los hombros, llevando una cuchara llena de dulce de leche a la boca.

Y esa acción capturó toda mi atención.

Hasta el punto de quemarme con la maldita olla.

— ¡Carajo! — maldije en voz baja.

¡Mujer infernal!

— ¿Todo bien ahí?

— Todo.

Ella puso una montaña de dulce de leche en su panqueque y yo me pasé las manos por la cara sin poder creerlo. ¿De verdad había usado vaina de vainilla para eso?

Giovanna gritó "mamá" varias veces y Manuela sonrió, realizada. Luego balbuceó la palabra "agua" o algo que se parecía a eso, pero ya sabíamos lo que significaba.

Terminé de hacer los panqueques y se los di a Gio junto con algunas frutas y ella apenas respiró, metiendo todo en la boca rápidamente.

— Ve con calma, Gio — pidió Manuela entre risas, mostrando cómo la bebé podía cortar en pedacitos pequeños.

La bebé sonrió y se meció en la silla, aplaudiendo. Luego repitió el movimiento y me llamó para que se luciera.

¡Carajo, mi hija era súper linda!

— ¿Tienes algún compromiso hoy? — preguntó bajito, mirando su plato y jugando con la comida.

Yo tenía. Marcella me había pedido que fuera a su apartamento, ya que, según ella, no le había prestado mucha atención en la fiesta de mi hija.

— Tengo, ¿por qué? ¿Necesitas que me quede con Gio para ir a algún lugar? — pregunté, sin mucho entusiasmo.

— No... — Hizo una pausa, — iba a sugerir que fuéramos a esa heladería frente a la playa con Gio. Mi mamá siempre decía que el helado alivia los dolores de muelas... Y estoy un poco desesperada por el helado. Así que yo y Gui siempre fingimos tener dolor para comer. — Se río.

Me sentía atrapado cuando sonreía de esa manera. Era tan difícil enojarme con ella cuando Manuela bajaba la guardia. Ese mes había sido tan horrible, viviendo bajo el mismo techo sin interactuar. Nuestra relación era cada vez más fría, cada vez más seca.

Era un infierno y agotador.

Y hoy... las cosas parecían más ligeras.

Me quedé en silencio, tomando unos segundos para procesar el hecho de que ella estaba sugiriendo que hiciéramos algo juntos. Estaba intentando, de alguna manera, estrechar lazos conmigo, después de haberme acusado de algo que no había hecho.

De alguna forma, eso era como un respiro.

— Está bien, voy a hablar con Julia... — Me miró incómoda, dándose cuenta de que no había dicho nada sobre su sugerencia.

— Podemos ir — afirmé y ella levantó la vista, un poco sorprendida.

— Pensé que tenías un compromiso...

— No es importante — dije al final y ella esbozó una media sonrisa.



Nos sentamos en una de las mesas afuera de la heladería que se llamaba "*O Império do Sorvete Contra-Ataca*" y estaba toda tematizada de *Star Wars* porque la madre de mi hija era nerd. Y al parecer mi hija también, porque Giovanna se volvió loca con una criatura gigante que parecía un perro y balbuceaba unos ruidos extraños.

Gio estaba en mi regazo y María Manuela estaba frente a mí, llevándose helado a la boca. Estaba tan feliz y reía de vez en cuando con los gritos que daba y las palabras que trataba de pronunciar.

— ¿Qué día va Guilherme a mi casa esta semana? — preguntó, levantando los ojos hacia mí.

— El juego es el miércoles por la noche.

— Creo que voy a encontrarme con Julia — comentó. — ¿Ustedes cuidan a los niños?

— Estaremos en casa, Manuela.

— Está bien...

Un silencio ligeramente incómodo flotó en el aire.

— ¿Piensas invitar a tu madre algún día para ir al apartamento? — preguntó un tiempo después.

— No necesitamos encontrarnos allí.

— Sabes que puedes invitar a tu madre, tú también vives allí.

— Puedo encontrarme con ella en otro lugar — dije al final y ella me miró con un poco de frustración, soltando el aire. — ¿Qué pasa?

— Nada — respondió, volviendo su atención al pote de helado y llevando la cuchara a la boca.

Una vez más, mis pensamientos se escaparon por un instante e imaginé cómo sería besar su boca llena de helado.

¡Qué mierda! ¿Qué odio! ¿Cómo esa maldita lograba tener ese efecto en mí? ¿Cuál era el maldito problema que tenía? ¡Estaba obsesionado!

— ¿Qué pasó? — volví a preguntar.

— Estoy intentando, Dante, pero es difícil comunicarme contigo de esta forma — afirmó, desmotivada.

— ¿Y por qué lo haces?

— Pasamos un mes viviendo en la misma casa sin apenas intercambiar una docena de palabras al día. Es agotador y ya no aguanto más — confesó, como si se hubiera quitado un peso de encima.

— ¿Y por qué me dices esto ahora? — indagué, totalmente a la defensiva. — ¿Es porque finalmente te diste cuenta de que Marlon es un idiota?

— Nunca quise que fuera así. — Manuela respiró hondo. — Ya te pedí perdón por no haberte creído. Y yo solo... solo estoy cansada de esta dinámica, Dante.

Y la verdad es que realmente parecía.

Manuela se levantó, tomó a Giovanna de mi regazo y se dirigió hacia el basurero con los potes. La seguí, aún en silencio, mientras caminábamos por algunas tiendas hasta llegar a mi auto. Me detuve frente a una tienda de productos naturales y ella se quedó mirándome sin entender.

Mi mente estaba dividida. La parte herida quería mantener la guardia alta, no permitir que se acercara nuevamente. Sin embargo, había algo diferente en su mirada, algo genuino que parecía querer reparar lo que estaba roto entre nosotros.

Quiero decir, restaurar la mínima relación que logramos construir entre todas las peleas.

Respiré hondo y finalmente decidí darle una oportunidad. Después de todo, si seguía con eso, estábamos destinados a vivir en un ciclo interminable de resentimiento y distancia.

— Estoy de acuerdo contigo... — empecé, pero ella frunció el ceño, demostrando no saber de qué hablaba. — Sobre nuestra dinámica. También el encuentro agotador.

María Manuela me miró durante unos segundos y permanecimos en ese silencio incómodo. Ya no sabía qué decir, ella mucho menos. Su mirada se volvió hacia el escaparate de la tienda.

— ¿Y llegaste a esa conclusión mirando las hierbas? — trató de bromear con una risa nerviosa.

— Voy a comprar el té de manzanilla y el de raíz de sapo — expliqué y ella me miró con desconfianza. — Tu amiga tenía razón, parece que realmente alivian el dolor de muelas. Lo verifiqué.

Sonrió e entró en la tienda detrás de mí, llevando a Giovanna en brazos, que observaba los artículos con bastante curiosidad. Todo llamaba su atención. Manuela señalaba algunas hierbas y plantas, mostrándoselas a la niña y explicándole algunas cosas de la naturaleza.

— Pensé que solo ibas a comprar una esencia — dijo al ver que había separado varios otros tés.

— Soy una persona precavida. — Ella asintió con la cabeza como si dijera: "ya lo veo".

Regresamos a casa un rato después y fui a tomar una ducha. Pasé un buen tiempo dejando que el agua caliente cayera sobre mi espalda. Joder, todavía estaba tan cansado de la noche anterior.

Me puse ropa a regañadientes, porque no quería ir a casa de Marcella, pero ella ya me había enviado decenas de mensajes. En esos momentos, me preguntaba qué demonios estaba haciendo con mi vida al volver a verla con frecuencia.

Sostuve el último año de nuestra relación simplemente porque era menos agotador. Llevé a Marcella a la fiesta simplemente porque me insistió tanto que acabé accediendo para que dejara de molestarme.

¡Maldita sea! ¡No podía creer que había vuelto a ese ciclo vicioso!

Sacudí la cabeza, molesto conmigo mismo y con toda mi estupidez. Y era culpa de María Manuela, esa maldita que no podía sacar de mi cabeza.

Estaba haciendo todo mal, pero parecía tan mucho más fácil...

Giovanna estaba dormida y cuando llegué a la sala, la razón de mi tormento estaba enrollada en una manta, con el control de la televisión en una mano y un pote de helado en la otra.

— ¿Cómo puedes comer tanto helado? — pregunté, horrorizado, sentándome a su lado y viendo que el pote ya estaba

casi vacío.

— No he comido tanto — dijo sin apartar los ojos de la TV.

— ¿Estás viendo un programa de reformas? — indagué, lleno de ironía, riéndome al verla hipnotizada, pero creo que no notó mi tono.

— ¡Este programa es el mejor de todos! Son gemelos y reforman las casas de las personas. ¡Mira! ¡Mira! — Se apoyó en mi rodilla y señaló emocionada la TV, que volvió a mostrar una casa completamente horrorosa y destruida. — Mira cómo era. Ya están en la mitad, pronto mostrarán cómo quedó.

Aplacé la risa con su entusiasmo y ella no pareció siquiera prestar atención a mí. Me quedé con los brazos cruzados mientras veía el programa.

— ¡Joder, qué color horrible! — comenté al ver una sala pintada de un morado remolacha.

— Oye, estaba pensando en pintar el pasillo de ese tono — se burló.

— ¿Eso era una broma? Porque con tu gusto, no me sorprendería que de verdad lo hicieras — bromeé y ella me fulminó con la mirada. — ¿Qué pasa? No es culpa mía, eres tú la que tiene un escritorio verde horrible y un cuadro espantoso de girasoles.

— ¿Hablas mal de mi cuadro también?

Miré la atrocidad en la pared y asentí con la cabeza.

— Me dan ganas de morir cada vez que entro por la puerta — confesé y ella entreabrió la boca, incrédula, pero con ganas de reír.

— ¡Eres ridículo!

— No, el cuadro lo es. Te juro que, si pudiera, le prendería fuego. De hecho, ese es mi mayor sueño desde que llegué aquí. Hacer una hoguera con él y el escritorio.

Ella cruzó los brazos, ofendida.

— Mira el programa y cállate, Dante.

Nos quedamos allí sentados unos minutos viendo la televisión y en el mismo momento en que ella tomó el control para cambiar algo, me levanté.

— Voy a hacer palomitas, ¡está por comenzar otro! — celebró y entonces me miró con esos ojos grandes, un poco confundida. —

¿Eh...? ¿Vas a salir?

¿Era una impresión o estaba levemente decepcionada?

No, seguro que mi cabeza de abajo estaba confundiendo a la de arriba. Siempre que María Manuela estaba cerca, eso era lo que pasaba.

¡Qué infierno! ¿Qué tenía de malo? Debería ser capaz de simplemente ignorarla y ir a donde tenía la intención desde el momento en que salí de mi habitación.

Pero no. Estaba allí, a punto de cambiar sexo por una noche viendo un programa ridículo de gemelos que reforman casas con la persona más cursi de Río de Janeiro.

¿Quién en su sano juicio haría eso?

¡Joder, me sentía tan idiota por querer estar con ella! Y eso no tenía ningún sentido, porque mi polla ni siquiera iba a aparecer. Nunca había pasado por algo así en toda mi vida y ni siquiera sabía cómo reaccionar.

Supéralo, Dante, ¡carajo! ¡Es solo una maldita mujer!

Excepto que no lo era.

La quería tanto. Quería sus besos, su toque, cualquier cosa que me hiciera recuperar la cordura mental que se había esfumado hace casi un mes.

Las memorias con ella me carcomían por completo desde hacía días. Deseaba su boca, sus miradas, sus gemidos, el calor de su cuerpo. María Manuela Guerra me atraía de una manera inexplicable, robaba todos mis sentidos y hacía un desastre interno.

Después de ella, todas las mujeres parecían insípidas. Esa molestia insoportable era demasiado linda y perfecta en absolutamente todo, por más que fuera difícil de admitir.

La odiaba por eso.

— Voy a... tomarme un whisky, María Manuela. Necesito uno para digerir estas casas horrendas — dije en un tono irónico y ella se río.

En realidad, necesitaba beber para eliminar todos esos pensamientos que estaba teniendo sobre la mujer que odiaba. Necesitaba alcohol si iba a estar tan cerca de ella. Porque sí, la vida

era una maldita fiesta, yo era la piñata y esa hija de puta era el palo. Y no dudaría en golpearme cuantas veces fuera necesario.



Mientras yo, estoy esperando tan pacientemente
Acostado aquí en el suelo
Estoy tratando de hacer mi rompecabezas
Antes de que llueva otra vez
:: Jigsaw Puzzle - The Rolling Stones::

Dante Perazzo

Al día siguiente, teníamos una reunión desde primera hora de la mañana. Salimos de casa más temprano de lo normal, ni siquiera tuvimos tiempo para comer algo.

Duró al menos unas dos horas, con una abogada disertando sobre la necesidad de promover el trabajo remoto entre algunos empleados.

Estaba casi durmiendo de pie, de lo aburrido que estaba. Aún necesitábamos resolver muchas otras cosas y eso parecía una tremenda pérdida de tiempo.

— Señor Perazzo, la señorita Marcella Rangel está esperando en su escritorio — avisó Deusa cuando ya estaba entrando en mi despacho.

— ¿La dejaste entrar?

— Ahn... Lo siento, ella dijo que era su novia y tenía su autorización para esperar allí.

— No es mi novia y no tiene autorización para entrar en mi escritorio — dejé claro.

Rodé los ojos y cuando entré, ella estaba sentada en mi silla, con el celular en la mano.

— ¿Qué haces aquí, Marcella? ¿Y qué payasada es esa de decir que eres mi novia?

— No viniste a verme ayer — se quejó, ignorando lo que había dicho. — ¿Estabas demasiado ocupado jugando a la casita con la muerta de hambre y tu bastardita? — Lanzó el dispositivo en mi dirección.

Había una foto de los tres en la orilla de la playa en una de las columnas de chismes, diciendo: "Tarde agradable para la familia Perazzo".

— Ya te dije que no llames a ninguna de las dos así. — Apreté los dientes, dejando clara toda mi irritación.

— Dijiste que ibas a verme — ella volvió a exigir, elevando el tono de voz.

Era desgastante para carajo. Estaba exhausto de todo ese circo.

— ¡Marcella, que se joda! Estaba con mi hija.

— ¿No crees que ya pasas demasiado tiempo con ella? — Puso la mano en la cadera y entreabrió la boca, chocado por lo que salía de ella. — No dejes a esa niña. Yo también necesito atención.

— Ella es mi prioridad, no tú — retruque sin paciencia y me miró triste.

— Quisiera que tuvieras más tiempo para mí — se quejó, melosa, y vino caminando hacia mí.

— Odio cuando comienzas a actuar así. Ya te llevé a la fiesta a la que tanto querías ir, ¿no es suficiente? — pregunté, irritado.

— Y me dejaste de lado la mayor parte del tiempo, yendo de aquí para allá detrás de esa pendejada mal hecha que tuviste y del otro pobretón con quien te hiciste amigo...

— Dios mío, ¿no te cansas de ser imbécil? ¡Que les importara que eran pobres, por favor! María Manuela es la madre de mi hija,

Marcella. Ya te dije que dejaras tus comentarios. Por favor, vete — suspiré, buscando cualquier rastro de calma que pudiera tener.

Odiaba toda la presión, la tontería. Y siempre era así, cuando pasábamos algunos días más viéndonos, ella deducía que estábamos en algún tipo de relación.

Sabía que era mi culpa por buscarla más veces de las necesarias durante ese mes, pero necesitaba sacar a María Manuela de mi cabeza y seguir mis instintos.

No era tan efectivo como me gustaría, después de todo, Marcella no les llegaba a los pies en literalmente ningún aspecto, pero, aun así, era una distracción. Entonces, comenzaba a actuar de esta forma y me arrepentía amargamente de todo.

Estaba al límite.

— ¿Cómo crees que me siento? — Ella frunció el ceño.

— No me importa cómo te sientes — respondí, seco, y ella me miró.

— Sé que te importa.

— ¡Deja de ponerme expectativas que nunca te di! — la interrumpí.

— Solo te importa esa maldita niña ahora. Todo era mejor antes. ¡Desearía que ella no existiera! — vociferó con rabia.

— ¡Cállate! — grité, cortando el aire y pasando la mano por mi rostro después. — Vete, Marcella, antes de que pierda el resto de consideración que aún tengo por ti.

— No, Dante... Lo siento, no fue lo que quise decir. — Ella vino en mi dirección, envolviendo sus brazos en mi cuello.

La puerta se abrió en ese momento, revelando a Manuela sosteniendo un vaso de café.

— Estamos ocupados — dijo Marcella, fulminando con la mirada.

La aparté.

— Me di cuenta. Cierra la puerta la próxima vez. Sé que sabes cómo hacerlo — dije con desdén, yendo hasta la mesa y dejando el vaso de café que aparentemente había traído para mí.

— Manuela... — la llamé, pero ya se había ido.

Miré a Marcella con rabia.

— Dios mío, ¡suéltame! ¿Qué sigues haciendo aquí? — exploté. — ¡Te dije que te fueras!

— ¿Estás irritado porque ella nos vio? Ella sabe que somos una pareja. Siempre lo hemos sido. Cualquiera que nos conoce lo sabe, Dante — volvió a hablar con una voz melosa y puso la mano en mi rostro. — Todo el Círculo de Oro lo sabe, nuestras familias... Siempre he sido tuya y siempre lo seré. Podemos tener una familia. Puedo darte tantos hijos como quieras. Herederos de verdad, herederos que van a darle orgullo a tus padres, al nombre de tu familia. No necesitas de ella y...

Respiré hondo, intentando contener toda la rabia dentro de mí. Odiaba la forma en que Marcella veía la vida, al igual que mi propia familia.

¿Cómo no veían lo ridículo y absurdo que era eso? ¿Cómo había sido capaz de reproducir tantos comentarios estúpidos y prejuiciados similares a los de ella hasta hace unos años?

— No somos una pareja y ya tengo una familia. Ahora, por favor, sal — pedí por última vez, sujetando su muñeca y apartándose.

Me miró molesta y salió de la sala. Me quedé unos segundos mirando la pared. Aún no podía creer lo tonto e irresponsable que había sido al volver a relacionarme con esa mujer.

Tomé el vaso de café de *Starbucks* y di un sorbo, tratando de organizar mis pensamientos.

Ella había comprado café para mí. ¿Qué significaba eso?

Fui en dirección a la sala de Manuela, golpeé la puerta y entré. Sus ojos se levantaron del informe que estaba llenando y cuando me vio, volvió su atención a él.

— Gracias por el café — le dije, sentándome en la silla frente a ella.

— De nada.

— Tenemos una reunión en un rato.

— Lo sé, por eso traje el café. Estabas casi durmiendome sobre la mesa en la reunión pasada.

— Era aburrida — me justifiqué rápidamente. — Al menos en esta vamos a hablar sobre bebidas alcohólicas. Estoy seguro de que

será más animado — bromeó, recordando que el tema era una fiesta del escritorio.

— Estoy segura de que sí. — Ella sonrió débilmente, se levantó y comenzó a ordenar algunas carpetas. — Te encuentro en la sala de reuniones, necesito resolver algunas cosas en el camino.

Sabía que Manuela estaba irritada por haber visto a Marcella en mi escritorio. Seguramente me consideraba un hipócrita, dado que la había juzgado por estar abrazada con Marlon hace un mes en su propio escritorio.

Era increíble, cuando las cosas parecían un poco menos turbulentas entre nosotros, algo sucedía. Y la verdad es que nuestra relación era extremadamente frágil y cualquier cosa podía desestabilizarla.



Estaba buscando el capibara de Gio porque lloraba incesantemente repitiendo "Pipi" sin parar y así se refería a su animalito.

— ¡No está en ningún lado, Manuela! — Ella estaba en el baño dándole un baño a la niña mientras yo revolvía la casa como un loco.

— ¿Ya miraste en mi cuarto? ¿En el tuyo? Puede estar por ahí — sugirió mientras la bebé golpeaba las manos en el agua, irritada. — ¡Por favor, hija, cálmate!

Fui al cuarto de ella, examinando el lugar. Era extraño estar allí porque nunca entraba en esa habitación.

Busqué sobre los muebles y no había nada. Me agaché para mirar debajo de la cama y la vi, bien al fondo, al lado de una pequeña caja, como si fuera un baúl en miniatura.

¿Qué demonios guardaba debajo de la cama como si fuera una anciana?

Confieso que la curiosidad fue suficiente para que la abriera. Había varios sobres doblados de la misma manera y todos, absolutamente todos, tenían mi nombre en la parte frontal.

Eran cartas. Cartas dirigidas a mí. Al menos una docena de ellas.

Quedé en shock al leer mi nombre allí, sin entender nada. Era mi nombre, sin duda alguna; lo volví a leer varias veces para estar seguro. No había muchos "Dantes Perazzos" en Río de Janeiro.

Diversos pensamientos comenzaron a invadir mi cabeza, pensando en lo que podría estar escrito en esas cartas.

— Dante, ¿encontraste? — Su voz resonó por el pasillo y casi derribé la caja.

— ¡Porra! — maldije en voz baja, poniendo todo en su lugar.

No había tiempo para mirar el contenido ahora, estaba a pocos metros de distancia.

— Encontré — dije, entrando al baño.

— ¡Gracias a Dios! ¿Dónde estaba? — En ese momento, Giovanna dejó de llorar y dio un grito de felicidad.

— Ah... — No podía decir que estaba debajo de la cama y correr el riesgo de que ella cambiara la caja de lugar, así que decidí mentir. — Estaba sobre tu mueble.

¡Maldita sea! Necesitaba saber el contenido de esos sobres.



Entiende nena, te puse un hechizo
No puedes resistirte, simplemente te hechice.
:: Keys To Your Love – The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Era sábado y Guilherme vendría a ver el partido en el apartamento. Manuela salió unas horas antes de la hora en que él había acordado llegar y Gio estaba durmiendo. Llegué a la conclusión de que ese era el mejor momento para leer el contenido de esas cartas.

Me senté en el suelo, alcancé el pequeño baúl y abrí el primer sobre, notando que había varios garabatos.

"Dante... ¿Cómo estás? Espero que esté bien. No sé si recuerdas aquella noche que tuvimos en el encuentro de monitores del Bootcamp... En fin, puede parecer un poco absurdo, pero descubrí que estoy embarazada.

Sí, realmente es una locura y aún no he logrado procesarlo bien, pero pensé que deberías saberlo. Tal vez sea un poco ridículo dar una noticia así por carta, pero no sabía la mejor forma y así puedo organizar mis pensamientos.

Bueno, eso es todo.

Atentamente, Manuela Guerra."

¡Joder! No era de extrañar que no hubiera enviado esa horrible carta, que más parecía un billete, como si avisara que iba a la panadería y ya volvía.

¿Quién da ese tipo de noticias de esa manera? ¡Vaya!

Abrí el segundo:

"Dante, espero que estés bien y que estés logrando terminar tus proyectos personales. Sé que debes estar pensando que es extraño recibir una carta mía, pero necesito contarte algo sobre la última vez que nos vimos.

Entiendo que tardé un buen tiempo en decir esto y tal vez no quieras saberlo, pero... me quedé embarazada. Imagino que esta no es la mejor manera de dar este tipo de noticia, pero creo que es la más eficaz, después de todo, no tenemos ningún tipo de contacto. Su nombre es Giovanna y ya tiene algunos días de vida.

Ella tiene tu cabello y tus ojos...

Sé que debería haberte dicho esto antes, pero tenía miedo. Tú y tu familia siempre han valorado mucho el "linaje" y su nombre, y supe de algunas cosas que me hicieron tomar esta decisión. También descubrí que los hijos "fuera del matrimonio" del Círculo de Oro son llamados "bastardos" y me parece algo muy absurdo.

No sé cómo lidiar con todo esto y ni siquiera estoy pidiendo nada de ti, quisiera dejar eso muy claro, antes que nada.

Ah, y no necesitas involucrarte. Nadie tiene que saber sobre Gio, mucho menos tus padres. Ella no tiene que ser la razón de desgracia de tu familia ni nada por el estilo.

Desde el momento en que descubrí sobre el embarazo, Guilherme insiste en que debo contarte y ya he llegado a escribir otra carta, varios correos electrónicos y mensajes, pero nunca he podido enviarlos.

Espero que entiendas el motivo por el que no lo he hecho hasta ahora.

Siento mucho."

Y entonces ella firmó y puso la dirección de su apartamento.

Sentí como si mis ojos dolieran. Un nudo atravesó mi garganta y permaneció allí. Seguí abriendo las cartas y parecían tener el mismo contenido, excepto por el hecho de que María Manuela contaba que tenía 1, 2, 3 meses y así sucesivamente. Había 13 cartas. La primera era de cuando estaba embarazada, la segunda, al descubrir que era una niña y contando sobre el significado de su nombre. Una tercera de cuando Giovanna acababa de nacer y 10 más, una por cada mes. Todas hablaban un poco sobre la niña, relatando su rutina o alguna curiosidad.

Manuela escribió cuando ella empezó a balbucear palabras, cuando le comenzaron a salir los dientecitos, cuando empezó a comer alimentos sólidos... La última había sido escrita unos días antes de que yo comenzara en el escritorio.

Las palabras escritas resonaban en mi mente como si ella las hubiera dicho en voz alta, sofocando mi corazón en una mezcla devastadora de emociones. Cada revelación, cada pedazo de vida que no tenía idea que había perdido...

Tantos meses.

Todo se desplegaba ante mis ojos, como si una venda hubiera sido retirada, revelando la profundidad de mis propias pérdidas y la amplitud de ese secreto.

La impresión que tenía era que estaba viendo en las cartas, las ventanas a lo que no había vivido, las infinitas posibilidades surgiendo si las hubiera recibido. Como líneas del tiempo creadas en paralelo, mostrando lo que "podría haber sido".

Fue imposible no llorar. Ni siquiera intenté contener las lágrimas. Quería haber sido parte de todos esos momentos. Era una especie de anhelo por algo que ni siquiera había vivido y que no podía recuperar.

No entendía por qué Manuela no había enviado ninguna de las cartas. Además, el día en que conocí a Gio, ella afirmó de manera contundente que nunca había tenido la intención de contarme sobre la bebé.

Y la verdad es que sí lo había hecho.

Aparentemente, durante todos los meses desde su nacimiento.

Tenía miedo, eso estaba claro. Lo repetía en todas las cartas y lo reforzaba cada vez más a medida que pasaban los meses. Ya había escuchado muchas historias sobre familias obligando a abortar hijos fuera del matrimonio dentro del C.O., pero aquello era extremo, ni siquiera conocía a alguien cercano que hubiera hecho algo tan bizarro.

Eran tantos sentimientos dentro de mí y estaba muy confundido. No había escondido el embarazo por venganza, como imaginé inicialmente.

No éramos amigos, ni siquiera nos agradamos y aun así ella estaba intentando ser cordial. Aunque Manuela había dejado un poco de lado el sentimentalismo en las cartas, era posible ver la profunda preocupación y la ansiedad por un futuro incierto.

Era casi como si supiera mucho más que yo sobre lo que estaba alegando. Y, aun así, era difícil entender y digerir todo aquello.

Respiré hondo, llevé la caja a mi habitación y la puse dentro de mi cajón. Encontraría algún momento para hablar con ella.

¡Maldita sea!, necesitaba preguntar. No me importaba en lo más mínimo si ella se enoja por ser un entrometido husmeando en sus cosas.

Pensándolo bien, las cartas estaban dirigidas a mí. No era tan absurdo que las leyera. ¿Cierto? Cualquiera en mi lugar haría lo mismo.

Me di una ducha, me afeité y un tiempo después Guilherme golpeó la puerta con Lucca en brazos.

— No logré hacer que este chico se durmiera — murmuró, poniendo los ojos en blanco, y el niño me sonrió, feliz.

Despeiné su cabello y se echó a reír, comenzando a llamar "Gigi", desesperado por jugar con su amiguita.

— Gio está durmiendo, Lucca. ¿Vamos a despertar a tu amiga? — le pregunté y él dijo "*xim*".

Era graciosa la manera en que se comunicaban, con palabras a medias, cambiando la x por la s. Y era aún más increíble el hecho de que parecían entender todo lo que decíamos.

Los pusimos a jugar en la alfombra y comenzamos a ver el partido. Guilherme era una buena compañía y realmente me gustaba tener a alguien con quien discutir sobre los juegos, ya que el idiota de mi hermano se creía demasiado "intelectual" para disfrutar del fútbol.

— ¡Carajo! — grité hacia la televisión. — ¡Qué susto!

— Pensé que Ganso[14] f lo iba a acertar — Guilherme también se exaltó, levantándose del sofá al ver que el jugador había golpeado el travesaño.

— ¡Están fallando todos los pases, se la chingada! — me quejé y él asintió.

El final del primer tiempo fue horrible porque el Botafogo estaba jugando mucho mejor que el Flu, pero gracias a Dios el partido iba 0 a 0. Fuimos a la cocina, le dimos de cenar a los niños mientras comíamos algunas porciones de pizza y lo hicimos todo en tiempo récord para poder ver el segundo tiempo.

¡Joder, me estaba poniendo *pica* con todo este asunto de ser padre!

— ¿Qué fueron a hacer, al final? — pregunté cuando nos sentamos nuevamente.

— A algún bar en la Barra — respondió, mirando la TV.

— ¿Bar?

— Sí. Mi noche va a ser larga — comentó, riendo.

— ¿Por qué?

— Se emocionan demasiado cuando Adriano y yo no vamos con ellas. Por eso prefieren ir sin nosotros. — Guilherme se río nuevamente y yo moví la cabeza, riendo también.

Casi a la mitad del segundo tiempo, los dos empezaron a quejarse. Probablemente estaban muriéndose de sueño porque ya habían estado jugando bien emocionados durante unas dos horas.

Así que nos quedamos los dos tratando de ver el partido en silencio, acusándolos de un lado a otro. Esta vida de padre no es nada fácil y ni siquiera imaginaba que fuese capaz de hacer tantas cosas al mismo tiempo, especialmente sosteniendo a un niño.

Gracias a Dios no tardaron en dormir. Los pusimos en la habitación y volvimos a ver el partido.

Cuando faltaban solo unos minutos para que terminara, las dos entraron por la puerta, una colgada del hombro de la otra, riendo sin parar. Estaban borrachas.

— ¿Siguen viendo esta tontería? — preguntó Manuela, riendo y abriendo espacio entre nosotros dos para sentarse.

Julia se sentó en el regazo de Guilherme y se colgó de su cuello.

— Vaya, ¿este hombre es jugador o modelo? — preguntó cuando Lucas Perri, el portero del Botafogo, apareció en primer plano en la TV.

— Jugador, amor, estamos viendo un partido, por si no te has dado cuenta — respondió Guilherme, tratando de sacarla de su campo de visión.

— Por Dios, podría hacer tantas cosas con él... — Manuela soltó un suspiro y se río mirando la pantalla.

Levanté una de las cejas.

— Me encanta Manu borracha y traviesa que no tiene filtro — murmuró Julia para mí.

Me eché a reír.

— ¿Qué estás susurrando, Ju?

— ¡Nada, Manu! Solo comentando que, si no estuviera casada, ya habría invadido ese campo. — Ella me guiñó un ojo, se echó a reír y Guilherme me lanzó una mirada de impaciencia, sacudiendo la cabeza en desaprobación.

— Julia, tú estás casada, pero yo no. ¿Dónde será este juego? ¿Podré ir hasta allí? — Ellas comenzaron a reír aún más.

— No vas a ningún lado, Manu — dijo Guilherme, sin paciencia. — ¡Por Dios, estamos intentando ver el partido!

— ¡Eres! Un. ¡Pesado! — murmuró a su amigo, echándose hacia atrás, respirando hondo y luego se quedó un tiempo mirándome.

— ¿Qué pasa? — pregunté y ella entrecerró los ojos.

— Nada. — Y volvió a mirar la TV.

El partido finalmente terminó. Guilherme fue a la cocina y su mujer lo siguió, y unos segundos después, era posible ver que ella estaba encima de él, detrás de la columna, besándolo sin parar. Manuela seguía sentada a mi lado, mirando sus uñas, distraída.

— Ya nos vamos — dijo él jadeando, asomando la cabeza por la puerta y saliendo del apartamento.

— ¿Te divertiste hoy? — pregunté y ella volvió su atención hacia mí.

Me estuvo mirando con esos grandes ojos que parecían brillar aún más, durante algunos segundos. Estaba levemente agitada, la punta de la nariz roja y su boca era demasiado invitante cuando sonrió.

— La noche no ha terminado — respondió en un tono sugestivo y levanté una de las cejas.

¿Qué quería decir con eso?

Guilherme volvió tres minutos después, con la camiseta algo arrugada, respirando entrecortadamente y con el cabello desarreglado.

— Mierda, olvidamos a Lucca — dijo un poco avergonzado y me reí mientras él iba al cuarto a buscar al niño.

Regresó algunos segundos después con el niño en brazos, se despidió y desapareció por la puerta casi a la velocidad de la luz.

— ¿Ves? Todos se olvidan de sus hijos — burlé y ella entrecerró los ojos.

Definitivamente no tenía miedo del peligro.

— ¿De verdad quieres volver a este tema? — preguntó de manera divertida, inclinándose hacia mí y luego bajó la mirada lentamente hacia mi boca. — ¿Quieres que te castigue de nuevo?

María Manuela levantó una de las cejas y sonrió con malicia. Tragué en seco, porque necesitaba controlarme. Eso no podía volver a suceder. No sabría cómo manejarlo cuando ella simplemente se fuera a buscar otra aventura casual.

Entonces, ella tiró de mi camiseta, pegó sus labios a los míos y en pocos segundos ya estaba en mi regazo. Qué carajo, necesitaba mantener a esa mujer alejada del alcohol, era demasiado perjudicial para mi salud mental.

— No creo que debamos hacer esto — dije, apartándose con toda la fuerza que pude reunir dentro de mí.

— Esa frase normalmente es mía — murmuró contra mi cuello.

— Es en serio, María Manuela — afirmó, apartándose de nuevo. — Has bebido demasiado.

— ¡He bebido tres *drinks*! — protestó, como si fuera una niña mimada.

— No estarías encima de mí si no hubieras bebido.

— Ciertamente querría estar — confesó en voz baja. — Normalmente necesito un poco de incentivo para hacer ese tipo de cosas...

— ¿Qué tipo de cosas? — indagué, fingiendo estar confundido y conteniendo una risa.

— Tirarme encima del chico del que juré que mantendría distancia... — Sus dedos recorrieron mi mandíbula. — Te has afeitado.

— Así es.

— ¿Por qué demonios te pones atractivo de todas las maneras posibles? — Me reí porque realmente parecía indignada por eso.

— Manuela, no voy a tener sexo contigo — deje claro. — Puedes elogiar todo lo que quieras, suplicarlo o frotar tu vagina contra mi polla... — Ella me miró con una expresión traviesa. — Por favor, no hagas eso.

Ella hizo un puchero. Mi deseo era gritar de frustración, agarrar su cuello y besar esa boca perfecta.

Hija de puta desgraciada hermosa de la hostia.

— Eres un pesado.

— No, esa es una característica tuya... — burlé. — Y veremos si cuando pase el efecto del alcohol, aún querrás hacer "ese tipo de cosas".

Manuela me miró y soltó el aire, frustrada, saliendo de mi regazo. Me dio una última mirada y desapareció por el pasillo.

Respiré hondo y hundí mi rostro en mis manos. Era increíblemente difícil resistir. Ella estaba literalmente encima de mí. Y no me importaba que no hubiera bebido tanto, no iba a acostarme con ella de esa manera.

Estuve mirando la televisión un rato y tratando de calmar el fuego que se expandía cada vez más dentro de mi cuerpo. Mierda, necesitaba darme una ducha fría.

Eso fue lo que hice, pero como no fue suficiente, necesitaba masturbarme. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había dedicado a María Manuela. Incluso intentaba no pensar en ella cuando me estaba masturbando, pero esa maldita enviada del infierno se apoderaba de todos mis pensamientos más bajos.

Me revolqué en la cama durante casi cuatro horas. Miré el reloj y vi que ya eran las dos de la mañana. Decidí tomar agua y cuando estaba caminando hacia la cocina, pisé uno de esos muñecos con silbato que Giovanna había dejado tirados en medio del camino.

Torcí mi rostro, rezando a todos los santos para que la niña no se despertara. Revisé el cuarto y ella seguía dormida, gracias a Dios.

Abrí la nevera, llené un vaso de agua y me apoyé en la encimera, mirando al vacío, simplemente pensando en lo patética que era mi vida. Justo cuando levanté la vista, me encontré con María Manuela parada en la puerta de la cocina, vistiendo un short extremadamente corto y un sujetador de encaje rojo.

Sin camiseta.

Solo la maldita lencería.

Eso no podía ser real, no estaba jugando sucio de esa forma.

Ella pasó por mi lado y fue hacia el armario.

— ¿Qué estás haciendo, María Manuela?

— Comiendo... — respondió, encogiéndose de hombros.

Estaba sosteniendo un frasco de *Nutella* y se apoyó en la pared, mirándome de una manera divertida. Entonces, para romper el único hilo que todavía sostenía mi cordura, la maldita metió el dedo índice en el bote y se lo llevó a la boca, sin romper el contacto visual conmigo. Y lo hizo en un movimiento lento y casi torturante, provocando un escalofrío que espiralada desde el inicio hasta el final de mi columna.

Limpié mis pensamientos y respiré hondo, ignorando el hecho de que estaba loco por meter mi polla en esa boca gruesa y perfecta.

— ¿Por qué estás semidesnuda en la cocina? — Fui más directo y ella se acercó a mí.

— Pensé que no te importaría... El efecto del alcohol se había pasado y vine aquí sin intención solo a comer un dulce — respondió con una voz melosa, mordiendo el labio inferior y encogiendo los hombros.

Empujé mi cuerpo contra el de ella, aprisionando contra la pared de la cocina y sostuve su cuello con firmeza. Manuela sonrió de manera victoriosa, sin apartar la mirada de la mía, porque sí, me tenía exactamente donde quería, sin ningún control.

— ¿Sin intención? — indagué, deslizando el pulgar por su garganta, sintiendo cuando tragó en seco.

— Sí, pero no me importa si empezamos a pelear.

— ¿En serio, María Manuela? ¿Es eso lo que quieres hacer? — susurré contra sus labios y ella cerró los ojos, produciendo un sonido de afirmación.

— Depende, ¿terminarán como siempre terminan?

— ¿Y cómo terminan siempre? — dejé la pregunta arder en su piel, cerca de su oído, pero luego volví a mirar sus ojos, más oscuros que nunca, con la pupila cubriendo casi todo su iris.

— Con tu polla enterrada en mi vagina.

Era un hecho que María Manuela parecía convertirse en otra persona después de unos tragos de alcohol. No había ningún aburrimiento en su voz, era más atrevida, más indiscreta, más suelta. Era como si se rompiera la barrera que la mantenía perfecta. Sin embargo, ahora parecía diferente, porque no estaba borracha, sino decidida.

— Estás jugando con fuego, María Manuela — advertí, aún con la mano en su garganta, deslizando mis ojos por su pecho y volviendo a su boca.

— Puedo iniciar un incendio si quieres, Dante. — Ella deslizó sus dedos por debajo de mi camiseta y rozó su boca contra la mía. — Y créeme, definitivamente no necesito alcohol para eso.

No pude controlarme. Uní mis labios a los suyos y su lengua caliente invadió mi boca ferozmente, sin ninguna restricción, sin pudor. Nuestros dientes llegaron a chocar en algún momento, tan

desesperado era el momento. Ella succionaba mi lengua, mordía mis labios y yo ya estaba sin aliento, sin siquiera recordar lo que era el oxígeno en ese instante.

Sus dedos se perdieron en mi cabello y levantó las piernas hasta la altura de mi cintura, entrelazándose en mi tronco. Éramos solo un embrollo de toques, suspiros, saliva y respiraciones entrecortadas. Una de mis manos agarraba su cuello mientras la otra apretaba su muslo con fuerza. Mi cuerpo hacía tanta presión contra el de ella en la pared que ni siquiera necesitaba sostenerla.

La agarré por la cintura, sin romper el beso, y la llevé a la habitación, lanzándome en mi cama. Mis dientes rasguñaron su mandíbula, su hombro, sus pechos, y ella jadeó cuando le quité el sujetador y mi lengua recorrió toda su piel.

Estaba mojada por encima del *shorts*, la humedad hacía que el tejido gris claro se oscureciera aún más. Y mierda, eso me puso aún más duro, porque no había mejor sensación que saber que Manuela estaba así sin que yo siquiera hubiera tocado su vagina.

Me deshice de todas las prendas, apartando sus piernas y perdiendo un tiempo viendo cómo estaba completamente abierta para mí. Sus dientes atraparon su labio y se retorció un poco, con una sonrisita llena de malicia.

Chupé toda su extensión, suspirando profundo con su sabor en mi lengua. Levanté la vista para verla cerrar los párpados, mordiendo el labio inferior para contener un gemido.

Esa era mi vista favorita de toda la vida.

Rodeé la punta de mi lengua en su clítoris y cuando todo su cuerpo se encogió, la mantuve en su lugar, chupándola con más fuerza. Y conforme los improperios iban susurrándome junto con el ritmo de las respiraciones, me iba excitando aún más.

Comencé a perder la noción del tiempo y del espacio mientras chupaba esa vagina perfecta que era la perdición de mi vida. Mi polla ya latía mientras me ahogaba en ella como si fuera un adicto.

Nada tenía mucho sentido cuando María Manuela estaba involucrada. Mi cuerpo no funcionaba igual y la impresión era que algo dentro de mí estaba roto.

Totalmente fuera de sí.

Introduje mis dedos sin dejar de chupar su vagina, haciendo que ella estuviera aún más desesperada por llegar al clímax. Unos segundos después, disminuí el ritmo y mi boca deslizó por su barriga, pechos, hasta llegar a su boca.

Y la besé hasta que no quedó ni un solo atisbo de oxígeno entre nosotros.

Me aparté un poco y observé su cuerpo retorcerse con mi toque, sus manos apretando las sábanas, mientras mordía su labio. Dios, era tan hermosa que no me sorprendería que esa mujer me enviara al infierno.

No sabía cómo, pero una parte de mí sabía que haría todo lo que ella pidiera sin siquiera cuestionarlo.

Aun así, no le daría esa información de ninguna manera. ¿No era inteligente? Que descubriera sola.

Fui acariciando su clítoris lentamente, yendo y viniendo. Los movimientos se alternaban entre lo rápido y lo lento, en una tortura casi adictiva. Mi lengua se movía en sincronicidad, en un movimiento casi natural, paseando por cada centímetro de piel que pudiera alcanzar.

— Deja de torturarme, Dante — pidió, jadeante.

— Quisiste provocarme, ¿no? — Sonreí maliciosamente y apoyé mi boca en su oído, apretando los dedos aún más y haciendo que ella soltase un grito. — Ahora aguanta.

Ella intentó sujetar mis manos, forzándolas aún más, queriendo que finalmente la hiciera alcanzar el clímax. Solté una risa despectiva y moví la cabeza en señal de negativa.

El odio ardiendo en sus ojos hizo que mi polla se pusiera aún más dura.

No la haría llegar al clímax, no ahora.

Quería más. De la rabia, del odio, del deseo y todos los sentimientos que ella normalmente me dirigía.

Detuve lo que estaba haciendo y tomé sus muñecas, sujetándose en la parte superior de su cabeza y tiré de una de mis corbatas que estaba en la cabecera para atarlas. Manuela me miró sin poder creerlo y le sonreí nuevamente, volviendo a pasar la

lengua por su boca y deslizando nuevamente los dedos dentro de ella.

¡Tan mojada, mierda!

La mujer que odié durante tantos años estaba completamente entregada a mí, fuera de sí. Gemía cada vez más alto, suspiraba pesadamente mientras su cuerpo se arqueaba cada vez que ejercía un poco más de presión. Mi boca exploraba cada milímetro de piel, dejando marcas que se volverían evidentes al día siguiente.

No me importaba, de hecho, me gustaba marcarla. Quería que recordara cómo era estar conmigo.

Enterré nuevamente mi rostro entre sus piernas, jugando despacio con su clítoris hasta que ella movió sus manos atadas, intentando alcanzar mi cabello para forzar sus caderas contra mi boca.

La restricción de movimientos debido a las muñecas atadas estaba comenzando a hacer que su paciencia se extinguiera.

— Te odio con todo — dijo.

— Lo sé... Y me gusta cuánto me odias, María Manuela — respondí, dándole una bofetada en el lateral de su muslo y deslizando la punta de mi lengua a lo largo de su extensión. — Es exactamente por eso que cogemos tan bien.

Atrapé su clítoris con mis labios, succionándolo con fuerza hasta que el orgasmo la desgarrara por completo. Sus uñas se clavaron profundamente en mi cuero cabelludo, el gemido lánguido que resonaba en la habitación parecía nunca terminar. Era posible sentir toda la energía concentrada, explotando y vibrando en mi lengua.

Y no había sensación más maravillosa que esa.

Mierda, extrañaba tanto a esa insoportable. Los besos, su aroma, su sabor, el sexo, las peleas... Las peleas que resultaban en sexo.

Maldita sea, todo ese tiempo sabiendo que estaba con otro había arruinado mi cordura. Y odiaba el hecho de estar obsesionado por ella, tenía rabia de lo mucho que María Manuela me afectaba.

No había nada que pudiera hacer, sin embargo.

Ella era mi infierno.

Siempre lo había sido.

Y lo sería por siempre.

Manuela aún se estaba recuperando cuando me posicioné entre sus piernas y me hundí en ella, haciendo que soltase un insulto cuando llegué al final. Ella respiró hondo y presioné su cuello, restringiendo un poco de aire mientras observaba sus pupilas oscurecerse.

Solté sus muñecas y sus uñas se clavaron en mi espalda en el mismo instante en que la embestí con más fuerza dentro de ella.

— ¿Cómo logras... dejarme así? ¡Mierda! — susurró entre gemidos.

Volví a mirarla a los ojos y, aún sin salir de ella, sonreí con arrogancia.

— Nadie más te va a dejar así, ¿entendido? — avisé en un tono autoritario, volviendo a sujetar su cuello con una mano.

Ella soltó una risa alta.

La maldita se estaba divirtiendo a costa de mi sufrimiento.

— Estoy hablando en serio. — Mi mano subió un poco más hacia su mandíbula, forzándola a hacer contacto visual.

Me volvía loco toda la excitación brillando en sus ojos. Manuela pasó la lengua por sus labios y volvió a mirarme con una sonrisa en el rostro. Creo que perdí el hilo de mis pensamientos por unos segundos y hasta tuve que disminuir los movimientos. Eso era perturbador, para ser sincero. Todas las reacciones de esa mujer mantenían mi total atención.

Mi ritmo aún era lento y sus manos forzaban mi cuerpo aún más contra él de ella.

— ¿Qué quieres decir con eso, Dante? — Tiró de mi nuca para acercar mi rostro al suyo y mordió mi labio inferior con los dientes, soltando una risita ordinaria.

— Quiero decir que no comparto lo que es mío.

Mi pulgar rozó su mentón, entreabriendo su boca, y ella arqueó un poco la espalda cuando fui más profundo.

— Eres un poco posesivo, ¿no crees? — dijo en un tono irónico.

— No. Soy totalmente posesiva, María Manuela — corregí, y una sonrisa se formó en sus labios. — O eres mía...

— ¿O...? — me desafió, entretenida.

— O paramos aquí — avisé, literalmente cesando los movimientos.

No sé cómo fui capaz de hacer eso porque detenerme producía casi un dolor físico (especialmente en el pobre de mí polla).

La frustración fue visible en la expresión que apareció en su rostro, pero no me desanimé. Continué dentro de ella, dejando claro con mi mirada que hablaba en serio.

Entonces, ella tiró de mi cabeza y apoyó su boca en mi oído, dejando su respiración quemar mi piel.

— No quiero parar — susurró, haciendo que los pelos de mi nuca se erizaran.

— ¿Cuánto estás dispuesta a hacer para convencerme de que no debo parar?

— Muy dispuesta, Dante — afirmó con una voz tan ronca y sexy que resonó en mis huesos, derribando cualquier barrera que intentaba mantener.

— Quiero oírte decir que eres mía. — Presioné con más fuerza, sin quitarle los ojos de encima y ella gruñó.

Sus párpados se cerraron y Manuela tomó todo el aire que pudo. Mordió nuevamente su labio inferior con una sonrisita casi malvada, de esas que suele poner una persona sádica al hurgar en la herida de alguien.

— Vamos.

Ella no respondió a propósito. Estaba jugando. Destinada a extinguir toda mi paciencia.

Le di una bofetada en la cara, haciendo que la sonrisa aumentará aún más.

Hija de puta.

— No me pongas a prueba, María Manuela...

— Soy tuya — afirmó en voz baja.

Sostuve su rostro, deslizando el pulgar por el lugar enrojecido, acariciándola mientras la besaba lentamente, sin dejar de empujarme hacia dentro de ella.

— Buena chica.

Aumenté los movimientos y en segundos se volvieron más agresivos. Nuestro sexo era el reflejo de nuestras peleas, de nosotros mismos en nuestros días más caóticos.

Salvaje. Incansable. Devastador.

Los gemidos resonaban en la habitación, tanto los míos como los de ella. Estábamos completamente sudados, sin aliento, en un ritmo incesante. Mi polla pulsar dentro de ella, desesperada por llegar al clímax.

Sus dientes mordían mis brazos, mi hombro, cualquier parte que pudiera alcanzar, provocando un calor alucinante en todas mis extremidades. Eran tantas sensaciones absurdas que esa mujer me hacía sentir. Y todo era adictivo e intensamente abrumador.

Agarré una de sus piernas, clavando los dedos en su muslo y mi boca alcanzó sus pechos. Moví sus caderas y la penetré una, dos, tres veces, hasta que los espasmos vinieron, apretando mi polla dentro de ella y haciendo que llegáramos al clímax al mismo tiempo.

¡Mierda!

La boca entreabierta, emitiendo suaves gemidos, la respiración descompasada, el cuerpo completamente flácido sobre el mío. Ver a María Manuela Guerra teniendo un orgasmo era lo más placentero del mundo.

Salí de dentro de ella y observé mi semen escurriendo por toda su boquita inflamada. Y aún estaba clasificando en mi cabeza qué imagen de esa mujer me atormentará por más tiempo hasta que ella frotó sus dedos y los llevó a su boca, lamiéndole lentamente.

Estaba tan jodido...

Cubrí nuevamente mi cuerpo con el de ella y la besé perezosamente, dejando que la letargia poscoital me guiara. Su boca tenía nuestro sabor, la mezcla perfecta de los dos.

— ¿Por qué haces esas cosas conmigo, hija de puta?

Ella río dentro de mi boca, entrelazando aún más sus piernas con las mías. Intentaba calmar mi respiración, pero parecía imposible dejar de besarla.

— Ay, ay... Tomo las mejores decisiones borracha — concluyó y yo entré cerré los ojos en su dirección.

— ¿En serio vas a seguir con eso?

Ella se río, divirtiéndose.

— ¡Es mi mejor disculpa!

— No te atrevas a usar esa mierda de disculpa para decir que esto no volverá a pasar — avisé, sosteniendo su rostro.

— Dante, Dante... ¿Qué va a pensar tu noviecita de esto? — bromeó, presionando aún más su cuerpo contra el mío.

— No es mi noviecita — respondí, serio, y Manuela arqueó una ceja, como si no lo creyera.

Ella pasó la lengua por mis labios lentamente y tiró del inferior entre los dientes, sonriendo de forma provocadora. Bajó por mi mandíbula, lamiéndole lentamente hasta mi cuello y se detuvo con la boca en mi oído.

— Espero que sí, porque si yo soy tuya... — susurra despacio, deslizando la mano por mi polla que ya había vuelto a cobrar vida, moviéndola hacia arriba y hacia abajo. — Tú también eres mío.

— Espero que no lo olvides mañana — dije, clavando mis ojos en los suyos.

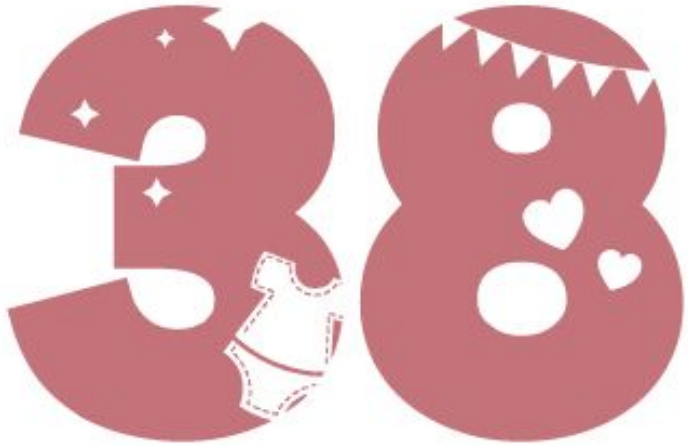
— ¿Ya estás pensando en mañana? — preguntó, riendo entre los besos, y luego hizo un puchero. — ¿Ya pretendes acabar con nuestra noche?

— ¿Acabar?

Me reí. Apreté mis labios contra los suyos y los arrastré hasta su cuello, deteniéndose muy cerca de su oído para susurrar:

— Solo estamos comenzando, linda. Porque hoy te voy a follar hasta que pierdas todos tus sentidos, María Manuela.

— Espero que sí. — Y sonrió, volviendo a besarme.



Quiero tomar tu mano
Y cuando te toco me siento feliz por dentro
Es un sentimiento que mi amor
No puedo esconderme, no puedo esconderme, no puedo esconderme.
:: I Want To Hold Your Hand – THE BEATLES ::

Maria Manuela Guerra

Desperté, aún con dificultad para abrir los ojos, con el llanto de Giovanna. Sentía todo mi cuerpo adolorido y era difícil moverme. Perdí la cuenta de cuántas veces llegué al clímax. ¿Quién estaba contando, ¿verdad?

Esa noche, tuve la certeza de que mi cerebro podría derretirse y volver a su estado natural. Tal vez fuera una mutante (no de esas de la novela de *Record*, por el amor de Dios). Aún así, la madrugada anterior definitivamente había sido algo fuera de lo normal. Ni siquiera sabía que el sexo podía ser de esa forma, y ya había tenido sexo muchas veces en mi vida. Y algunas con el propio Dante.

— Tu hija está llorando — murmuré, haciendo el máximo esfuerzo para empujar su brazo.

— ¿Ahora solo es mi hija? — preguntó con voz perezosa, riéndose, acercando mi cuerpo al suyo y dándome un beso en el hombro. — ¿Crees que si nos quedamos en silencio ella parará?

— No, no va a parar. Ve y déjame dormir.

Lo empujé fuera de la cama, estirándose entre las sábanas y él se bufó.

— Eso no es justo.

— Después de lo que hiciste conmigo, lo mínimo es dejarme dormir todo lo que quiera — afirmó, aún con los ojos cerrados, abrazando la almohada a mi lado, y Dante se río, saliendo de la habitación.

Su olor estaba en mí, mezclado con el mío e impregnado en la funda de la almohada, en las sábanas. La habitación olía a sexo.

Al mejor sexo.

A nuestro sexo.

A un sexo que era definitivamente único.

Cuando el llanto de la bebé comenzó a cesar, mis ojos pesaron nuevamente y dejé que el cansancio me llevara.

Desperté de nuevo algún tiempo después, con un olor fuerte a café invadiendo la habitación. Abrí los párpados para ver a Dante sentado a mi lado en la cama con una taza en la mano.

— Gracias. ¿Gio ya comió? — pregunté, cubriéndome con la sábana y acomodando mi postura.

— Sí... Ella está en la cuna jugando — respondió, observando mientras hacía un puchero para soplar el café, y yo solté una risa.

— ¿Por qué me miras así?

— Nada, solo pensando en cuánto tiempo tardarás en decir lo que siempre dices.

— No lo pretendía — afirmó, llevando la taza a mi boca, y él levantó una ceja.

Quizás no fuera la elección más lógica, pero lo último que quería era que eso no tuviera continuidad.

— ¿Qué pasó? — Él seguía mirándome sin creer. — No voy a pelear contra algo que sabemos que seguirá sucediendo.

— Qué bueno que finalmente te diste cuenta. ¿Qué hice esta vez para convencerte? — Él entrecerró los ojos antes de reír y luego

puso su cuerpo entre mis piernas, besando mi cuello.

Ni yo misma lo sabía, pero era increíble cómo toda mi capacidad de razonar desaparecía en el momento en que comenzaba a tocarme.

— No sé, pero sigue haciéndolo.

— Espero que no hayas olvidado lo que acordamos ayer — advirtió, serio, mirándome a los ojos.

— ¿Sobre? — bromeé, y él cerró las expresiones. — No olvidé, a pesar de tu juego sucio para "obligarme" a decir lo que querías — hablé en un tono divertido.

— No me importa jugar sucio para conseguir lo que quiero... Cada uno juega con las armas que tiene, María Manuela — retrucó sarcástico. — Además, tú hiciste lo mismo. ¿O olvidaste que fuiste tú quien vino hacia mí y todavía anduvo por la casa en sujetador?

— Fue la Manuela borracha.

— Primero que no estabas más borracha y segundo que la Manuela borracha solo hace lo que la Manuela sobria no se atreve a hacer. — Se acercó a mi oído. — Ah, y me gusta esa versión tuya. Cerca de mí, puede aparecer cuando quiera...

Solté una risa y lo besé.

— ¿Tienes hambre?

— Estoy muriendo de hambre, Dante, pero ni siquiera tengo fuerzas para levantarme.

Suspiré y dejé caer mi cuerpo blando sobre el suyo. Él arqueó una ceja y me levantó en brazos, haciendo que soltara un grito, asustada, porque no lo esperaba.

— Voy a preparar el desayuno para alimentar a ese *alien* que tienes ahí — bromeó, dejándome en el suelo y saliendo por la puerta.

— ¡Eh, no tengo un *alien*! — grité hacia el pasillo y solo escuché su risa como respuesta.

¿Qué culpa tenía yo de que su comida fuera tan buena? Solo estaba aprovechando las oportunidades de la vida.

Fui a mi cuarto y tomé una ducha rápida. Poco después, cargué a Gio en brazos y cuando llegué a la cocina, Dante estaba frente a la estufa haciendo tapiocas.

Y no era solo eso. Había un plato con huevos revueltos, unos *croissants* y varios otros panecillos diferentes. ¿Cómo demonios habían conseguido comprar eso en tan poco tiempo?

Y, Dios mío, ¡el olor era simplemente intoxicante!

— ¿Cómo conseguiste esto? — pregunté, sorprendida.

Puse a Giovanna en la silla alta y le di un juguetito para distraerla.

— Pedí en una pastelería que me gusta mientras tú aún estabas dormida.

Me senté en el banquillo y él puso un plato frente a mí y cuando mordí la tapioca, solté un gemido de satisfacción. Dante se río y al abrir los ojos, me di cuenta de que me estaba mirando, casi como si estuviera esperando mi reacción.

— ¡Deja de mirarme así!

— No puedo — respondió, riendo. — Cocinar para ti siempre es un refuerzo para mi autoestima.

— ¡Eres ridículo! — Comí un poco más de lo que había preparado y lo odié aún más a él.

¿Cómo podía un huevo revuelto saber la felicidad?

— En serio, ¿cómo cocinas tan bien?

— En realidad, cocino "bien". Tu estándar es muy bajo.

Dante comprimió los labios y yo entré cerré los ojos en su dirección de una manera amenazante. Gio percibió el delicioso olor y comenzó a gritar "papá" en desesperación. Entonces, él tomó un tazón y le sirvió un poco de huevos, y ella hundió las manos riendo, feliz mientras hacía su típico desorden.

— Ella definitivamente come tanto como tú — constató, aún entre risas.

— ¡En serio, esto es un absurdo! ¡No tengo un *alien* y no como tanto así! — dije, perpleja.

— Sí, comes. ¿No es así, Gio? — Mi hija traidora dio un grito, moviendo la cabeza afirmativamente. — Parece un saco sin fondo.

Lo miré, boquiabierta, y crucé los brazos, puchereando.

— ¡Increíble!

Dante siguió riendo y caminó hacia mí, inclinándose para besarme.

— Está bien que seas un saquito sin fondo, de todos modos, me gusta verte comer... — susurró contra mis labios. — Especialmente mi comida.

Esa sonrisita de desdén que normalmente lo acompañaba creció en su rostro.

— Además, te vuelves mucho más dócil y agradable después de comer...

— Es mi *alien* — respondí con ironía y él soltó una carcajada.

— Me gusta alimentarlos a ustedes dos... Quiero decir, además de la otra por allí... — Y apuntó a Giovanna. — Ey, capibara... — la llamó, lanzándole un beso, ella se derritió por completo.

Suspiré, viéndolo completamente fascinado por nuestra hija, sacando el celular del bolsillo para tomar algunas fotos. Porque, desde hace un tiempo, Dante estaba sacando miles de ellas.

Y no dudaba que llenará la conversación de su hermano con todas ellas.



Estaba en la cocina organizando algunas cosas en el lavavajillas mientras Dante jugaba con Giovanna en la sala. Eventualmente, me reía de algo que él decía tratando de conversar con ella.

— ¡Gio! — Lo escuché hablar en un tono más grave y la niña comenzó a llorar y gritar. — Solo quiero ver. Creo que está roto.

— ¿Qué pasó? — pregunté, acercándome a la sala.

— ¡Mío! — dijo entre sollozos y ambos abrimos los ojos, viendo que había aprendido otra palabra.

— Hija, está roto, ¿no lo ves?

Ella lo ignoró y siguió gritando incesantemente. Mi oído ya empezaba a doler.

— Te vas a lastimar, está roto. ¿Vamos a jugar con la capibara? — Dante intentó calmarla, tomando el juguete y ella estiró las

manos en su dirección y gritó “mío” de nuevo.

— ¡Giovanna! ¡Qué es esto! Deja de hacer berrinche — le reproché, caminando hacia donde estaba.

Nuestra hija me miró un rato y dejó de gritar. Se arrastró por la alfombra, buscando todos los juguetes que estaban esparcidos e hizo una pila en un rincón de la sala, lejos de nosotros. Aún con el rostro mojado, nos miró con bastante rabia sin soltar su capibara preferida y dijo “mío”.

— Felicitaciones, Dante, tu hija es posesiva igual que tú. — Él ahogó las risas y yo le lancé una mirada de desdén. — Eso no es gracioso.

— Ah, es un poco. — Y me agarró del brazo, de modo que caí en su regazo. — La capibara es de ella... — Su mano se deslizó por mi nuca. — Tú eres mía... — dijo la última frase casi en un susurro en mi oído, haciendo que un escalofrío recorriera mi espalda. — ¿Qué hay de malo en eso, María Manuela?

Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

— Eres ridículo — respondí, levantándome, aún con las piernas un poco temblorosas, fingiendo no estar afectada. — Gio, cariño, tenemos que aprender a compartir nuestras cosas. Tienes que prestar tus juguetes a mamá y papá — expliqué con calma, acercándome a donde estaba la pila de juguetes. — ¿Le prestas tu linda capibara a mamá?

Ella movió la cabeza en señal de negativa, pero aun así tomé el juguete. Entonces la niña comenzó a gritar cada vez más alto, desesperadamente.

— Manuela, por Dios, devuelve su capibara — imploró, tapándose los oídos.

La frustración me invadió. Por más que mi oído también estuviera doliéndome con los gritos estridentes, Giovanna no podía seguir haciendo esto.

Ya había leído que era normal que los niños tuvieran ese comportamiento en esta etapa, pero siempre tenemos la expectativa de que con nuestros hijos las cosas serán diferentes, especialmente las "malas costumbres".

— No, Dante, no puede pensar que todo es suyo. — Me volví hacia él. — Gio, vamos a jugar todos juntos, ¿vale? Yo, tú y papá.

La bebé se quedó quieta y me miró. Su mirada se dirigió a Dante y gritó "papá" nuevamente, como si lo estuviera llamando para que participara.

— Vamos a jugar todos juntos. ¿Está bien, nena? — afirmó, sentándose a mi lado.

Giovanna pareció calmarse y pasó un buen rato jugando con nosotros, hasta que logramos deshacer la pila de juguetes que ella había hecho.

Después de algunas horas, se durmió y fuimos a la cocina a preparar las comidas de la semana. Bueno, yo estaba ahí para observar a Dante cocinar, ya que él rechazaba mi ayuda.

— ¿Tu madre no te enseñó a compartir las cosas, ¿no? — pregunté y él puso los ojos en blanco.

— Nunca necesité compartir nada con Dom — comentó, distraído. — Además, si tomaba algo de él, me empujaba... Pero creo que te estás exagerando con todo esto.

— ¿Exagerando? Tu hija hizo una pila de juguetes para que no los tocamos, como si fuera una villana de película queriendo dominar el mundo — dije y luego me arrepentí, porque ya estábamos riendo a carcajadas. — Es en serio, no podemos dejar que piense que esa actitud está bien. No sé dónde aprendió Giovanna esto.

— Está bien, pero debió ser algo puntual.

Él terminó de preparar las comidas mientras yo consultaba algunos artículos en internet y leía una avalancha de información sobre el tema. Luego, Dante empezó a contar algunas historias de cuando él y Domenico eran niños.

Aún me parecía extraño tener esos momentos en los que compartimos recuerdos y cosas de nuestras vidas. Sin peleas, sin comentarios sarcásticos, como si fuéramos solo dos personas normales sin un pasado complicado detrás.

Y cuando fui a organizar la mesa para almorzar, él pasó su mano por mi cintura, dándome un beso en el cuello, desordenando toda mi racionalidad y confundiendo aún más las cosas.

No se detuvo ahí. Comimos en paz, conversando, y luego nos sentamos en el sofá. Dante empezó a cambiar de canal, pero se detuvo en uno que estaba pasando un programa de reformas de casas.

— Ya sé, voy a dejarlo aquí — avisó, riendo, cuando se dio cuenta de que yo iba a abrir la boca para decir que quería verlo. — No sé cómo puedes ver tantos programas de esos y mantener un cuadro tan horrendo aquí en esta pared y un escritorio enviado del infierno en mi cuarto.

Le lancé un cojín a la cara y él se río. Dejó el control a un lado y me atrajo hacia sus brazos, acomodándose entre ellos a pesar de mis protestas.

Era muy extraño ver a Dante siendo cariñoso (porque al parecer lo estaba, aunque eso incluyera burlarse de la decoración de mi casa). Sabía que él era así con Giovanna, incluso más de lo que imaginé que pudiera ser, pero ¿conmigo?

Aún era raro. No es que fuera algo malo. No lo era, definitivamente, pero de todos modos parecía irreal. Especialmente porque estábamos en una situación complicada hasta hacía unos días.

Después de la noche anterior, comprendí que el verdadero motivo por el que Dante me había tratado de manera tan fría durante un mes entero era porque yo estaba con Marlon y él no quería que yo estuviera.

Era demasiado posesivo para eso.

Siempre me he considerado una persona celosa, pero aparentemente, Dante era mucho más. Está bien que tampoco me haya gustado ni un poco verlo con Marcella Rangel, lo admito, pero pensé que era un poco mejor ocultar eso.

Para ser sincera, no quería que estuvieran juntos. Y tampoco deseaba a Marlon o a cualquier otro chico.

Lo quería a él. Solo para mí. Y lo quería tanto que llegaba a odiarme por ello.

Sí, Julia tenía razón, Dante había arruinado el sexo para mí.

No es que me gustara él o algo así. No estaba buscando ningún tipo de relación, especialmente una con Dante Perazzo.

No podía negar el hecho de que nuestro sexo era increíble, sin embargo. Y también estaba bastante segura de que, por más que buscara, no encontraría nada parecido.

Además, él estaba aquí dentro de mi casa, por cuestión de logística era mucho más fácil, ¿verdad?



Y yo dije
Que no siempre puedes conseguir lo que quieres
No siempre puedes conseguir lo que quieres
:: YOU CAN'T ALWAYS GET WHAT YOU WANT – THE ROLLING STONES ::

Dante Perazzo

Las dos semanas siguientes pasaron rápidamente, tal vez porque nuestra convivencia era asombrosamente buena. No era de extrañarse, teníamos relaciones sexuales con frecuencia, lo que significaba que estábamos de buen humor la mayor parte del tiempo.

Y, por increíble que pareciera, la única cosa que nos estaba estresando era el trabajo. Ah, los periódicos también, que seguían posicionándonos para obtener algún testimonio sobre lo que mi familia pensaba acerca de que yo había roto una tradición de años.

Mi padre, por supuesto, no se posiciona, y su relación con mi madre estaba al borde de un precipicio. Ella nos visitó algunas veces y había traído varios regalos para Giovanna. Incluido, una manta centenaria que había estado en la familia y que había guardado para

nuestro primer heredero. Por supuesto que Manuela, muy sensata, se negaba a usarla, alegando que tenía olor a moho.

El destino de la manta terminó siendo la cama de Ringo.

Años de tradición de la familia Perazzo ahora descansaban en la cama de un gato necesitado con un nombre ridículo de uno de los *Beatles*.

Quizás debería adoptar un perro y llamarlo Jagger. Seguro que sería una mascota mucho más útil que Ringo.

Por otro lado, mi madre intentaba actuar con naturalidad. Quiero decir, lo máximo que podía. Buscaba demostrar que todo estaba bien, pero yo sabía que era solo una "cortina de humo".

Había frustrado sus planes y María Manuela no era "la nuera que ella había pedido".

No que ella fuera la nuera de mi madre.

Joder, no.

No fue eso lo que quise decir.

María Manuela no era la mujer con la que mi madre soñaba como madre de mis hijos. Y toda la parte de no haber tomado clases de etiqueta o de no vestirse con elegancia y sofisticación era lo de menos. Lo que realmente importaba era que, además de todo eso, ella seguía siendo una abogada activista ambiental.

Y como si no fuera suficiente, yo me había unido al equipo.

Mi madre también se aterraba al saber que vivíamos en un apartamento tan pequeño. Ya había intentado convencer a Manuela de que debíamos mudarnos a un lugar más grande, pero ella siempre encontraba la manera de eludir el tema.

Gio estaba comenzando a balbucear nuevas palabras y era gracioso, porque la mayoría de ellas estaban mal o incompletas. Ella seguía teniendo dificultades para compartir las cosas, por más que lo intentáramos, la niña seguía gritando que todo era suyo y aparentemente lo estaba haciendo incluso con los juguetes de Lucca.

Habíamos consultado a algunos profesionales cuando el episodio se repitió algunas veces después del primero. Programé algunas citas con personas reconocidas en el área de salud infantil y estábamos siguiendo las orientaciones.

Después de una tarde bastante agotadora, nuestra última reunión del día fue con Marlon y sabía que, a pesar de sus esfuerzos, los dos no se hablaban desde la "ruptura". Y hoy Manuela parecía bastante irritada, no tenía paciencia ni siquiera para nuestra secretaría.

— ¿Por qué estás actuando así? — le pregunté después de que alzó la voz a Deusa, diciendo que debía aprender a organizar mejor sus cosas.

— No estoy actuando de ninguna manera, solo estoy cansada de tanta incompetencia — murmuró, abriendo la gaveta con fuerza, buscando un informe.

— ¿Estás así por la reunión con Marlon? — indagué y ella me miró furiosa.

— Solo puedes estar bromeando, Dante. ¿Crees que voy a perder mi tiempo enfadándome con Marlon?

— ¿No estás ni un poco afectada por él?

— Mira... Te voy a dar 10 minutos para que salgas de mi vista o no respondo por mí — advirtió y yo abrí los ojos, un poco sorprendido. — Ve a buscar una de las carpetas que necesito para mañana con Guilherme y encuéntrame en la sala de reuniones.

Parpadeó y pasé un rato viéndola maldecir en voz baja mientras esparcía varios papeles por el escritorio.

¿Cuál era el problema de esa mujer, Dios mío?

— ¿Qué estás esperando? — Me miró rápidamente y salí de la sala antes de que me lanzara un pisapapeles, porque, sinceramente, ni me sorprendería si lo hiciera.

Fui hasta el escritorio de Guilherme y noté que estaba mirando al vacío, completamente distraído.

— Guilherme, buenas tardes. Necesito una carpeta que tienes — dije, apoyándome en su escritorio.

— Pensé que Manu solo la necesitaría después. ¿No puedo entregársela mañana? — preguntó, revisando los miles de papeles que estaban a su alcance.

— Joder, amigo, ¡organiza tu mesa! Dios mío, esto parece un basurero. Y no, Manuela está pareciendo Bruce Banner luchando por

no transformarse en Hulk. No soy yo quien va a dar la noticia de que no entregarás la carpeta a tiempo por nada del mundo — avisé.

— Ella también está con síndrome premenstrual, ¿no? — suspiró, cansado.

— No sé, machista, pero la última vez que asumiste eso no fue muy inteligente — recordé, riendo.

— Julia también lo está. Las mujeres que pasan demasiado tiempo juntas tienen ciclos sincronizados.

— Hijo de puta, ¿cómo sabes esas cosas? — pregunté, horrorizado, haciendo una mueca.

— Llevo años conviviendo con Manu y Julia, Dante. No tienes idea de lo que son las dos juntas con crisis fuertes de síndrome premenstrual. Hay días en que la muerte parece menos dolorosa.

— Y mira que casi te mueres, ¿no?

— ¿Yo?

— Sí, hasta hoy no sé cómo no te cortaste y no te dio tétano con ese equipo asqueroso de ese parque.

— Dios mío, ese parque realmente te traumatizó, ¿no? — preguntó, riéndose, y yo asentí, recordando con tristeza aquel lugar horrible. — En fin, Manu generalmente no se irrita tanto, pero Julia tiene el deseo de asesinarme casi todo el mes.

— No sé qué me asusta más, ella o tú.

— Dile a Manu que la entrego mañana, ¿ok?

— Nunca.

— Haré lo que tú quieras — imploró, casi llorando.

— ¡Ni de coña! Guilherme, solo quiero sobrevivir al día de hoy. — Solté el aire lentamente. — Y algo me dice que, si doy esta noticia, no lo lograré. Tienes más posibilidades, ella no te odió buena parte de la vida como un bono.

— Ella te odió con motivos — constató él y yo me encogí de hombros. — Ok. Vaya, ¿eh? ¿Dónde está?

— Tenemos una reunión ahora con Marlon — respondí y él se río.

— Va a acabar con el idiota — dijo con tono divertido.

— Bueno, al menos algo bueno va a pasar.

Fuimos caminando hacia la sala de reuniones y ella ya estaba parada en la puerta, golpeando el pie incesantemente. Y ahora estaba segura. María Manuela Guerra con síndrome premenstrual era aterradora, sin duda.

— Estás 5 minutos tarde — dijo mirándome. — ¿Y cuál es la excusa que viniste a darme, Guilherme?

— No pensé que necesitarías la carpeta hoy...

— Necesitas ser más responsable. Te dije específicamente que necesitaba la carpeta hoy — comenzó a regañar, tratando de no gritar, pero de vez en cuando su voz se volvía estridente. — ¿Para qué sirve la maldita Alexa que compré para ti?

— Manu, intenté usarla, pero esa maldita me complica más de lo que ayuda.

— Entonces busca otra forma de organizarte sin hacerme la vida un infierno. Vergonzoso...vergonzoso, eso es. Mira, Guilherme, te amo, pero también te odio muchas veces — salió refunfuñando y entró en la habitación.

— Te lo advertí — dije, riendo y entrando detrás de ella.

— Manuela... — Marlon se acercó a ella, seguido por otros miembros del equipo, pero ella ni siquiera lo miró y respondió un "buenas tardes" sin muchas ganas. — Dante.

Él me miró con un poco de rabia y luego volvió su atención hacia ella. Odiaba la forma en que Marlon la miraba, con tanto deseo, como si quisiera agarrarla desesperadamente allí mismo, sin importar que estábamos dentro de uno escritorio.

Mi instinto era darle un puñetazo en la cara solo por saber lo que probablemente estaba imaginando por la forma en que la miraba. No soportaba el hecho de que los dos ya habían estado juntos.

— No tengo mucho tiempo que perder, Marlon. Estoy completamente abrumada hoy y aun no entiendo el motivo de esta reunión — dijo, impaciente, y todos los miembros que estaban en la mesa parecieron sorprenderse por la forma en que estaba hablando.

— Tuve una reunión con mi equipo y estábamos pensando en el estatuto de Políticas Financieras, como te informé antes de programar la reunión. Basándonos en la sección de "Control de

Costos y Gastos", creemos que podríamos considerar la reducción de los costos de viajes corporativos, utilizando solo videoconferencias — comunicó Marlon y Manuela se río, creyendo que era una broma.

— No puedes estar hablando en serio. ¿Quieres eliminar los viajes y utilizar solo videoconferencias?

— Sí.

— Esto no puede ser real. — Ella sacudió la cabeza en señal de negativa.

— Reducir los gastos en viajes corporativos podría darnos una ventaja competitiva al permitir que realojáramos recursos en áreas estratégicas. Mi área, al igual que algunas otras, necesita urgentemente un presupuesto mayor... Además, dado todo este asunto del carbono que tanto valoran, pensé que sería válido discutirlo para que su comisión apoye mi sugerencia.

— Sé todo sobre la cuestión del carbono y sobre la sostenibilidad ambiental, Marlon. Y también sé bien que esa es tu última preocupación. — Él respiró hondo y la miró un poco molesto por la forma en que ella estaba respondiendo.

Yo estaba disfrutando de la situación.

— Solo nos gustaría modificar eso porque creo que hay un área que se beneficia demasiado y perjudica a otras — dijo finalmente.

— Marlon — comencé a decir, con un poco de desdén camuflado —, tu preocupación ambiental es loable. Sin embargo, es importante recordar que algunos de nuestros casos y clientes requieren interacciones personales y presenciales. Además, como escritorio de abogados, la confidencialidad y el servicio de calidad a nuestros clientes son esenciales y no siempre las videoconferencias cumplen con esos requisitos.

Manuela me observaba ligeramente impresionada y con un poco de deseo, ¿quizás?

— Además, el porcentaje de recursos utilizados en viajes ya se había reducido hace algún tiempo, por si no te has dado cuenta. Sería bueno consultar las últimas actas antes de proponer cambios para ser discutidos con la dirección. Y tiene aún menos sentido traer esto a discusión en tan poco tiempo.

Para algo debió servir leer aquel montón de informes.

— Solo estábamos hablando en una reunión de equipo y pensamos que sería una buena manera de realojar los recursos — dijo uno de los miembros del equipo en voz baja.

— La reputación de la empresa está directamente ligada a nuestra capacidad de prestar servicios legales de excelencia. Algunas situaciones pueden exigir que nuestro equipo esté presente físicamente para representar los intereses de nuestros clientes de manera eficaz. Y ya he tenido varias discusiones sobre esto y hoy trabajamos de la mejor manera, con un enfoque híbrido, priorizando la sostenibilidad sin perder los pilares del escritorio. Lo siento, pero no vamos a llevar esta cuestión hacia adelante, porque me parece que es algo mucho más personal que otra cosa. La reunión está cerrada — sentenció ella y comenzó a organizar su bolso mientras la gente salía.

— Manuela, ¿podemos discutir esto mejor? — preguntó Marlon después de que todos se fueron.

Sentí mis dedos hormiguear de rabia.

— ¿Qué quieres, Marlon? ¿No escuchaste que la reunión acabó? — indagué entre dientes, antes de que ella pudiera responder.

— No hablé contigo, Dante — dijo, áspero, y volvió a mirar la. — Ella es la persona responsable, tú eres un mero abogado.

— Trabajamos juntos y ahora también formó parte de la Comisión. Entonces, lo que discutas con ella también me concierne a mí — repliqué, acercándome más.

— Marlon, tal vez estés muy desocupado o sin trabajo por hacer, pero no inventes esas reuniones ridículas sin fundamento. No voy a llevar algo tan absurdo a mis superiores. No me hagas perder más tiempo con esto — dijo, mirándolo con desdén y salió cerrando la puerta.

— Aún no puedo creer que inventaste una reunión entera para poder tener un momento con ella — comenté con desdén.

— ¿Eso es lo que piensas, Dante? — Él sonrió con desprecio. — Trabajamos en el mismo lugar, puedo toparme con la Manuzinha en cualquier sala en tantos momentos...

— No te acerques más a ella — advertí.

— ¿O qué? — me provocó, inclinándose hacia mí y apreté los puños de forma involuntaria.

— O preferirás no haberme conocido — dije en un tono amenazador, con el dedo casi tocando su rostro. — Sabes que puedo acabar contigo en un segundo. No me pongas a prueba.

Él caminó hacia la puerta y la abrió, pero antes de cerrarla, se giró hacia mí.

— Apostaría a que te consume saber que estuve con Manu. — Se río. — Y eso es más placentero de lo que imaginaba.

Cerró la puerta rápidamente y tuve que contenerme para no salir de la sala y darle un puñetazo en plena cara.

Bien o mal, estábamos en un ambiente de trabajo.

Lo único que hice fue patear la silla que estaba frente a mí para desahogar toda la rabia que sentía.

Lo cual, obviamente, no sirvió de nada.

Y Marlon tenía razón, eso me consumía.



Antes de besarnos, no conocía las sensaciones que podía saborear.
Antes de besarnos, no tenía idea de los años que estaba desperdiciando.
Pero ahora sé lo que he estado esperando.
Para que vuelvas
:: Where Have You Been All My Life? – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Mi día estaba siendo horrible. Además de tener que soportar toda la desorganización de mi secretaria y de Gui, también había perdido mi tiempo en una reunión ridícula con Marlon. No solía tener TPM tan fuerte, pero esta se estaba superando.

Cualquier cosa me estaba sacando de quicio, el dolor de la cólica era insoportable y los medicamentos que tenía en mi bolso no hacían efecto.

Dante prácticamente me expulsó del escritorio, alegando que se quedaría un poco más para terminar lo que estaba haciendo y fui a buscar a Giovanna. Al llegar a la pensión, Guilherme, Adriano y

Antonio estaban sentados en la mesa conversando animadamente y bebiendo cerveza.

— ¿Estás más calma? — preguntó Guilherme, un poco dudoso.

— ¿Por qué debería estar más calmado? ¿Me entregaste la carpeta que debía? — Él movió la cabeza negativamente y los otros dos me miraron asustados. — ¡Entonces, no!

— ¿Ya llegó el momento de proteger nuestros traseros de ser pateados? — preguntó Antonio, riendo, y yo lo fulminé con la mirada.

— Sí. ¿Dónde está Ju? ¿No hay nada dulce para comer aquí? — pregunté, buscando algo de azúcar en los tarros de la cocina.

— Fue al *Barra Shopping*[15], dijo que necesitaba comprar el regalo de la hija de Josiane — comentó, dando un sorbo a la bebida.

— ¡Infierno! Olvidé esa fiesta, ni siquiera hablé con Dante — bufé, dejándome caer en la silla.

— Dante... — murmuró Adriano a mi lado.

— No creo que él quiera ir — dije, ignorando por completo la repetición llena de desprecio de mi ex.

— Ah, sí que va. No voy a meterme en este lío solo — se manifestó Gui.

— No puedo creer que insistas en que Dante sea tu compañía — Adriano parecía incrédulo.

— Adriano, acéptalo, la serpiente ya le ha dado el golpe a tu hombre. ¡Ya fue! — mi primo bromeó, riendo.

— Ustedes dos son ridículos.

— ¿Ridículos, Guilherme? Ridículo eres tú, haciendo planes todos los fines de semana con el idiota de Dante. — La irritación en su voz era más que visible.

— Los juegos del Fluzão están pasando toda la semana — se defendió él. — No tengo la culpa de que no te guste el fútbol.

— Ah, y supe que después beben y hablan mal de ti, Adriano — mi primo se burló y Adriano lo fulminó con la mirada. — Debe ser divertido, ¿puede ir un día, Manu?

— Eres un pesado, ¿eh, joder? — respondí.

— Es increíble esta tontería. Perazzo es un idiota, ¿cómo soportas estar cerca de él?

— Es una buena compañía, para ser sincera... Excepto cuando empieza con los comentarios sarcásticos o a gastar ríos de dinero en tonterías, pero solo hay que ignorarlo — comentó, distraído.

— Sí, solo hay que ignorarlo — concluí, también pensativa.

— Manuela cayó en el encanto de la serpiente rubia y ahora también Guilherme. Estoy empezando a preocuparme por mí mismo — bromeó Antonio.

— En serio, es patético. No hacemos nada juntos — mi exnovio volvió a resoplar y Guilherme bufó antes de decir:

— ¡Adriano, carajo! Estamos literalmente teniendo una reseña[16] ahora.

— Pensé que Manuela tenía TPM, pero al parecer la menstruación de Adriano también va a llegar — mi primo burlón se río.

— Antonio, ¿no tienes algo mejor que hacer? Ve a lavar los platos. — Antonio río, se acercó a mí y me inundó en un abrazo. — Y tú, Adriano, déjale en paz a Gui. ¿Cuál es el problema en que los dos sean amigos?

Él me miró perplejo.

— ¿Problema? Como si no bastara con que vivieras con él, ¿ahora también son amigos? — Su voz sonó estridente.

— Consigue un bebé también y únete al club, Adri. Quién sabe, tal vez Guilherme encuentre un tiempito para ti — dijo Antonio al final y mi ex levantó el dedo del medio en su dirección.

— Ya no tengo paciencia para ustedes. ¿Dónde está Giovanna, Gui?

— Con tu madre allá arriba.

— Manu... — Adriano vino detrás de mí. — ¿Cuándo haremos otra noche de juegos?

— Podemos hacerlo el próximo fin de semana. ¿Qué te parece?

Él, sin duda, se sentía excluido por la cercanía de Dante y Gui. Está bien, entendía sus motivos porque era un poco aterrador lo bien que se llevan últimamente.

— Está bien, podemos hacerlo aquí esta vez.

— Adri, siempre lo hacemos en mi casa — recordé, hablando de manera calmada. — Ya basta con todo el trabajo que mi madre tiene con los niños toda la semana y con la gente de la pensión. No creo que sea justo interrumpir su sábado.

— Verdadero. ¿En la casa de Guilherme y Julia entonces? — intentó él.

— Ok.

No iba a crear un enfrentamiento por eso. Sabía que él no quería que fuera a mi casa por culpa de Dante y esa era nuestra noche de juegos, incluso antes de que el padre de mi hija entrara de lleno en nuestras vidas.

— ¡Llegué! — anuncié, entrando en la habitación y el rostro de Gio se iluminó. — ¿Quién es el amor de mamá?

Ella soltó una risita y estiró los brazos para que la tomara en brazos. Le di un beso y un abrazo a mi madre y luego me volví hacia la niña.

— ¿Te está cansando tu abuela?

— ¡Para nada, Manu! Actúas como si yo fuera una inválida. ¡Estoy genial, querida! De hecho, están arrasando corazones por ahí.

Solté una risa y arqueé una de mis cejas.

— ¿De verdad, mamá? ¿De quién?

— El nuevo dueño del mercadillo — susurró, sonrojándose. — Me miró y me dio descuento en la leche condensada.

— ¿Y qué te dé descuento significa que se te declaró, mamá?

— ¡Claro! ¿Has visto el precio de la leche condensada? Y no fue cualquier uno, ¡fue un *Leite Moça*! — contó, impactada.

— Es cierto, eso es casi una declaración de amor — coincidí, riendo y la abracé.

— ¿Cómo van las cosas, hijita?

— Agotadoras. Ah... Y creo que la semana que viene hay un día en que Paola se quedará con ella — conté, recibiendo una mirada de sorpresa.

— ¿De verdad?

— Sabes que prefiero que Giovanna esté contigo, pero ella también es su abuela.

— ¿Y Gio se lleva bien con ella? — preguntó con una leve desconfianza.

— ¿Con quién no se lleva bien Gio, mamá?

— ¿No le vomitó a aquella chica? — recordó, comprimiendo los labios, y yo hice lo mismo.

— Mamá... — llamé en reprimenda.

— Habló mal de ti, de mi Gui y de mi Adriano. Por mí, mi nieta le vomitaría una vez más para aprender a dejar de ser maleducada. Y como si eso no fuera suficiente, vi a la creída juzgando mi filtro de barro cuando la encontré en la cocina.

— Ni siquiera debe saber qué es un filtro de barro, mamá. Probablemente estaba intentando entender qué era eso. De cualquier manera, necesito alinear estas cosas de la madre de Dante con él.

— Bien, entonces avísame... ¿Te estás alimentando bien? — preguntó, sosteniendo mi rostro con ambas manos.

— Sí, puedes estar tranquila. A Dante le gusta cocinar y medio que se apoderó de mi cocina. — Giovanna soltó un grito. — Eso, mi amor, tu papá cocina super bien, ¿no?

Ella asintió, sonriendo y mostrando los dientes, y nos reímos y estuvimos un rato más jugando con la bebé. Mi madre habló un poco más sobre los huéspedes de la pensión, contó algunos chismes, y luego me fui a mi casa.

El olor de la comida invadió mis narinas y di gracias a Dios por ese hijo de puta que vive conmigo.

¿Quién lo diría, eh, María Manuela?

Entré en la cocina y Giovanna empezó a hacer fiesta cuando lo vio, y él la levantó en brazos, llenándola de besos. Después la lanzó al aire, haciendo que la niña se riera mucho.

Sentí ganas de llorar al ver a los dos así. Qué infierno, odiaba estos cambios de humor.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunté, dejándome caer en el taburete y mirando fijamente el fogón antes de quejarse: — Di que es carbonara, por favor.

— Es carbonara. — Se río.

— No tengo palabras para definir lo que siento — suspiré apoyando mi mano en mi barbilla.

La emoción era tanta que fácilmente podría decir que lo amaba por eso, pero solo estaba premenstrual, no loca.

— Pensé que podría mejorar tu estado de ánimo — respondió. — Pensé que me ibas a atacar antes.

— Lo siento, me enojé — dije un poco avergonzada.

— Me di cuenta de. — Se río.

— Tengo síndrome premenstrual.

— ¿Has tenido síndrome premenstrual durante todos los años que hemos estado interactuando? — se burló y luego juntó los labios para contener la risa. Luego se volvió hacia Giovanna: — Escríbelo, carpincho, no hagas bromas cuando tu madre esté con la regla.

— Mami — susurró, y luego tomó su animal de peluche, encogiéndose de hombros. — Gorra. Tapa. Mi.

Fui a la bolsa y saqué el carpincho que ella nunca soltó. Luego vi cómo todo se derretía mientras Dante hablaba con Gio y finalmente se detuvo para tomar algunas fotos porque ella estaba siendo muy linda.

— No puedo creer lo hermosa que es esta chica — me susurró, inclinándose para mostrarme una foto de ella haciendo pucheros en su teléfono.

"Se parece a alguien", dije, alardeando.

— Gracias, lo haces — se burló, riendo y luego su mirada se clavó en la mía.

— No me besaste hoy — solté.

Cómo odiaba lo emocional y necesitada que me volvía cuando mi síndrome premenstrual me golpeaba con fuerza. Recuerdo que Adriano, al principio, no tenía mucha paciencia en esas fases y siempre terminamos peleándonos. Lo cual era una especie de broma, porque él era muy dramático acerca de cosas estúpidas.

— No sabía si era seguro acercarse — explicó en tono divertido, levantando una ceja.

Puse los ojos en blanco y él caminó hacia mí, agarró mi cara y presionó sus labios contra los míos.

En una fracción de segundo, fue como ser transportado a otra dimensión. La cálida lengua entró en contacto con la mía hasta que el tiempo a nuestro alrededor se congeló. Suspiré entre besos, sintiendo una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo que duró incluso después de que su boca se separó de la mía. Y yo permanecí perdida en el marrón verdoso de sus ojos mientras Dante diseccionaba mi alma, mirando profundamente dentro de ella.

— ¿Mejor ahora? — Asentí y me mordí el labio inferior. — No hagas eso, María Manuela — pidió suavemente, esbozando una sonrisa provocativa.

Giovanna murmuró algo y nos giramos para ver, riéndonos cuando el bebé empezó a hacer burbujas con la boca. Mientras tanto, Dante terminó de calentar su comida y los tres cenamos juntos.

Ese sentimiento de "familia" siempre estaba presente en esos momentos y cuando me detenía a recordar las noches sin él en el apartamento, todo parecía tan mal.

Sonó el intercomunicador y Dante bajó las escaleras para buscar un paquete y unos minutos después, simplemente entró por la puerta con una caja gigante.

— ¿Qué compraste? — pregunté sorprendido.

— ¡Regalo para la bebé! — gritó, emocionado, hacia Giovanna, y ella intentó levantarse, cayendo al suelo enseguida.

Solté una risa porque era imposible. Él se sentó en el suelo y los dos empezaron a rasgar toda la caja, y luego Dante me llamó para ayudar.

— En un rato, nosotros no vamos a caber en esta casa.

— Deshazte de ese escritorio horroroso y de esa planta fea que pusiste ahí la semana pasada — sugirió, y yo le hice un gesto grosero moviendo los labios, haciéndolo reír a carcajadas.

Abrí la boca entre sorpresa cuando vi que había comprado un "piano infantil". Era una miniatura real de un piano acústico vertical. Todo negro y elegante, mucho más bonito que algunos que ya había visto.

Giovanna estaba emocionada cuando él la puso en su regazo y le mostró que al presionar las teclas sonaban. La niña me miraba, a

él, dando gritos mientras repetía el movimiento, encantada.

— Todavía estoy perpleja por el hecho de que hayas comprado un mini piano.

— Dom lo vio en internet y me mandó un enlace; recordó que teníamos uno cuando éramos pequeños, pero luego pasamos a uno más grande cuando tomamos clases.

— ¿Tomaste clases de piano? — levanté una ceja.

— Los ricos toman una infinidad de clases aleatorias. También he tomado tenis, equitación, etiqueta...

— ¿Equitación?

— Me regalaron un pony cuando tenía cinco años — contó y mi boca se abrió aún más.

— ¿Te regalaron... un pony?

— Sí, a Dom también. Estaban en una de las granjas que tenemos. — Entonces, Dante se detuvo y su rostro se iluminó. — ¡Dios mío! Gio, ¿quieres un...

— No te atrevas — lo interrumpí, apuntándole con el dedo al ver que estaba muy emocionado ofreciendo un caballo a nuestra hija.

Pasamos un buen rato sentados intentando enseñarle a Giovanna a tocar el inicio de "brilla, brilla, estrellita", y en algún momento, cuando fui al baño a hacer pis, Dante comenzó a gritar llamándome, diciendo que ella lo había logrado.

Llegué a la sala y él estaba grabando un video con su hermano, diciendo que nuestra hija probablemente era un prodigio musical. Hasta llegué a pensar que estaba loca por levantar la ceja, creyendo que Dante estaba exagerando, pero Domenico tenía la misma expresión en el rostro.

— ¡Hazlo de nuevo, Gio! — le pidió, nuevamente mostrando las teclas que debía presionar.

La pequeña se quedó lejos.

— ¿Vieron? ¡Fue perfecto! Un poquito más y logra completar toda la introducción — celebró, emocionado.

— ¡Qué linda, hija! — también celebré cuando ella levantó los bracitos al aire, feliz.

— ¿Ves, Dom? Eres el único pésimo en piano en la familia ahora.

— Sí, Dan. Soy el único — concordó, riendo débilmente y luego hizo un chasquido con la boca para llamar la atención de su sobrina. — Eh, Mini Mozart, el tío te va a dar una batería ahora para que hagas mucho ruido.

— ¡No! — prácticamente salté frente al celular.

— A tu madre le va a encantar, Gigi. — Él se río, divirtiéndose.

— Dale sí, Domenico — lo animé. — ¿Quién sabe? Tal vez le enseñes a tu sobrina a hacer un batir de platos frente a tu empresa.

Dante río a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás y su hermano frunció el ceño, advirtiéndole que debía colgar.

— Ese sería el tipo de cosas que haría para enojarte si no vivíamos juntos — confesó Dante.

— Sí, lo sé, idiota.

— *Diota*! — repitió Giovanna riendo y nosotros hicimos lo mismo.

Los escuché a ambos en la sala tocando el piano mientras yo organizaba los platos de la cena en el lavavajillas. En algún momento, Giovanna se aburrió y comenzó a jugar con el gato.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara a Dante tratando de explicar que no podía aplastar a Ringo. Fue otro de esos episodios de "posesión", porque nuestra hija empezó a llorar mientras los gritos resonaban en la cocina, afirmando que el gato era suyo.

— ¿Qué pasó? — le pregunté cuando entró en la habitación, pasándose las manos por la cara, claramente estresado.

— Tuve que separar los dos. *El sentimental Beatle* casi araña a Giovanna, dijo, mostrando que tenía una pequeña herida en el brazo.

— ¿Te dolió? — pregunté mirando la pequeña herida.

— No, pero mira mi talla y la de ella. Si no me hubiera interpuesto delante de él, podría haber resultado herido. Su piel es mucho más sensible.

— Ringo nunca ha arañado a nadie — dije sin siquiera intentar ocultar mi frustración.

— Ella estaba apretando al pobre tipo, luciendo como Felícia[17]. Ni siquiera fue su culpa.

— Quizás estemos haciendo algo mal, Dante.

— Manuela, no estamos haciendo nada malo. Hemos leído muchas cosas, hablado con el pediatra, con un psicólogo y desde entonces hemos seguido todo lo que nos han sugerido, ya lo sabes. — Asentí, sintiéndome todavía desolado. — Sigamos y todo irá bien.

Nos quedamos con ella un rato y luego decidí tomar un baño caliente. Si había algo con lo que me torturaba era con amar permanecer bajo la ducha caliente sintiendo el agua caer sobre mi espalda durante un tiempo que no consideraba muy sostenible.

Y ese idiota de Dante ya se había dado cuenta de eso y finalmente hizo algunas bromas al respecto. Sobre todo, cuando critiqué su consumo excesivo de ropa o el hecho de que escondiera en su salón una máquina Nespresso con todos los sabores existentes porque no pudo evitar comprar solo unos pocos.

Fui a la cocina buscando desesperadamente algún dulce, pero no encontré nada. Se me había acabado el dulce de leche, la *Nutella* y en ese momento empecé a sentirme muy triste.

Regresé a la sala, me senté frente al televisor, me envolví en una manta y comencé a ver "*Yesterday*". Ya estaba sufriendo ante la perspectiva de un mundo sin los Beatles, pero cuando apareció un anuncio de *Ben & Jerry's*, sentí que las lágrimas rodaban por mi rostro y comencé a llorar.

— ¡Ey! ¿Por qué lloras? — Dante apareció en la habitación y señalé la televisión. — ¿Estás llorando por un anuncio de helado?

— Estoy triste. "Quería helado, pero no hay en el congelador", sollocé, pasándome la mano por la cara. — Y, por si fuera poco, éste es importado y es muy caro. Es absurdo que la gente necesite helado y la industria se aproveche de ello para cobrar una fortuna. ¿Y por qué se muestra un comercial cuando estamos en Brasil? ¡Es tan injusto!

Hablé como un loco y él reprimió la risa, pero en cuanto lo miré con enojo, Dante se puso serio y volví a quejarme:

— Y, además, Ringo casi araña a Giovanna, se me olvidó comprar el regalo para la fiesta de mañana, que por cierto será un infierno, como la mayoría de fiestas infantiles. No tienes idea, Dante, hay muchos padres que son extremadamente competitivos y como si todo eso fuera poco, tengo tantos calambres que siento como si un dinosaurio estuviera destrozando mi útero.

— Manuela — me llamó con seriedad y me sujetó la cara con ambas manos. — Vamos paso a paso... ¿Has tomado algún medicamento?

— Lo acabo de tomar, pero creo que expiró el mes pasado.

— Soy amigo del dueño de *DuploM*[18], Él me dijo una vez que las fechas de caducidad de los medicamentos siempre se ponen con un margen. Así que, tranquilízate, que pronto hará efecto. Sobre Gio, ya te dije que todo va a estar bien. No sirve de nada que sufras por anticipado. ¿Y qué fiesta es esa? — Él parecía confundido.

— Olvidé avisar, es la fiesta de la hija de Josiane, una abogada del escritorio, pero estoy segura de que no querrás ir... — Limpié las lágrimas con las manos y respiré hondo, tratando de recomponerme.

— Podemos ir. — Él se quedó mirándome un rato. — Ahora quédate aquí que ya vuelvo, ¿ok?

— ¿Dónde vas?

— Necesito agarrar algo en la portería, es rápido.

— ¿Vas a tardar? — pregunté, triste, y él sonrió levemente antes de negar con la cabeza.

Me dio un beso rápido en los labios y desapareció por la puerta. Parpadee dos veces y volví los ojos aún aguados hacia la televisión. Cambié de canal varias veces y lo dejé en una película de animación porque no quería seguir sufriendo con una película que retrata un mundo sin mi banda favorita.

No pasó mucho tiempo antes de que Dante regresara, un poco agitado y con una bolsa enorme en las manos.

— ¿Qué haces...?

— No sabía cuál querías. — Lanzó unos diez tarros de helado sobre el sofá y mis ojos se volvieron a llenar de agua.

¡Ah, qué demonios! ¿Cómo era posible que Dante Perazzo fuera ese tipo de persona? Ese que sale en medio de la noche a buscar helado (importado) y trae todos los sabores posibles.

— ¿Oh no, vas a llorar de nuevo? — preguntó, sin entender. — ¡Pensé que esto te haría dejar de llorar!

— Estoy llorando de emoción — respondí, sosteniendo el tarro de helado como si fuera algún tipo de artículo de supervivencia, y luego salté a su regazo, encadenando las piernas en su torso y distribuyendo varios besos rápidos por su rostro mientras él reía.

— Está bien, Manuela. Ahora vamos a comer antes de que se derrita — dijo, cesando la risa.

Di algunas cucharadas del tarro de helado y quizás solo era el azúcar hablando, pero finalmente parecía estar en paz ese día.



Así como la noche se disuelve en el sueño
Yo seré tu Salvador, inmutable y verdadero.
Vendré a rescatarte
:: Emotional Rescue - The Rolling Stones::

Dante Perazzo

Definitivamente, me preocupaba por Manuela, no valía la pena intentar negarlo. Ya me consideraba un caso perdido. Y verla en ese estado, que no se parecía nada a su "yo habitual", me dejaba un poco angustiado.

Era extraño. Consideraba normal el hecho de querer estar con ella, después de todo, nuestro sexo era increíble, pero de ninguna manera esperaba desarrollar sentimientos y, al parecer, eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

Me sentía confundido, nunca había experimentado nada como eso. Durante toda mi vida, todas las mujeres con las que me involucré eran solo cuerpos, ninguna de ellas me interesó de verdad. Nadie jamás captó mi atención o fue mínimamente relevante. Todas eran extremadamente indiferentes para mí.

María Manuela Guerra nunca, desde que cruzó mi vida, había sido indiferente. Siempre tuve sentimientos por ella, después de todo, el odio es un sentimiento muy fuerte.

Quizás esa fuera la cuestión.

Durante el último año del *Bootcamp*, la rabia latente se disipó y se convirtió en un simple malestar, debido a que siempre estaba tan llena de sí misma y a todo nuestro historial.

Hasta que, en el encuentro de monitores, vino el deseo y la vi bajo una nueva óptica. De alguna manera, las cosas que ella me había dicho la noche en que estuvimos juntos comenzaron a tener relevancia.

Ya estaba tratando de cambiar mi visión sobre el mundo desde que algunas frases que ella había dicho pesaron en mi conciencia en uno de los últimos enfrentamientos que tuvimos sobre medio ambiente dentro de una simulación. Ese día, sus palabras me golpearon como un puñetazo. La *Petrolio* había sido responsable de joder a alguna especie marina y Manuela estaba trastornada.

La forma en que me miró, con aún más repulsión de lo habitual, me hizo sentir un pésimo ser humano. Y ese día, descubrí que de hecho lo era.

Solo que fue después de nuestro encuentro que decidí estudiar sobre temas que antes no consideraba importantes. Hice cursos, viajé, conocí a mucha gente y pasé incluso unas semanas con pescadores artesanales de algunas áreas afectadas por emprendimientos. Leí sobre los proyectos que ella creó y comencé a preguntarme si realmente mi inteligencia no estaba siendo desperdiciada.

Me cuestioné sobre el impacto que me gustaría tener en el mundo.

Durante todos esos meses de "aprendizaje", tuve que contener el deseo de verla. Y bien o mal, al parar a pensar, el sentimiento era de añoranza, de querer estar con ella una vez más.

Luego, el odio volvió a llenarme al saber sobre Giovanna. Y viviendo junto a Manuela, el deseo regresó, acompañado de la admiración que fui construyendo al ver cuánto se dedicaba a nuestra hija, a su trabajo, a la familia.

Los celos, el deseo de que fuera solo mía, la necesidad de verla sonriendo también parecían constantes ahora.

La verdad es que la mayoría de los sentimientos intensos que experimenté durante toda mi vida, extrañamente, la incluían a ella. Fue un poco aterrador hacer esta retrospectiva.

Un poco no, joder. Bastante aterrador.

Puse alguna serie de comedia y nos quedamos bajo las cobijas comiendo helado, hasta que finalmente ella se relajó y se durmió en mi pecho.

Qué odio, era hermosa incluso durmiendo.

Y yo me sentía un idiota a su lado ahora.

Tenía dificultades para contener mis acciones, mis sonrisas. Era casi como una necesidad besuquearse cada instante, hacer algún tipo de caricia. Como si mi cuerpo fuera atraído al suyo una y otra vez. Llegaba a ser patético.

— Ey — dije en voz baja, apartando un mechón de su rostro y observando los detalles. Porque sí, eso también lo hacía mucho ahora. — ¿Vamos a dormir?

— Quiero dormir contigo — dijo, aún adormilada, apretando mi cuerpo y acomodando de nuevo su cabeza en mi pecho.

Ah, joder, ¿cómo iba a conseguir mantenerme indiferente así?

Normalmente solo dormíamos juntos después de tener sexo. Y quizás solo fuera el síndrome premenstrual que la dejaba tan emotiva, pero me hubiera gustado que dijera antes que no la había besado y también lo de querer dormir conmigo, solo por dormir.

Todo era nuevo y una sorpresa para mí, después de todo, siempre odié las carencias de Marcella, pero al parecer me gustaba cuando Manuela mostraba cualquier tipo de afecto, por pequeño que fuera.

¿Acaso la *hippie* loca de su amiga tenía algún té para eso? Porque no era posible. Seguro que no era muy normal.

— Ok, pero vayamos a mi cuarto, estás toda torcida en el sofá.

Ella asintió con la cabeza y le ayudé a levantarse, básicamente cargándola hasta el cuarto.

Y.

Nosotros.

Dormimos.
A.
La.
Cucharada.
Joder, ya había tocado fondo en el precipicio.



En la mañana siguiente, ella se despertó muy temprano y dijo que iba a buscar el maldito regalo que había olvidado comprar. Recibí un mensaje de Guilherme intimandome a ir a la fiesta y respondí que ya tenía la intención de asistir, independientemente de sus amenazas sobre dejar al Lucca un día bajo mis cuidados cuando tuviera diarrea.

Tan pronto como llegamos al lugar del evento, aún en la puerta, Manuela dudó en entrar.

— Mira, los padres tienden a ser un poco competitivos — advirtió. — No suelo ir a muchas, pero Julia siempre me cuenta cosas absurdas.

— Manuela, no debe ser tan malo. Sabes muy bien que Julia es exagerada a morir — le recordé, tomando a Gio de su regazo y prácticamente empujándola hacia dentro del salón.

El lugar ya parecía lleno y había más personas de la facultad de las que me gustaría encontrar. Río de Janeiro ya era un huevo, y dentro del Derecho...

Había un par de mujeres que había conocido en la facultad, ahora casadas y con hijos (una de ellas con un juez y la otra con un concejal). Un par de idiotas de mi clase ya estaban bebiendo, probablemente creyendo que todavía estaban en los Juegos Jurídicos.

Fuimos hacia Josiane, que pareció un poco sorprendida al verme, pero fue muy simpática. Nunca habíamos hablado en el escritorio, pero ella me había extendido la invitación por lo que Manuela había dicho.

Su hija era un calco de ella. La niña sonrió para nosotros y rápidamente salió corriendo hacia otros niños. Pasamos unos minutos hablando sobre trivialidades y luego localizamos a Guilherme, Julia y Lucca al otro lado del salón.

Cuando estábamos yendo en dirección a la familia, apareció Fabíola Mansur cargando a una niñita rubia de ojos azules en brazos. Ella también había hecho el *Bootcamp* con nosotros, era de otra facultad y en su momento supe que salió con Guilherme durante el evento.

Ni siquiera recordaba que existía, mucho menos tenía idea de que ya tenía una hija. Pareció extremadamente simpática y nos invitó a acercarnos a su mesa.

— Manuela, querida, siempre los veo a ustedes en los periódicos. — Se río y jugó con Giovanna. — ¿Cómo estás, Dante?

— Bien, ¿y tú, Fabíola?

— Bien también. Giovanna es realmente una monada. Supe que Manu no solía aparecer en los eventos, pero aparentemente ahora que todos saben sobre su familia, vamos a vernos mucho — comentó un poco ácida.

— Aparentemente — respondí y ella me miró antes de volver su atención a Manuela.

— Ah, gracias, Fabi. Sí, seguro que sí. — Ella sonrió de forma torcida. — ¿Y esta es tu hija? Es hermosa, ¿cuál es su nombre?

— Gracias. Esta es Kumiko, di "hola", mi amor. — ¿Y la niña repitió un tímido "hola, todo bien?" y escondió su carita en las manos.

¿Kumiko? Ese nombre no me sonaba extraño.

— Hola, Kumiko, esta es Gio — dijo Manuela a la niñita rubia de ojos azules.

— Kumiko, qué nombre tan diferente... — comenté y ella me dio una larga mirada, antes de enderezar la postura.

— Mi esposo es un amante de la cultura japonesa. Kumiko significa "belleza perpetua" — comenzó a decir de manera altanera.

— ¿Cuántos años tiene? — pregunté, distraído.

— Un año y medio, casi la misma edad que Gio — respondió de inmediato.

— Dan trabajo en esta etapa, ¿verdad? — preguntó Manuela, soltando una risa suave.

— En realidad, no — respondió, con bastante prepotencia. — Quiero decir, está teniendo un poco de dificultad para aprender a hablar alemán, pero también, estamos enseñándole tres idiomas al mismo tiempo. — Fabíola se río y Manuela me miró. — ¿Giovanna ya habla?

— Sí, habla — respondió con una sonrisa seca.

— Ah, qué bien, es preocupante cuando solo dicen algunas palabras sin sentido, ¿no? Kumiko ya habla desde los ocho meses — afirmó, llena de orgullo. — Pero alemán e inglés sólo tiene cinco meses que empezó a hablar. Estuve extremadamente nerviosa cuando cumplió 11 meses y todavía no caminaba, pero al día siguiente lo logró. — Se río. — ¿A qué edad empezó a caminar Gio?

— Ella todavía no camina — dije y Manuela me fulminó con la mirada.

¿Pretendía mentir, joder? ¿Y si la mujer pedía que ellas hicieran una carrera? Giovanna, pobrecita, se quedaría de pie sosteniendo el dobladillo de mis pantalones, porque estaba muy lejos de poder dar algunos pasos sola.

— Ah... — pareció incómoda. — Algunos bebés tardan. Hay que estimularlos siempre, ¿no? ¡La agenda de Kumiko siempre está llena! Está tomando clases de natación para bebés y danza. Y gracias a Dios pasó esa etapa de jugar y encajar bloques. Es una pérdida de tiempo.

Miré a Manuela y parecía desolada. Fabíola nos estaba masacrando con tantos comentarios absurdos sobre su "hija perfecta". Giovanna parecía más idiota que un saco de papas según esa hija de puta.

— A Gio le gusta jugar con bloques, no veo ningún problema en eso. Leí que es genial para desarrollar la motricidad y el razonamiento — respondió Manuela, con su habitual aire de certeza y luego soltó una risita débil. — Además, no estamos enfocados en que ella sea la próxima reemplazante de Michael Felps[19] o algo así.

— Considero que esos estudios están pasados de moda. Leemos tanta tontería. — *Fabíola, la cretina*, se río de manera burlona y puso a su hija en el suelo. — Hay personas que siguen insistiendo en darle gluten a sus hijos, cuando eso afecta tantas cosas.

— Hay padres que también afectan a sus hijos — respondí, áspero, y ella me miró, claramente captando la indirecta.

— Sin duda. — Y me lanzó la misma mirada.

— Además, Giovanna no camina, pero aprendió a tocar el teclado y está acertando varios acordes — conté y pareció extremadamente sorprendida y celosa. — ¿Verdad, Manuela?

— ¿De verdad, Manu? — Fabíola volvió su atención hacia ella, que sonrió, satisfecha.

— Sí. Dante compró un pianito y Gio reproduce perfectamente lo que le enseñamos. — La miré con complicidad, casi suplicándole que pusiera a esa idiota en su lugar y como si pudiera leer mis pensamientos, preguntó: — ¿Kumiko ya lo ha intentado?

— Ah, creo que todavía no hemos tenido la oportunidad...

— Ah, está bien, no te preocupes por eso — interrumpió Manuela, agitando la mano en el aire, el desdén creciendo en sus expresiones. — Leímos que es algo que no todos los niños pueden hacer.

Ah, que se joda, estaba orgulloso de morir.

Y entonces, antes de que la estúpida pudiera manifestarse, empujé disimuladamente un jarrón que estaba a nuestro lado en el suelo, haciendo un gran ruido por el salón.

— Fabíola, parece que a Kumiko también le gusta romper cosas — respondí en un tono sarcástico. — Es una pena ver un talento tan precoz con esos deseos oscuros. Guilherme está saludando, tenemos que irnos. Realmente no fue un placer encontrarte — afirmó, alejando a Manuela de la mujer que nos miraba boquiabierta.

— No puedo creer que hiciste eso — dijo Manuela, riendo mientras nos alejábamos y podíamos escuchar a la mujer discutiendo con su hija: "Kumiko, no puedes hacer eso, qué vergüenza, Dios mío!"

— Nadie va a decir que nuestra hija es una idiota y pensar que voy a quedarme callado — respondí, exponiendo lo obvio. — Ella es una Perazzo. De hecho, es una Guerra-Perazzo, lo que significa aún más — recordé.

Manuela sonrió. Y esa sonrisa fue suficiente.



Soy libre de hacer lo que quiera en cualquier momento.
Soy libre de cantar mi canción sabiendo que está mal.
:: I'm Free- THE ROLLING STONES::

Dante Perazzo

— ¿Por qué tienen esa cara? — preguntó Julia tan pronto como llegamos.

— La estúpida de Fabíola — respondió Manuela sin muchas ganas.

— ¿Qué tiene ella? — se preguntó Guilherme, acercándose más.

— ¿Estás interesado en saber sobre tu ex, Guilherme? — su mujer lo miró molesta y él bufó, rodando los ojos en mi dirección.

— Ella dejó entender que Giovanna es lenta para aprender las cosas — contó, un poco triste, y se inclinó para darle un beso en la mejilla a la niña.

— ¿Cómo es eso?

— "Kumiko habla 10 idiomas, Kumiko hace caca de colores de arcoíris, Kumiko sabe cantar ópera con solo un año y medio" — imité y todos se rieron a carcajadas.

— "Kumiko no come gluten, Kumiko ya está nadando 100 metros, Kumiko es la nueva candidata a presidenta del país" — continuó, arrancando más risas de los dos.

— Ella siempre está presumiendo de su hija... — empezó a decir Julia.

— ¡*Karatê Kid*[20], joder! — solté, demasiado alto y atrayendo la atención de algunas personas hacia mí. — ¡Kumiko es la novia del señor Miyagi!

Guilherme se río, asentando.

— ¿Te inventó la historia de que su marido es amante de la cultura japonesa?

— ¡Sí! — afirmó Manuela.

— Ni de broma, el tipo está obsesionado con *Karate Kid*. He visto algunas publicaciones en su Instagram. Incluso compró un dojo para ponerle el nombre de *Cobra Kai*[21].

Parpadeó, impactado.

— ¡Eso es genial! — reflexioné durante unos segundos —. Y tonto al mismo tiempo, puede recibir una demanda.

— Sí, muy tonto — comentó Guilherme, riendo.

— Esa mujer es un asco. — Julia rodó los ojos —. ¿De qué se estaba jactando?

— Dijo que su hija ya sabe hablar tres idiomas, que cuenta hasta 10, que había empezado a andar a los 11 meses y que los niños que jugaban con bloques eran idiotas.

— ¡Qué estúpida! Lucca y Giovanna, si alguno de ustedes se involucra con la hija de esa vaca, nos las arreglaremos para desenredarlos — advirtió la amiga de Manuela a los niños, que la miraban sonriendo, sin entender de qué estaba hablando —. ¡Qué mujer tan insoportable!

— ¡Julia! ¡Por el amor de Dios! Hay un montón de niños aquí — pidió Guilherme, mirando incómodo a los lados.

— Julia, qué horror, ella es solo un bebé — dijo Manuela, pero ahogó las risas.

— Como si tú quisieras que ella algún día se involucra con tu hija... — Ella puso la mano en la cintura.

— Cierra la boca, Julia, mi hija jamás se mezclará con alguien que tiene la agenda tan llena que necesita llenar un formulario de 5 copias y aviso previo de 30 días — comenté en tono sarcástico y todos se rieron a carcajadas.

— Ella también dijo que el gluten afectaba a los niños — contó Manuela.

— Es la cara de ella la que se va a ver afectada — murmuró la mujer entre dientes.

— Ah, Dante derribó un jarrón y le echó la culpa a Kumiko, y también le dio una buena respuesta, además casi tuvo un ataque cuando dijimos que Giovanna estaba tocando el piano.

— ¿Está tocando el piano? — Julia se derrumbó.

— ¿Piano? — Guilherme frunció el ceño —. Espera, ¿compraste...?

— Sí, compré. Leí que la música es súper importante para el desarrollo de los niños.

— ¿Buscas información para justificar tus compras compulsivas?

— Nunca necesité hacer eso, pero tampoco he lidiado con tanta gente juzgando la maldita factura — respondí con una sonrisa seca.

— ¡Qué increíble, Gio! ¡Mi amor, eres tan lista! ¿Qué hiciste? Cuéntale a la tía, ¿estás apretando todas las teclas con fuerza para irritar a tu papá? — preguntó Julia, entre risas, y mi hija hizo lo mismo, riéndose.

— No, lo hará cuando tú vengas de visita — respondí y ella se río.

— ¡Felicidades, Gio! — también celebró Guilherme —. ¿Ves, Lucca? Tu amiga te va a enseñar a tocar el piano.

— Es muy buena — conté, orgulloso —. De verdad. Acertó varias cosas, ¿no, Manuela?

— Aham...

— No quiero presumir, pero tal vez tengamos una pianista en la familia.

— Dios mío, Dante es el nuevo Fabíola — dijo Julia y yo rodé los ojos.

— ¡No jodas! — murmuré en voz baja.

— ¿Realmente derribaste un jarrón y culpaste a una niña? — preguntó Guilherme, conteniendo las risas.

— Claro, para que ella deje de pensar que su hija es perfecta — justifiqué, encogiéndose de hombros.

— ¡Hiciste muy bien! Aún no me he tragado lo que esa asquerosa dijo... Sé que somos mujeres y tenemos que unirnos y ser fuertes, pero algunas manos simplemente dan ganas de soltar.

— Vamos a llevar a los niños afuera — avisó Guilherme a ellas y luego susurró: Vamos a salir de aquí. Van a estar al menos media hora más insultando a Fabíola.

Yo también quería quedarme allí insultando a la idiota que había hablado mal de mi hija, pero lo seguí porque él no parecía estar muy interesado en hablar sobre su ex.

Fuimos caminando hasta una área externa que tenía algunos juegos. Algunos niños estaban todos sucios de pintura, corriendo y casi derribándonos en el camino.

— Papá, bolita — gritó Lucca al ver una piscina de bolitas vacía a unos metros de nosotros.

Fuimos hasta allí y metimos a los dos dentro. Yo todavía estaba un poco impactado con la euforia de algunos de esos niños. Había una niña pelirroja que parecía estar enchufada, saltando de un lugar a otro, alucinada.

Dios mío, estaba horrorizado.

— Ven, papá — pidió el niño, extendiendo las manos.

Él entró a la piscina de bolitas con su hijo y se sentó, claramente incómodo. Yo estaba de pie, ahogando las risas ante esa escena, hasta que Gio me miró triste y empezó a decir "papá" y a golpear una bolita con la otra.

— Bien hecho, idiota.

Aún en contra de mi voluntad, respiré hondo y entré en la piscina, sentándome a su lado. En serio, esa escena era deprimente.

Dos adultos rodeados de bolitas de colores.

Los niños estaban sentados frente a nosotros, lanzando bolitas al aire y riendo. Saqué algunas fotos para mandar a Dom, porque

parecía imposible estar cerca de Giovanna y no tomar decenas de ellas.

Era muy adorable, joder.

Sabía que mi *iPhone* con memoria máxima no había sido una compra innecesaria. De hecho, nada de lo que compraba era superfluo. Pensaba en el futuro.

— En serio, ¿cómo lograste salir con Fabíola? Es simplemente insoportable — comenté, viendo a la mujer pasar a unos metros de distancia.

— Sinceramente, Dante, ni yo lo sé. Ella lloró la primera vez que tuvimos sexo porque se acordó de su ex. Debería haberme dado cuenta de la trampa en ese momento — se lamentó, conteniendo la risa.

— ¿Tienes tan mal desempeño en la cama? — pregunté con desdén.

— Muy gracioso, el mismo chiste que hizo Adriano — dijo, riendo, y yo puse una mueca.

— Retiro mi chiste. — Estuve un rato en silencio —. ¿Por qué terminaron él y María Manuela?

— Ah, no funcionó, estuvieron juntos bastante tiempo, pero comenzaron a pelear mucho. Adriano quería volver, pero bueno, ya sabes... — pareció un poco incómodo.

— ¿Qué? — inquirí, confundido.

— Habían terminado hace poco cuando ustedes se encontraron en el *Bootcamp*. Y entonces, ella quedó embarazada.

— Papá, papá — llamó Lucca, queriendo salir de la piscina, y gracias a Dios nos levantamos.

Mis nuevos pantalones *Brunello Cucinelli*[22] ya estaban todos sucios. Sabía que no debería haber usado ese atuendo para un evento infantil, pero me quedó increíble.

— ¿Estás seguro de que quieres volver? Manuela había dicho que esos padres eran competitivos, pero me asusté bastante, para ser sincero.

— Manuela todavía no ha aprendido cómo lidiar con eso. No suele socializar mucho con Giovanna en las fiestas porque... La

verdad, tenía miedo de encontrarme contigo o con alguien cercano.

Tragué en seco, recordando las cartas, pero Guilherme notó mi cambio de actitud y continuó:

— Y, la verdad, la propia Manu es competitiva, en cuanto se suelte, se acabó — concluyó, riendo —. Ah, y si pensabas que ella era competitiva en la universidad, el próximo sábado verás cuando vayamos a jugar *War*.

— ¿El próximo sábado?

— Sí. Vamos a jugar el sábado en mi casa. ¿Manu no te avisó?

— No. Pensé que siempre jugaban en nuestro apartamento — comenté, recordando que Manuela había dicho que siempre se reunían allí.

Tan pronto como dije esa frase, la palabra "nuestro" resonó en mi cabeza y una especie de hormigueo me pinchó. Era extraño mencionar el apartamento como si fuera "mi casa" o algo parecido, pero lo más raro de todo era pensar involuntariamente en eso.

Y la verdad es que ahora me parece extraño pensar en mi apartamento vacío como hogar.

Sin Giovanna.

Sin los juguetes esparcidos.

Sin una decoración horrible en una de las habitaciones.

Sin ella.



Bueno, soy una abeja rey, nena.
Quiero que seas mi reina
Juntos podemos hacer miel
El mundo nunca ha visto
:: I'm a King Bee - THE ROLLING STONES::

Dante Perazzo

El resto de la fiesta no estuvo tan mal, pero después de un rato, los niños empezaron a sentirse somnolientos y aprovechamos para irnos. Ya estaba exhausto con todo ese absurdo de la idiota de Fabíola.

— ¿Crees que nuestra hija es lenta? — preguntó un poco triste cuando estábamos en la cocina, después de poner a Giovanna en la cuna.

— Claro que no, María Manuela, ¿estás loca? Apostaría lo que quieras a que ya has leído unos veinte libros y que todos dicen que es súper normal el tiempo que ella está tardando en aprender las cosas. ¿O estoy equivocado?

Ella negó con la cabeza.

— Además, todos los que he leído también decían eso. Te estás dejando influenciar por la tonta de Fabíola y cuestionando tu propia inteligencia, lo que creo que es bastante raro, para ser sincero. No eres esa persona.

Manuela entrecerró un poco los ojos, como si me estuviera analizando. Había un toque de sorpresa mezclado con burla. Y entendí exactamente qué hacía que sus expresiones fueran así. La forma en que hablaba sobre su personalidad era casi como si supiera exactamente quién era, de la manera en que solemos referirnos a personas cercanas.

La verdad es que la conocía. Demasiado bien, de hecho. Estudié cada detalle de esa mujer durante años debido a toda la competencia que creamos en la universidad. Ah, y por el simple placer de atormentar su vida.

Noté, desde el primer año, que sus labios temblaban levemente en la esquina superior derecha cuando se quedaba sin respuesta. Entendí que su puntualidad era insoportable, que Manuela se atiborran de café antes de nuestros debates y que era muy terco. Sabía que se irritaba más cuando yo era un idiota con sus amigos que con ella misma, que sus ojos siempre encontraban los míos antes de que ella pudiera analizar el ambiente cuando estábamos en el mismo lugar.

Y un montón de cosas más.

Dom siempre me enseñó a estudiar bien al "oponente" y yo era muy bueno en lo que hacía.

— Y Manuela, que le jodan, la niña cuenta en alemán. Yo aprendí esa mierda y no recuerdo nada. Pronto, Giovanna irá a la escuela y habla varios idiomas también. Y tengo mucho más dinero que esa imbécil, inscribirá a nuestra hija en todas las clases existentes para bebés en Río de Janeiro. O en cualquier lugar del país, si tú quieres.

— ¿En el país?

— Tengo un jet privado.

— Ya te he dicho que no es un motivo de orgullo... ¿Y tienes que decir eso todo el tiempo? — Ella se ahogó de risa y roló los ojos.

— Sí. Y si me estreso demasiado, encuentro la manera de meter a esa familia molesta y mandarla al Japón dentro de él — comenté en un tono divertido y ella se río a carcajadas.

— Sería genial.

Hice una pausa y decidí preguntar lo que había estado rondando mi cabeza desde el momento en que Guilherme mencionó la noche de juegos:

— Guilherme habló más temprano sobre jugar algún juego en su casa el sábado, pero tú no me dijiste nada. Puedo quedarme aquí si no quieres que vaya — comenté, bebiendo un vaso de agua.

— Ahn... — Su boca se entreabrió y pareció confusa —. Yo no... ¿Te llamó Gui?

— Sí, pero no me importa quedarme en casa, si no quieres...

— No — me interrumpió —. Es que fue una sugerencia de Adri y dijo que fuéramos a casa de Ju y yo... Bueno, estaba un poco confusa con eso, pero si Gui habló contigo, está bien.

Claro que ese hijo de puta había sugerido otro lugar. Quería que estuviera lejos para poder coquetear con mi mujer.

Mi mujer.

¿Qué demonios, Dante?

Dios mío, necesitaba superar a la maldita de María Manuela. Porque por más que ella fuera "solo mía" en la cama, sabía que considerar una relación con esa mujer era imposible.

Además, no tenía intención de salir con nadie.

Solo quería que ella no estuviera con nadie más que conmigo.

Y no quería que otros hombres la miraran.

Y la idea de que supieran que ella estaba indisponible era muy agradable.

Sin embargo, eso era todo. Nada de noviazgo.



La semana siguiente pasó volando y cada día Dante y yo parecíamos más conectados. Todo parecía perfecto e incluso mi relación con Paola tuvo una evolución. Ella estaba enamorada de Gio, era evidente por la forma en que la miraba, toda derretida.

Siempre traía regalos y, por supuesto, mi hija adoraba. No era de extrañar que Dante hubiera sido un niño tan mimado; ella estaba tratando de hacer lo mismo con Giovanna. Los dos estaban, en verdad.

A pesar de mi preocupación con todo el "consumo excesivo", decidí ignorarlo. Ya había privado la convivencia entre ellos por tantos meses, no iba a poner obstáculos ahora. Giovanna parecía quererla mucho, especialmente cuando ella tarareaba una canción para hacerla comer; era instantáneo.

Aunque estaba feliz, era posible ver en el rostro de Paola los efectos del estrés. Dante me había dicho que la situación entre ella y su padre seguía siendo mala. Él no aceptaba a Giovanna y tampoco admitía que su esposa quisiera ser parte de su vida.

Cada vez que la madre de Dante me encontraba, soltaba algún comentario sobre lo maravilloso que sería si nos mudamos a uno de los miles de inmuebles que la familia tenía, pero siempre dejé claro que no tenía intención de salir de mi casa.

Dante y yo ni siquiera teníamos una relación. Ok, teníamos relaciones sexuales y vivíamos juntos, pero eso era todo. No éramos novios ni nada por el estilo; ni siquiera Julia, que era mi mejor amiga, le había contado que estaba saliendo con él.

Aun así, estábamos muy "integrados" en la vida del otro. Al final almorzamos juntos y esa semana incluso *el hermano del derrame de petróleo* se unió a nosotros.

Él también me había invitado a cenar una de las noches con uno de sus amigos, Yuri. Otro heredero que derrochaba dinero por

ahí (sí, era muy aterrador la cantidad de personas que vivían de las herencias de sus familias, pero una vez que te insertabas en este mundo, aparecía uno en cada esquina y todos más o menos se conocían).

De todas formas, los dos eran bastante cercanos y él estaba ansioso por conocer a Giovanna. No sabía con certeza el motivo de la invitación, porque no éramos novios ni nada por el estilo, pero terminé yendo porque él me dijo que íbamos a un restaurante con una de las mejores carbonaras de Río de Janeiro, de un chef que se había hecho famoso gracias a un *reality show* con Lexie Taylor[23].

Y fui por la comida, obviamente.

¿Qué tan extraño era el hecho de que todavía prefiriera su carbonara?

Llegué a la conclusión de que nos gustamos en la compañía del otro cuando no estábamos peleando. Así que aquí estábamos los tres, en el umbral de la casa de mis mejores amigos para una noche de juegos.

Adriano abrió la puerta, pero su sonrisa se desvaneció en el mismo instante en que vio a Dante justo detrás de mí. Hice la cosa más sensata en ese momento: hice una cara de paisaje y entré.

— Si no es la familia más improbable de nuestro país, *Errejota*[24] — bromeó Antonio cuando entramos.

— Antonio pidió venir hoy, creo que se irritó con la chica que trabaja con él y dijo que necesitaba alcohol — susurró Julia, riendo, pasando justo detrás de mí y luego me tiró a un lado —. No sabía que Dante venía; cuando Adriano me preguntó si podíamos jugar aquí, pensé que era por él.

— Gui llamó — expliqué y ella ahogó las risas.

— Esto va a ser genial.

— No, va a salir mal — avisé.

— Manuela, ¿puedo hablar contigo? — preguntó Adriano y Dante me miró de reojo mientras llevaba a Giovanna hasta donde estaba Lucca.

Mi exnovio me dirigió hacia el jardín de la casa de su hermana y ya estaba previendo toda la charla.

— ¿Por qué carajos trajiste a Dante, joder? — casi gritó cuando llegamos.

— Adriano, fue Gui quien invitó a Dante.

— ¿Tú... ¿En serio? — Era evidente la irritación por la vena que se marcaba en su cuello.

— Sí, él me dijo. Y por favor, Adri, no hagas un escándalo, ¿ok? Los niños están en la sala y no quiero que haya un mal ambiente. Simplemente vamos a jugar y listo.

— ¡Sinceramente, esto es increíble! — murmuró, soltando el aire.

— Adriano, por el amor de Dios, somos todos adultos y...

— Ok, Manuela — me interrumpió, sin muchas ganas.

Guilherme y Dante fueron al jardín con los niños en brazos y el rubio me seguía con la mirada.

— ¿Ves? Puse una etiqueta del Fluzão, ¿no es así, Lucca? — Mi amigo mostró el carrito eléctrico que Dante había comprado para su hijo, emocionado.

— Dios mío, Guilherme, qué cosa más cursi. Nadie pondría una etiqueta de equipo en una *BMW* — se lamentó Dante, mirando el juguete como si hubiera sido destruido.

Giovanna intentaba escalar el carrito y él la posicionó dentro, ayudándola a andar, porque ella era muy pequeña para hacerlo sola.

— En serio, es ridícula esta cercanía entre los dos — dijo Adriano con un tono muy amargado y salió caminando hacia dentro de la casa, pisando fuerte.

— ¡Vi esta semana un *Mini Jeep* que cabe para los dos! ¡Voy a comprarlo! — anunció Dante en voz alta, riendo.

— Dante, por el amor de Dios. ¡Deja de comprar coches para niños menores de dos años! ¡Ni siquiera pueden caminar bien! — recordó Julia, apareciendo por el jardín.

— Sí, Dante. Sé que es muy necesario que compres otro carrito, pero ¿podemos al menos esperar a que aprendan a caminar? — pregunté llena de desdén, acercándome a ellos.

— Y te estás riendo porque el de Giovanna se quedó en casa de Mónica. Llévalo al apartamento, será muy divertido cuando empiece a romper todos los muebles — dijo Julia, riendo.

— No es una mala idea — ponderó Dante con una sonrisa hacia mí —. Hay un escritorio que Gio está loca por atropellar, seguro.

— Y yo estoy loca por dártelo en la cabeza — sonreí falsamente, haciendo reír a todos.

— Deberíamos mudarnos a una casa con jardín — dijo él, serio, mirándome a los ojos, como lo hacía cuando éramos solo nosotros dos.

Tragué saliva, sintiendo cada poro de mi cuerpo erizarse. Algo en esa frase hizo que todo dentro de mí colapsara y ni siquiera lograba entender el motivo.

— No es el mejor momento para discutir esto — dije en voz baja, sintiendo mi rostro sonrojarse solo por la forma en que me miró.

— ¡Escúpelo, Gio! ¡ESCÚPITE! Por el amor de Dios — gritó Guilherme y corrimos hacia los dos. — ¡No, Lucca, no es para imitar!

Estaban poniendo los gnomos de jardín sucios en la boca, riendo, felices.

— No puedes poner eso en la boca, Giovanna. ¡Qué asco, hija! — Dante la agarró en brazos, haciendo una mueca mientras intentaba limpiar toda su cara llena de baba y tierra, y Guilherme hizo lo mismo con Lucca.

Miró su mano y a su alrededor, dándose cuenta de que no había ningún lugar para limpiarse. ¡Dios mío, qué fresco!

— Límpiate en tu pantalón, Dante.

— ¿En mi...? — Su voz se volvió incluso fina, tanta fue su indignación.

— Es solo baba. De tu hija. Que te babea todo el día.

— ¡Y tierra! — respondió, aún sorprendido con mi sugerencia —. No voy a pasar tierra en mis pantalones de lino italiano.

Él seguía protestando mientras entrábamos a la casa y yo solo estaba riendo y rodando los ojos por todo ese exagero. Dejamos a los niños en la cuna, pusimos nuestras bebidas en las copas y nos sentamos en la mesa redonda de la sala.

Me encantaba la casa de mis amigos. Estaba llena de plantas, mucho más que mi apartamento, con muebles de demolición y una

decoración bastante rústica. Había fotos nuestras por todos lados y un montón de libros que les había dado a lo largo de los años.

Porque los libros eran los mejores regalos del universo, obviamente.

Eso era algo que me llamaba la atención de Dante. También le gustaba leer, siempre le gustó. Siempre lo veía con algún ejemplar en la mano durante los *Bootcamps* cuando no estaba usando su tiempo para ser un idiota.

Y Dios, se veía tan bien con sus gafas de lectura. Solo había tenido la oportunidad de ver esa maravillosa imagen unas pocas veces en el apartamento y confieso que las ganas de saltar sobre él casi tomaron control de mi cuerpo.

La primera vez que lo vi fue en la reunión de juegos que hicimos en el apartamento y creo que estuve medio desconfigurada durante el resto de la noche. Y hace dos noches, pude hacerlo sin preocuparme por lo que Dante pensaría.

¡Gracias a Dios por las relaciones casuales en el apartamento con el tipo que siempre odié y que también era el padre de mi hija!

¡Uhul! ¡Viva la logística!



Pero cuando llego a casa
Veo las cosas que haces
Me haces sentir bien
¡Ay!
:: A Hard Day's Night – THE BEATLES ::

Maria Manuela Guerra

Empezaron a distribuir los objetivos del juego y yo ignoré el hecho de que Adriano estaba protestando y con cara de pocos amigos. El mío era conquistar Europa, Oceanía y otro continente a mi elección.

El tiempo pasaba, fuimos jugando y básicamente todos los ataques de Dante eran hacia Adriano y viceversa. Claro que atacaban a otras personas para disimular, pero probablemente la misión de uno era destruir al otro, lo cual era un poco irónico en realidad. Antonio también me atacaba bastante y fui perdiendo algunos territorios. Analicé cada uno de ellos y en poco tiempo ya estaba casi segura del objetivo de cada uno en el juego.

— Manu, joder, deja de atacarme — pidió Gui, irritado.

— Estás en mi camino, es obvio que te voy a atacar.

— Ataca a Julia, entonces — sugirió.

— ¡Eh! No me ataques o te quedarás sin bebida — me amenazó mi amiga.

— Tiene un buen punto, Gui. ¡Lo siento!

— Tranquila, Manu, no te dejaré sin bebida. Puedes atacar a los dos — dijo Adriano y me reí.

— Deberías enfocarte en no perder tus territorios, Adriano. Ya estás casi sin ninguno — dijo Dante, con sarcasmo.

— Adriano está siendo aniquilado del mapa por Dante — comentó mi primo, riendo, y él le lanzó una mirada de rabia.

— ¡Julia, joder! ¿Tú también? — se quejó Guilherme.

— Es bueno ser traicionado por la propia familia, ¿verdad, Guilherme? — dijo Adriano, sugerente, y él lo miró confundido.

— Manu, si atacas a Guilherme en China, iré a la cocina a llenar tu copa. ¡Vamos! — dijo Antonio y recibió algunos insultos del resto del grupo.

— ¡Eh, ustedes no pueden hacer alianzas! — protestó Adriano.

— Puedo hacer lo que quiera — respondí, atacando a Guilherme.

En ese momento, mi primo celebró alegremente y fue a la cocina a poner más bebida para mí. Ya estaba empezando a estar demasiado feliz, hablando alto y peligrosamente suelta. Mi forma competitiva en los juegos empeoró mucho cuando había alcohol involucrado.

No pasó mucho tiempo antes de que Dante me atacara y lo miré llena de odio.

— ¿TE DI UNA HIJA Y ASÍ ES COMO ME LO DEVUELVES? — grité y él soltó una risa alta.

— Estabas en mi camino. — Se encogió de hombros.

— También te di un hijo, Julia, deja de atacarme — se quejó Guilherme, pero luego empezó a reírse.

— Como nadie le dio hijos a Adriano, ¿podemos atacar entonces?

— ¡Vas a darme media hora de culo, Antonio! — retrucó él.

Después de un tiempo, Dante eliminó a Adriano del juego y me sentí levemente irritada, pensando que él había ganado, pero al

parecer ese no era su objetivo.

— ¿No ganaste? — pregunté, confundida.

— No.

— Pensé que tu objetivo era destruirme — dijo mi ex, perplejo, cruzando los brazos.

— No, Adriano, eso lo hice por placer.

Julia casi se atraganta de risa, pero en menos de dos segundos el clima se volvió tenso, porque Adriano dijo:

— Vaya, realmente no niegas la sangre que tienes, ¿verdad? — comentó, refiriéndose al hecho de que el padre de Dante robó las tierras de su familia.

— No vamos a empezar un enfrentamiento dentro de mi casa. ¿Escuchaste, Adriano? — pidió Julia a su hermano, seria, y él y Dante se fulminaron con la mirada, respondiendo solo con un movimiento de cabeza.

Continuamos el juego en un ambiente algo tenso, que duró unos minutos. Al final, estaba casi cerca de completar mi objetivo, pero Antonio fue más rápido y me sentí muy frustrada porque odiaba perder las partidas.

— Ridículo, mal llegaste y ya quieres sentarte en la ventana. — murmuré a mi primo y él se río.

— Acepta, Manu, soy mejor que tú.

— No, no lo eres. Simplemente tuviste suerte — dije con enojo.

— Basta de este juego, ¡vamos a jugar a la vida! — gritó Julia, emocionada —. Solo que tenemos que jugar en pareja porque algunos carritos desaparecieron.

— Un día entero orando y buscando la caca de Lucca para ver si no había comido esa mierda — recordó Gui, pasándose las manos por la cara y nosotros reímos.

— Yo haré pareja con Manu — anunció Adriano y Dante ni siquiera trató de disimular al rodar los ojos.

— ¡Yo con Julia! — dijo Guilherme y entonces Antonio soltó un gesto de desdén.

— Parece que sobramos, Dante.

Revisamos a los niños, jugamos un poco con ellos y comimos pizza mientras explicamos las reglas básicas a Dante (que no sé

cómo nunca había jugado).

Comenzamos y Julia y Guilherme cayeron en la profesión de "abogados". Dante y Antonio cayeron en la casita de "médicos" y yo y Adriano caímos en la peor opción, "diploma universitario", que era la que menos ganaba.

Cualquier similitud con la realidad...

Qué genial, ya había empezado mal. Continuamos hasta pasar por la parte del tablero donde todos los participantes debían parar y casarse.

— ¡Nos casamos de nuevo, mi amor! — celebró Julia, feliz, dándole un beso a su marido.

Mi mejor amiga ya estaba completamente borracha, años luz delante de mí.

— ¡Ay, Adriano y Manuela se casaron! Pensé que ese momento solo ocurriría en los sueños de Adri — se burló Antonio cuando pasamos por el lugar con el carrito y luego exclamó —: ¡Oh Dios mío, ahora soy un Perazzo! — y se puso la mano en el pecho, fingiendo estar emocionado, y todos se rieron.

— Qué genial, a mi padre le va a encantar saber eso — dijo Dante de manera divertida.

— ¡Tuvimos gemelos, Manu! Siempre te dije que iba a pasar — bromeó Adriano y yo reí alto, porque siempre decía eso cuando salíamos juntos.

— Oye, Adriano, no sé si te diste cuenta, pero esto no es la vida real. Trata de no emocionarte tanto — comentó Dante con ironía y yo le lancé una mirada de reproche, que solo hizo que él sonriera de lado.

— ¡Ay, Dan! ¡Tuvimos otra niña, siempre te dije que eso iba a pasar! — imitó mi primo a Adriano con una vocecita fina y Dante se río a carcajadas.

— Joder, Antonio, eres un pesado — se quejó Adriano.

— Sabes que solo te molesta porque sabe que te irritas — murmuré y él apoyó su mano en la mía, dándome una media sonrisa.

Retiré la mano rápidamente cuando vi que Dante me fulminaba con la mirada, claramente irritado con nuestra cercanía.

— Ah no, una cabra se comió nuestras orquídeas — se lamentó Julia, triste, cuando cayó en una casita de azar y luego gritó al tablero, entre risas —: ¡Espero que mueras atragantado, maldito!

En medio del juego, Antonio y Dante estaban llenos de dinero y con el carrito lleno de hijos. Los dos estaban bastante alegres y en la mayor intimidad, riendo de todo. Mi suerte era nula y el alcohol no estaba ayudando a que me mantuviera tranquila. Adriano era pésimo sacando los números correctos, ya debíamos ir al banco y yo estaba sin paciencia.

— Te dije que hicieras el seguro de la casa, ahora tendremos que pagar todo esto. Vamos a quedarnos casi sin dinero — murmuré, irritada, sin intentar amansar mi lado competitivo. — Vamos, Adri, te dije que esto podía pasar, ¡no me escuches!

— Habla en serio, Manu. No pensé que esto fuera a ocurrir.

— Si quieren, pueden tomar las notas promisorias de Antonio y Dante — sugirió Julia.

— No — respondió su hermano, seco.

— Necesitamos el dinero, Adriano. Vamos, sí vamos a tomar las notas — decidí. Pásalas para acá, Dante. Ya tienes mucho dinero.

Él entrecerró los ojos hacia mí y susurró:

— ¿Ya te dije que tengo un jet privado? — bromeó, dándole una sonrisita de complicidad por nuestra pequeña broma.

Sentí que mi rostro se sonrojaba y mi corazón se aceleraba.

¡Dios, era una perfecta idiota!

¡Borracha estúpida!

Durante algunas rondas, Antonio y Dante nos estaban cobrando, insinuando que estábamos debiéndonos dinero y en ese tiempo, tuvieron más hijos.

— Manu, van a quebrar pronto — avisó Guilherme.

— ¿No me lo digas, te diste cuenta solo? — pregunté con desdén y él hizo ojos grandes —. ¡Ay, Adriano, voy a pedir el divorcio, ya basta! ¡No tenemos futuro, acabas con nuestros ahorros! — decreté entre risas.

— Vaya, eso fue cruel — dijo él en voz baja y me miró, molesto.

Parpadee dos veces, sin entender.

— Estaba bromeando, Adri — subrayé, pero él continuó con la misma cara.

— María Manuela, no sé sobre los tuyos, pero mis hijos con Antonio ya tienen excelentes profesiones y son los mejores en su campo, todo eso porque no comen gluten — se burló Dante y yo simplemente empecé a reír tanto que caí de la silla y quedé sentada en el suelo.

Todos estaban riendo, menos Adriano, que parecía no haber entendido la broma. Me miraba confundido y extendió la mano para que me sentara de nuevo en la silla.

— Dante... — Intente decir, aun respirando con dificultad, tratando de calmar las risas.

— Es en serio, Manu, deberías poner a tus hijos a aprender alemán — sugirió Guilherme y yo exploté de risa junto con Julia.

— Dante, hablando de eso... Julia me contó que empujaste una maceta y le echaste la culpa a un niño de un año y medio — dijo mi primo y volví a reír.

— ¡Sí, lo hizo! — respondí, riendo aún más.

— ¿De qué están hablando, joder? — interrumpió Adriano, ya sin paciencia.

— De la hija de Fabíola. ¿Cómo se llama? ¿*KI-MICO*? — se burló Antonio, como siempre hacía, riéndose de algún nombre o apellido de las personas que conocíamos.

No podía olvidar el día en que el pobrecito de Carlos Toledo tapó el inodoro de la escuela y mi primo comenzó a llamarlo "Tolete".

— ¡Ayuda! — grité, sin poder contenerme de tanto reír, cayendo nuevamente al suelo.

— Dios mío, qué inmaduro eres, Antonio. — Gui sacudió la cabeza. — Haciendo bullying con el nombre de la niña.

— No es bullying si ella no está aquí — se defendió él.

— Dios mío, eso está muy mal — dije, intentando comprimir los labios.

Dante me miraba entretenido, ahogando las risas. Cuando traté de levantarme del suelo, me di con la cabeza en la mesa y solté un

gemido de dolor en el acto. Dante y Adriano se agacharon al suelo al mismo tiempo para ver si me había hecho daño.

— Por Dios, Manu. ¿Estás bien? — se acercó Adriano, sosteniendo mi mano.

— ¡Cuidado, María Manuela, ¡joder! — exclamó Dante, mirándome con ligera preocupación y luego extendió la mano para ayudarme a levantar.

Se miraron con rabia mientras me ayudaban a sentarme de nuevo en la silla.

— ¿Quién puso la mesa aquí? — bromeó, soltando una risa tenue y masajeandome la cabeza. — Julia, ¿tienes un bote de helado o...

— ¿Es en serio? — preguntó Dante, incrédulo, mirándome e intentando no reír. — Mujer, comiste medio bote de helado hoy y aún tienes cuatro que compré otro día para ti.

Un silencio se instauró en el ambiente y todos parecieron mirarnos con una expresión extraña.

— No es para comer, idiota. Es para ponerme en la cabeza, vaya. Me duele.

— Voy a traer un poco de hielo — anunció mi mejor amigo, dirigiéndose a la nevera. — ¿Helado? ¿Querías ponerte helado en la cabeza? ¿Cuál es tu problema?

Adriano se acercó a Guilherme, tomó la bolsa de hielo y la sostuvo en mi cabeza. Mientras tanto, Dante volvió a sentarse en su lugar, pareciendo molesto.

— ¡Ah, se durmieron! — celebró Julia en voz baja cuando vio a Gio y Lucca acostados en el suelo, con las cabezas en los almohadones que habíamos puesto en el corralito y los deditos en la boca.

— Gracias, Adri — dije, apartando su mano gentilmente y él sonrió.

Me quedé un ratito más con el hielo y luego volví a la mesa. Terminamos la partida y ya tenía tanto dolor de cabeza que ni me importó la paliza que recibimos.

Fui al baño y al regresar me detuve en la cocina, viendo que Julia estaba organizando la loza. Ofrecí mi ayuda y comencé a lavar

algunos vasos hasta que sentí a mi amiga acercándose sigilosamente.

— Ustedes están follando, tu perra, y no me contaste nada — dijo ella en voz baja, en un tono divertido.

— ¿Qué? — balbuceé.

— No te hagas la idiota — advirtió y yo resoplé.

— ¿Cómo sabes esas cosas? — crucé los brazos, perpleja.

— Primero, por la forma en que se miran. Dante parece que quiere desnudarte todo el tiempo — comenzó a señalar, llena de prepotencia por su descubrimiento. — Segundo, cuando él dijo que compraran una casa con jardín, te quedó una expresión idiota en la cara. Tercero, cada vez que mi hermano dice algo sobre ustedes dos, el idiota responde porque no puede contenerse. Y cuarto y lo más importante: él compró helado para ti. ¿Qué tipo de hombre hace eso solo por hacer?

Se detuvo, reflexiona y cuando abrí la boca para contestar, ella sonrió de forma malévola.

— En realidad, no solo están follando, están *enamoraditos* — insinuó entre risas.

— No digas tonterías, Julia. "Enamoraditos" — repetí en un tono incrédulo.

Era lo último que me faltaba ahora.

— Puedes engañarte todo lo que quieras. — Ella se encogió de hombros y salió de la cocina con una sonrisa satisfecha en el rostro.

Dios mío, qué insoportable era Julia.



A pesar de todo el peligro
A pesar de todo lo que pueda ser
Haré cualquier cosa por ti, cualquier cosa que quieras que haga.
Si eres fiel a mi
:: In Spite Of All The Danger – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Salí de la cocina y me di cuenta de que todos estaban organizando el desorden en la mesa. Hablé con Dante para que ordenara las cosas porque ya se hacía tarde y él se asentó, avisando que iba al baño.

Noté que Adriano no estaba en la habitación y fui al jardín para encontrarlo mirando al vacío, pensativo. La noche estaba agradable, con una brisa suave que parecía resonar en las hojas de los árboles, casi como un susurro.

— Echo de menos el jardín de tu antigua casa — confesé, recordando las noches que pasábamos en el jardín solo conversando cuando éramos más jóvenes. — Era uno de mis lugares favoritos.

— Era el mío también... — dijo, mirando al cielo y exhalando aire, cansado.

— Ey, ¿estás molesto conmigo porque dije que quería pedir el divorcio? — pregunté en un tono divertido.

— No, solo estoy pensativo por lo que dijiste sobre que no teníamos un futuro. — Se giró y me miró a los ojos, la decepción presente en su rostro.

— Adriano, es solo un juego, estaba bromeando.

No era posible que realmente estuviera triste por algo tan idiota sobre un juego.

— ¿Crees que tenemos algún futuro? — preguntó serio, acercándose a mí y tocando mi brazo.

— ¿Por qué me preguntas eso?

— Manu, quiero hablar sobre nosotros — insistió.

— Adriano, no existe "nosotros". Sabes muy bien eso — volví a decir y él me miró triste.

— Pero podría volver a existir. — Se acercó más. — ¿Sabes por qué ese jardín es mi lugar favorito, Manu? Fue donde descubrí que estaba enamorado de ti, donde tuvimos tantos recuerdos maravillosos.

— Ya hablamos de esto, Adriano — intenté con mucha calma. — Eso no tiene sentido.

— Sí, lo tiene. Y sabes muy bien que si no fuera por el... — Hizo una pausa. — Lo que pasó, estaríamos juntos hasta hoy.

No, no estaríamos. Cuando terminé con él, no tenía ninguna intención de volver. Es cierto que tuvimos unas tres recaídas poco antes de que me encontrara con Dante, pero fue por la carencia. Estaba teniendo relaciones con chicos aleatorios y, aunque mi vida sexual estaba increíble, en algunos momentos sentía falta de afecto. Además, nuestro sexo era bueno. Claro que, al principio de la relación, tardamos un poco en ajustar las cosas, pero luego funcionó.

— Manuela, ¿vamos? — Dante apareció en la puerta, claramente irritado.

— ¡Joder, ¿no te das cuenta de cuando dos personas están hablando? ¡Caro, Dante, ¡eres muy inconveniente! — gritó casi

Adriano.

— María Manuela — me llamó, ignorándolo, dejando claro que estaba hablando conmigo, con los ojos fijos en los míos. — Dijiste que querías irte. ¿Vamos?

— Adriano, tengo que irme. Gio ha estado dormida en el suelo un buen rato — él bufó. — No te enojes conmigo, ¿ok? Estaba bromeando.

Le di un abrazo rápido, pero cuando intenté salir, noté que me sostuvo por unos segundos más antes de soltarme. Me di cuenta de que Dante estaba con los brazos cruzados, esperando impacientemente cuando me alejé.

Regresamos a la casa y él tomó a Giovanna. Ella se acurrucó aún más, acomodándose cómodamente en sus brazos.

— Dante, ¿vas a cambiar nuestro hogar por irte con Manu? Esperaba más de ti como esposo — bromeó mi primo, haciendo que todos se rieran.

Nos despedimos y regresamos en absoluto silencio. Intenté iniciar una conversación, pero él me cortó varias veces. Tan pronto como llegamos al apartamento, Dante fue directo a la habitación de Giovanna para ponerla en la cuna.

Estaba en la cocina revisando el celular hasta que él pasó por mi lado en dirección al filtro de agua.

— Me voy a dormir, buenas noches — anunció, después de beber todo el contenido del vaso.

— ¡Ey! Tenía otro juego en mente... — sostenía su brazo y me acerqué, hablando en un tono travieso, hasta que noté que tenía la mandíbula tensa y estaba bastante irritado. — ¿Qué pasa? ¿Por qué estás así?

— Nada, María Manuela — dijo seco. — Tengo sueño, me voy a dormir.

— ¿Por qué estás siendo grosero? — pregunté, molesta.

Él me miró en silencio por un momento.

— ¿Eh?

— ¡Estoy enojado! No voy a quedarme viendo a ese idiota coquetear contigo en mi cara — avisó, dejando que la rabia resonara

en cada palabra. — Quiero que le digas a Adriano que estamos juntos — dijo al final.

Era lo último que me faltaba ahora.

— ¿Qué? — pregunté, encontrando gracia y él me miró con más rabia.

— Eres mía. Dile eso a él — respondió, áspero.

— ¿Estás hablando en serio? ¿Quieres que todo el mundo sepa que soy tuya? ¿Vas a pedirme matrimonio? — solté una risa, entretenida con mi propia broma y luego me di cuenta de lo que había dicho.

Realmente debería evitar beber.

— ¿Q-q-qué? — tartamudeó Dante, claramente incómodo. — ¿Quién habló de matrimonio? ¿Tú... estás loca? ¿De dónde sacaste eso? — El pánico en su rostro era visible y me pareció divertido.

— ¡Calma, es solo una broma!

— Manuela, estoy hablando en serio. No tengo paciencia — dijo, cruzando los brazos.

— Eso es ridículo, en serio — dije, moviendo la cabeza. — ¿Qué quieres, Dante? No voy a decirle a la gente que estamos cogiendo en todos los rincones de la casa solo para que te sientas mejor con eso.

Él soltó un ruido de incredulidad y puso una de las manos en la cadera. Se podía ver cuánto le molestaba toda esa situación y estaba irritado como si no entendiera su punto.

— No quiero que digas eso. ¡Quiero que digas que estamos juntos!

— ¿Juntos cómo?

— ¿Cómo juntos, María Manuela? Como las personas normalmente lo hacen. Saliendo, bueno.

Parpadeó, un poco confusa. ¿Qué quería decir eso? ¿Estaba pidiéndome que saliéramos? ¿Acaso había bebido tanto que estaba escuchando cosas aleatorias?

— ¿Es en serio?

— Manuela, no sé si te has dado cuenta, pero ya te he embarazado, vivimos juntos y hemos tenido relaciones como dos conejos en celo. Estamos juntos, quieras o no, porque hasta donde

me dijiste, no estás con nadie más y yo tampoco. ¿Qué diferencia hace cómo llamamos a esto?

— Vaya, ¿esa es realmente tu forma de pedirme que salga contigo? — pregunté, irritada. — No voy a salir contigo por conveniencia, solo porque tengamos una hija o vivamos juntos y tengamos relaciones. O peor, porque tienes celos de mi ex.

¡Eso era lo último que me faltaba! ¿Qué pensaba él? Las cosas no podían ser así. Ahora estaba bastante enfadada por la forma en que estaba manejando esa situación.

— ¡Ey! Perdón, no...

Dante suavizó los movimientos, sostuvo mi mandíbula con una de sus manos y me miró fijamente a los ojos. Respiró hondo, pareciendo intentar elegir alguna palabra.

— No estoy acostumbrado a estas cosas de relaciones. Menos aun cuando estás involucrada. Solo quiero explicarte que no es nada del otro mundo que estemos juntos.

— No me parecen los motivos correctos. Las personas tienen relaciones porque se gustan, porque están enamoradas, no por comodidad. Y hasta donde yo sé, me odias... — recordé y él soltó una risa áspera que tembló mis piernas.

— Claro, y mi aversión hacia ti ha sido casi poética, ¿verdad? Especialmente en la cama — respondió con sarcasmo. — Y si vamos por ese camino, linda, odiar a alguien es la base de todas las relaciones saludables.

— Ah, sí, poética es definitivamente la palabra.

— Me gustas, María Manuela. Sabes eso, no seas idiota. Y también sé que te gusto. — Él sonrió con arrogancia.

¡Era increíble cómo se creía!

Aunque en parte su pensamiento no era totalmente incorrecto. Me gustaba, por más extraño que fuera aceptarlo y admitirlo. Además, teníamos una hija. Quizás valiera la pena darle una oportunidad a esa relación, aunque pareciera una locura.

— Quisiera tener tu autoestima — afirma y él río, pegando su cuerpo al mío y comenzó a besar mi rostro y luego mi mandíbula.

— ¿Estoy equivocado? — preguntó en voz baja a mi oído.

— Tal vez lo sea — respondí con voz entrecortada, cerrando ya los ojos.

— Te demostraré que no lo soy.



Si me dejas
Estaré triste
Nunca me dejes
Estoy tan enamorado de ti
:: Bad To Me – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Me desperté a la mañana siguiente en mi habitación sin Dante. No habíamos vuelto a hablar sobre toda esa historia de salir juntos. Simplemente tuvimos relaciones como locos y dormimos. Me lavé los dientes y me dirigí a la cocina. Él estaba apoyado en la barra con mi taza favorita en una mano, Giovanna en el regazo y Ringo sobre la barra frotándose contra su brazo.

— Mi hija, mi taza y mi gato — murmuré, cruzando los brazos.

— Pensé que sabías compartir las cosas — se burló y yo me reí.

Gio extendió las manos queriendo venir a mi regazo y la agarré.

— ¿Estás tomando café con papá, mi amor?

— *Xim* — respondió, sonriendo y balbuceando algunas palabras aleatorias.

— ¿Cómo se llama esto aquí, capibara? Díselo a mamá — incentivó Dante mostrando una cuchara.

— *Lher* — dijo, contenta.

— ¡Qué linda, Gio! ¡Aprendiste otra palabra! — celebré, llenándola de besos y haciéndola reír a carcajadas.

— *Ingo* — intentó, señalando al gato. — Mío.

— ¿Quieres jugar con Ringo, cariño? — le pregunté y ella negó con la cabeza.

Nos reímos y él la dejó en el suelo para que pudiera jugar con algunos bloques entrelazados. Luego regresó y me levantó en el aire antes de sentarme en el mostrador y atraerme para darme un beso.

Sentí que todo mi cuerpo se derretía.

— Hice *waffles* — dijo, sin dejar de besarme. — Para alimentar a tu *alien*. ¿Ver? Me gustas.

— Ajá — tarareé, todavía con los ojos cerrados. — Estoy empezando a ponerme muy arrogante.

— Y te gusto porque no dejo que el pobre ser que habita tu cuerpo pase hambre — continuó, riendo, rozando su labio por mi cuello.

Ok, todavía estábamos en ese tema. Sentí un cosquilleo en el estómago ante la posibilidad de que la palabra "noviazgo" saliera de su boca. Era casi ridículo, era como si tuviera quince años de nuevo. Y ni siquiera quería salir con él hasta el otro día.

¿Qué demonios? ¿Cuál era mi problema?

— ¡Eres ridículo, Dante! Espera... ¿De verdad hiciste *waffles*? ¿Desde cuándo tenemos una máquina de *waffles*?

— La compré.

— ¡Dios mío!

Él soltó una risa contra mi piel.

— Definitivamente no me gusta tu consumismo.

— Es parte de quien soy y ya hemos establecido que te gusto.

— Ah, ¿sí? — insinué y él siguió besando mi cuello.

— Sí. Me gusta mi comida, cómo es linda y deliciosa... — se río. — Mis chistes, cómo tengo el mejor gusto para bandas, cómo te

follo...

La última la susurró en mi oído, mordiendo el lóbulo de mi oreja y produciendo un escalofrío que subió por cada vértebra de mi columna.

— Tienes el peor gusto para bandas, pero... de hecho, amo cuando me folles — acordé en voz baja.

— Sí, queda bien claro. — Se apartó y sonrió con actitud de ganador.

— En cuanto a tus chistes, ahn... no sé... — Hice una mueca de pena y él entrecerró los ojos, haciéndome reír.

— Come ya, insoportable — bufó, tomando uno de los platos con el *waffle* y entregándolo en la mano.

— Ah, el cumpleaños de Gui se acerca y Julia quiere hacer una fiesta — comenté, cortando un pedazo de masa y noté que Dante me miraba.

— ¿Y Guilherme sabe de eso? El otro día me dijo que odiaba las sorpresas.

— Él sabe. — Puse un pedazo en la boca y solté un gemido, haciéndolo reír.

Dante sugirió que diéramos un paseo por el Parque Chico Mendes para mostrar los capibaras[25] que habían sido grafiteados allí por un artista que nadie sabía quién era.

Nuestra hija estaba alucinada con los dibujos y tomamos algunas fotos. Una de las empleadas dijo que normalmente había algunas capibaras allí, pero que solo aparecen al final de la tarde, así que él tuvo la brillante idea de que fuéramos a un parque en Coroa do Sul que estaba lleno de ellas.

Intenté argumentar que sería peligroso, que no podríamos acercarnos y di un sermón sobre garrapatas y la fiebre maculosa. Dante explicó que solo las veíamos de lejos, que tenía un amigo que había sido atacado por una y sabía que no debíamos acercarnos demasiado.

Entonces, fuimos a Coroa do Sul y dimos una vuelta por el parque. Compré un helado colorido en el camino y empecé a reír

porque el padre de mi hija era un idiota y hacía muecas a Giovanna, que estaba en el canguro acoplado a él.

Encontramos un árbol cerca del lago desde donde podíamos ver algunas capibaras allí, relajándose en la orilla del agua. Gio lloró un poco porque quería ir hacia ellas, pero tratamos de explicarle que no podía y eventualmente la niña se olvidó y empezó a jugar con su peluche.

— ¿Vamos a intentar caminar aquí en la hierba, Gio? — sugirió y ella aplaudió.

Me alejé un poco y Dante sostuvo sus manos, ayudándola a caminar hacia donde estaba. Estuvimos allí por bastante tiempo, soltando gradualmente sus manitas como intentábamos hacer en casa.

En algún momento, ella dio dos pasitos en mi dirección y se cayó al suelo, pero antes de que pudiéramos levantarla, Gio apoyó ambas manos, levantó el trasero y se puso de pie sola.

Nos miramos boquiabiertos mientras ella intentaba equilibrarse sin ninguna ayuda.

— ¡Mi amor, felicidades, te levantaste sola! — dijo y ella dijo "*xim*" y aplaudió, casi perdiendo el equilibrio.

— ¡Hija, felicidades! Eso, eso. Ven hasta papá ahora. — Dante se alejó un poco, moviendo las manos y ella lo miró, temerosa.

Giovanna estaba de pie, con las piernitas temblorosas tratando de no perder el equilibrio. Dio un paso, dos, tres y se lanzó a los brazos de Dante, quien la lanzó hacia arriba, celebrando, haciendo que ella se riera a carcajadas.

— *Papapapapa* — balbuceó entre risas.

— ¡Lo lograste! — celebré, acercándome a los dos, llenando su pequeño rostro de besos. — ¡Ella lo logró! — dije, con los ojos llenos de agua y Dante soltó una risa y un rápido beso en mis labios.

— Te dije que lo iba a lograr. ¡Nuestra hija es increíble! — susurró.

Luego, apretó a la niña y le dio un beso en la mejilla.

— Eres muy inteligente, ¿verdad, bebé?

— *Xim*.

Respondió ella, seria, y nos reímos.

— ¿Y convencida como tu papá también?

— *Xim*.

Dante tiró la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas, y Giovanna pasó sus bracitos alrededor de nosotros dos. Suspiré, sintiendo el olor a champú de su cabecita. Esa sensación de plenitud me llenó como nunca antes había sucedido.

En ese momento, tuve la certeza de que éramos una familia, aunque no de las más tradicionales.

— Pronto, Gio, te vamos a entrenar para correr y ganarle a Kumiko — bromeó Dante, haciéndome reír.

Ella hizo un puchero y me mandó un beso entre risas.

— ¿Estás mandando besos a mamá? — Ella sacudió la cabeza afirmativamente y arrugó la nariz mostrando sus dientes.

En serio, no había ninguna niña más linda en todo el mundo que la mía.

— ¿Vamos a llenar a mamá de besos, capibara? — preguntó Dante, acercándose a mi rostro con Giovanna y le dieron varios besos mientras yo reía a carcajadas.

Nosotros seguimos animándome a que caminara un poco más y luego la niña comenzó a jugar con unos bloques que estaban en la bolsa. Y seguimos allí, ambos apoyados en un árbol, observándola.

— Es tan linda que, a veces, me dan ganas de aplastarla — confesó, riendo, con el mentón apoyado en mi hombro. — ¿Soy un mal padre por eso?

— ¡Claro que no! Yo tengo el mismo deseo — dije entre risas.

Dante estaba jugando con mis dedos y miró hacia abajo, apretándose aún más entre su mano.

— Nunca pensé que sentiría lo que siento por ella — habló en voz baja y suspiró. — Ni siquiera sabía que eso era posible.

— Yo tampoco — afirmó, mirando a la bebé.

Él tomó una respiración y ajustó su postura para que su rostro estuviera cerca del mío.

— Mira, sobre ayer... — comenzó a decir, poniéndose serio. — No quería que pareciera que estaba proponiendo un noviazgo solo por proponer. En realidad, ni siquiera sabía que yo también quería eso. Sucede que lo quiero. Y lo quiero por las razones correctas.

Lo miré, buscando inútilmente ignorar las mariposas en mi estómago. Mi corazón parecía acompañarlas, pulsando en un ritmo diferente al habitual, derribando todas mis incertidumbres, alejando mis miedos.

Dante me miró, con una mezcla de temor, cariño y complicidad. Había tanto en su mirada.

— No puedo imaginar mi vida sin la Giovanna... — Hizo una pausa. — Y sin ti.

Contuve el aire, incapaz de moverme, pero él continuó:

— No puedo superarte, aunque lo intente. No puedo sacarte de mi cabeza, María Manuela. Esa es la verdad — suspiró, como si estuviera irritado consigo mismo. Yo entendía la sensación. — Y sí, estoy loco de celos. Estaba antes, cuando estabas con el idiota de Marlon y ayer... Joder, cada vez que ese idiota de tu ex se acerca, me imagino golpeándole la cara de todas las maneras posibles.

Sus hombros se relajaron, como si un peso hubiera sido retirado de ellos. Sin embargo, parecía un poco nervioso.

— Tampoco puedo superarte, Dante — confesé, sintiendo que mi rostro se sonrojaba. — Y creo... No sé cómo serían las cosas sin ti. Solo que...

Tragué saliva y él me miró, con un poco de expectativa y preocupación.

— Estar contigo ha sido tan... Realmente me gustas, Dante. Y una parte de mí quiere decir que sí... Una parte de mí quiere ser tu novia, aunque eso suene absurdo.

Di una risa débil, pero él continuó serio.

— Entonces, sé mi novia.

— Solo que tengo la impresión de que todas las decisiones que he tomado, nuestro pasado, tu familia... No sé cuánto eso aún puede afectar nuestra relación. Y...

— Nada de eso va a afectar nuestra relación — afirmó, sosteniendo mi rostro con ambas manos.

Suspiré, perdiéndome en el color marrón verdoso de sus ojos. Ese color tan único que siempre me atormentó, que siempre me quitó la paz, ahora era la razón por la que mi corazón acelera. Los ojos que me juzgaron y me menospreciaron durante años ahora me

miraban con cariño y expectativa. No había ningún atisbo del pasado.

Miramos a nuestra hija, que mandó algunos besitos antes de volver a jugar con los bloques. Estaba perdida en su propio mundito, toda tierna y concentrada.

— Escucha tu parte racional — pidió, contra mis labios.

— Mi parte racional no es la que quiere salir contigo — comenté, riendo y él hizo lo mismo.

— Claro que sí. Cualquiera con un poco de racionalidad sabría que salir conmigo es como ganar en la lotería — bromeó.

— Dios mío, eres tan insoportable — rodé los ojos, riendo.

— ¿Un novio insoportable? — Él arqueó una de las cejas y yo mordí el labio inferior, dándome cuenta de que sus ojos bajaron hacia mi boca.

— Sí, un novio *muy* insoportable.

Él se río y acercó mi rostro para un beso.

— Dante... — lo llamé, apartándose un poco. — No quiero que nada interfiera en nuestra relación, especialmente mis decisiones. Y... Yo... Lo siento mucho por no haberte contado sobre ella. Me arrepiento todos los días.

Las palabras rasgaron mi garganta, forzadas por el nudo que se instaló allí. Dante desvió la mirada hacia Giovanna y se quedó en silencio durante unos segundos.

— ¿Por qué me mentiste? — preguntó un tiempo después y yo lo miré confundida.

— ¿Cuándo te mentí?

— Encontré las cartas, Manuela. El día que estábamos buscando la capibara. Estaban debajo de tu cama — me contó.

Asentí, mirando hacia abajo y tragando en seco.

— El día que supe sobre Giovanna, me dijiste que nunca tuviste la intención de decírmelo. ¿Por qué dijiste eso? — indagó y levanté los ojos para encontrar los suyos.

— Ni yo lo sé, Dante. Estaba nerviosa, con miedo. — Su expresión era un poco dura. — Siempre quise contarte, escribía las cartas, pasaba horas mirando los correos, pero nunca podía

continuar. Tenía tanto miedo de tu familia, de que pasara algo parecido a lo que le ocurrió a tu hermano...

Frunció el ceño, pareciendo confundido.

— ¿Qué pasó con mi hermano? — repitió, como si no tuviera idea de lo que estaba diciendo.

¿Es que no lo recordaba?

— El embarazo — intenté.

— ¿Qué embarazo, María Manuela? — El desespero se hizo evidente en la forma en que el final de mi nombre sonó entrecortado.

Él se movió, incómodo, y su respiración estaba atrapada en la garganta. Parpadeó, un poco fuera de lugar, porque no tenía idea de que Dante no sabía de qué estaba hablando.

— ¿Qué embarazo? — La impaciencia comenzó a surgir. — ¡Por el amor de Dios, di algo! ¡No sé de qué estás hablando!

— Perdón, no... No sé bien cómo decirlo, realmente pensé que sabías...

— Solo... Dime lo que sabes.

— Es que... Tus padres eran amigos de los padres de Adriano, ¿no es así? —Él asintió con la cabeza. — Un poco antes de que toda la confusión y la pelea entre las familias sucedieran... Ellos contaron que cuando tu hermano tenía dieciocho o diecinueve años, embarazó a una novia, pero ella no tenía condiciones, no era del Círculo de Oro...

Hice una pausa, tratando de elegir las mejores palabras. Era difícil, no estaba esperando tener que darle una noticia así, mucho menos en medio de un parque.

¡Qué maldita sea!

— Lo que supe es que... — respiré hondo. — Domenico y tus padres forzaron a la chica a abortar.

La boca de Dante se abrió, el desconcierto era evidente en cada microexpresión.

— ¿Qué?

— Así es.

— No, no es así — afirmó. — Si mi hermano hubiera embarazado a alguien, María Manuela, yo lo sabría. Estoy seguro de

que ese idiota de Adriano inventó eso para que no me contaras nada...

— Lo sabía incluso antes de acostarme contigo.

Se detuvo, el desespero reflejado en su iris. La impresión que tenía era que todo el mundo de Dante se había desmoronado frente a él. No podía decir una sola palabra, sus músculos estaban tensos y la mandíbula trabada.

— No. Eso no... — Se pasó las dos manos por la cara, trastornado. — ¡Eso es un absurdo! ¿Cómo es que forzaron...?

— Adriano dijo que convencieron a la chica para que abortara y que, gracias a Dios, no fue tan difícil… — dije, triste —. Porque no necesitaban tomar ninguna medida más drástica.

— ¡Dios mío!

— Lo siento, yo... Dante... pensaba que sabías.

— No. No tenía idea — respondió, desolado.

Giovanna lo llamó, mostrando una de las piezas, y él sonrió, sin muchas ganas.

— Lo siento. Tú, eh... ¿Quieres irte? Tal vez sea mejor que vayamos a casa.

— No. — Limpió su garganta, sacudiendo la cabeza en negativo —. Continúa lo que estabas diciendo, por favor.

Lo miré un poco triste, viendo una infinidad de preguntas silenciosas formándose en su cabeza. Dante pidió nuevamente que continuara lo que estaba diciendo.

— Esta historia ha estado en mi cabeza desde el día en que hice la prueba de embarazo. Tenía tanto miedo, Dante. Conozco a tu familia, he lidiado con ellos, he perdido tantas batallas… Sabes el poder que tienen. No podía arriesgarme.

Él me miró y asintió, aún en silencio.

— Y cada vez que intentaba enviar las cartas o los correos, eso me detenía. Y después de un tiempo, escribir se convirtió en una especie de "muleta" para mí. No sé cómo explicarlo. — Mi voz falló —. Lo siento. No sabes cuánto me odio por eso, y sé que una parte de ti también me odia. — Una lágrima se deslizó y la limpié rápidamente.

— No te odio, Manuela — afirmó, sosteniendo mi rostro y mirándome intensamente —. Estoy hablando en serio. No te odio y no quiero que tú te odies tampoco.

Sentí las manitas de Gio en mi muslo. Ella había gateado hasta donde estábamos y puso un puchero al ver que estaba llorando. Se apoyó en nuestros brazos para ponerse de pie, encargándose entre nosotros dos.

— Vamos a estar bien. Todo va a estar bien — aseguró.

Él me abrazó, dándome un beso en la parte superior de la cabeza. Y por primera vez en mucho tiempo, creí en esa frase.



No hagas llorar a un hombre adulto
Mis ojos se dilatan, mis labios se vuelven verdes.
Mis manos están sudando
Ella es una máquina, una máquina malvada.
:: Start Me Up - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Estaba confundido a cagar.

La información que María Manuela había dado sonaba como un eco en mi cabeza, distorsionando toda la realidad que conocía. Buscaba en mi mente sin parar, revisitando todos los recuerdos de mi yo adolescente en busca de pistas o fragmentos del pasado.

¿Cómo había escondido eso mi hermano de mí? ¿Qué más habían mantenido en secreto él y mis padres?

Busqué cualquier indicio de mentira cuando las palabras salieron de su boca, pero era imposible. Podía ver todo a través de ella, en especial el miedo y el dolor que la acompañaban.

Llamé a mi hermano, pidiéndole que se encontrara conmigo en mi antiguo apartamento. Dejé a las dos en casa y pedí un *Uber* al

lugar, tratando de organizar mis pensamientos. Y gracias a Dios, Domenico no tardó en llegar, unas dos dosis de whisky después.

— ¿Qué pasó, joder? — preguntó, preocupado, entrando en el apartamento —. ¿Giovanna está bien?

— Sí, está todo bien.

Él miró a su alrededor, un poco confundido.

— ¿Saliste del apartamento? ¿Tuviste problemas con la "eco pesada"? — Se río —. ¿Te echó por no separar la basura? ¿Qué haces aquí?

— No, está todo bien con Manuela. De hecho, estamos saliendo — le conté y él abrió los ojos de par en par —. Y si no dejas de hablar mal de ella, haré que te dé una charla sobre el medio ambiente. En fin, solo pensé que era mejor que hablemos aquí.

— ¿Saliendo? — Su voz sonó estridente —. ¿Saliendo? Dante, no creo que sea prudente...

— Que te jodan con lo que piensas, Domenico.

Mi hermano me miró con una cara de enojo, bastante irritado por mi actitud.

— ¿Embarazaste a esa novia que tuviste? — pregunté de golpe y él pareció descomponerse al instante.

Era posible ver la incomodidad empezando a aparecer en sus rasgos. Dom cambió el peso de una pierna a otra, cruzó los brazos y luego se agarró del respaldo del sofá.

— ¿Quién te dijo eso?

— ¿Y eso importa, joder? — grité —. ¿Qué pasa que embarazaste a alguien y yo nunca supe de eso?

— Dan, eras muy joven y...

— ¡No me creo esa mierda! — Levanté las manos, trastornado, y me acerqué a él, empujando su pecho con el dedo índice —. ¡Soy tu maldito hermano, carajo! ¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo escondes cosas de mí?

— No quería que te preocuparas por mí.

Entrecerró los ojos y solté una risa desdeñosa, sacudiendo la cabeza negativamente.

— No jodas, Domenico. Siempre me contaste todo, nunca tuvimos secretos, ¿y ahora me sales con esto? Vamos, deja de ser

un cobarde y dime ya por qué hiciste eso, ¡carajo!

— Porque necesitaba alejarme de toda esa mierda — gritó en respuesta, lleno de rabia.

Solté una risa incrédula, amarga, que traducía todo lo que estaba sintiendo. Tenía mucha audacia. Estaba seguro de que Dom no me había dicho nada porque sabía que probablemente lo juzgaría. Aunque en ese momento yo aún fuera un idiota, jamás habría estado de acuerdo con esa locura. Y, de hecho, me asombraba que él lo hubiera aceptado.

Mis manos se cerraron en puños y mi pecho respiraba con una intensa indignación. Tal vez mi hermano no fuera la persona que imaginaba, pero estaba enfadado con toda su desfachatez.

— ¡Ahórrate eso, Dom! — grité entre dientes —. ¿Sabes qué es lo más jodido? ¡Que ni siquiera te reconozco! Admite, admite que escondiste esto de mí porque sabías que te juzgaría por lo que hiciste.

Las palabras pesaron en el aire, como una acusación que no podía ser retirada. La rabia burbujeaba por la superficie de mi piel. Estaba tan lleno de odio, tan decepcionado. Quería gritarle a él, a mis padres. Eso era perverso, joder. ¿Hacer que una chica aborte por una maldita sociedad condenada?

— ¿Qué hice? — Frunció el ceño, como si no supiera de qué hablaba —. ¿Qué crees que hice, idiota?

— ¡Sabes muy bien de qué estoy hablando, Dom! — Mi tono era áspero —. ¿Cómo tuvieron el valor de hacer que tu novia aborte por culpa de la maldita Conexión de Oro?

— ¿Eh? — Su voz sonó aguda —. ¡Yo no hice que mi novia abortara por el C.O.! Ella abortó porque quiso, porque esa vagabunda solo se preocupaba por el dinero.

Escupió las palabras con asco y noté que sus ojos brillaban. En cuestión de segundos, Dom comenzó a desmoronarse frente a mí, porque había una confusión genuina en sus ojos, mezclada con un dolor que parecía haber estado camuflado todo ese tiempo.

— ¿Eh? — Hice una mueca, sin entender.

Domenico hundió su rostro en las manos, como si no pudiera contenerse y se deslizó por la pared que estaba cerca de él.

Entonces, se derrumbó completamente y comenzó a llorar. Parpadee lentamente, tratando de asimilar todo eso. Dom podía ser bueno escondiendo sus emociones, pero no fingiéndose. Y nunca antes había visto a mi hermano así.

No entendía lo que estaba pasando y un nuevo rompecabezas comenzaba a formarse en mi mente.

— ¡Dom! Joder, cálmate. — Me tiré al suelo, abrazándolo, y mi hermano hundió el rostro en mi hombro, llorando con abundancia.

— Qué mierda del carajo. Yo no hice eso, Dan — afirmó, sujetando mi cuello para que lo mirara a los ojos —. Yo jamás pediría que ella abortara a mi hijo. ¿Qué... ¿Quién dijo esa aberración?

— Cálmate — pedí, sintiendo mi pecho apretarse —. No sé si hay un malentendido, pero... Adriano le contó a Manuela que ustedes convencieron a la chica para que abortara.

— Ella te está mintiendo, Dan, y yo...

Se interrumpió y parpadeó. Se limpió el rostro con el dorso de las manos y frunció el ceño, como si algo hubiera cruzado por su cabeza.

— Cuando estábamos en la audiencia, dije que ella sabía que había hecho algo malo y María Manuela preguntó: "¿Tú, de todas las personas, me vas a juzgar?". ¿Era de eso de lo que hablaba?

— No sé, Dom. Manuela pensó que yo lo sabía. Aparentemente, nuestros padres le contaron a los Lacerda antes de toda la pelea y eso le llegó a ella. Y esa fue la razón por la que tuvo tanto miedo de contarme sobre Giovanna.

— Eso no tiene sentido, Dan. Le supliqué que no hiciera eso. Quería casarme, quería al bebé. ¡Y entonces, esa hija de puta arruinó mi vida! — dijo, lleno de dolor, volviendo a pasarse las manos por el rostro —. Yo, literalmente, me puse de rodillas y le supliqué que no abortara.

Dom empezó a llorar nuevamente y estuvo así un rato, murmurando una cantidad infinita de frases que no podía distinguir. Era como si mi hermano se hubiera roto.

Un tiempo después, se calmó, tomó el teléfono y llamó a nuestra madre. Comenzó a exigir explicaciones, excitándose con

cada frase que decía, caminando por el apartamento completamente desequilibrado. Yo lo seguía, preocupado, pidiéndole que se controlara, pero parecía que era un espíritu.

— ¿Por qué estás llorando? ¿Eh? ¡Responde, carajo! ¡No voy a aceptar esta mierda, madre! ¡No soy un adolescente idiota! — gritaba al aparato —. O me dices exactamente lo que pasó o...

Domenico comenzó a escuchar lo que mi madre decía del otro lado de la línea. Y después de unos segundos, todo el color de su rostro se desvaneció y su cuerpo perdió fuerza, cayendo en el sofá.

Apoyó una de las manos en la cabeza y la movió, como si no pudiera creerlo. Luego, lanzó el celular con todas sus fuerzas contra la pared, haciendo un estruendo absurdo.

— ¡Dom... ¡Háblame, joder! — pedí, tratando de sujetar su rostro, viendo que había vuelto a llorar.

— ¡Soy un idiota! Pasé toda mi vida haciendo lo que ellos querían, renuncié a tantas cosas... De nuestro padre espero de todo, pero, ¿cómo pudo nuestra madre hacerme esta mierda?

— Dom, ¿qué dijo?

Mi hermano suspiró, cansado.

— Me quedé ciego por Tália, Dante. Se dio cuenta de que estaba completamente rendido por ella y tramó todo. Empezó a pedirme que no usara preservativo, diciendo que me daba alergia y jurando que estaba tomando anticonceptivos. Entonces, se embarazó y dijo que tenía la intención de abortar. E intenté de todo para cambiar su opinión, le dije que me casaría con ella, que confrontaba a mis padres... — Dom soltó una risa sin humor —. Se transformó después de eso. Me llamó patético, dijo que nunca se casaría conmigo y que eso era solo una "transacción". *Eso*. ¡Mi hija!

Él miró al vacío y rápidamente limpió una lágrima que se había escapado. Mi corazón se apretaba cada vez más al ver a mi hermano desmoronarse frente a mí.

— Era una niña, hicimos el análisis de sangre en cuanto nos enteramos — dijo, triste —. Ella también me llevó a la primera ecografía y lo hizo para joderme la cabeza de una vez.

Las palabras parecían provocar un dolor físico en él y tuvieron el mismo efecto en mí. ¿Cómo podía alguien ser tan inhumano?

¿Qué tipo de persona hacía algo así?

— Creo que, al principio, Tália no imaginó que yo querría al bebé, pero cuando se dio cuenta, comenzó a pedirme dinero para continuar con el embarazo — continuó —. Me amenazaba constantemente y lo hizo durante casi dos meses. Fue una tortura psicológica horrible. Dediqué todo lo que aquella hija de puta quería, Dan, pero aun así abortó.

— Lo siento mucho... Siento que hayas pasado por esto solo — dije, abrazándolo.

Domenico se levantó del sofá, llenó uno de los vasos con *whisky* y lo bebió de un solo trago. Luego, volvió a servir un poco más y se sentó a mi lado en el sofá.

— Pasé todo este tiempo pensando que nuestros padres no tenían nada que ver con esto... — habló con un tono algo distante, como si estuviera revisitando sus recuerdos —. Recuerdo que mi padre vino con una solución, dijo que podríamos intentar una alianza con Virgílio Braga, que, aunque no fuera un miembro del Círculo de Oro, seguía siendo de una familia de élite. Paula aún era joven, pero él dijo que su padre la convencería para que se casara conmigo y así ingresar al C.O.

— ¿No hubo un ataque cuando te pusiste con ella, unos años después?

— Sí, lo descubrió y trató de avisar que eso no pasaría de un polvo.

— Creo que tú y Paula se habrían matado — intenté relajar el ambiente.

— Lo consideré, de verdad. Siempre fue bonita, elegante, tenía buen sexo y entendía bien sobre nuestra sociedad, pero tenía todo el asunto con Marco y pensé que era mejor no crear problemas. Si hiciera alguna tontería con ella, y tenía la intención de hacerla, él me haría la vida imposible. Él y sus otros dos amigos. — Mi hermano soltó una risa débil, pasando el dedo por el borde del vaso, y yo asentí —. ¡Es vergonzoso cuánto era idiota! ¿En qué mundo pensé que ellos aceptarían que me casara con alguien de fuera?

— ¿Y qué dijo mi madre? — pregunté —. ¿Qué te contó, Dom?

— Admitió que ofrecieron una suma irrechazable a Tália para acabar con el problema de una vez. Dijo que yo habría arruinado toda mi vida y que pensaron que era mejor que fuera así. — Entonces, explotó nuevamente —: ¿Qué carajo tienen en la cabeza, Dan? ¿Cómo joder mi vida y quitarme a mi hija puede ser la mejor forma? ¡Podría haberla criado sola! ¡Dios mío!

— Cálmate, Dom... Cálmate — intenté, pero estaba completamente perdido, sin saber qué palabras elegir. ¿Qué mierda se dice en un momento así, carajo? — Y si... Tal vez ella... ¿Cómo estás seguro de que Tália interrumpió el embarazo? Talvez nuestros padres...

— Contraté varios detectives en los años que siguieron. Consideré la posibilidad de que ella hubiera mentido y se hubiera ido, pero no. Realmente no continuó con el embarazo. Tengo fotos de ella sin barriga unos meses después y todos los documentos de entrada a la clínica. No hay ningún niño perdido, Dan. Ella vive muy bien en Europa, está casada y tiene dos hijos pequeños con otro idiota rico.

Me quedé en silencio, viendo a mi hermano mirar al vacío, completamente apático.

— Si no le hubieran dado el dinero, Dan, ella no tendría elección... Tália no quería continuar con el embarazo, pero solo le importaba el dinero. Esa hija de puta probablemente me pediría una suma absurda y dejaría a la niña conmigo.

Ahora podía entender todo el distanciamiento inicial de mi hermano con mi hija. Al principio, Domenico parecía reacio a la cercanía, a las cosas que la rodeaban. Hasta que la conoció y hubo una conexión instantánea. Dom estaba loco por Giovanna, era otra persona con ella y constantemente mostraba afecto, algo que no hacía. Además, me mandaba mensajes preguntando cómo estaba, enviaba enlaces de cosas que debía comprar y me llenaba de mensajes pidiendo fotos.

Fue una buena sorpresa, porque nunca había visto a mi hermano siendo afectuoso con un niño antes y ahora entendía el motivo. La relación con Gio probablemente había despertado algunos desencadenantes en él y también recuerdos del pasado.

Esa historia era tan absurda y no podía creer que Domenico hubiera pasado por todo sin que yo lo supiera. ¿Cómo estuve tan ajeno a eso? ¿Cómo logró mentirme actuando como si fuera solo una ruptura de pareja?

No vi las marcas. Y la verdad es que siempre estuvieron allí. Todo su cuidado conmigo, que se volvió aún más exacerbado, la aversión a las relaciones, el hecho de que se había vuelto más malhumorado y cerrado.

Un noviazgo de adolescencia "tonto" no podía dejar toda esa carga de traumas. Y eso era todo lo que imaginé que era; fue lo que pensé toda mi vida.

Avisé que iba al baño y en el camino agarré mi celular que estaba en la mesa. Había unas treinta llamadas de mi madre y en las notificaciones, algunos mensajes de Manuela.

María Manuela:Tu madre me está llamando.

María Manuela: ¿Cómo estás?

María Manuela: Avísame cuando puedas, ¿vale?

Dante: No dice dónde estoy.

Dante: ¿Gio ya ha comido?

María Manuela: Ahora estás viendo Galinha

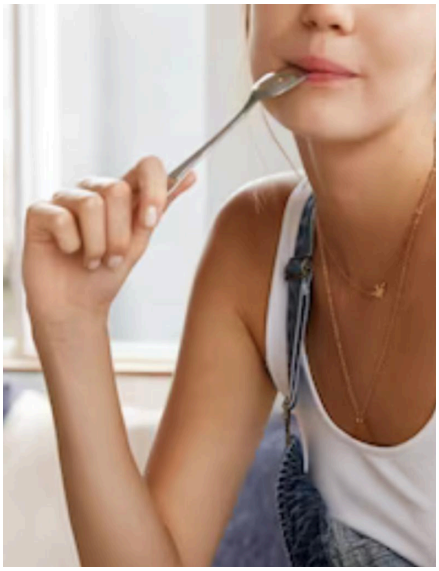
Pintadinha.[IL7]

Dante: Las "drogas duras" para los bebés.

Dante: kkkkkkkkkkkkkkk

María Manuela: Y yo tengo el mío.

María Manuela:



Dante: Esta es mi respuesta



María Manuela: ¿Desde cuándo utilizas pegatinas?

Dante: Desde siempre.

María Manuela: ¿Y por qué nunca me lo enviaste?

Dante: Yo tenía una reputación que mantener, María Manuela.

María Manuela: ¿Y ahora ya no hay más?

Dante: Estamos saliendo, eso es todo. Ahora sabrás lo peor de mí.

Dante:[IL8]



María Manuela: kkkkkkkkkkkkk

María Manuela: Estúpido.

Volví a la sala y Domenico continuaba en la misma posición, sosteniendo el vaso de whisky vacío y mirando la pared. Intenté convencerlo de que viniera a casa conmigo, pero dijo que no quería, que probablemente se quedaría allí.

Durante el resto de la noche, hablamos, él lloró un poco más y se desahogó sobre todo lo que había sucedido, dando más detalles de esa situación. Mi corazón se apretaba cada vez más mientras Dom contaba sobre los planes que tenía para la bebé.

Sintió que todo le fue arrebatado de las manos. Y dolía. Dolía un montón verlo así. Aunque no "conociera" esta versión de mi hermano, era fácil de entender, porque yo también había cambiado por mi hija. Todo dentro de mí se transformó en el instante en que descubrí que ella existía.

Domenico estaba enamorado, considerando comenzar una vida con la mujer que amaba, que pensaba que sentía lo mismo. Y Tália no solo lo planeó, sino que utilizó eso para conseguir lo que quería. Carajo, eso era muy jodido.

Estaba destrozado, ni siquiera podía imaginar lo que mi hermano estaba pasando. Esa sensación de traición y de ver lo que

su vida podría haber sido corriendo frente a ti mismo. Podía relacionarme con eso, aunque hoy pudiera entender los motivos de Manuela.

Creo que, incluso sabiendo todo, ese sentimiento nunca se iría. Siempre me preguntaría cómo habría sido mi vida si hubiera sabido todo desde el primer día.

Es el tipo de cosa que no nos abandona. Y podía ver eso en los ojos de Dom. Parte de él siempre sería jodida y rota.



Por favor dime que me amas
Deja de volverme loco
:: Honest I do - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Mi hermano decidió tomar mi jet e ir a nuestra casa en Orlando. Todo estaba en caos dentro de mi familia y pensé que sería mejor no hablar con mi madre en ese momento. Le pedí que se alejara y ella dijo que lo respetaría.

Manuela y yo estábamos bien y trabajando como dos burros. Había una especie de paz que me rodeaba cada vez que estábamos juntos. Y carajo, ahora mi programa favorito era quedarme en casa. Jugando con Giovanna, viendo televisión con ella y burlándome de todas las horribles decoraciones que a Manuela le gustaban.

Nuestro tiempo libre se convirtió en todo para mí.

Visitamos algunos parques.

Llené nuestro congelador de helados.

Fuimos a la playa y construimos varios castillos de arena con Gio.

Ella conoció mi jet, pero se negó a ir a cenar en São Paulo y pasó toda la noche "dando una cátedra" sobre la huella de carbono.

Tuvimos sexo en todos los rincones de la casa.

(Después de que instalé un aislamiento acústico en todas las habitaciones).

Intenté enseñarle algunos platos y ella los arruinó todos.

(De más maneras de las que imaginaba que era posible).

Visitamos algunas guarderías.

Ella compró una planta nueva y me hizo cargarla durante dos kilómetros.

Y llegué a la conclusión de que nunca había sido realmente completo antes de ellas. Me di cuenta de que la mujer que "nunca elegiría para ser la madre de mis hijos" era la única posible. Y estaba completamente enamorado de ella.

— Ya sé lo que le voy a regalar a Guilherme — anuncié.

— ¿Qué?

— Un baño de tienda.

Manuela casi se atraganta con el agua que estaba bebiendo.

— Claro, él aceptará eso — dijo, con ironía, acabando con las risas.

— Para eso, María Manuela, engañamos a las personas. Voy a pedirle que me acompañe al CT del Fluminense.

— ¿Cuál es tu problema con querer vestir a la gente? Primero a Giovanna, rehiciste todo su guardarropa... Ahora a mi mejor amigo. Me pregunto cuándo será... — Ella entrecerró los ojos en mi dirección, desconfiada —. No estás planeando hacer nada de ese tipo conmigo, ¿verdad?

— No, a pesar de que eres muy cursi eligiendo artículos de decoración, en realidad no te vistes tan mal.

— ¿Qué tan mal? — Soltó un grito y puso las manos en la cintura.

Me reí a carcajadas, atrayéndola hacía un abrazo.

— Tienes unas cinco camisetas de los Beatles — recordé —. Eso nunca será vestirse bien.

— Porque los *Beatles* son la banda más marav... — la callé besando su boca, amando ver todo su cuerpo derretirse en mis

brazos.

— Te ves linda incluso con esas camisetas horribles de esa banda mediocre, pero si usaras la mía de los *Stones*... — dije en un tono sugestivo en su oído, viendo cómo toda su piel se erizaba.

— En tus sueños, Dante.



Maria Manuela Guerra

Dante me había pedido que le contara a Adriano que estábamos saliendo, y estaba esperando un momento adecuado para dar la noticia. Y cuando apareció en el apartamento, pensé que sería el ideal.

— ¡Hola, Adri! — Me abrazó, me dio un beso en la cara y entró —. ¿Pasó algo?

— Ah, discutí con tu primo y quise salir un poco de la pensión. ¿Me ayudas a pensar en algo para comprarle a Guilherme?

— ¿Qué pasó?

— Tonterías, solo estoy cansado de las bromas de Antonio. En fin, ¿dónde está Dante? — preguntó, revisando la cocina antes de sentarse en el sofá.

— Fue a la panadería.

— Perfecto mi *timing* — dijo con desdén —. La casa parece realmente más ligera.

— Adriano...

Giovanna vino caminando un poco torpe en su dirección, mostrando su capibara, y él le acarició la cabeza, levantándose en brazos.

— ¿Y qué hay, niñita? ¿Estás caminando bastante? — preguntó, y mi hija asintió, balbuceando algunas palabras al azar, tratando de conversar con él —. No entiendo nada de lo que dice, Manu.

— Está bien... Está caminando mucho, ¿verdad, princesita? ¿Viste el video que envié en el grupo?

— Ya lo vi... Entonces, ¿qué le compraste?

— Compré una caja de edición especial de "*El Señor de los Anillos*"[26] — ayer, riendo.

— Tío, Guilherme es muy difícil de regalar. Y para ser sincero, no tengo ganas de pensar en nada porque estoy irritado. Mi deseo es darle un puñetazo desde que arruinó nuestra noche de juegos — murmuró.

— *Te* estás comportando como un niño, Adriano — repliqué sin paciencia —. No arruinó nada.

— Y tú te pareces a tu madre, dándome sermones — gruñó.

— Vas a tener dos trabajos, estar enfadado y dejar de estarlo. Ellos son amigos ahora, Adriano.

— ¡Eso es ridículo!

— Tú estás siendo ridículo. Deberías aprender a lidiar con él. Dante es el padre de Gio, siempre va a estar cerca ahora, porque yo...

— No — me interrumpió, cortando el aire con una de las manos —. No voy a aprender a lidiar con ese idiota. Y tú tampoco deberías, Manuela. ¿Te olvidaste de lo que te hizo? ¿De lo que los Perazzo le hicieron a mi familia? Me sorprende cómo todos han borrado eso de la cabeza. ¡Incluso mi hermana!

Abrí la boca para intentar discutir. Quizás no era el mejor momento para contarlo, pero ¿cuándo lo sería? Sabía que le dolería, ¿fue egoísta de mi parte quitarme la curita y decirlo de inmediato?

— Basta, no quiero hablar más de ese tipo, ya estoy irritado. ¿Puedes ayudarme a hacer una lista?

— Puedo, sin problemas — afirmó en voz baja, tomando un trozo de papel.

— ¿Ah, te dije que Carol está pensando en volver?

Fue imposible no contener mi sorpresa. La hermana menor de Adriano y Julia había vivido durante años en Estados Unidos y no había regresado a Brasil desde que los Lacerda fueron expulsados del Círculo de Oro.

Hablamos un poco más sobre eso y luego listamos algunas ideas de regalos. En algún momento, Gio comenzó a intentar dibujar en su mano con el bolígrafo y me alegré al ver que mi amigo estaba jugando con ella.

— ¿Qué haces aquí, Adriano? — preguntó Dante cuando entró en la sala, la irritación presente en todas sus facciones.

Comprimió los labios, porque él estaba enfadado, pero seguía sosteniendo una de mis *ecobags*, la rosa llena de corazoncitos.

— Hablando con Manu, por si no lo has notado. Lo que dudo, porque interrumpes todas las veces — respondió, áspero.

— Pensé que te habían dado una educación un poco mejor... ¿O el ser expulsado del C.O. hizo que olvidaras las clases de etiqueta? ¿Te apareces en casa ajena sin ser invitado? — preguntó en un tono irónico.

— ¡Dante! — Fruncí el ceño, irritada, y él cruzó los brazos.

— Esta casa no es tuya, es de ella — replicó Adriano, subiendo el tono y soltando una risa burlona —. Y no necesito invitación.

— También es mi casa ahora. Yo vivo aquí. CON ELLA — enfatizó —. ¿O te olvidaste de eso? — Avanzó algunos pasos.

Mi hija tenía los ojitos muy abiertos, mirando de uno a otro, curiosa.

— ¡Basta ya, ustedes dos! — Di un alto —. No van a pelearse delante de Giovanna.

— Voy a bañar a mi hija — anunció, acercándose a Adriano y casi arrancando a Gio de sus brazos.

Él me lanzó una mirada furiosa mientras pasaba por mi lado y desapareció en el pasillo. ¡Ah, genial! ¡Ahora estaba enfadado conmigo!

— Lo siento — pedí, incómoda.

— No veo la hora de que se mude — dijo, irritado, y tragué saliva.

No quería ni imaginar su reacción cuando se enterara de nosotros. Porque, al parecer, Dante no tenía intención de mudarse. Y si Adriano estaba trastornado por una amistad con Guilherme, ¿cómo estaría cuando supiera que estábamos saliendo? ¡Qué mierda! ¡Hace unos días me preguntaba si veía un futuro para nosotros!

¡La puta que parió, Adriano estaría devastado!

— Manu, me voy — anunció.

Se levantó, caminó hacia la puerta y me dio un abrazo, agradeciendo por mi ayuda.

Tomé la bolsa que Dante había dejado sobre la mesa y decidí guardar las compras en la cocina. Toda esa situación era pésima y no sabía la mejor forma de manejarlo.

— No debí haberle hablado así — comencé a decir cuando apareció con Giovanna en brazos.

No me respondió. Empecé a poner la cena de nuestra hija en un plato y continué:

— Adriano es mi amigo, Dante. Él y Guilherme pueden venir aquí cuando quieran, no puedes simplemente dar a entender que no es bienvenido aquí.

— No vamos a pelear delante de ella — advirtió, serio, y la puso en la sillita.

— ¿Vamos a pelear? — Levanté una ceja.

— Preveo que sí — respondió sin mirarme.

Le pasé el plato a Giovanna, pero él rápidamente lo quitó antes de que ella comenzara su habitual desastre con las manos.

— Déjala comer sola, Dante.

— De ninguna manera. Acabo de bañar a ella, se va a ensuciar — dijo, sentándose frente a ella y levantando la cuchara para darle comida.

— Por eso ella se baña después y no antes. Lo sabes.

— ¿Qué quieres que haga? ¿Un té para tu ex novio y que me quede charlando con ustedes? — indagó en un tono sarcástico y rodé los ojos —. No, gracias. Preferí adelantar el baño.

— Quedamos en que no cambiaríamos su rutina.

— Quedamos en que tú le contarías a Adriano sobre nosotros — replicó, seco, levantando los ojos en mi dirección y deteniéndose con la cuchara en medio del camino —. No me parece que él supiera eso.

Gio, que intentaba alcanzar el tenedor con la boca, refunfuñó frustrada y dijo "papá", llamando su atención.

— Lo siento, bebé — pidió, dándole una cucharada.

— Intenté decirlo, pero estaba muy irritado con Gui y pensé que sería mejor en otro momento.

— Bueno, ahora estoy irritado.

— Dante, por favor... No quiero que estés molesto conmigo, solo que no encontré la oportunidad aún. Todo es un poco complicado, ese día, en la noche de juegos — comencé, un poco incómoda —, él me estaba pidiendo que les diera una oportunidad a nosotros dos y...

— ¿Él qué? — indagó, volviéndose hacia mí.

— Hace un tiempo que intenta hablar de esto conmigo — admití —. Yo lo cortó todas las veces y ya le dije que no va a pasar, pero Adriano es insistente.

— María Manuela, cuéntale.

— Voy a hacerlo, solo estoy tratando de encontrar la mejor forma, no quiero que se sienta mal.

— ¡Que se joda él, por favor!

— "*Fofase*" — repitió Gio y llevé la mano a la boca.

— ¡No, Gio, no puedes decir eso! — reprimí y ella empezó a reír y a repetirlo varias veces, aplaudiendo, emocionada.

Maldición, necesitábamos controlar la cantidad de groserías que decíamos cerca de ella. ¡Era muy difícil!

— Hija, no puedes — dijo Dante en un tono firme y luego se volvió hacia mí, irritado —. ¿Ves? Te dije que no habláramos de esto enfrente de ella.

— ¿Fuiste tú quien maldijo y ahora me estás culpando? — Puse las manos en la cintura, perpleja.

— Estoy maldiciendo porque estoy irritado, María Manuela — dijo nuevamente en un tono más áspero, mirándome.

— "*Maía Nuela*" — Gio repitió otra vez, entretenida, mostrando sus dientes y señalándome.

— ¡Ah, genial! — Dante contuvo la risa y lo miré con odio, apuntándole con el dedo —. ¿Ves eso? Si mi hija me sigue llamando así, vas a tener grandes problemas, Dante.

Salí de la cocina pisando fuerte y cerré la puerta de la habitación, decidida a adelantar los informes de la semana. Después de unas horas, Dante llamó a la puerta y le dije que entrara, aún sin muchas ganas. Él sostenía un plato con un sándwich en la mano, pero todavía parecía irritado.

— ¿Estás tratando de comprarme comida?

— Solo evito que pases hambre, sigo molesto con toda esta historia. — Hizo un gesto de salir.

— ¡Dante! — llamé y él se dio la vuelta sin paciencia —. Necesitamos hablar.

— ¿Qué quieres, María Manuela? — Me levanté y fui hacia él —. No tengo la culpa de que ella repitiera, pedí que no discutiéramos enfrente de ella. Además, es nuestra hija, va a acabar diciendo palabrotas, hablamos mucho.

— Tú hablas mucho más que yo.

— Sí, lo sé, joder. — Soltó el aire, frustrado —. He estado intentando controlarme cerca de ella.

— Lo sé, yo también... Ahora dime, ¿estás buscando motivos para pelear conmigo por una maldita reconciliación? — bromeé, deslizando los dedos por su pecho y él respiró hondo.

— No, estoy realmente irritado con todo esto — afirmó, aún sin moverse y yo me puse de puntillas y tiré de su nuca hacia mí.

— ¿Sigues irritado? — Deslicé la lengua lentamente por su cuello.

— Sí. — Dante pareció titubear.

— ¿Aún? — Tiré de su labio inferior con los dientes y pasé la mano por su entrepierna, por encima de la ropa y él gimió.

En un impulso, me puso contra la pared, sujetó mi cuello y yo sonreí victoriosamente.

— Te odio cuando me dejas enfadado.

— Sí, lo sé... Pero dejarte enfadado tiene una buena consecuencia. Me follo aún mejor. ¿Quieres pelear conmigo, Dante? — Le di una palmada en la cara, mordiendo el labio inferior y él respiró hondo, con los ojos ardientes en los míos —. Entonces, hazlo mientras me estás follando.

Las palabras fueron dichas contra sus labios y él maldijo prácticamente dentro de mi boca, tomándola de una manera brusca que desquiciaba mi cordura.



Oye, oye, oye.
Eso es lo que digo
No puedo conseguir nada
No puedo conseguir nada
No puedo obtener ninguna satisfacción
:: (I Can't Get No) Satisfaction - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Pasaron unos tres días y sabía que Manuela no le había dicho absolutamente nada a Adriano, porque almorcé con Guilherme y estaba seguro de que él habría hecho algún comentario si ya estuviera al tanto de la situación.

Nadie sabía sobre nuestra relación porque ella no quería que el idiota de su exnovio lo descubriera por sus amigos o su familia. Eso era algo que, en momentos como ese, odiaba de ella. Manuela se preocupaba demasiado por las personas, poniéndolas por encima de sus deseos y de sí misma.

Toda la situación me sacaba de quicio porque sabía que era cuestión de tiempo para que ese idiota forzara algo. Siempre

encontraba la manera de tocar sus manos, de tocar alguna parte de su cuerpo.

Que Adriano era patético, ya lo sabía. Seguiría humillándose incluso si Manuela le decía que no. Y para ser sincero, creo que ni siquiera cuando ella lo contara, el hijo de puta respetaría nuestra relación.

Aun así, quería que él lo supiera. Era lo correcto, ¡joder!

Manuela tuvo que quedarse un poco más en el escritorio para un cierre y me pidió que llevara a Guilherme a la pensión. Su auto estaba en el taller y pasé todo el camino tratando de convencerlo de que cambiara esa mierda.

Aún estábamos discutiendo cuando entramos por la puerta y escuché el llanto estridente de mi hija y la voz de ese maldito idiota en un tono muy rígido.

— ¡Giovanna, ya basta! ¡Deja de actuar como una niña consentida! — gritó. —¡Devuelve el muñeco de Lucca! ¡Ahora!

— ¿Pero qué demonios? — crucé el cuarto, alterado. — ¿Quién te dio el derecho de gritarle? ¿Estás loco, carajo? — casi grité, con ganas de lanzarme sobre él, pero sentí la mano de Guilherme sujetar mi brazo.

— ¿Qué está pasando aquí? — La madre de Manuela llegó, sin aliento.

— Lucca estaba llorando y Giovanna no quería devolver el muñeco y seguía diciendo que era de ella — justificó, claramente irritado.

— No vas a gritarle, Adriano. Ella no es tu hija — vocifiqué, acercándome a él y levantando a la niña en brazos.

Mi bebé me miró triste, sus ojos estaban húmedos y sus labios formaban un puchero.

— *Papá*. — Me abrazó y acaricié su cabeza, dándole un beso en la mejilla.

— Está bien, mi amor. Papá está aquí, no llores... — dije suavemente, apoyando su cabecita en mi pecho.

— Dame a ella, Dante — pidió Mónica, dándose cuenta de que estábamos exaltados. Sostenía a Lucca en uno de sus brazos y se

volvió hacia la niña —. ¡Ven con la abuela, Gio! ¿Vamos a recoger una florecita para tu papá en el jardín?

Giovanna limpió sus ojitos y suspiró dramáticamente, lanzándose al regazo de la madre de Manuela.

— *¡Ya vuelvo, papá!* — avisó y sonreí al ver que me estaba avisando que regresaría, imitando lo que yo había hecho esa mañana cuando la dejé sola en la sillita para ir a buscar su capibara.

— ¡Estaba fuera de control! — Adriano intentó justificarse tan pronto como los tres salieron de la habitación.

— ¿Y pensaste que estaba bien gritarle de esa manera, idiota? — repliqué, sintiendo mi sangre hervir —. ¿Cuál es tu problema?

— Esa niña necesita educación.

— Adriano, Giovanna está pasando por una etapa totalmente normal... — comenzó Guilherme, pero lo interrumpí.

Era difícil controlar todo el odio que sentía. Todo a mi alrededor parecía turbio y estaba ciego. No admitiría que ese idiota levantara la voz a mi hija, y mucho menos que intentara decirle lo que era correcto o incorrecto.

Fue como si una avalancha de ira me invadiera, rompiendo dentro de mí como olas que rompían ininterrumpidamente, envuelto en una necesidad de protección surrealista. Nadie le hablaría así a mi hija, jamás permitiría que alguien la tratara de esa manera.

Me acerqué a él, inflando el pecho, intentando mantener una postura intimidante. Sujeté la solapa de su traje y acerqué mi rostro al suyo para mirar profundamente en sus ojos. Mi respiración estaba descompasada y la sangre corría desenfrenadamente por mis venas.

— ¡No eres su padre, joder! — grité y luego entrecerró los ojos, manteniendo mi voz cargada de intensidad para que entendiera bien el mensaje —. Conoces mi apellido y sabes de lo que un Perazzo es capaz, ¿no? Entonces, escúchame bien: nunca más vas a gritarle a MI hija. Y mucho menos intentar disciplinarla de alguna manera. ¿Estás escuchando, Adriano?

— Sí, sé que, lamentablemente, Giovanna es una Perazzo. Es bastante evidente. Y va a crecer siendo la misma niña consentida que tú fuiste — replicó, riendo sarcásticamente.

— ¡Adriano, ya basta! — Guilherme sujetó mi puño cerrado, que estaba listo para darle un golpe en la cara a ese hijo de puta, y se metió entre nosotros dos.

— ¡Que te jodan, Adriano! — grité, intentando romper la barrera que Guilherme formaba con su cuerpo.

— ¡Que le jodan! — murmuró el idiota y salió de la sala, desapareciendo por las escaleras.

Me desprendí de los brazos de Guilherme y pasé la mano por mi rostro, sin creer en toda esa mierda.

— Dante, cálmate. Adriano no tiene mucha experiencia, no lo hizo con mala intención.

— ¡No importa, Guilherme! ¿Crees que estoy equivocado, joder? ¿Cómo reaccionarías si llegaras aquí y él estuviera gritando con tu hijo? — pregunté y él me miró, cansado.

— No, no estás equivocado. También pediría que no hiciera eso. — Y soltó el aire —. Solo que Adriano no tiene experiencia y creo que están tomándolo de forma personal.

— Está bien, Guilherme. ¡Que se joda! Nos vemos mañana — murmuré sin ninguna paciencia.

Tomé la mochila de mi hija y fui al jardín, hasta donde estaban. Ella estaba en la hierba y caminó hacia mí, trayendo una florecita.

— Qué linda, capibara. ¿Es para papá?

— Xim — afirmó, sonriendo y tratando de ponerla en mi oreja.

La ayudé y ella aplaudió, encantada de ver la flor en mi cabeza.

— ¿Vamos a enviar una foto a tu mamá y al tío Dom? — pregunté y giré la cámara del celular hacia nosotros dos.

Me reí de mí mismo, vestido de traje, con una margarita en la oreja, ya imaginando a mi hermano pidiéndole a Yuri que hiciera un *sticker* para enviar al grupo de nuestros amigos.

Tomamos diversas fotos. Sonriendo, sacando la lengua y haciendo pucheros y luego, ella me abrazó, llenándome de besos.

Qué rabia, ¿cómo podía una niña ser tan adorable, joder?

— ¿Vamos a casa, Gigi? Mónica, gracias por quedarte con ella...

— Dante, lo siento mucho — me interrumpió la madre de Manuela, triste —. Solo pedí que Adriano cuidara de los niños por unos minutos. Parece tener poca paciencia estos últimos días, incluso conmigo.

— Mónica, Manuela y yo te agradecemos mucho por cuidar de Giovanna todo el día y sé cuánto es agotador. Estoy muy agradecido por que usted haga eso, pero no voy a permitir que nadie le grite a mi hija. Principalmente, porque somos conscientes de la etapa por la que está pasando y estamos tratando de manejarlo lo mejor posible, como los profesionales indicaron — comuniqué y ella asintió con la cabeza.

— Sí, lo sé. He conversado mucho con Manu sobre esto y siempre trato de hacer como ustedes indicaron. Casi no he tenido problemas entre los niños, se puede ver que ella ha mejorado bastante.

— Sí, está mucho mejor, pero no se puede permitir que alguien empiece a gritar de esa forma y arruine todo lo que estamos haciendo — expliqué y ella estuvo de acuerdo.

— Con toda razón. Lo siento. Hablaré con Adriano más tarde.

— Sé que él es como un hijo para ti, Mónica — dije, serio —. Manuela ya lo ha dejado claro muchas veces, pero yo soy el padre de Giovanna y Adriano no tiene ninguna voz dentro de *mi familia.*

Ella asintió, pareciendo avergonzada. Era evidente que Mónica realmente trataba al idiota de Adriano como a un hijo.

Me despedí, coloqué a Giovanna en la sillita y nos fuimos a casa. Manuela aún no estaba allí cuando llegamos y yo me senté en el sofá con la bebé en mi regazo, viendo televisión.

Mi cuerpo aún temblaba de rabia por ese maldito creyendo que tenía alguna autoridad sobre mi hija. Solo quería ver lo que Manuela diría para defender su actitud, porque no dudaba que ese fuera el desenlace. Al fin y al cabo, ¡parecía que Adriano era una maldita cristal inquebrantable!

¡Hijo de puta del carajo!

Ella llegó alrededor de una hora después y se lanzó al sofá casi sobre nosotros dos. Llenó a Gio de besos mientras ella hacía lo mismo, tratando de conversar sobre la florecita que me había dado.

Luego se sentó en el suelo, cerca del sofá, y seguía pidiendo que Giovanna caminara de mí hacia ella. Sus pasitos eran más seguros ahora y cuando caía, se apoyaba en el suelo y se ponía de pie nuevamente.

Era posible sentir mi corazón derretirse cuando alcanzaba los brazos de Manuela y sus ojos buscaban los míos, sonriendo, satisfecha, queriendo saber si había visto lo que había hecho y esperando mi celebración.

Cenamos juntos y aquella que era la mejor parte de mi día estaba opacada por toda la rabia que aún sentía. Manuela dijo que iría a darse un baño y Giovanna se durmió en mi regazo mientras yo leía un libro.

— Voy a llevarla al cuarto — avisó, sacando a la niña de mis brazos y llevándola a la cuna.

Regresó unos minutos después y se sentó en mi regazo, dándome un beso prolongado. Luego, se alejó un poco, mirándome con desconfianza.

— ¿Por qué estás un poco ausente hoy?

— Quiero hablar contigo — avisé, serio.

— ¿Qué pasó?

Ella salió de encima de mí y se sentó a mi lado. Sus cejas se fruncieron, la preocupación surgiendo en su rostro.

— Cuando fui a buscar a Giovanna, llegué a la pensión y el idiota de Adriano estaba gritando con ella.

Manuela parpadeó, como si no pudiera creerlo. Luego, su expresión se cerró y frunció el ceño.

— ¿Gritando? ¿Gritando qué?

— Llamando a Giovanna consentida, diciéndole que devolviera inmediatamente el juguete de Lucca. Gritando "ya basta". No voy a tolerar esa mierda, Manuela. Me importa muy poco si él es tu amigo o no, si tu madre lo considera un hijo o lo que sea. Soy el padre de ella y ese tipo no tiene derecho a disciplinar a nuestra hija, y mucho menos a gritos — avisé.

— No, obvio que no lo tiene — afirmó ella y yo abrí un poco la boca, algo sorprendido —. ¿Se lo dijiste?

— Sí, y él respondió que Giovanna necesitaba educación. ¡Como si nosotros no se la diéramos!

Manuela soltó un grito de incredulidad y se levantó, poniendo las dos manos en la cintura. Comenzó a buscar algo en su bolso y sacó el celular.

— Manuela... — la llamé, pero ella hizo un gesto para que esperara, poniendo el aparato en su oído.

— Cortó — comenzó a murmurar, apretando la pantalla con fuerza e intentando llamar de nuevo —. ¡Era lo único que me faltaba! ¿Quién se cree para decir que no le damos educación?

— No lo sé, pero, sinceramente... No sé si quiero que Giovanna siga yendo allí.

Ella detuvo lo que estaba haciendo y volvió a sentarse a mi lado. Tomó una respiración lenta y miró el aparato en sus manos.

— Dante, mi madre siempre ha seguido nuestras recomendaciones. Hace todo por Gio y Lucca, y creo que esta relación entre ellos es tan importante antes de que comiencen en la guardería — comenzó a señalar —. Sabes que, de hecho, esto ha sido fundamental en toda esta cuestión de compartir.

— Sé de eso, Manuela, pero no me siento cómodo sabiendo que el hijo de puta de Adriano vive allí y puede gritarle de nuevo — expliqué, intentando no exaltarse, porque cada vez que recordaba la escena, mi sangre estaba burbujeando.

— Voy a hablar con él, Dante. No debió haber dicho eso.

— No sé si confío mucho en esa frase tuya — repliqué, seco.

— Dante, Giovanna está por encima de cualquier cosa. *Ella* es mi prioridad. Si quieres, puedo ir ahora a la pensión a hablar con él... — Manuela hizo ademán de levantarse, pero yo sostuve su cintura y la senté en mi regazo.

— No quiero que vayas ahora. — La miré a los ojos y le quité el celular de las manos —. Solo no sé si quiero que nuestra hija esté allí.

— Dante, decidimos las cosas juntos ahora y necesitamos llegar a un consenso. Sé que estás enojado porque viste a Adriano gritando con Giovanna. Y créeme, estoy furiosa con eso, pero es bueno para nuestra hija pasar el día allí.

Manuela se acomodó, comenzando su defensa y tuve un destello del pasado, de cuando se preparaba para soltar una infinidad de argumentos en nuestros debates.

— Ella está allí con mi madre, no con un desconocido. ¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar a una persona de confianza? Y nunca tendrá el vínculo que tiene con su propia abuela. Además, en la pensión Gio socializa con Lucca. Sabes, es demasiado importante para que se convierta en una adulta con buenas relaciones interpersonales, para que comparta experiencias con Lucca, entre miles de otras cosas.

La forma en que las palabras se deslizaban de su boca, incluso con su habitual manera convencida de dar explicaciones fundamentadas para cualquier mínimo detalle, hacía que algo se encendiera dentro de mí. El Dante del pasado se habría sorprendido con lo que nos habíamos convertido.

Estaba emocionado por la chica que pensaba que era la persona más pesada que había nacido en el mundo.

— Siempre tienes una respuesta para todo, ¿no? — pregunté en un tono divertido, recordando que había hecho la misma pregunta cuando pasamos nuestra primera noche juntos.

Mi mano se deslizó por sus cabellos y sostuve su nuca, mirándola a los ojos, sintiendo su respiración suave contra mi piel. Ella se sonrojó, abriendo una sonrisa capaz de extinguir todo mi oxígeno.

María Manuela era hermosa, cada centímetro de piel.

— Sabes que la tengo.

— Y cuando no la tienes, aparentemente me distraes con sexo.

— Sigue siendo una respuesta, pero de mi cuerpo — dijo, riendo, con una de las manos sosteniendo mi rostro y besándome.

Me perdí en ese beso, dentro de mi propio mundo interior. Esa mujer ahora era capaz de transformar los momentos más tensos en algo insignificante. Toda mi rabia se fue, dando lugar al huracán de emociones que solo ella podía provocarme.

Sí, no tenía control alguno cerca de ella.

María Manuela era el camino hacia mi infierno personal y no me importaba en lo más mínimo. Todo lo que quería era arder.

Cuerpo, alma y todo lo demás.



Las palabras fluyen como una lluvia interminable en un vaso de papel.
Se deslizan mientras pasan por el universo.
:: Across The Universe – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

— ¿Dónde se metió Dante con Guilherme? — preguntó Julia disimuladamente mientras sonreía a uno de los abogados que trabaja con nosotros y que había llegado demasiado temprano a la fiesta.

— Dijo que después del partido se bañaron en el apartamento y vendrían directo para acá.

— ¡Inventar ir al partido hoy! ¡El día de la maldita celebración...! — murmuró mi amiga.

Pasé la mirada por el lugar, observando toda la decoración que habíamos hecho. Las mesas de madera estaban esparcidas por el jardín con pequeños arreglos de flores delicadas. Las luces colgadas en los árboles daban un toque acogedor, creando una atmósfera mágica a medida que caía la noche.

Me encantaban los eventos al aire libre, con luces decorando el ambiente. Eso me recordaba a mi infancia, las fiestas que mi padre siempre organizaba en nuestro jardín cuando estaba vivo.

Giovanna y Lucca jugaban en el césped, al lado de una de las mesas donde estaba mi madre, y conforme los invitados llegaban, pasaban junto a ellos, jugando.

Y entonces, unos segundos después, casi me atraganté con mi vaso de gin al ver a Dante y Guilherme entrando juntos al jardín. La mirada atónita de Julia era impagable. Guilherme parecía otra persona, con un corte de cabello muy moderno y ropa más elegante, como la que Dante solía usar.

— ¿Qué le hizo a Gui y por qué no lo hizo antes? — Julia lo miraba de arriba a abajo mordiendo su labio inferior.

Dante era el hombre más guapo del lugar y literalmente todas las miradas se desviaban hacia él, pero eso no era ninguna novedad. Aun así, esa habitual llama se extendió por mi cuerpo, haciendo que mis dedos hormigueaban y las mariposas forman un torbellino en mi estómago.

— Justo lo que me faltaba... — murmuró Adriano.

— Antonio, tal vez deberías pasar un poco más de tiempo con Dante — bromeó Julia.

— Es un peligro, Ju. Todos los que se acercan a ese macho se pierden en esos ojos verdosos. Ten cuidado, ¿eh? No vaya a ser que Gui aparezca embarazado por ahí, ya basta con Manu. Solo se necesitaron unos minutos atrapada en un cuarto con él — se burló.

Nos reímos a carcajadas y le di un codazo en su costilla cuando me di cuenta de que mi madre y Doña Rita me estaban mirando, curiosas. Chismosas del infierno.

Lo primero que hizo Dante fue ir hacia Giovanna y levantarla en brazos, lanzándola hacia arriba y llenándola de besos. Gui vino en nuestra dirección, saludando uno por uno, recibiendo felicitaciones de cumpleaños y poco después, Dante se unió a nuestro grupo, hablando también con todas las personas. Excepto por Adriano, a quien simplemente pasó por alto, fingiendo que éramos una pilastra.

— Felicidades, amigo — le dije, abrazando fuertemente a Gui —. ¿Cómo fue ser engañado por la serpiente?

Dante sonrió con complicidad y sus ojos parecieron achicarse. Necesité tomar aire y mantenerme equilibrada, porque mis piernas se volvieron de goma en ese instante.

Cuando sonreía de esa forma... Dante era como un sol, iluminando cada parte nebulosa de mi propio cuerpo, haciendo que mi sangre fluyera mejor y mi corazón latiera más rápido.

¡Que le den a la vitamina D!

Cualquier escenario podía transformarse con la presencia de ese hombre que emitía tanta luz propia que me impedía razonar. Y la forma en que me miraba. Ah, la forma en que su mirada se clavaba en la mía hacía que todo el mundo a nuestro alrededor se redujera a un grano de arena.

Si John Lennon[27] se materializa frente a mí, no me importaría en lo más mínimo.

— Me dijo que había conseguido entrada para el partido, pero que necesitaba pasar por el centro comercial para comprar una camiseta del Fluzão. Cuando llegamos allí, este idiota avisó que solo iríamos si yo le dejaba darme un baño de tienda.

— Yo hago caridad de vez en cuando — comentó Dante, lleno de desdén, y Adriano puso los ojos en blanco —. Solo para los muy necesitados, por supuesto.

— No puedo creer que realmente lograste engañar a Gui — dijo Antonio —. Solías ser más astuto, amigo.

— Es muy fácil engañar a personas ingenuas.

— Soy super ingenuo, Dante. Puedes engañarme con tu tarjeta de crédito cuando quieras — bromeó, riendo.

— Definitivamente, eres el próximo.

— Me siento listo — dijo mi primo, fingiendo estar emocionado.

— No caigas en esa conversación, Antonio — alertó Gui.

— No jodas, Guilherme. Te enojaste, murmurando, pero en el momento en que te pusiste ese blazer italiano, te quedaste calladito — dijo Dante, riendo y tomando un sorbo de mi vaso de gin, totalmente distraído.

Abrí un poco los ojos y contuve la respiración.

Fue un movimiento natural. Como si se hubiera olvidado de que las personas a nuestro alrededor no supieran que teníamos esa intimidad. Hacía eso todo el tiempo en casa, tomando mi taza para beber mi café o algo similar.

El problema fue que todos parecieron notar, porque un silencio se instauró en el lugar. Y, por supuesto, mi mejor amiga me lanzó una larga mirada llena de insinuaciones.

— "¿Crees que a Ju le va a gustar?" — imitó Dante, riendo.

— Vaya, me sentía como la propia Julia Roberts en "Mujer Bonita" — Gui movió la cabeza, riendo.

— Necesito ir al baño — avisó.

— Ah, voy contigo, necesito mostrarte un... Eh... — No se me ocurría nada. — Un mono.

Frunció el ceño, riendo, sin entender.

— Un... Ah, un video de un mono que recibí — seguí divagando, dándome cuenta de que la gente me miraba como si estuviera loca. — Es sobre trabajo. Un mono se quedó atrapado en la sede de la ONG y necesitan ayuda legal — mentí.

Dios mío, era patética.

Lo tiré de un brazo, caminando a pasos rápidos, y en el momento en que se dio cuenta de que estábamos solos, me puso contra una pared y me besó perezosamente.

— Estás hermosa — dijo en voz baja, acariciando mis labios por mi cuello, haciendo que cerrara los ojos en un movimiento involuntario.

— Tú también...

— Y me encantaría rasgar ese vestido y comerme aquí mismo — susurró en mi oído.

— Tendremos grandes problemas con eso.

— Hay un gran problema aquí abajo también — avisó Dante, riendo con una risa grave que resonó en mis huesos mientras presionaba su pene contra mi muslo.

— Por el amor de Dios, aléjate de mí — supliqué, casi llorando.

Lo empujé y una sonrisa apareció en sus labios.

— Fuiste tú quien inventó un mono... — Hizo una mueca —. Joder, ¿un mono, María Manuela? ¿En serio?

— ¡Fue lo primero que se me ocurrió! — Encogí los hombros.

— ¿Piensas en monos cuando quieres escabullirte conmigo a escondidas? — preguntó con una sonrisa traviesa, pasando el pulgar por mi labio.

— No quería escabullirme contigo, idiota.

— Ajá, lo creo. — Me dio un beso rápido entre risas.

— ¿Qué demonios? — La voz incrédula de Adriano resonó en mis oídos.

Abrí los párpados para observar su rostro más rojo de lo que había visto en toda mi vida. La mirada de odio que le lanzaba a Dante era un bonus. Guilherme venía detrás, como si predeciera que algo malo iba a pasar.

En ciertos momentos, me preguntaba si mi mejor amigo era medio brujo.

— Adriano...

— Quítale las manos de encima — ordenó Adriano, caminando hacia nosotros y Dante se río, lleno de burla.

— Adriano, estamos juntos — expliqué, colocándome entre los dos.

Mi ex novio parpadeó y soltó una risa incrédula. Cuando se dio cuenta de que seguía seria, se volvió hacia Gui.

— ¿Sabías de esto, Guilherme Henrique?

— Lo supe antes, Dante me dijo cuando...

— ¡No me creo esta mierda! — gritó, subiendo las escaleras y Guilherme lo siguió.

— ¡Qué demonios! Ya vuelvo.

Estaba enojada conmigo misma. No debería haber postergado tanto para darle esa noticia. Debería haber previsto que algo así podría suceder.

Era tan difícil, sin embargo. Sabía cómo se sentía Adriano en relación a mí, porque hacía apenas unos días estábamos allí, parados en el jardín de la casa de Gui, con él preguntando sobre nuestro futuro, lo que cabe mencionar, yo dejé claro que no existía.

Entendía toda la confusión entre mi ex y mi actual novio, después de todo, fui parte de eso durante años. Todo el odio que Adriano sentía hacia los Perazzo no era algo irracional. Eran cercanos

cuando eran niños y fue como una puñalada por la espalda. Además, Dante no facilitó nada siendo un idiota durante la universidad.

Ambos teníamos un pasado. Lo amé mucho, él seguía siendo mi amigo, prácticamente una extensión de mi familia. Y a pesar de nuestras adversidades, nunca quise causar ningún sufrimiento. Mi intención era esperar un momento tranquilo para dar una noticia que sabía que lo dejaría triste.

Porque la verdad es que Adriano realmente esperaba que algún día estuviéramos juntos. Podía repetir mil veces lo contrario, él seguiría aferrándose a esa idea. Se olvidaba de que ya no éramos las mismas personas desde que nos enamoramos cuando éramos más jóvenes. Y esa fue la razón por la cual terminamos, en primer lugar.

Subí las escaleras detrás de ellos y en cuanto me acerqué a la puerta, escuché los gritos de Adriano.

— Eres realmente ridículo, Guilherme. Haciendo planes, permitiendo que él te compre ropitas. — Su tono era burlón. — Dios mío, ¿no ves lo patético que eres? ¡Estoy cansado de esta tontería! ¿Cómo puedes, de todas las personas, ser amigo de este hijo de puta?

— Adriano, ¡madura, joder! Somos adultos, ya no tenemos 18 años y no tengo paciencia para tu infantilidad — respondió, áspero.

— ¿Infantilidad? Este idiota ha arruinado nuestras vidas durante años, su familia jodió la mía y ahora ¿simplemente crees que es la mejor compañía del mundo? — Era posible notar toda la indignación en cada una de sus palabras.

— Ha sido una mejor compañía que tú, que pasas buena parte del tiempo quejándote.

— Eres un idiota, Guilherme. Ve a la mierda. Dante es un baboso. Un baboso. ¡Mira todo lo que hizo conmigo, con mis hermanas, con mis padres!

— Adriano, ¡vete a la mierda! Ya no te preocupa lo que su familia hizo, te preocupa porque él está con Manu. ¡Despierta, joder! Tú y ella no van a volver, aprende a lidiar con esta mierda — gritó, irritado.

— Ella es tu mejor amiga y ¿estás de acuerdo con eso?

— ¡Él es el padre de la hija de ella, Adriano, joder!

— Gente... — Abrí la puerta.

— ¿Qué quieres, Manuela?

— Mira, sé que debería haberles contado antes, pero no podía encontrar el mejor momento — empecé a explicar.

— ¿Cómo pudiste hacer esto? Ya es absurda toda esta idea de que tengas un hijo con este imbécil y ahora estás con él. ¿Saliendo juntos o no sé qué más? — Me miró con desdén.

— Sí, estamos saliendo — afirmó, comenzando a sentir rabia —. No me importa su pasado, Dante no es la misma persona... Y él también es el padre de su hija, Adriano.

Me interrumpió con una risa de desdén.

— Deja de ser tonta. ¿De verdad crees que no es un baboso? Es el mismo idiota que conocimos en el pasado y ustedes dos no pueden ver eso. Se han dejado llevar por el cuento de redención del pobre multimillonario arrepentido que ahora quiere cuidar del medio ambiente. ¡Ah, vete a la mierda!

— Adriano, él es el padre de Giovanna y desde que...

— ¡Que amenazó con quitarte a tu hija, joder!

— Ambos dijimos muchas tonterías cuando todo esto comenzó, pero él no ha hecho nada más que ser un padre increíble para Giovanna.

— ¿Qué piensas, Manuela? ¿Que ustedes dos van a ser una gran familia feliz? — preguntó, las palabras llenas de burla. — Sabes muy bien de lo que son capaces los Perazzo. No te sorprendas si él convierte a tu hija contra ti cuando sea lo suficientemente grande como para entender las cosas. Eres una idiota si crees que en el fondo él pensaba en ti como la madre de sus hijos. Probablemente, te joderá hasta que encuentre algo mejor y...

— ¡Adriano! — lo llamó Guilherme en un tono firme. — ¡Basta ya, porra! ¿Estás loco, carajo?

— ¿Por qué estás haciendo esto? — indagué, triste, mirándolo a los ojos. — Pensé que te importaba, que querías que fuera feliz.

— Nunca vas a ser feliz con él, Manuela. ¡Despierta! No tiene carácter, nunca lo ha tenido. En la primera oportunidad que tenga,

te pisoteara, porque es Dante Perazzo y eso es lo que hace este imbécil.

— ¡Adriano, basta! No aguanto más esta mierda. Necesitas respetar tanto mis decisiones como las de Manuela.

— Él es una pésima influencia, para ustedes y también para su hija — continuó diciendo, las palabras escupidas con rabia de su boca.

Estaba tratando de controlar toda mi frustración. Mis ojos ardían del dolor de contener las lágrimas a cada frase que resonaba en la habitación, rebotando en mi corazón. La presión en mi pecho se intensificó, la discusión me hacía sentir cada vez más vulnerable.

Estaba cuestionando mi capacidad para tomar decisiones, mis mejores juicios. ¡Como si fuera una maldita idiota estúpida!

— Y sabes que tengo razón. Desde que llegó, Giovanna se ha vuelto cada vez más mimada, exactamente como una Perazzo...

— ¡Adriano! ¡Basta ya! — grité y él se estremeció. — No voy a aceptar que digas que el padre de mi hija es una mala influencia para ella. ¿Quién sería una buena? ¿Tú? ¿Que apenas podías estar cerca de ella porque no soportabas que se pareciera a Dante?

Solté una risa sin humor que dolió en mi alma, pero todo lo que quería hacer en ese momento era derrumbarme.

— ¡No tienes derecho a decir ninguna tontería! Dante también es mi familia ahora y me hace muy feliz. Que te importe un carajo lo que piensas, él realmente me hace bien. No voy a permitir que digas ese montón de tonterías y me llames idiota.

Adriano parecía aún más irritado con mis palabras y soltó un ruido de incredulidad.

— Además, no me gustó ni un poco saber que le gritaste a mi hija — continué hablando —. No autoricé que hicieras eso en ningún momento. Eres mi amigo, pero no decides sobre tu educación. Giovanna está pasando por muchos cambios, tanto por su edad como por el hecho de que su padre está entrando en su vida tardíamente. Dante y yo somos los padres y sabemos cómo educarla, así que no te metas y no hables más de que él es una influencia negativa.

Él se quedó mirándome en silencio durante un tiempo.

— No me voy a meter en la educación de tu hija, Manuela. Como bien dijiste, ella es TU hija, no mía, después de todo, dejaste tu dignidad en la basura y te acostaste borracha con Dante como si eso fuera aceptable.

Entonces, mi mano voló hacia su rostro con toda mi fuerza. El silencio que siguió era casi ensordecedor, lleno solo por el zumbido en mis oídos y el eco de aquella acción impulsiva.

Mis labios temblaban, mi pecho subía y bajaba sin parar, el torbellino de emociones dentro de mí amenazando con desbordarse. Mis músculos se tensaron, las venas pulsando en una mezcla de rabia y adrenalina.

— Vámonos, Adriano — ordenó Guilherme, enérgico, y él lo miró incrédulo. — No vas a faltar al respeto a Manuela delante de mí o te voy a quebrar la maldita cara.

Aún lo miraba en shock, con la mano que lo había golpeado apretándose en la otra.

— ¿Es en serio? ¿Me estás echando de tu casa? — Parecía indignado. — ¿De la casa de mi hermana?

— Sí. Y si no sales por las buenas, saldrás por las malas. Arruinaste mi maldito día con tu ridículo ataque de celos y todavía estás siendo un idiota con Manuela. Espero que te enfries la cabeza y reconsideres las tonterías que dijiste hoy.

Guilherme lanzó una mirada irritada hacia Adriano y me puso la mano en la espalda, empujándome suavemente hacia la puerta. Antes de salir del cuarto, me detuve y volví para mirarlo de nuevo.

— Dices que Dante es un idiota, que siempre lo ha sido, ¿verdad? — pregunté, sintiendo que mi voz vacilaba. — Solo que nunca fue mi amigo ni nada parecido. ¿Y tú? ¿Qué eres al actuar así con las personas que siempre te han amado?

Y entonces salimos del cuarto y sentí que iba a empezar a llorar. Guilherme me llevó al cuarto de Lucca, cerró la puerta y me abrazó mientras lloraba suavemente, empapando toda su ropa nueva.

— Gracias... por estar a mi lado — dije entre sollozos. — Sabía que sería difícil, pero no imaginé que él reaccionara de esa forma. No pensé que diría tantas tonterías.

— Lo siento, siento que todo esto es mi culpa.

— ¿Tu culpas? Claro que no, Gui.

— Siempre he sido muy blando con Adriano. — Soltó el aire, frustrado.

— Sabes que no fuiste el único. Yo también siempre hice eso — recordé. — Solo... No esperaba que dijera cosas tan horribles.

— Manu, te amo, eres mi hermana del alma — afirmó, sosteniendo mi rostro. — Adriano no tiene derecho a decir esas cosas y no te va a ofender otra vez delante de mí sin que yo le deje un ojo morado.

— No vas a pelear con el hermano de tu mujer — afirmó.

— ¿Por ti? Golpearía al maldito papá.

— ¿Qué te hizo, el pobre? — pregunté, riendo un poco, tratando de mejorar el mal ambiente.

— Intenta no absorber nada de esto, Manu — pidió, limpiando mis lágrimas. — Sé que querías contarme, pero eres pésima escondiendo las cosas y Dante peor aún. Hoy casi se entrega y yo lo puse contra la pared. De todos modos, me alegra que estén juntos. Creo que realmente le gusta y el hecho de que se lleven bien y felices es muy importante para Gio.

— Gracias. Pero arruinamos tu cumpleaños y...

— Nadie ha arruinado nada — afirmó, acariciando mi cabello. — Vamos, a lavarnos la cara.

— No le digas nada a mi madre o a Ju, por favor. No quiero crear conflictos entre ellos — pedí y él no me respondió, solo me hizo entrar al baño.

Me lavé la cara y esperé un rato hasta volver a la normalidad. Pasé unos segundos mirando mi reflejo en el espejo. Estaba tan triste, mi corazón parecía haber sido roto en mil pedazos.

Cuando bajamos las escaleras y miramos hacia los jardines, notamos que Adriano no estaba en ningún lado. Mi madre y Julia vinieron en nuestra dirección.

Dante, que estaba jugando con Gio y Lucca en el suelo, me miró de reojo, pero no se movió.

— Adriano se fue, ¿verdad? — preguntó mi amiga.

— Yo le dije que se fuera — dejó claro Guilherme, con la mandíbula tensa, y mi madre llevó una de sus manos a la boca. — Se exaltó demasiado, ofendió a Manuela y pensé que era mejor que se fuera antes de que yo lo lastimara.

Lo miré, molesta. ¡Maldita sea, le dije que no lo hiciera!

— ¿Qué hizo? — casi gritó mamá y luego comenzó a sacudir la cabeza en diversas negativas. — Estoy cansada, sinceramente. Adriano sobrepasó cualquier límite. ¿Qué dijo, hija?

— Nada, mamá. Ya pasó.

Estaba devastada. No hay nada peor que escuchar cosas absurdas de las personas que amas, que consideraste parte de tu familia durante tantos años.

— No fue nada, mamá. En serio, estoy bien — afirmó, dándole un beso en la mejilla.

Julia se acercó a mí y también me abrazó, disculpándose en voz baja por su hermano.

— Sí, fue. Y voy a tener una conversación seria con él después — advirtió Guilherme, irritado.

— Vamos a hacerlo — dijeron al unísono las dos mujeres más importantes de mi vida.

Una de las abogadas del escritorio no se dio cuenta de que estábamos teniendo un momento y me pidió ayuda para encontrar el baño. Julia intentó decir que podía llevarla, pero yo le dije que no era necesario, que iba a la cocina.

Fui hacia el interior de la casa y no pasaron ni dos minutos para que Dante entrara por la puerta. Agarró mi mano y me llevó a un rincón apartado.

— ¿Estás enojada conmigo? — preguntó Dante en voz baja al oído y me dio un beso en el cuello y luego en la cara.

— ¿Por qué estaría enojada contigo?

— Porque no pude mantener mis manos lejos de ti — intentó bromear y yo esbocé una media sonrisa.

— No. Solo quería haber evitado todo esto.

— Adriano se fue, ¿verdad? ¿Qué pasó?

— Le di una bofetada... — Sus ojos se abrieron como platos y suspiré, exhausta. — Guilherme le dijo que se fuera... Fue bastante

caótico.

— ¿Qué hizo el hijo de puta contigo?

— Dante, no quiero hablar de eso.

— Pero quiero saber qué mierda dijo el idiota para que tú le pegaras. Para que tuviera que ser expulsado de la casa de su mejor amigo y cuñado. — Su voz subió de tono y frunció el ceño.

— Discutimos. Dijo muchas tonterías. Y aproveché para decirle que no podía gritarle a Giovanna, que no era su padre.

— Quiero saber qué dijo de ti.

Entonces, le conté todas las cosas que Adriano había dicho, sobre cómo me estaba sintiendo. Simplemente porque necesitaba desahogarme, sacar eso de mi pecho. Dante escuchó todo en silencio, crujiente de odio. Podía ver reflejada en su iris toda la irá creciendo.

— La próxima vez que encuentre a ese idiota...

— Dante, basta — pedí, entrelazando mis dedos con los suyos. — No te conté esto para avivar más las cosas, solo quería desahogarme.

— No, Manuela, ¡pero qué carajo! No puedes pasar por alto todo lo que dice ese imbécil.

— Dante, sé lidiar con Adriano.

— No. No sabes. No tienes derecho a hablarte así, sobre todo juzgando por lo que pasó. — Dante sostuvo mi rostro y me miró, serio. — Y no estoy contigo solo por sexo o hasta encontrar a alguien mejor...

— Lo sé.

— Y no hay nadie más perfecta que tú para ser la madre de mis hijos, Manuela — afirmó, dándome un beso en los labios. — ¿Escuchaste?

Asentí y apoyé mi frente en la suya, sintiendo finalmente que mi corazón se tranquilizaba.



La infancia es algo fácil de vivir.
Las cosas que querías, las compré para ti.
:: Wild Horses - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

A medida que pasaron los días, descubrí algo diferente en Manuela que me sorprendía.

Ella preguntaba todos los días cómo mi hermano estaba lidiando con la situación, aunque no le cayera bien. Siempre tarareaba una canción muy bajita cuando regaba las plantas de la casa y llamaba a su madre todos los días, aunque estuviera agotada, solo para dar un "buenas noches".

Manuela escuchaba la misma lista de reproducción de los *Beatles* mientras trabajaba en casa, organizaba sus miles de libros por colores y llenaba a Giovanna de besitos, incluso cuando estaba durmiendo, simplemente porque no podía resistirlo.

No podía ni criticarla; yo hacía lo mismo.

Contamos a su familia y demás amigos sobre nuestra relación y, en la última semana, fuimos sorprendidos por un fotógrafo muy

inconveniente de *QueenG*1. Asumimos la relación en las redes sociales y todo se volvió un caos enseguida.

Mi padre estaba furioso. Marcella también. Y Adriano seguramente estaba rabioso en su cuarto en la pensión.

Y todo lo que pensaba sobre el asunto era: ¡Que se jodan!

Aún no había hablado bien con mi madre desde lo que había pasado con Domenico. Ella había encontrado a Manuela dos veces en el centro comercial para ver a Giovanna, y pensó que era mejor no estar presente.

Salí de la ducha y me apoyé en la pared para ver a Manuela frente al celular haciendo un baile de *TikTok*. Giovanna en uno de sus brazos y Ringo en el otro. Ambos vestidos de brujitas. Fue imposible no reírme, porque nunca la imaginé haciendo eso.

— Ah... Yo... estaba jugando con ellos — balbuceó, avergonzada, con la cara completamente roja. — ¿Decidiste no acabar con el agua del mundo hoy?

— Salvar el planeta ciertamente tiene sus beneficios — bromeó, señalando el celular con la cabeza.

Ringo saltó de sus brazos, se quitó el sombrerito que ella le había puesto en la cabeza y la miró como si dijera: "¿Es una broma para ti, María Manuela?"

— ¡Dios mío, es la brujita más linda del mundo! — exclamé, acercándome a Giovanna y levantándose para soplarle la barriguita.

Ella se río a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, disfrutando de toda la fiesta. La cabeza de Manuela se inclinó un poco hacia un lado y suspiró, creando esa ola de agitación en mi pecho.

Amaba la forma en que me miraba, especialmente cuando estaba con nuestra hija. Esa mirada era una mezcla de cariño y admiración que nunca podría explicar con palabras, pero que llenaba cada rincón vacío de mi corazón.

Y tenía tantos de esos huecos antes de que Giovanna entrara en mi vida.

Esos momentos, aunque simples, solían brindarme una plenitud inimaginable.

El principio, el medio y el fin, todos allí, frente a mí. Era como si, en ese instante, todas las preocupaciones y el estrés del mundo desaparecieran. Solo existíamos los tres, creando recuerdos que jamás olvidaré.

Juntos. Para siempre. En la más pura esencia que existía. La nuestra. La de nuestra familia.

Entonces, lo comprendí. Mirándolas allí frente a mí, entendí que "*amor*" quizás era una palabra demasiado débil para lo que sentía por ellas.

— *Xinha*, papá!

— Eso, capibara. Eres una brujita — la animé, sonriendo ampliamente y ella me dio un beso en la cara. Me acerqué a Manuela y le pregunté cerca de su oído: — Entonces, ¿haces bailes de *TikTok*...

— No *hago bailes de TikTok* — repitió, enfatizando las palabras y poniendo los ojos en blanco. — Solo vi un video y... a ella le gusta bailar.

Me reí, divirtiéndome con lo avergonzada que parecía, como si la hubiera atrapado cometiendo un crimen. Y era aún más gracioso porque María Manuela intentaba ser sería la mayor parte del tiempo.

— Está tan bonita — se quejó, arreglando el vestidito de nuestra hija. — Creo que tomé cien fotos mientras tú estabas en el baño.

— ¿Cien? Yo voy a tomar muchas más que eso, créeme — confesé, aplastando a la bebé en un abrazo. — Dime ahora que mi compra fue inútil, María Manuela.

Ajusté mi postura, esperando una retractación y ella bufó.

— Está bien, esa ropita es la cosa más linda del mundo. Pero a Ringo no le gustó su sombrero — dijo, riendo, mostrando al gato arañando el sombrerito lleno de odio.

— ¡Él era parte del escenario de la foto! ¡Ah, Ringo, ¡no! ¡No destruyas!

Tomamos toneladas de fotografías y luego terminamos de prepararnos para la fiesta de *Halloween* en el centro comercial. Llené la conversación de mi hermano con fotos de Gio incluso antes de salir de casa.

Dom: Tan jodidamente lindo.

Dom: ¿Enviar vídeo?

Dom: Hoy vi muchos niños lindos, pero nadie se acerca a Gigi. Ella es mucho más linda que todas ellas.

Dom: El año que viene podríamos venir aquí y pedir dulces con ella.

Dante: ¿Estás regalando dulces?

Dante: ¿Seriamente?

Dom: No tengo nada que hacer, Dante. ¿Qué opinas?

Dom: Creo que compré unos dulces chulos y los niños están haciendo cola

en la puerta. Soy tan jodidamente tonto.

Dante: ¡MALDICIÓN! ¿POR QUÉ NO SE ME OCURRIÓ IR CON ELLOS?

Dom: Porque ahora eres CLT. Kkkkkkkkkkkkk

Dom: Tonto.

Dom: Maldita sea, hay un niño vestido de sushi.

Dom: Podríamos ir como Mario, Luigi y Giovanna de La Princesa Peach.

Dante: ¿Y Manuela, Dom?

Dante: Ella es mi maldita novia ahora.

Dom: El "eco chata" podría ser Sapo, ese hongo. ¿No te gusta tanto la naturaleza?

Dante: Será media hora de culo, Dom.

Dom: Hay un disfraz de Yoshi realmente lindo. Gigi se verá hermosa.

Dom: Ah, a la mierda, lo compraré.

Me reí de la foto que envió poco después. Bueno, al menos Domenico se estaba divirtiendo un poco. Actualmente, lo único que emocionaba a mi hermano era Giovanna.

Quizás las ganas de verla hicieran que regresara pronto. Yo estaba deseando que así fuera.

— Vamos a Orlando el próximo *Halloween* — avisé, antes de arrancar el coche para salir del garaje.

Me incliné un poco hacia ella y Manuela se río, un poco confundida, levantando la vista de su celular. Giovanna estaba en su asiento, en el asiento de atrás, entretenida con su capibara de peluche.

— ¿Estamos haciendo planes para dentro de un año?

— ¿Cuál es el problema? — fruncí el ceño, un poco confundido, y luego finalmente las palabras parecieron fijarse en mi mente.

Abrí y cerré la boca, un poco sin reacción, dándome cuenta de que ella también estaba incómoda.

— Ahn, ninguno — dije rápidamente.

— Manuela... — la llamé, apretando el volante y reuniendo todo el coraje del mundo. — No tengo intención de ir a ningún lado. Cada vez que toco el tema de mudarnos a un lugar más grande, me doy cuenta de que te pones nerviosa, y lo entiendo.

— No, tú no entiendes, Dante.

— Sí, entiendo que ese es tu apartamento, que tienes un apego a él, sobre todo porque has luchado un montón para conseguirlo — expliqué y ella asintió, hurgándose las cutículas de los dedos, y entrelacé mis dedos con los suyos.

— Eres mi novia, la madre de mi hija y vivimos juntos. Sé que esta idea no fue nuestra, que no comenzó de la mejor manera y que ni siquiera queríamos eso, pero nuestra realidad es otra ahora.

— Sí, lo sé. — Ella levantó la vista para encontrarme.

— Creo que deberíamos tener un espacio solo para nosotros. Desde cero. Como un nuevo comienzo — sugerí. — Y podrías incluso llevar tu escritorio tenebroso y ese cuadro enviado del infierno. Podemos tener una habitación de los horrores...

Me dio un golpe en el brazo y eché la cabeza hacia atrás, riendo.

— Estoy hablando en serio... — Hice una pausa y comprimió los labios. — Tal vez no sobre el escritorio.

— ¡Eres un idiota!

— Creo que puede ser bueno para los tres. A menos que quieras que eventualmente me mude y...

— ¡No! No quiero que te mudes. — Manuela dejó escapar el aire, sin romper el contacto visual. — Creo que tienes razón. Creo que va a ser bueno "empezar" desde cero en una casa nueva.

— ¿De verdad? — pregunté, esperanzado y luego entrecerró los ojos. — ¿Estás segura?

Ella asintió y sonrió.

— Genial, porque vi una casa en un condominio perfecto e hice una oferta — confesé y ella abrió la boca, sorprendida.

— Tú... ¿Cómo así?

— Tuve miedo de perderla. Es perfecta, Manuela. Está cerca de la pensión de tu madre, tiene una increíble área infantil...

— Debes estar loco. — Se río nerviosamente. — ¿Cómo hiciste una oferta por la casa así? ¿Y si no quería?

— Bueno, probablemente le diría a mi agente que la alquile, como hace con todas mis otras propiedades — respondí, señalando lo obvio. — Es solo una casa, María Manuela, no hay mucho que hacer con una más que vivir y alquilar.

— No es solo una casa... — Había una mueca de confusión en su rostro. — ¡Es una casa!

— ¿Prefieres un apartamento? — pregunté, ya buscando el número de mi agente en la agenda. — Podemos conseguir un apartamento...

— ¡Ese no es el punto, Dante! — respondió exasperada. — ¡Jesucristo!

— No debí haber elegido sin ti, ¿verdad? Lo siento, creo que me emocioné por la proximidad. Es que no es fácil encontrar una propiedad en buenos condominios y tengo algunas por aquí, pero no sé si te gustarían, porque la mayoría está en el inicio de Barra o en São Conrado... — Ella me estaba mirando perpleja mientras hablaba. — Está bien, compramos otra. ¡Deja de mirarme así, María Manuela!

— ¡Dios mío, eres imposible! Estoy chocada porque simplemente hiciste una oferta por una casa y actúas como si hubieras comprado un kilo de azúcar extra. Y sé que eres rico, pero...

Casi me reí con la palabra "rico" y aguanté la broma de corregirla y decirle que en realidad era billonario. Tenía amor en mi vida. Ella valía mucho. Mucho más que una persona rica.

— Solo estaba tratando de explicar... — suspiré y me rendí. Nuestras realidades eran muy diferentes. — ¿Puedo mostrarte la casa? Si no te gusta, retiró la oferta.

Ella me dio una larga mirada y me asintió. Mostré un sinfín de fotos hasta que la inquietud comenzó a transformarse en animación. A Manuela le encantó el área exterior y todas las comodidades del condominio.

— Dante, esto es una mansión...

Me reí. Pobrecita.

— Definitivamente no es una mansión — afirmó.

— Bueno, para mí lo es. — Se encogió de hombros, como si no le importara.

— Podemos reformar todo, como en los programas que te gusta ver — la animé y ella mordió su labio inferior, pensativa.

— ¡Papá! *Bi-bi,* ¡papá! — Giovanna llamó mi atención como si estuviera molestando, mirando a los lados y dándose cuenta de que

seguíamos parados en el garaje.

— Lo siento, Gio. Ya vamos. Solo estoy tratando de convencer a tu madre de aceptar la nueva casa — le dije, volviéndome hacia ella. — ¿Quieres vivir en una casa nueva, capibara?

— *Xim!*

— ¿Ves? Tu hija también quiere — dije, de manera convencida.

— Ella dice "sí" a todo lo que preguntas, Dante.

— Deja de ser terca y acepta que estás enamorada de la casa, María Manuela.

Ella se quejó.

— Vaya, lo estoy — confesó, mirando la pantalla de mi celular y yo me reí.

— Bueno, tenemos una casa entonces.

Manuela parpadeó y yo le di un rápido beso en los labios, moviendo la palanca para salir del garaje.

— ¿Cómo así? ¿No acabas de hacer una oferta?

— Serían locos si no aceptaran la oferta que hice — dije, riendo.

— Eres ridículo.



Maria Manuela Guerra

El celular vibró en mi mano y contuve la respiración al ver el nombre "Marcella Rangel" en las notificaciones.

— Tu ex te está enviando un mensaje — avisé, sintiendo que se me helaba la sangre.

— ¿Diciendo qué? — dijo, pareciendo indiferente, prestando atención al tráfico.

— Ahn... ¿Quieres que lo lea? — indagué y él asintió. — Sí, dijo que habló con tu padre.

Antes de que Dante pudiera responder, su nombre apareció en el panel del coche, ya que el celular estaba emparejado. Rechazó algunas llamadas, pero ella seguía insistiendo.

— Contéstale que estoy ocupado, Manuela. Joder, ha estado insoportable estos últimos días.

— Creo que es mejor que respondas.

No iba a hablar con ella como si fuera él. Ni quería abrir la conversación, me parecía demasiado extraño. Ella siguió llamando y Giovanna comenzó a gritar "¡*Teléfono, mami*!", tratando de avisarnos que estaba sonando.

— Puede ser importante, Dante.

— ¿Qué pasó, Marcella? — preguntó de mala gana. — Estoy conduciendo.

Me sentí incómoda, mirando la Avenida de las Américas con una expresión ridícula.

— ¿Vas a seguir ignorándome? — preguntó con una voz melosa y Dante me lanzó una mirada. — No respondes a mis mensajes, no me visitas más...

Joder, no podía mirarlo. ¿Acaso Dante no iba a avisar que estaba en manos libres?

— Estoy saliendo con alguien, Marcella. Lo dejé claro la última vez que hablamos. ¿Qué querías decir sobre mi padre?

— ¡Noviazgo! — soltó un ruido de incredulidad. — No estás saliendo con nadie, Dante. Fui tu única novia. ¡La única! Y esa relación con la perra de la calle no va...

— Marcella. Es la última vez que te lo digo. Si vuelves a hablar así de ella, tendremos serios problemas. Yo y ella estamos juntos. Supéralo, ¡infierno! Y agradezco a mi hija, que está en el coche, por estar teniendo el mínimo de educación contigo.

Sentía sus ojos en mí, pero solo seguía fingiendo estar muy interesada en los coches de al lado.

La mujer se quedó en silencio por unos segundos y luego su voz sonó llena de resentimiento:

— Ella está ahí contigo, ¿verdad?

La miré y negué con la cabeza. Ni siquiera sé bien el motivo, pero no quería formar parte de eso. Dante me miró, serio, y le pedí solo con los labios que dijera que no estaba allí.

— No, ella no está. Necesito colgar...

— Dante... Siempre vuelves a mí. Soy la mujer adecuada para ti. Mi familia lo sabe, la tuya también. ¿Tienes idea de lo que la gente está comentando en el C.O.? ¡Es humillante!

— Marcella, sigue con tu vida, por el amor de Dios.

— Tú eres mi vida.

— ¡Marcella, ya basta! — suspiró, cansado, apretando el volante con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos se pusieron blancos. — No voy a repetirlo dos veces. Si sigues insistiendo, voy a bloquear tu número. Adiós.

Y colgó.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos y yo mantuve mi mirada en la calle, tratando de parecer indiferente. Era difícil presenciar eso, no tenía idea de cuán dependiente emocional era esa mujer de él.

— ¿Por qué pediste que dijera que no estabas aquí? — preguntó un tiempo después.

— ¿Cuál es la necesidad, Dante? Podía empezar a gritar y a insultarme.

— Lo siento por todo esto.

— Está bien, lidiar con ex novios es algo complicado — dije, sonriendo levemente. — Entiendo que ustedes tienen un pasado, pero creo que ella debería ver a un psicólogo.

— Ya he dicho eso mil veces. Hoy veo que también tengo un poco de culpa — confesó, un poco avergonzado, sin mirarme a los ojos. — Aunque le dijera a Marcella que no quería nada, seguía buscándola para... — Hizo una pausa al darse cuenta de que no estábamos solos. — Sabes a qué me refiero. No era algo voluntario. Ni siquiera sé explicarlo, en realidad.

— Familiaridad — respondió, encogiendo los hombros. — A veces estamos perdidos y volvemos a algo seguro.

Él me miró, asintiendo con la cabeza.

— Odio lo inteligente que eres — bromeó.

— Y mejor que tú en los argumentos.
— Eso es discutible, María Manuela.



Todo lo que necesitas es amor
Todo lo que necesitas es amor
Todo lo que necesitas es amor, amor.
El amor es todo lo que necesitas
:: All You Need Is Love – The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Dante y yo estábamos creando más intimidad cada día y ni siquiera sabía cómo era una vida sin él ahora. No podía imaginar una mañana sin sus besos o las cenas con Giovanna. Cuando mis momentos en el sofá viendo programas sobre reformas no estaban acompañados por sus bromas, no tenían gracia.

Estaba completamente enamorada de él, esa era la verdad. Me sentía una perfecta idiota porque mi corazón se aceleraba cada vez que él aparecía frente a mí.

Además, había toda la complicidad, las conversaciones, el alivio de no tener que lidiar con todo sola. Nuestra relación se había transformado en algo que jamás soñé. Nunca imaginé que podríamos salir, pero todo parecía demasiado correcto entre nosotros. Casi como si estuviera escrito en alguna parte.

Estaba reacia a mudarme, porque por más que nuestra relación fuera sólida e intensa, estábamos juntos desde hacía poco tiempo. Bien es cierto que las cosas para nosotros sucedían de manera mucho más rápida que probablemente para la mayoría de las personas.

Nada en mi relación con Dante había sido dentro de los estándares. Estaba segura de mis sentimientos y sabía que eran recíprocos, pero renunciar a mi casa me causaba un nudo en el estómago.

No sabía explicarlo. No es como si fuéramos a casarnos o algo así, ya vivíamos en el mismo lugar desde hacía unos meses, criamos a nuestra hija juntos y estábamos saliendo, pero mudarme a una casa completamente nueva, empezar desde cero, daba la impresión de que era un paso un poco más grande dentro de nuestra relación.

Cuando Dante se mudó, tuvo que adaptarse a mi entorno. Todo dentro del apartamento era mío, a mi manera. Ir a una casa con él significaba construir algo en conjunto. Sin embargo, realmente estaba dispuesta a superar ese miedo. El deseo de tener un hogar que fuera nuestro parecía burbujear dentro de mí, casi como un volcán en erupción desde el día en que él dijo que había comprado la casa, hace una semana.

Para ser sincera, podía verme perfectamente casada con Dante. Durante toda mi vida, nunca logré imaginarme realmente dentro de un matrimonio, ni siquiera con Adriano. Siempre hubo algo un poco fuera de lugar que gritaba que eso no era una buena idea, pero nunca supe exactamente qué era.

En cualquier caso, era diferente con Dante. Quizás porque teníamos una rutina tan bien estructurada, porque sentía que ya éramos una familia o porque estaba completamente embelesada por él.

Y lo estaba. Hasta el punto de suspirar sola por la mañana cuando lo veía acostado en la cama durmiendo o cuando él estaba riendo y jugando con Gio en algún otro momento del día.

Nuestra hija ya estaba diciendo algunas palabras nuevas y ahora repetía literalmente todo lo que decíamos, desesperada por aprender algo diferente. También estaba caminando con más

seguridad y ahora intentaba dar pequeñas carreras por el apartamento, lo que nos hacía entrar en pánico. Giovanna nunca lograba equilibrarse perfectamente y corría inclinándose hacia algún lado específico, a punto de chocar contra una pared o un mueble, como si fuera un bebé pingüino.

Mientras tanto, Adriano pidió tener una conversación conmigo y con Guilherme. Me pidió disculpas por las cosas que había dicho y explicó que necesitaba un poco de tiempo para asimilar todo.

Por más que Guilherme estuviera irritado con todo lo que había sucedido, trataba de ser un poco más presente en la vida de Adriano, intentando que se sintiera menos excluido debido a su cercanía con Dante.

Guilherme me contó que uno de esos días, Adriano había estado bebiendo mucho y lloró bastante con él, diciendo que nunca imaginó que nosotros dos no íbamos a quedar juntos. Dijo que siempre había tenido planes y esperanza de que algún día nos casáramos o algo así.

Era duro. Y la verdad es que sentía pena por Adriano. Se había hundido en una ilusión de una realidad entre él y yo que nunca existió, aferrándose al pasado en el que vivimos juntos, cuando todavía éramos otras personas. Yo no era la María Manuela que él había conocido, y él ciertamente no era el Adriano con el que me relaciono. Había un abismo entre nosotros y la historia que tuvimos un día.

Ese viernes, Dante organizó un viaje sorpresa a Búzios para el fin de semana de mi cumpleaños en alguna de las muchas propiedades que tenía.

Eso aún me asustaba. ¿Para qué tantas casas, Dios mío?

La propiedad era inmensa. Tenía una arquitectura moderna, casi toda de cristal. Las grandes puertas venecianas y la enorme terraza en el primer piso le añadían un toque de sofisticación a la estructura. Eso no parecía una casa de vacaciones, sino uno de esos espacios de retiro que suelen tener los ricos.

La parte interior de la casa de verano de los Perazzo era espaciosa, con un mobiliario elegante casi todo en negro y gris. Y estaba completamente obsesionada con las encimeras de mármol

negro. La cocina era abierta, equipada con electrodomésticos de última generación y todo lo que podía imaginar era a Dante jugando con sus ingredientes allí.

¡Estaba tan emocionada con la reforma de nuestra casa!

Giovanna dio un grito animado y se movía en mi regazo cuando fuimos a la zona exterior de la casa. Y mi mandíbula simplemente cayó al ver a mi mejor amiga sentada en una de las sillas con una bebida en las manos.

— ¡Finalmente ustedes llegaron! — gritó Julia, emocionada, y yo la miré sin entender.

— ¡Sorpresa! — dijo Guilherme, sonriendo con Lucca en brazos.

— Ah, ¡no puedo creer que ustedes también vinieron! — exclamé emocionada, acercándome a ellos y abrazándose.

— ¡Gigi! — llamó Lucca y luego los pusimos a los dos en el suelo.

— Ya estás instalada, ¿verdad, Julia? — preguntó Dante, riendo, y ella asintió con la cabeza, cruzando las piernas y sorbiendo el popote rosa de su bebida.

— Me encantó tu casa, deberías invitarnos más veces. ¿Se quedan aquí o vamos al jacuzzi? — preguntó Julia, animada.

— ¿Hay un jacuzzi aquí?

— Sí — respondió mi novio, riendo.

La casa era perfecta, pero me recordaba a un hotel de lujo. Nos pusimos los trajes de baño y entramos en el jacuzzi con los niños, que más parecía una mini piscina de lo grande que era. Creo que era el jacuzzi más grande que había visto en toda mi vida. Estaba en la parte exterior de la casa, rodeado de un camino de piedras y un jardín precioso, y el soporte de madera le daba un toque más rústico.

Los niños chapoteaban emocionados en el agua y trataba de soltarse de nuestros brazos para nadar.

— Kumiko ya estaría nadando aquí dentro — bromeó Dante y todos reímos a carcajadas.

Estuvimos allí unas horas, conversando y bebiendo nuestros cócteles hasta que se oscureció. Mientras Gui y Ju bañaban a los

niños, decidí ayudar a Dante en la cocina, porque él hizo hincapié en mostrar sus dotes culinarios a nuestros amigos solo para presumir y recibir elogios.

Intentó explicarme cómo hacía el risotto, pero en el único minuto que salió para atender una llamada de Domenico, yo quemé el ajo.

En serio, era un desastre.

Dante trató de explicar pacientemente el paso a paso como si fuera una niña tonta. Para ser honesta, era vergonzoso. No solía salir mal en las cosas que me proponía hacer. Me irritaba mucho porque en teoría solo era seguir instrucciones. Y María Manuela Guerra era JODA siguiendo reglas.

Cenamos, les dimos de comer a los niños y seguimos jugando con ellos hasta que Giovanna y Lucca se quedaron dormidos en el regazo de sus respectivos padres. Suspiré en el momento en que miré a Dante, viéndolo hablar animadamente sobre uno de sus viajes mientras sostenía una copa de vino en la mano y acariciaba la cabecita de Gio con la otra.

La camiseta toda babada era un encanto extra y él no le daba importancia. Era la definición de la frase "el útero llega a picar". Dios mío, era tan guapo... Podría poblar la puta ciudad entera con ese hombre.

— Realmente se llevan bien, ¿verdad? — susurré a Julia, apoyando una de mis manos en el mentón, observando a Dante y Guilherme discutiendo sobre la relevancia de un orinal con soporte para *tablet*, la nueva inutilidad que mi novio quería comprar.

— Sí... ¿Alguna vez has pensado en cómo sería si los dos hubieran sido amigos desde la universidad? — se río.

— Creo que hubiera sido bueno para Dante.

— Cualquier influencia positiva en su vida habría sido buena. — Mi amiga soltó una carcajada.

Me quedé allí un rato más perdida en mis pensamientos. Realmente, ¿cómo serían nuestras vidas si Dante no hubiera sido ese chico de hace años?

No creí que las cosas serían muy diferentes de lo que son ahora. Me había enamorado del Dante que era hoy, seguramente me

habría enamorado de una versión menos gilipollas de él en el pasado.



La parte exterior de la casa tenía un espacio diseñado para una fogata urbana frente a la playa. Los sofás estaban rodeados de vidrio y formaban una "U", y en el centro había una maceta de concreto con piedras volcánicas.

En serio, esa casa parecía un paraíso.

Estábamos solos, abrazados y sentados allí, simplemente observando las olas rompiendo en el mar, las estrellas y escuchando el crepitar de las llamas.

— ¿Crees que si hubiéramos sido amigos cuando éramos jóvenes, las cosas serían diferentes? — pregunté al final de esa noche, acurrucandome en sus brazos.

— ¿Te refieres entre nosotros dos? — preguntó, riendo.

— Sí, nuestras vidas. ¿Crees que serían parecidas?

— Nos hemos odiado toda la vida y encontramos la manera de estar juntos. ¿Cómo crees que estaríamos si no nos hubiéramos odiado?

— Pero creo que nos juntamos justo por toda la fricción que siempre tuvimos.

— Claro que no, María Manuela. Nos juntamos porque tú me agarraste en el chalet de los monitores, ya que soy atractivo. Lo habrías hecho de la misma manera — bromeó y le di un golpecito en su brazo.

— Eres tan ridículo.

Él se río, apretándose aún más contra su cuerpo y me dio un beso en el cuello.

— Creo que como mucho sería amigo de Guilherme. Eras irritante en la época de la universidad — afirmó, riendo. Me giré para mirarlo, mostrando toda mi perplejidad. — Ah, vamos... Sabes que eras bastante insoportable en ese momento. Es decir, habría fricción.

— No era insoportable.

— Siempre lo fuiste. Aún lo eres un poco... — solté un grito de incredulidad y crucé los brazos. — Pero estoy enamorado de ti a pesar de todo.

Dante me besó despacio, acariciando mi rostro. Todo dentro de mí dejó de funcionar correctamente y me derretí en sus brazos, produciendo una serie de suspiros involuntarios.

Apoyé la cabeza en su pecho y me quedé allí, escuchando los latidos de su corazón pulsando junto al mío. Pasamos mucho tiempo conversando sobre los temas más aleatorios.

Hablamos sobre el pasado, acerca de algunos de los viajes que él hizo, sobre las experiencias que tuvo. Ahí, me di cuenta de cuánto se había esforzado Dante para cambiar sus percepciones sobre el mundo. No tenía idea de que había salido de su burbuja y llegó incluso a pasar una semana con los pescadores que sufrieron por los negocios de su familia.

— Leí todos tus proyectos — confesó algún tiempo después, haciendo círculos en la palma de mi mano. — Después de que nos encontramos en ese evento. Yo... me hiciste replantear tantas cosas en los últimos años. Y después de esa noche, como que... parecía una señal, ¿sabes? Como si fueras el camino para hacerme ver mejor las cosas, cambiar mis percepciones.

Me giré hacia él y parpadeó, completamente sorprendida por esa nueva información.

— Habías sido amable conmigo y, bueno... tan amable que terminaste en la cama conmigo.

Él soltó una risa divertida y yo hice lo mismo.

— Me pregunté si eso no era un mensaje del universo. Y conforme veía tu trabajo... entendí que también podía hacer algo. Inspiras a tanta gente, Manuela — dijo Dante, sosteniendo mi rostro y mirándome a los ojos. — Y ni te das cuenta. Hasta fuera de Brasil hablan tu nombre.

— ¿Qué? — pregunté, frunciendo el ceño, y él soltó una risa baja.

— La gente no solo habla sobre el hecho de que seas insoportablemente inteligente, sino que pueden ver toda tu pasión,

tu devoción por las luchas que eliges. Estaba en una conferencia una vez en Palm Beach y había un biólogo marino hablando sobre los delfines... ¿Guilherme Maricato? Creo que era ese su nombre, él trabajó contigo. — Dante hizo una mueca, pensativo y yo asentí. — Su hija de seis años estaba a mi lado y cuando apareció una foto de ustedes dos, dijo que quería ser como tú.

— ¡Es un amor!

— Inspiras a la gente, María Manuela. Y definitivamente formaste parte de mi cambio de percepción del mundo. De hecho, siempre lo has hecho. Fuiste la razón por la que me cuestioné desde siempre sobre toda esta mierda del Círculo de Oro.

— ¿Yo?

— Solo eras una becada y yo ya sabía qué harías una diferencia absurda en cualquier área en la que entres. Y recuerdo haberle hablado de ti a mi padre al principio de tu carrera, afirmando que serías una piedra en el zapato, pero él solo se río y dijo que no eras nadie. — Dante soltó una risa baja. — Si supieras cuánto dinero le hiciste perder al viejo...

Me reí.

— Siento mucho que tengas una familia tan...

— ¿Jodida? — indaga, sin mucho humor y comprimí mis labios. — Las cosas son como son, Manuela. Toda esta mierda, este complejo de superioridad, esta sociedad elitista asquerosa que pasa por encima de todo y de todos... — Dante suspiró, cansado. — Estoy feliz de haber sido la persona que rompió toda la "línea" de mi familia.

Contuve la respiración, viendo mi reflejo en sus ojos y él deslizó su pulgar lentamente por mi mandíbula, analizando mi rostro durante unos segundos.

— Y estoy feliz de que haya sido contigo. — Y entonces, me besó.



Formamos un hermoso equipo
Un hermoso equipo
:: Love Is Strong - The Rolling Stones::

Dante Perazzo

A la mañana siguiente, estuvimos en la playa con los niños. Giovanna estaba más que emocionada, hundía las manos en la arena y reía de vez en cuando, haciendo castillos con algunos juguetes que había comprado.

Lucca también estaba igualmente feliz y los dos parecían estar divirtiéndose mucho. En algún momento, ella tomó un juguete y se lo dio a Lucca, y fue como si un peso saliera de mis hombros.

— ¿Lo viste? — comentó Manuela en voz baja, entrelazando sus dedos con los míos. — Está compartiendo.

¡Por Dios, qué alivio! Estábamos desesperados pensando en cómo sería cuando fuera a la guardería, ya imaginando a nuestra hija dándole una paliza a otros niños que intentan agarrar sus cosas.

— Te dije que todo iba a salir bien — afirmó, dándole un beso en la mano.

— ¿Quién quiere ir al agua? — preguntó Manuela, levantándose, y los niños empezaron a gritar, emocionados.

— Manuela, ¿no crees que el mar está demasiado agitado?

Ella miró de mí al mar. Una. Dos veces y luego se río.

— Dante, por amor de Dios. ¡Parece una piscina!

— En serio, qué desesperado eres. Seguramente te da un infarto en cualquier momento. — Julia rolló los ojos y tomó a su hijo en brazos. — ¡Vamos, Luquinha!

La miré con preocupación. Odiaba ir a la playa con Giovanna precisamente por culpa del mar.

¡El mar era traicionero, carajo!

Manuela constantemente decía que yo era neurótica. El día que mis neurosis salvarán a nuestra hija, me lo agradecería. ¡El mundo era peligroso! ¡No era mi culpa!

Ella trataba de decirme que al principio también era así y que con el tiempo me acostumbrare y sería menos desesperado.

Ni de broma.

Tenía ganas de dejar a Giovanna dentro de una burbuja. Moría de miedo de que algo le sucediera.

Nosotros cuatro permanecimos en la orilla y los bebés estaban sentados con la mitad de sus cuerpecitos en el agua. Cuando venía una leve ola, Gio gritaba y levantaba un poco el torso, con algo de miedo. Era gracioso, después de que mi corazón parecía detenerse por unos segundos.

Se estaban divirtiendo un montón. Giovanna no paraba de hablar y Lucca cada momento tomaba agua con las manos en forma de copa y luego la lanzaba hacia arriba.

— *¿Peces, papá,* ¿dónde están? — preguntó mirando a los lados y Guilherme se rió.

— No hay peces aquí, Lucca, solo más allá en el fondo.

— ¡*Pixinho*, Lulu! — repetía Gio.

— Dios mío, qué linda eres, nenita — dije, apretando sus mejillas y llenándola de besos mientras ella se reía a carcajadas.

Por la tarde, fuimos a pasear por la Rua das Pedras y mientras Manuela iba con Julia a comprar un helado, aproveché para mentir que iba a cambiarle el pañal a Giovanna y me deslicé en una tienda

de bebés porque había visto un vestido que se vería hermoso en ella.

Estaba mirando los zapatitos y mostrándoles a Gio cuando escuché una voz familiar resonando detrás de mí:

— ¡Por Dios, Paula! ¡No sé qué tamaño es esto!

— ¿Marco? — llamé, riendo y él se giró, abriendo un poco los ojos, sorprendido al verme.

— Te llamo ya — dijo, apagando el aparato y viniendo hacia mí para un abrazo. — ¿Qué haces aquí, Dan?

Me acerqué a un lado para mostrarle a mi hija en el carrito y él parpadeó, como si estuviera asimilando todo.

— Cada vez olvidó que te convertiste en padre — comentó, riendo, y luego se agachó para ver a Giovanna. — Hey, Gio... ¿Todo bien?

— Hola — respondió Giovanna, abriendo una gran sonrisa y él hizo lo mismo.

Sin embargo, en menos de un segundo, su rostro se cerró.

— No puedo creer que le hayas dado un capibara de peluche a tu hija, Dante — respondió, irritado, levantándose y cruzando los brazos.

— ¡Capi! — La bebé se inclinó en el carrito y estiró los bracitos con el animalito, como si se lo estuviera ofreciendo.

— No, nena, gracias — le dijo de manera amable y yo me reí. — ¿Sabías que esos bichos son peligrosos? No deberías...

— ¡Marco! — lo llamé y susurré: — No asustes a mi hija con tu trauma, por favor.

— Es ridículo que le des una miniatura de ese roedor hijo de puta a una bebé, sabiendo lo que me pasó.

— ¡Supéralo, Marco! Dios mío, ¿nunca olvidas esa historia?

— No fue contigo, ¿verdad, idiota? — dijo en voz baja, irritado.

— En fin, ¿qué haces aquí?

— Yo, uh... — Se rasco la cabeza, aclaró la garganta y se volvió hacia mi hija, sonriendo. — Entonces... Vas a tener un amiguito para jugar pronto, Gio.

Puse los ojos en blanco, sin creerlo.

— Tú vas a...

— Sí, voy a unirme al equipo de los papás — confesó, un poco incómodo, riendo.

— ¡Dios mío, amigo! ¡Felicidades! — celebré, abrazando a mi amigo.

— Gracias — respondió, dándome unos golpecitos en la espalda. — Aún estoy procesando todo... Y nadie sabe todavía, Dan. Así que mantén la boca cerrada.

— Sin problemas. ¡Qué locura!

— Tengo un miedo enorme — confesó en voz baja. — Pero hablamos de eso después, con calma. Estoy tratando de comprar una maldita ropita sin que Alice lo sepa y no puedo encontrar la talla...

— Sé todo sobre ropitas... — comentó, entusiasmado, preguntando un poco más sobre lo que necesitaba y cuando le entregué algunas opciones en su mano, continué: — En serio, ¡tengo muchas recomendaciones!

— Voy a necesitar todas ellas — aseguró, riendo.

— ¿Estás aquí en Búzios por trabajo? — indagué, alzando a Giovanna en brazos porque comenzaba a inquietarme.

— No, vine por un fin de semana con Alice — explicó y se río cuando Giovanna le lanzó un besito, recibiendo otro como respuesta. — Es demasiado linda, Dante.

— ¿No?

— Y es tuya — comentó, riendo. — ¿Te da mucho trabajo?

— No, es tranquila. Oye, ustedes podrían cenar con nosotros...

— Hoy no puedo, pero ¿podemos programar en mi casa? Tengo curiosidad por conocer a Manuela. — Marco movió la cabeza negativamente y luego se río. — Aún no puedo creer que salgas con la mujer que se acuesta a diario con la empresa de tu padre. Por Dios, lo siento, no debía haber dicho una grosería.

Me reí y él se pasó la mano por la cara al darse cuenta de que había dicho otra a continuación.

— Relájate, Marco. Y mira quién habla... ¿Crees que me olvido del cumpleaños de Yuri en el que bebimos como locos y tú pasaste dos horas quejándote de la mujer insoportable que trabajaba en la Anvisa y que había retrasado un lote de un medicamento?

Frunció el ceño.

— No recuerdo.

— Vaya, no podía soportar escucharte decir "Rossi", quejándote sobre lo insoportable que era y lo creída que se sentía — recordé, riendo a carcajadas. — Creo que somos la misma persona en un universo paralelo.

— Solo que yo soy mucho más rico que tú — se burló. — También mucho más guapo y agradable.

— Sigue pensando así, idiota... ¡Yo tengo un jet privado!

— ¿Todavía presumiendo de esa lata vieja, Dan? ¡Ahórrate!

Siempre bromeamos sobre eso, desde que éramos jóvenes. Cuando creces en el Círculo de Oro, tus amistades tienden a ser cerradas. La mayoría de la gente es un asco, pero hasta que teníamos un grupo bastante bueno. Era una pena que no mantuviéramos tanto contacto como antes.

Nos despedimos y terminé mis compras, ya previniendo la regañada de Manuela al verme con siete bolsas. Y, por supuesto, fue lo que pasó en cuanto regresé para encontrarlos.

Regresamos a casa algún tiempo después. Preparé una cena especial para ella y finalicé con un pastel de múltiples capas de helado. Me costó un montón de trabajo y maldije unas tres generaciones del repostero que inventó la receta que estaba siguiendo, pero la felicidad en su rostro fue invaluable. Y todo lo que podía hacer era mirar atónito a esa mujer que me había robado mi corazón.

Cantamos feliz cumpleaños, nos atiborramos de pastel y luego anuncié que era hora de los regalos. Julia le regaló un perfume a su amiga y Guilherme la hizo feliz con una edición especial de *Orgulho e Preconceito*[IL9][28].

Finalmente le entregué un regalo a Giovanna, quien corrió hacia mí con el paquete. Ella lo abrió y miró el marco con una foto de los tres riendo y comiendo helado juntos.

— *Béns,* mami — dijo inclinándose para darle un pequeño beso.

Las lágrimas se acumulaban mientras ella miraba la foto con nuestra hija colgada en sus brazos, señalando a cada uno de nosotros. Me acerqué y ella nos abrazó, hundiendo el rostro en mi pecho. Las palabras salían ahogadas mientras repetía varias veces lo feliz que estaba.

— Este es el primero de muchos marcos de fotos de nuestra nueva casa — avisé.

Ella sonrió, con los ojos aún húmedos, y asintió.

En ese momento, mi corazón dio un vuelco y luego una sensación de paz me llenó. Dios, cómo amaba momentos como ese.

— Falta el mío — avisé, entregando una caja de madera.

Manuela me miró con desconfianza y entrecerró los ojos hacia mí.

— Sé que no debería alentar tus malos gustos, pero... — comencé a decir cuando vi su boca abrirse.

— ¿Esto es…? — Manuela parpadeó, atónita, con las manos temblando un poco al sostener la primera copia del *"White Album"*, de los *Beatles*. Se volvió hacia mí y me reí de su reacción. — Tú...

— Ajá. Ahora voltea — le dije.

Manuela dio un grito y llevó ambas manos a la boca, dejando caer el disco en su regazo. Comprimió los labios, tratando de contener las risas y ella volvió a mirarme en estado de shock.

— ¡Está autografiado! — mostró y confirmé. — ¡Para mí! Tiene mi nombre. Está escrito María Manuela.

— Sí, lo sé, hermosa. Sería extraño si tuviera el nombre de otra persona ahí. — Me reí, encontrando graciosa su felicidad.

Ella se lanzó sobre mí y me besó, agradeciendo mis labios.

— Hey, ¡también estamos aquí! — se burló Julia, riéndose. — ¡Y hay niños en la sala!

— Ringo y Paul lo autografiaron — gritó ella, mostrándo a sus amigos. — ¡Con mi nombre! ¡Dios mío, Ringo y Paul saben quién soy!

Manuela se giró hacia mí, completamente en trance. Miraba el disco y mis ojos, moviendo la cabeza negativamente.

— No, esto no es real. Esto es una fortuna, Dante. Estás loco. Dios mío, esto vale más que... ni siquiera sé.

— La subasta fue para ayudar a una causa ambiental — expliqué. — Y, bueno, tengo un conocido que es amigo de los dos... Sigue viendo los regalos.

Manuela parpadeó lentamente, como si le costara asimilar todo. Continuó abriendo, notando un par de entradas para el primer concierto del cantante que ocurriría ese mes en Brasilia y otra cajita rectangular negra de terciopelo.

Mi corazón se aceleró un poco cuando ella mordió sus labios y me miró con expectación. Abrió la cajita lentamente y vio la joya. Era un collar de oro blanco con algunos diamantes y ónix que formaban un pajarito negro, en referencia a la canción "*Blackbird*", que siempre le cantaba a Giovanna, y en la parte de atrás había mandado grabar la frase *"All my loving I will send to you*[29]*".*

Sus ojos volvieron a brillar y tragó en seco, como si estuviera tratando de mantener todas sus emociones dentro de sí. Manuela estaba a punto de derrumbarse, era evidente.

— Esto... Es... Dios mío, Dante, es hermoso — susurró, pasando el pulgar por las palabras.

Sus ojos se levantaron para encontrar los míos y me besó.

— Te amo — dijo en voz baja, con la frente apoyada en la mía.

— Qué bueno, porque no mandé a grabar esa frase ahí por nada — bromeé y ella sonrió. Miré nuevamente en sus ojos y sostuve la base de su cuello. — Es verdad. Todo mi amor es tuyo, María Manuela.



Todo mi amor te lo mando
Todo mi amor, cariño, te seré fiel.
Cierra los ojos y te besaré.
Te extrañaré mañana
:: All My Loving - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Ya había revisado todos los rincones del apartamento, pero no encontraba mi cartón de anticonceptivos por ningún lado. Comencé a abrir los cajones de la cocina, maldiciéndome por no poder recordar dónde había metido esa maldita cosa.

— ¿Qué pasó? — preguntó él, distraído, apareciendo en la cocina con solo una toalla atada a la cintura, las gotas de agua cayendo lentamente por los músculos de su abdomen.

Dante fue hasta el filtro, agarró un vaso de agua y dio un sorbo, apoyando una de sus manos en la encimera. Abrí y cerré la boca, incapaz de producir un solo sonido. Las venas de su brazo se marcaban un poco y se giró en mi dirección, con el cabello cayendo sobre sus ojos.

— ¿Qué fue? — Una sonrisita traviesa apareció en sus labios.

— Ahn... Nada. Solo... — La capacidad de hablar se me fue desvaneciendo a medida que él caminó hacia mí, pegando su cuerpo al mío y sosteniendo mi cuello con ambas manos.

— ¿Solo...?

— No encuentro mi anticonceptivo — murmuré, alejándome un poco, porque si no lo hacía, sería mi final.

— Entonces no lo tomes.

Se encogió de hombros, cruzó los brazos y lo miré sin entender.

— Dante, ¿estás loco?

— Deberíamos tener otro bebé — dijo, serio, y yo quedé perpleja.

Dios mío, no podía creer las palabras que salían de su boca. ¿Dante realmente estaba diciendo que deberíamos tener otro hijo juntos? ¿Así, de la nada?

— ¿Qué? ¿De dónde sacaste eso?

— ¿Cuál es el problema? — preguntó y yo parpadee.

— Dante, nunca hemos hablado de eso...

— Bueno, estamos hablando ahora — respondió, como si fuera obvio.

— No, simplemente estás sugiriendo eso de la nada, como si estuviéramos pensando en comprar un juego de vasos o los vegetales para preparar las comidas de Giovanna. — Solté una risita nerviosa.

Él rolló los ojos y volvió a sostener mi rostro.

— Manuela, somos una familia. Estamos saliendo, vamos a mudarnos y a vivir juntos por voluntad propia. ¿Cuál es el problema? O... Ahn... ¿O no quieres más hijos?

Entreabrir la boca, buscando un argumento. Mis emociones se agitaron ante sus palabras, quemando mis vértebras una a una. Miré en sus ojos, tratando de expresar toda la complejidad que se formaba dentro de mi corazón.

Sí, quería más hijos. Siempre quise hijos, en plural. Y me sorprendía pensando en cómo serían nuestros otros hijos, de vez en cuando, pero ninguno de los dos se había sentado a hablar de eso.

Las parejas deberían planearse, ¿no? Solo estábamos saliendo. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si estuviéramos precipitándose? ¿No era demasiado rápido pensar en eso? ¿Cómo crees que lo manejaría Giovanna? Miles de preguntas inundaban mi cabeza. Finalmente, respiró hondo, tratando de elegir mis palabras con cuidado.

— ¿Manuela? — me llamó, sacándome de mi trance.

— Me has sorprendido con este tema — confesé. — ¿No crees que deberíamos discutirlo un poco más? No podemos tomar decisiones basadas en impulsos de una mañana después de una gran noche. — Solté una risa y él se hizo el ofendido, pareciendo molesto.

— No estoy en un momento de impulso.

— De acuerdo, pero ¿podemos sentarnos y discutir eso tranquilamente?

Jadeé, viendo el aire esfumarse. Intenté aislar el calor que hormigueaba debajo de mi piel y la tensión en mi estómago. Era desesperante cuando me detenía a reflexionar sobre mis deseos y temores. Porque sí, quería tener más hijos con él. ¿Qué tan loco era eso?

Tenía miedo, sin embargo. No habíamos estado juntos tanto tiempo, había toda la cuestión con su padre. ¿Y si todo salía mal?

— Podemos y me encantaría entrar en un debate contigo, como en los viejos tiempos... — se burló, besando mi mandíbula. — Pero también podemos hacer como hicimos la otra vez y dejar que el universo actúe... — sugirió, lleno de insinuaciones.

— Eres muy idiota... — dije, riendo mientras su lengua deslizaba por mi cuello.

— Y guapo, atractivo, y tengo genes maravillosos, ya lo sabes... — él puntualiza, mordiendo mi piel entre risas.

Suspiré.

Él realmente tenía genes maravillosos.

Escuchamos el llanto estridente de Giovanna en el cuarto y me ajusté la ropa, desvinculandose de él antes de que empezáramos a liarnos en la cocina. Miré a un lado y vi a Ringo con un trozo del cartón vacío de mi medicamento.

— ¡Ringo! ¿Dónde sacaste eso? — Arranqué el cartón baboso y destrozado de su boca e hice una mueca.

— Sabes que eso es una señal, ¿verdad? — Dante comprimió los labios, ahogando las risas.

— ¡Hasta el gato está compinchado contigo!

Él echó la cabeza hacia atrás, riendo.

— No hemos terminado de hablar — advertí, con el dedo cerca de su rostro.

— Creo que hemos terminado... El universo literalmente te está mandando darme otro hijo — se burló. — ¡Después de esto, cierro mis argumentos!

Entrecerró los ojos en su dirección y me di la vuelta para salir de la cocina.

— Eh... — me llamó con una sonrisa digna de mojar bragas. — Te ves hermosa cuando estás enojada, *amor*.

Ah, joder. ¿*Amor*?

¡Qué jugada tan baja!



Dante Perazzo

Mandé algunos mensajes a Dom, preguntando si había metido la pata y la única cosa que me preguntó fue: "¿En serio? ¿Otro bebé?". Entonces, decidí llamar a Guilherme para almorzar en un intento de analizar toda la conversación de esa mañana. No sabía con certeza qué me había pasado, pero si somos honestos, hacía tiempo que no me reconocía.

Nunca había sido ese tipo de chico, definitivamente no era de los que hacían planes a futuro con una mujer. Durante toda mi

relación con Marcella, ni siquiera consideré el matrimonio por voluntad propia. Tampoco era romántico ni empalagoso y hoy me veía como un caso perdido.

Literalmente un perrito de María Manuela.

— No puedo creer que me trajiste a un restaurante carísimo, Dante — gruñó Guilherme, mirando el menú. — ¿Tienes idea de cuánto es nuestro VR?

Pestañeó, confundido.

— ¿Tenemos eso?

— ¿Estás de broma, Dante?

Levanté las manos en alto, en señal de rendición.

— No lo sabía, oye. Ni siquiera sé cuánto me pagan, para ser sincero...

— Ok, sabemos que tú haces dinero, pero no tienes que humillarte, carajo.

— No era mi intención. De todas formas, estoy pagando — avisé.

— Ah, claro que lo estás. ¡No voy a dar veinte reales por una maldita *Coca*! — Guilherme continuaba mirando el menú, sacudiendo la cabeza negativamente. — KS[30] todavía! ¿Sabes cuánto cuesta llenar esto? ¡Qué descaro!

— Ok, Guilherme, tu *tacaño* del carajo. Que le den al precio de la *Coca*. ¿Podemos enfocarnos en lo que es importante?

Llamó al camarero y hicimos los pedidos. Luego, el mejor amigo de Manuela me miró con una expresión de burla y cruzó los brazos.

— ¿Qué mierda hiciste ahora?

— ¿Quién dijo que hice alguna mierda, idiota? — Otra expresión de desdén, que me hizo bufar. — Solo le dije que no tomara el anticonceptivo.

La boca de Guilherme se entreabrió y yo comprimió los labios, levemente preocupado por su reacción.

— ¿Metí la pata? ¿Fui machista o qué sé yo?

— ¿Eh? ¡No sé! ¿Cómo voy a saber?

— No sé, carajo, tu mujer te acusó de ser machista por el tema del síndrome premenstrual. Deberías saber.

— ¡Que se joda, Dante! — Roló los ojos y luego volvió a parecer sorprendido. — ¿De verdad quieres otro bebé?

— ¿Qué motivos te sorprenden? ¿Por qué la gente se sorprende con eso? ¡Amo a mi bebé, carajo!

No podía entender por qué la gente parecía tan perpleja cuando decía eso. Estaba enamorado de esa chica y desde el momento en que vi a Giovanna, supe que no quería tener solo una hija.

Además, quería vivir toda la fase inicial que no pude tener con ella. Quería ver a Manuela embarazada, quería participar en todos los momentos que perdí. Después de todo, no tenía ninguna duda de que ella era la mujer ideal para mí, para ser la madre de mis hijos. No había nadie como Manuela.

— No sé, solo no pensé que quisieras eso. Menos aún tan pronto — comentó, arqueando una de las cejas. — Y también por toda la cuestión de tu familia...

— Pensé que, a estas alturas, sabías que soy diferente del resto de mi familia, Guilherme — respondí, irritado.

— Dante, no necesitas ponerte a la defensiva. — Levantó las manos en el aire. — Solo realmente no imaginé que pudieras querer más hijos.

— Pero los quiero — afirmó. — ¿Qué hay de malo, carajo?

— Nada, estresado del carajo. Yo también quiero. Bueno, ¿y qué piensa Manu de esto?

— Quiere discutirlo con calma. Yo solo... Obviamente no hay problema si ella no quiere o si no es el momento, pero... — me interrumpí, un poco temeroso. — Ella no eligió tener a Giovanna conmigo, ¿entiendes? Y entonces, mencioné el tema y ella retrocedió un poco. Eso me hizo cuestionar algunas cosas.

— Solo estás inseguro.

— ¡No soy inseguro!

— No lo eres — dijo, lleno de ironía, y luego hizo una voz fina, en un intento patético de imitarme: — "Ella no eligió tener a Giovanna conmigo".

— Eres un idiota.

Él se río.

— Dante, sí, tuvieron una hija juntos sin planificación y no fue fácil para ella. Y su relación es relativamente nueva, por más que vivan juntos y ya tengan a Giovanna — comenzó a ponderar. — Además, no están casados. ¿Has pensado que tal vez ella quiera, no sé... casarse primero?

— ¿Te dijo que quiere casarse? — Levanté una de las cejas.

¿Era eso? ¿Estaba dudando de alguna manera por no estar casados? Porque si era así, un anillo resolvería el problema, ¿verdad?

No era como si no estuviera teniendo pensamientos de ese tipo. Y si no iba a casarme con Manuela, ciertamente no me casaría con nadie más. El único problema es que no estaba seguro de que eso fuera algo que ella quisiera.

¡Carajo, qué rabia! ¿Acaso María Manuela no tenía ninguna intención de casarse? Odiaba no saber. Todo eso era muy nuevo para mí, pero de una cosa estaba seguro: la amaba, era ella a quien quería.

— ¡No! No dijo nada de eso, pero no sé, puede ser. Creo que realmente necesitan hablar.

Ok. Sabíamos conversar. Éramos aún mejores debatiendo argumentos. Entonces, una idea surgió en mi cabeza y carajo, parecía fantástica.

Si hago una presentación en *PowerPoint* con todos mis puntos, ¿podría convencerla de que me dé otro bebé?



¿Puedes llevarme de regreso al lugar de donde vine?
¿Puedes llevarme de regreso?
:: Cry Baby Cry - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Dante programó una cita en mi agenda unos días después y entró en mi escritorio con una computadora en la mano.

Al principio, pensé que era algo relacionado con el trabajo, pero tuve que contener la risa cuando vino, todo serio, a discutir los motivos de tener otro hijo.

CON. UNA. PRESENTACIÓN. DE. POWER. POINT.

TENÍA HASTA ANIMACIÓN, POR EL AMOR DE DIOS.

Explicó que había hecho todo eso para mostrar que realmente no era algo "de la boca para afuera" y que era mucho mejor que yo en las argumentaciones.

Le conté que esa semana había dejado de tomar la píldora, que también quería tener otro bebé y me sentí emocionada con la posibilidad, pero unos días después, reflexioné mejor y llegué a la conclusión de que sería bueno esperar a estar en la casa nueva.

Ver la expresión de alivio y felicidad en su rostro encendió las mariposas en mi estómago. Acordó, afirmando que "mi tiempo era su tiempo" y sonreí, segura de que Dante era el hombre adecuado para mí.

Mi menstruación llegó unas dos semanas después y confieso que me sentí un poco frustrada por eso. Quizás toda la emoción de Dante me había afectado de alguna manera, así que fue decepcionante saber que no estaba embarazada.

En ese tiempo, visitamos la casa y tuvimos varias reuniones con muchos arquitectos y otros profesionales del área. Era un poco estresante planear una mudanza, obras y además tener que cuidar de una bebita, confieso.

Como si no fuera suficiente, un huracán se había instalado dentro del escritorio. Estábamos creando dos áreas de protección ambiental en un lugar que estaba siendo afectado por algunas petroleras. Y, por supuesto, los receptores de *royalties* estaban protestando, alegando que acabaríamos con el desarrollo de la región.

Y lo peor era que sabíamos bien quién alentaba esas manifestaciones. La gran mayoría estaba allí para proteger sus propios bolsillos. El alcalde de la ciudad, que era muy amigo de Genaro Perazzo, estaba muy activo en las redes sociales contra las audiencias públicas.

Yo y Dante estábamos al frente, siendo insultados con todos los nombres posibles e imaginables. El día que avisamos sobre la creación del corredor ecológico, algunas personas incluso aparecieron en la puerta del escritorio.

Nos reunimos con el Alcalde de Coroa do Sul, explicando en una comitiva que ya habíamos realizado una acción similar en la ciudad poco tiempo atrás. Pasó un buen rato, con toda su paciencia (mucho mayor que la mía, cabe decir), alegando que estaba de nuestro lado y mostrando los beneficios de que el turismo ecológico sustituye los ingresos de los royalties.

Hoy Dante estaba aún más estresado, porque su padre estaba siendo insistente y enviándole varios mensajes desafiantes,

pidiéndole que retrocediera. Y como si no fuera suficiente, Domenico había vuelto esa mañana.

— ¿Qué pasó, Marcella? Estoy ocupado.

Atendió de mala gana mientras buscaba algún documento en la pila de su mesa y yo lo miré disimuladamente.

— No sé por qué el Dom no te atiende — refunfuñó, resoplando. — ¿Dónde está esta mierda? — Otra pausa. — ¿Te has convertido en la secretaria de mi padre ahora, carajo?

Miré mis uñas, fingiendo que no prestaba atención y luego comencé a garabatear algunas cosas en la hoja de mi carpeta.

— Uh-huh... No sé. Sí, sí, en el *Scorpius* — dije, todo monosilábico, mencionando sólo el nombre de uno de los hoteles más lujosos de Río de Janeiro.

Colgó, arrojando el celular a un lado.

— Marcella está empeñada en unir a su familia, ¿verdad? — pregunté de manera sugestiva y él levantó la mirada hacia mí.

— Mi padre debe estar presionando — explicó, rodeando la mesa y caminando hasta donde estaba sentada.

— Hm...

Una sonrisita creció en sus labios y apoyó ambas manos en los respaldos de la silla, manteniendo su rostro a centímetros del mío.

— ¿Celos, María Manuela? — Una de sus cejas se arqueó y yo chasqueé la boca.

Ah, que se joda, claro que tenía celos. Dante y Marcella tenían un pasado, una historia. Sus familias habían planeado un matrimonio para ellos incluso antes de que se besaran. Además, esa mujer estaba obsesionada con él.

— Te ves muy linda con celos — dijo, rozando sus labios con los míos, entre risas.

— ¡Eres tan insoportable! — refunfuñe y él me besó.

— Llegaré más tarde hoy. Voy a hacer una parada en el hotel para encontrar al Dom. ¿Está bien?

— ¿No vamos a almorzar?

— No puedo, preciosa. Quedé de almorzar con Reno porque quería aclarar algunas dudas conmigo sobre un emprendimiento — explicó y yo hice un puchero.

— Está bien.



En el almuerzo, decidí que haría una parada en la librería que estaba en la esquina del trabajo para buscar un libro y fruncí el ceño cuando vi a Reno afuera, como si estuviera esperando a alguien.

— ¡Ah, hola, Manu! — me saludó cuando salí por la puerta.

— ¡Hola! ¿Estás esperando a Dante? Creo que ya se fue.

Reno se rió, pareciendo un poco confundido, y frunció el ceño.

— No, no. Estoy esperando a mi gata, viene a almorzar conmigo hoy.

— Ah, sí. ¡Buen almuerzo!

¿Qué demonios?

¿Era en serio esto? ¿Dante me estaba mintiendo? Respiré hondo, tratando de ignorar la ira que me hervía la sangre. No había nada que odiara más que las mentiras, pero sabía que la conversación que había escuchado se arrastraba a través de los vacíos de mi cerebro, infiltrándose con paranoia.

¿Por qué había mencionado el hotel a ella?

No. La última cosa que debería hacer era seguir por ese camino.

Fui a almorzar y estuve reflexionando sobre ello, tratando de alejar todas mis inseguridades. Él entró en mi escritorio algún tiempo después, avisando que había programado una reunión con la ONG, y terminé preguntándole cómo había sido el almuerzo. Dante me dio una respuesta evasiva, solo diciendo que Reno tenía muchas preguntas y que pasaron la comida entera discutiendo temas aburridos.

Sí, realmente me estaba mintiendo.

No quería confrontarlo, como si fuera una loca persiguiéndolo. ¡Era la verdad la que vino a mí!

Quizás Dante había ido a resolver algún asunto sobre su familia, tal vez no quisiera comentar nada al respecto en ese momento. No era correcto que asumiera lo peor; eso nunca era la mejor alternativa. Él me amaba, ¿cierto?

El resto del día fue turbulento y estuve un buen rato en la pensión cuando fui a recoger a Giovanna, conversando con mi madre y Antonio. Me estaban contando un chisme de uno de los residentes que había sido arrestado por participar en peleas clandestinas.

— Ni siquiera sabía que eso existía.

— Existe. ¿Recuerdas a Pedro? — preguntó mi primo y sacudí la cabeza negativamente. — Da clases en un gimnasio cerca de aquí para niños y lo conocí cuando fui a hacer unos entrenamientos...

Solté una carcajada.

— No, Antonio, te pegaron en la clase — recordé y él levantó el dedo del medio en mi dirección.

— ¡Antonio! ¡Modales! — mi madre llamó su atención.

— En fin, terminamos acercándonos y le mandé un mensaje hoy para sondear...

— Dios mío, qué chismoso eres.

— Solo buscando información verídica — se defendió, riendo.

Algún tiempo después, Adriano llegó y preguntó si podíamos hablar un poco en el jardín. Me contó sobre un caso que estaba tratando en el escritorio donde trabajaba y dijo que estaba emocionado. También mencionó que Carol había decidido realmente volver a Brasil y lo haría pronto.

Carol era más joven, era la media hermana de los dos, y nunca tuvimos mucho contacto, porque cuando se fue a Estados Unidos con el padre y la madrastra de Adriano y Julia, aún era una niña.

— Hey, Manu... Quería disculparme de nuevo por todo lo que dije aquel día — dijo, al darse cuenta de que mis respuestas eran más secas. — Solo... Nadie se preocupa por ti como yo me preocupo, ¿entiendes?

— No es justo que digas eso... Y ya te he perdonado, Adriano.

Era una relación difícil la que teníamos. Mi madre lo veía como un hijo, fuimos amigos durante tantos años y luego novios.

Quizás hubiera un poco de "afecto" de mi parte. Quizás Guilherme tenía razón con toda esa historia de hacer la vista gorda cuando Adriano comenzó a titubear.

— Te extraño, Manu.

— No has hecho las cosas fáciles para nosotros dos.

— No quiero que las cosas sigan extrañas entre nosotros. Realmente solo quiero tu bien.

— Necesitamos tiempo, solo eso — afirmó, sonriendo débilmente, y él hizo lo mismo, tomando mi mano.

— Te amo, Manu. Lo sabes, ¿verdad? — dijo, serio, mirándome a los ojos. — Simplemente... Mi vida no existe sin ti. No quiero perder lo que siempre tuvimos. Somos familia, antes que nada.

— No vamos a perder — respondí, sonriendo y lo abracé. — También te amo.

Una cosa que Dante no podía entender, a pesar de todo, es que Adriano, Julia, Guilherme y yo éramos una familia. Por más que discutiéramos, había algo mucho más fuerte que nos unía y era imposible ignorarlo.

Sabía que relevaba más de lo que debería las cosas que Adriano había hecho, pero realmente lo amaba. Era muy difícil estar lejos de él y no intentar justificar el motivo por el cual él actuaba de alguna manera específica.

Tendemos a hacer eso cuando tenemos cariño por las personas, ¿no? Muchas veces manteniendo relaciones que se vuelven tóxicas solo por familiaridad, un pasado e incluso gratitud.

Adriano perdió a su madre temprano, se sintió rechazado cuando su padre se volvió a casar y luego, después del escándalo, decidieron irse sin consultarle a él ni a Julia. Mi madre era el mayor vínculo afectivo que tenía después de sus hermanas.

Y para colmo, quedé embarazada del chico que él más odió durante años. Sabía que después de que Dante entrará nuevamente en nuestras vidas, todos sus miedos volvieron a surgir, con la amistad con Guilherme y el hecho de que estábamos saliendo.

Era muy difícil no sentir tristeza por él, porque sabía que Adriano tenía plena certeza de que nosotros dos estaríamos juntos al final.

— Necesito irme, estoy atrasado para encontrar a un amigo — avisó y asentí. — Hablamos mañana.

Regresé a casa y noté que Dante aún no había llegado. Hice toda la rutina nocturna con Giovanna y luego la puse a dormir. Preparé un sándwich y pasé un tiempo viendo " Hermanos a la obra ".

Comencé a ponerme ansiosa a medida que pasaban las horas. Intenté llamar varias veces, pero el celular solo decía "fuera de área". El último mensaje que Dante me había enviado decía que estaba bebiendo con Domenico.

¿Acaso había decidido quedarse allí? Carajo, pero no tenía sentido apagar el celular y no avisarme.

Caminé por la casa, en círculos, durante horas, intentando de todo para ocupar mi mente, pero estaba demasiado nerviosa. Entré en todos los sitios de noticias y vi que no había nada en *Twitter* sobre accidentes. Como último intento, marqué el número de Domenico, pero tampoco obtuve respuesta.

¡No sabía qué hacer! No iba a tomar un *Uber* e ir al hotel, Giovanna estaba durmiendo en la habitación de al lado.

Mi celular sonó un tiempo después. La notificación de un número desconocido hizo que mi corazón se acelerara. Abrí la ventana de la conversación e hice clic para bajar una de las fotos.

La primera era una imagen de Marcella entrando al hotel. En la segunda, ella y Dante estaban conversando en el bar. La tercera hizo que un nudo se formara en mi garganta, impidiéndole incluso tragar. Había sido tomada desde un ángulo como si alguien estuviera escondido, pero era posible verla encima de él, en lencería, pero lo que rompió mi corazón en pedazos fue el audio.

— ¡Carajo, Marcella! — exclamó él, jadeante. — ¡Esa lencería te deja increíble!

— ¿Extrañaste mi concha, Dan? Dime que la extrañaste... — pidió con una voz melosa.

— No estaría aquí si no la hubiera extrañado.

Mis manos temblaban mientras sostenía el celular, incapaz de creer lo que tenía frente a mí. La voz de Marcella, cargada de

intimidad, parecía desgarrarse. Palabra por palabra, cortándome como un cuchillo.

El peso en mi estómago me dejó mareada. Todo parecía revolverse. La rabia hormigueando en mis extremidades, la decepción mezclados con la tristeza. No podía creer que esto estaba sucediendo conmigo.

Mi visión se nubló, desdibujando la foto reflejada en la pantalla del dispositivo. Atraganté una respiración, pero no pude contener las lágrimas que desbordaron sin que tuviera ni siquiera elección.

Un agujero se abrió dentro de mi pecho, esa sensación dolorosa devorando mis nervios, vértebras, pulmones, corazón. Apoderándose de todo. Sin ningún control. Era difícil respirar y la sensación era que todo estaba en llamas dentro de mí.

En ese instante, sentí que mi mundo entero se hundía.



Y en tus ojos no ves nada
No hay señales de amor detrás de las lágrimas.
Lloré por nadie
Un amor que debió durar años
:: For No One - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Lloré toda la madrugada, hasta que fue el agotamiento quien me venció. Mi rostro estaba hinchado y tuve dificultades para abrir los ojos cuando el sol entró por la ventana, muy temprano.

Agarré mi celular y abrí la conversación una vez más, confirmando que no había sido una pesadilla. Miles de pensamientos invaden mi cabeza, como un huracán que no parecía cesar. Me sentía ahogada, como si todo dentro de mí hubiera sido devastado.

Y entonces, rabia, en su mayor intensidad.

Miré la foto nuevamente y mi estómago se revolvió, lo que me hizo correr al baño a vomitar. Me di una ducha y dejé que el agua caliente cayera sobre mi espalda, mezclados con las lágrimas. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve allí, sintiendo los azulejos fríos contra mi piel.

Me puse ropa y fui caminando hacia la cocina, pero me detuve en la sala cuando escuché el sonido de la llave girando en la puerta. Contuve la respiración involuntariamente y mi corazón se aceleró cuando el pomo giró.

Dante llevaba la ropa de ayer, el cabello ligeramente desordenado y una expresión indescifrable en el rostro.

— Manuela, disculpa por haber desaparecido ayer, no sé... — Hizo una mueca al prestar atención a mi rostro. — ¿Qué pasó?

Solté una risa sin humor.

Tomé mi celular y se lo entregué en la mano. Él dio algunos clics en la pantalla y sus ojos se abrieron un poco.

— Por favor, no escuches el audio en altavoz — pedí, el sabor amargo de las palabras contaminando toda mi boca. — No quiero oír eso de nuevo.

Él llevó el teléfono hasta el oído, la mirada fija en mí mientras me esforzaba por contener el llanto. Mis ojos ardían como nunca. No quería desmoronarme, no estaba delante de él.

Dante parecía en shock. Pasó una de sus manos por su rostro, comprimió los labios y tomó una respiración antes de bajar el dispositivo.

— Manuela, no sé qué demonios es esto, pero...

— ¿No sabes? — grité en el tono más bajo que pude, sintiendo el odio emanar de todo mi cuerpo.

Él dio algunos pasos en mi dirección, pero yo retrocedí.

— ¿Cómo pudiste hacerme eso? — pregunté, sintiendo mi voz quebrarse.

— Yo no... — se interrumpió, mirando la foto en el celular, pareciendo irritado —. No te traicioné. ¡Qué demonios! ¡No sé cómo sucedió!

— ¿En serio, Dante?

— ¡No recuerdo nada de la noche de ayer!

¿Eso era lo que iba a decir? Solté el aire, sin creerlo, y él intentó acercarse, pero lo aparté, quitando sus manos de mí.

— No te acerques a mí — prácticamente gruñí.

— ¿Quién te mandó esto, Manuela?

— ¡Que le jodan a quien envió esto! ¿Vas a decir que no estabas con ella? — Solté una risa sin ganas —. ¿Que esto es un montaje? ¿De verdad crees que soy tan idiota?

— Fui a beber con mi hermano ayer. Y sí, Marcella apareció en el hotel, pero dijo que estaba con una amiga. Hablamos rápido y no recuerdo bien qué sucedió después.

— Bebiste...

— Sí, Dom estaba mal, pero no bebí tanto como para no recordar las cosas, Manuela. No sé qué demonios hizo Marcella, pero...

— Ah, claro, ella te obligó a subir a una habitación con ella y a decir esas cosas — dije con desdén —. ¿Realmente crees que soy estúpida?

— Manuela... — me llamó, mirándome triste, como si no tuviera una explicación plausible para lo que había hecho.

Sentí mi corazón apretado. Las palabras se volvían un sentimiento cada vez más tangible, empujándome hacia los recuerdos del audio.

— No soy idiota, ¡deja de tratarme como si lo fuera!

— No recuerdo lo que pasó, carajo, pero nunca te traicionaría. Desperté en la maldita cama del hotel sin saber qué había pasado y vine directo a casa.

— Lo que pasó, Dante, es que bebiste demasiado y decidiste folletear con tu ex — mi voz salió baja y entrecortada.

— Manuela, por Dios, sé racional...

— ¿Yo? ¿No estoy siendo racional? Recibí fotos tuyas con ella, un audio asqueroso, ¡tú literalmente asumiste que despertaste en una cama de hotel y yo no estoy siendo racional? ¿Cuál es tu problema, Dante? — Volví a elevar mi voz y limpié una rápida lágrima que se escapó de mis ojos.

Él me miraba sin ninguna reacción.

— ¡No haría eso contigo!

— ¿Cómo tienes el valor de negar aún? ¿Cómo tienes el valor de decir que no harías eso? ¡Tengo una maldita prueba aquí!

— Manuela, eso no tiene sentido. ¡Somos felices, te amo! Estamos juntos y...

— Ya no estamos más — dije, seria, sintiendo un nudo en la garganta —. Solo... vete.

Él me miró en pánico y vino hacia mí, sosteniendo mi rostro.

— Suéltame, Dante — pedí, rompiendo el contacto visual.

— Por favor, no hagas esto — pidió en voz baja, pareciendo alterado y con los ojos brillosos —. Te amo, eres la única mujer que quiero.

Esa sensación de vacío tomó control de mí nuevamente. Todo lo que quería era desplomarme en el suelo y llorar. Era desesperante y no podía entender por qué había tirado todo lo que habíamos construido a la basura.

¡Éramos una familia!

Reuní todas las fuerzas que tenía y me alejé de él, no podía mirarlo, ni estar cerca de él.

— Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo pudiste hacerme esto? — pregunté, limpiando las lágrimas con el dorso de las manos y él me miró triste.



Dante Perazzo

Vi la figura de Manuela desvanecerse en el pasillo y sentí como si mi corazón estuviera siendo roto en mil pedazos y pisoteado. Ni siquiera podía decir algo, me dolía la cabeza y pulsaba, como si el techo se hubiera caído sobre mí.

Y simplemente no podía recordar lo que había sucedido la noche anterior.

Estuve un tiempo mirando al suelo sin creerlo. Recordaba estar con Domenico en el hotel, bebiendo y conversando sobre nuestra

familia de mierda.

Marcella llegó un tiempo después, cuando él fue al baño y hasta pensé que ella estaba allí para molestarme, pero mi exnovia afirmó que estaba con una amiga y que necesitaba hablar con Dom.

Esperó a que él regresara, informó que había hablado con mi padre y pasó unos dos recados sobre la empresa. También dijo que deseaba que todo saliera bien y que nos reconciliamos.

Después se fue al otro lado del bar. Seguimos bebiendo y Dom me dijo que le había gustado su tiempo en Orlando, contó sobre una reforma que había inventado en la casa y también que se había acostado con una vecina rubia y pechugona. Pasó horas diciendo que estaba siguiendo todos los partidos de fútbol americano, incluidos los universitarios, e incluso citó a un jugador llamado Drake que parecía ser la estrella de la temporada y había sido expulsado del equipo.

Hasta ese momento, ¡mi memoria estaba bien, carajo!

Dom se emocionó, lloró y bebimos un poco más, porque toda su situación era realmente difícil. No sabía cómo lidiar con eso, viendo a mi hermano así de destrozado.

¿Acaso había bebido tanto sin darme cuenta?

Salí del apartamento, tomé mi teléfono y marqué su número. Subí a mi coche y necesité hacerlo varias veces hasta que él contestara.

— ¿Qué demonios pasó ayer?

— *Buenos días para ti también* — murmuró, somnoliento —. *¡Resaca de mierda!*

— ¡Dom! ¿Qué pasó ayer, por favor?

— *No sé, carajo. ¿Por qué?*

— Me enviaron unas fotos mías con Marcella... Y un audio.

El silencio en la línea resonaba con una desaprobación tácita.

— *¿Te acostaste con Marcella?*

— ¡No lo sé, carajo! — Di un puñetazo en el volante de mi coche y pasé una de mis manos por la cara —. Desperté en la maldita habitación del Scorpius y no era la tuya. Lo último que recuerdo es que tú dijiste que ibas a ir al baño.

— Fui y luego la amiga de Marcella me encontró en el camino y me agarró... Yo, eh... Ya había estado con ella hace unos meses. Ella vino prácticamente tocándome, porra.

— ¡La puta madre! No puedo recordar nada más después de eso. Solo desperté desnudo en la cama. ¿Bebí tanto así?

— Bebimos un montón.

— ¡La puta madre!

— Dante, si jodiste todo... — Su tono era amenazante.

— ¡No jodí todo, Dom! — Mi voz subió un tono, mi instinto de defensa fusionándose con la desesperación —. Estoy yendo al apartamento de Marcella, quiero una explicación, ¡porra!

Giré bruscamente el volante, entrando en una de las calles, sin siquiera poder recordar su dirección. Una infinita variedad de sentimientos se alternaba dentro de mí, amenazando con ahogarme. Era agonizante no tener acceso a toda la información, como si un pedazo de concreto estuviera bloqueando mis recuerdos.

Intenté acceder a ellos nuevamente, irritado conmigo mismo. La mirada de la mujer que amaba, completamente decepcionada, las lágrimas que no pudo contener... Eso cavó un cráter en mi pecho y lo sentía arder. Mis dedos ya estaban blancos por la fuerza que estaba usando al apretar el volante.

Puse la dirección en el GPS y tan pronto como llegué, Marcella abrió la puerta con una gran sonrisa y vino hacia mí, intentando acariciar mi cuello.

— Perdón por no haberme quedado contigo esta mañana, pero tenía un compromiso — dijo con un tono meloso, pero la aparté.

El desespero se instaló en mi estómago. Eso era una respuesta a lo que había venido a buscar.

— Marcella, ¿qué demonios pasó ayer? — pregunté, irritado, y ella frunció el ceño, cruzando los brazos.

— No puedes estar hablando en serio.

Pasé las manos por las sienes, masajeandolas en un intento de contener mi ira.

— Sabes muy bien que estoy con Manuela, ¿cómo ocurrió esta mierda? — indagué y ella soltó una risita y rápidamente comprimió los labios cuando le lancé una mirada de odio.

— Dante, ocurrió lo que siempre pasa... Tú y yo, volviendo a ser como antes — replicó, sentándose en el sofá y cruzando las piernas tranquilamente.

— ¡Nada entre nosotros volvió a ser como antes, Marcella! — casi grité —. Quiero entender qué demonios pasó ayer y sé que tienes algo que ver. Estaba con mi hermano, fuiste allí sabiendo eso.

— Está bien, culpable. — Levantó las manos en el aire —. Solo fui detrás de mi hombre...

— ¡No soy tu hombre, carajo! ¿Qué hiciste, Marcella?

— No hice nada más que ir detrás de ti. Y tal vez solo llevé una distracción para Dom... Solo bebimos juntos, tuvimos sexo... Lo de siempre — comentó, jugando con sus propias uñas de manera indiferente.

— No haría eso.

Marcella río y caminó hasta donde estaba parado, enraizado en el suelo.

— ¿Cuántas veces has aparecido en mi puerta después de muchas copas de whisky queriendo sentir tu polla en mi chocha? — preguntó en voz baja, deslizándose los dedos por mis brazos—. Soy tu mujer, Dante. Siempre lo fui, tú lo sabes. Es por mí que buscas cuando bebes y te liberas de tus propias cadenas, de las cosas idiotas que has puesto en tu cabeza, tratando de "ser una mejor persona". Siempre amé quién eres, incluso tus partes oscuras... Te amo en su totalidad. No necesitas fingir ser alguien que no eres cerca de mí, como haces con ella — dijo, mirándome profundamente a los ojos —. Siempre es así, ¿no? Te alejas, pero en algún momento vuelves.

Era eso lo que me estaba consumiendo. Realmente siempre buscaba a Marcella después de muchas copas de whisky. Era un patrón que había seguido durante años, incluso con todo el tiempo que pasé viajando, queriendo cambiar mi percepción del mundo, en un intento de convertirme en alguien mejor.

Todas las veces que me sentía una mierda por todas las cosas que había hecho, cuando mis propios fantasmas me atormentaban diciendo que nunca podría reinventarme, bebía y la buscaba.

Cuando mi padre me tiraba a la cara la farsa que intentaba ser, bebía y la buscaba.

Me juzgaba por haber sido un hijo de puta en el pasado, pero Marcella no. Podía hacer lo que fuera, siempre encontraba alguna mierda coherente y sabía que eso era perjudicial, pero nunca lo suficientemente fuerte como para alejarla por completo, precisamente porque creía que, si fallaba, ella estaría allí.

No tenía sentimientos por ella, pero Marcella era una muleta para mí y sé que fui un hijo de puta por dejar que todo esto sucediera, por "usar" a alguien de esa manera. Ni yo podía entender lo que pasaba dentro de mí, actuaba por impulso en un intento de suprimir las cosas que estaba sintiendo. Y, desafortunadamente, con ella, siempre fui una persona egoísta.

Nunca tuve responsabilidad afectiva por ella y hoy logró ver eso. A pesar de que insistía en que nunca tendríamos nada, aun así la buscaba para sexo. Debería haberme alejado hace mucho tiempo, era lo correcto y también porque sabía que no era una flor que se olfatea se.

Marcella podía estar un poco obsesionada conmigo, pero ella era mucho más por su propio estatus. No solo quería a Dante, deseaba mi apellido y todo lo que estaba atado a él. Y tal vez por eso dejé de lado ese "qué importa" tanto tiempo y busqué a esa mujer tantas veces.

¿Y si repetía los patrones involuntariamente? La sensación de incertidumbre parecía acabar conmigo por completo, matándome por dentro lentamente.

— Marcella, ¿cuántas veces más necesito decirte que no te quiero? ¿Por qué demonios no entiendes eso, por el amor de Dios? — La aparté y comencé a caminar en círculos por el apartamento —. Y no intento fingir ser alguien que no soy, ¿de qué hablas?

— Te conozco, Dante. Eres tú de verdad cuando estás conmigo.

— No, no lo soy — afirmó y ella se encogió de hombros.

— No necesitas engañarte, ya no somos niños...

— ¡Entonces deja de actuar como una, porra!

— No estoy actuando como una — dijo, seria —. Siempre estaré aquí cuando me necesites, cuando todo se esté desmoronando, cuando me quieras. Una y otra vez. Y lo sabes, todas las células de tu cuerpo lo saben. Ayer fue solo otra prueba.

Inhalé con irritación.

— Nuestra relación siempre ha sido así. ¿Cuántas veces hemos terminado y vuelto? ¡Presta atención a lo que digo, Dante! Pueden pasar años, pero lo que tenemos nunca va a morir. Estamos destinados el uno al otro desde que nacimos. Todo el Círculo lo sabe.

— ¡Que se joda esa mierda de Círculo, Marcella!

— Puedes voltear la espalda a él, puedes intentar hacer todo para alejarme, pero hay algo más grande que nosotros dos. Finges que eres indiferente a mí, al C.O., a tu familia, pero no lo eres — afirmó, mirándome intensamente —. Si no perdieras tanto tiempo intentando fingir ser parte de la vida mediocre de esos muertos de hambre, podríamos casarnos y vivir la vida que sabemos que es la nuestra.

Parpadeó, perplejo con toda la locura que salía de su boca. En serio, ¿cómo podía pensar que todo eso era normal?

— Estás completamente loca, Marcella. ¡Amo a Manuela! — Ella arqueó una de las cejas, llena de burla —. Estoy completamente enamorado de ella. Sinceramente, no sé en qué realidad vives como para crear esas teorías en tu cabeza. No tengo idea de lo que pasó ayer, pero entiende de una vez por todas: no quiero estar contigo. No quiero follarte, ni salir contigo, ni nada parecido. Lo que teníamos ya se acabó hace mucho tiempo.

— Dijiste eso la última vez y aquí estamos de nuevo — replicó, seca.

— ¡Mierda, Marcella, te gusta sacarme de quicio, ¿no? ¡Maldita sea! — Pasé la mano por mi rostro —. Ah, que se joda, no tengo condiciones de lidiar contigo ahora.

Salí de su apartamento completamente trastornado. Nada de eso tenía sentido. Por más que quisiera con todas mis fuerzas creer que no había hecho nada, no tenía certeza. Después de todo, ya había actuado de forma impulsiva muchas veces con mi ex novia en el pasado.

Solo que todo esto era antes de Manuela. La amaba ahora y la amaba con todas mis fuerzas. No quería estar con nadie más que con ella, ella era la única para mí.

¿Cómo podría afirmar a Manuela que no había pasado nada entre nosotros cuando yo mismo no tenía certeza? ¿Cómo me creería? Estaba tan irritado, tan fuera de mí. El pensamiento de perderla me ahogaba por completo y nunca me había sentido tan impotente como ahora.

Regresé a mi antiguo y vacío apartamento, así como mi alma parecía estar. El silencio era devastador y resonaba dentro de mí.

Estaba completamente perdido y quebrado.



Estoy tan cansado que no sé qué hacer.
Estoy tan cansado que solo pienso en ti
¿Debería llamarte? Pero sé lo que harías.
:: I'm So Tired - The Beatles ::

Maria Manuela Guerra

Decidí no ir a trabajar ese día.

¡Que se joda!

Podía ser irresponsable un día y faltar. Llamé a Gui tan pronto como todo sucedió y él vino corriendo al apartamento. Le mostré las fotos, el audio y pasamos un buen rato conversando.

Lloré bastante en su hombro también, hasta que Giovanna se despertó. En ese momento, me limpié la cara y me puse una máscara para que mi hija no notara cuánto estaba afectada.

— ¿Estás segura de que no quieres que me quede hoy contigo?

— No, Gui, necesitas ir al escritorio.

— Puedo tomarme un día libre, no te preocupes por eso.

— No, no puedes, lo sabes. Tu departamento es una locura. Estoy bien — dije, sonriendo a medias y él me abrazó.

— Siento mucho que estés pasando por esto, Manu.

— Sí, yo también lo siento.

— ¿Vamos a comer algo? Traje pan.

— No tengo hambre.

Sentí mis ojos arder de nuevo. Miré a Giovanna jugando feliz en la alfombra sin tener idea de lo que estaba pasando. No entendía cómo Dante podía querer tirar todo lo que teníamos a la basura, nada de eso parecía tener sentido para mí.

Él había dicho que quería tener otro hijo, dijo que me amaba, ¡estábamos de mudanza! ¿Qué tipo de persona hace eso?

Respiré hondo, tratando de organizar todas las piezas. Ellos tenían un pasado de años, ella hablaba de eso con tanta propiedad... Probablemente algún deseo de su subconsciente habló más alto o tal vez Dante echó de menos a ella, la relación o el sexo que tenían.

Era difícil creer en eso y aún me sentía un poco idiota por mantener mi cerebro trabajando (inútilmente, porque ni siquiera podía razonar bien), intentando de alguna forma buscar cualquier cosa que justificara las fotos, el audio.

Una vez, escuché una conversación en uno de los cumpleaños a los que me vi obligada a ir de uno de los empleados de mi equipo. Uno de los abogados que trabajaba conmigo decía estar enamorado de su mujer, pero mantenía a una amante. No se separaba de su esposa, alegando que la amaba, que ella era la madre de sus hijos y que no había ninguna mujer como ella.

Contó que nunca la dejaría, pero que le gustaba tener sexo diferente de vez en cuando, y algunos de los tipos con los que estaba hablando rieron y dijeron que eso era normal.

¿En qué mundo esa mierda era normal, joder? ¿Cómo alguien podía ser tan bajo?

¿Y si Dante tuviera esa misma visión absurda, por más que parezca irreal? Tal vez yo tuviera una visión diferente sobre quién era él.

Mi cabeza parecía un torbellino, siendo invadida por diversos pensamientos absurdos y, al mismo tiempo, siendo refutados por cualquier lógica que intentaba obtener.

¿Por qué era tan difícil creer que él realmente me había traicionado? ¿Por qué seguía buscando alguna explicación para eso? Dante no era la misma persona del pasado, la evolución que había logrado, el desarrollo de toda nuestra relación... Parecía verdaderamente feliz con nuestra familia.

¿Era yo tan idiota?

O tal vez, en el fondo, él todavía fuera el idiota que conocí en el pasado. Tal vez me había dejado engañar o no había visto las señales.

Escuchamos golpes en la puerta y cuando la abrí, Adriano entró como un huracán, viniendo directamente hacia mí.

Adriano.

"Nunca vas a ser feliz con él, Manuela. ¡Despierta! No tiene carácter, nunca lo tuvo. En la primera oportunidad que tenga, te pisoteará, porque él es Dante Perazzo y eso es lo que hace este idiota."

No.

Me negaba a creer que Adriano tuviera razón.

— ¿Cómo estás? — preguntó, sentándose a mi lado y sosteniendo una de mis manos.

— ¿Cómo sabes? — Miré a Gui, que frunció el ceño, sin entender.

Adriano me miró serio y sostuvo mi mano. Abría y cerraba la boca, como si estuviera buscando las mejores palabras para decirme algo.

— Siempre intenté advertirte sobre Dante, Manu. Y está bien, eres una persona muy buena y nunca logras ver la maldad en los demás — comenzó a decir —. Sabía que era solo cuestión de tiempo y le pedí a un amigo que lo vigilara.

— Tú...

— ¿Hiciste eso? — preguntó Guilherme, irritado —. ¿Cuál es tu problema, Adriano?

— No voy a discutir contigo, Guilherme — lo interrumpió y se volvió hacia mí —. Solo intentaba protegerte de lo que sabía que saldría mal. Te prometí que siempre cuidaría de ti, ¿no lo dije? A

diferencia de él, yo no rompo mis promesas. Y sabes que, si estuvieras conmigo, nunca pasarías por esto.

— ¡No puedo creer esto! — Mi mejor amigo se pasó las manos por la cara y lo fulminó con la mirada.

— No te pedí que hicieras eso — dije.

— Pensé que merecías saber la verdad. Y no lo estoy haciendo por mí, sino por ti.

— ¡Adriano, por el amor de Dios, cállate! — dijo Guilherme entre dientes, sin ninguna paciencia.

— Solo estoy diciendo que...

— No, estás siendo inconveniente, amigo.

— No voy a decir nada más, Guilherme. En fin, ¿no vas a trabajar hoy? — preguntó y yo sacudí la cabeza negativamente, aun tratando de asimilar toda esa información. — Puedo quedarme aquí contigo.

— No, no es necesario.

— No te voy a dejar sola.

— Yo me quedo con ella, Adriano — replicó Gui.

— No quiero que ninguno de los dos se quede aquí. Solo quiero estar sola — dije al final. — Pasaré por casa de mi madre más tarde. Por favor, no insistan.

— Llevaré a Gio a la pensión, ¿ok? — avisó mi mejor amigo y asentí.

Los tres se fueron y me hundí aún más en el sofá. Pasé un buen rato mirando al techo, tratando de entender cómo me sentía respecto a todo eso.

No estaba cómoda sabiendo que Adriano se había metido en mi vida de esa manera, pero al mismo tiempo, no quería tener una venda en los ojos, no quería ser engañada.

Gui salió más temprano del trabajo y me trajo un *Cheddar*[31] de *McDonalds* en un intento de animarme. Sin que tuviera que preguntar nada, comentó que no había encontrado a Dante en el escritorio, pero que sabía que él había ido a trabajar.

Nunca había sentido nada semejante; era como si un pedazo de mí estuviera en un limbo completo. Tal vez ni yo misma tenía idea

de la dimensión de mis sentimientos por él, pero todo a mi alrededor había perdido sentido ahora.

Era como si toda mi vida fuera una torre de bloques de madera derribados y me parecía demasiado agotador intentar volver a colocar todas las piezas en su lugar.

Desmoronando. Más y más. Así es como me sentía.

Por más que supiera que todo el dolor que sentía hoy eventualmente pasaría, mi corazón gritaba en desesperación ahora.

"El dolor del amor pasa."

Escuché la voz de Déia Freitas, del *podcast "Não Inviabilize"*[32], resonando en mi cabeza.

¿Cuánto tiempo tardaría en pasar, entretanto?

Las frases dichas en el audio se movían como una especie de tentáculos, entrelazándose en mi mente y envolviéndome en una tormenta emocional.

Fui a la pensión un tiempo después. Conté todo lo que había sucedido a mi madre y a mi primo, que intentaron animarme de todas las formas, pero todo lo que quería ese día era no existir. Mañana sería un nuevo día. Mañana reuniría todas mis fuerzas nuevamente, pero no hoy.

Decidí que dormiría allí; no quería toparme con él en el apartamento y Dante ya había enviado decenas de mensajes preguntando si podía ir allí para que hablásemos.

Tan pronto como terminé de darle de comer a Giovanna, me quedé acostada con ella en la cama de mi antiguo cuarto. Ella jugó durante un tiempo con algunos muñequitos y luego, cuando me oyó sollozar, vino hacia mí, apoyó su cabecita a mi lado y limpió mis lágrimas con sus manitas pequeñas.

La miré, fijando mi mirada en esos ojos color marrón-verdoso, del mismo color que los de Dante, esos ojos que hacían que mi corazón se derritiera en un segundo.

Eran tan iguales. Había tanto de Dante en Gio.

La parte de él y la mía. El resultado de los dos.

Ella me parpadeó, sin entender lo que estaba pasando, pero permaneció tranquila, con los brazos alrededor de mi cuello y

balbuceó algunas veces algo como *"¿estás triste, mamita?"*, mientras posaba sus manos en mis mejillas, como yo solía hacer con ella.

Su cabeza giraba por la habitación, observando el lugar donde estábamos.

— Papá. Mamá. ¿Dónde están? — preguntó, sentándose de frente a mí y levantando los dos bracitos en el aire.

— Papá no está aquí hoy, vamos a dormir en casa de la abuela.

Ella hizo un puchero y suspiró frustrada. Todo lo que no deseaba era otro cambio en la vida de Giovanna, pero estaba fuera de mi alcance que las cosas fueran diferentes.

Nada de eso fue mi elección.

Después de un tiempo, ella volvió a moverse, gateando por el colchón y levantando una pila de bloques.

Parecía tan fácil y me gustaría que mi vida fuera así.



Dante Perazzo

El día había sido horrible. Ella no había ido a trabajar, como sospechaba. Por lo tanto, evité salir de mi escritorio al máximo, teniendo contacto solo con nuestra secretaria.

Fui al hotel, pregunté a algunos empleados sobre la noche anterior e identifiqué al barman que nos estaba sirviendo. Comenté que había bebido mucho y pregunté si notó algo extraño sucediendo en nuestra mesa. La respuesta fue inmediata: se disculpó y dijo que no había visto nada anormal, que muchos clientes pasaban por allí.

Un inútil.

Intenté contactar al gerente, pero no estaba ahí, así que decidí que volvería al día siguiente.

Envié mensajes hasta que Manuela bloqueó mi número y Guilherme solo me respondió que estaba todo bien, de una manera muy seca, y me pidió que respetara su tiempo, que, si necesitaba saber de Giovanna, solo tenía que mandarle un mensaje.

— No sé qué hacer, Dom — dije, sintiéndome derrotado cuando él llegó a mi apartamento. — Pasé toda la tarde pensando, nada de esta porquería tiene sentido.

— ¿Ella confirmó que ustedes tuvieron relaciones?

— Sí, ¡pero no es posible! No traicionaría a Manuela, estoy completamente enamorado. — Respiré hondo. — Iba a pedirle que se casara conmigo.

Mi hermano abrió los ojos y llevó una de sus manos a la boca.

— Tú...

— Sí, había ido a una joyería a ver anillos anteayer — conté, con la voz baja, sintiéndola temblar.

Estaba tan seguro de lo que quería. Casarme con Manuela era simplemente como una fuerza de la naturaleza: inevitable. Tenerla para siempre en mi vida parecía la única cosa que tenía sentido.

Dom hizo una mueca.

— ¿No vas a usar uno de los anillos de la familia?

— Ah, claro... Porque nuestro padre va a liberar uno de los anillos de nuestra familia para que yo le ponga en el dedo a Manuela — respondí, lleno de ironía.

— ¡Que se joda él! — Dom escupió las palabras, sacando algo del bolsillo y colocándolo en el centro de la mesa.

Mis cejas se juntaron en ese instante, demostrando toda mi confusión. Abrí la cajita de terciopelo negro, que revelaba el anillo favorito de mi hermano.

Una vez, cuando estábamos mirando la caja fuerte de la familia, Dom me mostró esa joya. Era de oro blanco refinado y tenía un gran diamante en el centro de la pieza. Algunos detalles intrincados esculpidos a mano adornaban el aro, con algunos arabescos y gránulos.

— ¿Por qué tienes un anillo de compromiso en el bolsillo? — fue lo único que logré preguntar.

— Iba a sugerirte que le pidieras matrimonio a la "eco molesta"... — Él puso los ojos en blanco. — Para ver si deshaces la cagada que hiciste. No es que me emocione tenerla de cuñada, pero es bastante evidente que estás loco por ella y... Bueno, nunca te vi así. Y yo, mejor que nadie, sé que no elegimos de quién nos enamoramos.

La última frase salió llena de resentimiento y mi hermano miró sus manos, que apretaban con fuerza el sofá de la silla.

— Todavía estoy muy confundido. Este es tu anillo y ¿cómo lo sacaste de la caja fuerte hoy si ni siquiera hablas con nuestros padres?

— No lo saqué hoy, ya tiene un tiempo. Había decidido que iba a dejar de postergar todo este asunto de casar — confesó.

Levanté una de las cejas.

— No dijiste nada. ¿Cuáles eran las opciones?

— Marcella era una de ellas — dijo, mirándome como si esperara alguna reacción. Mis ojos se abrieron aún más, porque Dom no tenía mucha paciencia con ella. — Su familia está en problemas y mi padre estaba molestando con eso.

Me parecía absurdo que los Rangel pudieran ser expulsados del C.O., pero nada de esa sociedad maldita me sorprendía.

— Le dije que ni pensarlo, pero sabes bien lo manipulador que es Genaro Perazzo... —Él soltó una risa sin humor. — Llegué a considerar a esa sin sentido.

— No puedo imaginarte casado con ella. — Solté una risa.

— Yo tampoco. En realidad, para mí, siempre fue indiferente quién sería, lo sabes. Es solo un cargo — comentó, pensativo.

— No tiene que ser así, Dom.

— No sé nada más, Dan. De todos modos, me importa poco el anillo. — Se encogió de hombros y luego empezó a golpear con los dedos sobre el vidrio de la mesa. — Manuela es la madre de tu hija, de tu heredera, no hay nada más justo que le pidas matrimonio con una joya de la familia.

— Dom, ella dejó muy claro que no quería nada conmigo.

— Guarda esa mierda y resuelve las cosas, Dante. Si ella es lo que quieres, encuentra la manera de arreglar las cosas.

Asentí, aunque sin estar seguro. La mirada decepcionada de Manuela desgarraba mi pecho y era más dolorosa que cuchillos cortando cada parte de mi cuerpo.

— No me conformo con el hecho de no recordar nada. ¿Cómo puedo defenderme de algo que ni siquiera sé si hice? ¿Y si realmente lo hice...

— No sé cómo ayudarte — dijo, pareciendo molesto. — Fui al hotel, traté de convencer al gerente de que me diera las grabaciones de forma amigable... — Dom hizo una pausa. — También de forma no amigable.

Entreabrir la boca, un poco sorprendido. Ni siquiera había logrado hablar con el jodido gerente. No sé cómo seguía sorprendiéndome con el hecho de que Domenico siempre tomara la delantera para protegerme o ayudarme.

— No quieren liberar sin autorización judicial. Ya le pedí todo al abogado, pero sabes bien que dentro de *Scorpius* las cosas entran en una zona gris. Hay mucha gente poderosa detrás, reuniones que nadie tiene autorización para conocer... Es demasiado complejo y hay un límite. Incluso para nosotros.

Mi hermano soltó el aire, cansado.

— Por primera vez, siento que no puedo resolver las cosas por ti y eso me duele un montón, porque movería el mundo por ti, hermano.

— Lo sé, Dom — dije en voz baja, acercándose a él y abrazándolo. — Gracias por esto, por al menos haberlo intentado. Te amo.

— Yo también te amo.

Dom se fue y traté de concentrarme al máximo y ocupar mi cabeza con el trabajo, pero fue completamente en vano. Podía concentrarme durante unos minutos y luego mis pensamientos se desviaban hacia Manuela.

Pasé la maldita noche entera viendo videos y fotos en mi celular y me terminé una botella entera de *whisky*, y luego tomé un

Uber hacia su departamento. Sabía que Manuela estaba durmiendo en la pensión, Guilherme me lo había avisado unas horas antes.

La sensación de vacío no se disipó cuando llegué al departamento. De hecho, empeoró. Me senté en el sofá, observando una grieta en la pared que parecía representar bien mi vida ahora.

Rota, quebrada.

Suspiré profundamente y caminé por el pasillo, deteniéndose en la habitación de Giovanna. La cuna vacía, las luces apagadas. Desde que había descubierto sobre mi hija, no había pasado un solo día sin ella.

Me tumbé en la cama, la cama que era nuestra. Hundí mi cara en su almohada, inhalando el perfume embriagador de ella que aún estaba por todo el tejido. Tomé el anillo que Dom me había dado y lo giré en mi dedo, perdido en mis pensamientos, imaginando el momento que había repasado en mi cabeza tantas veces, pidiéndole que se casara conmigo y tratando de entender por qué mi vida parecía un tren descarrilado ahora.

Era obvio. Manuela no estaba aquí, ¿cómo podía mi vida estar en orden sin ella?



Pero creo que acabo de cometer el mayor error de mi vida.
Creo que acabo de cometer el mayor error de mi vida.
:: Biggest Mistake - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

No dormí nada esa noche y eso era visible por las ojeras grisáceas debajo de mis ojos, pero no me importaba en absoluto. Pasé toda la madrugada tratando de recordar lo que había sucedido, sin ningún éxito.

Cuando llegué a el escritorio, Deusa me informó que Manuela estaba en su sala y sentí mi cuerpo conflictuando entre el desespero de verla y el miedo a su mirada. Estuve plantado por cinco minutos, mirando la puerta frente a mí, hasta que dio algunos golpecitos y escuché su voz, autorizando mi entrada.

Y ahí estaban esos ojos que tanto amaba, mirándome de la misma manera: llenos de tristeza.

— Manuela... — la llamé, cerrando la puerta detrás de mí y caminando apresuradamente hacia su escritorio.

Ella se levantó y dio un paso atrás, alejándose de mí. Cruzó los brazos y miró al suelo.

No sabía bien qué decir. "Buenos días" me parecía irrelevante. "¿Cómo estás?" sonaba hasta burlón, porque claro que nadie estaba bien, joder.

— Pensé en pasar por la pensión para ver a Giovanna, pero no sabía si debía.

— Es tu hija, puedes verla cuando quieras — respondió, fría. — No voy a impedir eso.

— ¿Podemos hablar, por favor?

— Dante, realmente no quiero hablar — afirmó con voz débil, desviando la mirada de la mía.

— Manuela... — Me acerqué a ella en un movimiento involuntario, poniendo una mano en su cintura y la otra en su rostro.

Ella pareció titubear, pero no se movió. Sus ojos encontraron los míos y estaban brillando. Manuela se estaba conteniendo para no llorar y yo sentía que mis ojos ardían de la misma manera. Pasé el pulgar por su mejilla y su cuerpo pareció temblar con mi toque.

Mi otra mano apartó un mechón de su cabello, sujetándolo detrás de la oreja, y ella siguió mirándome de esa manera, como si estuviera a punto de desmoronarse en mis manos.

— Por favor, Dante — pidió en voz baja. — Estamos en el trabajo y lo último que quiero es mezclar las cosas.

— No sé qué más hacer. Incluso respirar me parece difícil ahora. Dime qué hacer, Manuela, por favor.

Finalmente, ella reunió fuerzas para alejarse y sentí mi estómago hundiéndose cuando el calor de su cuerpo se soltó del mío.

— No creo que haya nada que hacer — dijo con la voz temblorosa, sin poder levantar los ojos para mirarme. — Por favor, Dante, no hablemos de nuestra vida personal en el trabajo. Ya va a ser extremadamente doloroso trabajar juntos, no tengo la emocionalidad para lidiar con los problemas aquí también. La única cosa que te pido es que no traigas este tema dentro del escritorio.

Asentí.

— Vamos a fingir que nada de esto pasó mientras estuvimos aquí. Somos adultos, somos profesionales y tenemos una hija. No

me importa que hablemos sobre Giovanna, de hecho, necesitamos hacerlo, pero no quiero discutir nuestra relación.

— ¿Cómo está ella?

— Ayer preguntó por ti — dijo y su respiración pareció desajustarse.

— La extraño. — Hice una pausa, tratando de contener las lágrimas. — Y también te extraño a ti.

— ¡Dante, por favor! — insistió, su mirada tenía tanto dolor que sentí que mi corazón se rompía en más pedazos. — Puedes recoger a Giovanna hoy en la pensión. Podemos dividir los días, creo que así será menos impactante para que ella se acostumbre con la nueva dinámica.

La miré y tragué en seco.

Nueva dinámica.

De una vida sin ella.

Era real. Sus palabras eran tan duras y Manuela parecía tan decidida sobre nosotros dos. Era como si la viera deslizándose entre mis dedos y no pudiera hacer absolutamente nada.

— ¿Está bien para ti? — preguntó algunos segundos después.

— Está bien — respondí simplemente, pero la sensación era como si un tractor estuviera aplastando mi pecho.

— Bien. Tenemos la reunión agendada con Julio esta semana. Organizaré las propuestas en las que trabajamos durante esta semana y te las enviaré para que agregues algo.

Asentí y luego fui a mi escritorio. No quería insistir y estresarla aún más. Le daría algo de tiempo antes de intentar hablar nuevamente.

Le envié un mensaje a Guilherme, preguntando si podíamos almorzar juntos, pero él me informó que se quedaría con Manuela y dijo que al final de la jornada podría venir a mi escritorio.



El vacío en mi pecho crecía con cada tic del reloj, las horas arrastrándose por un dolor silencioso que me recordaba todo el tiempo su ausencia.

— Dante. — Guilherme entró en la sala y parecía irritado.

— Guilherme. Necesitamos hablar...

— ¿Qué te dije, Dante? Te dije que no hicieras sufrir a Manu. — Me miró, molesto, y luego explosó: — ¡Joder, ¿cómo pudiste ser tan imbécil?

— ¡No sé qué demonios pasó!

— ¿En serio?

— No recuerdo nada, pero no traicionaría a Manuela. Estoy quemando mis neuronas tratando de recordar aquella maldita noche. ¡Sabes cómo me siento respecto a ella!

— Es muy difícil creerlo cuando hay una foto de tu ex encima de ti y un audio en el que dices cuánto la extrañas.

— Sé que bebí demasiado, pero no puedo creer que eso haya pasado. Ni siquiera siento deseo por otra mujer, Guilherme, ¡carajo! Si la maldita Gal Gadot[33] apareciera desnuda aquí frente a mí, creo que mi polla seguiría muerta dentro de los pantalones. Solo... ¡no recuerdo nada!

Él me dio una larga mirada. Había algo allí, como si Guilherme estuviera tratando de analizar, de diseccionar.

— Si no recuerdas, ¿cómo puedes estar seguro de que no pasó nada?

— No puedo — respondí, sintiendo mi voz débil y pasándome las manos por la cara, indignado con toda la situación. — ¡Pero no haría eso, amigo! Sé que no lo haría. ¿De verdad crees que tiraría a mi familia a la basura por una cama con Marcella? ¡Honestamente, ni siquiera tiene sentido!

— Tendrías que ser muy tonto, de hecho, pero hay personas tontas en el mundo — replicó, seco, cruzando los brazos.

— No soy tonto, Guilherme — respondí con rabia. — Y lo sabes.

— ¡Sé que estuviste con tu ex, Dante! — casi gruñó. — No era un montaje, ¡eras tú! ¿Qué quieres que haga? Manuela está

destruida, no para de llorar.

Esa frase me golpeó como un cuchillo.

— Sé que nos hicimos amigos y, para ser sincero, fue difícil creerlo cuando Manu me contó, pero me rompí la cara cuando escuché el audio y vi esa foto. Lo siento, amigo, pero no puedo defenderte esta vez. Ya estoy conteniendo para no darte un puñetazo en la cara.

— Voy a encontrar la manera de descubrir lo que pasó — afirmó.

Él me miró con pena y suspiró frustrado.

— Vas a quedarte con Giovanna hoy, ¿verdad? — preguntó y yo asentí con la cabeza. — No necesitas ir a la pensión, yo la llevo hasta tu apartamento. Lo último que necesitamos es a Adriano queriendo golpear a alguien.

— ¿Y quién se cree ese imbécil para querer hacer algo?

— Aún tengo un mínimo de consideración por ti y es por eso que no lo hago yo mismo, pero Adriano quiere tu sangre.

— ¿Fue tras de ella? — pregunté, irritado. — ¿En serio, joder?

— Fue él quien descubrió todo, Dante — dijo y frunció el ceño, sin entender. — Puso a alguien para que te siguiera, sabiendo que ibas a cometer un error. Por eso hay fotos, audios...

— ¿Qué hizo? — grité y luego me pinché el puente de la nariz, recordando que estaba en mi lugar de trabajo. — ¡Hijo de puta!

Solté una risa sin humor.

— Não confio nele. Aposto que esse filho da puta é responsável por isso!

—¿Responsable de qué, Dante? ¿Crees que Adriano te obligó a ir a una habitación con tu ex y decirle las cosas que le dijo? ¡Por amor a Dios! ¡Reconoce tus B.O.s[34], maldita sea!

No sé, pero eso no está bien. ¿Pagar a alguien para que me siga? ¿Esto es una película, carajo? — pregunté, enfadado, moviendo las manos frenéticamente y sintiendo mi sangre hervir.

— No estoy de acuerdo con lo que hizo, pero eras tú la persona en la foto, Dante. No es como si hubiera tomado una poción *Polissuco*[35] y se hubiera hecho pasar por ti.

— ¿Tomado qué, joder?

— ¡Olvídalo! — sacudió la cabeza y yo hice una mueca, sin entender nada.

Probablemente era alguna referencia *nerd* de ese idiota.

— Era lo único que me faltaba ahora. El hijo de puta va a aprovechar todo esto para ligar con Manuela.

— No creo que él haga eso, Dante. Manu está bastante frágil...

— ¿De verdad? ¿Realmente piensas eso, Guilherme? — pregunté con desdén y él no me respondió. — Exacto.

— Son amigos, Dante.

— No, ella es su amiga. Adriano es solo un imbécil manipulador que intenta robarme a mi hija y a mi mujer. ¡Ese hijo de puta quiere mi vida! ¡Un resentido de mierda!

— ¿Robarte a Gio? — preguntó, confundido, y soltó una risa débil. — Veo que Adriano ha mejorado mucho con Giovanna, pero creo que estás exagerando.

— ¿Ah? ¿Ha mejorado con Giovanna? — indagué sin entender y él me miró, frunciendo el ceño.

— Sí, claro. Se ha esforzado por tener una mejor relación con ella.

— ¿De qué demonios estás hablando, Guilherme?

— ¡Ah! — Su expresión cambió y murmuró una grosería para sí mismo. — Ahn... ¿Manu nunca te contó? Mierda. Olvida lo que dije — comenzó a balbucear las palabras y su voz tembló mientras se dirigía hacia la puerta. — Pasaré por el apartamento para...

— ¡Guilherme! — casi grité de nuevo, cerrando la puerta antes de que pudiera salir. — ¿Qué es lo que Manuela nunca me contó?

— Mierda, Dante. Si ella no te lo dijo, no soy yo quien va a hacerlo.

— ¡Ah, sí que lo harás!

— No es nada del otro mundo, realmente — intento, un poco avergonzado. — Olvida eso. Está todo bien ahora.

— Yo soy quien va a juzgar si no es nada del otro mundo. Vamos, suelta esa información.

Me miró, exhausto, y bufó.

— Adriano siempre ha tenido una relación complicada con Giovanna. Él y Manu llegaron a pelear por eso porque nunca aceptó el hecho de que ella fuera su hija y terminó creando un abismo de distanciamiento con Gio.

— ¿Qué? — Fruncí el ceño, completamente confuso. — Desde que descubrí sobre Gio, el imbécil siempre estuvo encima de ella como un buitre.

— Siempre fue algo bastante extraño. Pensábamos que podía ser cosa de nuestra cabeza. Era bastante cercano a Lucca, pero también estaba el hecho de que Giovanna es niña... No sé, pensábamos que tal vez no se había conectado mucho con la bebé.

Parpadeó, un poco perplejo por nunca haber oído nada de eso.

— Solo que un poco antes de que tú lo descubrieras, él dijo unas tonterías y Manu se enojó y dijo que se alejaría. Fue como una confirmación de lo que sospechábamos. Solo que Adriano se disculpó, dijo que no tenía nada que ver y prometió que se esforzaría por tener una mejor relación con la chica. La verdad es que nunca aceptó toda esta historia, Giovanna era un recordatorio diario de que ella tenía una hija contigo y no con él.

— ¡Qué hijo de puta! ¡Giovanna es una niña, joder!

— Sí, sí, lo sé. No intento entender las paranoias de Adriano, Dante. Incluso tuvo celos de mí con ella. — Soltó el aire, encogiéndose de hombros.

— Está enfermo. No puedo creer que ese idiota pueda ser tan bajo como para desquitarse de sus frustraciones con una niña.

— Ni siquiera me gusta entrar en ese tema, ya he discutido mucho con él sobre eso.

Era casi inimaginable pensar en eso. ¿Cómo podía una persona ser tan loca?

— Dante, por favor, no le digas a Manu que te lo conté, ¿ok? No provoques más problemas. Ya fue, ya pasó. Ella resolvió, impuso límites y tú ni siquiera habías entrado en la vida de ellas. Las cosas ya están más turbulentas de lo que deberían y esto sería otro problema para la lista. Manuela está estresada, lastimada y lo último que necesitamos ahora es otro roce entre tú y Adriano.

— No voy a decir nada — afirmó.

— Bien. Me voy y te encuentro en el apartamento más tarde.

Se dio la vuelta para salir de la sala.

— Guilherme... Solo cuida de ella, ¿ok? — pedí y él asintió con la cabeza.

Tomé algunos documentos y pasé por la sala de Manuela. Ella ya se había ido y dejé los papeles sobre su mesa.

Fui hasta mi apartamento, me di una ducha y no tardó mucho en que Guilherme llegara con Giovanna. Solo había pasado un día y medio sin verla, y eso parecía tan mal.

Mi corazón se desbordó cuando ella estiró sus bracitos para venir a mi regazo, gritando "papá" animadamente. Guilherme no se quedó más de cinco minutos, alegando que necesitaba ayudar a Julia con la cena.

La abracé contra mi cuerpo, llenándola de besos, aprovechando para oler su fragancia, porque ya la extrañaba mucho. Dios, amaba tanto a esa niña... Y solo de pensar en la posibilidad de hacerla sufrir, una sensación de ahogo me invadía.

¿Cómo podía existir un amor de tal magnitud?

Era un amor que trascendía las palabras y acciones, que no podía medirse ni explicarse ni siquiera con la descripción más profunda.

Dentro de ese abrazo, podía sentir el lazo único que era solo nuestro, independientemente de haber sido creado tan tarde. En esos momentos, me daba cuenta de que nuestra relación nunca había sido afectada por las decisiones que Manuela tomó. No era una "historia perfecta", pero no necesitábamos perfección para ese tipo de amor.

Giovanna era mi centro. De absolutamente todo. Independientemente del tiempo o cualquier otra cosa.

Observé sus ojitos curiosos examinando el lugar, como si quisiera explorar todo a su alrededor.

— ¿Te divertiste con Lucca hoy? — pregunté y ella respondió que sí, moviendo la cabeza y comenzó a hablar conmigo, intentando decir varias otras cosas.

— ¿De verdad, capibara?

— *Xim, papá.*

Nos quedamos allí hablando y jugando, y ella recorrió todo el apartamento, derribando todo lo que estaba a su alcance. Gracias a Dios yo era precavido y había quitado las macetas de su lugar.

— ¡El tío Dom llegó! — avisé cuando sonó el intercomunicador y ella gritó, emocionada, corriendo como un pingüino hasta la puerta.

— ¡*DomDom*! — repitió, aplaudiendo, y la levanté en brazos, dándole un beso en su mejilla.

El rostro de Giovanna se iluminó al ver a mi hermano, y lo mismo le ocurrió a él. Domenico la tomó de mis brazos, llenando a su sobrina de besos mientras ella reía a carcajadas por la cosquillita que le hacía su barba.

Dom trajo una bolsa de regalos y ella se volvió loca, desgarrando los papeles y haciendo un desastre en la sala.

— ¡*Tiíííícho*! — lo llamó, balbuceando varias palabras sin sentido, y Domenico soltó una risa.

Él había comprado un helicóptero de empujar y ella daba gritos emocionados, corriendo como una loca por el apartamento. Reía a carcajadas, mirándonos a ambos, cuestionando si estábamos viendo lo que estaba pasando. Sus expresiones eran demasiado graciosas y mi hermano y yo empezamos a reír.

Maldita sea, ¡cómo quería que Manuela estuviera aquí para verla así!

Comimos juntos y le agradecí a Domenico por haber estado conmigo. Ya imaginaba que Giovanna tardaría más tiempo de lo normal en dormir, pero mi pecho se apretó cuando comenzó a llamar por Manuela varias veces, llegando incluso a llorar durante unos minutos.

Otra noche sin ella. Quería poder abrazarla, hundir mi cabeza en su hombro y perderme en su calor mientras le contaba cómo Gio se había puesto feliz con los regalos.

Manuela no estaba aquí, sin embargo.

Solo había un inmenso vacío.

Y oscuridad.



No lo aguanto un día más
Quizás pienses que he visto el mundo.
Pero prefiero ver a mi chica.
:: Going Home - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Pasaron dos semanas y hace 5 días salí del apartamento y me mudé a la casa nueva. Todo ya estaba listo, de la manera que ambos queríamos. Excepto que, ahora, estaba viviendo en la maldita casa sin ella, obligado a observar todos los detalles que Manuela había elegido.

Incluso los de mal gusto. Y ni siquiera podía burlarme de ella.

Nuestra relación seguía igual. Solo hablábamos sobre Giovanna y los temas del trabajo. El único tema diferente que tuvimos fue cuando le avisé que me estaba mudando a la casa nueva; ella solo me miró triste y sonrió a medias.

Estábamos dividiendo los días con la bebé y eso era un desastre, porque sabía que ella estaba confundida con lo que estaba sucediendo. Casi todos los días me preguntaba dónde estaba Manuela y, las veces que mencioné eso, ella dijo que Gio hacía lo

mismo cuando estaban juntas. Y cambió de tema a la primera oportunidad.

Gracias a Dios estábamos llenos de trabajo, eso era bueno para ocupar mi cabeza. Casi todos los días había una manifestación diferente y a veces se volvían un poco más agresivas, siendo necesario llamar refuerzos.

Ambos recibimos una amenaza anónima, ordenando que detuviéramos lo que estábamos haciendo. Mi padre incluso había enviado decenas de mensajes sarcásticos dejando claro cuánto estaba avergonzando a la familia con mis actos.

La semana siguiente a lo ocurrido, me volví loco y fui hasta la puerta del edificio del escritorio de Adriano. Estaba convencido de que había organizado algo y quería presionarlo para que me diera el contacto del hijo de puta que había tomado las fotos y grabado el video. Obviamente, el idiota no me dio nada, llamó al guardia de seguridad y todavía dijo que, si me acercaba a él, pondría una denuncia.

No habíamos tenido ningún éxito con las cámaras, pero eso ya era esperado, porque el hotel recibía mucha gente que no quería "ser vista".

Guilherme también estaba distante. Almorzamos juntos al día siguiente de que fui tras Adriano porque él quería pedirme que "manejara mi onda". Hablamos un poco sobre el trabajo, sobre Giovanna, y básicamente eso fue todo.

Fueron innumerables las noches en las que estuve repasando ese día, en vano. Seguía intrigado, pensando en lo que ella podría haber hecho. ¿Cómo alguien había entrado en la habitación para tomar una foto y grabar un audio sin que nos diéramos cuenta?

Me llamó varias veces, pero empezó a irritarse porque siempre que la atendía, quería preguntar sobre esa noche. Sus respuestas eran siempre algo como "no sé, Dante, también estaba borracha".

De cualquier manera, ya no podía soportar pensar en ese tema, me estaba consumiendo. Necesitaba concentrarme en los informes que Manuela y yo estábamos haciendo sobre el área de conservación.

— ¿Crees que valdría la pena intentar algún tipo de colaboración con las ONGs locales y las empresas de turismo para impulsar la aceptación del corredor ecológico? — preguntó sin mirarme a los ojos mientras garabateaba algunas cosas en el papel.

— Creo que sí. Tal vez podríamos involucrar a las comunidades locales de manera más directa.

— Sí, me pregunto si esa es la mejor alternativa. — Torció el labio, pensativa, golpeando suavemente la pluma contra su mentón.

Maldita sea, era tan linda.

Sentía tanta falta de besar, de sentir su olor y el calor de su cuerpo junto al mío. Y el dolor era aún mayor al saber que ese sentimiento nunca saldría de mí.

— Solo necesitamos asegurarnos de que estas colaboraciones sean transparentes y estén comprometidas con los principios de conservación. Lo último que queremos es que la exploración turística termine perjudicando los mismos ecosistemas que estamos tratando de proteger. ¿Crees que eso puede suceder?

— Posiblemente. Leonardo Ortega comentó sobre eso, dijo que pasó por algunos casos de gente manipulando información por intereses particulares.

Ella volvió a escribir algunas cosas en el documento, concentrada, mientras yo observaba cada uno de sus movimientos.

— Dom y yo llevamos a Gio a un carrusel ayer — conté y ella levantó la mirada, curiosa —. Seguro que la gente pensó que éramos una pareja.

Ella se río y casi me quedé sin aliento por unos instantes.

— Estaba tan feliz y repetía el nombre de todos los animalitos que le mostré. Tenías que haberlo visto, Manuela.

Su cuerpo parecía relajarse, con una sonrisa tonta en el rostro.

— Me hubiera gustado verlo...

— Puedes ir con nosotros la próxima vez — sugerí y en el mismo segundo me arrepentí, porque respiró hondo y volvió a mirarme con una mirada triste.

— No creo que sea una buena idea, Dante.

— Está bien... — hice una pausa y limpié la garganta —. En fin, Dom encontró unas fotos antiguas nuestras de cuando teníamos su

edad.

— Tu madre me mostró una foto tuya una vez que la encontré en el centro comercial. Apenas podía decir quién eras tú y quién era Giovanna. — Ella sonrió de nuevo.

— No exageres, Manuela, ella tiene tanto de ti.

Ella hizo un silbido con la boca y roló los ojos como si estuviera inventando eso. Por unos segundos, me transportó a unas semanas atrás y todo parecía igual.

— No sirve de nada que hagas esa cara. Ella puede tener mi cabello, el color de mis ojos y quizás ser tan deficiente en vitamina D como yo... — Ella contuvo una risa. — Pero Gio es una combinación perfecta de los dos, Manuela.

— Sí, lo es. — Ella volvió a sonreír a medias y suspiró profundo, desviando los ojos de los míos inmediatamente.

Manuela mantenía la mirada fija en los papeles, escribiendo con la cabeza baja. Era difícil mirarla a los ojos y quizás ella tuviera la misma dificultad. Ya no podía soportar toda esa distancia, no poder compartir las cosas, no tenerla más en mi vida como antes.

— Nosotros... Sé que no quieres esto, pero Giovanna ha preguntado tanto por ti cuando estamos solo los dos. Creo que es extraño que estemos los tres juntos. — Sentí mi voz entrecortarse y ella me miró a través de sus pestañas, sin levantar mucho la cara.

— Dante...

— Entiendo que toda esta situación es una mierda y sé que ni siquiera quieres verme pintado de oro, pero me parte el corazón ver a nuestra hija buscándote.

— Ella también te busca todas las noches por la casa — confesó, soltando el aire y sosteniendo la mirada solo por unos segundos. Luego, volvió a bajar la mirada y su voz sonó débil: — También me destruye ver a Giovanna así.

— Piensa mejor sobre pasar una tarde juntos. O tal vez un almuerzo, una cena. — Ella hizo un gesto de comenzar a hablar, pero la interrumpí. — Por favor, solo piensa en ello, Manuela.

Y quedó en silencio, pero solo asintió.



Maria Manuela Guerra

Giovanna llevaba dos horas llorando ininterrumpidamente, gritando "papá" entre sollozos desde el momento en que la senté en la silla alta para que cenara.

Desde que Dante se había mudado, ella tardaba más en comer y sabía que era solo una rabieta porque quería comer con él. Eso me devastaba. Ya era difícil no pensar en Dante 24 horas al día y simplemente me partía el corazón ver a Gio también extrañando nuestra antigua rutina.

En los últimos días, lloraba un poco y luego se detenía, pero hoy estaba furiosa, tirando la cuchara al suelo, irritada, cada vez que la recogía y se la ponía en las manos. Intenté alimentarla, pero Gio solo comprimía la boca y me miraba con rabia.

Estaba completamente exhausta y la niña seguía llorando sin parar, implorando por Dante.

¡Era una locura! ¿Cómo iba a dejar de pensar en él si mi hija repetía su nombre como un maldito loro lindo?

— ¡Dios mío, Gio! ¡Necesitas comer!

— *Pa... papá!* — sollozaba pausadamente, como si tuviera dificultad para comprender lo que quería, con la cara completamente mojada.

Dramática y testaruda como su padre.

— No está aquí, mi amor, mañana estarás con él, ¿ok? — intenté, poniendo un poco más de comida en la cuchara y ella volvió a debatirse, haciendo puchero.

Después de otros veinte minutos, desistí. Estaba exhausta y no sabía qué más hacer. Limpié todo el desorden y tomé mi celular. Tal

vez fuera mejor dejar a Giovanna hoy con él. Llamé, pero Dante no contestó, así que decidí pedir un Uber.

No necesitaba identificarme, mi biometría ya estaba registrada en el condominio. Me detuve en la entrada de la casa y sentí mi pecho apretar. No debía haber ido hasta allí. No debía. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era demasiado pronto para esto.

Mi celular empezó a sonar fuerte y estuve un tiempo mirando su nombre en la pantalla.

— *Hola mamá. ¡Hola!*

Esa sensación de ahogo comenzó a apoderarse de mí. No debí haber ido hasta la casa. ¡Maldita sea!

Giré sobre mis talones para dar la media vuelta, pero me detuve cuando escuché la puerta abrirse.

— Eh... ¿Qué...? — me di la vuelta y me encontré con Dante, mirándome un poco sorprendido y confundido.

Gio lo vio y sus ojitos brillaron. Estiró las manos y el cuerpo en su dirección, casi saltando de mis brazos, y Dante la recogió, sonriendo y dándole un beso en su mejillita.

— Hola, capibara.

— *Hola, papá.* — Sonrió y luego llevó la mano a su pancita. — *Papá, bebé*.

— Giovanna no quiere comer — dije, poniendo los ojos en blanco, y Dante me hizo pasar para entrar —. Llevo dos horas intentando, pero no dejo de llamarte y... Estoy realmente cansada.

Tomé aire y solté cuando finalmente terminé de hablar. Entonces mis ojos recorrieron la entrada de la casa, finalmente decorada con los muebles que habíamos elegido.

— Está bien. ¿Quién va a comer con papá? — le preguntó, agitando su cuerpecito en su cabeza y ella se echó a reír, gritando animadamente.

— ¡Bebé!

— ¿Y qué es la bebita?

— Inda — respondió, arrugando su naricita y mostrando los dientes, provocando que nos riéramos.

Dante la apretó, dándole besitos en el cuellito y luego se volvió hacia mí.

— ¿Ya comiste?

— No, estaba intentando alimentar a la pequeña dragona — bromeé, mirando a mi hija, que ahora tenía la cabeza apoyada en el hombro de Dante y las manos alrededor de su cuello, abrazándolo.

— Estoy haciendo Carbonara — dijo, medio sugestivo, y abrió una sonrisa que hizo que mi mundo se desmoronaba hasta el punto de ni siquiera poder contener un suspiro. — Vamos a cenar con ella, creo que será más fácil así.

Asentí, como si fuera incapaz de hacer cualquier otra cosa. Dante apoyó una de sus manos en mi espalda, dirigiéndome hacia la cocina, y sentí cada partícula de mi cuerpo estremecerse. Así que me alejé y caminé un poco hacia adelante.

La cocina estaba hermosa, exactamente como él la imaginó. De todas las habitaciones, esta fue la única donde realmente se plantó y dijo que la disposición del mobiliario sería a su manera, ya que yo era un desastre. Recuerdo claramente haberme reído, diciéndole que no tenía ninguna intención de meterme en su cocina, que podía pintarla de color remolacha, siempre y cuando cocinara para mí el resto de nuestras vidas.

Y él solo se río, diciendo que no era cursi como yo, que jamás pintaría la cocina de ese color.

Era demasiado doloroso estar allí. Mi deseo era tocar todo, ver cómo había quedado cada habitación después de la reforma, con las decoraciones que habíamos elegido en su lugar.

— ¿Encontraste las ollas que querías? — pregunté, observándome con un juego de ollas italianas que estaba buscando.

Dante me entregó a Giovanna y la puse en una silla alta parecida a la nuestra del apartamento. Me senté en el taburete frente a la barra, observando cómo él se movía por la estufa, mezclando entusiasmado los ingredientes.

— No, las mandé traer de Italia — contó, riendo.

Por unos segundos era posible olvidar todo lo que había pasado, mirándolo cocinar como hice tantas veces. Era un recuerdo tan reconfortante e increíble que me sentía en paz.

— ¿Jugaste con Lucca hoy, Giovanna? — preguntó, volviendo su atención a nuestra hija mientras espolvorea un poco de sal en la

comida.

— Sí, papá. De escoba. — Dante se río, sin entender.

Mi primo había comprado una escoba infantil para Giovanna y Lucca, bromeando que necesitaban aprender a ayudar a limpiar la pensión. Yo le expliqué y él se río.

— ¿Y limpiaste todo, capibara?

— Cuéntale a papá lo que rompiste cuando estabas barriendo, Gio — la animé y ella comenzó a reír, mostrando los dientes.

— ¡Gnomito!

— ¿Los gnomos de jardín? — preguntó él a mí y asentí, riendo también. — Tu madre debe haber adorado eso.

— Antonio recibió un gran regaño — conté, riendo a carcajadas.

Giovanna dijo algunas cosas más, animada por estar todos juntos. La mitad la entendimos, la otra mitad no, pero, aun así, esa sensación de plenitud me golpeó como no sucedía desde hacía mucho tiempo.

Los tres cenamos juntos, sentados a la mesa, y nuestras miradas se encontraban por más tiempo de lo normal en varios momentos.

Era increíble.

Cuánto extrañaba eso... Más que cualquier otra cosa.

La falta de nuestra familia junta, de poder ver a Dante riendo con Giovanna cuando ella decía alguna palabra completamente incorrecta. De cómo él la corregía mientras nuestra hija lo miraba enojada y volvía a repetir la palabra como si estuviera en lo correcto.

— Ella realmente es nuestra hija — bromeó Dante cuando eso volvió a repetirse.

— Sacó eso de ti.

Me reí y él entrecerró los ojos en mi dirección, moviendo la cabeza en signo de negativa.

— Caradura.

Me levanté, cesando las risas y quitando los platos de la mesa, dirigiéndose hacia la barra. Dante le entregó un libro con texturas y en ese momento Gio quedó hipnotizada jugando, ignorando nuestra presencia.

— Extrañé esto — dijo él en voz baja, al acercarse, quedando frente a mí.

— Sí, yo también — confesé, desviando la mirada de la suya, manipulando una servilleta que estaba al alcance de mis manos.

Dante me estaba mirando. Sentía su mirada completamente en mí y tragó saliva cuando levanté el rostro para encararlo.

— Joder, Manuela, te extraño tanto... — su voz salió entrecortada y me di cuenta de que sus ojos estaban vidriosos, al igual que los míos.

Estaba a punto de llorar, solo por mirar en el fondo de sus ojos. Atraganté una respiración y noté que mi corazón aceleró involuntariamente. Una de sus manos envolvió mi cintura y la otra se afianzó en mi rostro, mientras su pulgar acariciaba mi mejilla.

Nuestros cuerpos estaban pegados y ni siquiera podía moverme. Para ser sincera, no quería. Todo lo que deseaba era permanecer allí, sin importarme con nada más. Deseaba estar atrapada en ese momento por toda la eternidad.

Su frente se apoyó en la mía, como si ambos necesitaran ese apoyo para que ninguno de los dos cayera. La mínima distancia parecía asfixiante y era posible sentir su pulso contra mi piel, traspasándola como si tuviera la intención de que se convirtiera en una sola.

— Te amo. Te necesito. No sé cómo vivir así — dijo en una especie de respiración sibilante.

— Dante... — Creo que ningún sonido salió de mí y vacilé, mi cuerpo deshaciéndose en sus brazos.

Él se inclinó y me besó, su lengua caliente encontrando la mía, enredándose de forma apresurada, como si hubiera pasado una eternidad desde nuestro último beso. Y así parecía.

No me alejé de inmediato, no tenía fuerzas emocionales para eso. Necesitaba su calor, como si fuera algún tipo de combustible. Necesitaba un recuerdo de su sabor, de la forma en que me sentía completa y amada en sus brazos.

Nuestro beso transmitía tanto sobre nuestros sentimientos que tenía plena certeza de que Dante me amaba. Ni siquiera necesitaba palabras, gestos o cualquier cosa similar, era posible descifrarlo todo

solo por la forma en que me miraba, cómo me besaba. Era un lenguaje único y solo nuestro.

— Por favor, por favor, no te vayas — susurró entre besos, con una voz agitada, mientras acariciaba mi rostro, que él sostenía con ambas manos de forma firme, como si no quisiera que saliera de allí nunca más.

Y yo no quería.

— Te amo tanto, Manuela. En serio, joder — dijo, serio, mirándome a los ojos. — No aguanto más estar lejos de ti. Es casi como un dolor físico y no sé qué más hacer.

— Dante... — volví a llamar y me alejé, sin romper el contacto visual.

Él intentó disminuir la distancia entre nosotros y yo le quité las manos de mi rostro, respirando hondo.

— No hagas eso, por favor — pedí, comprimiendo los labios y esforzándome por no llorar.

— No te vayas — suplicó, pasando las dos manos por su rostro. — Por favor, no te vayas.

Y entonces, él tomó todo el aire que pudo y se ahogó en un sollozo, dejando caer algunas lágrimas de sus ojos y limpiándose rápidamente. El silencio parecía rodearnos y todo lo que podía oír eran los ecos del dolor.

Fue como una estaca. Resonó en mis oídos.

— Joder, amor, no sé qué más hacer — suplicaba, sin parar de llorar. — ¿Qué quieres que haga? Haré lo que quieras. Solo... Vuelve a mí.

— Dante... Por favor. — Y entonces, también estaba llorando.

— ¿Tienes idea de que todo lo que hago es existir ahora? Todavía tengo a Giovanna, pero tú también eres mi familia y... Esta separación... Es tan incorrecta. No parece vida. Siento que solo lo que soy es un cuerpo orbitando en medio de la nada.

Mierda, todo eso era demasiado doloroso. Era peor que cualquier dolor físico. Verlo así, suplicando, diciendo que me amaba, me destruía. Cada rasgo de su sufrimiento era evidente. Los ojos

rojos, el temblor casi imperceptible de sus manos, la angustia materializándose frente a mí.

Mi propio cuerpo respondía de manera involuntaria. Mis dedos picaban por tocar su rostro y ofrecer el consuelo que él buscaba.

Sin embargo, no hice nada.

Ignoré la tormenta que parecía desgarrar mis costillas, el suelo que parecía abrirse debajo de mí, haciéndome volver a la realidad vacía sin él.

Escuchar el dolor en las palabras de Dante era como un puñal directo en el corazón. Porque cada fibra de mi ser gritaba en busca de una esperanza oculta. La parte emocional luchando contra la racional.

Sabía que Dante me amaba. Era tan evidente para mí que ni siquiera necesitaba hablar, pero cuando las palabras salían de su boca, atravesaban mi alma, cortándola por completo porque nunca podría entender lo que había hecho.

— Realmente necesito... Necesito irme — dije, retrocediendo y limpiando las lágrimas. — Gracias por la cena. Tú... tú te quedas con Gio hoy, ¿de acuerdo?

Fui caminando hacia nuestra hija, dándole un beso en la coronilla y diciéndole que se quedaría con papá. Dante medio caminó, medio corrió hacia mí en la puerta.

Me quedé paralizada cuando me di cuenta de que mantenía en la llave de la casa mi llavero de corazón. Sentí su mano sosteniendo mi muñeca y me giró para mirarlo.

— No te vayas, te lo imploro.

— No me pidas eso, por favor — casi supliqué, tirando de mi brazo y girando la manija. — Gracias por la cena. Buenas noches, Dante.

Él me miró triste y cuando cerré la puerta detrás de mí, sentí que mi corazón se rompía en otro pedazo. Tenía una infinidad de fragmentos ahora, una pila de ellos, tratando de recomponerse.

Y tenía la impresión de que nunca más sería el mismo.



La noche salvaje y ventosa
Que la lluvia se llevó
Dejó un charco de lágrimas
Clamando por el día
¿Por qué me dejas aquí sola?
Muéstrame el camino
:: The Long And Winding Road - The Beatles::

Maria Manuela Guerra

Era una tarde de domingo en la pensión y yo estaba sentada en un banquito en el jardín mientras observaba a Lucca y Gio jugando animadamente con los carritos que Dante había comprado.

Julia estaba conmigo, sosteniendo una taza de café en una de las manos, diciendo que había recibido un mensaje de la escuela que habíamos visitado y que habían acordado darle una beca parcial a Lucca. Dijo que estaba segura de que Dante estaba detrás de eso, pero que no le importaba, que era una pequeña reparación por toda la mierda que su familia había hecho con la de ella.

No dudaba que él hubiera movido algunos hilos porque ya había dicho que le gustaría que Lucca estudiara con ella, alegando

que en el futuro podría darle una paliza a cualquier "idiota arrogante" que se acercara a nuestra hija.

Mierda, lo extrañaba tanto.

En algunas noches, despertaba y pensaba "no, él no hizo eso", entonces, me invadía un súbito deseo de ir a nuestra casa y decir que deberíamos dejar todo eso de lado, que sabía que él jamás haría nada para lastimarme o perjudicar a nuestra familia. Sin embargo, mi lado racional siempre hablaba más alto. Era una eterna lucha interna y estaba exhausta.

— Voy a tomar un poco más de café. ¿Quieres? — pregunté, levantándome.

— No. Ve, yo me quedo aquí con ellos. Si Gui está en la cocina, dile que venga aquí, ¿vale?

Asentí y fui caminando hacia la casa. Adriano y Guilherme estaban conversando sobre alguna película.

— Julia te pidió que fueras afuera — avisé y él salió inmediatamente en dirección al jardín.

— Me siento mal... Creo que comí demasiado — murmuró Adriano, haciendo una mueca. — Me duele mucho el estómago.

— ¿Cuándo no comes demasiado, Adriano?

— Mira quién habla...

Puse un poco de agua a hervir, fui hasta la huerta que mi madre mantenía cerca de la ventana y saqué algunas hojas de laurel. Me quedé mirando las llamas de la estufa hasta que las burbujas comenzaron a aparecer en la lechera.

— Están animados allá afuera — comentó, acercándose y entreabriendo la cortina de la ventana frente a mí.

— Giovanna está enamorada de ese carrito. Estoy segura de que lo sacó de Dante — dije sin darme cuenta, riéndome, pero Adriano ignoró.

— Lucca pega bastante. — Se río al ver a su sobrino darle un golpe a un trozo de madera y luego volvió su atención hacia mí. — Oye, ¿estás haciendo té de laurel para mí?

— Sí, dijiste que te duele el estómago, ¿no?

— Sabes que odio ese té...

— Mala suerte para ti, también sabes que solo él mejora tu dolor — recordé, entregando la taza de té con las hojas en sus manos, y él se río.

— Eres increíble, ¿sabías? Siempre cuidando de mí. Ni siquiera recuerdo una vida en la que no hicieras eso.

— Siempre salvando tu vida y tus órganos, ¿verdad? — bromeé, apretando la jarra térmica y sirviendo un poco de café en mi taza.

Él continuó mirándome, aun conteniendo las risas y de repente dio un paso hacia adelante, sosteniendo mi rostro e inclinándose un poco.

— ¡Adriano! ¿Qué estás haciendo? — Cerré mis expresiones y me alejé.

— Lo siento, Manu, pensé que...

— ¡Dios mío! — exploté, descontrolada. — ¿Sigues insistiendo en algo entre nosotros dos? ¡Ya te he dicho que eso no va a pasar!

— Ya no estás con Dante y pensé que...

No era realmente posible que Adriano pensara que estaba lista para cualquier tipo de relación. ¡Principalmente con él, joder!

Ya lo había dicho mil veces, incluso antes de Dante, que no había nada más entre nosotros y ese era el peor momento para que realmente intentara besarme o algo así.

¿Cuántas mil veces necesitaría repetirle que amaba al padre de mi hija, que nunca más podría existir "Adriano y Manuela"? Nuestra historia ya había terminado y éramos mejores como amigos. Y eso todavía era algo cuestionable, porque vivíamos llenos de problemas, ya que él insistía en ser inconveniente la mayor parte del tiempo.

— Te equivocaste, Adriano — escupí las palabras, muy irritada. — No estamos juntos, pero sigo enamorada de él y, honestamente, necesitas respetar mi espacio. Apenas hemos terminado, todo aún es muy reciente, lo último que quiero es que alguien me bese. No sé en qué mundo pensaste que eso sería una buena idea, ¡pero basta! Tú y yo, eso ya no va a pasar — respondí, áspera, agarrando mi taza y saliendo, cerrando la puerta principal hacia el jardín, furiosa.

Después de algunas horas conversando con mi madre, mi primo, la Ju y Gui, volví a casa. Me había despedido de Adriano y

noté que parecía molesto.

Quizás realmente me había pasado un poco con él. Después de todo, sabía que todavía albergaba sentimientos por mí, y la última cosa que quería era ser idiota sin razón.

¡Mierda! ¿Acaso había exagerado?

Llegué a la conclusión de que necesitaba tener una conversación definitiva con él. Intentaría explicar los motivos por los cuales no estaríamos juntos y trataría de hacerlo entender de una vez por todas.

Giovanna no tardó en dormir y me senté en el sofá. Estuve envuelta en las mantas, viendo mis programas de reformas, deseando intensamente tener un tarro de helado en ese momento.

También quería que Dante estuviera aquí, acariciando mis brazos mientras criticamos las decoraciones de las casas reformadas y él se burlaba de mi gusto peculiar.

Me dormí allí mismo, agarrada al edredón que aún tenía su olor, como hacía todas las noches. Ni siquiera imaginaba cómo sería cuando el perfume de él saliera de la tela y, lamentablemente, eso ya estaba comenzando a suceder.

A la mañana siguiente, dejé a Gio en la pensión y fui al escritorio. Tomé el periódico y vi que habían anunciado la aprobación técnica del proyecto del corredor ecológico y ahora solo faltaba la homologación por parte del Ibama, es decir, el día de hoy sería agitado.

Pasamos toda la mañana dando algunas entrevistas, explicando más a fondo sobre todas las modificaciones y mostrando los puntos con cuidado. Era importante tener a Dante como una especie de portavoz junto a mí y cada vez tenía más certeza de ello. Cuando él, el heredero de una petrolera billonaria, mostraba preocupación por las áreas afectadas, la gente veía las cosas de otra manera. Bien o mal, eso también afectaba su patrimonio.

Mi corazón se calentaba viéndolo hablar sobre la importancia de la preservación de los ecosistemas en cuestión y todos los puntos cruciales de nuestras propuestas. Y si hace algunos años alguien me hubiera dicho que él se posicionaría de esta manera, seguramente hubiera llamado a esa persona loca.

Era increíble cómo Dante había evolucionado, cómo toda su visión del mundo había sido transformada y tenía tanto orgullo del hombre en el que se estaba convirtiendo. Varias veces, durante la entrevista, Dante destacó que yo había sido una pieza fundamental para esto, que aprendió mucho conmigo, con nuestro pasado y que yo lo hice cuestionar muchas cosas.

Leonardo Ortega encontró un tiempo en su agenda para hacer un rápido pronunciamiento y habló un poco sobre las pérdidas de recaudación de *royalties*, que serían compensadas por las ganancias del turismo, entre otras cosas. Se comprometió a realizar una acción en un fin de semana para la plantación de árboles para el corredor y reafirmó que esto podría generar créditos de carbono, además de mejorar la calidad de vida con la reducción de la contaminación del aire.

Era un placer ver al alcalde hablar, porque era muy inteligente y realmente se preocupaba por el medio ambiente. Además, era como un dios griego, con esos ojos verdes y casi dos metros de altura.

La primera dama de Coroa do Sul estaba muy bien servida, gracias a Dios.

— Leonardo, muchas gracias, de verdad — comencé a decir tan pronto como terminamos. — Tu aceptación popular es algo fuera de lo normal y estoy segura de que será fundamental para todo este proyecto.

— No hay problema, Manu. Estamos juntos en esto, luchando por nuestro planeta y por un futuro mejor para nuestras familias e hijos. — Sonrió amablemente.

En serio, qué hombre tan guapo.

— Claro, por supuesto — dije, asintiendo varias veces con la cabeza.

Dante me miró, los ojos entrecerrados, como si estuviera analizando. Tal vez estaba demasiado emocionada cerca del alcalde. No me juzguen, ustedes también estarían.

— Sí, fue fundamental. Gracias por haber encontrado un tiempo en tu agenda — comenta Dante, simpático, y luego se río. —

Hablando de eso, estaba acordando con Marco tomar un *whisky* cualquier día, deberías ir.

— Sí, lo dijo — respondió el alcalde, sin parecer muy animado. — También comentó que podríamos dar un salto a São Paulo en su jet privado, como si eso fuera algo aceptable, como si yo fuera a subirme al medio de transporte más contaminante que existe solo para tomar algo. Realmente espero que tú, un abogado ambientalista, no hagas ese tipo de cosas.

Levanté una ceja y lo miré llena de burla, con un "te lo advertí" estampado en mi frente.

— Estoy evitando el jet privado. Aunque tengo un contrato para neutralizar las emisiones de carbono con la plantación de árboles, no lo estoy utilizando sin necesidad — respondió de mala gana. — Quizás Marco no sepa de eso.

— ¿No? Pensé que eran como mejores amigos — comentó Leonardo y sentí un pequeño toque de ironía. — De todos modos, podemos programar algo, claro... Siempre que sea en Río.

— Claro, claro. Fue un placer. — Dante le estrechó la mano y yo hice lo mismo, viéndolo alejarse.

— Te fue muy bien hoy — dije cuando quedamos solos.

— ¿Mejor que a Ortega? — preguntó, sugestivo, y yo mordí el labio inferior, dándome cuenta de que estaba celoso.

Odié el hecho de que las mariposas en mi estómago revoloteaban, creando un torbellino.

— No es una competencia, Dante. Ustedes están del mismo lado — recordé, riendo.

— Hm...

— Fuiste genial hoy, deja de tonterías — aseguré.

— Excepto por la parte en que el alcalde me regañó, ¿no? — Él puso los ojos en blanco y yo me reí.

— Si me escucharas y vendieras ese jet...

— Deja en paz a mi pobre jet. — Se río y luego me miró durante unos segundos. — Tú... Ahn... ¿Quieres almorzar? Sé que ya son casi las 3, pero me muero de hambre.

— Ah, no voy a poder, ya tenía planes.

— ¿A dónde vas? ¿Quieres que te lleve en coche?

— No, voy a dar un salto a el escritorio de Adriano. Necesito hablar con él.

Su expresión se cerró en el mismo instante.

— Hm...

Lo miré y él estaba claramente irritado, controlándome para preguntar algo.

— Bueno, yo... Ahn, me voy yendo.

Y salí rápidamente de la sala, sin mirar atrás.



Dices mentiras pensando que no puedo ver
No puedes llorar porque te ríes de mí.
:: I'm Down- THE BEATLES ::

Maria Manuela Guerra

Estaba llegando al edificio del escritorio de Adriano cuando vi a Marcella Rangel entregando su documento de identificación en la recepción.

¿Qué demonios estaba haciendo esa mujer allí?

Me posicioné detrás de una columna y cuando ella caminó hacia el ascensor, fui hasta el mostrador y entregué mi identificación, con el mayor cuidado para que no me viera.

— ¿Qué piso, señora? — preguntó la mujer, simpática.

— Séptimo — respondí, desviando la mirada casualmente hacia el *hall*.

— Bienvenida y buena tarde.

— Buenas tardes.

Mi cabeza estaba un torbellino porque no podía imaginar un escenario en el que Marcella y Adriano tuvieran algún contacto, pero algo me decía que ella estaba allí por él.

El corazón martilleaba fuerte en mi pecho a medida que los números del panel cambiaban hasta llegar al siete. Tragué saliva y entré en el ascensor vacío, apretando mis manos una contra la otra y golpeando mi pie en el piso, impaciente.

No tenía sentido que ella estuviera allí y estaba intrigada con eso. Una sensación incómoda se alojó en el fondo de mi estómago, volviendo todo el aire a mi alrededor más denso. Ni siquiera era capaz de evitar todas las suposiciones en mi mente.

El escritorio de Adriano era pequeño, después de todo, solo estaba él y su socio, que nunca se quedaba allí. En cuanto entras por la puerta de vidrio, había un pequeño espacio con un sofá para esperar, una máquina de café y una planta que yo misma elegí.

Daba acceso a otras dos puertas, una para la sala de reuniones y otra para el lugar donde los dos tenían sus mesas de trabajo.

Ya había entrado en ese inmueble varias veces, porque cuando mi exnovio lo alquiló, ayudé en la mudanza. Además, eventualmente, lo esperaba para almorzar sentada en ese ambiente cuando tenía una reunión. Tenía acceso total al escritorio, mi biometría siempre había estado registrada en la puerta. Adriano nunca limitó mi entrada, nunca necesité ninguna autorización, al contrario. Él decía que podía entrar y salir de allí cuando quisiera, siempre sugería que hiciera sorpresas, que le encantaría verme allí.

Y por primera vez iba a usar ese incentivo.

Saqué mi celular y cuando escaneé mi dedo, la puerta de vidrio se abrió. Entré despacio para no hacer ningún ruido, pero la voz de Marcella resonando por toda la sala me sobresaltó.

Porque sí. No era una miserable coincidencia. Ella estaba allí.

Los dos estaban dentro de su escritorio, discutiendo en voz alta y era posible escuchar todo desde el *hall* de espera.

— ¡Porque no! Deja de llamarme. No voy a seguir con esto — dijo, decidida. — Estás siendo patético insistiendo.

¿Acaso estaban teniendo un romance, por Dios?

¡Dios mío, vomitaría si escuchara cualquier cosa!

— Pensé que eras todo, menos un cobarde — replicó Adriano de manera burlona. — Te dije que es cuestión de tiempo hasta...

— ¡No tengo tiempo, idiota! Mi padre me está presionando, Genaro también.

Parpadeó, sin entender.

— ¡Demonios, Marcella! Dos meses, carajo. Fue el tiempo que acordamos, ¿no?

— Dante no quiere nada conmigo, Adriano. Nunca quiso. Y María Manuela tampoco quiere nada contigo. ¿Por qué demonios no te das cuenta?

— ¿De verdad quieres renunciar a Perazzo? Después de todo lo que hicimos.

Después de todo lo que hicimos.

— ¿No escuchas, demonios? — gritó ella y luego comenzó a pausar cada palabra: — ¡Yo! No. Puedo. ¡Esperar! ¡Mi padre está "colgado" y probablemente tendré que conformarme con Domenico como premio consuelo!

Adriano se río cruelmente.

— Que le den a quien va a poner el maldito anillo en tu dedo, Marcella. Sabes bien que eso nunca ha sido relevante dentro del Círculo. Puedes seguir dándole tu cuerpo a quien quieras.

— Dante nunca aceptaría eso.

— Haz que acepte — respondió, áspero. — Dudo que Domenico quiera acostarse contigo de todos modos. Deja de ser idiota, eres la ex del hermano, obsesionada con él desde que éramos niños. ¡Despierta! Finalmente logramos separar a los dos y ahora quieres tirar todo por la borda.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No podía creer lo que estaba escuchando. Eran ellos. De alguna manera, los dos habían hecho algo para que Dante y yo nos separamos.

¿Cómo podía Adriano ser capaz de eso, por Dios?

Un nudo atravesó mi garganta, las lágrimas escapando de mis ojos. Mis músculos se tensaron, como si estuvieran librando una batalla contra la perplejidad que me invadía. Manteniendo la respiración para no hacer ruido, luchaba por contener esta avalancha de emociones dentro de mí.

Mis pensamientos parecían confundidos y esas palabras resonaban en mi cabeza, martillando en mi cráneo, en mis huesos, tratando de romperlos.

— Dante está comenzando a sospechar — intentó ella, la voz un poco más baja.

— ¿¿Sospechar de qué, Marcella?? ¡Por el amor de Dios!

— Me preguntó ayer si tenía algún video nuestro teniendo relaciones.

Vídeo. Vídeo. Estaba tan devastada que ni siquiera pensé en el hecho de que no había un vídeo de los dos. Solo un audio... Pero... ¿cómo? ¿Era de alguna grabación antigua? ¡Dios mío! ¡Por eso no había recibido un vídeo en movimiento de ellos teniendo relaciones! ¡Porque no existía!

¡Dios mío, qué tonta era! ¿Cómo no había considerado eso?

Mi corazón se disparó ante cualquier posibilidad. Era como si un bloque de concreto hubiera salido de mi pecho y el aire pudiera circular de nuevo. La verdad cayó como un golpe, una pieza del rompecabezas finalmente encajando. No quería creer que estaba siendo manipulada de esa manera, pero todo estaba allí.

La verdad. Cruda.

— ¿Qué demonios? ¿No dijiste que él no sabía de la grabación del vídeo de ustedes?

— Dije que no recordaba, pero subestimas demasiado a Dante. Te lo advertí, Adriano. ¡No es tonto!

— Hablas en serio, es un idiota. — Mi ex novio chasqueó la lengua.

— No, no lo es. Y está profundizando en esta situación porque está enloquecido y obsesionado por esa vagabunda...

— ¡No hables así de ella, carajo! No va a descubrir nada, porque no tiene chances de que recuerde nada. Deja de ser tonta, Marcella...

Los minutos posteriores parecieron una eternidad. Mi mente trabajaba a un ritmo frenético, reorganizando todo lo que pensaba saber sobre la situación.

Y entonces, me vi abriendo la puerta y los dos me miraron.

En pánico.

— Manu...

— Deje pasar todas las veces que fuiste un idiota conmigo — empecé a decir, limpiándome las lágrimas y mirándolo a Adriano con rabia. — Cuando éramos novios, cuando tuviste problemas con Giovanna porque no podías aceptar que ella fuera hija de Dante, cuando dijiste un montón de tonterías en la fiesta de Guilherme... Hasta ahí eras solo un imbécil y traté de entenderte cada vez. Siempre había una excusa de mi parte para tu comportamiento.

Solté una risa débil y él intentó comenzar a hablar, pero lo ignoré.

— Sabes, Adriano, siempre te amé mucho. Siempre te consideré parte de mi familia, pero nunca pensé que podrías hacerme daño.

— Manuela, por favor...

— ¡Cállate la boca! — grité, y él y Marcella abrieron los ojos, sobre saltándose en su lugar. — Te volviste completamente loco, obsesionado con nuestra relación y honestamente creo que deberías tratarte. ¿Tienes idea de la estupidez que hiciste?

Le lancé una mirada de desdén y luego a ella.

— De ella, esperaba ser tan baja, pero tú, Adriano... — Mi voz vaciló por un segundo, pero limpié mi garganta y continué: — Mira todo lo que hemos pasado. ¿Y qué hiciste? Creaste un maldito plan para destruir mi familia. ¿Eres consciente de eso? ¿Tienes idea de lo horrible y enfermo que es?

Y como si el alcohol fuera arrojado en medio de una chispa, estallé. Mi voz volvió a elevarse y sentía tanta rabia que no dudaría si los vidrios de la mesa temblarán.

— ¡Tengo una hija, idiota! ¿Eres consciente de cuánto está sufriendo con todo esto? ¿Teniendo que pasar días lejos de su padre? No se trata solo de mí, hay una niña indefensa involucrada. ¿Qué te pasó?

— Manuela, ¿puedo hablar? — Intentó acercarse un poco y lo miré con tanto odio que se quedó en su lugar con las manos en el aire.

— No, no quiero escuchar ninguna tontería que tengas que decir. No hay nada en este mundo que pueda justificar lo que

hicieron. De hecho, entiendo que utilizaron un audio antiguo para enviármelo, pero ustedes drogaron a Dante, ¿verdad?

Los dos se quedaron en silencio.

— ¡Responde, carajo! — escupí las palabras, sintiendo cómo la vena de mi cuello pulsar. — Porque ya voy a joder a los dos, pero les estoy dando la oportunidad de asumir esto.

— ¿Joder con nosotros? — preguntó ella, burlona. — Despierta, chica, no tienes cómo probar nada. Tendría que haber ido al hospital para acusar algo en su sistema.

— Cállate la boca, Marcella — gruñó hacia ella. — Manu, te amo, necesitas entender que todo lo que hice...

— No me amas, Adriano, nunca me amaste. Cuando amamos a alguien, no hacemos sufrir a esa persona, queremos lo mejor para ella. No me amas ni como hombre, como dices, ni como amigo o familia, como pensé que lo hacías.

— Claro que te amo, Manu. Lo sabes y por eso sé que serías feliz solo conmigo y...

— ¡No! ¡No amas, carajo! ¿Qué tipo de amor enfermo es este donde piensas que solo sería feliz contigo?

¡Dios mío, qué demonios estaba pasando!

— Yo era feliz, estaba feliz — continué. — Con el hombre que amo, teniendo una relación increíble como nunca había tenido. — Él abrió la boca, pero lo interrumpí: — No, nuestra relación nunca fue increíble y lo sabes.

— No sabes lo que dices...

— ¡Basta! ¡Ustedes dos están enfermos!

Les lancé otra mirada a los dos y sentí mi estómago revuelto, las lágrimas no dejaban de caer de mi rostro. Entonces, salí corriendo y bajé las escaleras casi tropezando.

No podía más, no podía seguir mirando sus caras, no quería lidiar con esa situación, no quería estar cerca de ninguno de los dos. Mi cabeza parecía un torbellino ahora y me odiaba demasiado.

Me odiaba por no haber insistido en la posibilidad de que todo esto había sido planeado, por no haber creído plenamente en Dante cuando dijo que nunca me traicionaría.

Está bien que él no tenía ni idea de lo que había sucedido, que él mismo parecía estar confundido por toda la situación, pero, aun así, en el fondo, sabía cuánto me amaba y preferí escuchar mi lado lógico. Odiaba a Adriano por haberme traicionado de esa manera, por conocerme tan bien hasta saber que escucharía mi lado racional.

Salí caminando por las calles, completamente trastornada, limpiándose la cara con el dorso de las manos. Mis manos temblaban, pero eso no me impidió adjuntar en el correo la grabación que había hecho desde el momento en que pisé esa sala.

Mi instinto. Finalmente había confiado en él después de tanto tiempo. El instinto que gritaba para que le diera un voto de confianza al hombre que amaba, el instinto que me ahogaba casi a diario haciéndome cuestionar todo.

Ni siquiera estaba razonando bien, pero necesitaba encontrar a Dante. Intenté llamar a su número, pero fue en vano. Parecía imposible dejar de llorar y le envié un mensaje de audio, pidiendo disculpas por ser tan idiota, pidiendo que mirara su correo.

La manifestación aún estaba sucediendo frente al edificio y ni siquiera logré trazar una ruta, solo me metí entre la gente en dirección al escritorio.

Había una gran urgencia por regresar. Ignoré el humo, el ruido ensordecedor y la agitación a mi alrededor, enfocándose solo en llegar a el escritorio. Era como si todo el escenario caótico a mi alrededor se convirtiera en un borrón mientras avanzaba entre la multitud.

Necesitaba ir a donde él estaba para tener la certeza de que todo estaría bien. Mi cabeza estaba inundada de pensamientos y mis ojos se nublaban por las lágrimas. Ya estaba un poco aturdida, respirando con dificultad. El aire se volvía escaso, el corazón latía descompasado en mi pecho y, de repente, sentí algo golpeando mi cabeza, antes de caer.

Y entonces, todo se volvió negro.



He estado esperando tanto tiempo
He estado durmiendo solo
Hombre, te extraño
Estaba colgado del teléfono
He estado durmiendo solo
Quiero besarte
:: Miss You - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Estaba perplejo mirando mi computadora sin creer todo lo que había escuchado. Llegué del almuerzo, sin batería, y cuando encendí el celular, vi un mensaje de Manuela, desesperada, diciendo que me había enviado una grabación.

Dos hijos de puta.

Iba a acabar con la raza de ellos.

Intenté ignorar los pensamientos intrusivos y violentos sobre lo que deseaba hacer con Adriano, ese idiota asqueroso. Intenté llamarla varias veces, sin éxito alguno. Busqué el contacto de Marcella, mis dedos hundiéndose en la pantalla, canalizando todo mi odio.

Llamada rechazada.

Pasé la mano por mi nuca, sintiendo la humedad del sudor, la frustración aumentando con cada intento no atendido. La ola de ira parecía consumirse.

Pasé las manos por mi rostro en señal de rendición cuando mi secretaria irrumpió, jadeante, en mi escritorio, desesperada.

— ¿Qué pasó, mujer? — pregunté, sin entender.

— La señorita... Manuela.

— ¿Qué? ¿Qué pasó con Manuela? — pregunté, levantándome de mi silla de un salto y dirigiéndome al lugar donde ella estaba.

— Las manifestaciones... — dijo la mujer, temblando. — Creo que alguien la golpeó... La llevaron al hospital.

Mis pulmones se contrajeron, la presión se detuvo todo. Todo mi aire se extinguió y un dolor aprisionó mi garganta, amenazando con asfixiarme. Estaba en pánico y todo dentro de mí se chamusca a velocidad récord, multiplicándose, creciendo e incendiando mi pecho.

— ¿Qué carajo es el hospital? — Mi voz se quebró.

— ¿Qué hospital, carajo? — Mi voz salió quebrada.

Mi visión parecía nublado y, por unos segundos, pensé que me iba a desmayar.

— La llevaron al Albertelli[36] — informó.

— Avísale a Guilherme. Estoy yendo — respondí, aún desorientado, tomando mi celular de la mesa.

Gracias a Dios el maldito escritorio tenía convenio con el hospital Albertelli. Salí prácticamente corriendo por los pasillos y llamé a Larissa, la hija del dueño del hospital, que era una amiga de hace tiempo. Le pedí que intentara averiguar cualquier cosa. Tomé mi coche y creo que recibí unas diez multas por la maldita Avenida de las Américas.

¡Que se joda!

Entré al hospital casi derribando todo y a todos a mi paso. Tan pronto como llegué a la recepción, Inácio Albertelli me estaba esperando.

— Hola, querido. ¿Cómo estás? Lari me llamó hace un momento y dijo que tu novia está aquí, ¿cierto? — Asentí, hiperventilando.

Dios mío, Inácio estaba aquí. Había pasado algo grave. ¡Había pasado algo muy grave!

— Sí, ¿qué pasó, Inácio, por el amor de Dios?

— Tranquilo, ella está en atención — dijo de una manera serena y luego apoyó una de sus manos en mi hombro. — Dante, cálmate, hijo.

— ¿Cómo se supone que voy a calmarme si la madre de mi hija tuvo un accidente?

¡Carajo! ¿Y si le pasaba algo? ¿Qué demonios le diría a Giovanna? La desesperación picó mi superficie, a punto de explotar mientras intentaba respirar en vano.

¡A la mierda! Ahora estaba llorando.

— ¿Quieres un tranquilizante?

— ¡No quiero un tranquilizante, Inácio! — casi grité, sintiendo que mi corazón quería rasgar mi caja torácica, limpiando las lágrimas de una manera brusca.

— Creo que va a estar bien, solo mantén la calma. Preparé una habitación para la señorita María Manuela en el ala presidencial, puedes esperar allí. Estoy siguiendo todo, estate tranquilo. ¿Quieres que avise a tus padres?

— Ni loco, Inácio. No le avises nada a mis padres, en serio.

— Claro, sin problemas. Necesito ir. En un rato te traigo noticias, ve a la habitación, toma un *capuchino*...

¿Capuchino, carajo?

Dios mío, ¿cómo alguien podía estar tan calmado? ¡Podía estar muriéndose!

— Doctor Marcel, ¿puede acompañar a Dante hasta el ascensor, por favor? — llamó a uno de los médicos que pasaba en ese momento.

— Claro, señor Albertelli — un hombre que debería tener mi edad me saludó, presentándose.

Me llevaron a una habitación y ni siquiera sé cómo un agujero no se formó en el suelo, porque estaba caminando en círculos en el

mismo lugar, los pensamientos en un torbellino. Salí y entré en la habitación unas diez veces, dirigiéndose a los encargados del piso, rogando por alguna noticia.

Algún tiempo después, Guilherme irrumpió por la puerta, también jadeante, completamente desesperado y con una mirada perdida en el rostro.

— ¿Qué pasó, carajo?

— No sé, ella está en atención. Y creo que estas enfermeras me van a expulsar de aquí si salgo una vez más. ¿Puedes ir? Ya han pasado cinco minutos desde que salí.

— Pero ¿qué pasó? El segurata solo me dijo que fue golpeada en medio de la manifestación, pero que la reconoció e interfono para el escritorio

— ¿Golpeada cómo, carajo? ¡Nadie me dijo nada!

— ¡No sé! — dijo Guilherme, nervioso, y le dio un puñetazo a la puerta.

— Permiso, señores... — El enfermero apareció en la puerta, empujando una camilla.

Con ella.

Respirando.

Despierta.

Viva.

El oxígeno parecía llenar mis pulmones y mis piernas tiemblan cuando me di cuenta de que ella estaba a salvo. Respirar era liberador, ni siquiera podía recordar si estaba respirando antes.

— Linda, ¡por el amor de Dios! ¿Estás bien? — pregunté, corriendo hacia ella y sosteniendo su rostro, palpando sus brazos y viendo si todo estaba en su lugar.

— Estoy bien, Dante. Está todo bien — aseguró en voz baja, apoyando la mano con el acceso en mi brazo.

— ¿Qué pasó? — Me volví hacia el médico que estaba afuera.

Me di cuenta de que había interrumpido el camino y bloqueado la entrada de los profesionales en la habitación.

— Perdón — dije, dando paso para que entraran.

El hombre me sonrió.

— Fue golpeada en la parte lateral de la cabeza y perdió el conocimiento por un tiempo. Hicimos todos los exámenes necesarios y tardó un poco más por la condición de la paciente...

— ¿Condición? — quiso saber, frunciendo el ceño, y el médico hizo lo mismo, mirando la ficha y luego asintiendo con la cabeza.

— Sí, el embarazo — explicó el médico. — Está todo bien con el bebé.

— ¿Qué bebé? — casi grité.

— ¿Cómo qué embarazo? — preguntó Manuela, en shock.

Dios mío, si no moría hoy, estaba seguro de que era inmortal.

El hombre me miró, un poco incómodo.

— Ahn... ¿Puedo quedar a solas con la paciente? — pidió, dándose cuenta de que quizás había dado una información que no debía.

— No es necesario, doctor. Yo... Ahn... ¿Estoy embarazada? — Su voz casi se apagó.

— ¡Carajo! — soltó Guilherme, también en shock.

— Sí, lo siento. Pensé que lo sabías, porque cuando despertaste, murmuré algo sobre tu hija... — Se rascó la cabeza, un poco incómodo. — La señora está embarazada de aproximadamente 6 semanas y el bebé está fuera de riesgo.

Miré hacia ella y parpadeó. La incredulidad estaba claramente presente en cada expresión de mi rostro. Su mirada vidriosa encontró la mía, como si solo ahora se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

Me acerqué nuevamente y Manuela se lanzó hacia mí, hundiendo la cabeza en mi pecho y comenzó a llorar.

¡Carajo, ella estaba EMBARAZADA!

— Dante, lo siento — sollozó en voz baja sin soltarme y aumentando el abrazo.

Guilherme y el médico me miraron, mirándome sin entender absolutamente nada y yo estaba tan confundido como ellos. ¿Ella estaba pidiendo perdón? ¿Por qué demonios se estaba disculpando?

— ¿Qué? ¿Por qué? Manuela, deja de llorar, yo quería este hijo y...

— *N-no...* No es por eso. Dante... — Se apartó un poco y me miró a los ojos, las palabras saliendo temblorosas y entrecortadas. — Debería haber creído en ti... Descubrí...

— Vi tu correo — afirmó en voz baja, sosteniendo su rostro con firmeza. — Tú... ¡Por el amor de Dios! No tienes que disculparte. Resolveremos esto después, ¿ok?

Ella asintió, llorosa.

— Vamos a tener un bebé — repetí, como si esas palabras necesitaran salir de mi boca para sonar reales.

— Vamos a tener un bebé... — Manuela me miró, preocupada, y luego sonrió, respirando entrecortadamente. — ¡Dios mío, vamos a tener un bebé!

Entonces, apoyé mis labios sobre los suyos, besándola con ternura, sintiendo su cuerpo deshacerse en mis brazos. Era como si finalmente la Tierra volviera a girar correctamente, como si todas las cosas desequilibradas regresaran a su estado adecuado.

Ese beso tenía sabor a *normalidad*.

Y no en el sentido trivial de la palabra. Era esa sensación de confort, de encontrar tu puerto seguro después de una tormenta turbulenta. Era un beso con sabor a promesa, a futuro, a un amor que trascendía cualquier barrera física.

El médico se disculpó por interrumpirnos y explicó algunas cosas más, diciendo que sería necesario que ella se quedara un tiempo más en observación. Guilherme nos felicitó y avisó que nos daría un momento a solas y que llamaría a su familia para contarles lo sucedido.

— Aún no puedo creer lo que pasó — susurró, limpiando las lágrimas que volvían a caer. — Amor, me siento tan idiota por no haber pensado en las posibilidades...

— Para, por favor — pedí, en serio, levantando su rostro para hacer contacto visual. — Finalmente descubrimos lo que pasó, pero lo único que me importa eres tú y el bebé. Nada ha cambiado entre nosotros, linda, estamos exactamente en el mismo lugar.

La besé rápidamente en los labios, limpiando una de las lágrimas, y ella hizo gesto de comenzar a objetar.

— Es en serio, Manuela. En este momento no me importa un carajo lo de Adriano y Marcella. Vamos a lidiar con eso después. — Mi voz era firme. — ¿Oíste lo que dijo el médico? ¡Vamos a tener otro bebé! Nada más importa, amor — recordé, y sus ojos parecieron brillar ahora.

Ella asintió, llevándose las dos manos a la boca, conteniendo una risa, y yo hice lo mismo.

— ¡Dios mío, Dante! — Se lanzó nuevamente sobre mí, abrazándome con fuerza.

— Parece que el universo nos ayudó al final — bromeé, haciéndola reír.

— ¿Cómo... ¡Yo todavía... ¡Todavía no puedo creerlo!

Miré en lo profundo de esos ojos marrones que me hipnotizaba. Ella sonrió y la besé, como si no pudiera contenerme. No había nada en el mundo capaz de transportarme a la más completa plenitud como cuando nuestras bocas se encontraban.

Todos esos días de sufrimiento parecían haber ocurrido en otra vida. Todo parecía en perfecta armonía ahora; sentía que podía hacer cualquier cosa, como si pudiera luchar contra todo el mundo solo por tener la certeza de que ahora ella estaba a mi lado de nuevo.

Giovanna era mi gran amor y Manuela era la mujer de mi vida. Nada, ni nadie era más importante que nuestra familia.



Puedo volar como un pájaro en el cielo.
Oye, y puedo comprar todo lo que el dinero pueda comprar.
Puedo convertir un río en un fuego furioso.
Podría vivir para siempre si quisiera
...
Estoy infeliz con todos los poderes que tengo.
Porque niña, eres la clave de mi felicidad.
:: Can't Get Next To You - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Todos aparecieron en el hospital algún tiempo después. Manuela terminó contando lo que había sucedido con detalles, lo que horrorizó a la gente. Dom, Antonio y Guilherme estaban muy enojados, Julia, muriendo de vergüenza por las actitudes de su hermano, pero fue un poco doloroso ver la decepción en la mirada de la madre de Manuela.

Estaba jodido. Esa mujer tenía un corazón gigante; pena que había elegido "adoptar como hijo" a un hijo de puta de mierda.

Ese asunto ya me estaba irritando y avisé que iba a bajar a buscar uno de los juguetes de Giovanna en mi coche. Guilherme

corrió y me alcanzó, diciendo que me acompañaría.

— Todo esto es una mierda — suspiró, tan pronto salimos del hospital y nos paramos frente a la entrada.

El hospital Albertelli era un edificio de lujo y tenía de todo, menos la apariencia de un hospital. El exterior era acogedor, con una plaza, un camino de piedras y varias plantas rodeando una gran fuente.

— Sí, no quiero pensar en eso ahora, pero voy a joder con esos dos — informé, furioso, cortando el aire con las manos. — ¡Me drogaron, Guilherme, carajo! ¿Tienes idea de eso? Yo...

— ¡Ah, no! — me interrumpió el mejor amigo de Manuela, mirando hacia adelante.

— ¡No puedes estar bromeando! — dije entre dientes, ya sintiendo la mano de Guilherme manteniéndome en su lugar.

Porque sí, ¡ese hijo de puta había tenido la desfachatez de aparecer en el hospital! ¡Adriano venía caminando en nuestra dirección como si tuviera algún derecho a hacer eso!

¡La cara dura de ese ser humano era increíble!

— ¡Vete, Adriano! — pidió Guilherme en voz alta, dando a entender que no debería acercarse.

— Solo quiero saber cómo está. Me mandaste un mensaje... — le dijo a su amigo.

— ¡No sabía la mierda que habías hecho, idiota!

— ¡Vete, carajo! — esta vez, grité, cerrando los puños de manera involuntaria, mi cuerpo comenzó a entrar en combustión.

— No estoy hablando contigo, Dante. — Me fulminó con la mirada, acercándose.

— ¡Adriano, vete! ¿Ya no es suficiente con todo lo que causaste a Manu?

— ¡Eres realmente un caradura, hijo de puta!

Perdí el control, soltándome del agarre de Guilherme y empujando a Adriano, quien perdió un poco el equilibrio, pero me empujó de regreso.

— Dante... — me llamó Guilherme, pero lo ignoré.

Mi atención estaba totalmente enfocada en Adriano, mi visión estrechada hacia él. Sentía una furia incontrolable, un odio que me

cegaba, acumulado por mucho tiempo. Todo lo que había hecho con Manuela, con mi hija, con mi relación.

— ¿Cuál es la jodida tu problema, hijo de puta?

Mis manos temblaban, mis músculos dolían por toda la tensión. La rabia parecía azotar cada uno de mis nervios, implorando que actuará. Lo empujé de nuevo, con más fuerza esta vez.

— ¡Gente! — intentó hablar Guilherme, avanzando un poco hacia nosotros.

— ¡Vete al diablo, Dante! — respondió Adriano.

— Sabes, Adriano, siempre te he encontrado deprimente, digno de pena, ¡pero eres peor! Eres realmente despreciable. ¿Cómo puede un ser humano desquitarse de sus frustraciones y rabia en un niño? — Volví a empujarlo con rabia.

Adriano gruñó, el rostro contorsionado en una mezcla de rabia y desafío. El idiota quería pelear, pero para su mala suerte, yo también. Avanzó hacia mí con los puños cerrados.

— ¡Que se joda lo que piensas!

— Y como si no fuera suficiente, te juntaste con Marcella para arruinar la relación de la mujer que decías que era tu mejor amiga. ¿Qué tipo de persona eres? — Otro empujón. — Hiciste que mi hija sufriera porque estábamos separados, hijo de mierda.

Y entonces, antes de que pudiera razonar, mi mano cerrada estaba golpeando su rostro. Adriano tambaleó, pero se recompuso rápidamente, intentando dar un puñetazo en respuesta. Esquivé, golpeándolo una vez más y sintiendo una liberación maravillosa vibrar por mi cuerpo. La adrenalina ardía en mi sangre, hormigueando en mis extremidades, mientras mis instintos me dominaban por completo.

Cuando me di cuenta, estábamos en el suelo, intercambiando golpes. Los gritos de Guilherme estaban distantes y él pedía ayuda a los guardias. Sentí el sabor de la sangre en la boca, pero no me importó. Esa confusión caótica era casi como una descarga emocional.

Cada golpe era una forma de externalizar el dolor interno que me consumió durante tanto tiempo. Era liberador como el carajo.

Unos segundos después, fui levantado del suelo por varias manos, alejándome de él. Examinar su rostro me dejó seguro de que mi daño en esa cara de idiota había sido mayor que el que él me había causado a mí.

— Si no te vas, llamaré a la policía — avisé, lleno de odio. — Y créelo, nunca más te acercarás así a mi familia o no me llamo Dante Perazzo. Creo que sabes el daño que mi nombre puede hacer a tu vida, ¿verdad?

Él me miró, los ojos brillando de odio, y se soltó de la barrera que había sido formada entre nosotros. Me lanzó una última mirada llena de odio y se fue.

Y la sensación que tuve era que, si Adriano pudiera, me mataría.

Fuimos hacia el coche y antes de subir a la habitación, pasé por emergencias para atender mi rostro. Guilherme intentó darme una lección de que la violencia no resolvía las cosas. Me quedé en silencio todo el tiempo, dejándolo hablar solo hasta que estuvo de acuerdo, verbalizando que Adriano merecía uno de esos golpes.

Pacifista molesto como el carajo. ¿Por qué era amigo de él, de todos modos?

Regresamos a la habitación y, obviamente, tuve que explicar por qué estaba con vendas. Giovanna, que estaba toda abrazada a Manuela, notó que había algo extraño y empezó a decir "dodói", ahora refiriéndose a mí.

— ¿Estás cuidando de mamá, bebé?

— *Xim, papá. Dodói.* — Ella le dio un besito a su madre y luego estiró los bracitos para ir a mi regazo.

Me tocó el dedo en mi ceja, por encima del esparadrapo, repitió la palabra y algunas cosas más, como si estuviera discutiendo conmigo.

— Papá está bien, mi amor.

Manuela me miró con un poco de reproche, porque es obvio que no estaba de acuerdo con el hecho de que me había metido en una pelea, pero gracias a Dios, el médico apareció, informando que ella estaba dada de alta.

— ¿Quieres quedarte en casa, hija?

— No, mamá, no es necesario...

— No es necesario, Mónica. Vamos a nuestra casa — afirmó, mirando a Manuela, y ella suspiró, sonriendo genuinamente.

Y por primera vez desde que me mudé, la palabra *casa* se convirtió en *hogar*.



— Puse a Gio a dormir y preparé la bañera para ti con algunas sales de baño, pero no te quedes mucho tiempo en ella — avisé, saliendo del baño y ella hizo un puchero.

— ¿Por qué no?

— No quiero que cocines al bebé.

— No voy a cocinar al bebé en la bañera — dijo, riendo —. ¿De dónde sacaste eso?

— *Google*. Acabo de leer que no se recomienda tomar baño de tina durante el embarazo, así que no esperes un baño caliente y no te quedes demasiado tiempo dentro.

— No hay problema si el agua está por debajo de 30 grados, creo.

— Está aceptablemente tibia, Manuela... Y está muy lejos de los 30 grados.

— ¿Me vas a tomar un baño helado? — indagó, sorprendida.

— Claro que no. Aceptablemente tibia — repetí, riéndome cuando ella hizo rollo de ojos.

Esperé sentado al borde de nuestra cama mientras ella se duchaba, girando la cajita de terciopelo entre mis dedos. Maldita sea, no quería esperar ni un día más.

Salió con el cabello mojado y dentro de mi camiseta de los *Rolling Stones*, que les llegaba a los muslos, casi como un vestido.

— Eso fue lo único que encontré — se justificó, estirando la tela por la parte de abajo y dio una risita, encontrando gracia.

Suspiré, completamente atónito. ¡Joder, era preciosa!

— Es un absurdo que vistas eso hoy, de todos los días — me quejé cuando se acercó a mí.

— ¿Por qué?

— Porque solo puedo pensar en cuánto quiero comerte — susurré contra la piel de su cuello.

— No te voy a impedir — dijo, arrastrando sus labios sobre los míos.

— Sabes que no haré eso. — La aparté y Manuela hizo un puchero. — Necesitas descansar.

— ¡Aburrido! — murmuró y me reí, mirándola a los ojos y acariciando la base de su cuello.

— Manuela... — respiré hondo, buscando valor. — Yo... Sé que este no es el mejor lugar, tampoco es como planeé hacerlo, pero realmente no quiero esperar ni un minuto más.

Ella me miró, pareciendo confundida.

— Ya estaba planeando esto antes de que todo sucediera y... — Limpié mi garganta y esbocé una sonrisa nerviosa.

Joder, realmente estaba haciendo esto.

— Desde el minuto en que cruzaste mi vida, tuve sentimientos por ti... — Ella frunció el ceño, de una manera despectiva y me puse serio. — El odio es un sentimiento, María Manuela.

— Sí, tienes razón. — Se río y yo hice lo mismo.

— Bueno... La verdad es que todos los mayores sentimientos que experimenté, extrañamente se involucraron, desde siempre. Siempre fuiste la alumna que más admiré en la universidad, la que competía conmigo, que me desafiaba...

Manuela mordió su labio, con una mirada llena de expectativa brillando en sus ojos.

— El hecho de que seas de un mundo diferente al mío y aun así seas tan increíble despertaba muchas otras sensaciones en mí. Rompías todo lo que aprendí sobre las personas de clases sociales más bajas. Y luego, después de que estuvimos juntos la primera vez, la admiración que sentía por ti y mi deseo de convertirme en un ser humano mejor parecían explotar en mí junto con todo el deseo de tenerte de nuevo.

Sus ojos ya estaban vidriosos, pero seguí:

— Nunca antes había sentido "nostalgia" por alguien — comenté, apartando la mirada de la suya, con una risita débil y ella me dio una mirada comprensiva, acariciando mi mano —. Los celos, no los voy a mencionar... Nunca algo me consumió tanto.

Ambos nos reímos.

— Y entonces, me diste a Giovanna. Nunca, en toda mi vida, podré poner en palabras el tipo de amor que siento por nuestra hija.

Noté que mi voz se quebraba y ella ya estaba limpiando las lágrimas que escapaban mientras asentía con la cabeza.

— Me diste una familia y durante nuestra convivencia, hiciste crecer amor en mí. Nunca pensé que sería capaz de esto, Manuela, de verdad. Nunca pensé que podría amar a alguien como te amo. Ya lo sabía antes, pero estar lejos de ti me destruyó de una manera que ni siquiera pensé que fuera posible. No hay nada en el mundo que quiera más que pasar todos mis días contigo — afirmó, sacando el anillo de mi familia del bolsillo y entonces, ella llevó ambas manos a la boca y abrió los ojos de par en par.

— Estás... — Su voz se desvaneció.

— María Manuela Guerra... — empecé a decir, con una risa nerviosa —. La razón de mi odio durante años... — Sonreí y ella hizo lo mismo —. ¿Quieres casarte conmigo?

— ¡Sí! ¡Sí! Mil veces sí, Dante — gritó ella, tirando de mi rostro hacia el suyo y pegando sus labios a los míos —. Te amo tanto... — decía entre los besos —. Tanto.

Tomé su mano derecha y puse el anillo en su dedo, y ella se quedó mirando durante unos segundos.

— Es de tu... — Se detuvo al darse cuenta de que era una joya familiar y asentí —. ¿Tu familia estuvo de acuerdo con esto?

— No necesariamente... Yo había elegido otro anillo, pero Dom insistió en que te quedaras con el de la familia y después, reflexioné y pensé que tenía sentido — le conté, y ella abrió un poco los ojos —. Pero si no te gustó, tengo otro. Lo compré el día de toda esa confusión.

— Me encantó y no quiero otro — afirmó, sonriendo —. Y si es importante para ti...

— Creo que es importante para nuestra historia. Y si a mis padres les gusta o no, me importa un carajo.

— Quería que las cosas con tu familia fueran diferentes — comentó, un poco triste, entrelazando sus dedos con los míos.

— Sí, yo también, pero las cosas son como son.

Me besó y después de admirar un poco más el anillo, sus cejas se fruncieron.

— Espera, ¿entonces por eso mentiste diciendo que tenías un almuerzo con Reno?

Asentí y luego entrecerré los ojos.

— Oye... ¿cómo sabes que mentí?

— Me encontré con él y su novia ese día, los dos iban a almorzar... Eso también me dejó un poco desconfiada.

— No podría contarte que estaba comprando anillos, ¿verdad María Manuela? — Reí y ella suspiró profundamente.

— Oye... — me llamó, acariciando mi muñeca —. Te amo tanto... No puedo creer que nos casemos y tendremos otro bebé. Creo que hoy es uno de los días más felices de mi vida.

— También es uno de los míos, excepto el desespero de pensar que te había perdido para siempre.

— Eres tan dramático... Fue solo un golpecito en la cabeza — bromeó y la miré, molesto.

¿Era momento de hacer chistes, maldita sea?

Manuela sostuvo mi rostro y me besó, derritiendo toda mi irritación. Finalmente, mi vida se volvió a encarrilar. No era mentira, la felicidad plena era algo real y finalmente había logrado alcanzarla en mi vida, a través de mi familia, que era lo único que realmente importaba.

Parecía hasta gracioso, al detenerme a pensar. Nunca pensé que fuera posible sentirme así por alguien, tener una historia como esas románticas de los libros, pero la verdad es que teníamos eso. Comenzó de la manera más loca posible, pero era nuestra.

María Manuela había sido un día la responsable de mis pequeñas guerras en el pasado, pero hoy... Hoy esa mujer era mi paz.

Ella había cambiado toda mi vida. Me había mostrado un camino que nunca imaginé que existía para mí. Ella volvió a significar el sentido de familia, de amor.

Ella, junto con Giovanna y el bebé que está en camino, eran mi nueva oportunidad.

Mi oportunidad perfecta de felicidad.

FIN.



Bueno, esta podría ser la última vez.
Esta podría ser la última vez
Quizás la última vez
No lo sé, oh no, oh no.
Bueno lo siento niña pero no se como quedarme
Sentirse como hoy
Es mucho dolor y también mucha tristeza.
Creo que sentiré lo mismo mañana.
:: The Last Time - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Era como si mi corazón estuviera siendo arrancado de mi cuerpo, dejando un vacío casi insuperable. Ese sería uno de los días que nunca olvidaría. Recordaba todos los momentos que habíamos pasado juntos. El día en que nos conocimos o el golpe que hizo que derramara café sobre toda tu ropa. Recordaba cómo mi corazón se acelera siempre que algo parecía salir mal, cómo tu perfume era reconfortante, presente en diversos recuerdos que tuvimos juntos.

El destino de vez en cuando nos ponía en situaciones complicadas, pero me enorgullece la forma en que lidiamos con ello. Suspire, pensando en cuántos caminos había recorrido por tu causa, siendo llevado a lugares que ni siquiera podía imaginar que eran reales.

Viajes, cenas, encuentros y desencuentros. Las veces que pensé que todo saldría mal, sabía que había algo que siempre

estaría conmigo.

Sin embargo, su toxicidad era muy grande. Sabía del daño que causabas, entendía que ahora necesitábamos seguir caminos diferentes.

Y ahora, miraba el horizonte con un nudo en la garganta, a punto de separarme de aquello que pensé que era el único amor de mi vida.

¿Quién podría imaginar que mi corazón sería conquistado por un montón de metal y lujo?

Ah, mi amado jet.

¿Por qué tenía que ser tan perjudicial para el medio ambiente?

Suspiré, analizando los detalles de su ala a través de la ventana. ¿Lo cuidaría bien? ¿Siempre usarían esa cera de pulido especial?

— Tu sufrimiento es visible — dijo Manuela, dándome un beso en los labios, sentándose en mi regazo.

Llevábamos unos diez minutos en el aire. Íbamos a pasar un fin de semana en Buenos Aires como despedida. Manuela tenía razón, ahora era un abogado ambientalista y ya era suficiente que mi familia fuera responsable de joder buena parte del ecosistema. Nada más justo que yo equilibrara las cosas.

Y el que lo pagó fue mi jet, pobrecito.

Tendría que conformarme con la primera clase para la mayoría de los viajes. Con gente roncando a mi lado y hablando muy alto. Durante horas. Dios mío, mis ganas de viajar casi estaban desapareciendo.

Quizás podría alquilar uno en algunos casos específicos...

— Por supuesto que voy a deshacerme de una parte de mí — me justifiqué y ella puso los ojos en blanco, riendo.

— ¡Dramático!

— No es drama, es...

Ella me besó, su lengua caliente se enredó con la mía y quemó cada argumento que estaba tratando de presentar. Manuela envolvió sus rodillas alrededor de mi cuerpo, sentándose frente a mí.

— Hagamos que esta despedida sea memorable, ¿de acuerdo? Mereces todo mi tiempo, ya que estás siendo un gran ser humano,

pensando en la integridad de la capa de ozono... — Las palabras fueron dichas contra mi piel, suavemente, la lengua recorriendo mi barbilla, mandíbula, cuello. — Tu compromiso por reducir tu huella de carbono es admirable, cariño.

— Uhum... — tarareé, todavía con los ojos cerrados, sintiendo que mi polla comenzaba a endurecerse mientras ella frotaba su coño sobre mis pantalones.

La maldita cosa llevaba un vestido y cuando subí mis manos por sus muslos, me di cuenta, por lo fino del elástico de sus bragas, que María Manuela tenía todo calculado desde el principio.

Sus dedos me arañaron los brazos y tiró de mi camisa para que pudiera deshacerme de ella. Poco después se quitó el vestido, demostrando que tenía razón.

Perfecto, dentro de un conjunto verde musgo que le había comprado hacía unos días. El color contrastaba con su piel, su cabello cayendo sobre su sujetador de encaje hacía que sus pechos fueran aún más deliciosos.

Ella comenzó a besarme el pecho, dejando un camino húmedo hacia abajo y arrodillándose frente al asiento. Manuela sonrió de esa manera que jodía mi mente, deslizando su mano sobre la tela, sintiendo mi polla.

— Sabes muy bien cuánto la adopción de tecnologías más limpias y eficientes puede reducir significativamente las emisiones de gases de efecto invernadero, aliviando el impacto del calentamiento global... — Y abrió la hebilla de mi cinturón, mordiéndose el labio inferior con una pequeña sonrisa. — ¿No lo sabes?

— Sé todo sobre el maldito calentamiento global, hermosa — respondí sin aliento. — Está pasando dentro de mis pantalones.

Ella se río, echando la cabeza hacia atrás, desabrochando finalmente mi cinturón y liberando mi polla, que ya palpitaba. Manuela lo miró llena de expectativa, sosteniendo la base y haciendo un movimiento muy lento.

— Piensa en todo esto como una forma de ajustar el equilibrio ambiental — dijo de manera sensual, lamiendo mi glande perezosamente.

Su lengua rodeó la cabeza, chupándola suavemente y cerré los ojos, pasando mis manos por mi cara.

Joder, estaba cachondo como la mierda y nunca pensé que me encantaría tanto ese maldito entorno. A la mierda el jet, a la mierda todo. Si ella siguiera diciendo esas cosas mientras me chupa la polla, podría prometerle plantar una ciudad entera de árboles.

— También sabes que cuando reducimos la contaminación estamos ajustando efectivamente la composición química del aire... Nuestro oxígeno es muy importante, Dante.

Maldita sea, no había vista más perfecta que esa.

— Me encanta el aire, María Manuela — dije y ella sonrió tragándome entero.

Sentí mi polla golpeando el fondo de su garganta, pero eso no la detuvo para continuar, al contrario. Me encantó lo mucho que esa mujer podía volverme loco con solo una mamada.

Le sujeté la cara con una mano, agarré su cabello con la otra y le di una ligera bofetada. Manuela sonrió, sin dejar de masturbarme con sus manos antes de volver a chuparme.

Empujé mis caderas un poco más fuertes y sus uñas se clavaron en mi muslo mientras jadeaba un poco. Ella se apartó jadeando y sacando la lengua de forma muy traviesa.

— Joder, te amo, hermosa — dije, deslizando mi pulgar por su mejilla, acariciándola mientras la observaba hipnotizado.

— Yo también te amo — respondió él, levantándose rápidamente y acercándose a mí.

La besé, sintiendo el encaje húmedo de sus bragas arrastrarse sobre mi polla. Respiré profundamente, presionando su cuerpo contra el mío, amando el calor que se extendía por cada célula.

Manuela se inclinó hacia delante, presionó el botón para abatir el asiento y soltó una pequeña risa, soplando un mechón de cabello que cayó frente a su cara.

Ella empujó sus bragas hacia un lado, metiendo mi polla en su coño y enterrándose en ella. Maldije en voz baja cuando ni siquiera tuve tiempo de pensar en por qué mi esposa estaba frotando su cuerpo sobre mí.

Todo a mi alrededor empezó a desaparecer, la atención permaneció únicamente en ese universo que era sólo nuestro. El ritmo aumenta, se vuelve cada vez más intenso, agresivo. El aire a mi alrededor se hacía más fino y mis sentidos empezaban a abandonarme.

Me perdí en un encuentro de pieles, bocas, sudor y gemidos... La energía fundiéndose en una conexión etérea que desafiaba cualquier lógica y se expandía cada vez que estaba dentro de ella.

Su cuerpo se arqueó, sus pechos rebotaban dentro de su lencería hasta que no pude soportarlo más. Así que destrocé esa mierda en un solo movimiento, sólo porque necesitaba alcanzarlos con mi boca.

Sus uñas clavándose en mi piel, marcándome mientras yo hacía lo mismo con ella, sus gemidos susurrados entre besos húmedos, una réplica inconstante.

Manuela cabalgó sin parar, su coño empapado deslizándose dentro y fuera de mi polla. La sujeté con fuerza por la cintura, intentando contenerla un poco y recibí una bofetada en la cara, seguida de un beso.

— ¡Hijo de puta!

Ella se río y yo agarré su cuello más fuerte, obligándola a mirarme a los ojos. Sentí su cuerpo derretirse bajo el agarre, la satisfacción brillando en sus pupilas dilatadas. El cabello en un desorden perfecto, casi salvaje, el brillo del sudor en su piel... Dios, el cielo definitivamente existía y yo tenía pleno acceso a él.

— ¡Me vuelves jodidamente loco!

— Ya casi llego, Dante... Por favor, amor, no pares... — estaba rogando, ¡maldita sea!

Y me encantaba verla suplicar así.

Aflojé mi agarre, ansioso por correrme también, y dejé que ella siguiera a cargo. Manuela continuó embistiendo, cada vez más rápido, sus gemidos eran amortiguados por los besos mientras intentaba desesperadamente no hacer demasiado ruido.

— Joder, preciosa, me voy a correr — le advertí y al mismo tiempo, ella se agarró fuerte al respaldo del asiento, entrando hasta el fondo.

Enterré mi rostro en su cuello, abrazándola contra mí.

El fuego quemó mis pulmones.

Su cuerpo tembló por completo.

Y las respiraciones se entrecortan al mismo tiempo.

La cabeza de Manuela cayó hacia atrás y pude sentir el orgasmo flotando entre los dos, robando nuestro aliento. Ese hilo invisible que fundía nuestras almas, nuestros sentidos en algo más allá de la materialidad corporal.

Ella se quedó débil, caída sobre mí mientras intentábamos estabilizar nuestros cuerpos. Deslicé mi nariz por la curva de su cuello y ella prácticamente ronroneó.

— Realmente no va a ser más fácil deshacerme de mi jet. Son demasiados recuerdos y después de este ahora...

— Tranquila, quiero que tengas grandes memorias de él y aún vamos a crear más hoy... — susurró en mi oído, con la voz rasgada. — En cada rinconcito. Porque sé lo especial que es para ti.

— Muy especial — asentí, riendo. — Especial como el carajo, María Manuela.

Ella se río a carcajadas y me besó.

No había despedida mejor que esa.



Porque amo demasiado
No puedo evitarlo si te amo demasiado
¿Qué hiciste para que te ame tanto?
:: I Can't Help It - The Rolling Stones ::

Dante Perazzo

Los meses del embarazo de Manuela pasaron como un huracán y ni siquiera podía creer que faltaba solo una semana para la fecha que la doctora había estimado.

Todo ese tiempo fue turbulento. Nuestro trabajo se volvió aún más incisivo y, como si no fuera suficiente, estaba todo el desenrollo respecto a Adriano y Marcella.

Solicité una orden de restricción y finalmente ese desgraciado salió de la pensión. Ambos estaban enfrentando un juicio, porque claro que no iba a dejar de lado toda esa mierda, pero no era mi enfoque.

Mis prioridades eran mi mujer, mi hija y mi hijo.

¡Sí, íbamos a tener un niño!

Era todo demasiado emocionante durante el embarazo y aún no estaba listo para despedirme de ese momento. Amé cada paso. Leímos varios libros, tomamos clases y compré casi una tienda entera de bebés, a pesar de los protestas.

Claro que también tuve una carga gigante de estrés, porque estaba preocupado 24 horas al día. Aun así, incluso con los nervios a flor de piel, era maravilloso ver su desarrollo. No había nada más

increíble que imaginar su personalidad o soñar sobre cómo sería su carita basándome en los exámenes 5D que habíamos hecho.

Estaba ansioso por todo.

La habitación estaba lista, habíamos decidido que inicialmente él y Giovanna compartirán el cuarto; sería mucho más fácil de esa forma.

Hoy estábamos en la pensión para un almuerzo dominical. Gio y Lucca estaban jugando con triciclos, riendo más que pedaleando.

— No van a creer... — dijo Guilherme, con los ojos brillando, desesperado por contar algún chisme.

— ¿Qué? — preguntamos todos al unísono.

— Fabíola está embarazada — contó, riendo. — Y no es del marido.

— ¿De quién es? — Manuela frunció el ceño.

— ¡Esa es la mejor parte! Ni se imaginan...

— Deja de hacer suspenso, joder — le pedí, impaciente, y él me respondió con una sonrisita arrogante, cruzando los brazos.

— ¡Marlon Serra! — gritó, riendo.

— ¡Estás bromeando! — dijo Julia, conmocionada.

Eu e Manuela continuamos incrédulos. ¿Que porra?

— ¿Es la madre de Ki-mico? — preguntó Antonio entre risas. — ¡Hombre, ese apodo es muy bueno, soy un crack!

Todos nos reímos.

— Antonio, eres tan idiota. — Manuela puso los ojos en blanco, tratando de no reír. — Deja de presumir, en la escuela una legión de niños te odiaba por esa manía estúpida.

— ¿Recuerdas a Matos? — preguntó Guilherme, riendo. — Hace unos días estaba en el foro y vi a un abogado gritando "¡Moita!". ¡MOITA! Tú le pusiste ese apodo en sexta y hasta hoy lo llaman así.

— Grande Moita — suspiró Antonio. — Extraño a ese hijo de puta.

— Volviendo a la chisme, ¿será que ahora Fabíola va a entrenar a su próximo hijo para ser el bebé más chismoso de Río? — pregunté al grupo, comprimiendo los labios.

— Al menos sabrá hacer chismes en varios idiomas — bromeó Manuela, riendo.

— En serio, Gui, ¿cómo descubriste esto? — preguntó Julia. — Qué pareja más extraña.

— Yo descubro todo, mi amor...

— Ah, ya basta — dije, chasqueando la boca. — Como si todo...

— ¿Amor? — llamó Manuela, mirando al suelo, levemente asustada.

— ¿Qué...? — Vi un charco de agua en el suelo y me llevé las manos a la cabeza. — ¡Mierda!

— ¿Te meas en el suelo, joder? — gritó Antonio, incrédulo, con el rostro retorcido en una mueca de asco. — ¿Las embarazadas no pueden aguantar el pis?

— Cierra la boca, idiota. Su bolsa se rompió. Dios mío, ¿cuál es tu problema? — preguntó Julia, chocada, mirando al primo de Manuela como si fuera un loco.

— Ah... Mierda, olvidé eso de la bolsa.

— Pero... — Mi voz se desvaneció y me quedé mirando a mi prometida, levemente desesperado. — No... No es... No es la hora aún.

— Él tiene su propio tiempo, Dante.

— Debe haber algo mal, la doctora dijo que faltaba una semana. Y leí que esto sucede así de repente con sólo el 10% y... — comencé a decir, entrando en Google y tecleando rápido mis dudas.

— ¡Entonces estoy en el 10%, Dante!

— Esto no es momento para entrar en pánico, Dante. Es normal que se adelante o atrase un poco — explicó Guilherme, acercándose a mí.

— ¿Dónde está tía Mónica, por el amor de Dios? — Antonio se levantó, angustiado.

Yo seguía inmóvil en la silla.

— ¿Te vas a quedar sentado ahí? — preguntó Manuela, moviendo las manos en el aire.

— ¿No puedes realmente aguantarlo ahí dentro un poco más? — Para ser sincero, ni siquiera sabía qué estaba preguntando.

— Dante, no puedes estar hablando en serio.

— Está bien, lo siento, estoy nervioso — afirmó, levantándome de manera apresurada, como si en ese momento mis piernas cobrarán vida. Entonces, comencé a caminar en círculos por la sala. — ¿Qué hacemos ahora? Dios mío, ok. Vamos, ¿dónde está la bolsa? Tenemos que recoger a Gio y llamar a tu madre y...

— ¡Dante! — Manuela se acercó a mí y sostuvo mi rostro. — Solo respira — pidió suavemente, mirándome a los ojos. — Ya acordamos esto. Tú llamas a la obstetra y a la doula. Gui buscará a mi madre y la llevará a nuestra casa, Antonio y Julia se quedan con los niños.

— Voy...? — Antonio frunció el ceño, pero Manuela lo miró irritada. — Sí, lo haré. ¿Alguien puede sacar a esta mujer de aquí antes de que me escupe fuego, Jesús? ¿Tía? Tía, ¿dónde estás? — gritó desde las escaleras.



Y, en menos de veinte minutos, mi casa estaba completamente llena. Cuando Manuela dijo que quería un parto en casa y humanizado, casi me da un infarto. Yo estaba demasiado desesperado para eso, pero fue una batalla perdida, así que me aseguré de contratar a los mejores profesionales del área y había un equipo grande, además de los empleados que trabajaban para nosotros ahora.

La amiga de ella, Lavanda, había traído a unos *hippies* para armonizar el ambiente. Yo estaba en la habitación, medio empastillado de incienso, caminando de un lado a otro mientras la médica hablaba con Manuela. Creo que la obstetra ya estaba levemente irritada con todas mis interrupciones.

Busqué hielo, respiré con ella e incluso bajé una *playlist* de los *Beatles* en mi *Spotify*[37]. Le puse una toalla húmeda en la frente y

dejé mi mano libre para que ella la apretara siempre que fuera necesario.

En realidad, me sentía un poco inútil, pero intentaba ayudar de la mejor manera que podía, tratando de transmitir todo mi amor y apoyo.

Era muy difícil mantenerme tranquilo, sin embargo. Las horas pasaban lentamente y comencé a irritarme, porque ella llevaba un buen tiempo gimiendo de dolor y la imbécil no le daba un medicamento más potente.

Iba a demandar a esa mujer. ¡SIN DUDA!

— ¿No ves que ella está casi muriendo? — pregunté nuevamente, mostrando mi perplejidad.

— Yo no... estoy casi muriendo, Dante — afirmó Manuela, levemente jadeante, haciendo una mueca cuando otra contracción la golpeó.

— Ella parece que va a morir — volví a afirmar y la mujer suspiró sin paciencia.

— Señor Dante, fue una elección de Manu no tomar nada...

— ¿Por qué? — pregunté cuando mi prometida lloriquea y me pasé las manos por la cara, nervioso. — ¡Esto no puede ser normal, doctora! ¡Mierda!

— ¡Mamá! — gritó Manuela y Mónica entró en la habitación en menos de 2 segundos.

— ¿Sí, mi amor?

— Por favor, ¡saca a Dante de aquí! — pidió, pareciendo exhausta.

— No voy a salir de aquí — advertí categóricamente.

— Creo que sería mejor que usted esperara un poco... — comenzó a decir la obstetra, pero la interrumpí. — ¿Quieres un relajante...?

¿Qué carajos le pasaba a todo el mundo que quería ofrecerme calmantes, joder?

O cappuccino.

— No se atreva a terminar esa frase. — hablé en un tono amenazador.

— Dante... — llamó Manuela bajito y me acerqué a ella. — Mi amor, por favor, estás poniendo a todos más nerviosos. Sé que estás ansioso, pero quédate un poco con Giovanna. Ni siquiera he comenzado a gritar y ya estás así. — Ella se río y me dio un beso en las manos.

— Pareces estar con tanto dolor... — dije, preocupado. — Dividiría contigo si pudiera. ¡Te lo juro!

Ella sonrió.

— Lo sé. Te amo.

— Te amo más — afirmó, uniendo mis labios a los suyos. — Está bien, voy a quedarme un poco afuera, ¿ok? No quiero estresarme.

Manuela asintió, afirmando que me llamaría cuando estuviera más cerca. Estaba decepcionado conmigo mismo, porque necesitaba mantener la calma, pero era demasiado difícil.

Las horas parecían arrastrarse y no podía soportar más la voz de Guilherme o la frase: "Mantente tranquilo, Dante", que repetía como un maldito loro.

— Es hora, Dante. Pero... — Doña Mónica apareció en la sala y comenzó a decir: — Trata de estar tranquilo, todo está bien con ella y con el bebé.

Asentí con la cabeza y salí corriendo hacia la habitación. Manuela parecía haber salido de debajo de una manada de toros, pobrecita. Su rostro estaba rojo, el cabello totalmente despeinado y ella estaba empapada de sudor.

¿Qué había hecho con ella, joder?

Lancé mi cuerpo a su lado y ella estiró los brazos, casi en desesperación, para tomar mis manos.

— Estás aquí. — Su voz era muy débil.

— ¿Dónde más estaría? Solo que no estaba aquí hasta ahora escuchando esa cosa infernal que llamas música porque me echaste — intenté bromear para distraerla.

Manuela soltó una risita débil y luego gimió de dolor.

— Lo siento.

— ¿Por qué, Dante?

— Por hacerte esto. No quería que sufrieras tanto.

Ella volvió a reír.

— Está todo bien. — Y tiró de mi rostro, besando mis labios.

— Manuela, necesito que empujes con más fuerza, querida — pidió la obstetra.

— No puedo, amor — dijo, con la voz temblorosa y ahogada. — Quiero... quiero dejar al bebé ahí dentro.

— Sí, tú puedes, hermosa — aseguré, apretando su mano con más firmeza. — No puede quedarse ahí dentro. Vamos, amor, respira.

— No puedo más.

— Eres María Manuela Guerra, eres una mujer increíble y puedes hacer absolutamente cualquier cosa.

Manuela me miró durante unos instantes y respiró hondo. Sus ojos fijos en los míos, traspasando nuestra conexión. Pude sentir toda la intensidad, concentración y determinación canalizando.

Me puse detrás de ella y ella hizo más fuerza. Algunos segundos después, gritó tan fuerte que pensé que los cristales de las ventanas se romperían. En ese momento, no sé cómo, mantuve la calma, como si una parte de mí supiera que ella necesitaba que estuviera así. Incluso mi propio cuerpo respondía a cualquier cosa que Manuela necesitara sin que yo siquiera me diera cuenta.

No sé explicar lo que sentí cuando lo vi deslizarse por las manos de la doctora. Fue como si mi corazón hubiera dejado de latir y un segundo después, se aceleró como nunca.

En ese mismo momento, ella puso al bebé en los brazos de Manuela y entonces, me derrumbé. Lloré como nunca, aferrado a los dos, sintiendo mi corazón latir junto al suyo hasta que el llanto resonó en la habitación.

Era tan puro y lleno de vida.

Me quedé levemente hipnotizado por el sonido y la imagen del bebé en sus brazos, tan pequeño y frágil. Besé su rostro, su frente, mientras llorábamos juntos, intentando expresar toda mi gratitud y todo mi amor. Ni sé cuántas veces repetí que la amaba y lo increíble que era.

Corté el cordón umbilical, temblando, aún manteniendo mi cuerpo como una especie de barrera, sin soltar a los dos. Estaba

completamente inundado por una avalancha de sentimientos. El mundo parecía más pequeño y, al mismo tiempo, lleno de infinitas posibilidades. Era como si hubiera una conexión con algo más grande, algo que era incapaz de describir.

No podía dejar de sonreír, de besar su rostro o acariciar sus brazos. Nos quedamos allí abrazados, juntos, atrapados en una burbuja que era solo nuestra. Como si todo el tiempo se hubiera suspendido.

En el momento en que la médica lo sacó de sus brazos para hacer los procedimientos, el cuerpo de Manuela se relajó, apoyando la cabeza en mi hombro. El cansancio era visible por todas las intensas horas del parto, los ojos ahora reflejando una mezcla de alivio y agotamiento, junto con una respiración profunda e irregular.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y, algún tiempo después, la movimos hasta la cama. Trajeron a nuestro niño envuelto en una mantita amarilla y lo pusieron en sus brazos.

Era hermoso y tenía una cantidad considerable de pelitos rubios, casi blancos, en la cabeza. Sus ojitos intentaban abrirse, acostumbrándose a la luminosidad, moviendo la boquita de manera insistente.

— Hola, Pietro... — lo llamé, atrayendo su atención y luego miré a Manuela.

Continuaba inmóvil mirándolo, sintiendo mis ojos arder. Ella me miró y sonrió mientras una de sus manecitas se desprendía de la manta, moviéndose en el aire.

— Dios mío, es perfecto — dije en voz baja y ella asintió con la cabeza.

— Lo es. ¿Estás listo para cargar a tu hijo en brazos?

— Sí... Estoy listo. — Mi voz salió temblorosa y me acomodé a su lado.

Mis sentimientos parecían inundarme como olas cuando lo sentí contra mi pecho y una plenitud inexplicable se apoderó de mí. ¿Cómo era posible amar tanto a un ser tan diminuto que conocía desde hacía menos de veinte minutos?

Estuve un tiempo en trance, completamente hipnotizado por el rostro y cada movimiento que hacía Pietro. La doula se acercó con

Giovanna en brazos y ella medio que gateó por las piernas de Manuela.

— Ten cuidado con mamá, hija — pedí en voz baja.

— *Está bien, papá.* — Nuestra hija sonrió y le dio un beso en la mejilla.

— Gio, este es tu hermanito, Pietro — susurró Manuela y ella lo miró levemente asustada, levantando los ojos hacia mí y luego mirando a Manuela, confundida.

— *¿Bebé?*

— Sí, él es un bebé — expliqué. — Como tú, capibara. Y ahora tienes que cuidar de tu hermanito, porque eres la mayor, ¿verdad? ¿Puedes hacerlo, Gigi?

— Sí — afirmó, sonriendo e inclinándose aún más para verlo.

Miré a mi alrededor y suspiré hondo. Nunca me había sentido tan completo y, sin lugar a dudas, esta era la forma más pura de felicidad.

Existe una razón para que las cosas sucedan en nuestras vidas y cada parte de nuestra historia está escrita de una manera. Todo lo que hacemos nos lleva a un camino determinado.

Durante años, me había odiado por todo el pasado y también deseé poder volver en el tiempo y rehacer algunas de mis elecciones.

Solo que mi historia, aunque jodida, rota y llena de arrepentimientos, me había llevado a Manuela. De alguna forma, había encontrado mi camino hacia ella. Y la verdad es que haría todo de nuevo, si tuviera plena certeza de que ese era mi final.

FIM


AH, NÃO ESQUECE DE AVALIAR! ISSO AJUDA MUITO AUTORA. E APROVEITA PARA CONHECER A SÉRIE 'E SE' E DESCOBRIR O MOTIVO DE EU ATACAR DO MARCO... HIHIIHI

[IL10]



Estoy muy feliz de que hayas terminado el libro y, desde el fondo de mi corazón, espero que te haya gustado. Lo escribí con todo mi amor, de verdad. Me enamoré de esta historia, de los personajes y espero que haya pasado lo mismo con ustedes.

Siéntete libre de dejar una reseña (me encantará leerla) y también de buscarme en las redes sociales para hablar (o desahogarte) conmigo. Me encanta conversar y hacer amistades. Me encanta un montón... jajajajaja

Si no te gustó, está bien. Creo que no todas las historias conectan con las personas de la misma manera. Aun así, espero que algún día, alguna otra te conquiste.

Ah, y si quieres conocer más de mi trabajo, no dejes de leer la serie "¿Y si...?".

Besos,

Tati.

AGRADECIMENTOS

A todos los lectores, responsables de mi carrera y a aquellos que me dieron una oportunidad para conocer mi trabajo, que vibran y se enamoran de mis historias. No sería absolutamente nada sin ustedes.

A mi esposo, Thyerry, que es mi mayor apoyo, que lee mis textos, opina, vibra conmigo y me brinda soporte todos los días en la profesión que elegí. ¡Te amo y eres el mejor "beto" que existe! jajajaja

También agradezco a mi madre, que me enseñó el significado de familia y que ha hecho tanto por mí desde que tengo uso de razón.

Helene, no tienes idea de cuánto fue maravilloso vivir cada momento de esta historia de nuevo contigo. No sé cómo agradecerte por todo el compañerismo siempre. Sabes que fue difícil lidiar con algunas cosas de esta historia y estoy muy agradecida de que hayas estado presente en cada paso. De verdad.

A mis otras betas, que se enamoraron de esta familia que tanto amo. Aline, eres una madre increíble que me inspira todos los días y estoy muy agradecida por toda la ayuda que siempre me das. Carol, nadie se emociona tanto con mis personajes como tú, y me encanta cuánto me animas cuando yo misma estoy desanimada. Isa, no sé qué sería de mí sin tus clases, tus incentivos y tu entusiasmo por mis historias. Y Patty, eres increíble, siempre motivándome con tus locuras y tratando de mostrarme mis evoluciones en la escritura. Las quiero mucho a cada una de ustedes.

Camis, gracias por toda tu amistad, por estar conmigo en esta aventura y darme siempre una luz cuando estoy en medio del huracán.

A mi prima, Mari, por el apoyo de siempre.

A todas las personas de mi equipo que están conmigo en las sombras. April, Bebel, Bru, Gabi, Laís, Rosi y Tati, las chicas lindas

que son parte de mi equipo, cada una cuidando con mucho cariño y profesionalismo de varios puntos esenciales para mi carrera.

Bu, Dri, Stef y Mi, amo el hecho de que siempre me den un respiro, de saber que en nuestro grupito puedo contar con el apoyo que necesito. Ustedes son todo.

A todas mis socias e *influencers*, que están a mi lado, promocionándome, animándome y haciendo todo lo posible por difundir la palabra de Tati Biasi.

A todas las personas que están a mi lado diariamente, ayudándome de alguna manera, dándome fuerza y a todos los que me perdonarán por haber olvidado a alguien, porque mi memoria ya se fue con Dios.

[1] Término inglés que significa "tiempo", utilizado coloquialmente.
[2] Casas Bahia es una popular cadena minorista de muebles y electrodomésticos en Brasil.
[3] Expresión que significa hacer locuras, tomar decisiones sin pensar mucho.
[4] Un meme que se ha convertido en sinónimo de palabras de ánimo en Internet.
[5] El Examen de la Abogacía Brasileña o Prueba OAB es una evaluación a la que están sometidos por ley los licenciados en Derecho en Brasil.
[6] Significa Trabajo de Conclusión del Curso y es una evaluación que se realiza al final de la carrera.
[7] *Los Sims es una serie de videojuegos de simulación de la vida real creados por el diseñador de juegos Will Wright y producidos por Maxis.*
[8] Personaje ficticio del autor del libro "Todas nuestras estrellas".
[9] Agostinho Carrara es un personaje ficticio de la serie *A Grande Família, de Globo.*
[10] Harry Potter es una serie de siete novelas de fantasía escritas por la autora británica J. K. Rowling.
[11] El sitio de chismes ficticio de la autora.
[12] Reality show de cocina.
[13] Fini es una empresa de dulces española fundada en 1971.
[14] Paulo Henrique de Chagas Lima, más conocido como Paulo Henrique Ganso o simplemente Ganso, es un futbolista brasileño que juega como mediocampista en el Fluminense (2023).
[15] Barra Shopping, estilizado como Barra Shopping, es un centro comercial de la ciudad de Río de Janeiro, ubicado en Barra da Tijuca.
[16] Reseña es un término del argot de Río de Janeiro que se utiliza para describir una reunión, fiesta o encuentro entre amigos.
[17] Felicia es un personaje de la animación "Pinky y Cerebro" a quien le encanta abrazar y apretar a los animales.
[18] Compañía ficticia de la serie "E se" de la autora.
[19] Michael Fred Phelps II es un nadador profesional estadounidense retirado que posee treinta y siete récords mundiales y ha ganado la mayor cantidad de

medallas de oro olímpicas en un solo evento, en los Juegos de Beijing en China en agosto de 2008.

[20] Es una película estadounidense de artes marciales y drama romántico de 1984, que cuenta con personajes destacables como el señor Miyagi, un maestro de karate.

[21] Escuela de karate ficticia de la película Karate Kid (1984).

[22] Una de las marcas italianas de ropa masculina y femenina más exclusivas del mundo.

[23] Personaje ficticio del libro "Todas nuestras estrellas", de la autora.

[24] Es el acrónimo RJ escrito completo, un término del argot usado por algunas personas de Río.

[25] El Parque Chico Mendes está ubicado en Recreio dos Bandeirantes y cuenta con una obra de arte creada por un artista en colaboración con la autora, mencionada en su libro "Pecado Preferido".

[26] *El Señor de los Anillos es una trilogía de libros de fantasía escritos por el autor británico J. R. R. Tolkien.*

[27] John Lennon fue un cantante, compositor y activista por la paz británico que fundó los Beatles, la banda de mayor éxito comercial en la historia de la música popular.

[28] Romance de la escritora británica Jane Austen.

[29] Pasaje de la canción de los Beatles que significa: Todo mi amor te enviaré.

[30] Botella de cristal, llamada popularmente así.

[31] El Cheddar McMelt es un sándwich exclusivo de Brasil, un clásico de la cadena de comida rápida McDonald's.

[32] Déia Freitas es una podcaster, narradora y psicóloga brasileña. Su podcast, Não Inviabilize, es uno de los más grandes de Brasil.

[33] Gal Gadot-Varsano es una actriz y modelo israelí, mejor conocida por su papel de Diana Prince en Wonder Woman en el Universo Extendido de DC.

[34] Es un término del argot que proviene del significado del acrónimo "informe policial". Significa que algo salió mal, que hay un problema.

[35] Mencionada en la serie de Harry Potter, la Poción Multijugos es una poción que permite al bebedor asumir la forma de otra persona.

[36] Hospital ficticio en el universo de la autora, mencionado en el libro Pecado Favorito.

[37] Spotify es un servicio digital que te brinda acceso instantáneo a millones de canciones, podcasts, videos y otros contenidos de creadores de todo el mundo.

[IL1]Não foi traduzido porq era uma imagem: tradutor não teve culpa, mas tem q alterar nome do livro ("uma nueva oportunidad" e a frase do romance).

Una nueva oportunidad

Un romance escrito por

[IL2]Tb não traduziu por ser uma imagem

[IL3]Aviso tem o sentido de anuncio/informe...

AVISO

[IL4]Prefacio, preámbulo...

Pode manter PRÓLOGO mesmo

[IL5]Como são músicas internacionalmente conhecidas, vc acha que deveriam estar no original em inglês, ao invés de traduzidas? Pergunta minha mesmo, pois sei q no livro original estão em português...

[IL6]Aqui vale uma explicaçao além da existente: vc não sabe qual público em espanhol vai ler o livro, tem q explicar q é um seriado da rede Globo da TV Brasileira.

[IL7]Em outro canto q ele cita Galinha Pintadinha tá traduzido: ou coloca ambos em português e faz uma nota explicando no primeiro ou coloca traduzido aqui tb.

Alterei para portugués lá em cima

[IL8]Temos q traduzir esta figurinha ou colocar o texto...

Mira el lado positivo: no hay.

[IL9]Pode colocar o nome original já q vc explica o q o livro.

[IL10]Mais um pra ajeitar na diagramaçao: tem q ter a traduçao deste texto.

Fin

¡Oh, no olvides calificar! Esto ayuda mucho al autor. Y aprovecha para conocer la serie "E se" y descubrir el motivo por el cual ataco desde el punto de marco...hihihi